
INCLUYE UN NUEVO
FINAL EXCLUSIVO
LIES
Bilogia
MIRAGE PROJECT



Copyright © Mirage Project 2024
Reservados todos los derechos de autoría.Esta es una obra de romance BL y ficción omegaverse. Los nombres, personajes, lugares, acontecimientos, organizaciones e incidentes que se describen en la Bilogía LIES son producto de la imaginación de Mirage Project o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o desaparecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, así como su almacenamiento en un sistema de recuperación de datos o su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso expreso y por escrito de la autora, excepto para el uso de breves citas en una reseña literaria. No descargue este libro sin haberlo comprado.
Gracias por respetar el duro trabajo de esta escritora.
Código de registro Internacional en SC: 2410239897889
Arte de portada e ilustraciones: Mirage Project
Email: bymirage69@gmail.com

Más de la autora en Amazon

Sinopsis

Detestar a Alexander Crown parecía lo más lógico para Jules después de que el poderoso alfa destruyera su familia. Nunca contó con el traicionero ardor de la conexión que surge entre ellos y se torna más difícil de ignorar cada vez que se encuentran. Pero Jules no piensa consentir que ese hombre lo arruine también. Justo entonces otro alfa entra en su vida y su corazón empieza a desviarse hacia él sin remedio: Andros Zagorakis, guardaespaldas de Crown, cuyo carácter noble y atractivo lo desarman. Ahora ambos hombres se sienten igualmente cautivados por él. Y así lo que comenzó como un profundo rencor se convertirá en un peligroso juego en el que se entrelazan el glamour y la seducción, donde el deseo se transforma en amor… y los secretos en traiciones.

Playlist

Think//Kaleida
Everything is never enough//Goldfrapp
Down by the river//Milky Chance
For you//Rita Ora, Liam Payne
Breathe on me//Britney Spears
Strict Machine//Goldfrapp
Wise enough//Lamb
All is soft inside//AURORA
15 Step//Radiohead
Adventure of a lifetime//Coldplay

ESCUCHA LA LISTA COMPLETA EN SPOTIFY

Contenido

Sinopsis
Playlist
1: Primeras veces
2: Momento incómodo
3: La idea de un plan nada agradable
4: El café sin azúcar y sin crema sabe mejor
5: CEO entrometido
6: Con acento griego
7: Una mañana muy Zagorakis
8: Miradas en el Parga´s
9: Un poco de descaro
10: Finales y comienzos
11: Noche acompañada
12: Tostadas y un poco de celos por la mañana
13: Improvisando
14: Verdades a la hora del té
15: ¿Qué hiciste, Jules?
16: Amoríos y secretos
17: ¿Celos?
18: Nueva oportunidad para amar
19: Nubes negras
20: Nubes negras II
21: Aires de tormenta
22: Tormenta
23: Exceso de Margaritas
24: Exceso de Margaritas II
25: Atracción en un elevador
26: Manos vacías
27: Trampa de arena
28: Insensatez
29: Destino interrumpido
30: De cabeza
31: Alfa sobreprotector
32: Con el alma hecha pedazos
33: Esa noche...
34: Esa noche... II
35: Mentiras
36: Brisa y tormenta
37: Un domingo cualquiera

38: Un año después
Nuevo final exclusivo
Promesa: Un nuevo comienzo
Final Alternativo
Seis meses más tarde
Agradecimientos
Otros títulos de Mirage Project

1: Primeras veces

Casi todas las primeras veces suelen apestar.

Demasiadas miradas curiosas el primer día de clases en el instituto cuando se es el recién llegado a mitad de curso. Demasiada saliva en el primer beso.

Demasiados movimientos absurdos acompañados de caricias torpes la primera vez que se hace el amor.

Demasiados nervios cuando se empieza de cero en un nuevo empleo…, en una nueva vida.

Jules levantó la cabeza muy despacio para contemplar el gigante de vidrio resplandeciente que se erguía frente a él.

Elegante.

Imponente.

Casi no reparaba en los ruidos de una Atlanta que había despertado bajo la radiante suavidad de un sol que prometía una jornada más de calor y humedad. La ansiedad que le provocaba la expectación de ese día de trabajo en Crown Media regía cada uno de sus pensamientos.

Apenas si probó su desayuno esa mañana y ahora lo lamentaba, al menos tendría algo más en su estómago aparte de la extraña tensión de músculos misteriosos que parecía haberse apoderado de su interior.

No le fue tan difícil conseguir el empleo puesto que sus referencias provenían de Lowell Graphics & Design, su más acérrimo competidor.

Respiró de nuevo tratando de tranquilizarse y emprendió la marcha hacia un nuevo comienzo; este consistía en subir la escalinata que separaba la acera de la fastuosa entrada acristalada. Sacó su tarjeta de identificación y la presentó al adusto guardia de seguridad para poder pasar, y si la apariencia externa de aquel edificio era capaz de robar el aliento, su interior era todo un ejemplo de opulencia y buen gusto, donde el vestíbulo de apariencia interminable, dominado por un mármol de color negro con diminutas vetas doradas, incluía también el mostrador de la recepción.

Elegantes diseños florales acompañaban la estética de dicha estancia, lo cual le brindaba cierta calidez al ambiente general.

El sonido de sus pisadas se alzó desde el suelo marmolado en tanto avanzaba hacia el área de elevadores a su izquierda. Debía encontrarse con Natalie Bianchi en el cuarto piso, la joven mujer de Recursos Humanos que lo había entrevistado antes de que lo hiciera quien sería su jefa; ella guiaría sus primeros pasos ese día.

Ignoró el vacío en su estómago y siguió.

Un hombre de mediana edad, vestido con elegante traje negro, estaba frente a él. Presionaba sobre el discreto panel en la pared a un lado del ascensor. Giró a medias y le dedicó una agradable sonrisa seguida de un «buenos días» al verlo llegar, y tras un suave susurro las gruesas puertas de metal se abrieron para ambos.

—Adelante —repuso cordial conforme extendía la mano que sujetaba un maletín de aspecto costoso en un gesto que lo invitaba a pasar primero.

—Muchas gracias —respondió con agradecimiento ante esa muestra de gentileza.

—¿Primer día? —El sujeto de cabello entrecano y ojos claros detrás de sus lentes de montura rectangular entraba tras él.

—Soy muy evidente, ¿verdad? —Jules imaginó que sus nervios lo delataban con demasiada facilidad.

—No en realidad, es solo que nunca lo había visto antes y… Oh… buenos días, Crown —se interrumpió cuando un tercer hombre ingresó en ese instante al elevador.

El joven no pudo evitar percibir que sus sentidos respondían de manera en extremo sensible a la

repentina presencia masculina, cuya exquisita fragancia lo cubrió todo e hizo que la mirada de Jules, incapaz de mantenerse quieta, buscara el semblante que acompañaba aquel par de hombros cuadrados y que, pese a estar cubiertos por el fino traje azul oscuro de tres piezas, lucían bien tonificados.

Era como un espejismo, la viva imagen de alguna idílica fantasía sexual en dos piernas incompatible con la mundana realidad que le rodeaba.

—Rogers —contestó Crown, su educada entonación era una desconcertante mezcla entre áspera y suave. El profundo azul de sus ojos flotó del hombre mayor al joven de larga cabellera azabache y piel morena que estaba de pie a pocos pasos, y en cuanto lo hizo, fue consciente de que él también había estado mirándolo… aunque bajó la cabeza casi de inmediato y fingió estar alisando una inexistente arruga en su chaqueta con solapa de muesca en color gris—. Buenos días. —Jules lo miró apenas y respondió a la breve formalidad, que entre otras cosas fue fría y casi mecánica.

Con una delicadeza de lujo comenzaron a subir.

Hubo un infructuoso intento de conversación de parte del sujeto que parecía no estar tallado en granito, pero Crown, con su perfecta barba recortada como un valor agregado a su precioso rostro, se mostró distante, casi evasivo.

Al final un incómodo silencio se apoderó del confinado espacio.

De pronto Jules se sintió observado.

Levantó la vista y de reojo se dio cuenta de que su instinto no le había fallado; a través de uno de los espejos de la cabina, su mirada se enlazó por un momento con la otra, una muy varonil que reflejaba aguda inteligencia y de la cual emanaba el más brutal magnetismo.

Su traicionero cuerpo de omega reaccionó de nuevo, pero logró conservar la fachada profesional y se concentró en mantener toda su atención hacia el frente, depositando toda su confianza en la dosis de inhibidores matutina que también evitaba que sus feromonas pudieran cometer un desliz. Aun así casi expulsó un elocuente aliento de alivio cuando el número del piso al que necesitaba llegar brilló potente en el indicador electrónico sobre las puertas del elevador.

Mantuvo la cabeza en alto cuando pasó en medio de los dos sujetos. Ambos se hicieron a un lado con cortesía para dejarle espacio. Sin darse un momento para titubear salió y se encontró en el amplio pasillo de pisos relucientes que recordaba de su anterior visita al edificio. Jules jamás se imaginó que en su primer día iba a encontrarse con nada más y nada menos que con el CEO de Crown Media en persona, el jefe de su jefa inmediata. En algún rincón de su mente había contemplado la posibilidad de que el magnate tuviera un elevador privado para no tener que mezclarse con los simples mortales que trabajaban para él.

Se deshizo de las divagaciones y echó a andar, aunque no alcanzó llegar hasta su destino porque tropezó con Natalie a medio camino del corredor.

—Señor Wallace, llega justo a tiempo —le dijo la encargada de Recursos Humanos con un leve rastro de urgencia flotando sobre el rostro, a la par de varias carpetas con documentos entre las manos. De haber tenido una desocupada la habría extendido para saludarlo de modo más formal, aunque le fue imposible—. En un segundo le indico en dónde está su escritorio.

—No hay prisa. ¿Puedo? —se ofreció a ayudarla con la carga ya que él no llevaba más que un maletín cuya correa le atravesaba el pecho. La chica profirió algunas exclamaciones de agradecimiento cuando Jules tomó todo el peso entre las manos.

—Gracias. En ocasiones no hay mucho que hacer y luego… —Esbozó una mueca divertida, que le dijo que ese era uno de esos «lunes de pesadilla». De ser el caso parecía estarlo tomando con

buena actitud—… Pero no se asuste, aquí el ambiente en general es muy agradable. Le gustará el trabajo.

—Estoy ansioso por comenzar, y por cierto… no tiene que ser tan formal, puede llamarme Jules —repuso con actitud desenvuelta mientras pasaban por la puerta que daba a la oficina de la mujer de facciones finas y rizado cabello rubio.

Esta le sonrió. Un genuino gesto de simpatía.

Un brillo súbito apareció en sus ojos avellana con una ligera variación marrón en el iris.

—De acuerdo. Entonces, Jules… llámame Natalie. —Jules ya había colocado la respectiva carga sobre el escritorio. La rubia extendió una mano para estrechar la suya—. Bienvenido a bordo de Crown Media. Ya sabes dónde buscar por si me necesitas. —Una gratificante sensación de agradecimiento lo recorrió cuando estrechó su agarre.



El enorme espacio dividido en cubículos en donde trabajaría gozaba de una iluminación natural que resultaba bastante agradable.

El de él estaba en el extremo que daba al amplio ventanal con una privilegiada vista de la ciudad, una panorámica impresionante que se magnificaba aún más desde esa altura. Piso cuarenta y ocho.

¡Vaya!

Se preguntó qué tal sería esa misma vista pero desde el último piso de aquel majestuoso rascacielos, cuya no menos majestuosa sombra se deslizaba silenciosa sobre las demás estructuras de menor tamaño que parecían arrodillarse ante su presencia.

—Jules, veo que ya te instalaste. —Reconoció la voz de Joan St. James (su jefa), que hizo que su interés pasara del urbano paisaje atlantés a su rasgos casi aristocráticos según evaluaba los pequeños detalles con que había personalizado su escritorio: un marco ovalado de madera con una fotografía de Alec y él con su perro Golden retriever, *Arsen*, ambos muy sonrientes.

Un pequeño recipiente cuadrado y de vidrio con un lozano bambú de la suerte en medio de las piedrecillas de distintas tonalidades de ocre y marrón que lo sostenían, además de su botella de agua con el logo del gimnasio Resolution Fitness al que iba cada noche.

—Instalado y listo para comenzar, señora St. James —dijo tras ponerse de pie.

—Llámame Joan, querido —repuso con una pequeña sonrisa que curvó de medio lado sus labios color frambuesa. Cogió la silla del escritorio del cubículo contiguo y tomó asiento. Jules siguió sus movimientos hasta que quedaron frente a frente—. Me gustaría primero charlar un poco contigo, serás mi asistente y quisiera conocerte un poco mejor ya que estaremos trabajando hombro con hombro de ahora en adelante, ¿te parece? —El joven asintió, un gesto breve con la cabeza—. De acuerdo. —Una pausa diminuta, como si meditara en qué preguntaría primero—. ¿Qué te hizo dejar a Lowell Graphics & Design por nosotros? —Era la segunda vez que le hacían esa pregunta, e igual que antes ofreció la misma respuesta:

—No es un secreto para nadie que Crown Media va a la cabeza del ranking en cuanto a publicidad se refiere, sus campañas son muy exitosas a nivel internacional y según el último número de la revista Forbes se perfila como favorito para ganar el Emmy por su último trabajo con The Coca Cola Co. —Una elegante ceja se curvó hacia arriba en aquel maduro rostro de expresión impresionada. Joan siguió con la vista fija en él—. Es el mejor definitivamente. Quiero trabajar con los mejores. —Su seguridad al respecto fue bien recibida por la mujer.

—Veo que hiciste tu tarea. —Una media sonrisa. El gris ceniza en la mirada de su jefa voló hasta el pequeño retrato familiar—. ¿Tu hermano? —señaló de manera vaga con el dedo índice.

—Casi. Mi mejor amigo y mi perro. —Una mirada cariñosa hacia el apuesto y vivaz rostro de su compañero del alma, aunque en la actualidad su expresión más habitual distaba mucho de aquel retrato que parecía haber sido tomado siglos atrás—. Alec.

—Tiene un amigo con ambiciones, debe estar orgulloso de que estés aquí —comentó Joan con aire casual. Jules tragó el repentino nudo que le oprimió la garganta aunque permaneció atento y en silencio, muy seguro del ceño reprobatorio que Alec le dedicaría si pudiera escuchar aquellas palabras. Luego, por un instante, pensó que Joan iba a mencionar el tema de su naturaleza omega y cómo iban a manejar la situación con respecto al trabajo en el obligado caso de ausentarse en un futuro ciclo de calor, pero no sucedió. Quizá porque el registro médico que acompañaba su historial profesional indicaba una condición «dominante». Y los omega dominantes, como era bien sabido, se consideraban menos complicados que los recesivos durante el período de celo—. Trae tu *tablet* y acompáñame a mi oficina. Hay algunas cosas que quiero que veas acerca del proceso creativo aquí en la empresa.

El joven tomó el dispositivo de inmediato y juntos enfilaron por un corto tramo del pasillo hasta el elegante espacio de trabajo de la señora St. James, en donde una de las paredes estaba casi oculta debajo de los distintos artes de campañas publicitarias anteriores entre las que reconoció una de Google y la del Super bowl 2016. El resto de la mañana transcurrió igual que un soplo, y solo se dio cuenta de cuánta hambre tenía hasta que Joan decidió hacer una pausa en medio de todo; eran las tres y media de la tarde.

Al haber sobrepasado sin advertirlo la hora del almuerzo, su nueva jefa le concedió el resto de la tarde libre. A Jules le agradó mucho su carácter; a pesar de su evidente inclinación a sumergirse en el trabajo y su marcada tendencia al perfeccionismo, lograba compensar esto con una actitud cordial y accesible que hizo que él mismo perdiera la noción del tiempo.

Tomó su maletín del último cajón del escritorio y se dirigió hacia los elevadores. El final de la tarde estaba envuelto en una rica paleta de colores: dorados ribeteados con finísimas pinceladas naranjas, en un espectáculo excepcional sobre la vasta cúpula azul del cielo. Las puertas metálicas se abrieron para él, y otro azul, distinto pero igualmente cautivador, atrapó su mirada…, provocando un estremecimiento en sus zonas más sensibles, al borde de la rebelión.

2: Momento incómodo

En una reacción instintiva parpadeó un poco más rápido de lo normal ante la repentina visión que resultaba ser aquel hombre.

Como si un creador celestial se hubiera dedicado a esculpir con fascinación las angulosas facciones masculinas, a tallar con orgullo la afilada nariz, y a cincelar con regocijo esos firmes y delineados labios que eran la viva promesa de noches perversas entre flautas de *champagne* y sábanas revueltas.

Habría dado cualquier cosa por no estar ahí, mucho más por no haberse quedado como un completo idiota contemplando aquel rostro de corte elegante, aire calculador y una agudeza incompatible con su edad.

Tenía entendido que no pasaba de los treinta y cinco años.

Notó que los ojos de Crown se estrecharon con lentitud sobre él. Esa fue casi la única manifestación de movimiento en su expresión por lo demás imperturbable.

Aspiró de forma entrecortada, obligándose a moverse.

El contacto visual no se rompió hasta después de entrar en la cabina, cuando buscó colocarse en el extremo más alejado de él. En su estómago se produjo una leve agitación al ver cómo el sujeto se adelantaba un poco para presionar los botones en el panel.

—Supongo que vas de salida, igual que yo —le dijo, con esa voz que le hizo pensar en susurros indecentes al oído y orgasmos devastadores. Entre lo aturdido que se encontró de pronto, Jules tardó un poco en hallar la neurona del habla para contestarle, no sin antes regañar a su imbécil interno por no comportarse enfrente de aquel tipo. Lo más probable es que debía estarse burlando de él por no saber lidiar con la presión de su presencia.

De pronto se le ocurrió una inquietud: si el simple hecho de estar al lado de ese reconocido alfa suscitaba aquel tipo de reacción, no quería ni imaginar cómo sería una presencia más consciente de sus feromonas en un espacio tan reducido.

—Así es. —Sus dedos estrecharon con más fuerza de la necesaria la correa de cuero de su maletín. Muy fija su vista en algún punto a la altura de los ojos que no veía en realidad.

«Contrólate, Jules. No es más que un hombre… el tipo que…».

—Tu desempeño debe haber puesto a Joan de muy buen humor.

—¿Disculpe? —Cierta impresión de desconcierto ocupaba su mente, tanto que no estuvo seguro de haber escuchado de manera correcta lo que dijo el sujeto. Movió la cabeza para mirarlo con un punto de extrañeza destellando en aquellos singulares ojos que Alexander encontró de lo más atrayentes.

Uno de ellos era de un verde profundo, mientras que el izquierdo exhibía una tonalidad más clara, coronada por un borde casi dorado alrededor del iris.

«Heterocromía.

Qué interesante y hermosa rareza», pensó el CEO. Aunque nada en su semblante denotó esa observación.

¿Cómo no reparó en ello esa mañana?

—Vas de salida más temprano. —Las manos de Crown permanecieron ocultas dentro de los bolsillos de su pantalón mientras se recostaba con aire relajado en el ángulo que formaban las paredes de ese lado del elevador. Todo un placer visual.

Jules se amonestó por haberlo notado.

—Quizá es todo lo contrario. —Se encontró diciendo. Pensaba que ya había sido suficiente de mostrarse abrumado ante la presencia de ese hombre. Tras darse una mental palmada de ánimo

prosiguió—. Tal vez decidió que no valía la pena seguir perdiendo el tiempo conmigo y me envió a casa.

Crown hizo un ligero mohín, torciendo la boca hacia un lado, y luego encuadró los hombros con una indiferencia calculada. Una de sus manos salió del refugio de su bolsillo para frotarse la barbilla, dándole al joven una vista en primera fila de un reloj cuyos detalles podrían cubrir el alquiler de su apartamento por todo un año.

—Lo dudo —repuso tranquilo.

—¿Por qué lo dice? —Jules advirtió que el hombre estaba más conversador que cuando compartieron cabina esa misma mañana, también que se sentía un poco menos nervioso.

—Porque mi trabajo consiste en saber todo lo que ocurre en mi edificio, señor Wallace —dijo, aunque estaba muy seguro de no haberle mencionado su nombre al sujeto, mucho menos su apellido. Supo de inmediato que aquella arrogante respuesta fue pronunciada con el deliberado propósito de amedrentarlo.

«¡Prepotente hijo de perra!».

Una débil sensación de sorpresa lo sacudió en el instante que se preguntaba hasta dónde llegaría su dominio de la información.

La poca confianza que había logrado reunir se hizo humo y flotó lejos de su alcance en cuestión de un latido. ¿Por qué parecía ser el viaje en ascensor más largo de la historia?

Se descubrió sin nada que decir durante los eternos segundos que siguieron. Ahora le parecía una tremenda estupidez todas las veces que ensayó frente al espejo del baño los ingeniosos diálogos que emplearía cuando tuviera frente a él al magnate Alexander Crown, incluso en su mente se había visto seguro y hasta seductor, no como el conejillo asustado en que lo había convertido su situación más inmediata.

Sus convicciones se tambalearon de modo feroz. No por primera vez se cuestionó cómo demonios iba a lograr aquello que se había propuesto.

Inspiró con fuerza y dejó que toda su atención se concentrara en sus pies, en la firmeza con la que lo anclaban a lo más sólido que había a su alrededor: al suelo que estaba debajo de ellos.

No iba a caer.

No, no caería… era fuerte. Tenía que serlo.

—Muy impresionante, señor Crown —logró pronunciar después de tragar el nudo que sintió formarse en su garganta instantes antes—. Y supongo que mi apellido es solo la punta del iceberg.

—No es algo que discutiría en un lugar tan insulso como un elevador. —De nuevo esa soberbia, esa altivez. Le habría encantado poner los ojos en blanco para demostrarle que no estaba consiguiendo el efecto que esperaba. Pero era mentirse.

—Entonces, ¿qué lugar sería más adecuado según su opinión? —Por primera vez su mirada se mantuvo serena cuando lo enfrentó.

—Quizá durante una cena en el mejor restaurante de la ciudad.

«¡Vaya! ¿Ahora lo estaba invitando a salir?».

No iba a negar que en algún momento había esperado que ocurriera, pero eso fue en una época en la que ni siquiera sabía si sería posible alcanzar esa situación; mucho menos en su primer día en Crown Media. Sin embargo...

—Ya que sabe todo lo que ocurre en su edificio debió haber anticipado que esa no es una opción viable.

Se estaba decantando por una movida arriesgada y lo sabía. Aun así se convenció de que mostrarse demasiado ávido al respecto no podía ser una buena idea. Decidió esperar lo mejor e ir en

esa dirección.

—Siempre se puede cambiar de opinión, Jules. —Se movió un poco para aflojar ligeramente el nudo de la corbata. Su mirada era rotunda e intensa. La mirada propia de un hombre acostumbrado a obtener lo que quiere cuando le place. No desvió la vista de su cara cuando las puertas del elevador se abrieron, permitiendo que el bullicio del otro lado inundara el confinado espacio en el que habían estado, como si el tiempo se hubiera detenido solo para ellos y nada más importara—. Mañana es otro día.

Jules se limitó a guardar silencio.

Al cabo de unos segundos, Alexander extendió un brazo en ademán caballeroso para cederle lugar. Cuando avanzó el primer paso, la otra mano masculina lo tomó por sorpresa al posicionarse en la parte baja de su espalda sin detenerse a considerar la incomodidad que le generaba su cercanía.

El joven detestó que luciera tan impasible mientras él estaba a punto de escupir su propio corazón en el espléndido piso del *lobby* ante aquel inesperado contacto.

Atribuyó su reacción a una serie de aspectos que guardaban mucha lógica si se pensaba con detenimiento: Crown era un hombre de mundo. Durante su carrera se había hecho notar no solo por el poderoso apellido que lo antecedía, también por ser el dueño del carácter requerido para quitar de en medio cualquier posible impedimento para llevar hasta la estratósfera su acaudalada compañía.

Y él solo era un sujeto cualquiera muy, muy disgustado.

De todas maneras, pensó que con esa emoción guiando sus pasos era suficiente… junto con la satisfacción de saber que el magnate tenía mucho más que perder que él. Se aferró a la seguridad de poseer lo necesario para atraerlo, un pensamiento que, aunque carecía de modestia, era lo único con lo que contaba por el momento.

—Buenas tardes, Jules. Seguiremos en contacto —dijo con voz suave, mientras se acercaba lo suficiente para sentir el calor de su aliento acariciar su mejilla.

Después la mano de Alexander dejó de apremiarlo para flotar hasta su apuesto rostro, donde trazó un gesto con el dedo índice sobre su labio inferior que le hizo sentir desnudo y vulnerable, casi como si lo estuviera evaluando.

—Buenas tardes, señor Crown —escuchó en el último instante un indicio nervioso en su voz que esperaba que el otro no hubiera notado.

Advirtió con extrañeza lo interminable que se le hizo el camino hacia la salida, como si los minutos en el elevador se hubieran extendido de nuevo. Y al igual que entonces, no pudo escapar de la sensación de esos ojos, tan intensos como el cielo, fijos en su espalda hasta que alcanzó las puertas de cristal.

Al cruzarlas, una brisa fresca revolvió su cabello, susurrándole que, después de todo, había sobrevivido a su primer día de trabajo.

3: La idea de un plan nada agradable

Cerró el puño y dio tres leves golpes a la puerta.

Casi al instante escuchó la sorda agitación que esa llamada produjo del otro lado.

Cierta especie de pesados bandazos acompañados de jadeos y luego una intempestiva fuerza que se deslizaba contra la madera.

Segundos después el rostro de Alec se asomaba por la puerta entornada; entonces la personificación de la felicidad envuelta en brillante pelo dorado se abalanzó sobre Jules igual que si fuera una bola de demolición.

Tuvo que plantar muy bien los pies en el suelo para no irse de espaldas.

—Yo también me alegro de verte, amigo —le dijo a *Arsen* con un timbre de voz similar al que utilizaban las madres para dirigirse a sus bebés recién nacidos.

La respuesta del canino consistió en un elocuente lametón a la mejilla de su dueño antes de caer de nuevo en sus patas delanteras, aunque parecía no poder quedarse quieto y comenzó su rutina de buscar cualquier olor ajeno que pudiera haberse impregnado en él durante el camino.

—Llegaste antes. ¡Dime por favor que te despidieron! —Su vecino y mejor amigo se hizo a un lado para que pasara. El enorme perro perdió muy rápido el interés y se alejó en busca del juguete de goma con forma de hueso que yacía junto al no menos enorme sofá nuevo.

—Espero que haya mantenido sus garras lejos de tu nueva adquisición. —Se refería a un precioso sillón de madera oscura, con elegantes almohadones en tonos beige y otros de un vibrante naranja. Una pieza fina e innovadora, en perfecta armonía con el resto del lugar.

—Contrario a su dueño…, *Arsen* es muy buen chico. —Una estilizada ceja se alzó en su dirección con manifiesto aire de reproche.

—Qué cruel eres.

Estiró los labios y le dedicó la más inocente de las expresiones, una intención que Alec, por supuesto, no se tragaría ni en un millón de años. Y, pese a todo, por lo mucho que lo quería, se encontró riendo con aquella mueca.

Jules se quitó los zapatos de una sacudida y buscó un lugar en el sofá.

El otro joven se acomodaba junto a él sin poder contener esa ávida mirada que le dijo que, sin importar todas las veces que había tratado de convencerlo de no entrar a trabajar en esa compañía, moría de ganas por saber qué fue de su primer día en Crown Media.

—¿Y bien… lo viste?

Sus expresivos ojos, de un azul más claro que los del hombre a quien aludía su pregunta, parecieron abrirse de modo imposible antes de taladrarlo en espera de conocer los detalles.

—Mucho más que eso.

Sonrió un poco antes de relatarle cómo sucedió todo, desde el primer encuentro de la mañana hasta la extraña conversación que el mismo Alexander Crown propició la segunda ocasión en que se hallaron en el elevador.

A su vez, Alec le hizo varias preguntas que tenían que ver con el color del traje del sujeto, qué tal olía, cómo era su cabello. Si su voz era suave o más bien enérgica…

—¿Así que te invitó a salir así nada más? —Una ligera negativa de asombro—. No creo que su novia vaya a estar muy feliz si se entera de que su bombón se lanza a buscar citas como un sediento en el desierto. En especial porque eres hombre y él es conocido por tener gustos más… delicados.

Quizá.

Aunque Jules dudaba mucho que Felicity Tremblay desconociera las actividades extracurriculares de su afamado pretendiente. A su vez supuso que ser la asquerosa-rica heredera de la cadena hotelera

Tremblay Resorts & Hotels demandaba de ella otro tipo de apremios que también le robaban su preciada tranquilidad.

—El tipo no camina sobre el agua ni es tan genial como cree. Es tan mortal como tú o como yo, hoy me convencí de eso.

Podía detectarse una clara animosidad en sus palabras.

—Y, ¿qué sigue ahora? —preguntó Alec según se levantaba del asiento para ir a la cocina.

Volvió rápido con un par de latas de cerveza, deseando escuchar de nuevo que entre sus planes no figurara un asesinato por venganza.

El especial sonido de erupción del envase se extendió por la estancia a la par de los ruiditos más húmedos e insistentes de *Arsen*, empleado a fondo en desintegrar con los dientes su juguete de hueso favorito.

Jules apuró un trago generoso.

—Esperar un poco y averiguar todo lo que pueda. Algo habrá, ¿no? El tipo no puede ser tan perfecto como el mundo entero piensa. Cualquier cosa que sirva para dejarlo en evidencia… yo la voy a encontrar.

—No lo sé, hermano. —Una inspiración lenta y pensativa. La atractiva mandíbula del hombre se contrajo en desacuerdo—. Esos planes a largo plazo… No me causan mucha gracia que digamos. A veces hay que dejar todo…

—… atrás y seguir adelante —siguió Jules con entonación paciente—, no espero que me entiendas, Alec. Nunca lo he hecho. —Jugó con el líquido que quedaba en su lata de cerveza, haciéndola girar con los dedos mientras su mirada iba de él a los diminutos destellos de oro que salpicaban el pelaje de su perro—. Me lo quitó todo, eso es algo que no puedes dejar atrás así como así.

—Eso no es verdad, todavía tienes a tu madre. —La acostumbrada suavidad de su voz se había perdido entre la bruma de su impotencia, ahora se escuchaba más enérgico. Todavía pensaba que de esa manera lograría hacerle entender de una vez por todas qué disparatadas se escuchaban sus intenciones.

—Sí, lo sé. Una madre que siquiera me recuerda, pero que no deja de preguntar por su esposo muerto. —Nada silenciaba la rabia que le empañaba la sangre. Caliente en contrapunto con el gélido propósito en su voz.

—No es su culpa, Jules…

—Claro que no. Es la de él. —Alec sentía que llevaba mucho tiempo enfrentándose a él…, a ese deseo que lo había llevado por el lento camino de algo muy parecido a la autodestrucción.

Y, sin embargo, ni por un segundo contemplaba alejarse por más dolores de cabeza que le causara. Apenas cuatro meses atrás, el matrimonio de tres años de Jules con Gabriel Wallace terminó por fin de desmoronarse, quizás porque ya estaba mal desde el principio, quizás por su obstinada fijación. ¿Quién sabe? Lo cierto es que con su madre internada en una residencia psiquiátrica, se encontraba, en términos simples, solo. Se veía a sí mismo como el apoyo que el ex de su amigo nunca supo ser, aunque también le gustaba pensar que era lo más cercano a una familia.

—De acuerdo, en vista de que hoy tampoco tengo oportunidad de ganar esta batalla cerraré mi boca…, una vez más. —Los dedos de cuidadas uñas del muchacho tamborilearon sobre el respaldar del sofá. Bebió de golpe el contenido de su lata, lo que provocó que sus ojos se llenaran de una repentina humedad—. ¿Crees que entre tus malvados planes de destruir la reputación de ese hombre puedas encontrar un espacio para mí y acompañarme a la final del concurso?

El concurso en cuestión celebraba la diversidad sexual y la belleza, donde los orgullosos

participantes desfilaban sus mejores galas ante un exclusivo jurado.

Alec ya había ganado distintos premios individuales en otras categorías en ocasiones anteriores, como el de «Miss fotogénica» además de «Miss simpatía». Según lo que las voces en el medio susurraban, ese año tenía todas las probabilidades a su favor para llevarse a casa la corona junto a los jugosos quince mil dólares que la acompañaban.

—¿Bromeas? No me lo perdería por nada del mundo. —Estiró el brazo para darle una efusiva palmada en la pierna—. Por supuesto, tú y yo sabemos que esa ceremonia no es más que una mera formalidad. —Una sonrisa pícara a la par de una entonación cariñosa—. Ese título ya es tuyo, amigo mío.

Un súbito resplandor llenó de ilusión el azul de la otra mirada, aunque la verdad Alec no podía negar que la competencia era feroz.

Ganar ese concurso significaba demasiado para él. Ese dinero se traducía en la oportunidad de comprar la otra parte de la tienda para adultos que su socia, Beverly Astor, había perdido interés en mantener, más enfocada ahora en el salón de belleza que abrió en el Peachtree Center tiempo atrás.

Por lo menos la opción de venta estaba abierta.

—Muero de nervios, Jules… Te lo juro. —Sus manos buscaron el contacto de las de su amigo, las cuales envolvió con un apretón repleto de ansiedad—. Todavía tengo tiempo de prepararlo todo, pero no quiero dejarlo para última hora. Necesito que me ayudes a pensar en el traje de gala y en el de baño… Los zapatos... —Se detuvo de pronto, consciente de que acaparaba la conversación como solía hacer siempre que se emocionaba con algo—… Por supuesto, sé que tienes mucho en qué pensar ahora con tu nuevo empleo, así que no quiero que te sientas…

—Me encantará ayudarte. —El contacto de Jules fue de lo más solidario—. Sé que tengo espacio suficiente en mi agenda para acomodar a la perfección lo referente a buscar tu vestuario ideal sin que interfiera con mis «malignos intereses», no te preocupes.

Alec lanzó una risotada que no fue lo alegre que le habría gustado, quizá porque tampoco encontraba mucho de esa emoción en aquellos ojos de belleza tan singular.

—Daría lo que fuera para que todo volviera a ser como antes.

Suspiró, con aquella punzada de nostalgia que le ensombrecía el corazón cada vez que algo que tenía que ver con Alexander Crown ocupaba por entero los pensamientos de su Jules.

Notó que el otro lo había percibido, que lo entendía.

—Hey… yo voy a estar bien, de verdad —le aseguró con suavidad.

Alec adoptó una clara expresión recelosa. Que ahora Jules estuviera trabajando en Crown Media lo colocaba en una situación más cercana para un desenlace que podría no ser agradable de cualquier modo que se analizara. Fastidiar a uno de los solteros más codiciados y ricos de la ciudad traería complicaciones que su amigo, tan hermoso como obstinado, no quería comprender.

—Supongamos que lo logras…

—Dame un poco más de crédito, por favor. —Intentó añadir un aire despreocupado a sus palabras, pero que Alec subestimara sus habilidades tocaba las fibras de su orgullo, que a fin de cuentas era lo único que le quedaba.

—De acuerdo, no dudo que puedas atraer a ese hombre con tus encantos, primor. De hecho, ya lograste meterte en su radar. —Hizo un gesto enfático con la mano, rematado con un chasquido de dedos—. ¡Y en solo unas pocas horas! Pero, ¿te has planteado que vas a necesitar algo más que un par de citas para acceder a su baúl de oscuros secretos? —Esbozó una sonrisa frágil, luego se inclinó un poco más hacia él, trazando una suave caricia en su mejilla—. Piensa hasta qué punto estás

dispuesto a perderte a ti mismo en busca de lo que tanto deseas, y si te gustará la versión de ti que sin duda encontrarás en el camino.

Lo había considerado, en tantas ocasiones que supo que si seguía haciéndolo acabaría por abandonar su propósito. Después pensaba en su padre, en cómo su injusta salida por la puerta trasera de Crown Media lo llevó a perderse en un serio estado de negación por tener que cargar con los señalamientos de los que fue objeto.

El abismo bajo sus pies acabó por reclamarlo un par de meses después, cuando una madrugada conducía a casa con más licor del permitido en su cuerpo y perdió el control del auto en la I-20. Un accidente tan dramático que salió en todos los noticieros.

En su madre recayó la espantosa tarea de reconocimiento del cuerpo al día siguiente.

Una parte importante de Raquel murió con él. De ella solo quedaba el despojo de la mujer que lo había amado demasiado.

Todo se desmoronó en menos de un año.

Incluso la casa que le vio nacer se perdió en medio de la turbulencia que siguió al fallecimiento de su padre, cuando una hipoteca desconocida emergió de la nada, llevándose los últimos vestigios de una vida entera. La situación que lo enfrentaba a Raquel era la de chocar contra la pared dura y gruesa que erigió a su alrededor; tras estrellarse una y mil veces en el intento de acercarse el resultado siempre era el mismo: acabar aturdido y herido, sin lograr obtener de ella más que la esperanza con que pronunciaba el nombre de su padre.

—Creo que sabré si debo cruzar ese puente o devolverme llegado el momento —dijo solo por tranquilizar las inquietudes de Alec, que ya habían dejado un profundo surco en medio de sus preciosas cejas negro azabache—. Ya no quiero hablar más de esto. —Se acercó y lo empujó con el hombro en actitud bromista—. ¿Qué te parece si pedimos una pizza para cenar y vemos lo de tu vestuario? —sugirió esperanzado.

Vio que las comisuras de aquellos perfilados labios se agitaron con el indicio de esa atractiva sonrisa que conocía tan bien, y que sabía que estaba tratando de contener.

Así pues, arremetió contra él a cosquillas para que las risotadas abandonaran al fin su pecho.

Vestido de mujer, Alec podía ser más femenino que cualquiera de esas modelos europeas de las revistas de moda que solía comprar, pero su fuerza seguía siendo la de un hombre.

Un beta que en realidad no tenía por qué envidiarle nada a un alfa.

Cuando Jules se dio cuenta yacía tumbado en el sofá, sometido con extrema facilidad con las muñecas cautivas por encima de la cabeza y su esbelto cuerpo ubicado en medio de sus piernas.

Jadeantes y despeinados, el fantasma de la risa todavía jugueteaba en sus pechos.

—Creo que ambos necesitábamos ese revolcón, ¿no te parece? —mencionó Jules antes de levantar la cabeza lo suficiente para darle un beso diminuto en los labios.

—No podría estar más de acuerdo contigo, primor. Las cosas se estaban poniendo demasiado serias. —Cambió de posición. Tras soltarle las manos se apoyó a continuación en un codo; con los dedos libres describió un camino de caricias sinuosas sobre la anatomía masculina que tenía debajo. Su expresión era intensa, de párpados entornados que lo escrutaban—. Es una lástima que no seas mi tipo. —Descendió sin prisas hasta su boca y le devolvió el beso—. Haríamos una pareja increíble.

Un sonido entre la risa y el bufido brotó de la garganta del otro joven.

—Mmmh, tú te lo pierdes. —Una diminuta pausa durante la cual se dio cuenta de que su camisa había sufrido las consecuencias de aquel revoltoso juego—. Te haría tocar las estrellas. Y por cierto, no soy tu primor. —Un comentario engreído pronunciado con risueña entonación.

—Supongo que nunca lo sabremos, y por cierto: sí lo eres —susurró Alec con sedosa intención

antes de incorporarse en un revuelo de agilidad para ayudarlo a levantarse también—. La pizza va por mi cuenta. ¿Alguna petición en especial? —dijo cuando tomaba su teléfono celular de la encimera y buscaba el número en su lista de contactos.

—Hawaiana para mí. Doble jamón, doble queso… Que tenga todo doble —contestó distraído contando cuántos botones le faltaban a la camisa, aunque *Arsen* apareció a su lado e hizo que su atención se volcara hacia él y la pequeña pelota de tenis que le ofrecía, una que Alec le daba para jugar cuando se quedaba en su apartamento.

La tomó y la lanzó hacia el otro lado de la habitación para que fuera a recogerla.

—De verdad tienes hambre —murmuró para sí Alec, impresionado, después se interrumpió a fin de centrarse en el pedido. Ordenó ensalada, postre y una pizza tamaño extragrande. La mitad hawaiana de Jules; la mitad «para amantes de la carne» reservada para él. En su opinión (muy personal) la persona que tuvo la genial ocurrencia de ponerle piña a la pizza debería estarse quemando en el infierno. Pero bueno, nadie era perfecto.

Jules comenzó a calcular cuánto tiempo en el gimnasio iba a costarle aquel desproporcionado desliz, sin embargo, estaba de buen humor y no importaba demasiado.

—Hoy no tuve oportunidad de salir a almorzar. —Con un par de zancadas acortó la distancia entre ellos y se dejó caer en uno de los taburetes de madera oscura alineados junto a la encimera—. La señora St. James es muy agradable, pero bastante entusiasta con el trabajo, así que sospecho que no será la primera ni la última vez que me salte una comida.

—Entonces se llevarán muy bien. —Alec se sentó a su lado y paseó los dedos por su oscura cabellera, provocándole un cosquilleo—. Siempre disfrutaste este trabajo. Podrías verlo como la oportunidad de crecimiento profesional que tanto has deseado. Tú mismo lo dijiste: en publicidad ellos son los mejores.

—Sé lo que haces. —Lo miró con los párpados entornados. El hombre levantó las manos con las palmas extendidas en ademán defensivo.

—¿Qué? Yo no estoy haciendo nada. —Le ofreció un guiño de diversión—. De acuerdo, de acuerdo. Olvídalo. —Dejó escapar una exasperada ráfaga de aire—. Veo que tu veta insensata es inamovible.

—Igual de inamovible que tu veta fastidiosa.

—¡Hey! De donde yo vengo a eso se le llama tener perspectiva.

—¡Naciste a un par de calles de aquí, Alec! —contestó burlón.

—Eres peor que el diablo, hermano. —Meneó la cabeza en un intento de encajar la extraña alianza que se había forjado entre ellos, esa donde él pensaba apoyarlo hasta el final pero tratando de disuadirlo todo lo que hiciera falta—. Casi empiezo a sentir pena por ese sujeto.

4: El café sin azúcar y sin crema sabe mejor

Esa mañana despertó más animado, más vivo, tanto que lo primero que cruzó su mente al abrir los ojos fue crear su propia consigna, el impulso que le ayudaría a seguir a través de todo aquello sin perderse en el camino.

Sabía que Alec tenía razón: la venganza y el deseo de justicia podían confundirse con demasiada facilidad. La línea que las separaba era tenue, casi imperceptible, pero entre sus esquemas no figuraba poner la otra mejilla y seguir adelante como si nada.

Su amigo supo lo que hacía. Le daba vueltas en la cabeza a lo que implicaba trabajar para una empresa del calibre de Crown Media; las ambiciones que había relegado automáticamente cuando su mundo se vino abajo, relacionadas con expandir sus conocimientos y avanzar en su carrera profesional, seguían latentes.

Ya había constatado de primera mano por qué Joan St. James tenía una trayectoria de más de diez años como directora creativa para la agencia; la mujer sabía muy bien lo que hacía. Jules estaba al tanto de que haber ganado aquel puesto junto a ella lo acercaba un paso más a las grandes ligas, de ahí que sus atenciones también debían enfocarse en hacer su mejor esfuerzo y asegurarse su permanencia en la compañía.

Repitió su recién ideada consigna en la ducha, también cuando se detuvo frente al espejo del baño y levantó la mano para limpiar su opaco reflejo de la superficie empañada de vapor. Cuando volviera a encontrarse con Alexander Crown, se dijo, no comenzaría a temblar como un flan.

Al momento de arribar al imponente edificio, respiró muy hondo y enderezó la espalda para enfrentarse una vez más a lo que el día decidiera arrojar contra él. Solo que en esa ocasión el amo y señor de aquellos dominios no se cruzó en su camino, como tampoco lo hizo el día después de ese, ni el siguiente.

Aún no tenía nada concreto con qué avanzar.

Mientras esperaba a Joan, aprovechó para revisar las últimas campañas en las que la agencia había participado, buscando familiarizarse con el estilo que definía su marca. Aunque cada proyecto se ajustaba a las demandas específicas de cada cliente, un ojo entrenado podía captar esas sutilezas que marcaban un océano de diferencia frente a la competencia.

Crown Media apostaba por la elegancia y la sofisticación, equilibradas de forma sutil con un enfoque adaptable que respondía a las diversas necesidades de cada mercado, impulsando su expansión. Estas cualidades hacían que sus propuestas fueran las más innovadoras y codiciadas del sector.

Tras ojear algunas, y hacer unas cuantas notas personales para tener en cuenta más adelante, se encontró de nuevo sin nada con que pasar el rato.

No pasó mucho antes de que Joan apareciera como un torbellino de cabello rojo caoba atrapado en una estilizada cola de caballo, se derramaba a lo largo de su espalda hasta caer brillante a la altura de la cintura. Rebosaba vitalidad y una clase de energía frenética que solo podía atribuirse a que algo muy bueno acababa de sucederle.

—Bonito día, Jules —dijo de camino a su oficina con cierta urgencia en el paso—, nos reuniremos con el equipo de creativos dentro de una hora en la sala de juntas. Es probable que el almuerzo tenga que esperar hoy también, pero vale la pena.

—Suena a buenas noticias. —Jules se había puesto de pie para entonces—. ¿Necesitas que prepare algo en especial?

—No todavía, con tu libreta de notas será suficiente por ahora. Tendremos un *brainstorming* y lo esencial irá surgiendo sobre la marcha.

La estela de entusiasmo que la mujer dejó tras de sí resultó contagiosa, ahora Jules se sentía más

motivado con la inminente oportunidad de un proyecto a punto de romper en el horizonte.

Siempre había pensado que trabajar en publicidad, rodeado del constante flujo de ideas y conceptos creativos, por simples que pudieran parecer al principio, era una forma de conectar con la parte más divertida del cerebro, donde lo más pequeño podía transformarse en un resultado asombroso que involucraba a cada una de las mentes participantes.

Había algo casi poético en todo aquello.

Se preguntó de qué trataría y le emocionó saber que pronto conocería al resto del equipo.

Decidió aventurarse a su primera visita al *office*. Necesitaba meterle una buena dosis de cafeína a su sistema; lo mantendría alerta y calmaría la leve agitación que provocó en su estómago lo que estaba por suceder, fuera lo que fuera. ¿Para qué iba a negarlo? Su interior bullía con la innegable mezcla de nervios y ansiedad que siempre generaba ser el nuevo en el lugar, y no solo eso, debía demostrarle a Joan que no se había equivocado al elegirlo como su asistente.

El maldito lugar parecía un laberinto. Después de dar unos cuantos giros erróneos dio con la pequeña sala de aspecto acogedor. Una mesa de madera pulida ocupaba el centro de la estancia, ideal para seis comensales. Los sillones dispuestos contra las paredes una mezcla de grises y verde oliva (se veían muy cómodos), salvo la que tenía a su izquierda, ocupada por unos bonitos armarios y una nevera amplia. Una cara conocida le dio la bienvenida con una sonrisa.

—Jules. — Natalie, la chica de Recursos Humanos a quien no veía desde su primer día, lo saludó. Se encontraba a solas en la habitación—, buscando inspiración líquida, ¿eh? —dijo mientras devolvía el vaso de la cafetera a su lugar. Se acercó la taza recién servida a los labios para soplar la columna de humo, tanteando la temperatura.

—Algo así. —Jules se acercó a los armarios. Intentaba adivinar cuál puerta abrir primero—. Veo que me adelanté, se viene un día largo. Sospecho que este lugar se pondrá de locos en poco tiempo.

Con su diligencia habitual, Natalie dejó su bebida sobre la mesa y a continuación le mostró dónde se guardaban las tazas, a la par de ofrecerle un breve recorrido por los botes de té, azúcar, las cajas de galletas variadas y otras cosillas para picar que la empresa ponía a disposición de sus empleados.

—Eso es seguro —convino a la vez que buscaba sitio en uno de los sillones—, y no es para menos. Se viene algo grande. —Se inclinó hacia el frente y bajó la voz en actitud confidencial…, como si no quisiera que nadie aparte de él la escuchara.

Jules vertía una medida del oscuro brebaje en su taza, pero detuvo el movimiento a medias y la miró con aire interrogante durante unos segundos.

—Eh, ¿en serio? —Poco después reanudó la tarea y, siguiendo su ejemplo, se sentó a su lado. La chica parecía del tipo que maneja toda clase de información y que tiene serias dificultades para no compartirla con los demás. Jules sabía que necesitaría tenerla de su lado. Que Natalie le resultara simpática a pesar de conocerla poco, era un muy buen punto a favor—. ¿De qué se trata? —inquirió sin demostrar demasiada curiosidad.

—Los cincuenta años de la compañía. —Los ojos de Natalie parecieron más brillantes cuando se abrieron de modo imposible y se fijaron en él—. Escuché que el señor Crown piensa celebrarlo por todo lo alto.

Jules la escuchaba atento sin dejar de dar pequeños sorbos a su bebida, que gustaba tomar sin azúcar y sin crema. Siempre había pensado que adicionar cualquier otra cosa al café solo arruinaba su sabor.

—¿De verdad? No me dio la impresión de que fuera alguien muy aficionado a las fiestas. — Incluso cuando buscó información sobre él en Internet y apareció en su pantalla una avalancha de imágenes de eventos que iban desde los más formales hasta los más íntimos, filtradas por la labor

incansable de los paparazzi, Alexander Crown parecía demasiado serio y distante en medio del espíritu festivo que lo rodeaba.

—No me refiero al hijo sino al padre, Samuel Crown. Pienso que va a ser el acontecimiento del año en la ciudad y… ¿Ya conociste a Alexander? —Se removió de pronto en lo que cambiaba de tema, observándolo con un asombro bastante cómico, a decir verdad—. Llevo aquí tres años y solo lo vi de lejos una vez, en el *lobby*; aunque a pesar de esa distancia puedo decir que el hombre causa ese efecto…, parece que sabe muy bien cómo volver loca a su amante en la cama y que es capaz de enloquecer las feromonas de todo el edificio sin esforzarse siquiera. —Le dio un pequeño empujón con el codo. La sonrisa en sus labios era pícara. Jules no pudo evitar reír también ante su salida de tono.

Después todo sentido de diversión se evaporó para seguir el camino del vapor que emanaba de su café y se perdía en el aire. Le molestaba haber tenido esa misma apreciación del señor Crown. No quería admitir que su andar era sexy, o que advirtió cuán largas eran sus piernas ni la fuerte constitución evidentes a través del material de su pantalón. Incluso recordó contra su voluntad, y cierto calor en la sangre, la sensación de su sedosa a un tiempo que áspera voz susurrándole muy cerca del oído.

—Supongo que es lindo si te gustan esa clase de hombres. —Dio otro trago a su café y desvió la mirada en sentido de la puerta. Un torpe intento para no quedar en evidencia.

—«Lindo». —Natalie pareció saborear el término, que por el gesto no acababa de ser de su agrado —. Lo siento, supongo que estoy hablando desde la perspectiva de una mujer y tú no tienes por qué estar de acuerdo; pero ese hombre jamás podría considerarse como un espécimen «lindo», Jules. Es más bien… ¡Supremo! —Sus palabras resplandecientes, rematadas por la ensoñación que apareció en su rostro y lo cubrió como un velo de delicada gasa—. Y, ¿dónde lo viste?

—El otro día por la tarde conversamos un poco en el elevador —repuso como si no fuera la gran cosa. Natalie respondió atragantándose con su propia saliva. Jules tuvo que darle unas cuantas palmadas en la espalda para que se recuperara.

—¿Por qué esas cosas nunca me pasan a mí? —se lamentó una vez acabó de limpiarse la leve humedad que apareció en sus ojos tras el breve episodio de tos—. Mi suerte apesta.

—Si te sirve de consuelo no fue una gran conversación, apenas un ligero intercambio de impresiones acerca del clima…, es todo —mintió. Era mejor tomar la precaución de no mencionarle que el sujeto había sugerido una posible cena durante el trayecto del elevador, de lo contrario más café volaría por los aires. Percibió que la señorita Bianchi era una de esas personas que tendía a reaccionar con demasiada elocuencia a las circunstancias—. Luego se marchó sin mirar atrás.

—Habría dado cualquier cosa por estar en tus zapatos de todas formas. —La chica se puso de pie y reacomodó con una mano su falda de corte recto en color negro para después fregar la taza en el lavadero—. No pido demasiado, ¿sabes? Ya sé que todos los sujetos atractivos en Atlanta son alfas que no van a fijarse en una simple omega de tercer grado como yo, y los betas que he conocido terminan siendo unos cretinos bastardos… —Un suspiro vencido—... Pero no es justo que ni siquiera pueda ver a uno como Alexander Crown de cerca…, solo un vistazo pequeñito.

—Puede que estés en lo cierto, pero no te rindas —le comentó antes de levantarse también. Las generosas curvas de Natalie no podían pasar desapercibidas con facilidad. Además era agradable y simpática; quizá solo era cuestión de tiempo hasta que hallara a su hombre indicado. Un pensamiento que no lograba concebir para sí mismo, sin embargo—. Le das mucha importancia a lo que no tienes y eso es lo que estás atrayendo: nada. Solo deja de preocuparte y fluye con el momento.

Natalie ladeó la cabeza y puso cara de estarlo considerando.

—¿Qué hay de ti, Jules? ¿Tienes a alguien especial esperando por ti en casa?

Unos cuantos rizos descansaron por un instante sobre su hombro derecho antes de recostar la mitad del cuerpo contra el borde del mueble de cocina. Parecía una pregunta casual que no tenía ningún reparo en contestar.

—Claro que sí, es el amor de mi vida…, y siempre me ha hecho sentir que yo soy el suyo también.

—Vaya…, eso se oye envidiable. Eres muy afortunado, me gustaría llegar a conocerla alguna vez. —Como Jules había descalificado las cualidades del señor Crown, Natalie dio por hecho que era un omega dominante con predilección por las mujeres.

—Tengo algunas fotos conmigo, puedo mostrarte. —Natalie se emocionó, acercando el rostro un poco más y a la espera.

Sujetó el teléfono frente a él y empezó a buscar en la galería hasta que encontró las que deseaba mostrarle. El peludo rostro de *Arsen* con la lengua fuera llenó su pantalla. A la velocidad del rayo el estallido de una risotada casi lo deja sordo.

—¡Debí saberlo! —exclamó llevándose una mano al estómago sin dejar de sonreír. Después de unos segundos en los que ojeó unas cuantas fotografías más volvió a hablar—: Era demasiado bueno para ser verdad. Ay, Jules, me tomaste el pelo. ¿Te han dicho lo malo que eres? —siguió de buen humor.

—Lo he escuchado un par de veces, sí. —En ese momento sus pensamientos convocaron el apuesto rostro de Alec acompañado de sus palabras de la otra noche.

—Lo que dijiste hace un rato… ¿A qué clase te referías cuando mencionaste a Alexander Crown?

—No lo sé, creo que es la clase de hombre que piensa que el mundo le pertenece.

5: CEO entrometido

—De acuerdo, creo que ya no es secreto para nadie que el aniversario de Crown Media se encuentra a la vuelta de la esquina. —Joan permanecía de pie, mientras los demás miembros del equipo creativo observaban atentos como se adueñaba de la cabecera de la mesa en la sala de juntas —. Anoche me reuní con Samuel Crown y su esposa. Fueron muy enfáticos al momento de señalar que desean una renovación completa en la imagen de la agencia. —Extendió las manos con un ademán de amplitud para subrayar sus palabras—. Con esta transformación desea mostrar al público que la vigencia de la compañía es más sólida que nunca.

»Quieren resaltar la fortaleza de la marca en el sector mediante una campaña que, además de destacar los logros comerciales de Crown Media, acentúe también el uso de su influencia en obras que han beneficiado a numerosos grupos e instituciones de ayuda social, tanto a nivel nacional como internacional. Un homenaje a su trayectoria, por supuesto, presentado de manera sutil y con buen gusto —añadió. Una pequeña sonrisa se hizo con sus delgados labios color coral.

Era bien conocido por todos que al éxito del señor Samuel Crown siempre le había seguido su implacable sentido de la filantropía. Entre sus actividades favoritas para recaudar fondos solía organizar eventos de golf, bailes, y, elegantes cenas de beneficencia.

El hijo favorito de la ciudad de Atlanta.

Muy querido y respetado.

—Este cambio deberá incluir una renovación total del sitio web de la empresa —continuó Joan a media voz. Según caminaba a pasos lentos por la habitación, su mirada recorría a cada uno de los presentes, cuyas atenciones estaban centradas en ella con una expresión de profunda concentración. Jules tomaba nota en su *tablet*. Dejó que un par de ideas cruzaran su mente. —El culmen de la campaña será una cena y baile el día del aniversario. Les proporcionaré más detalles en cuanto los tenga. —De repente, Joan dio una enérgica palmada en el aire. Jules parpadeó ante el repentino cambio de actitud: de serena y reflexiva, se volvió animada y expectante—. Muy bien, chicos, empiecen a soltar lo que tienen.

Con esto se daba el banderazo de salida para el *brainstorming*. A Jules le sorprendía la rapidez con la que, uno a uno, iban exponiendo sus ideas y conceptos, colocándolos sobre la mesa para un desarrollo preliminar. Apenas alguien esbozaba una idea y la delataba con un gesto, otro de los creativos le daba continuidad, esto sin que el primero hubiera terminado de hablar. A Jules le causó gracia reconocer ese lenguaje cultivado por la familiaridad; aquel código a ratos silencioso que solo quienes han trabajado juntos durante años logran descifrar.

Era un grupo de trabajo bastante jovial y resuelto.

Pronto se sintió más cómodo entre ellos, haciendo sus propios aportes y consiguiendo más de un guiño impresionado de reconocimiento durante el proceso. En vista de que ese día tampoco habría tiempo para tener un almuerzo formal, decidieron pedir unas cajas de pizza y seguir con lo suyo. Para ser la primera reunión se vieron muchos progresos con las propuestas que más adelante presentarían a su cliente y jefe, el señor Samuel Crown. Propuestas que todavía se hallaban en su estado más bruto y que irían puliendo a medida que pasaran los días.

Para Jules representaba el proyecto más ambicioso de su carrera hasta ahora. Le emocionaba porque era algo que no habría podido anticipar, tanto que decidió tomar una rebanada más de pizza para llevársela a la boca. Justo cuando aquella delicia rebosante de queso derretido estaba a punto de tocar sus labios, detuvo el movimiento de golpe: Alexander Crown entraba en ese instante en la sala de juntas.

Según avanzaba en dirección del grupo, el volumen de las diversas conversaciones fue decayendo hasta que un relativo silencio dominó la habitación; era evidente que no lo tomaba por sorpresa solo

a él. En la mirada de las otras cinco personas con las que había compartido la mañana y parte de la tarde veía la misma interrogante que él se formulaba.

«¿Qué demonios hace aquí?».

El sol de la tarde atravesaba con su claridad los amplios cristales de las ventanas, iluminando su esbelta figura enfundada en un traje Oxford con un encanto prodigioso, como si el astro mismo se rindiera ante su presencia. Los mechones marrón oscuro de su cabello lanzaron algunos destellos bajo esa calidez.

—¡Alexander, qué gusto! —Joan, quien parecía la menos incómoda con la súbita aparición, se pudo de pie para reunirse con él a mitad de camino. Depositó un breve beso en la mejilla masculina y recibió otro a cambio al tiempo que la mirada del Crown más joven seguía avanzando hasta detenerse sobre unos ojos de una rareza encantadora.

Jules tragó con elocuencia. Muy despacio colocó el trozo de pizza sobre una servilleta, limpió sus dedos con otra, y se dedicó a fingir una urgente tarea de último minuto en su *tablet*.

Deseó tener su propia capa de invisibilidad (como la de Harry Potter) y poder cubrirse con ella. Pero para su mala suerte volvió a ser víctima de la penetrante intensidad de aquellos ojos que parecieron recorrerlo como un láser por un instante demasiado largo. Una intensidad contradictoria con el resto de sus facciones de características inamovibles.

—¿A qué debemos el honor de tu visita? —continuó su jefa inmediata sonriéndole a Crown con cortesía.

Con algo de renuencia, la mirada del CEO regresó a la mujer que estaba de pie a su lado.

—Estaré a cargo de supervisar en persona cada paso para la nueva campaña. Es una ocasión importante y quiero que todo resulte perfecto. —Su padre no lo había mencionado todavía, pero Alexander guardaba fuertes sospechas de que Samuel iba a servirse de dicho acontecimiento para anunciar su retiro definitivo de la empresa. De darse el caso la función como director de operaciones quedaría vacante.

Su viejo lucía cansado y no era para menos. Levantar desde cero su compañía tenía que pasarle factura en algún momento.

Lo que le molestaba en realidad con todo el asunto es que estaba muy seguro de que sería su hermana mayor, Jessalyn, quien asumiría el puesto. La incertidumbre sobre el origen de su desconfianza hacia ella era persistente. No pensaba perderla de vista ni por un instante.

—Vaya, eso es estupendo —contestó Joan, y Crown de inmediato captó lo que en realidad subyacía debajo de aquellas palabras y su forzado intento de sonrisa.

Era una situación atípica, claro estaba.

Después de su nombramiento como CEO no solía entrometerse de ese modo tan directo en los terrenos del proceso creativo de una campaña; no pensaba obstaculizar la labor de la directora de aquel departamento, que por algo era la mejor en lo que hacía. Se limitaría a ser un observador discreto hasta que se viera en la obligación de intervenir, si es que llegaba a ser necesario.

Esa tarea, lejos de ser tediosa, se teñía de una promesa silenciosa: la de cruzarse más a menudo con el señor Wallace, quien sin motivo aparente sembró en él una intriga de lo más persistente. No alcanzaba a descifrar el porqué, o tal vez sí. El tedio se había adueñado de sus días con una frecuencia alarmante, y ese hastío, con una eficacia devastadora, consiguió empujar su relación con Felicity al borde del abismo.

—Como podrás darte cuenta apenas estamos comenzando, aunque debo mencionar que hay conceptos muy prometedores que quizá llamen tu atención. —La señora St. James juntó las manos e hizo un movimiento con la cabeza en dirección de su equipo de creativos—. Ya conoces a mis

muchachos, pero todavía no te presento a mi asistente. El chico es bueno en lo que hace; acompáñame.

Al atravesar la habitación recibió los corteses saludos de los chicos de Joan: Clive, Ruby, Dominic y Florence, una alta y preciosa mujer morena que además era la hija adoptiva de Joan, pero que había logrado llegar hasta allí por sus propios méritos y no por influencia de su madre.

—Jules —dijo Joan cuando alcanzaron el extremo más apartado de la mesa. Los ojos del joven, uno muy verde y el otro de una tonalidad casi dorada, se desviaron de la pantalla del dispositivo para responder al sonido de su nombre. Se hicieron muy grandes un segundo antes de reacomodar de nuevo la expresión. Se puso de pie al instante. Para Crown no pasaba inadvertido que su presencia le incomodaba, lo cual producía en él el efecto de querer acercarse más. No se acostumbraba a que lo evitaran de un modo tan abierto—. Te presento a Alexander Crown en una de esas ocasiones excepcionales en que lo verás fuera de su oficina.

El pecho de Jules se llenó de una extraña sensación. Como un burbujeo que se extendía hasta sus venas y hacía que le hormigueara la piel.

—Alexander, él es Jules Wallace. Mi nuevo asistente.

Aquellos ojos como joyas brillantes se entrecerraron un poco, después de un suave parpadeo se fijaron en él de otra manera. Algo había cambiado en ellos, y Jules no sabía qué era eso en verdad.

—Señor Wallace, es un placer conocerlo —repuso con distinguida educación, alargando la mano en ademán de saludo.

A Jules le causaba extrañeza que el sujeto lo tratara como si no lo conociera, pero le siguió el juego de todas maneras y respondió a aquel contacto, que fue muy suave…, muy cálido.

Su piel reaccionó con un brusco estremecimiento, tanto así que el jefe de su jefa bajó la cabeza al instante, igual que él, para observar por un segundo sus manos entrelazadas.

Olfateó el aire, como si buscara algún indicio de feromonas irradiando del CEO que justificara dicha reacción, pero no encontró ninguno.

—El gusto es mío, señor Crown —pronunció cuidadoso, tratando que el ligero temblor que apareció en su garganta no lo traicionara.

El otro hombre estrechó el toque un poco más antes de tener que soltar el agarre, y de inmediato sintió su falta. Luego llevó los dedos hasta su rostro para describir cierto movimiento con el índice sobre los labios sin dejar de contemplarlo.

—Alexander estará supervisando muy de cerca el proceso para la próxima campaña —mencionó Joan en un pausado tono de conversación. Casi expulsa el aire de sus pulmones de golpe ante la imprevista noticia, después se preguntó qué tan cómoda estaría en realidad su jefa con una intervención tan inusual.

Sin embargo, después consideró que no debería ser tan extraño que él quisiera seguir más de cerca el arduo camino que tenían por delante. De la manera que fuera, se trataba de su legado y el de su familia el que se veía involucrado. No solo eso, como él mismo le había comentado la otra vez: su trabajo consistía en saber todo lo que ocurría en su edificio.

Pensó que el segundo nombre del sujeto debería rimar con «controlador» o algo muy parecido.

—Eso podría resultar muy beneficioso. —El joven asistente escuchó su voz distinta, como si le perteneciera a alguien más. Tenía que conservar su actitud profesional, lanzar muy lejos sus estúpidos nervios al admitir que Crown no le era indiferente si es que quería mantenerse allí—. Será más sencillo contar con su criterio inmediato al momento de valorar las sugerencias y ver cuáles se quedan o se descartan según se vayan dando, eso agilizará en gran medida todo el proceso.

A Alexander le gustó ese argumento, que aprobó con un fugaz asentimiento antes de dirigir su

atención a Joan. Esta arqueó una estilizada ceja en su dirección y adoptó esa misma expresión en su rostro.

—Te lo dije…, mi chico sabe muy bien lo que hace —concedió al tiempo que daba una breve palmada en el antebrazo masculino. Una satisfactoria oleada de orgullo la recorrió; consideraba que su intuición para elegir a las personas correctas se mantenía tan aguda como siempre—. Es una lástima, querido, estamos muy cerca de concluir por el día de hoy, pero eres bienvenido a quedarte si no te importa —señaló la mesa frente a ellos, y lo que a primera vista podría parecer un montón de papeles con apuntes sin ningún orden. Clive anotaba en un portafolio lo que había generado aquella primera sesión—. Si estás de acuerdo puedo enviarte la información preliminar a tu correo electrónico.

—Eso estaría muy bien, o... podríamos reunirnos los tres para cenar esta noche y discutir el asunto. Estoy convencido de que al conocer mi perspectiva podríamos encauzar las propuestas en la dirección que nos conviene.

Fue una sugerencia lanzada con aparente despreocupación, pero captó de inmediato el interés de la señora St. James, quien la consideró sumamente oportuna dada la envergadura del proyecto.

La agenda de trabajo de Alexander era tan estricta, que una posibilidad como la que él mismo estaba proponiendo resultaba impagable.

—Eso sería fantástico —declaró Joan, encantada con la idea. Ensanchó sus grises ojos sobre su asistente, que de inmediato supo que no podría eludir dicha oportunidad; la disponibilidad para ese tipo de situaciones era una constante incluida en el paquete de quienes ejercían una profesión como la suya—. Espero que no tengas planes para hoy, Jules. Me encantaría que pudieras venir. —No los tenía, y si así hubiera sido tendría que cancelarlos de manera irremediable. No se le decía que no al jefe a los pocos días de ser contratado.

—Tendré todo listo para entonces —aseguró, irguiendo la barbilla en tanto les dedicaba una mirada concisa—, ayudaré a Clive a terminar. —Una breve pausa. Todavía se abrazaba a su *tablet*—. ¿Para qué hora necesitas que tenga preparada la información? —preguntó a Joan, que se fijó en Crown con la misma interrogante flotando en sus facciones.

—Para las seis y treinta, ¿les viene bien? —contestó el hombre después de consultar su costoso reloj—, haré que mi secretaria les envíe el lugar de la reservación y un coche.

—De acuerdo. Entonces hasta la noche, querido. —Joan puso la mejilla cuando el hombre se inclinó para despedirse. Después Crown, con esa actitud inescrutable que parecía ser su sello personal, giró hacia Jules y extendió de nuevo la mano en su dirección.

—Señor Wallace, hasta esta noche. —El joven se limitó a contestar con un asentimiento, tratando de no reparar demasiado en la forma en que su cuerpo respondía al contacto con aquella otra piel.

Los elegantes dedos del alfa abandonaron los suyos. Miró que Alexander Crown dejaba la sala de reuniones con aquel paso orgulloso a la vez que inclinaba la cabeza en señal de despedida hacia los otros miembros del equipo. La atmósfera del lugar volvió a cambiar, más ligera sin la presencia de aquel hombre que parecía adueñarse de todo sin esforzarse un poco siquiera.

Un elocuente suspiro abandonó el pecho de su jefa a sus espaldas.

—Bien, este trabajo no será sencillo, querido. Aunque definitivamente será uno de los mejores, debes reconocer que tu debut en la compañía ha sido un éxito rotundo. Impresionarme a mí no es sencillo, y es evidente que has llamado la atención de Alexander con tus certeras apreciaciones. —Jules confiaba por entero en sus habilidades, no obstante, tenía la impresión de que el señor Crown había comenzado alguna clase de juego que él no tardaría en descubrir, y que nada tenía que ver con el trabajo.

Para sus propósitos era justo lo que necesitaba. El único problema es que tendría que trabajar más en buscar la manera de que aquel hombre no le afectara de la forma en que lo hacía, de lo contrario todo se vendría abajo.

—Es una gran oportunidad poder trabajar aquí, espero estar a la altura y mejorar durante el camino —repuso con sinceridad.

—Sigue así, Jules…, tienes mucho futuro. —Joan no lo dijo solo porque sí, no era de la clase de personas que decoraba su opinión con palabras bonitas para evitar herir susceptibilidades, o en caso contrario agrandar egos—. Bien, será mejor que sigamos si es que queremos tener listo el material.

El joven estuvo de acuerdo y regresó a la mesa para comenzar a organizarlo todo.

6: Con acento griego

El impresionado silbido de Alec al otro lado de la línea casi taladra su tímpano.

Alejó un poco el teléfono de su oído sin parar de sonreír.

—El Nikolai´s Roof es un restaurante de clase *premiere,* Jules. —De un ambiente encantador, y muy reconocido por su cocina no menos que magistral, el acreedor al codiciado galardón AAA *Four Diamonds* por veintisiete años consecutivos se situaba en el piso treinta del no menos espléndido Hilton Atlanta—. Nada mal para una simple cena de negocios.

La llamada de Donna, la eficiente asistente de Alexander Crown, no solo confirmó la reunión, sino que despertó a su vez una creciente curiosidad por conocer el sitio al que irían.

Observaba con embeleso las fotografías del lujoso restaurante en el monitor de su computadora.

Entre otras tantas virtudes aparte de los exquisitos platillos contemporáneos con influencia rusa y francesa, obsequiaba a sus comensales con las impresionantes vistas del horizonte atlantes. Todo ello acompañado de una selecta carta de vinos.

—No esperaba que nos fuéramos a reunir en un puesto de salchichas junto a la calle, pero… ¿No crees que es un poco exagerado?

Movía el cursor hacia otra de las imágenes y pulsó. La impecable tapicería de un tono crema muy suave armonizaba a la perfección con el elegante estilo de las lámparas suspendidas en el techo. Parecían floridos ramilletes de cristal entrelazado e iluminaban el sitio con exquisito encanto.

—Primor, si yo fuera el dueño de una cuenta bancaria como la de ese sujeto iría a desayunar allí cada día. —Un suspiro risueño—. Tal vez…, solo quiere impresionarte, recuerda que ya te había planteado sin muchos rodeos su idea de una cena en el mejor restaurante de la ciudad pero lo rechazaste.

—Mmmh, no soy tu primor. Y puede que quizá estés en lo cierto. Aunque con Joan de por medio dudo que se arriesgue a dar un paso en falso y quedar en evidencia.

—Honestamente, Jules, tus intenciones no tienen pies ni cabeza —escuchó con claridad la expresiva exhalación de Alec; casi podía visualizar su cara de tratar de entenderlo sin lograrlo—. Las revistas de farándula y sociedad hacen millones con los romances que tiene, que tuvo y otros más inventados, y cuando no publican sus continuas participaciones en torneos benéficos de golf. —Su amigo tomó una pausa a fin de coger aire—. Si lo que estás pensando es en meterte en medio de su relación con Felicity Tremblay para desprestigiarlo conseguirás todo lo contrario. Tu empleo y tu reputación: estás jugando con ellos.

—¿Y crees que no lo sé? —replicó abrumado. La realidad era tan distinta… La idea de manchar aunque fuera un poco la imagen de Alexander había resultado más sencilla en los infinitos dominios de su mente. Tener al hombre frente a él, en carne y hueso, hizo que una avalancha de indecisión se le viniera encima de golpe—. No puedo hablar más. —En realidad no quería hacerlo—. En cuestión de unos minutos salimos, y debo mantener mis ideas claras para la campaña. Deséame suerte —le pidió.

—Ah, Jules… Suerte —pronunció Alec. Una clarísima nota de cansancio matizaba sus palabras —. Estoy entrando a tu apartamento para alimentar a *Arsen*, tal vez quiera acompañarme a ver **La boda de mi mejor amigo** en tu cama después. Sí recuerdas que al personaje de Julia Roberts nada le sale bien en la película, ¿cierto?

Jules sonrió en silencio.

—Alexander Crown no es mi amigo, Alec; tampoco estoy enamorado de él. —La respuesta del otro hombre consistió en un gruñido indescifrable hasta que llegó al final, donde algo muy parecido a «loco bastardo» abandonó sus labios antes de cortar la llamada.



Suprimió una dramática exhalación cuando contempló la inmaculada joya estacionada frente al edificio, un Audi SQ7 del año en color sepang blue metallic que atrapaba las miradas de quienes pasaban junto a él en ese instante. Jules advirtió con repentina extrañeza que uno de aquellos curiosos portaba una de esas cámaras profesionales lista para disparar. No contaba con que el elegante hombre de constitución atlética y facciones sobrias, que un par de segundos atrás había bajado del rutilante vehículo, se colocaría frente a la lente impidiéndoselo.

Entonces Jules reparó en que era un paparazzi, y el otro sujeto alguna deslumbrante celebridad molesta con su intromisión.

Se preguntó cómo era posible que no pudiera reconocer aquel rostro, uno que sin duda sería imposible olvidar una vez visto. Recurrió a su base de datos mental e hizo una rápida búsqueda tratando de ubicarlo en alguna película sin conseguirlo.

Hubo un breve intercambio de palabras más que molestas por parte del tipo de la cámara. Pero frente a la imponente presencia del conductor no tuvo más remedio que ceder. La clara desventaja física obstaculizó cualquier intento de obtener una buena toma.

El altercado no pasó de ser un breve disgusto. Una vez que la señora St. James y su asistente llegaron al final de los escalones de entrada, el paparazzi había abandonado la escena y el apuesto hombre de traje caminaba por la acera en dirección del asiento trasero. Para sorpresa de Jules avanzaron hacia él, y esa emoción se elevó unos cuantos niveles cuando *el señor hermoso* les dedicó una sucinta inclinación con la cabeza al recibirlos.

—Señora St. James, señor Wallace, buenas noches. —Ese acento…, jamás había escuchado algo parecido. Le agitó la sangre al tiempo que estremecía cada zona visible de su piel con la potencia de un latigazo. Un delicioso sonido arremolinado que hizo que su propia lengua se moviera dentro de su boca en un inconsciente impulso de imitarlo.

—*Ti kánis*, Adis? Tiempo de no saludarte. —Jules trató de disimular su desconcierto. No supo si lo logró con éxito, luego intentó distinguir qué lengua era aquella, pero le fue difícil mantener algún grado de concentración en presencia de aquel hombre que exudaba una intensidad enervante—. Espero que tu jefe te esté tratando bien —siguió Joan con simpatía, una alfa de segundo grado a la que no le afectaba tenerlo cerca. Quedaba patente que se conocían de mucho tiempo atrás.

Los fuertes ángulos de aquel rostro de carácter reservado se suavizaron un instante para contestarle:

—Ni una sola queja del señor Crown, señora St. James. —Fue una mueca pequeña la que apareció en su semblante al decirlo, una sonrisa ladeada que acentuó el fascinante ángulo de su mandíbula, momento en el cual también abría la puerta del vehículo para ellos.

Al pasar, los ojos de Adis, incapaces de conservar la calma, repararon en el precioso espécimen masculino que caminaba unos cuantos pasos detrás de la mujer.

Examinó el modo en que llevaba su cabello largo, arrojándolo de medio lado sobre parte de su rostro con cierto aire de descuido, lo que realzaba una belleza que en realidad no necesitaba de ningún truco para ser sobresaliente. La forma de sus labios, de su cuerpo esbelto bajo el traje, también fueron objeto de su escrutinio. Sin embargo, el verde y dorado de esa mirada consiguió cautivarlo como nada que pudiera recordar en ese instante.

Entonces, Jules Wallace rehuyó sus ojos y entró al vehículo tras su jefa. Adis compuso su postura después de tragar con fuerza, cerró la puerta del vehículo, y se desplazó hasta el asiento del conductor para cumplir con su trabajo.

Andros Zagorakis formaba parte del equipo de seguridad de Alexander Crown desde hacía cuatro años, un empleo que solo pudo conseguir gracias a su entrenamiento con las fuerzas especiales de la armada griega. Después de haber cumplido con el servicio militar, y en busca de dejar atrás la oscura incertidumbre económica que embargaba a la República Helénica, Adis (el apelativo cariñoso acuñado por sus amigos y familiares) se mudó con sus padres y dos de sus hermanos a Estados Unidos con la intención de un nuevo comienzo.

Tras muchos esfuerzos lograron montar un restaurante familiar en el centro de Atlanta: El Parga's, en honor a la hermosa villa con vistas a las islas de Antixapos y Paxos, donde habían nacido. A pesar de que el negocio prosperaba, sabía en el fondo que no había nacido para estar encerrado en una cocina, preparando platillos griegos.

En realidad, estaba satisfecho con su vida y lo que había logrado hasta ahora, aunque sentía una profunda añoranza por su tierra natal.

El denso flujo del tráfico de esa hora no impidió que el hombre se incorporara en él. Maniobró con pericia a través del arduo ritmo de unas calles y una ciudad a las que ya se había acostumbrado. Tenía tiempo de sobra para llegar al Nikolai's Roof, y cuando el delicado aroma del perfume masculino proveniente del asiento trasero alcanzó sus sentidos, supo que no tenía mayor apuro en acabar con aquella diligencia.

Había conseguido distinguir qué esencia pertenecía a la señora St. James y cuál a su atractivo asistente, porque la percibió con embeleso cuando Jules pasó frente a él para ingresar al coche. Delicadas notas de feromonas se entrelazaban tímidamente con las otras de origen artificial. Dulces y a un tiempo sofisticadas. De vainilla abrazándose a pétalos de rosa, y acariciaron la punta de su nariz como un beso inesperado.

Salvo por el suave trasfondo de la música de Paganini que brotaba desde el sistema de sonido y se esparcía por la cabina, mandaba el silencio.

Él no era un gran conversador, quizá por ese detalle era tan bueno en lo que hacía; no se entretenía con charlas por lo que siempre se mantenía muy atento, con los ojos abiertos y listo para actuar con inmediatez si la situación así lo ameritaba.

Lanzó una subrepticia mirada a través del espejo retrovisor. Joan mantenía la vista baja, fija en los documentos que reposaban en su regazo, podía saberlo porque escuchaba el sonido de los papeles al deslizarse. La de Jules contemplaba abstraída la imparable metrópoli del otro lado del cristal de la ventana, eso le permitió una apreciación más minuciosa de su rostro…, de su perfil de pómulos elevados y rasgos clásicos.

Era muy hermoso.

Adivinaba un cuello esbelto debajo de la bufanda de tejido en negro que lo rodeaba, también se encontró figurando algunas otras cosas más que le provocaron una súbita sensación de escozor a lo largo de todo su cuerpo.

—Dime… ¿Cómo han estado tus padres, Adis? —soltó la señora St. James de repente.

Los ojos del hombre volaron a toda velocidad a la atestada carretera, e intentó que no se escabulleran de nuevo hacia la parte trasera y el ocupante que lo había hechizado.

—Muy bien, señora St. James —repuso con amabilidad—. Gracias por preguntar. —Adis volvió a sonreír, esta vez fue un gesto más amplio. Jules solo pudo vislumbrar una porción de su cara cuando la giró un poco hacia la derecha a fin de torcer la esquina. Un movimiento rápido, aunque fue

suficiente para distinguir un muy atractivo hoyuelo en la mejilla masculina, también un discreto dispositivo auricular, lo cual le hizo deducir que aquel hombre era más que un simple chofer—. Mi madre también estuvo preguntándome por usted días atrás; dice que hace mucho que no la ve por el Parga's.

—Espero que no piense que tengo un nuevo restaurante favorito —comentó Joan con una sonrisa culpable. Guardó los documentos que había estado revisando en la carpeta y luego esta en su fino portafolios ejecutivo de piel color borgoña—. No cambiaría su exquisito mousakás ni en un millón de años. —Hizo una breve pausa pensativa—. ¿Sabes qué?... dile que mañana pasaré por allí; últimamente el trabajo no me ha dejado tiempo para comer como se debe. Deberías acompañarme, Jules —añadió, integrándolo en la conversación—. Si quieres probar lo mejor de la comida tradicional griega…, no hay lugar como el Parga's.

Gracias a esa pieza de información, Jules logró encajar aquel acento que no consiguió determinar al principio.

Así que su chofer de esa noche era griego, de nada más y nada menos que de la tierra de los dioses olímpicos e incomparables paisajes de una belleza majestuosa.

Al joven le hizo gracia la sugerencia, pronunciada en tono de comercial de televisión. Hubo un breve instante de risas. Joan le había agradado desde el principio y con cada minuto que pasaba lo hacía sentir mejor.

—Me encantaría, jamás he probado nada griego con excepción del *yogurt*. —El alargado espejo retrovisor permitió que la estrecha mirada de Adis se encontrara con la de él por un breve lapso, que por breve no evitó que cierto cosquilleo en su vientre llamara su atención. Se sintió algo acalorado, así que removió la bufanda de su cuello para refrescar esa zona, de pronto muy apremiante, de su piel.

Pensó que quizá debería tomar otra cápsula inhibidora para evitar más de aquel tipo de reacciones inconvenientes.

Andros comprobó con una chispa de triunfo lo que había supuesto escasos minutos antes acerca de aquella parte de la anatomía del omega.

—Entonces las deidades te sonríen…, porque probarás lo mejor de Grecia, querido —le aseguró su jefa con entusiasmo.

Durante unos segundos, que parecieron prolongarse de modo extraño, la mirada de Wallace salió al encuentro de la de Zagorakis…, con toda intención esta vez. Una sedosa calidez se apropió de su pecho; de pronto se le llenaba de una abrumadora mezcla de sensaciones al tiempo que se daba contra una pared mental por mostrarse tan atrevido. Adis era un sujeto que, al igual que Alexander Crown, debería pertenecer a una categoría especial dentro de la misma comunidad masculina. Demasiado turbadores para que anduvieran como si nada en medio de los mundanos con quienes debían compartir espacio.

Tras aquel impetuoso momento el contacto visual se rompió. Muy a su pesar, fue Adis quien decidió dar el primer paso. Cuando Jules quiso darse cuenta y se asomó por la ventanilla vio que ya habían llegado al Hilton Atlanta. También notó que lo invadía una absurda emoción nerviosa ante la inminente reunión con el CEO de Crown Media, una emoción inútil, considerando que Joan estaría a su lado durante todo el encuentro.

Adis giró de nuevo e ingresó por el acceso vehicular hasta detenerse frente al ostentoso edificio, donde el joven reparó en el moderno estilo de la entrada de forma semicircular adornada con detalles de metal cromado combinados con cristal. Un pequeño grupo de personas cruzaba la puerta giratoria y salía al frescor de la noche que recién empezaba. Para cuando quiso reaccionar el griego ya

había rodeado el Audi y le abría la puerta, extendiéndole la mano en un gesto de caballerosidad que lo tomó por sorpresa, pues era algo que solía asociar más con las mujeres.

Lo aceptó después del par de segundos que duró su cortocircuito mental.

La mano de Jules sintió la pulsante fuerza de su agarre cuando la sujetó.

—Que pase una agradable velada, señor Wallace —le dijo el griego con entonación baja y cortés, con ese acento que bien podría ser catalogado como una especie de afrodisiaco auditivo.

—Muchas gracias…, y buenas noches. —Deseó que la tenue oscilación que torció su voz al contestarle pasara inadvertida, pero no estaba seguro de poder disimular con éxito el calor que le encendió las mejillas.

Decidió mirar en otra dirección y adelantó el paso. Escuchó a sus espaldas el breve intercambio jovial entre su jefa y el griego mientras aguardaba.

Poco después Joan se reunía con él del otro lado, conversando de cualquier cosa durante el pequeño trayecto hasta el vestíbulo. Aunque Jules apenas le prestaba atención, puesto que estaba más pendiente de la poderosa sensación que traspasaba sus sentidos y que provenía de aquel par de ojos azul claro que notaba fijos en su espalda.



Las fotografías que estuvo mirando del Nikolai's Roof esa misma tarde no habían sido capaces de concederle su merecida justicia. El sitio no era otra cosa que «más».

Más suntuoso.

Más elegante. Más impecable.

Y sin duda *más caro* que cualquier otro restaurante que hubiera pisado con anterioridad. Ese tipo de ambientes tan distinguidos siempre le habían provocado una intensa sensación de estar fuera de lugar, y en realidad era de ese modo. Pero no tuvo más remedio que tragarse la incomodidad y aparentar que no quería salir corriendo de allí.

Una agradable chica con un uniforme que en su opinión se pasaba de sobrio —gris oscuro y con la distintiva insignia del Nikolai's bordada a la altura del pecho izquierdo—, los recibió apenas entraron. En cuanto las palabras «reservación» y «Alexander Crown» se unieron en la misma frase, cuando Joan se dirigió a ella, su actitud atenta se multiplicó por cientos ante sus propios ojos.

Una reacción muy natural si se consideraba que aquel era uno de los apellidos más ilustres y poderosos de la ciudad. Con presteza los guio a través del local, y a su paso Jules se percató de que no había muchas mesas ocupadas. Las conversaciones en el amplio espacio se reducían a discretos susurros, imposibles de descifrar. Observó la cuidada disposición del mobiliario, la fina cristalería y la cubertería, todo sobre manteles inmaculados. Más allá, tras los ventanales, la Atlanta nocturna cobraba vida bajo el brillo afilado de un millar de luces, como cristales Swarovski.

Una vista sorprendente. Le robó el aliento, y lo cautivó por una fracción de segundo hasta que una primigenia impresión de alerta erizó el fino vello de su nuca haciendo que apartara la mirada en busca de la fuente.

Los ojos de Crown estaban fijos en él. Notó que se le encogía el estómago a medida que se aproximaban hasta su mesa, alejada a conveniencia del resto de comensales lo que le daba un aire más íntimo sin estar del todo aislado.

Se había puesto de pie para recibirlos, saludándolos con cordial elegancia. En un despliegue de exquisita caballerosidad movió la silla para que Joan tomara asiento; de inmediato realizó un ademán

pensado para dispensar con Jules la misma atención, pero este se le adelantó. Algo había cambiado en el CEO desde el día en que lo conoció; era un cambio sutil, tan leve que llegó a preguntarse si no lo estaría imaginando. Parecía menos esquivo..., menos inaccesible. Aunque Jules lo atribuyó al lugar, al momento. Quizá también a la presencia de Joan, quien, con su trato franco y desenvuelto, parecía haberse ganado su favor hacía tiempo.

—Ante todo, querido, tu intención de participar de manera directa en los preparativos de esta campaña resulta muy oportuna. Pero debo confesar que me tomó desprevenida. Hasta este punto me he dedicado a recibir los *briefings* publicitarios y a pactar estrategias sin más intervención que la de mi equipo de creativos.

Alexander posó su mano sobre la de ella en un inesperado impulso de tranquilizarla.

—Lo último que quiero es perturbar tu área de trabajo e imponer una forma de hacer las cosas que no va con tu estilo, no pretendo meterme en materia que en realidad desconozco. Eres la experta. —El hombre se detuvo a mitad de la aclaración cuando la joven que atendía su mesa apareció con una botella de vino en las manos. Lo sirvió en sus copas con experta rapidez y luego se alejó tan silenciosa como cuando llegó—. Es como te dije antes…, se trata de una situación especial. Seré un mero observador, no tendrás que escucharme hasta que deba opinar en algo al respecto. Tampoco pretendo estar presente todo el tiempo, sabes que no es posible. —Su rigurosa agenda lo limitaba en ese sentido, por lo que su idea de mantener dicho contacto con el proyecto lo llevó a considerar otras alternativas—. Pienso que un *dossier* con los avances del día será suficiente para estar al tanto.

Joan adoptó una expresión de estarlo considerando.

No era nada imposible lo que su jefe le solicitaba; comprendía que ese proyecto marcaría un antes y un después en la imagen de la empresa y que él quisiera ser parte del proceso. Denotaba la madurez que hizo que fuera Alexander y no su hermana quien ocupara aquel importante puesto en la compañía pese a su edad. Para ser honesta, Jessalyn jamás le había agradado, mucho menos después de lo que sucedió algún tiempo atrás y que nadie se atrevía a mencionar en voz alta.

—Siento ser tan quisquillosa, pero por suerte entiendes a esta vieja loca con todas sus manías. —Una mueca de fingida disculpa le arrugó la nariz, mientras le lanzaba una mirada por debajo de sus largas pestañas.

Aquella chispa de humor arrancó la risa de sus acompañantes.

Casi al instante, los ojos hiperactivos de Jules captaron lo devastador que podía lucir Crown cuando reía con libertad. De repente, parecía más joven, como ese chico encantador al que no dudarías en aceptar una invitación al cine.

Alexander también aprovechó el momento para observarlo, con una lentitud y sagacidad que parecieron atravesarlo por completo.

«Por supuesto, el diablo también sabe cómo ser encantador», se molestó el joven.

—Tengo plena confianza de que juntos haremos algo fabuloso para conmemorar el medio siglo de la compañía —añadió la señora St. James, rompiendo el hechizo de aquel cruce de miradas del que parecía completamente ajena.

—Nunca lo he dudado, por algo tú y tu equipo son los mejores. —El hombre levantó su copa a manera de brindis, instando a la mujer y a su asistente a que lo imitaran.

El delicado tintineo de los cristales reverberó en las paredes de una apacible estética de frescas tonalidades grises y blancas. Ese era el comienzo de una gran empresa, una de muchos millones de dólares que tenía que estar lista y viendo la luz en pocos meses. Jules sintió la punzada de excitación

que siempre acompañaba un reto inminente, solo que teñida del hedor que lo había llevado al «aquí y ahora».

—Te diré algo: que te parece si cenamos primero para que después Jules te comente las ideas que recabamos hoy. —El aludido volvió la cabeza al punto. Su corazón batió dentro del pecho con incoherente rapidez cuando absorbió el peso de la atención masculina con su cuerpo. Su jefa prosiguió, pero no era al magnate a quien le hablaba en ese instante—. Necesitaré que te conviertas en mi enlace con Alexander y que redactes los *dossiers* desde ahora y hasta que concluyamos, no podría dedicarme a eso con todo lo que hay que hacer. Me gustaría saber qué opinan —dijo, alternando la mirada en cada rostro con expresión de vivo interés.

Solo un necio no vería lo que aquello significaba. Era una oportunidad de oro, que le daba el acceso necesario para estar cerca de él sin tener que improvisar excusas ni despertar sospechas. Y no solo eso: agradeció con el alma que Joan le concediera tal nivel de confianza. Se vio envuelto en un torrente de pensamientos y emociones tan dispares y caóticas que colisionaron entre sí, llenándolo de vergüenza.

Si Joan supiera la verdad. Si sospechara cuáles fueron las intenciones que lo llevaron a entrar en Crown Media…

Seguro la decepcionaría.

Además, ella nunca había sido impositiva con él de ninguna forma. Desde el primer momento, su jefa siempre se había preocupado por conocer su opinión y hacerlo sentir valorado. Entre sus pensamientos, jamás esperó encontrarse con alguien que lo haría sentir tan bienvenido. Un suspiro mental. Luego otro. También estaba él. Ese hombre al que no conocía, del que lo único que tenía claro era que lo detestaba, pero que lograba descolocarlo con solo una mirada.

No. No se suponía que sería de esa manera. No debía sentirse de esa manera. Tenía que enfocarse. Alexander Crown era su enemigo.

Pensar en dañar a alguien había sido más sencillo en su cabeza. Aquel órgano palpitante en su pecho se retorció de forma dolorosa, apenas permitiéndole respirar. Sin embargo, ya estaba allí; no era tan simple como levantarse de la mesa y dar la vuelta. Su jefa contaba con él y no pensaba traicionar su confianza. Tampoco podía olvidar a su padre… a su madre. A pesar de la larga lista de defectos que reconocía en sí mismo, pensó Jules, lucharía con todo para mantener intacta su lealtad.

—Por supuesto que puedo encargarme, solo si al señor Crown no le molesta que mi ingreso en la compañía sea tan reciente y que considere que puede haber otra persona mejor cualificada. —Salió en busca de ese azul profundo en los ojos del hombre. Un azul que hacía que la sangre se elevara hasta su rostro de forma indiscriminada, exaltando otros lugares importantes debajo de su cintura, cosa que no debería suceder. Cierta ligereza aleteó en su estómago, en el mismo lugar donde poco antes hubo un nudo muy apretado. Estaba decidido: buscaría que le recetaran mejores inhibidores. Ya no confiaba en la marca que había estado usando.

—Fueron muchas personas las que concursaron para este puesto, y de todas ellas…, Joan te eligió a ti. —La suavidad de su voz carecía por completo de matices. Un cuidado detalle de su parte. La atención de la señora St. James y su asistente muy fijas en él, no obstante, era la de Jules la que lo provocaba. Cada célula de su cuerpo reaccionaba con fascinación ante la promesa de tenerlo cerca —. ¿Quién soy yo para cuestionar su criterio?

—Entonces, no se diga más. —Joan aplaudió, satisfecha de ver cómo las piezas encajaban en su lugar. Su optimismo se basaba en una sólida practicidad: si algo no funcionaba según sus necesidades lo dejaba de lado y pasaba a lo siguiente. Sin embargo, con Jules era diferente; en realidad valoraba el talento en ese muchacho y quería tenerlo cerca para asesorarlo. Ya ansiaba ver sus facetas luego de

que lo puliera como a un diamante. Tomó el menú, que reposaba junto a su brazo, y lo abrió con elocuente interés—. Mmm, ya estoy deseando probar el risotto de hongos del bosque.

Complacido por como avanzaba la velada, Crown dejó que su vista se precipitara sobre las letras enfrente de él, ineptas en la tarea de atrapar su atención hacia los fastuosos platillos propuestos con elegante caligrafía sobre el papel. Sin poder contenerse un segundo más, aprovechó que su directora creativa seguía ojeando las opciones para mirar aquello que era lo único en que podía pensar desde que lo vio por primera vez en un elevador. Y cuando su mirada flotó por encima del menú, encontró que él también lo había estado observando.



—No creas que no me di cuenta de que estuviste toda la noche lanzando miradas de halcón a mi chico —le susurró entre dientes la mujer cuando él se inclinó a medias para darle un beso de despedida en la mejilla. Al incorporarse, Alexander no halló un solo resquicio del habitual buen humor en las facciones femeninas. Correspondió a su expresión con la más resplandeciente de las sonrisas—. Eso no funcionará conmigo, muchacho. —Una leve palmada de reproche contra su brazo—. Te recuerdo que tienes compromisos previos.

El comentario tuvo el efecto inmediato de tensar el mentón masculino con disgusto.

—No estoy comprometido con Felicity. —Sus labios convertidos en una severa línea.

—No, no lo estás…, pero llega un momento de la relación en que toda mujer espera que su pareja muestre al menos un poco de interés en hacerlo, aunque al final no llegue a concretarse; y me da la impresión de que Felicity no tardará en insinuarlo. Si no es que ya lo hizo y tu ceguera lo pasó por alto. —El ceño de Crown se plegó ante esa impensada posibilidad. La intuición de Joan había sido la mejor carta de la agencia desde que comenzó a trabajar para ellos. Muchos años habían pasado ya, en los cuales llegó a convertirse en una gran amiga de la familia, y si bien nada era cien por ciento infalible en la vida, no pensaba desatender sus palabras—. Pórtate bien, eres un buen chico. —Guiñó un ojo hacia él, casi con actitud maternal. Después se quedó muy quieta y miró sobre su hombro.

Sin tener que darse la vuelta, sintió a Jules acercarse. Se había rezagado para atender su teléfono y ahora se unía a ellos en el *lobby* del Hilton.

—Siento haberlos hecho esperar —dijo, con una pequeña sonrisa ladeada que no pretendía ser otra cosa que un gesto de disculpa.

Para Alexander era más, casi como un despertar repentino. No supo cuán dormido estuvo hasta que él llegó. Se encontró queriendo conocerlo más. Lo deseaba, y con algo de tiempo y paciencia supo que lo tendría.

—Bien, ha sido una velada exquisita, querido. Estaremos en contacto y… Oh, antes de que lo olvide. —Joan comenzaba a avanzar hacia la puerta giratoria, pero se detuvo de pronto—. Voy a necesitar fotografías «nuevas» —dijo reproduciendo un par de comillas con los dedos— para el sitio web. De los últimos eventos de beneficencia y otras más de las instalaciones del edificio. Tengo muchas almacenadas en mi computadora, pero no quiero utilizarlas sin tener antes tu consentimiento, además, Jules y yo estuvimos conversando. Pensamos que sería buena idea organizar una sesión fotográfica de tu familia ya que el objetivo principal es actualizarlo todo. Representará la imagen de los cincuenta años.

—Vaya, ¿y han pensado en todo eso en el primer día? —Era una pregunta retórica.

Las espesas cejas del hombre casi tocan la línea capilar en una expresión asombrada en lo que hundía las manos en los bolsillos con aire desenfadado.

La señora St. James soltó una risotada. Volvió a acercarse a él para una segunda despedida.

El chofer de Alexander los llevaría a casa, lo había decidido desde antes de que Joan lo sorprendiera con esa espontánea censura. Era demasiado perceptiva, pensó con humor. Le habría gustado encargarse él mismo del asunto, pero lo último que deseaba era meter en problemas a Jules.

—Buenas noches, Jules —repuso cuando se aproximó. Le tomó ambas manos con suavidad y las cubrió con las suyas; descubrió que estaban muy frías. Cuidándose de no ser escuchado por nadie más que él, se inclinó con la rapidez y el sigilo necesarios para agregar—: Sí tuve mi cena después de todo.

Los ojos del hombre frente a él se agrandaron en una mezcla de sorpresa e impaciencia bajo las luces cambiantes de la entrada.

Una risilla bailoteaba en los labios del alfa. Contempló los del omega sin disimulo, saboreándolos.

«¡Bastardo engreído!», masculló Jules para sus adentros.

Crown advirtió su molestia, y lo divirtió. De no estar Joan ahí se inclinaría para robarle un beso.

—Buenas noches, señor Crown. Gracias por la velada. —Abandonó el toque de sus manos y adelantó el paso para situarse a escasa distancia de su jefa, que ya atravesaba las puertas de cristal.

Cuando llegó al exterior se encontró con el deslumbrante Audi de más temprano. Se dio cuenta al instante de que el chofer era otro hombre. Solo un poco mayor que Adis, pero compartía el mismo porte discreto de su compañero y un traje casi idéntico.

Sus observaciones se vieron cortadas de golpe a causa de una ráfaga repentina. El viento creciente le estremeció toda la piel de un violento tirón, sacudiendo su cabello igual que si fuera un estandarte. Hizo que recordara la bufanda que había llevado.

Hundió los dedos en el maletín al punto, buscándola. Pero no estaba ahí.

Ti kánis?: ¿Cómo estás?

7: Una mañana muy Zagorakis

Como cada día, Adis se levantó de madrugada.

El reloj despertador junto a su cama se había convertido en un objeto inútil. Cuando comenzaba a sonar, quince minutos antes de las cuatro de la mañana, él ya terminaba de ponerse los zapatos deportivos para salir a correr.

Era parte de su rutina, atravesar las calles de la adormecida ciudad por unos cuantos kilómetros y concluir el recorrido en el Parga's donde se reunía, como era habitual, con su familia a fin de tomar juntos el desayuno. Después regresaba a su apartamento, tomaba una buena ducha fría y se preparaba para una nueva jornada. Entre otras tareas su trabajo consistía en relevar a su compañero en la seguridad nocturna del señor Crown y quedar a su disposición durante el día.

Tras lavarse la cara y cepillarse los dientes, Andros tomó el juego de llaves de la mesa de vidrio en su sala de estar, listo para salir. Sin embargo, al ponerse de pie, su mirada cedió a la inevitable presencia de la prenda masculina que había dejado sobre el respaldo del sillón frente a él la noche anterior.

Acortó la distancia hasta el otro lado. La tomó con una mano y se la llevó a la nariz para deleitarse con el perfume que impregnaba el fino material. Qué olor tan maravilloso. Lo evocaba a él, a Jules. Sus pensamientos se desordenaron y lo único que veía con claridad era el rostro del hermoso hombre que la dejó olvidada en el asiento trasero del coche. Andros la encontró algún tiempo después al terminar su turno.

Tendría que devolverla a su dueño en algún momento, y esa era la excusa perfecta para poder verlo de nuevo.

«Jules».

Se trataba del nuevo asistente de la señora St. James, fue todo cuanto Crown mencionó al encomendarle la tarea de recogerlos en su edificio y llevarlos al Hilton. Una criatura así no podía olvidarse con tanta facilidad. Sus instintos de alfa, tan antiguos como la misma humanidad, habían aflorado, igual que si despertaran de un largo letargo y le impelían a buscar a su omega, porque era él. No había margen de error. Solo le faltaba encontrar el momento y el lugar adecuados para acercarse; lo demás lo improvisaría sobre la marcha.

Dejó la bufanda en su lugar, subió el cierre de su chaqueta impermeable hasta el cuello para resguardarse del frío y se lanzó al exterior. La luz incierta de esa hora lo recibió en un silencio casi palpable. En pocos minutos, el esfuerzo del ejercicio elevaría su temperatura y lo haría sudar. Dejó atrás el edificio de apartamentos en Jackson Street y mantuvo un ritmo moderado hasta llegar a Edgewood Avenue, calentando los músculos de sus piernas. A partir de ahí, aceleró el paso, adoptando un ritmo de carrera más intenso, más exigente.

Sus pulmones comenzaban a arder, expandiéndose hasta llenar por completo su pecho en ese momento tan suyo, donde podía liberarse de sus preocupaciones, al menos durante ese bendito instante. Su braceo, preciso y vigoroso, se sincronizaba a la perfección con el movimiento rítmico de sus piernas. En ese punto, un pensamiento fugaz le trajo a la mente a Ekaterini, su hermana melliza, quien aún en Grecia, estaba en la recta final de su embarazo. No había sido un camino fácil, pero toda la familia aguardaba con ilusión la llegada de la criatura.

Por unos minutos, la salud de su padre no dominaba por completo sus pensamientos. La noticia de la insuficiencia cardíaca diagnosticada a Konstantinos tras el infarto que sufrió meses atrás seguía siendo difícil de asimilar para la familia, en especial para su madre, quien insistía en que dejara el trabajo en el restaurante y se dedicara a descansar, pese a que el médico les había asegurado que podía mantenerse activo, siempre que no se excediera.

La testarudez de los Zagorakis no tardó en aflorar, tomando la forma de su padre al declarar con

firmeza que solo muerto dejaría el Parga's. Ya había soportado suficiente al verse forzado a abandonar la tierra que amaba, junto con todo lo que apreciaba de ella, incluidos sus parientes y el primer restaurante familiar. Pero Theodora, mujer de constitución generosa y un arsenal de improperios más generoso aún, estallaba con una muy practicada furia que solía traducirse en bombardear a Konstantinos con reclamos susurrados que los demás solo alcanzaban a adivinar.

Papá Zagorakis reaccionaba siempre de la misma manera, rompiendo en carcajadas que no hacían otra cosa que encender más el acalorado humor de su esposa. Aunque la solución del conflicto la había encontrado años atrás: consistía en abrazarla con suavidad por la espalda, la acunaba entre los brazos mientras le murmuraba hermosa poesía griega al oído, bamboleándose de un lado a otro en un hermoso ritual que solo a ellos pertenecía.

Adis sabía que su madre sentía miedo; todos lo experimentaban en diferente medida. Ella intentaba ocultarlo soltando palabrotas en los momentos menos esperados, pero no podía evitar que afloraran los rasgos más genuinos de su personalidad: una mezcla especial de ingenioso humor, un toque de mordacidad y toneladas de cariño.

Se enjugó la frente al tiempo que tomaba un desvío en Elizabeth Street.

Intentaba ser de ayuda, apaciguar la situación recordándoles que de seguir las indicaciones médicas saldrían adelante, pero estaba atrapado en un bucle de impotencia ante la obstinación de ambos.

Parecía que solo se escuchaban a sí mismos. Muy a su pesar, él y sus hermanos terminaban rindiéndose a lo cómico de las discusiones hasta que la armonía se adueñaba de nuevo del momento e impulsaba de forma natural, como si nada hubiera pasado en realidad.

Siguió su camino, inmerso en la abstracción de aquel paisaje urbano que aún no terminaba de desvelarse por completo. Atlanta le daba la impresión de no tener fin; cada día trazaba una ruta distinta, explorando callejones y senderos que el día anterior le eran desconocidos. Consultó su reloj de estructura robusta midiendo el tiempo disponible, consciente de lo fácil que era perderse en la carrera y dejarse llevar por el ritmo.

Mejor seguir al restaurante. Estaba a poco menos de dos kilómetros de distancia y decidió apremiar el paso.

Contempló en la distancia parte de la rústica fachada del Parga's, el resto quedaba oculto detrás del camión proveedor estacionado a la vera de la acera. Vio a Dimitrios hacer una mueca de esfuerzo cuando echaba sobre su hombro el saco de harina que alguien desde el interior le había acercado. Nikos salía a toda prisa por la puerta para cargar uno más. Adis se adelantó en un *sprint* con la intención de ayudar a sus hermanos.

Al llegar, tomó una profunda bocanada de aire e ignoró las rápidas pulsaciones de su corazón mientras se acercaba a la parte trasera del vehículo.

En ese momento, Nikos, cargado con su pesada mercancía, giraba hacia la entrada. Le lanzó una mirada de soslayo, acompañado de un leve gesto con la barbilla, señalándolo. Adis devolvió el saludo con un ademán similar y se aproximó al conductor del camión, quien estaba acompañado por su hijo, apenas visible entre las sombras densas que cubrían el interior mientras acomodaba los sacos.

—Buenos días, Franco. Hola, Matteo —saludó apenas llegó. Arrastraba una leve nota agitada en la voz—. ¿Cuántos faltan?

—Ahh, Andros —repuso con expresividad el italiano, que continuó el efusivo saludo con un torpe intento de decir «buenos días en griego». Adis torció la boca en una sonrisa contenida—. Quedan dos más.

—Me los llevo. —Se dio la vuelta sin esperar, encorvó el cuerpo en preparación para los setenta

kilos que cargaría sobre los hombros.

Tras acomodar el peso se despidió de los hombres y se adentró en el amplio salón. El reflejo a contraluz procedente de la cocina confería un aspecto aletargado a la estancia, un efecto del momento que nada tenía que ver con la amigable energía que se apoderaba de cada rincón al momento de abrir las puertas para la clientela. Cosa que sería dentro de poco.

Además de ser un restaurante, el Parga's también funcionaba como panadería.

Lo recibieron los aromas tiernos del bobota, el pita, el tyropsomo y el horiatiko psomi, junto con los metálicos sonidos que había escuchado desde fuera, esa melodía inconfundible del ajetreo matutino. A medida que se acercaba, todo cobraba más fuerza, especialmente la voz de Theodora, bombardeando indicaciones al diminuto ejército que le rodeaba: dos panaderos y el joven ayudante que se movía por el lugar, atendiendo cada una de sus demandas.

—Eres un presumido —soltó Dimitrios con una sonrisa. Sacudió con las manos los restos de harina de su oscuro cabello, después los de la barba y su pantalón—. ¿Hace cuánto que no sales con alguien? —El deliberado arco de una ceja muy espesa se materializó sobre su mirada. La risa se volvió más filosa mientras buscaba apoyar el brazo en la repisa que tenía al lado en actitud de espera.

Adis se lo tomó con calma. Se deshizo de la carga colocándola con el resto, luego se irguió parpadeando en su dirección un par de veces. Había entendido con claridad el significado encubierto de su pregunta.

—¿Y eso a ti que te importa? —El minúsculo temblor en un costado de su boca echó a perder su falso intento de indignarse.

—A mí sí que me importa —intervino Theodora en su lengua natal; depositó un fugaz beso en su mejilla al pasar por su lado con un pequeño *bowl* con huevos entre las manos—, ya debería tener unos cuantos nietos correteando por este lugar, ¿y qué es lo que tengo a cambio? Hijos que solo buscan salir con gente a la que no tienen pensado volver a ver nunca más —soltó con liberadora elocuencia sin mirarlos. Uno a uno, fue vaciando el contenido de los huevos en otro recipiente, contenido que comenzó a batir al enérgico ritmo de su reclamo—. Mira a Nikos…, tan bonita la joven que trajiste el otro día… ¿Cómo se llamaba?

—Ah…, ¡yo qué sé, mamá!... ¿Catherine? ¿Kathrin…? —Buscó ayuda en la mirada de sus hermanos, pero lo ignoraron al punto y se encogieron en espera de su turno. Porque sin duda cada uno lo tendría.

—¡Ahí está! Eso es justo lo que digo —prosiguió la matriarca. Los atravesó con su mirada gris azulada, evocando un atardecer otoñal bajo el cielo helénico. Luego, comenzó a verter parte de la mezcla de huevo en la plancha caliente, donde las tortillas tomaron forma casi de inmediato—. Habría preferido que se casen primero…, con una buena pareja que los quiera y los respete. No esas aventuras de una sola noche, por el amor de Dios —murmuró—. No entiendo por qué tienen que andar metiéndola por todos lados como unos desquiciados. ¿Qué es esto? ¿Una competencia para ver quién acumula más vaginas y traseros?

—¡Eahhhh, mamá! —replicaron los tres al unísono, haciendo muecas y asqueados gestos de incredulidad. No porque tuvieran problema con esas zonas del cuerpo en cuestión; es solo que escucharlo venir de su propia madre podía sobrepasar a cualquiera.

—¡Ja! Vaginas, traseros, traseros, vaginas. ¿Qué, ahora van a decir que herí sus susceptibilidades? —Agarró la espátula con decisión y retiró los alimentos recién cocinados del calor, para luego depositarlos en un plato grande junto a un cesto repleto de panes recién horneados y otros comestibles destinados al desayuno.

—¿Eso es lo que vamos a desayunar? Porque suena bien para mí. —Konstantinos se unió al

pequeño grupo después de salir de la cámara de refrigeración en la otra punta de la espaciosa estancia. Se había dado a la tarea de montar un breve inventario superficial: apenas quedaba queso Telemes, y del mizithra tendrían que prescindir hasta que el proveedor viniera con más dentro de dos días.

—Al menos tu llevas desayunando, comiendo y cenando los mismos desde que nos casamos, pero tus hijos…

—¡¡MAMÁ!! —Dimitrios se dio por la frente con la mano abierta. Adis se frotó la nuca y puso cara de haber perdido el apetito por el resto de su vida. Nikos deseó tener poderes, quizá alguna clase de guante con gemas del infinito capaz de retroceder en el tiempo, a un pensamiento de ese pasado donde habría hundido dos tenedores al rojo vivo en sus oídos antes de tener que escuchar cualquier cosa que tuviera que ver con las *partes* de alguno de sus progenitores.

—Cathrine, así se llamaba la chica de Nikos. —Fue Georgios, primo y ayudante de los muchachos, quien se dejó escuchar en esa ocasión. Lo mencionó como si nada. Todos se volvieron a mirarlo mientras sacaba unas bandejas del moderno horno con las suculentas delicias doradas en su punto, y las sustituía por las siguientes con los blanquecinos bollos de pan skorthopsomo alineados a todo lo largo—. ¿Qué? —Se encogió de hombros—. Era linda. Es difícil olvidar el nombre de alguien con el rostro tan lindo.

Adis estuvo de acuerdo con eso.

«Jules. Jules Wallace».

Aunque él era mucho más que lindo.

—Excepto cuando eres Nikos —repuso Dimitrios, el mayor de los hijos Zagorakis, con sorna. El aludido resopló por la nariz, con la evidente intención de tirarle algo a su hermano…, algo que fuera grande y que provocara mucho dolor—. Es que no sabes cómo es que funciona esto, mamá; es un complejo sistema de selección. Cuando ese *alguien* indicado logre pasar al siguiente nivel tú serás la primera en saberlo, porque valoramos muchísimo tu opinión.

Theodora no se iba a tragar semejante patraña. Siguió sirviendo los platos, de todas maneras contenta como solo una madre podría estarlo rodeada de sus retoños, de su *oikogéneia*. Su familia. Aunque seguía extrañando a Ekaterini. Ella, su bebé y esposo, jamás dejaban sus pensamientos.

—Adis nunca trae a nadie. Y de lo suyo con Takis apenas supimos que existió —soltó Georgios de la misma forma distraída que antes.

Andros lo miró a hurtadillas. Pensó que era divertido como el joven participaba de la conversación sin estar en realidad en ella.

—Es verdad —añadió Dimitrios—, o eres el más selectivo de los tres o… ¡No puede ser! ¿Será que esa cosa que te cuelga entre las piernas ya dejó de funcionar? —Sacudió las cejas con maliciosa diversión.

Quizá tuviera razón en la primera parte de aquella estúpida observación. Adis no andaba por la vida buscando pareja sin sentido; las personas que lograron un lugar en su corazón lo hicieron porque él de verdad llegó a sentir algo importante por ellas, hasta que ese *algo* se rompió de manera irremediable y cada cual siguió por rumbos separados. A veces reflexionaba sobre ello. En el fondo sabía muy bien lo que anhelaba… Lo veía en sus padres a diario. Pero también comprendía que esperar algo así para sí mismo era pedir demasiado.

—Yo no practico ese sistema del que hablas. —Un amago de sonrisa—. ¿Cómo sabes que no eres tú quien no ha pasado el control de calidad? —Se llevó las manos a las caderas, estiró la espalda y alzó la barbilla, mientras esa sonrisa se desplegaba lentamente por su rostro, retorciéndose con evidente placer—. Hasta donde sabemos, nadie ha vuelto por acá buscando más de tus

«sensacionales» habilidades —dijo, encerrando la palabra en un par de comillas con los dedos para enfatizarla—. ¿No te parece un poco sospechoso?

—Es verdad, cuando alguien sabe lo que quiere vuelve por ello sin importar qué —añadió Konstantinos. Bajó la mano sin disimulo para pellizcar el trasero de su esposa, cuya reacción consistió en sacudirse por la sorpresa además de soltar una calurosa risotada.

Dimitrios arrugó la cara, Adis no pudo evitar sonreír, y Nikos…, Nikos deseó volver al pasado una vez más.



Resultaba extraño que aun estando dormido pudiera sentir con tanta claridad la nítida sensación de estar bajo escrutinio.

Tres perezosos parpadeos y algunos bostezos después, consiguió identificar de dónde provenía la sensación. Frotó el velo soñoliento de sus ojos a la vez que dedicaba una sonrisa adormilada al hombre que durante la noche ocupó el otro lado de su cama.

—No te sentí llegar, eres muy sigiloso —repuso Alec con aterciopelada naturalidad, recostado en la almohada y la mejilla apoyada sobre su mano.

—¿Sigiloso? —Un resoplido sarcástico debajo de la sábana que usó para cubrir la mitad de su rostro—. Tú no duermes, pierdes el conocimiento que es muy distinto. Casi salté sobre ti intentando despertarte para que volvieras a tu apartamento, pero me rendí. —Torció la cabeza al recordar que encontró encendida la televisión. Justo llegó en la parte donde Rupert Everett perseguía a Julia Roberts, mientras ella perseguía en un camión de panadería secuestrado a Dermot Mulroney, quien perseguía a su vez a Cameron Diaz por millonésima vez en lo que su amigo roncaba como un orco. *Arsen* había yacido despatarrado a sus pies. Una imagen de lo más graciosa cruzó fugaz su mente: su amigo el orco con una seria adicción por las películas de la *Novia de América*—. Pensé que tendrías una maratón.

A Alec pareció no importarle.

—¿Qué tal estuvo la cena con el señor *Oh yeah*? —En sus ojos parpadeó el inconfundible brillo de la curiosidad. Dos orbes que de pronto se modificaron, más abiertos y vivaces.

Antes de contestar, Jules miró la franja de luz que se arrastraba lenta por la pared. El dios del tiempo no se detendría para que él tuviera oportunidad de detallar los pormenores de la noche pasada a su amigo.

—Te lo cuento con el desayuno. No quiero que se me haga tarde, ¿de acuerdo? —Ya saltaba de la cama al decirlo.

—Mientras te duchas prepararé algo. —Alec lo imitó levantándose de un brinco casi acrobático.

—No esperaba menos después de haberte dado hospedaje —gritó el joven desde el baño, sin molestarse en cerrar la puerta.

Algunas prendas habían caído al suelo cuando Alec abandonaba la habitación, saboreando la promesa de que pronto conocería todos los jugosos detalles más que la idea de unos *pancakes* dorados bañados en miel y una buena taza de café.

Después de una ducha con agua tibia y una rápida pasada de la secadora por el cabello, Jules optó por un pantalón de vestir negro y la camisa gris humo que apenas había usado un par de veces. Decidió no llevar chaqueta al notar el resplandor matutino de un sol que prometía una jornada calurosa.

Ante el llamado insistente de los prometedores aromas del desayuno procedentes de la cocina, se apresuró hacia allí, sujetándose el cabello en una cola de caballo.

John Newman y Alec lo esperaban en la encimera.

La voz del primero saltaba desde el móvil con la pegajosa *Love Me Again* de fondo, mientras que Alec, con los codos pegados y el rostro descansando sobre la palma de sus manos, aguardaba. Frente a él los suculentos manjares también esperaban. Con tan poco tiempo a disposición se las ingenió para añadir ciertos detalles decorativos: esas fresas cortadas en finas capas, dispuestas en un abanico extendido sobre la superficie de miel y canela. Un pequeño suspiro de crema coronaba la cúspide roja y brillante. Así era Alec.

Sabía que al cocinero interno de su amigo le gustaban esas cosas y sonrió.

—Un hombre que cocina. ¡Qué sexy! —Apartó la silla y se sentó—. Creo que acabo de decidir que quiero que te quedes conmigo.

—¿Dormir todas las noches con el mismo tipo?… ¿Por quién me tomas?... Pero creo que podría soportarte. —Tras la broma se reacomodó para coger la cafetera y servir el líquido en ambas tazas. A Jules le gustaba tomarlo negro, sin endulzar, a él con una pizca de azúcar y una cucharada de crema. *Arsen* rondaba por allí, con su carita de «pobre de mí que tengo que comer ese maldito alimento para perro todo el tiempo», a la espera de que alguno de los dos se apiadara de él o que algo cayera por accidente al piso—. De acuerdo, ya. Escúpelo.

Jules suspiró. Saltaba a la vista una especie de conflicto interno mientras cortaba una porción de *pancake* que no se llevó a la boca.

—Es Joan. Ella… ella me nombró su enlace con Crown para mantenerlo informado de cada aspecto del proyecto cuando el hombre no pueda estar presente durante nuestras reuniones. —El bocado en su tenedor flotó hasta sus labios, donde lo saboreó pensativo—. Y él estuvo de acuerdo con eso. Es más…, casi parecía haberlo estado esperando.

—¿Y por qué lo dices con esa entonación de funeral? Es justo lo que necesitabas, ¿no? —Se encogió de hombros, como si su disconformidad con los planes de Jules pudiera borrarse con ese simple gesto—. En bandeja de plata, servido a tu entera disposición para que empieces a buscar la manera de hacerlo sufrir un infierno.

—Tu sarcasmo no va bien con el desayuno, ¿lo sabías? —le apuntó con el tenedor—, además…, creo que ya no estoy tan seguro de querer hacerlo —agregó vacilante.

Alec levantó la cabeza de súbito, parpadeando de manera llamativa.

—¿Qué…, qué es lo que acabas de decir?

—Justo lo que escuchaste.

—Ya sé lo que escuché, pero llevas meses repitiendo lo mismo y ahora… ¿Por qué…? ¿Qué te hace cambiar de opinión así, tan de repente?

—Pensé que te alegrarías de escucharlo. —En ocasiones, ser amigo de aquel hombre resultaba ser todo un acto de paciencia.

—Encanto —se señaló a sí mismo con elocuencia—, debajo de esto que ves hay una celebración que empañaría al Cuatro de Julio, Navidad, y Año Nuevo. Todo junto. —Dejó a un lado el cubierto para apurar un generoso trago de café, pensando que podría tomarse varios litros a propósito de aclararse—. Ahora quiero saber más.

—Es muy simple. No puedo…, nunca tuve oportunidad. —Alec escuchó las turbulencias en esa aseveración. La expresión de Jules se había derrumbado; jugueteaba sin ánimo con el dispensador de canela, despreciándose con cada inspiración por su falta de valor—. Ahora que lo miro en retrospectiva no le encuentro forma a nada. Creí que podría… Estaba tan furioso… Sigo estándolo.

Lo detesto con todas mis fuerzas, pero no puedo. No soy ese tipo de persona, Alec. Yo… —Se tapó la cara, y apretó tanto los párpados para que las lágrimas no brotaran que empezó a ver resplandores flotando en ese privado recinto de oscuridad.

Su cuerpo reaccionó con una sacudida al repentino contacto del otro hombre. Los brazos de Alec se arrebujaron en torno a él como una tibia manta de pétalos. No hubo palabras por un buen rato, cosa que agradeció con el alma. Solo esa silenciosa presencia de apoyo que con cada segundo que pasaba conseguía contrarrestar su tentativa de desespero.

—Claro que no eres ese tipo de persona, primor. Porque eres mil veces mejor de lo que imaginas. —Mientras lo sostenía con una mano, la otra describía torpes caricias sobre su cabello. *Arsen*, que intuía la aflicción de su amo, se acercó por debajo de su cuerpo encogido…, buscando extrañado la cabeza hundida en su pecho, y comenzó a olisquear la situación.

—Un maldito cobarde. —Su voz amortiguada por las manos que seguían ocultando su rostro.

—Todo lo contrario. No me gusta el Jules en que te estabas convirtiendo: resentido, lleno de rencores y odios. Ese no es el chico que conocí hace algunos años. —El hombre inhaló con fuerza. Pensaba con serenidad—. Con esta decisión estás demostrando más valor del que imaginas, y estoy muy orgulloso de que te reunieras con la mejor versión de ti mismo.

Un espasmo de pena lo atravesó.

Quizá Alec estaba en lo cierto. ¡Demonios que lo estaba!

A él tampoco le agradaba albergar esas corrosivas emociones en su interior, aunque, por otro lado, no podía desprenderse de la sensación de haberse convertido en una casa deshabitada en la colina más distante. El origen del sentimiento lo tenía muy presente. Delineaba los bordes rugosos de aquella cicatriz cada día de su existencia.

A una edad muy temprana tuvo que conformarse con ser un mero espectador del hogar cálido que conoció en algún momento de su vida perdida. No toda esa calidez era para él, pero le agradaba el mutuo cariño que sus padres se dispensaban. Eran afortunados.

Desde el principio supo que su viaje matrimonial con Gabriel no iba a pasar de unos cuantos kilómetros recorridos, porque en ese secreto rincón interno donde habitaba su romántico iluso quería lo mismo. Un hombre de cuyos ojos siempre se desprendiera esa mirada de una primera vez al posarse sobre él, que la ilusión por los pequeños detalles, como el de recordar la fecha de su aniversario, fuera equivalente a la que henchía su propio pecho, o al menos que le concediera una fracción de importancia para no ser tan exigente.

Pero el temperamento de Gabriel era más físico, un rasgo de su personalidad que no le pareció tan molesto al inicio. Un alfa de segundo grado con nulas atenciones que cargaba con un insaciable apetito sexual incluso fuera de su periodo de celo, que pese a ser bestial en la cama, resultó también ser una bestia en todo lo demás y no consiguió hacer que Jules se quedara de su lado en dicha cama. Agradecía no haber sido marcado por alguien así ahora que lo pensaba con detenimiento.

Como una cruel eventualidad, la degradación del matrimonio de sus padres coincidió con la suya; un catalizador que estimuló lo inevitable. De algún modo no conseguía salir de esa casa desierta, de cuyas paredes desconchadas pendían torcidos los retratos de lo que ya no sería nunca más. Desde su salida de Crown Media, Elliot olvidó sonreír, olvidó que todavía le quedaba una vida…, una esposa. Un hijo. Se ahogó en su propia miseria arrastrándolos a ambos junto con él.

Ahora su madre ni siquiera lo reconocía.

Con frecuencia, Jules se sentía como la peor persona en habitar el planeta, convencido de que aquel aislamiento de su progenitora (una especie de estupor mental al que los médicos seguían

poniendo un término diferente cada vez), no era otra cosa que un mecanismo pleno y consciente para no tener que lidiar con toda la porquería que la vida les había lanzado de golpe.

Porquería de la que él no podía escapar así sin más.

Eso le enfurecía con más frecuencia de la que socialmente tenía derecho a admitir, un enojo que dirigía por entero hacia ella, a Raquel, porque había buscado un falso refugio en la misma actitud decadente de su padre. Quizá no ahogándose en cientos de botellas de licor como él lo hizo, pero sí embotellándose a sí misma en dicha condición, donde dejaba al mundo con toda su crueldad y su pérdida del otro lado del grueso cristal; y a Jules en medio de él. Solo.

Se miró a sí mismo, otra vez arañando su escape del colapso de aquella casa que amenazaba con desplomarse sobre su cabeza, con una sensación que era a un tiempo una resolución inalterable y un arrepentimiento imposible de medir por cualquier medio tangible.

Después de un largo instante abandonó la oscura seguridad de sus manos ahuecadas e inspiró a su vez. La mañana seguía ahí, igual que Alec, que no se había movido un ápice, sólido como un templo; tampoco *Arsen*. Entrecerró la mirada sin saber qué decir a continuación.

—Te estás poniendo el listón muy alto. Nadie ha dicho que tienes que resolver toda tu vida en una mañana, Jules. Es imposible —le dijo con suavidad su amigo cuando se puso en cuclillas a su lado. Sus miradas suspendidas a la misma altura—, el paso que acabas de dar es inmejorable. Eso basta por hoy para un nuevo comienzo.

Tal vez fuera una sonrisa valerosa la que sintió formarse en sus labios, tal vez no. Sin embargo, al contemplar el apuesto rostro a escasos centímetros del suyo no percibió su anterior soledad. Se preguntó cómo, en realidad, él había logrado detenerse en el lugar y momento exactos para conocer a un hombre que transformó la comprensión en una faceta de cualidades beatíficas, un don exótico que hasta ese día no había encontrado en nadie más.

—¿Qué haría sin ti en mi vida, hermano? —repuso, lanzando un puñetazo juguetón hacia su hombro mientras le sonreía.

Alec no dijo nada. La pregunta se respondía con hechos.

Jules le vio cerrar los ojos antes de apremiarlo contra su cuerpo con una ternura tan grande que le arrancó un sollozo. Sintió que respiraba de verdad por primera vez en mucho tiempo, como si una parte de su alma dañada se reformara pese a los desgarros. Todavía faltaba mucho para que la herida sanara, tal vez nunca lo hiciera del todo, pero tendría que reconciliarse con ello.

8: Miradas en el Parga's

Cierto regusto amargo bajó con lentitud por su garganta.

La mano masculina descendió cautelosa sobre el vidrio templado de su escritorio, donde desplazó con esa misma reserva el puñado de papeles que tenía frente a sí para dejarlos de lado.

A Alexander no le gustó encontrar de nuevo aquellas inconsistencias. La información a la que estuvo dando numerosas vueltas cerca de media hora atrás le dejó un incisivo dolor en la nuca. Llevó hasta esa zona palpitante su otra mano para presionar con fuerza. Cerró los ojos, echando la cabeza hacia atrás.

El problema. Este persistía a pesar de los esfuerzos y reestructuraciones que había implementado durante los últimos meses. Esperó en verdad que su reunión con el director de finanzas arrojara datos tranquilizadores, pero sucedió todo lo contrario.

El cambio hacia una nueva estrategia se volvía imperioso, no podía detenerse ahora, no con los preparativos del cincuentenario de la compañía en pleno desarrollo. Aunque… Quizá eso pudiera funcionar de alguna manera si se pensaba con detenimiento. Con casi la mitad de la agencia inmersa en ello, se desplegaba ante él la oportunidad de desviar las atenciones en otra dirección.

Una distracción beneficiosa.

Compartir sus pensamientos era inviable, un lujo que ya no podía concederse si quería mantener a salvo el patrimonio de su familia, la seguridad de la compañía y de las personas honestas que trabajaban en ella.

De pronto un monocorde, aunque elegante sonido, el timbre de su teléfono de escritorio, lo abstrajo del torbellino de preocupaciones que restallaba furioso contra los muros de su mente. Parpadeó de forma casi mecánica, como si recién despertara a la quietud de la luz del mediodía que colmaba su oficina y que le parecía de algún modo distante.

Un carraspeo. Puso el aparato en altavoz.

—Dime, Donna. —Su voz, también la sintió lejana.

—Es la señorita Tremblay, señor. Por la línea uno —respondió su secretaria con eficiencia.

Alexander frunció los labios. A decir verdad no estaba de humor para atender su llamada, pero después lo consideró mejor. Felicity no tenía la culpa de lo que estaba sucediendo; llevaba semanas de viaje atendiendo, igual que él, los negocios familiares. Librando sus propias batallas.

—Comunícame, por favor —le pidió, no sin poder deshacerse por entero de su renuencia. Giró en la silla. Dobló una pierna sobre la otra en tanto miraba la ciudad que se extendía bajo sus pies, con la imagen de unos ojos muy distintos a los de su novia ondeando en la revuelta superficie de sus pensamientos.

—Felicity. —Simple, inexpresivo. ¿Qué había sido del fervor, de la chispeante anticipación de antes? ¿En qué momento se extinguió sin percatarse de ello?

Absurdas preguntas. Felicity ya conocía las respuestas.

—¿Así nada más? —se quejó la mujer al otro lado de la línea, con un ligero acento de risa en su voz. Esperanzada de que Alexander no lo notara, Felicity intentó conservar la calma. No era tan sencillo. Pensó que tal vez darse un espacio y poner algo de distancia entre ambos serviría para atemperar esa fría incomodidad de los últimos tiempos en su relación. Un trémulo suspiro mental—. Yo sí te he extrañado.

El ceño de Crown se acentuó, sin embargo, no alcanzó a evitar que un pinchazo de culpa lo contrariara.

—Yo…, lo siento. Estaba revisando unos documentos. Seguía distraído.

—Necesitas otro tipo de distracciones, mi amor. ¿Cuándo fue la última vez que tomaste un descanso genuino? —No esperaba que él contestara, ambos estaban al tanto de que habían pasado

un par de siglos desde entonces. Hablando en sentido metafórico—. Tengo una idea —soltó de pronto—, te invito a cenar esta noche. Olvidémonos del trabajo por un rato, solo nosotros, ¿sí?

Alexander reacomodó su expresión, agradecido de que Felicity no estuviera ahí para verla.

—Así que ya regresaste a la ciudad. ¿Qué tal estuvo Tokio? —Trató de conceder mayor interés a sus palabras.

—Mi vuelo llegó a Atlanta cerca de la medianoche, quería que fuera una sorpresa. —Moría de ganas de verlo. Alexander tenía la habilidad de transportarla, de volverla loca de deseo. Amarlo como lo hacía era a un tiempo doloroso y estimulante…, el paraíso y el infierno en un solo hombre. La posibilidad de estarlo perdiendo suponía la más terrible de las agonías—. El hotel en Tokio va bien pese algunos detalles que conseguimos optimizar con respecto a la gestión de personal. Ya deseaba regresar a casa —añadió con tono quedo, no quería sonar ansiosa sin importar el trato tan distante que recibía a cambio del ser que robaba la paz de sus noches.

—Me alegra escucharlo. —El hombre se había puesto de pie, con la vista ausente en el celaje de nubles plateadas al otro lado del cristal.

Pensaba en la información que había solicitado a Donna más temprano, la que contenía una memoria *flash* con las fotografías que Joan le pidió en la cena de la noche anterior. Fotografías que el asistente de su directora creativa tendría que recoger dentro de algunas horas cuando le presentara el *dossier* de avances de ese día.

Estaba impaciente.

—¿Qué dices? ¿Dejarás que tu chica te mime un poco esta noche? —Una invitación sugerente, pronunciada con una entonación más sugerente aún. Desairarla por teléfono no correspondía a su estilo, tampoco lo haría durante la cena. Esperaría a encontrar el momento más adecuado para hablar con ella y decírselo. Su relación iba en un solo sentido: justo hacia ninguna parte.

—Pasaré por ti a las siete, ¿de acuerdo? —repuso con estudiada suavidad— ¿Qué tienes en mente?

—Es una sorpresa, además…, tengo algo para ti. —Un músculo palpitó en el tenso ángulo de la mandíbula del alfa.

Distinguió que cierta emoción acompañaba aquella elección de palabras, una que no supo identificar.

Y no le gustó.



Ya amaba aquel lugar.

Lo supo en cuanto sus ojos contemplaron la rústica fachada de piedra falsa del establecimiento. Cuatro mesitas descansaban en la terraza junto a la acera, cada una debajo de su correspondiente sombrilla en tonalidad tostada y soporte de madera, además de dos hermosas vasijas de piedra con detalles helénicos a ambos lados de la entrada.

Dos pequeños árboles de tronco retorcido brotaban de dichas vasijas hasta convertirse en frondosos ramos de hojas lanceoladas vibrando bajo el sol.

Vio el nombre con el que decidieron bautizar el restaurante tallado sobre un tablón de madera añejada, el cual se sostenía gracias a cuerdas de cáñamo anudadas en dos argollas de metal grueso.

«Parga's».

El nombre también era bonito.

Su mente reclamó un recuerdo, el rostro del hombre cuya familia era dueña de ese curioso local. Un híbrido entre restaurante y panadería. ¿Por qué habría de recordarlo?

De pasada leyó algunos nombres en los pequeños carteles que identificaban las delicias en el interior de la vitrina.

Spanakopita $9. 50 (espinaca y queso feta).

Melomakarona $16. 50 el paquete de veinte unidades.

Bougatsa $9. 25 (carne picada/queso mizithra).

Los exquisitos aromas invitaban a darse un buen atracón, a lanzarse a probar cada platillo.

Su estómago se agitó con un gruñido de protesta.

—Te va a encantar la comida —le aseguró Joan, que lo conducía a través de las mesas con la seguridad de una anfitriona experimentada—. Y como ves, el ambiente es muy familiar y acogedor. —Él estuvo de acuerdo, los comensales parecían a gusto, relajados en degustar la comida tanto como de las privadas conversaciones que las acompañaban.

—¡Señora Joan! —La alegre exclamación le hizo dar un brinco. Provenía de la mujer de enormes proporciones que, con los brazos abiertos a ambos lados de su cuerpo, una sonrisa equivalente a la de tres soles, y un acento incluso más marcado que el que le escuchó a Andros, parecía flotar a su encuentro—. Casi pensé que no vendrías.

—Oh, mi querida Theodora. —Joan se dejó envolver en el abrazo. Jules sintió una cálida sensación al ver cómo los demás a su alrededor reaccionaban de forma similar ante el efusivo encuentro, para luego volver a lo suyo—. Mucho trabajo y poco tiempo para los placeres, espero que me disculpes.

—Siempre hay mesa para ti en el Parga's —repuso la otra mujer, cuya complexión y estatura superaban las de su jefa de forma abismal. Un contraste entretenido de observar—. Veo que vienes acompañado de lindo muchacho —siguió jovial.

—Déjame presentarte a Jules, es mi nuevo asistente. Jules, ella es Theodora, la madre de Adis. Lo conociste ayer. —«¿Cómo podría olvidarlo?».

—Es un gusto conocerla, señora… —El joven comenzaba a extender la mano a fin de saludarla cuando lo siguiente que supo es que la enorme mujer lo rodeaba también para apretujarlo…, como si lo conociera de toda la vida. Inesperado, pero agradable.

Con ese gesto quedaba patente que su hijo debía haber heredado los rasgos de carácter del lado paterno de la ecuación. Tan discreto, tan serio; al menos lo suponía puesto que aún no tenía el gusto de conocer al padre en cuestión.

—Ah, ya conoces a mi Adis. Muchacho bueno. Muy trabajador. —Su orgullo manifiesto en la forma que sacaba el pecho en tanto se refería a él. Señaló con la cabeza…, más allá del mostrador de piedra y madera con un par de órdenes dispuestas encima, a la cocina, donde Jules contó al menos a cinco hombres que se movían eficientes en la tarea de satisfacer los pedidos de la clientela. Daba la impresión de que lo pasaban bien pese al ritmo demandante propio de esa hora—. Todos ellos lo son. —Más cariño se derramó de su expresión—. Pero vengan. Tomen asiento y miren menú mientras sirvo algunos pendientes. Ya vuelvo.

Los guio a la pequeña mesa junto a la ventana, la que tenía un letrero con una tipografía de estilo griego similar al del letrero de la entrada. La palabra «Reservado» destacaba en color dorado sobre un fondo azul prusiano que combinaba a la perfección con la loza y las servilletas de tela.

Era definitivo, ese lugar no era como el Nikolai's Roof. Era mil veces mejor. Ahí se sentía bienvenido de verdad, sin tener que corresponder a esa simulada etiqueta de cordialidad como de

pretender que no hallaba absurdo que existiera una línea de vajillas de la marca Christian Dior y opulentos premios que la mayoría de la población de Atlanta escucharía nombrar jamás.

—¿Todos ellos son sus hijos? —La curiosidad lo había tocado. Se sentó en la silla que quedaba de espaldas al cristal, desde dicha posición se alcanzaba a admirar el sitio entero. Algo que no hizo enseguida puesto que seguía mirando en sentido del ejército masculino que Theodora indicó antes, fijándose en las furtivas miradas que desde allí salían disparadas en dirección de él y Joan.

Como le ocurría cada que conocía a alguien se encontró calculando la edad de la madre de Adis. Pensó que podía estar rondando los sesenta, quizá los sesenta y cinco años. Dos de los sujetos lucían de una edad similar, quizá un poco menos.

—Eh, claro que no. —Joan hizo gala de su espontaneidad cuando giró a medias, persiguiendo su misma línea de visión al tiempo que apoyaba un brazo en el respaldar de la silla, sacudió la otra mano por encima de la cabeza para saludar al sujeto que en ese instante había decidido levantar la mirada una vez más. Parpadeó con torpeza, con esa universal reacción de ojos ensanchados al tomarlo desprevenido. Respondió a su saludo de forma atropellada. Después enterró la cara con urgencia en lo que estaba haciendo—. Ese es Dimitrios, el mayor —le explicó su jefa, entretenida. El otro hombre, igual de apuesto pero más joven, les sonrió e hizo un consistente ademán con la cabeza; parecía decidido y simpático—. Nikos es un tesoro, es el hijo menor. Los otros dos son primos de Theodora…, y ese de allá, el que está junto al mostrador, es Georgios, su sobrino.

Así que Adis quedaba en el medio.

Adis, quien parecía haber dejado a un lado el interés culinario de su familia para trabajar con Alexander Crown.

—Parece una bonita familia. —Cogió el menú y ojeó los exóticos nombres de los platillos. Durante un respiro se abandonó a ciertos pensamientos nostálgicos. Le habría encantado tener primos, tíos… Su madre solo tenía una hermana, a la que dejó de ver cuando se mudó a vivir a una pequeña prefectura en Japón luego de casarse con un rico viudo alemán. Sospechaba que le había ido muy bien debido a que nunca más se tuvieron noticias suyas.

Su padre había sido hijo único. Y Jules…

—Lo es. Es gente buena, honesta…, de la que es difícil conocer hoy en día. —La señora St. James volvió a acomodarse en la silla. El menú sin tocar debajo de sus manos entrelazadas. Sabía con exactitud lo que iba a pedir.

A Jules le regocijó escuchar aquello. Le habría encantado conocer un poco más, pero antes de que esa intención cobrara forma se mordió la lengua. «No es buena idea pasarse de curioso con tu nueva jefa que apenas conoces».

—Es bueno saber que no todo está perdido. —No era un comentario vacío. Con frecuencia se descubría apreciando con auténtica admiración esa desestimada riqueza oculta bajo la acerba humanidad olvidada. Los «buenos días» de un extraño, la genuina cortesía de quien cede su taxi a otra persona debajo de la lluvia; el abrazo de una desconocida.

Tal vez…, solo se sentía de alguna manera un poco melancólico.

Sin Alec como su apoyo estaría perdido.

—Sí que lo es. —Un brillo de risueña quietud hizo su camino a través de la mirada de la mujer, cuya expresión se tornó vacilante con tanta rapidez que Jules lo notó como si fuera una señal luminosa, imposible de ignorar. Joan se aclaró la garganta y recuperó la armonía de su semblante—. ¿Ya sabes que vas a ordenar? —dijo en cambio.

—Yo… eh. Todavía no lo sé —repuso intrigado. ¿Habría molestado a su jefa de alguna manera? No, no intuía molestia a decir verdad. Estaba seguro de haberse comportado a la altura desde que

trabajaba a su lado. Se dio una palmada interna por la cabeza. Debió tratarse de un lapsus de neurosis provocado por el peso de varios meses del maldito asco que llevaba sobre la espalda. Una fuerte sesión en el gimnasio; es lo que necesitaba—. La comida griega no es mi campo. —Otro vistazo al listado del menú—. ¿Qué me recomendarías para una primera vez?

—Hummh, de acuerdo. La ensalada horiatiki es un aperitivo sensacional, si quieres probar algo ligero; las chuletas de cordero…, están de muerte lenta. O puedes pedir el mousakás de Theodora como yo. No sé qué rayos pone esa mujer en su receta, pero sea lo que sea es adictivo. —Una breve risotada. Alzó ambas cejas y las sacudió, invitándolo a participar de su adicción por la deliciosa propuesta que incluía carne de ternera con berenjenas entre otros sugestivos ingredientes.

—Que sea el mousakás entonces. —Decidido cerró el menú.

En un parpadeo Theodora, con su cabello castaño oscuro tan parecido al de su hijo mayor recogido sobre sí mismo en un severo y abultado moño, estaba de regreso. Atenta en tomar la orden.

Joan le guiñó un ojo una vez le devolvió las carpetas del menú, que también tenían aquel precioso tono Prusia en la tapa y más detalles helénicos chispeantes como el oro.

—Solo trae esa comida que tenemos hambre, mujer —los señaló a ambos con un movimiento de la mano.

La madre de Adis le respondió en su lengua nativa, y Jules, que no entendía una sola palabra, adivinó el contexto cordial sin mayor dificultad.

—Este lugar empezó con un carrito de comida callejera en las inmediaciones del Crown Media —mencionó. Su tono era de conversación, pero transmitía mucho más que eso—. Fue en ese entonces que los conocí. Han pasado…, cuatro años y medio me parece, y míralos ahora... —Un breve aunque profundo suspiro—... Nada mal para una familia que llegó aquí prácticamente sin nada más que ilusiones en el equipaje. Me alegro por ellos. —Jules reparó con nuevos ojos en los elementos que le rodeaban, tanto los decorativos como esos otros más bien abstractos. La alegría que dotaba de vida real al lugar—. Creo que me gusta pensar que todos tienen derecho a una segunda oportunidad, a una nueva primera vez.

Sin poder contenerlo, su piel reaccionó ante las observaciones de Joan con un estremecimiento.

¿Por qué de pronto tuvo la impresión de que veía a través de él? Como si hablara al Jules que estaba en busca de una nueva vida, que se sentía más extraviado que seguro la mayor parte del tiempo.

Un sonido de aprobación lo distrajo de su breve introspección.

Mmmm, era la comida.

¡Y vaya que se veía fenomenal!

¡Olía sensacional!

Jules agradeció a Theodora sus impecables atenciones, también que el tema de conversación tomó un nuevo rumbo y se encaminó hacia otros asuntos que estimaba menos personales.

Saboreó cada bocado con deleite.

Ahora sí podía comprender mejor la adicción de su jefa por la comida helena. Se dijo que invitaría a Alec la próxima vez que visitara el Parga's, que esperaba que fuera muy pronto.

Comentaron acerca de ciertas ideas que surgieron esa mañana para la campaña, hasta que el joven agradable que vio antes llegó a su mesa con una orden que ninguno de los dos había solicitado.

—¡Nikos, mi cielo! ¿Qué traes ahí? —Joan, con el rostro iluminado y las manos abiertas enmarcándolo, exclamó con sorpresa.

—Cortesía de la casa, señora St. James —respondió el chico.

Joan lo atrajo hacia sí y le obsequió un sonoro beso en la mejilla.

El apuesto rostro masculino se irguió, sonrojadas sus mejillas sobre aquellos rasgos un tanto aniñados con una clara sombra de barba de tres días cubriendo su mentón.

Jules alabó las infinitas bondades de la genética griega.

—Cortesía de la casa, ¿eh? —Atisbó de reojo a Jules cuando lo dijo—. Déjame presentarte a mi nuevo asistente, Jules Wallace. Jules, este es Nikos. Hace unos postres estupendos.

—Es un placer, señor Wallace.

Nikos se inclinó un poco para extenderle la mano.

—El gusto es mío, Nikos. Esto luce estupendo, no debiste molestarte. —El joven griego señaló con un dedo la esponjosa cubierta de crema decorada con algún tipo de nuez que Jules no identificó, y la capa de mousse de chocolate que gritaba «cómeme lentamente» bajo ella.

—Ekmek kataïfi y café de Grecia, como todo lo que servimos aquí, espero que les guste. —Con una efímera inclinación de cabeza se marchó para que degustaran el pecaminoso dulce, no sin antes haber recibido los afectuosos agradecimientos del par de clientes más mimados del lugar.

—Vaya, vaya. Pusiste de cabeza a los chicos Zagorakis, querido. —Jules no supo si sonreír o avergonzarse, así que optó por ambas mientras hundía la cucharilla en la ligera textura del ekmek kataïfi—. No te azores, Jules. Eres un joven muy hermoso…, sería imposible que hombres y mujeres no te miraran. —La señora St. James empezó a degustar el postre también.

—No estoy interesado en una relación por el momento, creo que el amor a mi trabajo es todo el amor que necesito por ahora. —¡Qué patraña! Si él no podía creerse eso mucho menos Joan.

—Solía pensar lo mismo que tú, a tu edad. Y créeme, no hay en mi vida mayor arrepentimiento que el de no haberlo intentado.

El gris de sus ojos se profundizó, como si se adentrara en un pozo de memorias funestas al que solo ella tenía permitido el acceso. No obstante, parecía una persona reconciliada con sus decisiones.

Para bien o para mal no intentó aconsejarlo. En su lugar, cogió la taza de café y la levantó…, sugiriendo un brindis silencioso.

Jules la imitó, y tras chocar los recipientes acercó su propia taza a los labios, preguntándose qué sabor distintivo tendría el café griego. Sopló la oscura superficie antes de dar el primer trago, y sin querer siguió la ondulante voluta de vapor con la mirada, que se elevó en el aire y se dispersó con lentitud frente a la imagen del atractivo sujeto de traje que cruzaba la puerta del Parga's en ese instante.

Tragó en seco, sin reparar en que atrapaba su labio inferior con los dientes a la vez que se deleitaba con el andar de aquel hombre de piernas eternas.

Le gustaban justo así como ese, machos de gran estatura. ¿Qué podía medir, un metro ochenta y cinco…, noventa? Qué importaba siempre y cuando pudiera pararse sobre las puntas de los pies para impulsarse hasta aquellos labios que incitaban a desmesuradas fantasías en las que culminaba con él en interesantes posturas horizontales.

«Jules, ¿de verdad acabas de pensar todo eso? Eres de lo peor», le dijo otra parte de sí con cara de espanto.

Se obligó a tragar un sorbo de café, sorprendido de haber convocado tanto en tan poco tiempo. Pésima idea, Adis giró la cabeza mientras lo hacía y atrapó al instante la mirada con la suya.

Con dificultad disimuló el indicio de tos que picó en su garganta, amenazando con devolver el trago por donde había entrado segundos antes. Peor. Se imaginó tirando café por la nariz y bañando la calva del sujeto que comía «quién sabe qué» en la mesa adyacente a la que ocupaba con Joan.

«¡Ufff! Eso estuvo cerca».

Bajó la mirada, que intentó mantener enfocada en el ekmekk jhukartaïfi o como quiera que se

llamara.

Un revuelo de voces masculinas fracturó su patética voluntad.

La atención de Joan voló hacia él de forma irremediable también.

—Estos chicos… —Una negativa risueña—… A veces creo que un cincuenta por ciento del éxito del Parga's radica en esos tres encantadores alfas y el otro porcentaje va por cuenta de la comida.

—¿A qué te refieres? —repuso Jules, que sentía adherido en la piel el azul de aquellos ojos de incomparable categoría.

—De verdad no lo has notado, ¿cierto? —Parecía entretenida con su estrecha capacidad de distinguir eso tan obvio que se le seguía escapando—. Fíjate en las mesas.

Y lo hizo.

¡Demonios!

En su mayoría las ocupaban mujeres. Mujeres uniformadas con el inequívoco estilo de secretarias y asistentes; ¡por supuesto! El centro financiero de Atlanta estaba a solo unas calles de allí. Las insinuaciones eran tan evidentes que Jules sintió un impulso casi físico de estrellarse contra un muro de concreto por no haberlas notado antes. ¿Y quién era él para censurarlas?

¡Benditos dioses del Olimpo! Los hermanos Zagorakis no tenían que hacer más que fingir que no se daban cuenta y listo, pero el joven conocía ese juego de galanteo visual…, porque lo estaba jugando en ese preciso instante con el chico de en medio, el Zagorakis que podía confundirse con una mega estrella hollywoodense si se quería.

De modo que reparó en que su cuerpo, si no conseguía calmarse, acabaría dominado por esas bastardas feromonas hiperactivas, las cuales reaccionaban con excesiva elocuencia a Adis…, pero también a Alexander Crown.

¡Por todos los cielos! Desde que se separó de Gabriel no había vuelto a tener sexo. Entonces eso era lo que le estaba pasando, ¿verdad? ¿Una crisis de soltería? Ni siquiera había podido comprar un vibrador como se debía.

Quizá si lo hubiera hecho en su momento eso no estaría sucediéndole.

Se sacudió de pronto, e hizo una importante nota mental: pasar a la tienda de Alec para comprar uno, luego a la farmacia por más inhibidores por si acaso.

Seguía en la jornada laboral, tenía de frente a nada más y nada menos que a su jefa, que podía ser la mujer más abierta y simpática del mundo, aunque no por eso debía transgredir su criterio de confianza mostrándose poco profesional y desenfocado como el resto en el restaurante.

—Bueno…, supongo que a sus competidores en el medio culinario no les queda otra opción que seguir pagando por costosa publicidad. La señora Zagorakis dio a luz la suya sin habérselo propuesto.

Adis cogió la bolsa que su madre le tendía, Jules intuyó que debía tratarse de su almuerzo. Era difícil saberlo, porque no estaba observando de manera directa. Cogió la servilleta de tela y la llevó a su regazo; necesitaba notar algo en la mano para distraerse ya que el postre no estaba cumpliendo con esa tarea. Su convicción de no alzar la vista trastabillaba, igual que patinar sobre hielo con patines en paralelo. Un trago de café para desbaratar el bulto en su garganta, ¡qué absurda justificación!

Ansiaba verlo, embeberse de él hasta que se le derritieran las córneas, o que se prendieran por causa de una combustión espontánea. Lo que pasara primero.

Tomó la taza, obligándose a mantener los ojos clavados en la ondulante superficie, y llevó el borde curvo hasta su boca. Ese trago tuvo un sabor más amargo, porque percibió en la periferia cómo el griego cruzaba el establecimiento de vuelta a la salida.

La garganta de la señora St. James emitió un jovial resoplido de connivencia, cuidándose de no revelar su conocimiento de lo que allí había pasado y que en realidad comenzó desde la noche anterior. ¿Porque quién en su sano juicio no miraría a Andros?

A ella le habría encantado darse una oportunidad con un portento como ese, si tuviera un par décadas menos por supuesto.

9: Un poco de descaro

Releyó por tercera vez el *dossier,* cuidando cada detalle para presentarle a Crown un documento impecable.

Enviárselo por correo habría sido más sencillo, pero al jefe supremo se le ocurrió que lo quería en físico…, en una carpeta que pensaba mostrar a su padre para un análisis posterior. Además, él a su vez le haría entrega del material que discutieron luego de la cena de la noche pasada.

Estaba distraído, daba vueltas a lo que sucedió durante el almuerzo entre otras cosas.

Seguía alucinado por aquel griego, pero también lo alucinaba Alexander, y eso era buscarse más complicaciones para la ya de por sí complicada existencia que llevaba por lo que le parecía una eternidad.

Tenía demasiado en qué pensar, mucho de lo cual marchaba en cierta dirección que no estaba del todo seguro de querer tomar. Sentía verdadera pasión por su trabajo, sin embargo, lo que lo llevó a Crown Media no le inspiraba un orgullo particular. Aunque no podía separar el hecho de que fue el mismo Crown quien despidió a su padre bajo una acusación por malversación de fondos, y ahora él se encontraba con sentimientos conflictivos hacia el CEO.

Lo odiaba; al menos eso lo tenía seguro. Seguía ajeno acerca de qué tipo de arreglo extraoficial acordó su progenitor con la compañía para no descontar prisión por ello. Jamás quiso decirle nada hasta que ya era demasiado tarde, tampoco su madre, pero él defendería hasta el final su inocencia.

La impresora emitió un zumbido de arranque, e hizo que la nebulosa de sus pensamientos se dispersara. Lo agradeció. Hasta que supiera qué hacer seguía siendo un empleado más, y tenía una renta que pagar además de las costosas mensualidades por la atención que recibía su madre en aquella residencia de cuido.

Atrapó una glotona bocanada de aire y el puñado de papeles con las manos para ponerlo todo junto. No era nada, se dijo. Entraría, le daría una pequeña exposición al sujeto, recogería lo que él tenía que entregarle…, *e arrivederci, ragazzo.*

Caminar con las rodillas de pronto convertidas en gelatina era una labor dificultosa. Un talento digno de ovacionarse de pie. Dejó atrás los aplausos imaginarios para dirigirse a la zona de elevadores, figurando cómo sería la cumbre de aquel rascacielos. Lo más probable es que Alexander Crown se hiciera rodear de gente hermosa que no desentonara con la exquisita elegancia que sin dudas iba a encontrar allá, en las alturas.

Un nuevo aliento de ánimo.

Se preparó para aparentar que era dueño de sí mismo, obviando el gusto a nerviosismo en el paladar porque estaría a solas en la oficina de aquel hombre, y oprimió el numeral del último piso en el panel junto a las puertas.



Crown colgó después de una rápida llamada a su jefa de seguridad personal.

Necesitaba reunirse con la mujer en persona, lo que tenía que discutir con ella era en extremo confidencial, nada que quisiera que dejara una huella rastreable en un registro telefónico. Confiaba en Callard Izumi para dirigir la investigación interna que su compañía precisaba, que se haría bajo sus términos y se extendería más allá del departamento financiero. No dejaría piedra sin remover; no esa vez, cosa que su padre se lanzaría a censurar si tuviera conocimiento de sus intenciones.

Porque, según su opinión, vulneraba los derechos de los involucrados tanto como los que no y acarrearía mayores problemas si llegaban a enterarse, sobre todo teniendo en mente la arrogancia que

predominaba entre los miembros de la mesa directiva. Pero Alexander no estaba de humor para respetar los límites de nadie.

Por delante de él tenía una lista de empresarios e inversores que iban a estar de muy mal genio al ver que sus activos no recibían la protección esperada.

Alguien estaba robando dinero a su empresa, en consecuencia él se veía en la obligación de encontrar a ese *alguien* a como diera lugar.

El teléfono resonó pocos segundos después. Un lejano sonido que no escuchó de inmediato.

—Señor Crown, el señor Wallace acaba de llegar, ¿quiere que lo haga pasar de una vez? —Era Donna a través del altavoz.

—Así es. Y no quiero que me pases ninguna llamada mientras dure mi reunión con él, por favor. —La secretaria respondió de modo afirmativo, limitándose a hacer su trabajo.

Alexander se puso de pie junto a su escritorio, y aguardó.

La oportunidad de encontrarse a solas con Jules le entusiasmaba de formas que no se detendría a analizar. No podía ni tenía intenciones de sustraerse de los encantos del joven. Anhelaba descubrir qué misterios se ocultaban detrás de aquellos ojos de atractivo inigualable, porque ahí estaban…, a la espera de ser develados, casi podía jurarlo. De no ser así por qué le costaba tanto sostenerle la mirada cada vez que él salía en busca de la suya.

La puerta se desplazó silenciosa. El rostro de Donna apareció en primer lugar, seguido del más joven con rasgos esbeltos de Jules. En ese momento Alexander se recompensó con su propia visión de las piernas que se ocultaban tras el material de un pantalón de corte estilizado, que se abrazaba a su cuerpo con cada movimiento. Tenía un gusto especial por las piernas hermosas. No lo detuvo el hecho de que el señor Wallace fuera un hombre, así que se entretuvo imaginando aquellas torneadas preciosidades rodeando su cadera mientras él se impulsaba en su interior con una languidez demencial.

Debajo de su cinturón de piel todo se tensó.

Gestionar sus pensamientos sería imprescindible si no quería abalanzarse sobre él igual que un bárbaro vikingo en busca de la máxima conquista.

Agradeció a la secretaria, que discreta cerró la puerta dejándolos solos.

—Jules, es un placer verte de nuevo. —Quería tomarlo de la mano para conducirlo él mismo a la zona de estar a su izquierda, pero se contuvo. Colocó apenas los dedos en el otro hombro masculino, deseando rozar con las puntas la delicada piel del cuello que tenía a la vista, instándolo a tomar asiento.

—Señor Crown, espero no haber interrumpido nada importante. —Jules trató que su voz se mantuviera firme, pero en su lugar le sonó un tanto extraña. La corriente eléctrica que se distribuyó a partir de ese diminuto contacto lo recorrió con furia, y al parecer causó ciertos problemas técnicos que esperaba solucionar antes de terminar cediendo a una locura. Como las últimas que se descubría visualizando en tiempos más recientes.

—En absoluto, te estaba esperando. —Alargó la mano que poco antes acarició con un vago movimiento su impecable barba. Jules tragó saliva al ver el costoso sofá que indicaba con el gesto, de un gris claro a juego con la paleta de color de la estancia, donde esa tonalidad predominaba tanto en las paredes como en el mobiliario. Breves detalles de cromo y vidrio remataban la composición con distinguida elegancia—. ¿Gustas tomar algo? ¿Un Bourbon…?

Dejó abiertas las posibilidades junto con la vista de una suntuosa vitrina en la que Jules no reparó hasta ese momento, donde exhibía al menos una docena de hermosas botellas de cristal Baccarat con la vista de los preciosos líquidos multicolor que contenían igual que gemas luminosas.

—Le agradezco, estoy bien así. —Tomaba asiento antes de desplegar la carpeta que había utilizado a modo de escudo hasta entonces sobre la mesa central, exhortando de manera silenciosa ir al grano con el asunto que lo llevó allí en primer lugar.

Estaba a punto de acomodar las hojas cuando su atención viajó hasta la figura masculina envuelta en tintineos de cristal de espaldas a él. Un magneto de hombros cuadrados y firmes, de espalda robusta aunque sin llegar a exagerar. Resultaba evidente la esbelta cintura pese a las capas de ropa que la cubrían, y como si hubiera sido capaz de leer ese pensamiento, el hombre se deshizo de la chaqueta en un único movimiento.

¡Presenciaba una epifanía!

«¡Estúpido Crown!... ¡Estúpido tú, Jules!», se regañó.

Bajó la mirada para no fijarse en la manera en que la camisa extraordinariamente blanca se le adhería al cuerpo. Pero volvió a levantarla y lo contempló dejar la prenda sobre el respaldar del sillón más cercano, luego giró para tomar los vasos recién servidos, y desaparecer la distancia que los separaba en tres enérgicos pasos.

Casi esperó que Crown se sentara en el sofá del otro lado de la mesa, pero de algún modo no se vio tan sorprendido cuando lo hizo junto a él. Percibió el calor en su costado, sus muslos casi se tocaban. Le tendió una bebida pese a haberla declinado. No. La autoridad que ejercía el señor Alexander Crown le impedía aceptar negativas con la facilidad que lo haría cualquier otro.

—Gracias. —Logró articular. Y aunque procuró coger el vaso sin tocarlo sus dedos rozaron los suyos. Pensándolo bien sí que necesitaba ese trago. Apuró un comedido sorbo bajo el escrutinio indisimulado del alfa; solo pareció relajarse cuando lo hizo—. Bien… —Se aclaró la garganta—… Este *dossier* recoge lo que tenemos hasta ahora. Lo he organizado por fechas. Le será más sencillo apreciar el desarrollo de la propuesta desde el concepto inicial y a medida que atraviesa el engranaje de los distintos departamentos. —Dejó el bourbon sobre la transparente superficie para tener ambas manos disponibles. Recogió algunos de los documentos con el propósito de mostrarle y prosiguió—: Todo sigue siendo muy preliminar hasta ahora, sin embargo, esperamos entregarle algo más sustancioso la próxima semana cuando…

El aire lo abandonó de golpe.

Petrificado, solo pudo tragar saliva en tanto la mano de Alexander acunaba su mejilla derecha con una suavidad que rayaba en la locura. Su perspectiva del momento fue muy similar a ver una escena en cámara lenta. Observó cómo una sonrisa impúdica se dibujaba en los labios de Alexander, quien se acercó cada vez más, peligrosamente, hasta que su cálido aliento rozó los suyos.

—Me fascinas, Jules…, no tienes idea de cuánto. —Su cabeza empezó a perder el control, suspendida en medio de una aturdidora ligereza que nada tenía que ver con el minúsculo trago de licor que ingirió antes. Paladeó en el aire la súbita presencia de pieles finas y polvo de diamantes. De momento no entendió el *porqué* de esa imagen cuando el intenso aroma de las feromonas del alfa le atravesó los poros—. Te gusto también, ¿no es así? Puedo percibirlo. —Rojo vibrante estalló en la piel bajo los dedos del hombre.

Una momentánea sensación de satisfecho triunfo recorrió a Crown al inclinarse todavía más para depositar un lánguido beso en la comisura de los labios del omega.

Tan fascinante como aflictivo el sedoso toque. Le hizo darse cuenta de que había cerrado los ojos en algún punto que no alcanzaba a recordar, que el cosquilleo a un costado de su mejilla correspondía a la caricia de la barba de Crown que se alejaba lo suficiente para poder distinguir cada detalle de su acalorado rostro. En el fondo lo había intuido, sabía que el alfa iba a buscar la manera de acorralarlo, de una forma u otra. Pero no tan pronto. No tan pronto. Estaba horrorizado.

La sangre latía convulsa en su cabeza, en el resto de su cuerpo, impregnada de aquel polvo de diamantes como una especie de droga. ¡Ese maldito!

Alexander contempló a Jules levantarse de una sacudida imperiosa, moviendo las manos de forma imprecisa sin saber dónde mirar o qué hacer. Los delgados rasgos del asistente adoptaron una expresión recelosa, desafiante, cuando por fin se fijaron en su objetivo, presos de un enojo que supuso para él un atractivo formidable en aquel semblante bendecido con unos ojos que ya le atormentaban.

—Usar…, feromonas para…, salirse con la suya, señor Crown. ¡Usted es peor de lo que imaginaba! —enfatizó, alejándose de él hasta posicionarse de cara al ventanal, a la muda grandeza de la ciudad que veía desde lo alto, tratando de bloquear la neblina química que irradiaba aquel dominante bastardo. Dentro de pocas horas un multitudinario desfile de estrellas ardería sobre ese cielo infinito. Se maldijo por no haber tomado la dirección correcta, que era la de la puerta.

Todavía estaba a tiempo de escapar.

Sin pensarlo dos veces fue en esa dirección. A Crown le gustó el sonido de los zapatos masculinos repiquetear en su espléndido piso, pero no que esos pasos intentaran apartarse de él. Dejando atrás sus consideraciones previas sobre vikingos arrasando con todo, fue tras Jules y lo interceptó a medio camino.

A Jules le costaba respirar. Le costaba pensar.

Primero se estremeció al sentir el magnífico torso que se pegaba ardoroso a su espalda, luego intentó liberarse sin éxito de los brazos que rodeaban su cuerpo impidiendo que escapara. Cadenas de bíceps como rocas y unos antebrazos que sabían contener a una persona. Sus convicciones apestaban; la parte de él empañada por las feromonas se encontraba muy a gusto en aquella posición, incluso otras más interesantes acudieron en torrente ante lo estimulante de la situación. Su otro *yo*, el que luchaba por no perder la razón, se retorcía furioso.

—Parece que no le preocupa una demanda por acoso sexual, ¿cierto? —rogaba a los cielos que la hipermasculina dureza que notó rozar la parte baja de su espalda no fuera lo que estaba pensando—. ¡Suélteme!

Volvió a tragar.

Un susurro descompuesto. Su propio miembro empezaba a quemarle la entrepierna. ¡Malditos inhibidores de mierda!

Crown olía delicioso. El sutil aroma entre amaderado y ahumado de su loción mezclado con las feromonas le hizo apretar los muslos para no ceder al impulso que desafiaba con destrozar la escasa cordura que le restaba en el cuerpo.

La amenaza surtió el efecto contrario al pensado. El hombre ajustó su agarre sin prisa, como si también fuera dueño y señor del tiempo, para describir tranquilizadoras caricias a lo largo de sus brazos. Su piel respondió al instante bajo la tela. Inhaló una cuidadosa respiración…, que llevaba su nombre en cada partícula.

Otra vez aquel cosquilleo contra su mejilla repercutió en perfecta sincronía con la parte de su cuerpo que palpitaba por atenciones más íntimas. Su barba otra vez. No tenía idea de cuándo el vello facial empezó a parecerle tan hechizante.

—¿Miento entonces, Jules? Estoy seguro de que no estamos imaginando esto. —El susurro arrogante de un depredador que tiene dominada a su presa. Atrapó el lóbulo de su oreja con la boca, que lamió con evidente disfrute para después morder con delicadeza. El joven maldijo desde la lejana distancia en que sus propias sensaciones lo habían sumergido por dejar escapar un débil jadeo.

No estaba seguro de si lo imaginaba o no. Pero lo que sí era real era la mano que masajeaba su

pecho; el pequeño y endurecido pezón partía a su ansiado contacto al tiempo que arqueaba la espalda. Su ser más primitivo solo quería tener un poco más de la promesa de piel dura bajo la tensa cremallera de Crown y las capas de tela que separaban las partes más acuciantes de sus cuerpos. Quizá eso era lo que necesitaba. Tenerlo una sola vez para sofocar la tensión sexual que había marcado su encuentro desde el comienzo.

¿Y después qué?

Él tendría lo que quería a costa suya. Un simple revolcón para sustentar el capricho de un millonario que estaba más que acostumbrado al placer de sus conquistas. No podía ofrecerse así nada más, él seguía siendo el culpable de la pesadilla que lo mantenía esclavizado. No. Además, se estaba valiendo de su condición de alfa dominante para enredarle el pensamiento.

—¡Suélteme! Usted no me interesa en lo más mínimo. No crea que me impresionan su cara y su riqueza. Hijo de perra, usted tiene novia además, ¿qué está loco? ¡ya suélteme! —Aprovechó el momento en que Alexander se confió y atenuó su agarre para soltarse de un tirón y enfrentarlo con un gruñido; la reacción fue lo bastante impulsiva para infundir la cordura que casi perdió por completo. Superada la prueba levantó la mano y le aterrizó un guantazo a un costado del rostro. No iba a convertirse en el fugaz entretenimiento de nadie, por muy espléndido que pudiera lucir en el exterior.

Por un instante Jules tuvo la satisfacción de presenciar el desconcierto que despedía su mirada, todavía oscurecida por la intensa proximidad de medio latido atrás, aunque no pasó de durar unas cuantas fracciones de segundo. Crown pareció no haber acusado el golpe.

Esos eran sus dominios. Su presencia dueña de cada centímetro, fuera este visible o no. Alcanzó a percibir que la esencia del dominante se replegaba y que le costaba menos respirar. Solo los más fuertes conseguían ejercer semejante control sobre aquella sustancia que condicionaba el comportamiento sexual en alfas y omegas.

—Las cosas tienen la importancia que uno les da. Lo de Felicity… Eso dejó de funcionar hace mucho tiempo. En cambio, tú, Jules, me interesas, no sabes cuánto. —El tono empleado por el hombre un tanto áspero al principio, después se suavizó, convirtiéndose en una caricia que deseó sentir en el cuello.

—Ahora también me quiere ver la cara de idiota. —Una pausa que rezumaba reproche—. Me temo que sus intereses no son mi prioridad, señor Crown. —Resiguió el contorno de su labio inferior con la mirada, deseando que fuera su lengua la que lo hacía. Lo excitaba tanto como lo frustraba que ejerciera ese poder sobre él—. Seguiré enviándole por correo electrónico los siguientes *dossiers*. Si necesita alguna aclaración puede contactarme por teléfono. Ahora si me disculpa… —Antes de que Alexander pudiera impedirlo se arrojó hacia la puerta y abrió.

Casi suspiró de alivio, hasta que una mano masculina se cerró en torno a su codo, suave e insistente, impidiendo que avanzara un paso más fuera de aquella oficina que de un vertiginoso momento a otro se había convertido en una jaula.

Se detuvieron de un abrupto tirón. El omega molesto mirando el lugar donde los dedos de Crown se hundían sobre su brazo. El alfa en dirección de la despampanante mujer que en ese instante cruzaba la puerta de seguridad de la recepción.

Un extraño ruido, como de interferencia, se agolpó en sus oídos cuando observó al esbelto hombre de cabello largo de pie junto a Alexander.

Fue cuestión de milésimas…, un pestañeo en términos físicos. Para ella el peso del mundo entero arrojado sobre su cuerpo cuando captó que, en un inútil acto de discreción, el hombre que amaba retiraba su mano del brazo del extraño.

Su garganta sufrió al tragar el excepcional nudo que se había formado en ella como por encantamiento. Aun así se las arregló para encajarse una sonrisa en la cara y saludar a Donna, que igual que ella lucía un recién acomodado semblante al corresponderle.

No le quedaba duda de que la destreza con que manejaba aquel encantador carisma, tan familiar a causa de las frecuentes visitas a su novio, respondía a un ejercicio que solo podía perfeccionarse con el hábito.

¡Mil veces tonta por ansiar que no hubiera una próxima vez!

¡Mil más por no poder arrancarse del alma lo que sentía por él!

Alexander jamás había escuchado un reclamo de su parte. Felicity seguía creyendo que hablaba a su favor el hecho de que continuara a su lado sin importar los breves episodios en que sucumbía a los brazos de otra persona.

Era una señal, ¿no?

¿O solo quería que lo fuera?

Sin embargo, al ver que esa otra persona era un hombre, no supo muy bien cómo debía sentirse.

Empujó las lágrimas con vehemencia tras sus ojos, después levantó la barbilla, orgullosa, y avanzó por el opulento *lobby* sin dejar de mostrar la más sonriente de las expresiones…, sin dejar de repetirse que ella era Felicity Tremblay, la heredera. La mujer que provocaba la envidia de otras mujeres al ser objeto de deseo de sus distinguidos maridos.

No era ella quien tenía que esconderse, quien tenía que conformarse con encuentros fortuitos como una bandida.

—Mi amor —repuso con aquel apelativo cariñoso en cuanto estuvo frente a ellos. La provocación funcionó. Al menos el acompañante tuvo la decencia de parecer culpable. Rodeó la cintura de Alexander, e impulsándose sobre las puntas de sus Louboutin en vino degradado con gris posó un beso en la esquina de su boca—, espero no interrumpir. —Ahora giraba todo su cuerpo hacia la otra persona. Reparó en que algunos de sus cabellos escapaban desordenados del recogido. Sutil, mucho, pero no pasó desapercibido ante su escrutinio. Le llamó la atención la peculiar diferencia de color en los ojos de aquel hombre, pero se cuidó de no demostrarlo—. Soy Felicity, es un gusto —concluyó alargando la mano.

Jules sintió que el suelo bajo sus pies se hundía, solo esperaba que el abismo tuviera la suficiente profundidad para tragárselo entero. Lo único que le faltaba, tener que enfrentarse a la inteligente evaluación de Felicity Tremblay, cuyo novio, escasos minutos antes, estuvo manoseando su pecho; todavía hormigueaba tras el estimulante roce del material de su camisa. Se preguntó cuál gen era ese que facultaba a ciertas personas de la cualidad para alterar sus intenciones de esa despreocupada manera a la velocidad del rayo.

Crown parecía recién salido de la ducha, mientras que él sentía que lo había sacudido un torbellino. Y estaba seguro de que daba esa impresión. «¡Cómo te odio!», dijo internamente. Evitó lanzarle una mirada cargada de reproche puesto que la de Felicity, de un tono intermedio entre castaño y verde, no quiso apartarse de su rostro en estudio de la potencial amenaza.

Seguro estaba olfateando el aire en busca de algún indicio de origen sexual en él. Nunca lo tuvo en cuenta por su condición dominante, pero justo ahora el omega daría cualquier cosa por haber tenido

instantes antes un aerosol supresor. El químico artificial de acción rápida, creado para suprimir por una o hasta dos horas la fragancia de las feromonas, se había vuelto muy popular entre los omegas de segundo y tercer grado cuando iniciaba el periodo de calor. Desde hacía un par de años atrás podía adquirirse en cualquier farmacia.

—Es un placer. Jules Wallace. —Pretendía parecer natural y tranquilo cuando estrechó el saludo. La belleza de la mujer era notable, de rasgos distinguidos y desbordante elegancia. Nada en su porte estaba fuera de sitio, desde su impecable estilo para vestir…, lujo en su estado más puro, que sin caer en lo cursi irradiaba feminidad, hasta ese aire un tanto aniñado aunque perspicaz.

¿Qué rayos le pasaba a Crown?

Si él estuviera en sus zapatos no tendría ojos para nadie más.

—Revisaré el *dossier* con detenimiento —comentó Alexander, cuya atención se demoró más de lo necesario en las incómodas cortesías. Apretó la mandíbula, disgustado. No le gustaban las sorpresas. La intromisión de Felicity, sobre todo cuando ya habían acordado que él iría por ella, le alertó de algo más. Otra vez ese acre presentimiento—. Estaré en contacto de ser necesario. —Una seriedad mortal se apoderó de su voz, también de su expresión al alejarse de su novia de forma deliberada. Señaló con la cabeza en dirección de su secretaria—. Pasa con Donna antes de marcharte, te dará las fotografías que Joan me pidió. —Todo rastro del Crown seductor se había esfumado.

Confundido. Humillado, y con una tremenda vergüenza, la sensación de las vigorosas manos del dominante todavía pulsaban sobre él. Inclinó con un mínimo gesto la cabeza para dar media vuelta en busca de la ansiada salida, a donde quería llegar de preferencia corriendo. Pero tuvo que conformarse con un contenido paso de escape.

Esta vez Donna no se molestó en disimular agrado. Le pasó un sobre de manila con cierto aire despectivo, evitando durante la transferencia hacer contacto visual. Casi al momento accionó el dispositivo de la puerta de seguridad, que resonó con un mecánico zumbido demasiado elocuente para sus sentidos alterados.

Decir que se sentía horrible era poco. Todo ese teatro de allá atrás… Un trago así de amargo no bajaría por su garganta con facilidad. Mucho menos cuando un cúmulo de poco favorables posibilidades tomaba forma en su porvenir, cubriéndolo con una decepcionante nube negra: su despido era inminente. Joan se enteraría de todo. Todo el edificio se enteraría de todo. Le angustiaba tener que reconocer que seguía siendo el gran perdedor.

Estaba cansado de chocar una y otra vez contra el inamovible muro que era Alexander Crown, quien sabía muy bien cómo sacar ventaja de su poder económico y sexual.

Con un respaldo como ese dudaba que tuviera un rival a la altura.

Entre lúgubres pensamientos de rentas sin pagar, donde se veía viviendo con su madre y *Arsen* en una caja de refrigerador en algún callejón polvoriento del downtown, hizo el camino de regreso hasta su cubículo.

Apenas notaba la pequeña forma abultada de la memoria USB dentro del sobre que llevaba entre las manos. No vio a Joan en su oficina. La encontró cerrada y con las luces apagadas. Seguro tuvo que atender algún compromiso de último minuto, pues recordaba bien que esa misma mañana le dijo que pensaba quedarse trabajando hasta tarde.

Jules se había ofrecido a acompañarla en caso de que lo necesitara. Pero su jefa respondió con un gesto que buscaba restar importancia al asunto seguido de una disculpa anticipada. «Ya tendrás que renunciar a bastantes noches a partir de la próxima semana», le dijo. Después le agradeció con una sonrisa.

Su corazón se encogió.

La extrañaría, también su trabajo en Crown Media. Trabajo que el propio Crown se encargó de lanzar por el retrete.

Sacó el maletín del cajón de su escritorio, y ya que no podía dejar el sobre tirado así nada más se lo llevó con él. Se despidió de Ruby, la joven pelirroja del equipo de creativos que seguía inmersa en su computadora a cuatro cubículos de distancia del suyo. Y ya que la probabilidad de reencontrarse con Alexander Crown y su flamante novia en el elevador era tan real como aterradora, optó por bajar por las escaleras.

¿Descabellado? Tal vez.

¿Una reacción neurótica infundada? Para nada.

Inició el descenso. Con las rodillas desechas en un temblor de enojo y angustia combinados. Una proeza más. Una estupidez más.

Sabía muy bien que no tenía que sentirse tan apenado, después de todo él lo había rechazado. «Sí, como no», dijo cierta vocecilla interna, luego de haber permitido que lo tocara de aquella forma tan íntima, pegándose como la hiedra a cada curva de su cuerpo hasta que no quedó un solo resquicio entre ambos. Dejándole apreciar que algo muy vigoroso, en extremo voluminoso y tentador, ardía de vida detrás de su bragueta a su entera disposición. La verdad es que no se sentía menos culpable pese a saber que las malditas feromonas tuvieron mucho que ver.

Tomó una profunda inspiración para calmarse. Si bien los niveles de la sustancia se alteraron en ese momento, ya había conseguido atemperarlos.

Al menos de algo estaba seguro: se alegraba de no ser Felicity Tremblay. Qué caso tenía ser la novia de alguien como él si al menor descuido se lanzaba a la cacería sin detenerse a pensar en las consecuencias. Aplaudió su carácter, de mostrarse entera pese a las circunstancias, aunque, analizándolo en retrospectiva, fue para los dos una tremenda bofetada. En ese momento Felicity debía estar maldiciéndolos, a él y a Crown; concibiendo toda clase de perversas conclusiones y en las que claro, Jules, iba a salir muy mal parado en comparación con el CEO en esa historia.

Le dolía la cabeza.

¡Malditas rodillas de goma! ¡Estúpido Crown!

¡Malditos escalones infinitos!

Torturarse sirvió de algo. Llegó al vestíbulo bastante menos enojado consigo mismo pese al terrible dolor de piernas. Cerca de los elevadores avistó a su jefa, que daba la espalda a las resplandecientes puertas por las que salía más gente de la que entraba. Parecía enfrascada en su conversación con la atractiva y elegante mujer de traje negro que en ese momento pasaba una distraída mano por su cabello, cuyo corte al estilo Bob dejaba al descubierto un cuello garboso…, como su forma de gesticular con las manos.

Pensó en atravesar el tramo que le faltaba para llegar a la salida lo más desapercibido posible.

Avanzó con rapidez, medio oculto entre los pequeños grupos de empleados que seguían de forma sistemática aquella misma dirección, pero cuando pensó que iba a lograrlo escuchó su nombre entre el centenar de taconeos con sus respectivos ecos flotando en el aire. De su catálogo de expresiones de último minuto sacó a toda prisa la que correspondía a la de «¡Hey, no te había visto!», y cambió de rumbo.

Temía que Joan leyera en sus ojos lo que lo angustiaba. Tenía una extraña manera de hacerle sentir que veía a través de su piel. Rechazó cualquier tipo de pensamiento desastroso. Sería difícil descifrar una mente casi en blanco, y ya que era tarde para sacar su iPod pensó que podía funcionar si tarareaba en su cabeza alguna canción para distraerse. La música actuaba con un efecto casi balsámico sobre él en lo que apuraba el paso.

—Querido, pensé que te habías olvidado. —La señora St. James lo recibió muy sonriente una vez llegó, pasando el brazo por detrás de su cuerpo en un movimiento que culminó con un leve apretón en su hombro.

Un mensaje tácito. Un código.

Jules lo comprendió al punto y contestó:

—Solo fui por mi teléfono que había dejado sobre el escritorio, pero ya estoy aquí. —Sonriente, alternó la mirada entre una y otra de las mujeres frente a él, seguro de que ganar un premio de la academia podía ser lo suyo si se lo proponía en serio.

—Justo a tiempo —señaló Joan, que volvió a ceñir sus dedos en la misma zona con dos toques precisos. «Muchas gracias», interpretó su asistente—. Pero antes de que nos vayamos quiero presentarte a Jessalyn Crown, hermana de Alexander. —Jules reconoció las mismas facciones de su famoso hermano en ella, aunque con un ligero toque más fino. Su versión femenina. Un poco mayor, saltaba a la vista. Y pese a eso era igual de despampanante…, con ese aire de altivez propio de quien se mueve en las esferas más altas de la jerarquía social. Sin embargo, Jessalyn le sonrió observándolo con fijeza—. Querida, él es Jules Wallace, mi nuevo asistente.

—Wallace. —En la mirada femenina apareció cierto brillo indagador. Jules lo atribuyó a esa primera impresión que suscitaba la particular diferencia de color entre sus ojos. Ya se había acostumbrado a aquel tipo de reacciones—. A escasos días en la compañía y ya empiezas a cosechar halagos. Me dice Joan que tus aportes para la campaña son notables. —Pudo haber disfrutado del reconocimiento en aquellas palabras de no tener tan fresco el incidente con Alexander.

—Bueno, me entusiasma mucho la oportunidad de poder estar aquí. Supongo que eso tiene todo que ver.

—Una gran oportunidad sin duda. Crown Media es sinónimo de éxito y estabilidad. Un objetivo apetecible en el medio. Bienvenido, señor Wallace. —La mirada de Jessalyn se clavó en algún punto situado a espaldas de ellos, un instante nada más—. Debo irme. Ha sido un gusto…, espero que puedas comentarme algo de la campaña más adelante, Joan. Muero de ganas por ver qué genialidades nos mostrarás en esta ocasión.

Joan contestó con una risotada musical, como si hubiera escuchado lo más hilarante del mundo, luego palmeó con delicadez el antebrazo de la otra mujer. Pero no dijo nada.

La observaron atravesar la acristalada fachada, donde se perdió escalones abajo acompañada de un sujeto de traje.

—Siento todo eso —se disculpó su jefa. Una apenada sonrisilla jugaba en sus labios mientras sacaba el teléfono del bolsillo de su abrigo para consultar algo. Apenas lo miró antes de devolverlo a su sitio.

—¿No te agrada? —Las cejas de Jules se plegaron un poco en el centro.

—Creo que todavía no sé bien cómo contestar a eso. Digamos que a esta hora no tengo ganas de profundizar en los detalles de una campaña que apenas arrancó y sigue en pañales, después de todo es a Alexander a quien tenemos que rendirle cuentas, ¿no es así? —Metió las manos en los bolsillos y se encogió para protegerse del frío. Jules tuvo la impresión de que eso que subyacía en sus palabras era más importante de lo que la mujer dejaba entrever—. Tengo que regresar a la oficina —añadió a media voz—. Descansa, querido. Y muchas gracias por aparecer en el momento indicado. —Guiñó un ojo travieso hacia él—. Te debo una.

Tras despedirse, Jules reanudó su camino. Evitando retomar sus inquietudes.

Una ráfaga de viento barrió la escalinata. Su piel acalorada por el descenso desde el piso cuarenta y ocho respondió con agradecimiento la refrescante caricia. Su cabello se onduló con violencia para

luego caer tras su espalda en tanto comenzaba a bajar. De súbito recordó que la memoria con las fotos seguía en su maletín. A Joan le habría gustado echarles un vistazo de una vez. Se debatió por un momento entre si debía volver a la oficina o esperar al día siguiente.

La segunda opción triunfó sin mucho esfuerzo.

Se sentía hecho polvo en más de un sentido. Sus planes de ir al gimnasio se habían evaporado, en realidad, venía considerando la alternativa de dejarlo y buscar otra actividad. Una que no implicara compartir el aire con un montón de cretinos corpulentos lanzándole miradas gráficas cada vez que se inclinaba para hacer alguno de los ejercicios de su rutina.

Su mirada pasó adelante, donde distinguió bajo las últimas luces del día el Audi de Crown. De pie junto a él Andros, absorto en una llamada telefónica, se puso de cuclillas para examinar algo en la llanta delantera junto al bordillo de la acera, concediéndole a aquel simple movimiento una gracilidad aturdidora. Jules no pudo evitar lanzar una placentera exhalación. Tenía que conseguir ese endemoniado vibrador antes de perder la cabeza por completo; sus hormonas se encontraban en un serio estado de anarquía sin importar que su mundo parecía caerse a pedazos a su alrededor.

Adis. Alexander.

Tan diferentes. Demasiado fascinantes para su propio bien. El primero poseía una belleza casi salvaje, de características felinas. Un hombre de pasiones reservadas…, una bestia segura y serena que le hacía pensar en las más tortuosas formas de placer. Alexander era impetuoso, febril. Se lo había demostrado esa misma tarde acorralándolo en la prisión de su cuerpo, haciéndole notar que lo deseaba sin guardarse, sin formalidades. Tan diferentes, sí, pero al mismo tiempo similares. La avasalladora elegancia de ambos como la más tentadora de las trampas. Y se descubrió no queriendo ser salvado.

Los zapatos de Jules tocaron la acera, momento en el cual el griego se erguía en toda su estatura, dejando el movimiento de guardarse el teléfono en su bolsillo incompleto. El omega también se detuvo. Se miraron durante un instante que pareció larguísimo hasta que Adis decidió hablar.

—Señor Wallace, buenas noches. —Jules deseó que hubiera algo cerca para sujetarse. Casi había olvidado esa delicia de acento en aquella voz gruesa que incitaba a toda clase de insensateces.

Negarse al sordo reclamo de su atracción era menos difícil que con Alexander, porque entre ellos no había un pasado que la enturbiara.

—Andr… Señor Zagorakis. ¿Cómo está? —«Qué formal, como si no hubieran estado lanzándose miradas en el Parga's».

—Yo…, preferiría que me llamara Adis. —Un asomo de sonrisa. ¡Y qué sonrisa! No tenía que estar completa para que fuera perfecta.

—Eso está muy bien. Nada de señor Wallace para mí entonces. —Él estuvo de acuerdo con un leve gesto de la cabeza. Nervioso, Jules movía ausente los dedos de la mano que no estaba sujetando las correas de su maletín—. Yo… eh, debo decir que el restaurante de tu familia ha sido toda una revelación. —Se encontró diciendo.

—Me alegra escucharlo. Que alguien que trabaja en publicidad lo piense es buena publicidad. —Su anterior observación, la de compararlo con un felino, un jaguar, una pantera quizá, cobraba mayor fuerza. Frente al alfa le sobrevenía la sensación de que lo miraba a él, y solo a él. Era algo incómodo, pero lo superó tras advertir lo mucho que le gustaba—. La comida griega no es para todos.

—Pues a mí me ha parecido excepcional.

El repentino golpe de una ráfaga de viento dotó de vida al cabello del asistente, agitándolo a su antojo como un banderín de seda. La fresca inmensidad de la noche se desplegó suavemente sobre la

ciudad, y con un millar de luces procedentes del edificio Crown a sus espaldas, Adis se maravilló de nuevo por la increíble visión que tenía frente a él. Hablar más de lo necesario no era su fuerte, y este hombre lo dejaba sin palabras.

Estaba perdido.

—Mi madre estará feliz de saberlo, también mis hermanos —repuso.

—Yo… eh, espero volver pronto. Tengo un amigo al que seguro le encantará; tiene la costumbre de pensar que es algo así como un Anthony Bourdain de fin de semana. Le encanta visitar restaurantes de comida exótica. —«De acuerdo, ahora estoy hablando demasiado»—. Bien, ya debo… Ya sabes… Buenas noches, Adis.

El griego no quería que se fuera.

Recurrió a lo único que saltó a su mente en ese instante para detenerlo.

—La otra noche… —Fue hasta el asiento de acompañante, abrió la puerta del auto y se perdió unos segundos dentro. Cuando regresó traía algo con él. Era la bufanda doblada con pulcritud en una mano. Le agradó notar que la expresión del joven se iluminaba—…, la encontré en el asiento trasero.

—Pensé que la había perdido. —La cogió con agradecimiento. Fue el último regalo de cumpleaños que recibió de su padre; trató de no darle muchas vueltas a la idea de que no la recuperaría jamás, como a él. Sin pensarlo se la echó sobre los hombros…, alrededor del cuello ante la vista del hombre que no quería mirar a nadie excepto a él—. No sabes cuánto te lo agradezco. —Sintió que una sonrisa enorme se apoderaba de su cara al decirlo.

—Te la habría dado en el restaurante, pero no quise interrumpir. —Un diminuto encogimiento de hombros capturó la atención de Jules, que podía adivinar aquella parte de la anatomía masculina debajo de la ropa.

Y así, nacido de ninguna parte, algo en él se rebeló.

—Me agrada que quisieras esperar. No habríamos podido charlar entonces. —Esa vez fue otro tipo de mueca la que cubrió la preciosa boca de Adis, una que le dijo que no esperaba esa movida de su parte pero que le gustaba que lo hubiera hecho. Se llevó una mano a la nuca y masajeó, echando la cabeza un poco hacia atrás con ese intento de sonrisa que remató con un pequeño mordisco a su labio inferior.

¡Vaya!

El chico lindo sabía cómo sonrojarse. Eso solo lo hacía más hechizante.

En un mundo donde las normas solo se aplicaban por conveniencia, ¿qué importaba un poco de descaro? Aunque prefería verlo como lo que era en realidad: su parte en el ritual de conquista, un breve empuje en la misma dirección, esa forma de sinergia no tan involuntaria que había encontrado su similar en él.

No habían dejado de mirarse, pero todo cambió frente a sus ojos. Porque aquella barrera ya no existía más, como un permiso concedido…, algo que no tenía que pronunciarse para que fuera real.

—¿Quieres que te acerque a algún lugar? —El ofrecimiento lo sorprendió por lo inesperado.

—Pero… ¿no se supone que tienes que estar aquí para él? —No era necesario ser más específico, porque ambos sabían de quien hablaba.

Se concentró en bloquearlo, procurando enfocarse en cómo se sentía en ese momento junto a Adis. Mejor, era definitivo. Mucho mejor. Hasta la sensación de angustia mermó a un nivel aceptable para ser tolerado.

—Mi relevo ya está en camino. Además, el señor Crown no bajará todavía. —La llamada que atendía cuando llegó Jules era del mismo Crown. Lo notó airado, de las pocas veces que lo había

escuchado así; y con una categórica orden pidió no ser interrumpido. Su curiosidad al respecto apenas duró—. Tal vez… quieras acompañarme a tomar una copa.

Dio dos pasos hacia él... muy despacio. Un felino sigiloso, que piensa cada uno de sus movimientos antes de efectuarlos. Luego otro paso más. El omega contuvo la respiración, reflexionando en las palabras de Lord Byron: «El gato posee belleza sin vanidad, fuerza sin insolencia, coraje sin ferocidad, todas las virtudes del hombre sin sus vicios».

Con certeza Andros no era un gato, pero sí un hombre en el que veía con facilidad tales virtudes. Un hombre que podía convertirse en su vicio con esa misma facilidad si se lo permitía.

—Una copa me vendría bien —repuso al tiempo que aceptaba la cálida fuerza de la mano masculina que se cerró alrededor de sus dedos.

10: Finales y comienzos

Tras finalizar la llamada dejó su teléfono sobre el escritorio, con el reflejo de Felicity en el cristal de la ventana siguiendo cada uno de sus movimientos, tan nítido que notaba su expresión de facciones crispadas.

—¿Por qué estás aquí? —La gélida calma de la pregunta dolió más que la pregunta en sí. Felicity cerró los ojos, como si de esa manera pudiera encajar mejor el golpe—. Creí que habíamos acordado que yo pasaría a recogerte.

—Pensé… —Tragó con dificultad—… Pensé en que la idea de ir a cenar fue mía, así que… ¿por qué no pasar a recogerte yo?

El ostensible hundimiento en los hombros de Crown también se reflejó en la ventana, junto al de ella.

¿A qué se aferraba? ¿A él, cuya presencia en su vida no hacía otra cosa que lastimarla?

—¿Qué acaba de pasar, Felicity? ¿Qué fue eso? —Para el momento de esa nueva pregunta había girado por completo para verla a la cara.

Se quitó la corbata y la dejó a un lado del teléfono.

«La parodia de una parodia, eso es lo que pasó», se contestó a sí mismo.

—¿No sé a qué te refieres? —El rostro de la mujer mostró un genuino desconcierto. Que él no se tragó por supuesto—. Solo intenté ser cordial con el chico y ahora tú…

—No ocurrió nada entre el señor Wallace y yo, Felicity —enfatizó el «nada» con cierto deje amargo en la lengua—. Y de haber pasado seguirías actuando, ¿no? Fingiendo que esto —señaló el espacio entre ambos—… sigue funcionando porque es lo que tú quieres.

—Alexander… —Una nota fracturada le deshizo la voz.

Crown, siempre imperturbable en el exterior, se odió por ceder al voluble estado que bullía desde lo más hondo de su ser. Pero era mejor encarar las cosas de una vez por todas y no alargar lo que ya no podía ser. Sobre sus cabezas pesaban recuerdos de tiempos más agradables, sin embargo… eran solo eso: recuerdos. Tan frágiles que apenas sobrevivían a lo que pasó después.

Así que ese era el «aquí y ahora» que Felicity tanto temía, mucho peor de lo que pudo haber imaginado. ¿Por qué Alexander no quería entender que ella tenía suficiente amor para ambos, que no lo lograría sin él? Mucho menos ahora.

Sus ojos volaron al bolso que dejó en el sofá, donde casi pudo ver el sobre a través del elegante material, llamándola. El obsequio que había pensado entregarle esa noche. No, no quería que lo supiera así…, no en ese momento en que el universo se desplomaba con violencia sobre ella. Ese no sería su «As» bajo la manga, debía haber otra forma de recuperarlo para que fuera como antes, cuando todavía alcanzaba a ver el amor en su mirada.

—Esto está mal —suspiró él, que se acercó para sujetarla de las manos y llevarla al sillón donde la depositó con suavidad. La vio pálida, turbada…, con la vista desenfocada. No tenía modo de saber que dicha expresión obedecía a algo más que a una decepción amorosa. Era un sentimiento que se medía entre el enojo y la traición—. No te amo…, esto ya no tiene sentido.

Ella sintió su toque en la mejilla. Una caricia que desafiaba a la delicadeza misma.

—Una vez me amaste tanto que me diste lo mejor de ti. ¿Recuerdas lo feliz que estabas? —Su voz era poco menos que eso, un susurro suplicante…, como de una criatura que agonizaba a causa de una herida mortal.

Alexander dejó caer la cabeza de golpe, impidiendo que viera cómo los ojos femeninos, que habían brillado debido a las lágrimas contenidas, cedían a su pena y desbordaban todo su dolor sobre él.



—Con que una copa, ¿eh? —repuso Alec con picardía antes de dar un mordisco a su pan tostado. Al parecer se había tomado en serio su invitación a quedarse con él por las noches, porque de nuevo lo encontró dormido en su cama, hecho un ovillo con *Arsen* debajo de la frazada.

El recuerdo lo hizo sonreír por su ternura. «Los chicos de su vida. Su familia», pensó con un mini vuelco al corazón.

Le gustaba verlo así, cada vez más como el Alec que había conocido. Su amigo recién atravesó una difícil ruptura amorosa. A lo que debía añadir su incapacidad para manejar el dolor que le causaba el constante rechazo de su familia por haberse atrevido a nacer beta en una casa de alfas por generaciones. Con el tiempo su madre pareció reconciliarse con esa situación, porque después de todo llegó a comprender que nunca fue su culpa.

Todavía inexistente para su padre y sus hermanos, se encontraba con ella en secreto a fin de evitarle problemas; la llevaba al salón de belleza, a comer a restaurantes bonitos…, esforzándose por mimarla hasta la saciedad. Jules estaba feliz por ambos.

—Bueno, fueron dos copas en realidad. Y besos, muchos y ardientes. —Tocó sus labios con la punta de los dedos, envuelto en la placentera ensoñación. Era la primera vez que lo besaba un griego, un extranjero. Una primera vez muy distinta de otras primeras veces que no valía la pena recordar.

—¿Y después? —Apremió Alec, con el cuerpo hacia delante y la taza de café a mitad de recorrido queriendo conocer los idílicos pormenores.

—Después hubo más besos. —Podía sentir los labios hinchados y calientes todavía. La forma en que aquella lengua lo había acariciado le hizo cruzar las piernas por debajo de la mesa en un arrebato de deseo.

—Sabes a dónde quiero llegar con esto, Jules. No me frustres la mañana. —Apuró al fin ese trago de café tras la queja.

—Es que eso fue todo: besos apoteósicos, una conversación agradable, y dos jarras de cerveza negra. Oh, también que mis manos y las suyas anduvieron un poco intranquilas por nuestros cuerpos, que seguían llevando la ropa encima después de dejar el lugar por cierto.

—¡Qué desperdicio de feromonas y de tiempo! —protestó.

—Nada de eso —aseguraba con una sonrisa en tanto su piel recordaba tenerlo pegado a él, haciéndole saber que lo deseaba con vehemencia aunque sin imponerse—. Fue muy especial. No hay otra forma de describirlo… —Abrió las manos y se las llevó a la nuca para entrelazar los dedos en una posición relajada—… Me hace querer verlo con más ganas. Pudimos acabar en la cama, es cierto; pero no es lo que necesitaba en ese momento, y él pareció entenderme.

Su chico de al lado soltó una risa suave.

—¿Qué es eso que necesitabas? —No terminaba de comprender.

Una lucha interna perturbó la superficial paz mental que había conseguido sin percatarse. Su cabeza bullía, despertando casi de golpe ante lo que podría deparar el día. Decir en voz alta lo que sucedió con Crown, para después terminar en brazos de Andros se escuchaba un tanto… violento incluso viniendo de él. No obstante, cabía la posibilidad de que se estuviera poniendo en el peor de los supuestos.

Conociendo a Alec, y vaya que conocía su gusto por lo pragmático, ni siquiera se detendría en lo escabroso del asunto. Para él un inminente despido, o el escándalo a nivel de empresa por un aparente revolcón con el jefe de jefes tendría menos relevancia que el hecho de estar en medio de dos hombres suculentos interesados en él con avidez. Ya escuchaba su respuesta en la mente, su solución perfecta al conflicto: «un trío, para eso se inventaron, Jules». Quizá después le propondría una orgía, porque estaba seguro que de conocer en persona a ambos hombres sin duda le encantaría participar a él también.

Al final resolvió contarle sin dejar nada fuera.

Era difícil saber qué pasaba por su mente mientras lo hacía. Por el tamaño de sus ojos dedujo que debía estar muy impresionado, o muy excitado por los detalles.

—¡Wow! —Parpadeó incrédulo, negando con la cabeza en tanto apoyaba las manos en el borde de la mesa con algo de su dramatismo gestual. Se echó hacia atrás en la silla. Parecía pensativo—. Me pregunto cuál de los dos la tendrá más grande —soltó después de medio minuto de silencio.

—¿Es en serio? ¿Eso es lo primero que se te ocurre decir? —Puso los ojos en blanco—. Tienes el cerebro podrido.

—Todavía es temprano, primor. Se me ocurrirá algo mejor en el transcurso del día. —Estaba jugando. Se tiró de la silla en su dirección y lo sujetó de los hombros, que acariciaba con los pulgares en un intento por apaciguarlo—. Nada va a pasar. Si esa mujer quisiera un escándalo no habría actuado de esa manera. —El azul de su mirada se intensificó a la par de un amago de sonrisa—. Ese tipo de gente rica es muy celosa de su privacidad, prefieren evitar que sus vidas *no tan perfectas* queden a disposición de la opinión pública. Son demasiado orgullosos para soportarlo.

—Suenas muy seguro.

—Es porque lo estoy.

Dejó escapar el aire con lentitud, tras lo cual asintió. De reojo vio la lengua de *Arsen*; aprovechando que nadie le prestaba atención lamió los restos de mermelada del cubierto que asomaba más cerca del borde de la mesa.

—¿Te parece bien si vamos este sábado a buscar tu vestido? —Un cambio brusco en la conversación. Necesitaba pensar en otra cosa, algo que fuera importante, y eso era importante para Alec—. Después quiero llevarte a un sitio estupendo a almorzar.

—Es una cita —repuso con suavidad, luego le alborotó el cabello con actitud cariñosa—, y ya que hablamos de citas… ¿habrá *rendezvous* esta noche con tu chico griego?

La ilusión de esa promesa llegó con el recuerdo del beso que le dio al despedirse. Le había tomado el rostro entre las manos, con tanta suavidad que le pareció que él lo veía como el más delicado de los cristales, después hizo suya su boca en un beso prolongado, tan lento y tan profundo que le arrebató un involuntario gemido.

Dijo algo en aquella lengua fascinante, suspirando sobre sus labios.

—¿Qué… qué significa? —preguntó él, víctima de un continuado estremecimiento que acabó por transformarse en una ardorosa punzada en su entrepierna.

—Apenas puedo esperar para verte mañana. —Pasó el pulgar a lo largo de sus labios entreabiertos, y los estremecimientos volvieron a comenzar.

Cuando llegó a la oficina su jefa ya estaba allí, inmersa en la computadora y con sus gafas de montura de *animal print* y patillas en rojo sangre apoyadas a mitad del tabique nasal.

Jules inhaló y exhaló con pausada aprensión mientras miraba de reojo la bolsa de papel con un par de *capuccinos* y dos *muffins* de almendras dentro que compró de camino al trabajo.

Quería pensar que solo era un detalle espontáneo de su parte, su forma de corresponder a lo agradable que había sido con él desde el principio, pero le disgustaba que en el fondo el contexto iba más allá del agradecimiento: era una disculpa. Solo que Joan no sabía, aún, debido a qué.

Si bien Alec le dijo que estuviera tranquilo, no lo conseguía. Temía quedar como el peor de los bandidos siendo aún tan reciente su incorporación a Crown Media.

La opinión de su jefa era la que más le importaba. Respiró hondo de nuevo, y junto con el sobre de las fotos que debió entregarle la otra noche se aventuró en su dirección.

Joan levantó la vista y lo miró por encima de los lentes. Una sonrisa lenta se dibujó en sus labios al verlo entrar.

—¿Cómo supiste que no tuve tiempo de desayunar?

—En ese caso también tengo un par de pastelillos que te pueden interesar. —Se acercó para entregarle el café con el sobre y añadió—: El señor Crown te envió esto, olvidé dártelo en el vestíbulo cuando nos vimos.

—Oh, no pasa nada. Quiero que hoy nos dediquemos a seleccionar las fotografías, y si me compartes uno de esos pastelillos que mencionaste antes podremos empezar enseguida. —Agitó las cejas con diversión. Jules fue por la bolsa de papel algo menos tenso.

Ocupar la mente en otras cosas le vendría fabuloso.

En tanto Joan pellizcaba el *muffin* él creaba dos carpetas virtuales: las fotos que se quedaban de manera definitiva y las posibles. Por suerte el contenido de la memoria estaba muy bien organizado, con carpetas debidamente identificadas de incontables eventos. Había de todo, desde fiestas *glamourosas* hasta bailes y torneos de golf de beneficencia con sus respectivas fechas; la búsqueda se redujo a las más recientes. La señora St. James quería que el *landing page* de la empresa luciera actual en cada sentido, así que fueron escogiendo una a una las que mejor se adecuaban a ese concepto, comenzando por las de los torneos.

La presencia de Alexander Crown protagonizaba la mayoría. Él muy concentrado con el palo de golf entre las manos, con sus fuertes brazos echados hacia atrás y el cuerpo a medio girar en tanto observaba la lejanía, a esa diminuta bola que cruzaba las distancias que no pudo captar la fotografía. En otra tiraba de la visera de su gorra con los dedos, con el logo de Crown Media en el frente para protegerse del intenso brillo del sol. En la siguiente posaba entre otros dos sujetos, uno de su edad, más o menos, el otro un hombre mayor que Jules sabía que había visto sin poder recordar dónde.

—Ese es Leon Bellamy, un gran amigo de la familia Crown —dijo Joan antes de tomar un sorbo de café e inclinarse hacia delante. Ajustó sus gafas para observar mejor—. Pertenece a una influyente familia londinense, y además es político. El otro chico es Marius Walsh, también inglés. Es el dueño de Walsh Management Tower.

—¿La prestigiosa agencia de modelos? —repuso impresionado.

—La misma. Son muy amigos. —Era un sujeto muy atractivo, de cabello rubio a la altura de los hombros. Pero sus ojos regresaban a Alexander, a lo bien que se le ajustaban esos pantalones gris claro alrededor de las piernas, al atisbo de un abdomen definido debajo de su camisa tipo polo en color blanco. Aquella era una imagen de hombres privilegiados, que exudaban un poder con el que habían nacido y lucían cómodos llevándolo encima. Un mundo que estaba a un planeta de diferencia del suyo. Para empezar, nunca había visto un campo de golf más que en revistas o la televisión. Su

jefa, tras un momento de reflexión con los ojos fijos en la pantalla, prosiguió—: Agrega esa a la carpeta de las definitivas. Rara vez Alexander sonríe en las fotografías. —Luego hizo una pregunta inesperada—. ¿Sabías que incluir estos eventos en la cartera filantrópica de la empresa fue idea suya?

El joven negó con la cabeza. Al segundo siguiente volvía el rostro hacia la imagen, sorprendido de conocer aquel dato.

—Adora jugar, y ya que en su agenda figura la *crème* de la *crème* no tardó en conseguir personalidades que quisieran apoyar su iniciativa. —Torció la boca en una mueca ladeada, con una chispa de pensativa diversión en los ojos—. Oh, sí… Pero no vayas a comentarlo por ahí, no quiere que se sepa que él está detrás del asunto. Prefiere que no se le relacione de manera directa con las cifras de las donaciones que ha hecho para Médicos sin Fronteras o con su trabajo en waterineverycorner.com, la ONG de la familia.

Jules ya había escuchado de dicha organización, cuyo objetivo primordial era el de promover el acceso de agua potable hacia países menos desarrollados.

Le pareció que era algo encomiable.

Se encontró sobrecogido ante aquello, tanto que de cierto modo se sintió menos enojado con él. Solo una pizca. Después de todo, pensó, nadie era tan ángel ni tan diablo.

—De acuerdo…, ahora revisemos la carpeta de la gala en el High Museum of Art del año pasado. Podemos crear un bloque de diapositivas para ilustrar los compromisos humanitarios de Crown Media de los últimos años de manera discreta.

—Quizá redirigir a los usuarios a partir de una imagen fija del edificio en el bloque de «Quienes somos». Va a estar disponible sin ocupar tanto espacio visual.

—Creo que es una buena alternativa para mantener una línea sobria. —Se dio dos golpecitos en el labio inferior con el dedo índice en consideración—. Primero veamos…, qué tenemos aquí —dijo y presionó dos veces sobre el pequeño ícono.

—¿Mamá? —La atención de ambos voló a la puerta, donde Florence, la hija de Joan, entraba con algunos papeles en la mano además de una *tablet*—. Hola, Jules —lo saludó al llegar, después volvió a su madre—. Tengo algunos bocetos para las invitaciones del baile que quizá quieras ver.

—Oh, claro. Cuanto antes mejor. —Su jefa se puso de pie, señalando la computadora con un vago movimiento de la mano—. Querido, mira esas fotografías y ve eligiendo las que consideres que deben incluirse mientras hago esto, ¿quieres?

Su asistente respondió de forma afirmativa. Florence siguió a su madre; se instalaron en la pequeña zona de estar junto a la ventana, donde se ocuparon de discutir acerca de qué tipo de papel era el adecuado dependiendo de la paleta de color que fuera a elegirse a nivel general, así como de la tipografía. Jules se dedicaba a lo suyo, apenas prestando atención a los murmullos de las dos mujeres.

Después de un rato ya estaba un poco fastidiado. Era como si al fotógrafo oficial del dichoso evento le hubieran pagado para que no dejara de disparar un segundo en toda la noche. Revisó tanto material que de repente le pareció que veía lo mismo una y otra vez…, eso hasta que un rostro conocido brincó de la pantalla provocando que su corazón sufriera de una serie de vuelcos consecutivos.

Era su padre. Sonreía ufano en medio de alguna conversación, ajeno a la lente que lo enfocaba. Sostenía una flauta de *champagne* en la mano, muy guapo con su *tuxedo*. Había tenido un cargo importante en el área financiera de Crown Media (Director de Finanzas), por lo que su asistencia a esos acontecimientos no le producía extrañeza. Raquel lo acompañó un par de veces, después dejó de hacerlo con el argumento de que no se sentía a gusto en tales ambientes.

Un puñado de lágrimas se agolpó tras sus ojos. Lo extrañaba con una intensidad desgarradora. La química con Elliot jamás pudo replicarse con su madre. Recordó haber pensado, en más de una ocasión, que su progenitora lo veía como a un rival, el intruso con el que tenía que compartir un cariño que solo le correspondía a ella por derecho.

También recordó cuánto se censuraba cada vez que ese pensamiento le cruzaba la mente, siempre acompañado de otro, más antiguo y doloroso. Eso no significaba que lo hubiera superado, ni que dejara de dolerle el hecho de que nunca hubo entre ellos una charla de madre e hijo, como las que otras madres solían tener con sus hijos.

Siguió pasando fotografías, muchas más a las que nunca habría tenido acceso de no ser porque ahora trabajaba ahí. De repente pensó en lo distante que fue Elliot en ese aspecto, comprensible según su punto de vista, quizá para no crear conflicto con los celos de su madre.

Reconoció a Jessalyn Crown en la siguiente, Elliot posaba junto a ella y dos personas que no conocía. La mujer era despampanante, le hizo pensar en una Victoria Beckham un poco más madura, que envuelta en un soberbio Valentino se apoderó de todo el protagonismo de la toma. El brazo de su padre desaparecía tras la espalda femenina, sujetando la esbelta cintura con los dedos. De haberlo visto su madre habría perdido la cabeza mucho tiempo antes de que su vida se fuera al demonio.

Seleccionó algunas, colocándolas en la carpeta de «posibles» con la patente certeza de que serían descartadas por Joan en cuanto las viera dadas las circunstancias que rodearon la salida de su padre.

Podía escuchar el correr de su corazón y el triste lamento que lo acompañaba en cada pulsación.

A veces lo percibía como añoranza; en otras mutaba hacia algo más incisivo cerrándole la garganta. Tal como ahora. Decidió ir por agua, de lo contrario no podría seguir con su trabajo. Preguntó a las otras dos personas en la oficina si se les ofrecía algo de beber, y tras la amable negativa se encaminó al *office* en busca de un entorno más sereno para recomponerse.

Pasaba frente a los elevadores cuando el pesado deslizamiento de las puertas reveló a un ocupante. La impresión del momento le paralizó la respiración así como sus pasos. Alexander lo miró con fijeza, con un ceño pronunciado en medio de las cejas. Lanzó un vistazo por encima de su hombro, verificando que no hubiera nadie más. Jules fingió que lo había ignorado, y a la velocidad de un parpadeo reanudaba su camino a un ritmo que dejó de ser natural para convertirse en uno de disimulado escape. Debía ser la viva imagen de lo ridículo, pero lo que Crown pensara le tenía sin cuidado.

En una fugaz apreciación determinó que aquella parte del piso cuarenta y ocho no era muy concurrida, por lo que apenas coincidió con dos personas en su frustrante táctica de evasión. A poca distancia el alfa le seguía el paso, seguro muy entretenido con su estúpida decisión de tomar un pasillo que a las claras no conocía. Numerosas puertas se extendieron a un lado y otro, y al final, una sólida pared contra la que deseó estampar la cabeza.

Se detuvo en medio de una agotada exhalación, luego se movió con lentitud para enfrentarlo.

Un levísimo atisbo de sonrisa agitaba esos labios que Alexander recorrió después con el índice en aquel gesto tan masculino que le había visto hacer con bastante frecuencia. Percibió un distante estremecimiento de rabia brotar del interior de su pecho, moviéndose a través de la neblina emocional que despertó tras haber visto a su padre de nuevo. Después de su fallecimiento no había sido capaz de mirar una sola fotografía suya sin rendirse al llanto. Con Crown de frente tuvo que rehusarse a hacerlo.

—¿Y ahora qué demonios quiere de mí?

El humor de antes se extinguió de la mirada de Crown al fijarse en la expresión del asistente. Los

ojos que lo observaban denotaban más tristeza que enfado, luego, una alarmante palidez le descompuso el semblante de súbito al tiempo que se tambaleaba.

Alexander se lanzó hacia él a grandes zancadas. Aferró su rostro entre las manos, elevándolo un poco para intentar escudriñarlo mejor, aunque encontró imposible leer cualquier cosa en su mirada huidiza. Advirtió la agitada respiración de su pecho que ascendía y descendía según buscaba desasirse de su agarre sin fuerza suficiente.

—Jules. Jules. ¿Qué te sucede? —escuchó su propia inquietud en la voz, liberando las mejillas del joven a propósito de sostenerlo con una mano envuelta alrededor de la cintura. Para su asombro se dejó conducir por él, debilitado en alguna clase de estado emocional repentino que esperaba poder comprender. Tres puertas más adelante entraron en la pequeña sala de proyección donde solían reunirse los creativos. La sala, en desuso y a punto de recibir algunas reformas, reflejaba su estado de abandono.

Nadie los interrumpiría allí.

Con suavidad lo acomodó en una silla y se inclinó sobre él, frotando sus brazos con movimientos enérgicos en un intento de proporcionarle calor. En realidad no estaba tan seguro de cómo manejar la situación. Lo más sensato habría sido sacar el teléfono y pedir ayuda, pero su lado más terco insistía en que podía solucionarlo por sí mismo. Le preocupó darse cuenta de que la piel del joven continuaba muy pálida, también algo luminosa como producto de la delgadísima capa de sudor frío que cubría su silueta apagada.

Gotas perladas se formaron sobre el labio superior del muchacho mientras sus desenfocados ojos intentaban reconocer la habitación.

La razón prevaleció sobre su terquedad, así que Crown decidió que era momento de hacer esa llamada. No quería imaginar lo mal que podría ir para ambos si la situación se descontrolaba. Además, verlo así…

Sintió removerse con pesar el inquieto órgano en su pecho.

Sus manos volaron al bolsillo interno de la chaqueta en busca del aparato. Se disponía a marcar cuando Jules empujó con delicadeza el teléfono, negando con la cabeza.

—Estoy…, estoy bien… —Se las arregló para decir, consciente de que esa misma sensación de descomponerse, de sentir que se volvía espectral dentro de su propio cuerpo, le había sucedido una vez en el pasado.

Sin necesidad de palabras le indicó al hombre que ocupaba algo de espacio. Alexander captó al instante y retrocedió tres pasos, mirando en silencio que agachaba la mitad del cuerpo hacia delante para ubicar la cabeza entre las manos. Una vez Jules había leído que las impresiones fuertes, así como estar expuesto a circunstancias estresantes por un periodo prolongado de tiempo generaba en ese tipo de situaciones. Solo necesitaba recuperar el aire.

—¿Quieres que te traiga agua, un café, un té…? —escuchó. El peso de una mano vacilante se posó en su espalda. Era Crown, que permanecía cerca sin saber que era responsable de buena parte de su indisposición.

—Gracias…, pero estaré bien en unos minutos. No se preocupe, señor Crown, solo necesito que el oxígeno circule de nuevo por mi cabeza. —Jules no mostró tregua a pesar de su desvalida condición, con una falta de emoción que sorprendió incluso a un hombre acostumbrado a no sorprenderse por nada—. No pierda su tiempo conmigo y vaya a hacer lo que fuera que iba a hacer antes de la interrupción.

Acompañó esa sugerencia con un vaivén de la mano sin levantar la cabeza. La sedosa cabellera caía suelta al frente en una oscura cascada de terciopelo que reflejó la luminosa quietud que entraba

por la ventana, dejando visible la tierna piel del cuello. Alexander tuvo la ilusión de poder extender los dedos en la sensible curvatura, donde los cabellos más finos de la nuca creaban suaves remolinos al lado de las orejas. Él lo besaría allí…, muchas veces, se dijo, enterraría su mano en aquellas hebras de aspecto delicado para atraparlas en un puño mientras lo tomaba de espaldas.

Era una visión suculenta, que hizo que su miembro palpitara como señal de protesta. Tuvo que hacer un esfuerzo considerable para evitar que su cuerpo comenzara a soltar feromonas por cuenta propia.

Alexander consideró que derrochar energías echándolo de su lado igual que siempre era un indicio favorable de mejoría, así que optó por devolver el teléfono a su bolsillo.

—Entonces no iré a ninguna parte, Jules —repuso por lo bajo en tanto adoptaba una postura de cuclillas para no sentirse tan lejano. El previo arrebato de querer hundir los dedos en el cabello masculino no mermó, mucho menos teniéndolo tan cerca que podía disfrutar el exquisito aroma de su *shampoo*—. Vine a verte. A hablar de lo que sucedió ayer; las cosas tomaron un giro inesperado…

—No me diga. —La nota sarcástica le dijo que los niveles de oxígeno en la cabeza del asistente casi se habían restablecido por completo. ¡Qué bien! Eso lo tranquilizaba.

—No vine a disculparme por lo que siento cuando estás cerca. —Dejó escapar una breve exhalación risueña entre lo implacable de su declaración—. Felicity… Ella no tenía que aparecer así, tampoco mostrarse tan condescendiente con la situación.

—Situación que usted propició, le recuerdo, en caso de que se le haya olvidado ese pequeño detalle. —Una acusación débil. Jules levantó la cabeza con un movimiento pausado. Le alegró darse cuenta de que se sentía menos desorientado. Con dedos todavía temblorosos limpió las gotas de sudor que cosquilleaban encima de su labio.

—No pienso exonerarme de culpas. —Había mucha inteligencia en los ojos del alfa y nada de remordimiento—. Como te dije antes, mi comportamiento solo fue una respuesta equivalente a las señales que percibo de ti. —La calmada actitud con que lo pronunció hizo que le hirviera la sangre. No obstante, resistió aquel sentimiento invasor para no darle gusto.

—Es verdad…, usted es un hombre atractivo y lo sabe —dijo con excesiva despreocupación. Su mirada de verde y dorado ganaba fuerza—; como muchos otros allá fuera que creen que su linaje alfa les da derecho a abalanzarse sobre nosotros igual que trogloditas. —Alzó una ceja sin hacer ningún esfuerzo por sostenerle la mirada—. Ni siquiera le importa el hecho de tener novia.

En la boca del dominante se dibujó una mueca entre la diversión y la indiferencia.

—Y eso te molesta, ¿cierto? —Levantó el hombro en un gesto diminuto—. Al menos yo soy honesto conmigo mismo, Jules. No permito que me limiten los convencionalismos culturales.

—Qué elocuente manera de verlo. —Apretó los dientes, consciente de que la fuerza en sus piernas se afianzaba y lo sostendrían sin dificultad, y que acababa de establecer que Crown era el rey de los cretinos. Se puso de pie, ignorando un tenue mareo, para alcanzar el pomo de la puerta a espaldas de dicho cretino, esquivándolo al hacerlo. Le lanzó una mirada por encima del hombro—. Quizá tenga razón. —Sus dedos detuvieron el movimiento de giro para agregar—: Pero convencionalismo o no…, las dos partes tienen que estar interesadas.

—¿Y tú no lo estás?

Que lo dijera con aquel aire escéptico lo exacerbaba.

De responder le estaría concediendo mayor relevancia a un asunto que deseaba enterrar de manera definitiva.

Jules se mordió la lengua para evitar soltarle toda clase de refutaciones al respecto y abrió la puerta.

—Lo que sucedió allá arriba es estrictamente confidencial. —Esas inesperadas palabras lo atraparon, por lo que se detuvo para evaluar su expresión en busca de la trampa. Tenía las manos metidas en los bolsillos. Serio. Dueño de sí mismo. Era Crown siendo Crown otra vez—. Donna firmó un contrato de confidencialidad absoluta cuando entró a trabajar para mí. En cuanto a Felicity… Jamás he conocido a nadie más reservada que ella.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó en un tono lleno de sospecha.

—Siempre estoy seguro de lo que digo; además, mi relación con ella se ha terminado. Pensé que te gustaría saberlo. —Algo de alivio suavizó la rigidez en los músculos de la espalda del asistente ante la prepotente declaración; con la primera parte en realidad.

Que siguiera con su novia o no le importaba muy poco. Era su problema. Cogió aire antes de asentir. Después se marchó.



Ya se había bebido toda el agua, así que mientras hacía crujir en su boca el último trozo de hielo en el fondo del vaso, se dispuso a lavarlo para regresar a trabajar.

Estuvo mentalizándose. Podía hacer aquel trabajo.

Tenía que seguir adelante, y para ello debía confiar en Crown. Si quería conservar su empleo, pensaba protegerlo con renovado celo; iba a hacerlo por él, por su madre que apenas lo recordaba, pero sobre todo por sí mismo. Estaba cansado del drama y de luchar contra la inevitabilidad que había sumido su pasado reciente en el caos. Solo deseaba recuperarse y volver a ser quien era: un hombre capaz de abrazar lo bueno que la vida decidiera enviarle mientras durara. Después… ya vería.

Dejando de lado el conocimiento de lo arduo de esa tarea, dejó atrás el *office*.

Casi había llegado a la oficina de Joan cuando reparó en la vehemente vibración del teléfono en el bolsillo lateral de su pantalón. Advirtió que la más tonta y lánguida de las sonrisas curvaba sus labios al leer el nombre en la pantalla. Deslizó el pulgar sobre la línea verde con una emoción que aumentaba de tamaño, zumbando bajo sus costillas.

—Vaya, creí que no te escucharía hasta esta noche. —Esa mañana despertó con Adis en el pensamiento, o tal vez estuvo soñando con él. No precisaba bien la diferencia. Lo que sí sabía es que sintió un impulso abrumador de llamarlo. Sin embargo, mostrarse demasiado insistente tan pocas horas después de haber intercambiado algo más que un número telefónico ya no le pareció tan buena idea, así que decidió esperar a una hora más aceptable.

Escuchó el gruñido de humor contenido al otro lado de la línea. Un arrebatador sonido que reverberó con decadente suavidad por todo su cuerpo acelerándole el pulso.

—Quería escucharte. —En el fondo distinguió el ruido ajetreado y constante del tráfico, luego un bocinazo distante. Nada más interesante que el acento griego de aquel hombre acariciando sus sentidos desde la distancia—. Cuando dije que apenas podía esperar para verte no bromeaba. Descubrí que esperar no es lo mío.

—Eh…, ¿sí?… ¿Y cuándo lo descubriste?

Andros se deleitó con el toque de travesura que matizaba la voz del otro hombre.

Importantes zonas de su cuerpo despertaron a ciertos anhelos, como su corazón por ejemplo. Al parecer…, a este no le interesaba lo poco que conocía a Jules. Sin embargo, su entusiasmo no podía medirse al saber que esa posibilidad le fue concedida en el instante que aceptó salir de nuevo con él.

—Anoche, después de besarte por última vez. —Sin sutilezas. Una respuesta directa de un hombre cuya naturaleza más primitiva no concebía la idea de mentir. Manifestó tal seguridad, tal determinación, que Jules supo que lo decía en serio.

Le tomó unos segundos en reaccionar. No se le ocurrió una respuesta que estuviera a la altura de semejantes palabras.

—Eso es…, inesperado.

—¿Tal vez demasiado para una primera llamada? —Una pregunta tentativa. De pronto Adis tuvo la impresión de que aquello se había escuchado mejor en su cabeza. Él no era como Dimitrios, o como Nikos. Sus hermanos tenían mayor facilidad de expresión, parecía que siempre sabían con exactitud qué decir.

—No, no demasiado. Solo inesperado…, inesperado y encantador. —Tras decirlo, el omega rio con suavidad. Las palabras se derramaron sobre el griego como chocolate fundido, lo que trajo un extraño consuelo a su pecho. Su respiración, que no notó haberse detenido, volvía a la normalidad —. Lo pasé muy bien anoche.

El Rí Rá Irish Pub en el 1080 Peachtree resultó ser una elección deliciosa en una espontánea salida después de la oficina. La llamativa decoración en madera oscura con toques victorianos del lugar transmitía la sensación de envolver al visitante en una atmósfera que parecía sacada de alguna taberna del siglo XIX. En efecto así era, pero con una vibra más moderna gracias a la música de Milky Chance flotando en el aire.

Con *Down by the river* de fondo se sentaron en un extremo de la barra bautizado The Harbour Bar. Jules y él habían disfrutado de una buena jarra de cerveza negra mientras charlaban un poco de sus intereses, conociéndose en un ambiente de relajada complicidad, dejando ver cuánto se gustaban con una mirada…, o con un roce deliberado de las manos. Adis prefería el mar sobre la montaña, ahora lo sabía. ¡Y amaba leer! ¡Libros de verdad! Como Words of Radiance de Brandon Sanderson, una segunda entrega de fantasía épica que Jules jamás había escuchado pero que él parecía disfrutar. También era dueño de una motocicleta de la cual no dio mayores detalles.

—Yo disfruté cada segundo en tu compañía, Jules. Tal vez te vea en el Parga's…, si decides ir por allá a almorzar. Si no…, hasta la noche, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Una sonrisa tironeó de la comisura de sus labios. De nuevo esa atontada expresión cubría sus facciones, pero estaba más ocupado concibiendo la esperanza de verlo antes que no le importó de todas formas—. Hasta más tarde.

Por supuesto esa posibilidad nunca se haría realidad si se quedaba allí de pie cuando aún faltaba mucho por hacer. Joan no tardaría en preguntarse dónde demonios se habría metido. De modo que en cuanto terminó la llamada voló a la oficina, decidido a concentrarse en su trabajo a como diera lugar.

11: Noche acompañada

Se sintió un poco extraño regresando al Parga's sin su jefa, que de último minuto decidió mandar a pedir comida china a domicilio para ella y Florence y seguir discutiendo el tema de las invitaciones.

Por su parte, Jules consiguió avanzar en la revisión del material del USB con mejor actitud. Era cierto que lo tomaron con la guardia baja, pero se prometió que lo gestionaría de forma más competente en el futuro. No quería ni recordar lo que pasó antes justo en las narices de Crown. Enfrentar sin preparación alguna el rostro del protagonista de uno de los momentos más tristes de su vida fue un tremendo *shock*.

La sensación de que el aire de pronto se volvía insuficiente fue espantosa, pero al mezclarse con el profundo desprecio de ver a Crown, justo cuando menos lo necesitaba, se intensificó. Ese hombre… ¡Mierda! ¡Cómo lo exasperaba!

«¡Basta de pensar en eso! Es parte del pasado. Ya no te aferrarás al pasado, ¿recuerdas?».

Entró en el bonito restaurante. En esa ocasión *sí* reparó en lo que pasó desapercibido para él la otra vez; chicas por doquier…, de todas las tallas y complexiones. Rubias y morenas embobadas, se distribuían a lo largo en las mesas más próximas a la cocina de diseño abierto, donde el proceso culinario se presentaba como un espectáculo atractivo para el lugar. Los cocineros, aún más atractivos, se movían de un lado a otro con la soltura de una rutina bien establecida.

Además de Nikos y Dimitrios, Jules también avistó a Theodora. La robusta mujer de rostro amable que estaba con ellos se dividía entre cocinar y lanzar miradas celosas a la audiencia femenina. Jules intentó imaginar lo incómoda que debía ser esa situación para ambos sentidos. Conocía cuán despiadado era el sector gastronómico. Una competencia brutal. El éxito del Parga's debería ser un consuelo en medio de todo. Para el caso, los chicos Zagorakis parecían no verse afectados por las miradas pornográficas que recibían constantemente.

Dado que no quedaban mesas disponibles excepto el solitario rincón junto a la entrada, se sentó allí a esperar. Resultaba evidente la razón por la que nadie lo había escogido: la disposición limitaba la visibilidad de la cocina. El chico que acababa de atender una de las mesas cercanas no tardó en notarlo. Se dirigió al elegante mueble de estilo rústico donde estaban los menús, tomó uno y caminó hacia él.

—Bienvenido al Parga's. —Se lo entregó con una sonrisa. Al instante Jules captó su acento. Griego también, de ojos cobrizos más oscuros que claros y cabello que le hizo pensar en miel bajo el sol del mediodía. Estaba seguro de no haberlo visto en su anterior visita—. El plato del día es gemistá servido con patatas fritas como guarnición y bebida. O puedes echarle un vistazo al resto del menú para ver las otras opciones.

—Gemistá, ¿eh? No tengo idea de qué es, pero se oye estupendo. —Su entonación casi risueña mientras abría la carta sin mirarla en realidad. Se había prometido probar un platillo diferente cada vez. Sería su aventura gastronómica; nunca tuvo una antes. Ni siquiera se le pasó por la cabeza, pero era un buen momento para comenzar.

—Tú eliges. Puede ser un pimiento o un tomate al horno relleno de arroz con especies variadas, carne picada y calabacín —le explicó con amabilidad.

—Dijiste patatas, ¿verdad? —El muchacho se lo confirmó—. Lo quiero. —Una abierta sonrisa acentuó sus labios cuando le devolvió el menú. El joven voló a la barra que separaba la cocina de todo lo demás para entregar su orden. Nikos fue quien la interceptó; al hacerlo, lo buscó entre el montón de gente y entrelazó la mirada con la suya durante un instante, sonriéndole como si fueran viejos conocidos. Levantó el mentón a modo de saludo.

Él le devolvió el gesto de la misma manera. Comenzaba a comprender el cariño especial que Joan sentía por el chico, a su familia en general.

Jugueteó con el celular para matar el rato mientras aguardaba. Navegó por las redes sociales que rara vez usaba y se volvió a preguntar para qué demonios las tenía en cuanto saltaron en la pantalla las fotografías de las vacaciones en Rio de alguien que ni conocía. Terminó en YouTube, mirando videos de tutoriales de «cómo hacer tus propios muebles», pensando que le gustaría intentarlo alguna vez.

Calculó que hacer aquella repisa de madera escalonada no debería ser tan complicado. Solo era cuestión de colocar los tablones en una esquina e irlos atornillando a la pared de forma consecutiva, algo un poco diferente a la técnica del sujeto del video. Movía la cabeza a izquierda y derecha, proyectando en su mente el procedimiento, sin saber que el hombre al que había descrito como dueño de una belleza felina, con ojos azules que parecían gemas en el fondo de un riachuelo de agua clara, lo contemplaba embelesado.

—No parece muy complicado —comentó Adis, tomando asiento a su lado. Indicó con un breve gesto de la barbilla la imagen en la pantalla. Jules tragó de forma audible, una réplica instintiva de su cuerpo a la fantasía masculina que lo obsequiaba con una media sonrisa capaz de provocar infartos en masa. Dejó el dispositivo en la mesa con toda su atención puesta ahora sobre él.

—Quizá me anime a hacerlo… —Ahogó un suspiro cuando Andros deslizó la mano sobre la superficie de madera para aferrar la suya. Sus dedos se entrelazaron con extrema suavidad; todo su ser enfocado en el calor de ese toque que estrechó sin pensarlo.

Su mano no tan pequeña entre la de él. Adis inclinó el cuerpo en su dirección, un movimiento tentativo.

Una mirada rebosante de virilidad salió a su encuentro en un momento único. Una pausa cargada de promesas. Apenas unas fracciones de segundo en el preludio de un beso que parecía inevitable, como si lo hubieran esperado desde siempre. Fue largo, deliberadamente lento, y crispó cada célula en el estremecido cuerpo del omega.

—Yo puedo ayudarte…, si quieres —añadió Andros en cuanto terminó el beso. Aquella voz endemoniadamente sexy le hizo darse cuenta de que un nudo de anticipación ocupaba el lugar que antes tuvo su estómago—. Soy bueno con las herramientas. —Se mantenía a un suspiro de distancia, con la punta de su nariz casi rozando la de él.

Los abruptos ángulos de su rostro una tentación para sus dedos, que hormiguearon por el intenso deseo de tocarlos.

La timidez que pudo refrenar ese impulso era inexistente. Se descubrió acunando la mejilla del griego, disfrutando del áspero roce de una sombra de barba que debía tener dos, tres días quizá.

Adis no se movió, por qué lo haría si estaba encantado de la vida con el hombre que correspondía con la misma emoción que lo había gobernado a él desde el primer instante en que lo vio. Un destello atravesó esos ojos de dos colores distintos. Una mirada de belleza imposible, que se apartó de él lo mínimo para realizar un rápido barrido por el lugar antes de volver a hechizarlo. Dicha distracción le ofreció un prodigioso atisbo de la tersa piel del lóbulo de una oreja que se imaginó lamiendo, después de haber mordido con cuidadosa intención. Jules lo fascinaba.

—¿Ya notaste que tus hermanos están mirándonos? —Una orgánica sensación de deleite lo envolvió con la inesperada atención. Las expresiones de curioso asombro procedían no solo de ellos, las no menos disimuladas clientes, habituales del Parga's, sospechó Jules, parecían estar a punto de recoger sus globos oculares del piso si no se controlaban.

—Ignóralos. —Adis levantaba la mano derecha para jugar con un mechón de su cabello. No apartó sus ojos de Jules un solo instante, tan entretenido como él en el cariz jubiloso de su pequeña burbuja privada—, yo lo hago todo el tiempo.

—Puedo hacer eso —le susurró risueño al oído—, pero no creo que pueda evitar a tu madre. Creo que viene para acá.

Incluso entonces Andros Zagorakis lo contempló, a él y a nadie más, desplazando al resto del mundo por completo. La cabeza de Jules rodó en retrospectiva; trataba de localizar un momento de su pasado en que alguien lo miró de esa forma sin conseguirlo. Pero era imposible, ¿no? Él y Adis apenas se conocían. Un par de adultos que buscaban un rato de compañía, pasarlo bien, tener sexo delicioso sin ataduras…, sin compromisos. ¿Por qué no?

—El señor Jules y mi Adis —exclamó Theodora dando una palmada dichosa en el aire, con esa misma felicidad se agachó para abrazar al muchacho. Luego a su hijo sin dejar de exhibir la más radiante de las sonrisas—. Mi Adis lleva mucho tiempo solo…

—¡Mamá! —Adis la interrumpió sin poder contener el efervescente asomo de risa que nacía en la boca de su estómago. Y en su apuro por evitar que Theodora tuviera oportunidad de salir con uno de sus apasionados raptos de indiscreción, continuó en griego sin estar consciente.

Aquel trabalenguas lingüístico resultaba alucinante.

Jules se entretuvo, muy divertido viendo cómo la mujer refutaba con un obstinado ceño en el semblante las palabras de su hijo.

—¿Por qué no quieres que lo diga? Me alegra ver que muchacho hermoso y agradable te haga compañía. Espero verlos así más a menudo. Seguro que el señor Jules no va a disgustarse. —Posó su mano en la espalda del joven con aprecio.

La llegada de la comida que ordenó los distrajo lo propio.

¡Qué vista la de aquel platillo de colores vivaces y suculentos! Le recordó cuánta hambre tenía.

—Gemistá. Excelente opción. —Aplaudió Theodora. La luminosidad en los ojos del mesero que tomó su orden se había apagado de manera considerable; a Jules no le pasó inadvertido. Entonces, cuando esa mirada cobriza espió de reojo a su apuesto acompañante entendió la razón—. Gracias, Takis. —Después le dijo algo en griego, tras lo cual el muchacho se limitó a ejecutar de inmediato. Regresó a toda prisa a la cocina con los hombros hundidos—. Ya traigo lo tuyo, Adis. Disfrute su comida, señor Jules.

—Solo llámeme, Jules. Es usted muy amable, señora Zagorakis. —La matriarca dio una serie de palmaditas sobre su hombro, después le lanzó una maternal mirada de complicidad a él y a Andros para dejarlos a solas otra vez—. Es adorable. —Pensaba que le habría gustado que una pizca de ese afecto hubiera brotado así de su madre alguna vez.

—Es una fuerza de la naturaleza. —Un músculo de la angulosa mandíbula del griego palpitó mientras veía marchar a su progenitora. Era un tic que Jules le había visto repetir con frecuencia, que hallaba tan sensual como el hombre que en ese instante volcaba todo su interés en él con renovada intensidad—. Suele ser bastante…, efusiva. —Levantó las cejas con aire gracioso, dando a entender que aquella palabra tan deficiente no comprendería jamás la magnitud real de las cosas.

—Eres afortunado. Créeme. —Sacó la pajilla del envoltorio y la metió en el vaso de refresco, del cual probó un pequeño sorbo—. Esto luce delicioso. —Adis intuyó lo que él no dijo, el breve temblor subyacente en el timbre de su voz. Sabía cuán afortunado era por supuesto, siempre lo había hecho, y ahora que se enteraba de que para Jules no fue de la misma manera se veía conmovido a un nivel más visceral, de un modo que le hacía verlo incluso más hermoso que antes. Como si quisiera ser su escudo y evitarle todo posible dolor.

Sin decir nada salió en busca de su mano otra vez, la estrechó de una forma que deseaba que él comprendiera. Aún era demasiado pronto para saber qué les deparaba el futuro, pero se descubrió pensando en que quería más.

—¿Quieres un poco de mi gemistá en lo que traen tu almuerzo? Dicen que la comida de aquí es muy buena. —El griego celebró su actitud juguetona. Que ese hombre fuera tan bello como divertido lo hacía perfecto para él, que era en términos básicos todo lo contrario.

—Eso dicen, pero también he escuchado que los cocineros pueden ser un absoluto fastidio. —Su réplica hizo gracia al omega. Tenedor y cubierto en mano, Jules cortó una porción de la delicia de tomate, arroz y carne, destinada para él.

Tenía plena conciencia de que iba muy rápido con Adis, aunque era un detalle menor si tomaba en cuenta que él desprendía una vibra que lo invitaba a su lado con inusual vehemencia. Se hallaba cómodo siendo él mismo y quería seguir sintiéndose así: irresponsable y despreocupado.

—Tal vez es solo mala publicidad. A mí me parecen buenos sujetos. —Una vez lo dijo le acercó el tenedor al griego, pero este agachó la cabeza y tomó el bocado directamente de sus manos. Jules se quedó de piedra mientras Adis sonreía con el aire de quien acababa de cometer una travesura. Nunca estuvo en una situación parecida, ni siquiera con Gabriel en el tiempo que duró su matrimonio.

Sobre ese pensamiento sucedió otro. Una intrusa incomodidad se interpuso, opacando lo bien que lo estaba pasando. Su divorcio era un asunto reciente. El apellido que utilizaba ya no le pertenecía más; tendría que abordar el tema en algún momento, sin embargo Adis trabajaba para Crown, y que el «Palmer» heredado de su padre anduviera por ahí no le pareció seguro. No tardarían en relacionarlo con él, con lo que se suponía que hizo. Por lo tanto, pese a ser inocente…, tendría que dejar las cosas como estaban.

Observó al hombre disfrutar su bocado, tratando de ignorar sin conseguirlo el sordo pesar de no poder ser quien él pensaba que era. La solución más obvia a su imprevisto dilema suponía algo que se negaba a considerar: desprenderse de su egoísmo y decirle adiós antes de que su aventura griega siquiera comenzara.

Una sacudida mental.

Estaba permitiendo que lo invadieran demasiadas ideas y sentimientos encontrados.

«¡Ya basta, Jules! Cálmate y disfruta del momento».

Reparó en que Adis rodaba los ojos, echándose en el respaldo de su silla con cara de fingido fastidio.

Cuando Jules siguió el sentido de su mirada se encontró con el travieso rostro de Nikos. Maniobraba con experta habilidad dos platos en el antebrazo derecho y uno más en la otra mano, con cuatro pastelillos de aspecto sabroso acomodados en canastillas de papel cera en color celeste.

—¡Hola!... Qué bien verte por aquí de nuevo —lo saludó al llegar. Dejó los pastelillos sobre la mesa bajo la evaluativa expresión de su hermano para después inclinarse y darle un apretón de manos—. Lo siento, pero tengo que decirlo. Nos tomaron por sorpresa, chicos. Apenas te conocimos ayer, y Adis no nos contó que estuvieran saliendo. Como no se acercó a ti ni nada, pero esas miradas que intercambiaron… —No se andaba con rodeos, y lejos de verse desalentado por la temible mirada de «voy a asesinarte si sigues hablando» que el otro hombre le dirigía, cogió una de las sillas que nadie estaba ocupando de la mesa contigua, tras pedírsela con amabilidad a la pareja de chicas que almorzaba en ella, y se sentó apoyando su amplio pecho en el respaldar.

—Es que es algo muy reciente —contestó Jules, con el reflejo de la risa a flor de piel según advertía que aquella azulada intensidad cobraba un brillo más amenazador en el Zagorakis de mayor edad.

—¿Recuerdas cuando te dije que los ignoraras? —señaló a su hermano con el pulgar—. A esto me refería. Ahora no va a dejarnos en paz.

—Por mí no hay ningún problema, Nikos. Traes más comida. ¿Cómo podría quejarme? —Una

sonrisa revoloteó sobre el rostro de Jules.

—Lo ves, hermanito. Nada te cuesta ser un poco más amable. —Trasladó una despreocupada mirada de Andros a su guapo acompañante—. ¿Sabes, Jules? Me pareces muy agradable, así que te voy a contar algo de mi hermano que quizá no llegarías a saber por él.

—Oh, ¿sí?… Ya tienes toda mi atención.

Sus ojos iban y venían de un hermano a otro.

Se veía que el joven Zagorakis solo trataba de jugar un poco con la paciencia del otro.

—Ten mucho cuidado —advirtió el aludido entre dientes. Cada músculo facial en tensión.

—¿Qué? Solo iba a decirle que eres quien mejor cocina de los tres. —Las facciones relajadas del apuesto rostro de Nikos inmunes a la molestia de su hermano. Una oleada de fascinación atravesó a Jules, que miró de nuevo a Adis…, más sexy y encantador que medio segundo antes—. Es solo que es demasiado arrogante para pasearse por ahí con un delantal. Prefiere esos trajes de 007… Aunque luce como todo un bombón, ¿no lo crees?

—Estoy totalmente de acuerdo —convino él, con la patente certeza de que Adis haría lucir una bolsa de papel con la misma gracia que si fuera un traje Dolch & Gabbana.

—¿Ya te vas? —preguntó Andros, gruñón.

—¿Te traigo tu comida y así es como me tratas? —replicó fingiendo indignación, después miró al omega que apenas reprimía la risa y se acercó con aire secreto para murmurarle tras el escondite de su mano abierta—. ¿Sabes qué, Jules? Creo que es por el síndrome del hijo de en medio. Anda a la defensiva todo el tiempo…

—Ya cierra la boca y déjanos comer, ¿quieres? —Adis tomó los cubiertos mientras repasaba la mesa en busca de algo—. No trajiste las bebidas.

—Ohh, lo siento…, ya voy por ellas. —Como impulsado por un resorte saltó de la silla, que puso de vuelta en su lugar con un giro impecable—. Ya vuelvo, chicos. Que disfruten la comida. —Les guiñó un ojo, dejando una estela de suspiros derretidos tras él cuando cruzó el salón de vuelta a la cocina.

Jules se acercó a Adis, encendido con la imagen de él usando un delantal de cocina, eso sin nada más debajo.

Estiró la mano para borrar con su dedo pulgar el consternado ceño entre las cejas del griego, atrapándolo luego en un beso que le deshizo el cuerpo y lo dejó tembloroso.

—Yo…, creo que será mejor empezar antes de que se enfríe. —Se imaginó con él sobre la mesa haciendo mucho más que comer. Y de alguna forma no tan inexplicable, identificó esa misma frecuencia de pensamiento en el brillo oscuro de aquellos impresionantes ojos azules, que ahora recordaban un fondo marino. Percibió en la periferia que Nikos regresaba, y aunque el chico le agradó desde el principio quería que el poco tiempo que les quedaba de almuerzo fuera solo para ellos—. Viene tu hermano —suspiró a un milímetro de su boca—, creo que deberías seguirme besando…, eso lo hará sentir incómodo y evitará que se quede.

—Ese plan me agrada. Lástima que no se te ocurrió desde el principio —susurró Adis de vuelta, sintiendo que un alegre éxtasis había flotado hasta su pecho para quedarse.



La velada en el Kyma había resultado deliciosa.

También era un restaurante griego, con la diferencia de que el menú principal se especializaba en mariscos.

Adis quería agradarlo, de modo que en busca de complacer su recién descubierto gusto por la gastronomía griega, del cual le habló durante el almuerzo, lo llevó a aquel lugar que al mismo Adis le pareció audaz en todas sus propuestas cuando lo visitó algún tiempo atrás.

Recreaba con sofisticación y buen gusto el estilo de algún templo sumergido, de elevados techos azul profundo sostenidos por columnas gruesas de un blanco inmaculado.

El griego se recreó admirándolo mientras él admiraba la decoración; sonrió con un alivio agradecido al notar que, de algún modo, haberse visto más temprano había conseguido aligerar aún más la comodidad que sentían al estar juntos. Con Jules, la conversación fluía con naturalidad, y se descubrió hablándole de su pintoresca Parga, de cómo las aguas cristalinas del Jónico se transformaban en un turquesa profundo mar adentro, mientras las embarcaciones parecían flotar en el aire rumbo al horizonte.

—La extrañas. —La suavidad del comentario lo extrajo con sutileza de la ensoñación—. Yo lo haría…, se oye hermoso.

—Lo es. —Atrajo el porta cuentas de cuero gris claro para deslizar en el interior una tarjeta de crédito con aire ausente. El camarero que atendió su mesa durante la cena apareció y desapareció de nuevo llevándosela con él—. No creo que llegue a dejar de hacerlo alguna vez, pero me gusta estar aquí. A mi familia le ha ido bien y yo no tengo derecho a quejarme.

—Suenas como una persona que está justo donde quiere.

—Quiero creer que sí…, o tal vez soy más como mi padre. No deseo pasar mi vida acumulando arrepentimientos, es una terrible pérdida de tiempo.

—Es una hermosa filosofía, pero incluso pensarlo se me hace imposible. Todos tenemos algo por lo que arrepentirnos.

Bajó las pestañas, observando de reojo que la mano del hombre se reunía con la suya encima del mantel blanco.

—No he dicho que no los tenga, solo trato de evitar agregar más a la lista. —No había duda sobre el humor en su tono. Acarició sus nudillos con el pulgar en tanto lo miraba con fijeza. Jules vio en sus ojos la pregunta que no formulaba en voz alta: «Y tú, ¿de qué te arrepientes?».

Ahora mismo solo de una cosa, que si no la sacaba de su sistema acabaría por ahogarlo.

—Hay…, algo que no te he dicho. —Adis observó cuánto se movía la garganta del omega al tragar, como si lo que fuera a decirle lo sobrepasara.

—Espero que no sea nada de lo que vayas a arrepentirte después.

—Si no te lo digo entonces sí que lo haré. —Quiso sonreír, pero la incomodidad del momento no se lo permitió—. Yo, eh…, estuve casado con un hombre hasta hace muy pocos meses, no fue un proceso amistoso y creo que todavía estoy tratando de asimilarlo, ¿sabes?… Es que no he salido con nadie en mucho tiempo…

—¿Todavía sientes algo por él? —El movimiento de caricia sobre sus nudillos se detuvo, aunque Adis no apartó la mano. De hecho estrechó más el agarre de sus dedos, como si con ese gesto lo sostuviera para evitar que cayera. O quizá, para asegurarse de que no se alejara de su lado.

Jules reaccionó con sorpresa, afectado por la intensidad inesperada del gesto.

—¿Qué? Oh, no…, eso fue un desastre anunciado antes de siquiera comenzar. Creo que es uno de esos arrepentimientos de los que hablábamos. —Profirió un profundo suspiro mezcla de pesar y resignación en el proceso—. Perdí años que no voy a recuperar jamás, lo peor es que ya no recuerdo qué me impulsó a seguir ese camino aun cuando ya sabía lo que me esperaba y… Se escucha tan

estúpido cuando lo digo en voz alta. —Un incrédulo gesto de negación con la cabeza—. Yo…, sé que apenas estamos conociéndonos. Es…, solo que pensé que tenía que decirlo.

—Todos tomamos decisiones inadecuadas la mayor parte del tiempo. Pero dicen que solo de esa manera se aprende y se cambia. —Un leve encogimiento de hombros. Un intento por encubrir que cierta sensación similar a haber tenido un puño apretujando su corazón jamás pasó, pero que de todas formas consiguió atenuarse dentro del pecho del alfa, quien, sin prestar atención a nada más, reanudó aquella instintiva caricia—. Me alegra que confiaras lo suficiente para contármelo. No sabes cuánto. —Palabras tranquilizadoras dirigidas al omega, que hasta ese momento comprendió cuánto necesitaba escucharlas.

Le sonrió agradecido. Porque en verdad le importaba lo que el griego opinaba al respecto.

Adis lo decía en serio, tanto por la acción en sí misma como por el alivio que sintió al escuchar que aquel sujeto de su pasado no sería una sombra del presente que anhelaba para ambos. Hizo un tentativo movimiento en su dirección. Quería besarlo hasta que esos labios de hermosa sonrisa se adormecieran bajo su toque, hasta que la respiración de Jules se entrecortara…, mezclándose con la suya y no quedara un solo rastro sobre su cuerpo que el que pensaba dejar con sus caricias.

El camarero, ajeno a su inoportuna intromisión, regresó con la tarjeta, frustrando aquel tan necesitado intento. Le agradeció sus atenciones con una generosa propina y, una vez que el hombre se marchó, añadió:

—¿Nos vamos? —Jules asintió y lo observó levantarse, acercándose con una caballerosidad que era imposible no encontrar encantadora. Deslizó su silla hacia atrás, sosteniendo su abrigo con una mano mientras con la otra le ofrecía ayuda para incorporarse.

La presencia de Andros Zagorakis destacaba por sí sola. Ese porte… Su traje de diseño impecable y su elegancia al moverse lo ponían a la altura de cualquier hombre poderoso de la ciudad. Nada tenía que envidiarle a alguien de la categoría de Alexander Crown; solo por mencionar un referente.

Al llegar a la salida, Adis le ayudó a ponerse el largo abrigo negro que había elegido para la ocasión. La noche estaba fresca, pero una oleada de calor intenso lo atravesó en el momento en que los dedos masculinos rozaron la piel de su cuello al ajustarle la prenda. Como si también hubiera sentido aquella electricidad, notó que Adis dejaba las manos a la altura de sus brazos en una especie de resistencia vacilante consigo mismo acerca de lo que deseaba hacer a continuación.

Lo que él quería no era un secreto, porque la sensación se veía sustentada por la misma ansiedad con que su cuerpo lo llamaba a gritos.

—Gracias por la velada. Todo estuvo exquisito. —El cálido toque de sus palmas abiertas revoloteó sobre su piel antes de que Andros lo rodeara a sus espaldas en un abrazo inseguro, casi como si temiera estar a punto de ser rechazado.

Jules alzó el antebrazo hasta donde pudo, girando a medias el cuerpo a fin de corresponderle. Apoyó un costado de su cabeza contra el hombro que iba y venía con una respiración que pareció desbocarse con su aprobadora demostración.

—Jules… —Enterró la nariz en su cabello, embebiéndose de su fragancia. Contenerse lo estaba matando—… Me estás volviendo loco, aunque creo que eso ya lo notaste.

—Creí que solo era yo malinterpretando las señales. —El griego resopló de manera risueña. Le gustaba su franqueza.

—Entonces…, quiere decir que no lo estaba haciendo tan bien como pensaba. —Sin perder el contacto, lo rodeó para situarse de frente y atrapó su barbilla con dedos suaves en busca del encuentro ansioso de sus miradas—. Tengo suerte de que aceptaras verme de nuevo esta noche.

—Yo no diría eso, técnicamente ya pasamos a segunda base en la primera cita. —Un instante de

silencio. Jules jugueteó con las solapas de su traje, deslizando con nerviosismo los dedos en tanto se deleitaba con la dureza de aquel pecho que se moría por recorrer sin el estorbo de la ropa—. Hay quienes dirían que vamos demasiado rápido con esto. —Su mano, menos temblorosa y más decidida, realizó un camino de ascenso hasta la mejilla del otro macho. Adis movió la cabeza en apremio de aquel contacto, casi cerrando los ojos.

—¿Y tú? Dime qué piensas, Jules. —De él emanaba poder físico y un contenido rastro de feromonas acariciando sus sentidos. Olía a frescas notas de mar entrelazadas con un significativo acorde almizclado. Sumamente acogedor. Era intenso…, poseedor de aquella sensualidad de la que parecía no tener plena conciencia. Sentía su energía, su fuerza atrayéndolo. Como un satélite que estuvo vagando solitario pero encontraba de pronto su órbita.

—No me gusta el *baseball*. —Arrugó la nariz de modo gracioso, sus ojos parecían enormes en la oscuridad. Dos citrinos rutilantes que le sostuvieron la mirada—. Además, ¿qué sé yo acerca de lo que dicen los demás? —Una risa muy masculina resonó en el interior de la garganta de Adis. Se inclinó para besarlo, entusiasmado con la respuesta. O lo habría hecho, de no ser porque otra pareja salió del restaurante, dispersando la neblina de ensueño que los mantenía embelesados.

Un gruñido profundo.

El alfa se llevó una mano a la nuca y frotó con fruición.

—Ven. —Tomó de nuevo su mano. El coche estaba cruzando la calle—. ¿Quieres acompañarme el resto de la noche? —Le preguntó antes de abrir la puerta del Audi para él.

Atontado. Excitado.

Deseándolo por completo asintió sin pensarlo, estimando que de no haberlo sugerido lo habría hecho él.

Asaltó la boca del omega con un beso hambriento. Y si ese único beso le hizo sentir todo aquello apenas podía esperar por el resto.

Minutos después atravesaban la ciudad por Piedmont Rd, y si bien la atmósfera se componía de un tono más conversador, Jules alcanzaba a notar que lo consumía a fuego lento la tensión que solo quienes están a punto de trascender a un nivel más íntimo sabían entender.

—¿Hoy no hay música clásica? —dijo refiriéndose al aparato de sonido en el tablero, del cual emanaba algún tipo de melodía acústica que le fue imposible distinguir por estar a un volumen muy bajo.

Andros le sonrió de medio lado. ¿Acaso pretendía provocarle un infarto antes de haberse dado el gusto?

—No es mi tipo en realidad, es el de Crown. —Su mirada se apartó una fracción de segundo de la carretera—. Yo soy más de Lifehouse, Foreigner…, no sé. —Torció el gesto, y Jules quiso lanzarse sobre él para hacerle cosas deliciosas a sus labios—. Aunque no me desagrada la música instrumental. ¿Qué hay de ti?

Jules ya metía la mano en el sistema de sonido digital, buscando entre las estaciones alguna canción conocida.

—MUCC y U2 son geniales. Pero me gustan muchos otros géneros. En especial el escenario alternativo —repuso distraído—. Esta es buena. —Subió un poco el volumen para que Adis escuchara *Strict Machine* de Goldfrapp. Le gustaba porque en su opinión era sensual y envolvente, como toda la música de aquel dúo inglés. *Glamour* electrónico, se dijo.

El otro hombre lo miró seguir la letra. Apenas movía los labios en sincronía. *You know just what I want*. Era muy atrevida, justo como Jules se sentía al estar allí con él sin saber con exactitud a dónde

demonios lo llevaba. De lo único que estaba seguro era de que quería llegar, y pronto…, antes de abandonarse al hedonismo de la sugerente melodía.

Adis torcía a la izquierda hacia Highland Ave NE; casi llegaban a su apartamento. ¡Gracias a Dios! Estaba seguro de que quería hacerle el amor a Jules con esa canción en la cabeza. El omega parecía no entender que cada segundo de aquel recorrido de casi media hora se le había hecho eterno por el anhelo de tenerlo solo para él.

Dio un nuevo giro a la derecha. Jules leyó lo que ponía el letrero a nivel de la acera en la esquina cuando las luces del coche lo iluminaron de pasada: Apartamentos Camden Vantage. Y más allá vio que Adis reducía la velocidad e ingresaban a la zona de parqueo del gigantesco bloque inmobiliario. Nunca había estado allí, pero conseguía deducir por sí mismo que no podría sostener un sitio en ese lugar con su salario. No quiso distraerse calculando cuánto debía pagarle Crown a Andros por tenerlo trabajando para él.

Saltaba a la vista sin esfuerzo.

Con lujosa suavidad el coche se deslizó en uno de los espacios. El griego lo miró a través de la penumbra tras apagar el motor.

—Hemos llegado. —Su voz reducida a poco más que un susurro. Jules no vio venir la caricia que él dispensó enseguida a lo largo de su mejilla. Casi esperó que lo llevara a un hotel; que a cambio lo llevara a su casa, a su espacio personal, hablaba de otra cosa…, algo en lo que no podía concentrarse por completo porque se hallaba mareado pese a que solo tomó una copa de vino blanco con la cena.

La sensación alcanzó un nuevo nivel cuando reparó en que lo besaba, con tanta suavidad que pensó que iba a deshacerse sobre el costoso tapiz del asiento.

De pronto estar así de cerca no fue suficiente, porque la cercanía que ambos necesitaban no iban a hallarla en una posición tan incómoda.

El alfa interrumpió el beso entre jadeos.

Bajó del coche y lo rodeó para abrirle la puerta. Porque no había prisa suficiente que justificara la falta de cortesía con los demás, en especial cuando se trataba de la persona que le gustaba, eso le dijo siempre su madre. Lo condujo a través del edificio, un enorme complejo de gusto impecable que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Un sitio agradable para vivir según le comentó Adis. El ambiente muy tranquilo, muy familiar, con piscinas y hermosas terrazas en la azotea para disfrutar de las vistas que ofrecía la ciudad.

A su paso se encontraron con algunos miembros del *staff*. Le parecieron muy atentos mientras saludaban al griego que alargaba un brazo posesivo alrededor de su cintura. Se besaron antes de subir al elevador, también en el cortísimo trayecto que los llevó al cuarto piso donde Jules apenas si reparó en los alrededores por descubrirse en extremo consciente de cada duro músculo del cuerpo masculino sujetándolo. Aprovechó que Andros sacó las llaves y abrió la puerta para coger un buen trago de aire. Lo ansiaba en la misma medida que lo aterraba.

Pasaban meses desde que estuvo con un hombre, y Adis le gustaba con excesiva locura. Una vez estuvieron del otro lado, y Andros encendió la luz de la estancia, le agradó lo que vio; un *loft* muy varonil, espacioso…, de estilo moderno y minimalista: pisos relucientes de madera en tonalidad clara, luces incrustadas en el techo y otros cuantos detalles que pudo haber admirado un poco más de no ser porque apenas podía respirar cuando él lo atrajo hacia sí con intencionada lentitud.

—Me gusta tu casa. —Logró decir después de lamer sus labios de pronto muy resecos, viéndose a un latido de distancia de su boca.

—Me alegra que te guste. Bienvenido. —Entonces la boca en cuestión descendió hacia la suya. Labios firmes pero suaves presionaron con la delicadeza justa invitándolo a abrirse para él.

Un suspiro estremecido.

Un jadeo.

La lengua del alfa lo invadió por completo, sin prisas. Cada lamida buscaba saborear con destreza. Adis advirtió las manos del omega a su vez, se abrían paso bajo su chaqueta…, asiéndose a los músculos tensos de su espalda, estremecido hasta lo imposible debido al roce de sus caricias.

Jules jadeó al sentir las palpitaciones en la zona más íntima de su cuerpo. Se endureció con total descaro al frenético ritmo de cada suculento deslizamiento de la lengua del griego, insistente en enredarse con la suya en decadentes y húmedos remolinos.

—Debo ser..., el peor anfitrión…, de la historia —balbuceó Adis, enterrando las manos en el cabello de Jules—. Yo…, debería invitarte…, a una copa..., primero, ¿no?

Pétalos de rosa y vainilla. Notas limpias y fragantes evocaban el mar, aliñadas con un punzante tono almizclado. Las fuertes esencias de ambos se entremezclaron en una intensa nube de feromonas, mareándolos de deseo.

—Creo…, que podrás…, vivir con eso. —Las manos de Jules se trasladaron al frente, impacientes en la tarea de empujar la chaqueta de él hacia atrás—. Preservativos. Yo traje. Solo por si acaso.

Un sonido de aprobación brotó del griego en la forma de un gruñido estrangulado.

Sin oponer resistencia, Adis dejó caer los brazos haciéndoselo más fácil. No hubo necesidad de más palabras, porque sus cuerpos…, sus caricias, podían decir lo que fuera incluso mejor.

La prenda cayó en alguna parte. En tanto Jules le aflojaba la corbata, él buscaba a ciegas la hilera de botones de su camisa para abrirlos con rapidez. Tiró del abrigo. Dicha camisa de pronto desapareció. Cuando sus manos percibieron aquella piel lisa y extraordinaria abrió las palmas en un impulso de apremiarlo más hacia sí. El omega entre sus brazos volvió a jadear, apretando su propia dureza contra la endurecida silueta de su miembro a punto de estallar la bragueta del pantalón.

Adis no pareció acusar el esfuerzo de alzarlo en brazos sin vacilar. Lo depositó luego de espaldas en el sillón. Con Jules a medio desnudar, pensó que quería ir más despacio si bien dudaba de su propia paciencia. Se irguió con la respiración revuelta, su corazón a todo galope por las emociones que le crispaban el cuerpo en convulsivas oleadas de deseo. Y ante la caliente mirada del omega pasó por encima de su cabeza la corbata apenas puesta y se deshizo de la camisa.

«¡Ay, por Dios! ¿Ya viste ese abdomen?», pensó una voz interna que Jules no pudo evitar reconocer como propia. «Las cosas que le haría a este hombre. No me importaría arder en el infierno si ya tuve el placer de saborear sus músculos a lengüetazos».

Estuvo muy de acuerdo. El cuerpo sobre él superó sus insulsas alucinaciones anteriores de modo brutal. Los hombros torneados a la perfección descendieron cuando Andros volvió a besarlo. Se apoyaba en una rodilla sobre el acolchado sillón y con el pie plantado en el suelo se aseguró de no aplastarlo. Jules percibió que su brazo flexionado descansaba junto a su cabeza, y la mano firme y decidida que antes acarició su clavícula, ahora bajaba y lo recorría con una propiedad que le hizo perder el aliento de golpe.

Lo vio de nuevo…, como la imagen de una pantera que acecha su trofeo, pero esta deseaba devorarlo de una manera que estaba dispuesto a conceder sin la menor resistencia. Él ahondó el beso. Sin refrenarse le dejó saber que lo quería en su interior cuando insolente comenzó a manipular el cierre del pantalón junto con la hebilla de su faja.

Adis gruñó. Un gruñido distinto y levantó la cabeza para contemplarlo. Una áspera interjección griega brotó de sus labios entreabiertos. Distinguió en ella su propio deseo…, las ansias por ser suyo sin más preliminares. Los dedos del alfa se unieron a los del omega ocupados en quitar de en medio

los estorbos. Se puso de pie a fin de desnudarse de una vez. Y así la definición de excelencia masculina adquiría un nuevo significado para Jules.

Andros era un hombre simplemente exquisito.

Cada centímetro de su cuerpo parecía haber sido modelado con amorosa dedicación. El evidente testimonio de su deseo erguido con magnificencia frente a sus ojos. La lujuria había ganado terreno, así que se dio gusto recorriéndolo de arriba abajo con una intensa mirada de apreciación.

Jules tenía planeado hundir las uñas en la espalda del griego cuando se enterrara en sus profundidades, y mientras pensaba en ello Adis terminaba de quitarle la ropa. La sonrosada erección del omega se alzó húmeda e insolente; el súbito contacto con el aire fresco envió una ráfaga de escalofríos a cada rincón de su piel. Ante la voraz mirada del otro hombre sintió que se mojaba un poco más. Medio latido después Andros se sentaba junto a él, con la mano extendida apremiándolo para que se posara sobre su cadera a horcajadas. Otro beso hambriento. Manos moviéndose ávidas en todas direcciones en busca del contacto piel a piel.

Al griego le llamó la atención el detallado *tattoo* de mandala a un costado del cuerpo de Jules, justo debajo del lado derecho del pecho y hacia atrás. Hermoso. Tomó una nota mental: más tarde indagaría sobre su significado.

El omega se sintió más listo que nunca para recibirlo. Aun así los músculos de su vientre se hicieron añicos cuando percibió un par de dedos exploradores hacer magia en el rincón más íntimo de su cuerpo. Andros soltó un continuado gemido en cuanto aquel estrecho interior ciñó la caricia que hundía en él.

El roce ardiente de su aliento bañó el cuello de Jules. Enardecedor.

—Ahhhhh, Jules… —Cubrió de besos su estilizado hombro antes de mordisquear ese mismo punto y flotar hasta el pequeño pezón. Lamió la cumbre oscurecida de piel con lengüetadas apremiantes mientras los dedos bajo el cuerpo del omega daban su lugar a la vigorosa dureza entre sus piernas. Lo penetró de una embestida lenta…, llenándolo por completo y se detuvo en contenido anhelo, cerrando los ojos con fuerza para tratar de gestionar el inmenso placer que lo sobrepasaba.

Jules lo observó obnubilado. A las venas asomando tirantes a lo largo de su cuello de manera salvaje, al vaivén de su respiración trémula…, al resplandor de sus mejillas y ese músculo en su mentón que palpitaba furioso. Colocó una mano en la curva que unía aquel hombro poderoso con el cuello y empezó a mover las caderas. Andros abrió los ojos de inmediato. Dos llamas azuladas lo traspasaron con desmedida pasión.

El aliento de ambos se combinó en un suspiro y reverberó por todo lo alto en la habitación. Alfa y omega perdidos en el placer que hallaban en la piel del otro.

Los reservados movimientos ganaron intensidad: Adis empujaba con vigor hacia su centro, Jules salía a su encuentro en un erótico juego entre balanceo y fricción que amenazó con fragmentar su ser en mil pedazos del más puro deleite.

Jules alzó la mano para apartarse el cabello húmedo de la frente, pero el alfa la interceptó con suavidad en el aire entrelazando sus dedos con los suyos. Los llevó hacia su boca, donde depositó un beso incongruentemente dulce con el momento en que los espasmos del éxtasis volvían su mundo de cabeza. Soltó su nombre en un murmullo intermitente, y escuchó a lo lejos al griego que lo alcanzaba en aquel punto de máxima liberación antes de besarlo como si quisiera devorarlo vivo.

Luego sobrevino la serenidad. Esa que envuelve a los amantes satisfechos en un velo de aletargado disfrute. Jules se encogió sobre el pecho de Andros, quien no dejaba de acariciar su cabello, y cerró los ojos.

12: Tostadas y un poco de celos por la mañana

Su piel empezaba a sentirse más fresca cuando un suspiro profundo le bañó la garganta.

Andros consideró que permanecer en esa posición, con el delicioso peso del omega sobre su cuerpo, sería una magnífica forma de pasar el fin de semana…, o toda la vida. Notó con gracia que Jules se había quedado dormido. Sus pulmones se ensancharon con la emoción que le reportaba tenerlo entre los brazos; reparó en la intimidad especial con que se acurrucaba contra su pecho, un gesto que, a su modo de ver, revelaba una profunda confianza. La misma al sincerarse con lo de su divorcio. Ahora descansaba allí, con la seguridad de que él no lo soltaría en medio de la noche.

Decidió llevarlo a la cama. Con mucho cuidado se levantó del sillón y lo cargó hasta la alcoba, donde lo acomodó como si fuera la más preciosa de sus posesiones. Tal vez esa noche había hecho suyo su cuerpo, pero el griego no iba a contentarse con tocar solo la superficie, anhelaba sumergirse en las profundidades para llegar hasta lo más íntimo de su corazón. Se entretuvo con la mirada puesta en aquellas largas y torneadas piernas sobre el edredón, lo que dio de pronto sentido a tener una cama de semejantes proporciones.

La incierta luz de la luna se vertía en chorros plateados a través de la ventana, concediendo un apagado brillo de perlas al cuerpo de Jules, magnificándolo. Se las arregló para deslizar el edredón de debajo de su silueta dormida a fin de cubrirlo. Una sonrisita destelló en su cara al ver que los dedos del omega se estiraban en agradecimiento y después se encogían con el detalle.

Enseguida cerró las cortinas, la puerta. Rodeó la cama y subió del otro lado para hacerle compañía.

Encontrar con quien pasar una noche de sexo no era difícil para Adis. Cuando lo veían bajarse de aquel costoso vehículo, ataviado en alguno de sus elegantes trajes, tanto hombres como mujeres se lanzaban sobre él sin reparos la mayor parte del tiempo. Sin embargo, eso no significaba que cada encuentro culminara en su cama. Esa generalización no tenía cabida en su vida. Algo esencial lo diferenciaba de sus hermanos y de esas personas, algo que nadie parecía comprender: el compromiso. Porque solo quería que fuera el mismo par de brazos que lo acogiera al regresar a casa por las noches.

Takis, el muchacho que trabajaba para sus padres en el Parga's, fue lo más parecido a una pareja algún tiempo atrás. También había llegado de Grecia con su familia, varios años antes que ellos. Su encuentro se produjo porque su padre era uno de los proveedores del restaurante.

Lo que sucedió entre ambos apenas duró. A sus treinta y cinco Adis no quiso pensar en el tema de la edad como un tropiezo futuro, hasta que se dio cuenta de que nueve años sí hacían una notable disparidad. En un principio Takis parecía encajar bien en su vida, hasta que empezó a sugerir que su lugar correspondía a la cocina, con sus hermanos, de esa manera podrían pasar más tiempo juntos. Después su empeño se volvió una insistencia excesiva, casi infantil, y él ya no pudo seguirla ignorando.

Se había equivocado. Necesitaba a alguien maduro en su vida, no un niño malcriado.

El revoloteo de sus pensamientos de pronto tan lejanos se desvaneció como el humo cuando Jules se removió en sueños. Se acercó más para envolverlo con los brazos, pero en un acceso de confusión al verse en una cama desconocida se sentó de súbito, a punto de escupir su asustado corazón.

—Shhhh… Jules, no pasa nada. Estoy aquí.

La oscuridad le devolvió un susurro. Una reconfortante mano acarició su espalda a la vez. La arremolinada suavidad de aquel acento le recordó en dónde se encontraba, lo que él y Adis estuvieron haciendo en el sillón…

Brasas al rojo vivo llenaron su vientre.

Se rindió a su toque, desplomándose a su lado con la mano abierta, la cual posó suave sobre un torso del que se deberían estar escribiendo leyendas. Una obra de arte en carne y hueso a su alcance.

Cogió un profundo aliento y permitió que la masculina esencia del alfa lo aturdiera. Olía a sexo, con ese almizclado punto caliente todavía adherido en la piel. Olía a él, a Jules, a sus besos y caricias. Su cuerpo no había tenido suficiente del griego, y como respuesta descubrió complacido la lujuriosa erección anidando bajo la frazada al levantar la pierna y ubicarla sobre el muslo del hombre.

No podía verle el rostro en medio de las distintas variaciones de oscuridad en la habitación, pero lo sintió sonreír contra su cabello.

—Invitaste a un extraño a tu cama, ¿lo sabías? —Un tinte ronco tiñó de sensualidad su voz. Se arrastró encima del alfa como un merodeador, dejando un reguero de besos y lamidas a su paso. Al llegar al pezón lo mordió con el toque justo de agresividad para tentarlo. ¡Como si ya no lo estuviera! — No puedes estar seguro de mis intenciones. —Bajó la cabeza, guiándose por el tacto hasta llegar a su cuello y enterró la cara en aquella curva cálida. La mano de Adis apareció sobre su cadera, donde le clavó los dedos en gesto de urgencia—. ¿Qué tal si quisiera aprovecharme de ti y de tu hospitalidad?

Andros carraspeó, embriagado por las sensaciones. Jules volvía a fascinarlo con su forma de ser. Tenerlo así, juguetón y desenvuelto en su cama, podría convertirse en una necesidad imprescindible.

—Supongo que un hombre solitario como yo tendría que defender su virtud a toda costa. —La mano apremió el agarre. Entonces, en una aturdidora secuencia de movimiento, Jules se halló debajo del cuerpo del griego con la respiración acelerada y el cabello revuelto enmarcando su cara. El colchón se hundió más del lado derecho al sentir a Andros estirarse en esa dirección.

Y se hizo la luz tras un breve *¡click!*

La tenue luminosidad, procedente de una bonita lámpara suspendida en la pared a la altura del respaldo, no lastimó sus ojos. Estos se apartaron de la luz para mirarlo ahora a él; apoyándose con los codos y contemplándole desde arriba en plan pícaro.

Si lo consideraba con seriedad podría perder la cabeza por ese alfa si no se andaba con precaución, y con la misma facilidad fantaseó con todas las formas de insensatez que a su lado quería experimentar.

—Estoy en clara desventaja —repuso Jules—, supongo que si quisiera hacer esto… —Se apoyó en un codo para elevarse; atrapó el lóbulo de su oreja y lo chupó con elocuente dedicación—… No me lo permitirías… ¿O sí? —Un primigenio sonido, como de un trueno distante, vibró en la garganta de Adis. Cerró los ojos entregándose a la estimulante caricia—. Y si yo…, cogiera tu mano para que me tocaras así… —El griego permitió que él la tomara, luego que la pusiera sobre la rígida porción de piel que resaltaba muy por debajo de su ombligo. Parecía quemar y estremecerse bajo su contacto. Resopló, abriendo los ojos en una estrecha ranura—… ¿Tampoco debería hacer esto entonces?

La mano de Jules se perdió más allá de sus ojos, que se mantenían fijos el uno en el rostro del otro. Azul. Verde. Dorado. La figura del alfa sufrió una sacudida placentera cuando el omega aferró al mismo tiempo aquella maciza parte de su cuerpo y comenzó a frotar ambos miembros sin misericordia. Adis inspiró con fuerza y echó la cabeza atrás, abandonándose a las abrasadoras atenciones.

La imagen de aquel hombre disfrutando del placer que él le proporcionaba lo excitó con locura. Andros soltó un bramido gutural al arquear la espalda. Su cara enfebrecida apareció de nuevo frente a su mirada.

—Tal vez si me lo pides bonito… —Estampó los labios contra los suyos. Incapaz de soportarlo

más se precipitó hacia él, hacia esa entrada pulsante y humedecida que pensaba devorar más tarde con su boca antes de ajustarse un preservativo y hundirse de una estocada salvaje.

No había nada suave ni caballeroso en su forma de reclamarlo. Le gustó, quería que lo tomara así, duro e indómito. Impaciente. Se abrazó a su cadera con las piernas y consintió que lo embistiera con un ritmo casi animal. Jadeos. Gemidos. Aspiraciones profundas y sus cuerpos bañados en sudor conociéndose de la más primaria y placentera de las formas. Cautivado lo cabalgó tras cambiar de posición, con las manos masculinas y su boca obrando magia en su silueta sedienta.

Se retorció de placer cuando un nuevo orgasmo lo hizo pedazos. Y Adis, que había estado succionando su pezón mientras atormentaba el otro con la mano, levantó con lentitud la cabeza para admirarlo. Un par de dedos, índice y corazón, se materializó al instante sobre las gotas de semen que le salpicaron parte del mentón y la mejilla; y ante la mirada horrorizada de Jules se llevó dichos dedos a la boca para chuparlos.

—Ah…, hombre. Creo que te acabas de meter en problemas. —El omega tenía la impresión de que su rostro comenzaba a incendiarse de vergüenza—. Porque estoy pensando en que ya no quiero que te vayas de mi lado. —Suspiró Andros.

Pese a todo Jules no pudo evitar sonreírle, quizá porque en el fondo de su ser lo último que deseaba era marcharse.

Hipnotizado por la forma en que la luz dorada de la lámpara bañaba su gloriosa piel desnuda, Andros deshizo los centímetros que lo separaban de su rostro para besar esa sonrisa.



Jules despertó.

Indistintos sonidos de actividad flotaron hasta su cabeza revuelta desde el otro lado de la puerta entornada. Sentía que su cuerpo ya no le pertenecía, porque lo notaba pesado y distante. Flotaba abstracto en alguna parte, como arena mojada arrastrada por la marea. Poco a poco consiguió incorporarse, con diminutos resplandores entrando y saliendo de su campo de visión. Seguía desnudo. Arrastró la sábana amontonada en el otro lado de la cama…, donde Adis durmió abrazado a él, para cubrirse. Solo que antes hundió la nariz en el material atraído por el aroma de su encuentro.

Su pecho se expandió. Se sentía tan bien.

Sobre su piel la fantasmal sensación de besos acariciadores según echaba un rápido vistazo a la habitación.

Se adivinaba una mañana soleada del otro lado de la ventana, aún cubierta por las cortinas. Fue hacia allá y las abrió dejando que el esplendor lo cubriera. Después de que sus ojos se acostumbraron a la intensa claridad, dedicó una abrumada exclamación ante la vista de la piscina que brillaba entre los edificios más abajo. Un par de inquilinos solitarios sacaban provecho del sol matutino tumbados en las reposeras distribuidas alrededor. Tragó el repentino nudo de ardor que se le formó en la garganta, e incapacitado para seguir mirando apartó los ojos. Sin embargo, se preguntó si Adis tomaba el sol también de vez en cuando allí abajo.

Su atención retornó a la habitación, a la cama tamaño King revuelta y a la pequeña pila de libros sobre la mesa de noche. Uno de los títulos que alcanzó a ver era Danza de Dragones de George R. R. Martin, el último de la saga publicado hasta ahora. De verdad que le gustaba leer, tanto como a él

saberlo. Encontró que era una agradable coincidencia darse cuenta de que en su lista personal de rasgos sexys en un hombre se hallaba el interés por los libros y la cocina en los primeros puestos.

La alcoba tenía mucha personalidad, hablaba de los gustos del griego con cada detalle. La pared que no era la del closet empotrado con puertas de espejo exhibía un conjunto de fotografías hermosas…, de paisajes coloridos y gente feliz sonriéndole desde ellas. Recuerdos de aquel hogar que quedó atrás, en Parga. Distinguió a Theodora, un poco más joven, y el hombre de ojos chispeantes que la abrazaba supuso que era su esposo…, a quien todavía no conocía en persona. En las demás vio a Nikos, a Dimitrios, y la que debía ser Ekaterini en distintas edades, igual que Adis.

Estiró los dedos para acariciar el vidrio de la foto donde él aparecía sujetando una caña de pescar sobre el hombro, muy orgulloso en un bote con el precioso mar de fondo y un pescado casi de la mitad de su tamaño postrado a sus pies.

Un soplido de sobrecogimiento.

Otro sonido, de gabinetes que se abren y se cierran al otro lado de la puerta.

Como no vio su ropa por ninguna parte, volvió a acomodarse la sábana alrededor del cuerpo y voló al cuarto de baño para hacer una revisión general de su aspecto antes de reencontrarse con él. La imagen que le devolvió el espejo le mostró unos labios abundantes e hinchados. El lozano rubor que matizaba la piel de sus mejillas se notó más encendido, enmarcado por aquel cabello que gritaba «tuve sexo salvaje anoche y estuvo fabuloso» proyectándose en todas direcciones.

No estaba nada mal si lo meditaba después de tremenda maratón.

Se agachó sobre el lavabo para lavarse la cara cuando advirtió que un par de brazos fornidos le estrecharon la cintura. El enorme cuerpo masculino se pegó a su espalda con lentitud mortal y lo abrazó de un modo tan conmovedor como desconcertante. Era incomprensible que alguien a quien apenas estaba conociendo fuera capaz de alterar el estado de sus emociones de aquel modo.

Más inaudito aún el darse cuenta de que parecía que él armonizaba con esa sensación.

No se convencía de si lo correcto sería apelar a su instinto más escéptico, el que opinaba que Andros era algo demasiado bueno para ser verdad y salir de allí corriendo antes de chocar contra un muro de cruel realidad. O por lo contrario quedarse y satisfacer a su parte más ingenua, aquella que disfrutaba ser el centro de las exquisitas atenciones del alfa, esa parte que quería sentirse deseada y mimada por él a un mismo tiempo.

—Buenos días, ¿dormiste bien? —le preguntó Adis; en su voz ese atisbo entre grave y áspero que conjuró toda clase de reacciones perversas en su cuerpo. Para rematar, hizo a un lado el material de la sábana sobre su hombro y plantó un beso en él.

Todas sus anteriores divagaciones se esfumaron en el acto.

—Como si hubiera flotado sobre una nube. —Rodeó los brazos del griego con los suyos, sintiéndose de algún modo pequeño dentro de ellos. Otro beso, esta vez a un costado de su cara cuando sus ojos y los del alfa se reunieron en el espejo—. Tu cama acaba de patearle el trasero a la mía y hacer que parezca un mal chiste. —Adis sonrió, casi a punto de invitarlo a quedarse cada vez que quisiera pero guardando el apresurado pensamiento solo para él—. ¿Qué hora es?

—Poco más de las siete. Temprano. Demasiado pronto para salir de la cama en sábado, ¿no lo crees? —Jules giró entre su abrazo, no quería privarse de ver sus hoyuelos traviesos de cerca. Pasó los brazos sobre esos hombros cuadrados y se le colgó al cuello.

Dedujo que su actitud relajada solo podía significar que estaba disfrutando de su día libre.

Iba descalzo también. Se veía fresco en una camiseta blanca y pantalones de chándal gris oscuro con la perfecta caída por debajo de la cintura.

—Mira quien lo dice. Te escuchabas muy ocupado —lo señaló con un divertido gesto de ojos

agrandados.

—Eres mi invitado, lo menos que podía hacer es levantarme temprano y tener el desayuno listo para ti —repuso con tranquilidad, como si no fuera un detalle que él encontró de lo más atrayente —. Espero que no tengas mucha hambre porque todavía no termino. Contaba con haberte dejado un poco más…, exhausto. Pero veo que sobreestimé mis habilidades.

Jules lo sorprendió con una risotada.

—Créeme…, tengo muchas cosas que decir acerca de tus «habilidades». Todas ellas sumamente elogiosas, por cierto —ratificó sus palabras con un sinuoso roce de su cuerpo contra aquella muralla de piel y músculo. Sus dedos acariciaron los pectorales del hombre con ese hormigueo en la nuca entre vacilante y fascinado, como si todavía no pudiera creer que el derecho de tocarlo a placer le hubiera sido concedido.

Bajo sus manos la anatomía de Adis cobró vida de modo instantáneo. Lanzó un elocuente suspiro, captando las dudas de Jules y alzando su propia mano para apremiar la de él, la cual guio camino arriba con movimientos lentos e intencionados, diciéndole sin voz cuánto le gustaba que lo tocara, que anhelaba su contacto y que no debía tener reparos al respecto. Con un trémulo jadeo se la llevó a los labios y la besó.

El gesto que brilló en los rasgos de Jules era de entendimiento absoluto, y sin detenerse con palabras innecesarias dejó que la sábana que lo cubría resbalara de su esbelta silueta, porque también deseaba concederle aquel privilegio sobre su piel.

La mirada de Adis se derritió sobre él con algo crudo y atávico ardiendo tras los ojos. Entonces, la necesidad se alzó de nuevo en su carne…, en su sangre, y lo levantó con un gruñido casi inhumano en medio de un furioso estallido de feromonas.

—Creo que el desayuno tendrá que esperar un poco más —masculló antes de empotrarlo contra la pared.



Pequeñísimas gotas de agua descendieron lentas por su espalda al salir a la estancia. Llevó la mullida toalla a su cabello otra vez para secarse mientras sus ojos recorrían la habitación, ahora bañada por la luz dorada de la mañana.

En conjunto los muebles, las texturas, y la sobria elegancia de las tonalidades en gris oscuro, negro y blanco no fueron obra de la casualidad. Se hacía notorio que alguien con conocimientos en decoración de interiores había acondicionado aquel espacio, transformándolo en el refugio perfecto para Andros.

Lo monótono de la paleta de color se interrumpía de forma agradable con la dinámica intervención de sutiles destellos en naranja. Como las lámparas colgantes en forma de gota suspendidas sobre la encimera de mármol adornada con delicadas vetas grisáceas que separaba la zona de estar de la cocina, y un piso en madera natural que parecía un espejo ahí donde no quedaba oculta por la alfombra.

Adis, que apenas se secó y se puso la ropa encima después de una sesión de sexo mañanero bajo la ducha, voló hasta la estufa con una sonrisa de plenitud iluminando su rostro. Había dejado la sartén preparada para freír huevos con jamón; el café ya estaba listo, así como el jugo de naranja recién exprimido. El pan con el que pensaba hacer tostadas se hallaba junto a la tostadora. Jules miró

la mesa de vidrio ovalado, con las dimensiones perfectas para cuatro comensales, manteles individuales, servilletas de tela, cubiertos y la vajilla de desayuno para dos aún sin disponer.

Tiró el paño sobre su hombro y fue en ese sentido para acomodar cada cosa en su sitio, ajeno a que Adis, atraído por el movimiento, sonrió consigo mismo al reparar que colocaba los lugares uno al lado del otro, haciendo que la palabra «juntos» saltara en su mente una vez más con un matiz agradable.

—Déjame ayudarte con algo —se ofreció Jules, pero antes agachó la cabeza y envolvió su cabello con la toalla—, ¿cómo haces que funcione lo de trabajar en seguridad para un millonario? —dijo en tono casual tras terminar el procedimiento. Se acercó a la tostadora y cogió la primera rebanada de pan; a continuación la cubrió con una delgada capa de mantequilla—. Supongo que debe ser un puesto de extrema exigencia y disponibilidad.

Quedaba implícito que discutir los detalles en sí constituía un impedimento al que todo empleado de Crown se veía sometido tras la firma de un contrato de confidencialidad.

—Lo es, pero he tenido la oportunidad de visitar lugares y conocer personas que de otro modo no habría podido. —Una pausa. Una mirada risueña por encima del hombro—. Tú eres una de ellas. Además, no es tan malo cuando uno se acostumbra… Suelo tener tiempo para mí, como hoy, por ejemplo.

—Es bueno poder hacer lo que te gusta y que te paguen por ello. —Jules puso el pan en la tostadora, después bajó la pequeña palanca de funcionamiento—. Supongo que nunca te viste en la cocina del Parga's como tus hermanos.

—Lo hice…, por algún tiempo. Primero en Grecia, después cuando llegamos aquí y el restaurante apenas daba sus primeros pasos. Por alguna razón me sentía…

—¿Atrapado?

Adis dejó el movimiento de la espátula sobre los cuadros de jamón que freía en el sartén inconcluso.

—Limitado. —Él quería posibilidades, y heredar el negocio de la familia se parecía demasiado a dejar cualquier otra cosa de lado—. A Nikos y a Dimitrios les ha funcionado bien, pero por alguna razón no termina de convencerme la idea. —Su atención regresó a la comida; añadió unos cuantos huevos y mezcló sin revolver demasiado al principio—. Quizá algún día mi perspectiva del asunto cambie, quién sabe.

—Mi madre insistía en que estudiara finanzas, como mi padre. —Andros lo escuchaba con atención. Era la primera vez que Jules le hablaba de sus progenitores. Ya había observado que él evitaba a propósito mencionarlos. Hasta ese momento sabía más de su mascota y de su vecino que de ellos—. Pero los números no son lo mío, aunque no tengo problema en manejar cifras y esas cosas. Es solo que no hay nada remotamente creativo en ellos.

—Supongo que toda familia debe tener un rebelde. Eso hace que las cosas sean más interesantes. —El griego se le acercó con aquel aire de descuidada seducción para darle un beso en la frente—. Ya sabes lo que dicen: «Un verdadero espíritu de rebeldía es aquel que busca la felicidad en esta vida». —Tras citar a Henrik Ibsen le dio un beso más; en la boca esa vez—. ¿Tienes algún plan para hoy?

El omega iba a contestarle, pero distraerse por culpa de Andros y el masculino sabor de sus labios sobre los suyos era demasiado fácil.

Poseía una ternura innata y una belleza arrolladora, una belleza que atrapaba. Su aroma resultaba tan embriagador como la forma pausada y sensual de besarlo. Hizo lo propio para aclararse lo suficiente y responderle:

—No, en realidad yo… Aguarda —siseó al recordar de pronto—, es Alec. Quedé con él hoy para hacer unas compras. Es importante. —Una larga mirada a los ojos del griego—. Pensé en invitarlo al restaurante de tu familia después. Pero luego de eso tendré el resto de la tarde libre en caso de que todavía estés interesado.

Las manos de Adis agarraron su cintura. Lo acercó a él con actitud posesiva, no muy seguro de que le gustara aquel amigo. A su juicio, su proximidad era excesiva con respecto a Jules, lo que encendió un destello de celos a lo largo de su columna.

—De acuerdo, entonces es probable que te vea en el Parga's. —Trató de no revelar qué tan inquieto se encontraba por conocer a ese tal Alec. Por lo que había escuchado hasta ahora, entre otras cosas, se encargaba de cuidar a su perro *Arsen* cuando él no podía, era muy amable, de personalidad graciosa y en extremo gentil como para que le provocara simpatía. «Que no te agrade es una cuestión de principios», contestó su mente—. Te llevaré a casa después de desayunar, ¿te parece bien?

—Te lo agradezco. —Acarició su mentón con la nariz—. Y ahora ya no me distraigas, todavía tengo muchas tostadas por hacer. Muero de hambre. —Le dio un pequeño empujón a modo de juego, seguro de que la tensión que percibió antes no la había imaginado y de que tenía que ver con mencionar a Alec en sus planes del día. Se aguantó las ganas de reír al pensar en lo que haría Adis cuando por fin lo conociera.

Sería toda una sorpresa.

13: Improvisando

—Conozco esa mirada, amigo. De verdad te gusta el sujeto, no creas que me estás tomando el pelo —pronunció Alec con suavidad al tiempo que observaba minucioso los detalles de las mangas del precioso vestido que Lynda, la dueña de la exclusiva *boutique* en la que se hallaban, le trajo junto con algunos otros modelos.

En aquel establecimiento dominado por una discreta opulencia, Jules había contemplado boquiabierto el *showroom* que ocupaba la vista en un primer plano. Un sitio donde nadie miraría de manera extraña a un apuesto chico en busca de un elegante vestuario digno de la más espectacular alfombra roja. Esto porque en su anterior vida Lynda había sido Thomas. Asqueada de que no hubiera un lugar donde los beta de la comunidad gay pudieran encontrar el lujo de la alta costura, Lynda abrió aquella tienda en la que servían fresas con crema y *champagne* en medio de un deslumbrante desfile de satenes, rasos, brocateles y bordados.

—Sí te diste cuenta de que ninguno de estos vestidos tiene una etiqueta con el precio, ¿verdad?

—Es un sitio donde solo te atienden con cita previa, Jules. Tengo suerte de conocer a Lynda de mucho tiempo antes y que aceptara verme hoy. —A continuación se puso frente al espejo, con el vestido por delante en ademán pensativo—. Me gusta la caída de la tela pero no el color —dijo para sí, mordiendo la cara interna de su mejilla—, quiero pensar que esto es una forma de inversión…, tal vez tenga que vender mi cuerpo para pagarlo, pero se oye peor de lo que es. Ah, y no creas que no me di cuenta de que estás evadiéndome.

—No lo hago, es solo que lo dices de una forma que… Oye, apenas lo conozco, y sí, es verdad que pasé una noche sensacional con él, pero…

—Y te preparó el desayuno, te ha tratado como a un príncipe, además es extremadamente guapo, caballeroso…

—Exacto, ahí lo tienes —le apuntó con un dedo.

—Hoy andas más incoherente que de costumbre. —Dio la espalda a su reflejo para mirarlo—. ¿Se supone que tengo que entender qué es lo que me estás queriendo decir?

—Nadie puede ser tan bueno y ser real al mismo tiempo.

—Ahora estás siendo paranoico. Tú mismo me hablaste de su madre y sus hermanos, de lo agradables que son. No debería parecerte extraño que él fuera igual. Lo discriminas porque es bien parecido, como si los guapos no pudiéramos ser estupendas personas por dentro también. —Jules se dio un manotazo por la frente y rodó los ojos ante la falta de humildad de aquel comentario—. Mira… —Dejó el vestido sobre el respaldo del sofá de inspiración *vintage* en color marfil para sujetarlo por los hombros, casi deseando sacudirlo si con eso lograra hacerle entrar en razón—… Te gusta, y tú a él. Disfrútalo mientras dure y ya está. ¿Nunca escuchaste esa expresión de «diviértete con el equivocado en lo que llega el indicado»?

—Tus conceptos prácticos están totalmente fuera de control.

—Es verdad, no puedes decidirlo sin antes conocerlo. Lo que pasa es que quieres que él sea el indicado sin tener que arriesgarte; por si no te habías dado cuenta así no es como funcionan las cosas en la vida real, mi querida y complicada dulzura. Improvisamos la mayor parte del tiempo esperando no ser lastimados, o que el golpe resulte al menos lo más soportable posible para que no nos cueste tanto incorporarnos y seguir adelante. —Le apenó escucharle decir eso. Alec mejor que nadie sabía de lo que estaba hablando después de la ruptura que le dejó destrozado el corazón.

Y era verdad. Todo se reducía a una apuesta.

—¿Qué me dices tú? ¿Ya te sientes listo para seguir improvisando? —Levantó la mano y describió con suavidad una caricia sobre uno de los pómulos masculinos. Tersa bajo su tacto la cálida piel. Alec siempre andaba a tono. Bien afeitado. Oliendo exquisito y sin un solo cabello fuera de lugar.

—Me las arreglaré sobre la marcha, pero eso no pasará hasta que salga de este lugar con el vestido perfecto —lanzó un desalentado bufido—. Estoy tan nervioso que no puedo decidirme por ninguno.

—Déjamelo a mí, creo que necesitas una opinión objetiva. Ya me diste la tuya, ahora es mi turno de devolverte el favor. —Fue hasta el perchero móvil junto al sofá y tomó tres prendas después de haberlas examinado con detenimiento. Cuando Lynda y su ayudante aparecieron con una estupenda colección de accesorios, Jules se acercó a ellas para escoger algunas de aquel montón de brillante pedrería—. Muy bien, señorito, sígueme al vestidor. Vas a verte tan estupendo que todos van a odiarte. Te lo prometo.



—¿Cómo es que no conocíamos este lugar? —Los impresionados ojos de Alec admiraron todo mientras atravesaban la puerta del restaurante griego.

—Sabía que iba a gustarte, y espera a que pruebes la comid… —Jules se detuvo de modo abrupto, casi atragantado con las palabras que no terminaron de salir de su boca. Parecía ilógico que Adis luciera incluso más atractivo que en su último encuentro, justo esa misma mañana, cuando lo dejó en el *lobby* de su edificio de apartamentos.

Él había querido invitarlo a pasar, mostrarle el lugar donde vivía, pero al final no se atrevió a pedírselo a sabiendas de que a Adis le habría encantado que lo hiciera. Sin embargo, en una muestra más de excepcional galantería, y para no sobresaltar al encargado de la recepción del edificio que lanzaba con poco disimulo miradas curiosas hacia ellos, le dio un beso que fue a un tiempo maravilloso y reservado.

—¡Ah… por todos los cielos! —escuchó decir a su amigo, sin saber si el origen de esa exclamación se debía a que miraba en la misma dirección que él; una lánguida exhalación se le escapó a Jules de forma entrecortada del pecho—. Y yo que me había propuesto dejar de tener pensamientos indecentes con tanta facilidad. —Un suspiro ensoñador—. Ay, Jules… Es él, ¿cierto? Definitivamente podría ser el protagonista de mis sueños húmedos —señaló con un gesto de la barbilla al hombre que hacía que unos simples vaqueros y una camiseta blanca de cuello de pico desluciera a un millón de dólares con extrema facilidad.

Jules hizo una leve señal afirmativa.

Hasta en modo casual era devastador.

En ese momento Andros se inclinaba para retirar los platos de una de las mesas, intercambiando unas cuantas palabras cordiales con los comensales, quienes a su vez parecían complacidos con el servicio.

—Dejarías de ser tú sin los pensamientos indecentes. Pero te prohíbo que sueñes con él. Es mío. —Su mirada seguía cada uno de los movimientos de Adis, sobrecogido al verlo realizar aquella tarea. No tan lejos su madre servía en otra de las mesas; también Takis, el chico que conoció el día anterior, el que le daba la indudable impresión de estar enamorado del guardaespaldas.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos, Takis alzó la vista en su dirección. Tan hermoso como expresivo, un par de ojos cobrizos lo atravesaron con una emoción de absoluto desprecio.

—¡Ayyy! —repuso Alec con pausada intención. Su voz evidenciaba la misma turbación que él intentaba gestionar—. Uno de esos puñales me alcanzó a mí también. —Se acercó para susurrarle

más de cerca—. Esa mirada debería considerarse como tentativa de homicidio. ¿Qué le hiciste a ese tipo?

—Es lo que él cree que le hice, al parecer. —Jules se dio cuenta de que aquella impresión acababa de cobrar forma real.

Concederle importancia dejó de parecer una opción cuando otros ojos, que se volvieron azulados pozos humeantes, se arrastraron sobre él con tal vehemencia que dio paso a una oleada de emociones incandescentes.

—¡Vaya! Otra mirada más y va a parecer que estamos en medio de una telenovela. —Alec rezumaba ironía. Adis se encaminó al fondo para deshacerse de los platos, y Jules junto a su amigo encontró un lugar cerca de la ventana—. Bueno, no se puede negar que tu vida se ha vuelto de pronto muy interesante. —El joven dejó las bolsas con las compras en la silla desocupada junto a él —. Un guardaespaldas griego que se ve muy entusiasmado contigo y un millonario, también despampanante, que busca colarse en tu ropa interior. Algunas personas se quedan con todo mientras que los demás tenemos que conformarnos solo con ver.

—Alexander Crown no me interesa. Y ya deja de mencionarlo, ¿quieres? —le espetó—. ¿Ves a ese de allá, el más alto? —Alec ubicó su atención sobre la persona que le indicaba—. Ese es Dimitrios, el hermano mayor. —Parecía ensimismado preparando algo que no alcanzaban a determinar desde esa posición—. Y aquel, junto a la nevera…, ese es Nikos. —El chico alzó la vista, casi pareció que lo había escuchado susurrar su nombre aunque era improbable a esa distancia. Levantó la mano para saludar. Amplia y hermosa la sonrisa en su rostro.

Jules hizo lo mismo. Alec lo imitó, pero su expresión fue más…

—Reacomoda tu cara, vas a espantarlo —masculló entre dientes.

—¿Qué quieres que haga, hermano? Tengo ojos y me traes a este lugar donde parece que fabrican sujetos apuestos en lugar de comida…

—Shhhh —le pidió al instante al darse cuenta de que Andros iba hacia ellos. Solo contemplarlo era estimulante. Cuando se permitió recordar lo que estuvieron haciendo toda la noche dicho estímulo adquirió más ímpetu, lo cual bastó para humedecerlo como si de una caricia física se hubiera tratado.

—Hola, hermoso. —El griego se agachó para besarlo. Un beso para nada reservado. Un beso que pronunciaba posesión y deseo.

Alec parpadeó de manera elocuente. Él habría pagado cualquier cosa por ver ese beso, que le pareció delicioso, excitante. Eléctrico. Uno como esos no le vendría nada mal. Casi pudo saborear las feromonas en el aire, aunque por supuesto los beta no tenían tanta suerte.

—Tú debes ser Alec —siguió el hombre cuando aquella demostración afectuosa concluyó, extendiendo la mano que no posaba sobre la espalda del omega para saludar al sujeto frente a él—, es un placer.

—Lo mismo digo, Andros. Jules me ha hablado mucho de ti… Solo cosas buenas. No te preocupes. —Guiñó un ojo hacia ambos, con lo cual dejó implícito que los detalles más íntimos también contaban entre esas «cosas». Su amigo le dio una patada por debajo de la mesa—. ¡Oye! ¡Eso me dolió!

Adis se echó a reír, un sonido tan cálido y masculino que tanto Jules como Alec lo miraron embelesados.

—¿Recuerdas lo que me dijiste de tus hermanos la otra vez? —le recordó Jules al griego con malicia. Adis asintió—. Te devuelvo el consejo. —Sin dejar de sonreír, el hombre se inclinó para besarlo otra vez.

Para ese momento los instintos del alfa resolvieron que Alec no representaba una amenaza y sus recelos se evaporaron. Saltaba a la vista que los intereses del beta no eran los que había temido, de modo que lo recorrió la tranquilidad.

—¿Y hace cuánto que se conocen? —preguntó mientras tomaba asiento a la par de la persona que le provocaba un fuerte hormigueo en el estómago.

—Cinco años…, tal vez un poco más. —El asistente estuvo de acuerdo en tanto su mano y la de Adis se entrelazaban sobre la mesa—. Tengo una tienda para adultos en el centro, ¿sabes? Jules es uno de mis mejores clientes. Va cada semana y…

—Ya cierra la boca…

—Le encanta la pornografía. Y entre más vistosos y extravagantes los juguetes para él mejor.

—Eres el peor amigo de la historia —reclamó sin fuerza, porque las ganas de reírse lo superaban.

—Oh, así que es verdad —repuso Adis siguiéndole el juego.

—No irás a creerle, ¿cierto? —Giró el cuerpo a medias para tenerlo de frente—. Alec se mudó a mi edificio poco después de que yo lo hiciera, lo cual fue una coincidencia porque ya nos habíamos visto en el gimnasio un par de veces.

—Mi versión es más entretenida que la tuya. —Jules le dedicó una mueca divertida—. Así que…, Andros, eres algo así como un guardaespaldas. Debe ser muy emocionante.

—En parte lo es, pero Hollywood suele adornar mucho este tipo de empleos. —En ocasiones no resultaba ser muy gratificante pasar por jornadas que se alargaban sin descanso. Ser disciplinado y tener una excelente condición física no estaba a discusión. Tampoco el continuo entrenamiento en técnicas de combate y otros rigurosos aspectos que le habían abierto un espacio en aquel equipo de seguridad privada.

Jules dirigió la mirada por encima del hombro de su amigo al ver acercarse a Theodora. Reconoció al punto los chispeantes ojos del hombre que caminaba junto a ella; se trataba del sujeto de la fotografía que vio más temprano, con unos cuantos años más encima pero era él: el padre de Andros.

—¡Señor Jules! —La matriarca se adelantó con los ojos iluminados al verlo. El chico se puso de pie algo apenado y se dejó abrazar por ella en tanto se las ingeniaba para saludarla en medio de sus brazos elocuentes. Adis hizo un gesto de impotencia con los hombros—. Viste, papá. Te dije que era un muchacho hermoso.

—Si dejas de asfixiarlo tal vez pueda verlo mejor. —El hombre mayor soltó una risotada grave al notar que su comentario le hizo gracia a Alec—. Mucho gusto. Konstantinos Zagorakis a su servicio —le escuchó decir Jules, su amigo se presentó también. Luego el padre de Adis pronunció algo en griego cuando su mujer por fin liberó al muchacho y dio un par de pasos atrás…, lo que fuera lo expresó con una suavidad excepcional a la vez que le tomaba las manos con delicadeza para luego besar sus nudillos. Jules no estaba acostumbrado a que lo trataran así, con tanta calidez, por lo que buscó la mirada de Adis que para entonces se frotaba la nuca con incómoda expresividad. Su azoro en contraste con la sonrisa de Alec que parecía estarlo pasando de maravilla—. Qué placer conocerte.

—Digo lo mismo, señor Zagorakis.

—Me cuenta Theodora que trabajas con la señora St. James —comentó Konstantinos a la par que movía la silla invitándolo a tomar asiento de nuevo.

—Soy su nuevo asistente, así es. —Andros estuvo a su lado otra vez.

Alec lo observaba de reojo, a su manera de moverse, la forma en que sus manos buscaban estar en constante contacto con Jules. Sin dejar de prestar atención a los padres del griego, Jules consentía

aquel acercamiento con total naturalidad, porque era evidente que le gustaba que lo hiciera. Y Alec, que en su momento tuvo la oportunidad de conocer al exesposo de su amigo antes de que todo se fuera al demonio, nunca vio ese tipo de demostraciones de afecto entre ellos.

Aquel matrimonio había sido un error. Seguía sin entender por qué Jules desperdició su tiempo casándose con alguien a quien no amaba, un tipo que también parecía desinteresado en los pequeños aunque significativos aspectos de la vida conyugal. En contraste, Adis lo observaba de una manera distinta; lo tocaba con posesiva ternura, muy diferente de alguien que solo buscara un instante de diversión en la cama.

—Una mujer encantadora la señora Joan. Tienes mucha suerte, muchacho. ¡Y qué bien que trajiste amigo a comer! —Hizo un ademán a su esposa, que se había alejado algunos instantes. Cuando regresó traía un menú para cada uno, a excepción de su hijo—. ¿A qué te dedicas tú, jovencito? ¿Trabajas en publicidad también? —inquirió a Alec, que agrandó los ojos ante el inesperado interés.

—No, nada de eso. —Se recostó en el respaldar de la silla y se abandonó a aquel aire descuidado que lo caracterizaba—. Soy dueño de una tienda para adultos en el centro.

—Entonces, ¿lo de la tienda era verdad? Pensé que estabas bromeando. —Una combinación de auténtico e inesperado asombro estalló en la expresión de Adis.

—¿Una tienda para adultos? Jamás he ido a una —comentó Theodora con genuina disposición, dándole un ligero codazo a su esposo en el brazo—, me gustaría visitarla alguna vez. Nunca he visto esos juguetes sexuales de cerca.

Konstantinos asintió sonriente.

Jules miró a Andros, cuyas mejillas se habían tornado de una atractiva tonalidad rojo «trágame tierra». No pudo evitar sonreírle entre apenado y divertido. Se acercó a una de aquellas mejillas y le dio un rápido beso.

Al griego le encantó el gesto. Pasó un brazo por encima de los hombros del omega y lo acercó más hacia sí, pensando que quería tener todo el tiempo del mundo en sus manos para pasarlo junto a él.

—Esta es mi tarjeta —continuó Alec—, tiene mi número personal, el de la tienda, y también la dirección del lugar. Les haré un descuento especial en cualquier producto cuando gusten.

—Me gusta eso del descuento, papá. —Theodora parecía encantada de la vida; Adis a punto de vomitar—. Bien, miren menú. Pidan lo que quieran. Están en su casa.

El divertido matrimonio se alejó, mascullando entre ellos en su idioma nativo de regreso a la cocina.

—Son muy agradables. —Su amigo cogió el menú para empezar a mirarlo—. Y tienen un sitio estupendo aquí.

Adis le agradeció. Lo estaba pasando bien pese a haber tenido que presenciar el interés que su progenitora mostró de manera tan abierta por los juguetes sexuales y todo eso, pero así era ella. Una nueva conversación tomó lugar, solo que en esa ocasión se mantuvo en terrenos menos indiscretos. Les hizo algunas recomendaciones en cuanto al menú, luego su madre volvió para recoger su orden. Él almorzaría con ellos.

A Alec se le ocurrió que quería hacer un brindis, así que pidió vino tinto para los tres.

—No te lo había dicho, pero Alec encuentra en cualquier ocasión la excusa perfecta para brindar. Dice que esa es su manera de dar gracias al universo por lo que recibe. —Su expresión era jovial. Se encontraba de un inmejorable humor. Parecía que sus chicos habían simpatizado después de todo, ¿y cómo no iban a hacerlo?— ¿Cuál es el objeto del brindis esta vez?

—Te lo diré cuando lo traigan… Oh, ¡ahí viene! —Quien traía las copas y la botella era Nikos, a unos pocos pasos detrás le seguía Dimitrios con el platillo que Adis solía pedir cada día.

Andros hizo los honores. Esa era la primera vez que Dimitrios dejaba la cocina para ir a saludar, era tan guapo como sus hermanos, e igual de agradable aunque su personalidad era menos intensa que la de Nikos.

—¡Qué bien huele! ¿Qué es? —Jules miraba con actitud inquisitiva lo que parecían ser pequeños rollos de hojas rellenos alineados a lo largo del plato.

—Se llama dolmadakia, a tu novio le encanta comerlos todo el tiempo. —Los demás seguían hablando como si nada, y él pensó que debió haber imaginado aquello de «tu novio» al mirar a través de las pestañas entornadas al mayor de los Zagorakis, que permanecía tan tranquilo como cuando llegó.

Qué curioso, el término no le hizo sentir incómodo. Por lo contrario, durante un segundo se sintió parte de algo más grande y hermoso: parte de una familia que lo recibía con los brazos abiertos. Fue insólito, aunque sobrecogedor a la vez.

—¿Se quedan para el brindis, o tienen prisa? —preguntó Alec a los recién llegados.

—Voy por más copas. —Nikos se apuró a la cocina, y en menos de un suspiro estuvo de vuelta. Los clientes de las demás mesas los miraban atentos, quizá preguntándose el motivo de tanto alboroto.

Dimitrios abrió la botella, repartió el vino en las copas y cada uno tomó la suya.

—Hoy quiero brindar por las amistades, las nuevas y las antiguas… También por los nuevos comienzos —dijo Alec al pequeño grupo.

—Yo quiero brindar por Jules. —Nikos alzó más el brazo para hacerse notar.

—Yo iba a brindar por Jules, entrometido. —Todos sonrieron cuando Adis pronunció su reclamo.

—Claro que ibas a hacerlo, cabeza de piedra. Pero ya me adelanté así que no interrumpas. —Carraspeó un poco para aclararse la garganta con algo de dramatismo—. Quiero brindar por Jules, porque gracias a ti ya no tendremos que ver la cara de limón ácido con la que mi hermanito andaba por ahí todo el tiempo estropeándonos a los demás la vista.

—Ese es un buen brindis, hermano. —El cristal de Dimitrios tintineó contra el de Nikos.

Una media sonrisa asomó a los labios del aludido. Qué más daba que se divirtieran a costa suya cuando se sentía tan dichoso como para que le importara.

Los demás entrechocaron las copas también, envueltos por la diversión del momento.

—¿Qué les parece si van a cenar una de estas noches a casa? Yo cocino. —La sugerencia de Alec fue bien recibida por el resto.

Haber salido de compras y encontrado el vestido perfecto le había puesto una expresión iluminada en aquellos ojos que mostraban un azul más claro y radiante.

La charla que tuvo lugar a continuación duró lo que el vino alcanzó a sobrevivir en las copas.

Los chicos tenían que regresar al trabajo, pero la invitación quedó en firme para cuando se retiraron.

—Simplemente exquisito. —Satisfecho tras haber probado el souvlaki de pollo con salsa de yogurt, Alec dejó los cubiertos sobre el plato casi vacío. Era una cuestión más de etiqueta que por gusto, porque si por él hubiera sido habría devorado hasta el último rastro de la delicia griega.

—Me alegra que lo disfrutaras, la última vez que te invité a comer te pusiste muy quisquilloso —le recordó Jules.

—El sushi es un gusto adquirido, mi amigo. Se odia o se ama, y creo que yo lo detesto. —Arrugó

la cara ante el recuerdo de la insólita mezcla de sabores en su boca, todavía tratando de develar el misterio de su encanto—. Bien, tórtolos, como sé que son demasiado amables para mencionarlo, asumo que tienen planes esta tarde…, así que por mi parte no se detengan. Pienso quedarme a disfrutar del postre.

—¿Seguro que no te importa? —repuso Jules con otro tipo de postre en mente cuando miró a Adis de reojo.

—Debo ir a la tienda a ver cómo marcha todo después, así que haré el cierre. Lo digo para que tomes en cuenta a *Arsen*. —Se escuchaban como un matrimonio con un hijo en común; pensándolo bien, su situación no estaba tan lejana de esa simpática comparación. Jules asintió agradecido y se puso de pie, seguido de los otros hombres—. Ha sido un gusto conocerte, hermano. —Extendió una mano, la cual Andros estrechó de esa enérgica y afectuosa manera en que lo hacen los amigos.

—Lo mismo digo. —Una palmada en la espalda.

—Cuida bien a mi chico, ¿quieres? —Se acercaba a su amigo para despedirse de él con un gesto rápido en el hombro. Aprovechó la cercanía para susurrarle al oído—: Tienes suerte.

Jules le obsequió una mirada enorme. Después una sonrisa.

—Disfruta el postre.

—Tú también —dijo al apartarse.

Adis pasó el brazo por su cintura, contento de que lo tendría solo para él otra vez.

—Me cae bien —mencionó, ciñéndolo más a su cuerpo.

—Tenía la esperanza de que se agradaran. —Jules seguía dando vueltas a lo que Alec le había dicho. Tal vez sí que era afortunado, pero no se daba la oportunidad de disfrutarlo de verdad.

Quería pensar que eso estaba a punto de cambiar.

Avanzaron sin prisa por la zona central del Parga's con dirección de la cocina, donde la chaqueta de cuero del griego salió volando de manos de su padre desde el otro lado del mostrador para que él la interceptara en el aire con gran facilidad.

Tras despedirse de los demás Zagorakis, la pareja salió a la calle; allí, Jules contempló a Adis. Se adelantaba sin soltarle la mano hacia la motocicleta de elegante color negro que lucía la marca Triumph en letras doradas a un costado del tanque de gasolina.

No había notado aquella preciosidad aparcada junto a la acera hasta ese momento.

—Nunca en mi vida he subido a una motocicleta —mencionó por lo bajo al tiempo que el alfa tomaba el par de cascos que había asegurado al manubrio.

—¿De verdad? —La mueca ladeada que llenó sus labios despertó en él un alarmante deseo—. Pero confías en mí, ¿cierto? —Se acercó a un suspiro de distancia y jugueteó con uno de los mechones de cabello azabache que brillaba sobre su hombro. Lo hacía. Confiaba en él con una certeza que debería parecerle extraña; se lo expresó valiéndose de un breve movimiento afirmativo con la cabeza—. Bien, porque me alegra ser el dueño de esta primera vez.

Al guardaespaldas le resultaba difícil disimular su emoción.

Con dedicado cariño le ayudó a ponerse el casco, tras lo cual posó un diminuto beso sobre su nariz y después se colocó el suyo.

—¿Cuál es el plan? —Jules intentaba ignorar el cosquilleo que nacía desde su estómago y se prolongaba por todo su cuerpo igual que diminutas alas de mariposa revoloteando bajo la piel.

—Aprovechar cada segundo a tu lado. Lo demás lo iremos improvisando. —Montó al vehículo, cuyo motor hizo rugir con un potente bramido.

Andros volvió a tenderle la mano, apremiándolo a subir. Y cuando Jules apreció su sólido contacto se dio cuenta de cuántas ganas tenía de comenzar a improvisar con él.

14: Verdades a la hora del té

Caminaron por las calles de Little Five Points al sureste de la ciudad solo porque sí.

El vanguardista barrio resultó ser todo un descubrimiento para el griego. Observó admirado la ecléctica variedad de tiendas, algunas de las cuales exhibían las más locas fachadas, y desde donde ofrecían lo inimaginable. Coloridos grafitis vestían las paredes en extraordinarios murales aquí y allá, confiriéndole la estética bohemia que lo había vuelto un punto de reclamo turístico.

Nunca se imaginó que fuera un sitio tan vibrante.

Jules le comentó que se ponía más loco de lo habitual cerca de Halloween. El festival y los desfiles de la época se habían convertido en un referente, siendo unos de los mejores en el país. Curiosearon por los exóticos establecimientos, besándose como si fuera la primera vez que lo hacían…, o como si llevaran una vida entera juntos, todo a la vez. Impulsados por ese impetuoso fragor de una relación recién constituida.

Dejaron aquel lugar atrás y se pasearon sin rumbo fijo por las calles de la ciudad. Faltaba poco para el anochecer. A tal velocidad el aire fresco le azotaba las mejillas e hizo que un estremecimiento bajara por su espalda. Pensó en si Adis tendría frío luego de quitarse la chaqueta para dársela a él. Sin embargo, notaba el calor que desprendía su cuerpo a través del grueso material. Abrazado con fuerza a la cintura del alfa, Jules acababa de darse cuenta de cuánto había disfrutado del sentido de libertad único que solo podía experimentarse a bordo de una motocicleta.

Advirtió más adelante en la carretera el resplandor entre azul y violeta de la rueda SkyView Ferris, intenso en contraste con la noche que había descendido como un manto en cuestión de minutos.

Sintió disminuir la velocidad hasta detenerse frente a la atracción giratoria, cuyo juego de luces bailoteó sobre sus rostros al quitarse los cascos. Jules sabía que Andros lo había hecho pensando en que estirara un poco las piernas después de varias horas de andar de un lado a otro sin parar.

Sus pies trastabillaron al bajarse, y pese al molesto zumbido en los oídos se detuvo a contemplar lo agradable que se tornaba el ambiente de la zona turística un sábado por la noche. Familias enteras paseaban bajo el resplandor de las farolas en el Olympic Park, al otro lado de la calle. Otras aguardaban en la fila su turno para subir a la enorme rueda. Un hombre a bordo de un elegante carruaje blanco, tirado por un impresionante percherón de resplandeciente pelaje negro, se detuvo más adelante para que una pareja de edad mayor subiera e inició su romántico recorrido a la luz de la luna.

—Ahora comprendo tu gusto por las dos ruedas —le dijo sonriente. Andros seguía sentado, con el rostro muy sereno a diferencia de su mirada. Más allá de la manifiesta expresión de anhelo, bajo las copiosas pestañas, recorría las facciones de Jules como si no pudiera dejar de adorarlo—. Ha sido una tarde increíble, gracias por el paseo.

Adis se hizo atrás en el asiento, y en el espacio que dejó libre Jules se acomodó frente a él.

—También lo he pasado genial. —Acomodó las piernas de tal forma que las del omega quedaron apoyadas sobre sus muslos, extendió las manos a ambos lados de su cadera y las dejó allí en tanto su ceño se encogía con un ligero apretón cuando volvió a mirarlo—. ¿En qué piensas?

—En todo. En nada. Las dos al mismo tiempo. —La pregunta pudo haberlo tomado por sorpresa, pero no fue así. Sus extravagantes ojos se deslizaron de la rueda luminosa en movimiento y se posaron en él.

Al hacerlo, Adis percibió una sensación de nostalgia en el aire, cierta añoranza que daba a su mirada una desconcertante cualidad apagada. Su corazón se encogió sobre sí mismo.

—¿Y eso se puede? —Quería ser quien despejara esa persistente sombra asomando inoportuna, aunque bien sabía que no era conveniente forzarlo a compartir sus secretos. Lo alejaría de él sentirse perseguido.

Jules se frotó la mandíbula con aire de reflexión.

—Hoy, cuando conocí a tu padre, cuando tu mamá volvió a abrazarme…, estar contigo, con Dimitrios. Nikos y ese brindis… Me hacen sentir bienvenido cada vez. —Negó con la cabeza—. No me conocen, Adis. Tú no me conoces en realidad.

—Eso puede solucionarse. —Las manos del griego ascendieron por debajo de la chaqueta hasta la mitad de su espalda, un movimiento lento para acercarse más a él. Un movimiento que era a la vez una convicción y una súplica. Unió la frente a la suya. Lo bañó con su aliento cuando añadió—: Me gustas demasiado, y el sexo contigo es… ¡Dios! —Una vehemente declaración que desafiaba su habilidad para poder explicarlo. Jules no pudo evitar soltar un resoplido risueño—. Pero esa es solo la demostración física de lo que siento cuando estoy contigo. Quiero tener la oportunidad de conocerte.

—No estoy preparado para que lo hagas. Aún no —susurró, como si temiera ser escuchado por los transeúntes que se movían sin prisa a su alrededor.

—Entonces…, puedo esperar. Pero no me apartes de tu lado —dijo contra sus labios.

Jules le acarició la nuca con los dedos. Pensó que no quería dejar de sentirse así…, como cuando él lo abrazaba. Moría de ganas por hacerle el amor, porque también lo enloquecía la forma en que aquel hombre respondía cuando eran sus manos las que lo tocaban. Sus pensamientos se dispararon hacia delante, se descubrió precisando más de Andros, y ese «más» sonó con tanta seriedad en su cabeza que lo asustó.

Por un largo instante no hubo necesidad de más palabras, de todos modos sus labios se ocupaban en la pasión de un beso de una ternura tan cruel, que algo en su interior se fracturó y se desbordó de repente.

Esa parte suave del momento apenas si se veía contenida por el conocimiento de estar en un lugar público. Aunque tan seguro como el cielo estrellado sobre sus cabezas, sabía que pronto comenzaría a fantasear con la idea de arrancarle al griego la ropa para después montarlo sobre su propia motocicleta.

Un lánguido gimoteo escapó de la garganta de Adis, carnal, primario; rebosante del mismo deseo que él ya no podía seguir dominando.

—¿Quieres acompañarme el resto de la noche? —pidió el omega después de haberle mordido el labio.



El tono plata del Lincoln Navigator resplandeció bajo la luz del sol de mitad de la tarde al avanzar por el camino privado del 3610 Randall Mill Road NW.

Flanqueado por exuberantes jardines y vasto paisaje de estilo inglés, la calle conducía hasta la sofisticada mansión de ladrillo hecho a mano que descansaba casi al final de aquella extensa propiedad.

A Jessalyn le pareció el sitio perfecto para una familia, pero para una mujer joven y soltera resultaba demasiado.

Aunque ya había comprendido que la novia de su hermano tenía cierta tendencia a desafiar lo práctico; como tener un piso en el downtown de acuerdo a alguien de su edad por ejemplo.

Tras unos minutos de recorrido, el techo de pizarra recortado contra el espléndido cielo apareció ante su vista.

El auto se deslizó con elegancia hasta detenerse frente a la entrada principal, con su tapiz de hiedra y sus arbustos podados con dedicación. Era una bonita estampa para quien sabía apreciar ese tipo de ambientes hogareños, alguien diferente de Jessalyn Crown.

—¿Dime que harás mientras aguardas por mí? —La mujer alfa miró a Tomaso a través del espejo retrovisor, donde los ojos del hombre se enlazaron con los suyos y se estrecharon en una expresión de decadente travesura.

—Pensar en todo lo que quiero hacerte cuando te tenga solo para mí esta noche, *cara mia* —respondió su apuesto chofer, con aquel deje peligroso y oscuro que restalló contra sus sentidos igual que el azote de una fusta sobre la piel.

—¿Oh, sí? —Se humedeció los labios—. ¿Qué tienes en mente? —pidió saber.

La seductora mirada del italiano le dijo con exactitud qué quería hacerle. Una sensual amenaza que evocaba sexo puro y duro sin la necesidad de utilizar palabras para entrar en mayores detalles. El omega estaba al tanto de lo que le gustaba, sabía cómo utilizar su espléndido cuerpo de las más perversas maneras para satisfacer sus apetitos. Apretó los muslos con fuerza. Un inútil intento por mitigar las ansias de tenerlo deslizándose en su interior.

Sería una visita en exceso larga.

Se preguntó qué clase de asunto importante tendría Felicity entre manos para haberla citado en su casa y no en cualquier otro lugar, porque si bien la chica se acostaba con su hermanito eso no las convertía en amigas del alma precisamente.

Exhaló un suspiro y chasqueó la lengua con disgusto.

—Si en media hora no estoy fuera, llámame. —Tomaso conocía la rutina de emergencia para sacarla de aquel tipo de fastidiosas circunstancias.

El italiano respondió en su idioma, medio segundo después se lanzaba fuera del auto para abrirle la puerta.

Jessalyn, una sibarita de gustos especiales y demasiado complacida con su estilo de vida como para echarlo a perder casándose y teniendo hijos, inspiró las cautivantes feromonas de su amante cuando adelantó el paso frente a él. Esa noche lo tendría de rodillas entre sus piernas, se sumergiría en la marea de placer que aquella joven carne era capaz de prodigarle cada vez que le apetecía. Pero antes debía finalizar aquel compromiso con la heredera de uno de los mayores accionistas de Crown Media.

Antes de haber llegado siquiera a la fina puerta de roble labrado esta se abría para ella. La atenta mujer del servicio la recibió con una sonrisa de practicada cortesía. Al ver que no llevaba abrigo, se limitó a pedirle que la acompañara a la terraza, donde la señorita Tremblay la esperaba para tomar el té. Dejaron atrás la vista de la clásica escalera de mármol con barandal de herrería y la iluminada sala de estar a su izquierda para seguir por el amplio pasillo del lado contrario.

«Con que té, ¿eh?». Al parecer Londres no había salido del sistema de Felicity tras haber pasado su niñez y la mitad de la adolescencia viviendo allá.

Encontró a la hermosa chica dando algunos toques finales a la pequeña mesa exterior con vista a la piscina y más de aquel paisaje armonioso y envidiable. Cuando alzó la mirada, se acercó sonriente hacia ella.

—Me alegra que pudieras venir. —El saludo consistió en un beso en la mejilla. Después despidió a su sirvienta con un gesto de la cabeza.

—Te escuchabas ansiosa al teléfono. Asumo que no está relacionado con negocios puesto que me pediste reunirnos aquí. —Comenzaron a avanzar a pasos cortos hacia el cenador, también de techo de pizarra y ladrillo a juego con la casa.

Hasta la mayor de los Crown tuvo que reconocer el encanto de una perfecta mesa servida para el té, dispuesta con una vajilla que incluía una bandeja de tres niveles en cerámica blanca repleta de exquisiteces sobre un mantel de hilo del mismo color.

—Espero que los demás no sean tan perceptivos como tú. —Las dos mujeres tomaron asiento. Jessalyn ya había notado las delicadas zonas oscuras bajo los ojos de la chica, quizá producto de algunas noches enteras sin dormir, supuso.

—¿Qué hizo Alexander ahora? —Fue directo al grano, ¿qué otro motivo tendría Felicity para lucir de esa manera?

Contrariada, la mujer más joven emitió un diminuto sonido angustiado. No obstante, se esforzó por mantener la serenidad de su rostro.

—Lo conoces tan bien como yo, es solo que esta vez pensé que haber puesto un poco de distancia podría ayudar en algo a solucionar lo nuestro. —Se puso de pie a fin de servir el té a su invitada, con ese aire prolijo y refinado tan propio de ella. Pero Jessalyn jamás había permitido que algo tan superficial como la apariencia la engañara. Aquella chiquilla, cuyos rasgos eran una perfecta fusión entre dulce y sensual, era tan lista y calculadora como la que más—. Lo amo demasiado, simplemente no puedo renunciar a él con tanta facilidad.

Al terminar, Felicity volvió a la silla para servir su propia taza.

Un trago al aromático brebaje.

El paladar de Jessalyn se llenó con el exquisito sabor del té negro con leche y una pizca de azúcar.

—Detesto tener que ser yo quien te lo recuerde, pero fuiste tú la que se encargó de provocar todo esto —repuso la alfa, su voz carecía de inflexión.

La miró con fijeza, tratando de entender qué demonios pasaba por la cabeza de esa mujer en cuanto a su hermano se refería.

—Entonces no me sentía preparada…, pensé que Alexander tampoco lo estaba. Jamás imaginé que le afectara tanto la pérdida de nuestro hijo. —Dejó la taza sobre la mesa sin parar de juguetear con la delicada asa pintada de dorado.

—Pérdida que tú provocaste.

Una aseveración brutal que no se molestó en seguir guardando solo para sí, pronunciada con excesiva tranquilidad.

—Me duele que pienses así de mí. —«A mí me dolería que pensaras que soy estúpida si me importara», se dijo Jessalyn, quien nunca se tragó la patraña de que se trató de un aborto espontáneo. Era tan simple como que Felicity no quería que nada ni nadie interfiriera en la eterna «Luna de miel» de sus primeros años juntos—. Fue muy duro para ambos…, estaba destrozada —añadió, ocultando la mirada bajo sus pestañas.

Luego Jessalyn descubrió que nada sanaba un alma destrozada como irse de compras a Tiffany's, que fue donde la encontró poquísimos días después del trágico incidente.

—Estoy segura de que no me llamaste para hablar de los viejos tiempos. —Ojeó la variada cantidad de bocadillos en la bandeja. Atrapó un *scone* y se lo llevó a la boca, saboreándolo a mordiscos diminutos—. También de que no vas a pedirme que interceda ante mi hermano por ti. Sabes que aunque quisiera no podría hacerlo. Apenas nos hablamos.

—Estoy embarazada, de cinco semanas y media para ser exacta. —Felicity no esperaba felicitaciones de parte de la otra mujer. De igual forma eso no evitó que el corazón se le subiera a la garganta cuando observó que una incrédula ceja se alzaba en su dirección—. Y Alexander terminó conmigo hace unos días.

—¿Sabe lo de tu estado? —En realidad nada la convencería de la veracidad de esa información

hasta ver a la criatura con sus propios ojos.

—No se lo dije. Quiero evitar a toda costa que piense que estoy utilizándolo como una excusa para que no se marche de mi lado. —Otro trago a su bebida.

—Ya es tarde para eso, querida. En dado caso… —Cruzó los tobillos por debajo de la mesa—… Se limitaría a asegurarse primero de que lo que dices es verdad, y si es así no creo que vaya a dejar que su hijo crezca sin saber quién es él y cuál es el apellido que le corresponde. —Su expresión cambió, aunque seguía evaluándola—. Pero eso no es lo que te preocupa, ¿cierto?

—Voy a darle el hijo que tanto quiso una vez. Lo adecuado es que vuelva a mí y construyamos para él la familia que necesita.

Sonaba como si quisiera convencerse a sí misma de que era de ese modo. Lo cual hizo que Jessalyn se cuestionara qué tan fuerte sería la armadura emocional que solía colocarse cada día para salir a enfrentar al mundo.

—Quieres decir que *tú necesitas*. —La mayor de los Crown apoyó un codo encima de la mesa y la barbilla sobre la palma abierta de su mano. No había diversión en su rostro, pero por alguna extraña razón Felicity casi podía escuchar las carcajadas en el fondo de su mente—. Un heredero no es pretexto suficiente para que un hombre se quede, pero inténtalo si es lo que quieres.

Unas cuantas avecillas revolotearon de pronto entre las ramas de un árbol cercano, ninguna de las dos pareció interesada en los vivaces chillidos de aquellas inadvertidas criaturas con vidas mil veces menos complicadas y más felices que las suyas.

—¿Conoces a un tal…, Wallace? Creo que ese es su apellido —mencionó con actitud desinteresada en tanto servía en su plato un par de bocadillos entre dulces y salados.

¡Vaya!

La conversación se ponía interesante al fin.

—Jules Wallace. —Jessalyn jamás olvidaba un nombre, o un rostro. Mucho menos uno poseedor de un rasgo tan distintivo como lo eran sus ojos de distinta tonalidad—. Es el nuevo asistente de Joan St. James. ¿Qué hay con él?

—Me gustaría saber qué primera impresión te dio.

—Es un hombre hermoso, inteligente. Se ve que tiene potencial… No es lo refinado que tú, pero no me desagrada. —Hizo un descuidado mohín, que ocultó casi de inmediato detrás del borde curvo de cerámica de su taza—. Apenas entró en la empresa y ya ha causado una gran impresión. Es el tipo de personas que necesitamos tener en Crown Media.

—Pues yo lo quiero lejos de Alexander.

—Oh, hubieras comenzado por ahí. ¿Qué es lo que sabes que yo no?

—Que se está revolcando con tu hermano. —Como dos rocas, duras y gélidas, los ojos de la chica —. Yo misma vi la sospechosa actitud de ambos cuando los sorprendí en su oficina la otra noche.

—Entonces no los encontraste haciendo nada en realidad, son meras conjeturas. —Que Jessalyn no le diera la importancia que merecía el asunto amenazaba con exasperarla—. ¿Quieres que lo despida porque piensas que se acuesta con Alexander? Lo siento, pero pudiste habérmelo dicho por teléfono. Me habrías ahorrado hacer todo el viaje hasta acá para decirte que no. —En un acto que Felicity halló asombroso, ella acercó la mano y la colocó sobre la suya con solidaridad—. Creo que es momento de que lo asimiles. Ya ustedes no están juntos; ten a ese bebé y acepta lo que mi hermano esté dispuesto a darte. Que yo despida o no a ese hombre no te asegura que él lo busque en otro lugar, si es que las cosas son como piensas y ahora a Alexander le gustan los omegas con pene.

—¡Es que no lo entiendes! —Ante la atónita mirada de su invitada, Felicity saltó de la silla al tiempo que arrojaba todo lo de la mesa al piso de un histérico manotazo. Metal, comestibles y

cerámica volaron por el aire. Ese último se hizo añicos contra el suelo de piedra, cuyo desconcertante estrépito provocó que las avecillas retozando entre las ramas huyeran horrorizadas —. Él es… Nunca he amado a nadie como lo amo a él. Tienes que ayudarme. —Su voz se había suavizado con el fervor de la súplica para entonces.

Y así la armadura se desprendía dejando expuesta a la persona que en verdad había detrás.

En silencioso desapasionamiento, la hermana de Crown la observó por unos instantes. Se levantó con parsimonia, sacudió con deliberada lentitud las migajas de pastelillos que cayeron sobre su costoso enterizo *strapless* azul marino, y tomó su cartera.

—Te ayudaré. Pediré a mi asistente que busque al mejor psiquiatra de la ciudad y que te aparte una cita —tras decirlo, dio media vuelta y se marchó.

15: ¿Qué hiciste, Jules?

Adis era el felino, no él.

Sin embargo se encontró ronroneando…, sonriendo satisfecho contra los labios del griego.

—Buenos días —pronunció con el pulso todavía acelerado.

Andros le respondió con una sonrisa de lo más perversa.

Estuvo soñando. Decir con exactitud *qué* no era lo importante, sino el modo en que fue extraído de aquel sueño para encontrarse de pronto en medio de otro tipo de fantasía. La lengua del griego había provocado estragos en su zona más masculina; delicadas lamidas de terciopelo jugaron en aquella carne de extrema sensibilidad hasta hacerlo temblar con la promesa de un placer mayor.

Llevado por las plácidas sensaciones, Jules había enterrado los dedos entre el cabello del hombre. Sus uñas dejaron caminos enrojecidos a través de la piel de la fornida espalda, de sus hombros, cuando la boca que estuvo primero torturando su miembro, bajó para juguetear un poco más en aquel otro lugar más vergonzoso antes de dejar espacio a la gruesa rigidez de su virilidad.

De una húmeda estocada lo hizo suyo una vez más. A ritmo de embiste arrancó de él su nombre fracturado en lánguidos gemidos, precioso sonido que se deshizo en un alargado jadeo de liberación que él se aseguró de prodigar antes de seguirlo con una potente exhalación.

—Me alegra ver que descansaste bien pese a no estar en tu cama. —Alargó la mano para deslizar los dedos por el corto y duro vello de la mejilla del alfa.

—No es la cama, es la compañía. —Jules pensaba igual: integrar sexo y café griego en sus rituales matutinos se veía como una promesa fascinante—. Me gusta estar contigo, aunque creo que eso ya lo notaste.

—Un poco, sí. —Se arrellanó a su costado, sonriendo como un perfecto idiota. Disfrutaba de la cálida sensación de tener con quien compartir su cama. El único que había estado por ahí en las noches era Alec, y eso no contaba—. Dime si no te estoy robando mucho tiempo.

Le entristecía saber que por cuestiones de trabajo el griego lo dejaría solo el resto del domingo.

—Todavía me quedan un par de horas. —Los brazos de Adis se enrollaron en torno a su cuerpo desnudo, tirando de él hacia el suyo como si no quisiera que nada se interpusiera entre ambos, ni siquiera el aire—. Me gustaría tener más tiempo. Lo siento.

—No lo hagas. Hay que hacer lo que hay que hacer. —Posó un sosegado beso en su garganta, que sintió moverse bajo sus labios—. Siento que no le he dedicado suficiente tiempo a *Arsen* desde que comencé a trabajar. Hoy voy a mimarlo por ración doble en compensación. Se vienen semanas agitadas con lo del aniversario de la compañía.

—Eso escuché. —Adis se movió un poco; el rostro de Jules y el suyo quedaron de frente—. Será la celebración más prestigiosa del año según especulan los medios.

—Y vaya que lo será. El mismo Crown supervisa de cerca el trabajo de Joan; no quiere que nada se le escape, si está dentro de sus posibilidades —le comentó—. Es un hombre…, muy meticuloso. —Eso entre muchas cosas más, como brutalmente descarado. El recuerdo de lo que sucedió con el millonario en su oficina lo asaltó de pronto. Buscó enterrar con fuerza esas inconvenientes imágenes para reconducir sus pensamientos hacia asuntos menos incómodos—. ¿Qué te gustaría hacer si fuera un domingo cualquiera y no tuvieras que ir a trabajar?

—Te arrastraría conmigo a alguna playa. —Una respuesta inmediata—. Subiríamos a mi motocicleta hasta dar con un buen lugar donde arrojarse sobre la arena. Después rentaría un par de tablas de *surf*.

—¡Así que practicas *surf*! —Lo observó con entusiasmo—. Me gustaría intentarlo alguna vez.

—Hace mucho que no lo hago, pero te enseñaría si quieres. En Parga las olas no son muy buenas en realidad; solía viajar cada fin de semana con mis amigos a Kolibithra, es una playa en la isla de

Tinos con imponentes acantilados y arena muy, muy blanca.

Distraído en la memoria jugueteaba con el cabello del asistente.

Hacía remolinos con los mechones y aprovechaba la ocasión para tocar su pecho, deslizando la punta de los dedos en una caricia deliciosa hasta acabar en la rugosa superficie del pezón.

—Se escucha como algo que yo extrañaría muchísimo hacer.

La voz de Jules pequeña con un leve atisbo ronco en el fondo.

El rostro de Andros se mantuvo apacible, aunque algo se movió en la profundidad de sus ojos, algo pequeño, casi inexistente, que le dejó saber que haberlo mencionado rozaba un poco de verdad.

—Si hoy fuera un domingo cualquiera y estuviéramos en Parga te llevaría de la mano por sus estrechas calles. Son muy pintorescas, ¿lo sabías? Te mostraría el paseo marítimo y la bahía. Nos detendríamos en el Sugar Bar a tomar un *cocktail* y nos sentaríamos en el pequeño sofá de cojines verdes y blancos que da a la calle para mirar las embarcaciones que entran y salen del puerto.

Había una sencilla tranquilidad en su forma de decirlo que hizo que no le costara figurarlo en su futuro con él.

—Si hoy fuera un domingo cualquiera dejaría que me llevaras a donde tú quisieras —le respondió, porque sabía que a Adis le encantaría escucharlo tanto como a él decirlo. Con un beso fervoroso apresó los labios de aquel omega al que ya consideraba como suyo. Un pensamiento egoísta que su felicidad inmediata aplastó sin dejar rastro de su existencia.

Le gustaba lo bien que se sentía estar a su lado. Reconocer las ligeras curvas y relieves de aquella piel que empujaba contra sus inquisitivas exploraciones. Un contraste que era a un tiempo hermoso y erótico: Jules un poco más suave. Sutil. Él duro…, áspero. Fuerza bruta que se rendía sin ningún reparo ante aquel espléndido obsequio.

Tras un prolongado retozo abandonaron la cama con dirección al baño, donde el joven no tuvo objeción en dejarse atender por el griego en su intento de lavarle el cabello. Quedaba claro que era la primera vez que realizaba dicha tarea cuando aplicó el acondicionador antes que el *shampoo*.

Soltó una risa de corta duración.

—No creas que no me estoy dando cuenta de que te estás riendo de mí —dijo a sus espaldas. Muy diligentes los dedos masculinos hundidos entre su pelo. Pudo imaginar una expresión de máxima concentración con algo de humor mientras le masajeaba el cuero cabelludo.

—¿Cómo crees? —Su tono era risueño—. Es uno de los mejores masajes que he recibido nunca.

Una de aquellas interjecciones griegas.

Se adivinaba el matiz incrédulo que vibró en la garganta del otro hombre.

—Lo estoy haciendo a mi estilo. —Tomó la ducha de mano; tras verificar que el agua estuviera a la temperatura adecuada enjuagó la longitud de un cabello que sobrepasaba la línea de la cintura de Jules. Sus ojos se demoraron en la visión de su trasero prieto, la piel lustrosa y húmeda. Sin poder contenerse le dio una pequeña nalgada al acabar.

—Supongo que eso es parte de tu estilo también. —Jules se daba la vuelta, con la esponja de tallar cubierta de espuma entre las manos a la par de una mueca jovial.

—¿Y qué te pareció? —Lo aferró por la cintura, momento en el cual el asistente pasaba los brazos por encima de sus hombros para asirse a su cuello sin interrumpir el contacto visual.

—Bueno, me parece que consentir a tu chico jamás va a pasar de moda. Gracias por mimarme —susurró en su oído. La intimidad de esas palabras hizo contacto inmediato con su entrepierna.

—En ese caso… —Buscó la esponja después de desasirse de su agarre. El olor de la vainilla, si bien en menor intensidad, seguía ahí, y combinado con aquel dejo almizclado que brotaba de sí mismo provocó que sus instintos más primarios amenazaran con encenderse de un momento a otro.

La idea de tener que irse a trabajar le pesaba un horror—… El paquete de tratamiento «Delirios griegos» apenas comenzó. —Dio un paso con la idea de tallarle la espalda, pero la jabonosa superficie bajo sus pies le hizo perder el equilibrio.

Lo siguiente que supo es que se hallaba tirado de espaldas del otro lado, a medias desnudo a medias envuelto en la cortina de baño con lunares de colores sobre fondo transparente.

Más desorientado que otra cosa, se dio cuenta de que la mullida alfombra había amortiguado en parte la caída.

—¿Te lastimaste? —preguntó Jules de pronto arrodillado a su lado. Adis lo contempló un instante con labios pétreos. La mirada del omega proclamaba a gritos lo que su cara se negaba a demostrar.

—Anda ya, ríete de una buena vez.

—¡PFFFTTT!

Las carcajadas se desbordaron en torrente e hicieron eco en las paredes. Andros estaba seguro de que debían escucharse desde el *lobby* del edificio varios pisos abajo. Se recostó sobre el antebrazo negando con la cabeza, en espera de que Jules terminara de darse el gusto.

—Lo…, lo lamento mucho… —Sus mejillas parecían a punto de estallar—… Es que…, es que nunca me…, habían hecho reír tanto… —Más risotadas.

—Oh, ¿sí?… Entonces… —Se abalanzó hacia él con tanta rapidez que no pudo anticiparlo. Sobre la alfombra descubrió que la zona de su cuerpo donde más tenía cosquillas era la del cuello. Lo torturó con sus besos hasta que lo escuchó suplicar clemencia—… La próxima vez lo pensarás mejor antes de reírte de mi desgracia.

—Ahora puedes añadirlo al paquete de «Delirios Griegos». —El anterior rapto de risa apenas le había dejado aire en los pulmones.

Una oleada de satisfacción perezosa lo embargó en tanto acariciaba la mejilla del alfa.

Percibía que sus emociones se iban atando a él con cadenas que no necesitaban ser vistas para que fueran reales.

—Ahh…, Jules… —Algo enorme se había abierto camino en el pecho del griego mientras lo contemplaba allí, debajo de su cuerpo…, mojado y radiante. Algo que tomaba cada átomo de su ser a su paso—. Agapi mou. —«Mi amor».

Porque ya lo amaba. De eso estaba por completo seguro.

Αγάπη μου: Agapi mou



Deslizó la cabeza a través de la prenda cuando su atención se detuvo en el mueble de madera junto a la puerta.

Andros ya había observado que el apartamento de Jules, por otro lado de una atmósfera entre contemporánea aliada con piezas de herencia, como aquel mueble por ejemplo, carecía de ese aire doméstico que los retratos familiares solían aportar. Por tal motivo no pudo evitar verse atraído por el atisbo de lo que parecía un marco fotográfico: apenas una esquina de madera en blanco envejecido, medio oculta por unas cuantas frazadas dobladas al frente y un jarrón que exhibía un arreglo de flores secas.

Llevado por una insoportable curiosidad se movió en ese sentido, medio latido después el viejo retrato de un niño y una niña pequeña descansaba entre sus manos, provocando que un sinfín de preguntas saltara en su mente en tropel.

De distintas edades, el mayor debía tener si acaso seis años. Ese era Jules. Sus ojos tan llamativos eran inconfundibles. Ambos sonreían de esa inocente forma en que solo los niños pueden a quien estuviera detrás de la lente.

—Tessa.

Lo repentino de la voz del omega junto a él le hizo darse cuenta de que se había perdido en la imagen.

Ni siquiera escuchó que la secadora de cabello de Jules se había apagado cuando él terminó de arreglarse en el baño.

—Yo… Lo lamento, no era mi intención husmear.

—No pasa nada. De todos modos no es que estuviera escondida. —Se encogió de hombros, sin otra cosa en su expresión que una mirada remota. Señaló la fotografía—. Era…, es, mi hermana. Tessa. —Vaya, aquello fue inesperado. Un poco más de Jules que descubría esa mañana. Le sorprendió lo sereno que parecía, sin ese habitual indicio nostálgico flotando a su alrededor—. Esta es nuestra última fotografía juntos. —Se aclaró la garganta con un breve carraspeo—. Falleció poco después.

—Me apena mucho escucharlo. —Movió el brazo para devolver la foto a su sitio con respetuosa lentitud. Después se dio la vuelta a fin de envolver a su chico en una caricia abrigadora—. Lamento haber traído de nuevo el recuerdo.

—Pasó hace mucho. En mi cabeza todo es muy borroso. —Entre los brazos de aquel hombre encontró la valentía que pensó olvidada y le relató lo sucedido. Quizá solo deseaba desahogarse. Quizá solo deseaba ser más abierto con él.

Su familia había estado de paseo en un balneario en Savannah. Lo que sí recordaba con exactitud era el inflable de cisne que su padre les compró para la ocasión, lo hacía porque le encantó el moño rojo con lunares blancos que adornaba su largo cuello.

Chapoteaban sus pequeños pies en el agua, impulsándose sobre la cristalina superficie. Sus padres estaban cerca, con los rostros sonrientes bañados por el sol.

Una colorida pelota iba de aquí para allá entre la multitud que llenaba la piscina. Tessa también quería tocarla cuando pasó sobre sus cabezas así que se impulsó hacia arriba con las manos en alto.

Entonces se deslizó del cisne. Había muchas personas alrededor, sonrientes también. Jules apenas recordaba lo que pensó en ese momento: todo era parte del juego. Contempló cómo el cabello de su hermana se deshacía en remolinos bajo el agua en tanto se alejaba más y más en el fondo. Y esperó a que regresara.

Un grito espantoso llegó desde alguna parte.

Era su madre.

—*¿Qué hiciste, Jules?* —Su garganta se cerró de manera dolorosa con el recuerdo de aquella acusación. El resto de esa memoria se había convertido en una ráfaga turbia, lejana. No así el eco de las palabras que parecía seguir escuchando una y otra vez taladrándole la cabeza.

—No es tu culpa. —La convicción que desprendía la voz del griego era como un templo. Un escalofrío brutal le atravesó las venas al detectar lo imperioso de su intención al estrecharlo más contra su cuerpo en caso de que no fuera suficiente.

Sin embargo, Jules ya no tenía lágrimas para derramar. Al parecer ya las había gastado todas.

«¿Qué hiciste, Jules?». Sabía que no era responsable de nada. Solo era un niño pequeño. Pero aun así dolía.

Con el correr de los años, la sensación de que su madre en realidad lo encontraba culpable por lo de Tessa no hizo más que acrecentarse. El abismo que los separaba era insalvable, siempre lo fue.

Por otra parte, su padre se volvió más consentidor…, hasta rayar en la sobreprotección. Cuando Jules tuvo un poco más de edad llegó a comprender que Elliot temía perderlo también, por lo que se refugió en su cariño como si de un salvavidas se tratara.

Y sin estar consciente de ello le dio voz a ese pensamiento.

Al instante se percató de cómo los músculos del cuerpo que lo rodeaba se volvían de roca.

En consecuencia, Adis se vio removido por un furioso sentimiento de protección hacia él. Ahora podía comprender mejor que el hombre que amaba estuviera un poco roto, que evitara hablar de su pasado. Aunque seguía siendo un luchador. Y él respetaba ese espíritu por sobre cualquier otra cosa.

—No pretendo conocer cómo funcionaba tu familia, lo que sí sé… es que el miedo nos hace decir y hacer cosas que de otro modo jamás imaginaríamos. —Lo cogió por los hombros. Necesitaba que él se diera cuenta de la verdad que tenía en sus ojos—. Me tienes a mí ahora. Dime que lo comprendes, ¿sí? —Para entonces su voz no era más que un susurro. Profundo. Vehemente —. No estás solo, Αγάπη μου.

—Lo sé —respondió Jules, que cerró los ojos con fuerza cuando se dejó abrazar por él de nuevo —. Lo que no sé es qué significa eso que acabas de decir. Mi griego apesta.

Adis se echó a reír por lo bajo.

—«Mi amor», pero creí que no iba a agradarte. Sé que todavía es muy pronto. —Se separó lo suficiente para mirarlo. No quería que pensara que era una declaración falsa, carente de significado, porque nunca en su vida había admitido nada con tanta sinceridad como aquello—. Me encantas, Jules. Pero si te molesta…, no lo diré más hasta que tú quieras.

Una sonrisa lenta fue su recompensa.

—No me molesta. —Jules se puso ligeramente de puntillas para unir sus labios a los suyos, diciéndole con aquel beso que él ya había entrado también en su corazón de forma irremediable.



—Te llamaré en cuanto pueda, hermoso —se despidió Adis después de haberle enmarcado el rostro con las manos para besarlo por millonésima vez esa mañana. Aun así seguía sin ser suficiente —. Cuídalo bien por mí, amigo.

Acarició la peluda cabeza de *Arsen*, que se encontraba junto a ellos en el pasillo y seguía inspeccionando con el olfato al desconocido que pasó la noche con su amo.

—Cuídate también.

A regañadientes le soltó la mano.

Una figura conocida apareció a través de la zona de elevadores a pocos pasos, con la mitad del rostro oculta detrás de una enorme bolsa de comestibles con el logo de un supermercado cercano impreso sobre el papel.

—Señora O´Brien, ¡qué gusto! —saludó Jules al ver que se detuvo frente a la puerta de su vecino —. Hace mucho que no venía de visita.

—Hola, lindura. —La mujer sonrió y alrededor de sus ojos asomaron algunas arrugas. Su semblante general denotaba afectuosidad—. Veo que me he perdido de mucho en mi ausencia — pronunció con deliberada tranquilidad al tiempo que evaluaba con ojos estrechos aunque simpáticos al apuesto griego de pie a su lado.

Jules contuvo una sonrisa al ver que se llevaba los lentes sin montura que le colgaban del cuello con una cadena hasta el puente de la nariz, dispuesta a no perderse un solo detalle.

—Adis, te presento a la señora O´Brien. Es la madre de Alec.

—Señora, es un gusto conocerla. Andros Zagorakis a su servicio. —Estrechó la mano que le tendió la anciana entre las suyas con impecable cortesía.

—Oh, Dios mío…, pero si eres griego, muchacho. —El brillo de la sorpresa inundó sus ojos como estanques azulados. La puerta a sus espaldas se abrió un poco, con espacio suficiente para que la cabeza de Alec asomara con curiosidad—. Mi tatarabuelo era de Chipre, aunque por supuesto jamás lo conocí. Siempre me dio la impresión de que los acentos sonaban muy parecidos.

Alec, con cara de «recién levantado», salió del todo para quitar de manos de su madre la bolsa de las compras.

—¿Por qué no me dijiste que vendrías? Te habría ido a recoger. —Se agachó para depositar un beso en la mejilla de su progenitora—. ¿Qué hay, hermano? —saludó a Adis con un enérgico estrechar de manos—. ¿Ya tan pronto te vas?

—El trabajo no espera.

—Quieres decir que Crown no espera —añadió el otro con una sonrisa.

—Es una lástima. Hoy pienso hacer la comida favorita de mi Alec, nos habría encantado que te quedaras.

Jules casi se derrite con la expresión de disculpa que su chico le dedicó a la mujer.

—Si la invitación se extiende para otra ocasión será un placer.

La señora O´Brien asintió con efusividad.

Le dio una palmadita cordial en el antebrazo.

—¿Tú sí nos acompañas, Jules?

—Estaré encantado.

—Entonces comenzaré enseguida

Se despidió de Adis y se perdió en el interior del apartamento de su hijo, mencionando que lo veía muy delgado, que tendría que ir a cocinarle más a menudo porque casi podía jurar que estaba haciendo una de esas dietas raras por culpa del concurso.

—Será mejor que vaya a ayudarle —señaló Alec con el pulgar sobre el hombro—. Espero verte más seguido por aquí, queda pendiente también la cena con tus hermanos.

—No lo he olvidado.

Su amigo también desapareció y volvieron a quedar a solas en el pasillo.

—¿Concurso? —El móvil de Andros empezó a vibrar en el interior de su chaqueta de piel.

—Es una larga historia. Cuando tengas más tiempo te la cuento. —Él volvió a besarlo, en esa ocasión con mayor rapidez antes de poner rumbo hacia las gradas a un lado de los elevadores con el dispositivo junto a su oído.

Hasta que *Arsen* tironeó de la manta de su pantalón no se percató de que seguía mirando hacia el lugar por donde el griego se había marchado.

Un suspiro.

Se agachó para frotar las orejas de su peludo compañero.

—Te agradó, ¿no es cierto? —Más caricias sobre el pelaje dorado, que luego se concentraron alrededor del cuello—. ¿Cómo no iba a hacerlo? Creíste que no me di cuenta de que te estuvo pasando trocitos de salchicha por debajo de la mesa, ¿eh? —Sonrió con cariño y diversión a la vez. Lanzó un último vistazo hacia las gradas.

¡Qué mañana! Mucha de la carga que llevaba arrastrando por años se suavizó dejándola salir al fin; ni siquiera Alec conocía los pormenores de lo sucedido. Jules se había limitado a contarle lo necesario sin desvelar la herida que lo dejó marcado para siempre.

Que Adis lo reconfortara de ese modo hizo que el niño herido y el hombre en que se había convertido se encontraran a medio camino de la reconciliación. Volvió a agradecerle en silencio.

—Vamos, chico. Apuesto a que se te antoja un buen baño de burbujas.

Arsen le lamió los dedos a modo de respuesta.

Αγάπη μου: Agapi mou: Mi amor

16: Amoríos y secretos

—Es verdad que es una fuente elegante, pero le falta algo… —Joan se refería a las tipografías que estaban probando tanto para la publicidad impresa, las tarjetas de presentación y las invitaciones, como la del sitio web.

Quería que armonizaran.

En la página de la empresa se usaría apenas, aquí y allá a fin de no saturarla con los demás elementos gráficos de la composición. El pronóstico de las invitaciones era una lluvia de belleza. Irían acompañadas de una especie de paquete con contenido muy exclusivo. Obsequios para exhortar a sus destinatarios a formar parte de los diversos eventos programados destinados a celebrar el medio siglo de existencia de la compañía.

—Es muy delgada —repuso Jules en lo que anotaba lo de ese día en su *tablet*. Tenía que incorporarlo al *dossier* que debía entregar a Alexander Crown en pocas horas, *dossier* que una vez más le enviaría por correo. Porque ni de chiste pensaba subir a la oficina de aquel hombre de nuevo después de lo sucedido la otra vez. Por suerte habían pasado semanas sin encontrarse con él luego de la charla que tuvieron al día siguiente. Ese era un motivo para celebrar—. Pienso que quizá algo más enérgico, de trazos más gruesos y menos… —Hizo girar su dedo varias veces en el aire.

—Puede ser… puede ser.

Pensativa, la señora St. James siguió en lo suyo mientras que Jules se levantaba para atender el teléfono que timbraba en su cubículo. Era una llamada del departamento de diseño gráfico. La derivó de inmediato a la oficina de su jefa puesto que la había estado esperando.

—Señor Wallace —escuchó decir a su lado mientras soltaba el auricular, con tanta suavidad que se le erizó la piel. Sin levantar la vista supo de quien se trataba.

Con renuencia alzó el rostro para encontrarse cara a cara con Felicity Tremblay. Después miró de reojo a Joan, seguía inmersa en la llamada sin dejar de mecerse en su silla de escritorio de espaldas al pasillo.

—Señorita Tremblay, ¿en qué puedo…?

—Necesito hablar con usted: en privado. —No le gustó el tono de su demanda, tampoco lo que sugería.

En ese momento su cerebro operaba en base a un solo pensamiento: no quería, ni tenía, nada que hablar con aquella mujer. Pero no pensaba arriesgarse con su jefa al lado; se sintió acorralado.

Tras maldecir a Crown de nuevo se puso de pie. Más alto que ella, tuvo que bajar la cabeza para decirle:

—Hay una sala desocupada por aquí cerca. Si gusta acompañarme… —Dejó que la rica heredera abriera la marcha. Luego le diría a Joan que había ido por un café, o algo así.

Si la presencia de ambos, uno caminando a pocos pasos detrás de otro, levantó alguna clase de curiosa sospecha, no lo notó.

Quizá fuera la molesta sensación en su estómago que monopolizaba todo lo demás.

La condujo hasta la sala de proyección donde habló con Alexander esa vez. Los muebles se encontraban tal cual los recordaba, al igual que el incómodo efecto que dominaba las circunstancias y que volvía a repetirse.

—Señorita Tremblay, ¿qué quiere hablar conmigo que es tan important…?

—Quizá pienses que soy una estúpida, Jules —soltó como si no lo hubiera escuchado, peor que eso, interrumpiéndolo a propósito porque no le interesaba lo que él tuviera que decir—. Alexander es… —El pecho de la chica subió y bajó con una respiración lenta y profunda. La expresión de sus ojos había cambiado. Se la veía llena de un resplandor que la llevaba más allá de donde Jules era capaz de ver, hacia los recuerdos de tiempos mejores que solo le pertenecían a ella junto al hombre

que amaba—… Si eres tan listo como dicen, te mantendrás alejado de él. —No tuvo necesidad de subir la voz para dar a entender su punto.

Una amenaza filosa envuelta en terciopelo.

Lejos de impresionar al hombre que tenía enfrente, solo consiguió que una ira aguda y gélida cobrara vida en su interior.

Jules no estaba de humor para tolerar que fueran hasta su lugar de trabajo, lo interrumpieran en sus tareas, para exigirle cuentas por un romance que no existía más allá de la cabeza de Felicity.

Pensó en lo que Crown le dijo la última vez que hablaron, que la relación entre ellos se terminó. O él decía la verdad y ella luchaba por recuperarlo, o era en realidad el cretino insufrible que había demostrado hasta ahora.

Decidió actuar con prudencia y no mencionarlo, de hacerlo se pondría en evidencia dejándole saber que hubo algún tipo de comunicación posterior a lo ocurrido aquel día en su oficina.

—Pienso que es una lástima que ni toda la riqueza y la belleza que usted posee sean suficiente para darle un poco más de seguridad —repuso con expresión marmórea.

—¿En serio?... ¿Tú sientes lástima de mí? Parece que no sabes bien cuál es el terreno que estás pisando. —Su lenguaje corporal sufrió una transformación. Era muy fuerte la noción de que lo que veía aflorar frente a sus ojos era la versión auténtica de aquella mujer, y entretuvo a esa parte de Jules que le gustaba ser desafiado—. No te dejes llevar por los halagos, muchachito. No eres tan especial como te han hecho creer. Solo un *don nadie* más en el camino. Tan simple como la fugaz curiosidad de Alexander por probar un omega macho en su cama. Eso es todo, Jules. —Escupió su nombre como si de veneno se tratara.

—Está muy segura de que lo que piensa es verdad… —Sus ojos quietos como lagos. Inamovible la forma en que soltaba cada palabra—… Entonces, por favor… —Extendió la mano hacia la puerta—… Vaya, dígaselo a mi jefa y haga todo el alboroto que quiera ya que opina que está en su derecho. Yo puedo soportarlo porque no soy nadie, ¿recuerda? Desaparecer para mí no representa ningún problema. Aunque sería injusto puesto que solo usted lo ve. En cambio… ¿Está preparada para hacer de esto algo mucho más grande de lo que es en verdad?

—Te crees muy listo.

—Y usted cree que su dinero le da derecho a venir a insultarme. ¿De verdad esperaba que me quedara callado mientras lo hace? Ni siquiera me conoce, señorita Tremblay.

El ceño apenas encogido en el precioso rostro de Felicity demostraba su intento por contenerse. Resultaba evidente que estudiaba su expresión para decidir qué responderle. Jules casi veía los insultos flotando como subtítulos sobre su cabeza.

La joven heredera había considerado apelar al resultado de la prueba de embarazo que llevaba en el bolso, después desechó la intención. La idea de despertar esa empatía en Jules ahora se mostraba ante sí tan insultante como el aire de superioridad con que el otro la observaba, como una persona que de verdad no tenía nada que perder, muy diferente de ella.

—Nunca permitiré que encuentre la felicidad, ni contigo ni con nadie más. Eso es cosa mía. —Sus labios temblaron un poco, de ira o de tristeza. No sabría decirlo. Su futuro sin Alexander en él era la visión más espantosa que su mente podía convocar.

—Entonces no quisiera estar en los zapatos de Crown. —Y como Jules no pensaba dejar que fuera esa loca quien dijera la última palabra se encaminó a la puerta—. Suerte con eso —dijo antes de marcharse. Lo único que le pesó fue no poder mirar hacia atrás para verle la cara.



—Jules, qué bueno que te veo.

Los ruidosos zapatos de tacón de Natalie lo alcanzaron cuando cruzaba las puertas del edificio Crown.

— Ah…, hola. ¿Llevas prisa? —Él también deseaba llegar cuanto antes a casa.

Solo tras el encuentro con Felicity tomó conciencia de cuanta adrenalina debió haberlo impulsado para ser capaz de enfrentarla. Esta lo abandonó poco después, dejándolo extenuado.

Con dificultad consiguió concentrarse durante la pequeña reunión que Joan sostuvo con algunos de los desarrolladores de *marketing*.

Por suerte, y debido a lo prematuro que era todo todavía, apenas si discutieron de forma superficial las pautas de la fase de producción como un anticipo de una junta más grande y detallada en unas cuantas semanas. Una que incluiría a los fotógrafos a cargo de la sesión que su jefa había mencionado antes y otros involucrados en la monstruosa campaña que tenían entre manos.

—¿Prisa? No. —Torció el gesto de manera graciosa—. Solo somos comida china, el show de Jimmy Kimmel y yo esta noche. —Mientras bajaban la escalinata se ponía el abrigo encima, soltó los mechones rizados que quedaron atrapados debajo de la prenda y prosiguió—. Varios de los chicos y yo estamos pensando en hacer algo este viernes. Me preguntaba si querías venir y socializar un poco más fuera del trabajo.

—Eh, no lo sé…

—Anda, Jules. Solo un par de copas; ¿tal vez con un poco de karaoke incluido? —insistió risueña.

—¿Karaoke de oficina? —Un sonido negativo abandonó su pecho.

—Incluso Florence y Dominic van a ir. —La hija de Joan le agradaba, y de Dominic no sabía gran cosa porque nunca lo había visto más allá de las reuniones del equipo creativo. Sin embargo parecía un sujeto simpático—. Hace mucho que no hacemos esto. Te vendrá bien una salida entre compañeros, es una buena oportunidad para integrarte más y… quien sabe…

Jules parpadeó de forma seguida al comprender la implícita sugerencia de la invitación.

—Espero que no estés buscándome una cita, porque de ser así no estoy interesado.

—Yo jamás te sugeriría un romance con alguien de la oficina. Habría que ser muy ingenuo para tragarse el estereotipo de las novelas románticas; en la vida real jamás tienen un buen final. —Adoptó aquella actitud cómplice, luego bajó un poco la voz al tiempo que buscaba estar a distancia de secreto—. Si no funciona para los *todopoderosos* mucho menos para nosotros. Por los pasillos se dice que hace un tiempo uno de los Crown mantuvo un amorío con alguien del departamento de… Bueno, no recuerdo qué departamento era específicamente. Nadie sabe en realidad qué pasó después, pero no debe haber sido nada bueno porque se esforzaron mucho en evitar que mayores detalles se filtraran a los pisos de abajo.

—¿Cómo es eso de que uno de los Crown? No comprendo. —El ceño que no sabía que se formó en su cara se acentuó.

—Es porque no se sabe cuál de ellos estuvo involucrado, si fue alguno de los padres o de los hijos. Solo trascendió que se trataba de un idilio romántico sin un final bonito para contar.

—Querrás decir «respetable». —Sin querer la mente de Jules le arrojó recuerdos que empañaron su humor.

Al parecer el dinero de la dinastía Crown había sido muy útil para limpiar los estropicios que iban dejando a su paso, como el del desastre financiero que involucraba a su padre. Lo manejaron con tal cautela que Jules solo comenzó a sospechar que algo no andaba bien cuando ya habían pasado más de tres meses del despido de Elliot.

—Como sea, me gustaría que nos acompañaras. —Alcanzaron el final de las gradas. La mirada de Jules salió en busca de la de Andros, que a escasos metros esperaba de pie junto al coche. Tras echar un vistazo sobre su hombro observó que Alexander bajaba también, acompañado de otro de sus escoltas. No pensaba distraer a Adis de su trabajo así que sus ojos regresaron a Natalie—. Tengo la impresión de que serías mi talismán de la suerte. Tal vez Dominic quiera intentar propasarse conmigo y yo esté de humor para dejarme seducir.

—Acabas de parlotear sin parar que nada de romances de oficina —dijo Jules sin saber qué pensar —. Entonces, ¿qué rayos quisiste decir con todo eso? ¿Que no es bueno ni malo sino todo lo contrario?

Una risotada explosiva pero de corta duración salió de sus labios en color Rose Rhapsodie de Lancôme.

—Romance no es lo mismo que sexo casual de una sola noche, Jules. Esos terrenos deberían ser más seguros que… —La mujer se quedó de piedra al contemplar al magnate dueño del rascacielos a sus espaldas. El alfa se detuvo un segundo que pareció eterno para mirar en su dirección antes de ingresar al Audi—… ¿Viste eso? —repuso impresionada—. Eres mi talismán, Jules. Alexander Crown acaba de mirarnos…, eso nunca me había pasado. —Se abanicó con la mano.

Sin embargo, la connotación que Jules apreció en esa mirada le causó una desconcertante sensación. La atribuyó a la imprevista visita de Felicity más temprano, a lo mucho que detestó tener que escuchar sus reclamos, algo que se habría ahorrado de no ser por aquel sujeto.

Su móvil dio señales de un mensaje entrante. Al mirar la pantalla se encontró con que era de Adis: «Estás tan hermoso que no quiero apartar mi mirada de ti. Te llamo en cuanto pueda, mi amor».

Levantó la vista justo a tiempo para verlo abrir la puerta del conductor, lanzar una fugaz mirada hacia él, y entrar después.

Ese detalle borró de un manotazo la irritación que pudo haberse intensificado si seguía en aquella línea de pensamiento.

—Este talismán se va a casa. Te diré algo…, si Joan no me pide que me quede después de las cinco el viernes estoy dentro, ¿de acuerdo?

—Es casi un «sí», me conformo con eso. —Se despidieron con un beso pequeño en la mejilla—. Me voy, la comida china no se ordena sola. Estamos en contacto.

Jules la observó alejarse en sentido contrario, también al Audi que compartía su misma línea de visión. Luego bajó la mirada. La sombra de una sonrisa surcó sus labios mientras escribía una respuesta en su móvil.



Adis estacionó la motocicleta en el lugar de costumbre cada vez que iba al Parga's.

Esa noche Jules lo esperaba un poco más tarde. Era aquel día del mes en que solía sentarse con su familia a revisar los números del negocio; sus padres lo manejaban con un orden impecable y les gustaba que cada uno de ellos estuviera presente. «Cuentas claras, cielo claro», eso decía Konstantinos todo el tiempo. En especial cuando tenían que tomar alguna importante decisión en

orden de mejorar el restaurante familiar. Aquella reunión no debería tardar tanto, la decisión relevante más reciente había sido el asunto de la remodelación, la cual fue todo un éxito.

El guardaespaldas había contribuido con el proyecto inyectando una generosa cantidad de capital. Su forma de contribuir, ya que no lo hacía de manera más directa trabajando en el restaurante como sus hermanos.

Se quitó el casco, y fue entonces cuando vio al chico que no notó antes debido a las sombras que lo envolvían.

—¿Qué… qué haces aquí? —Las puertas al público ya se habían cerrado. Takis no debería estar allí; el asunto en cuestión no lo incluía.

—Sabía que vendrías, siempre lo haces. Te extraño, Αγάπη μου…, y quería verte. —Se moría de ganas de tocarlo. Dio un paso para acercarse con la mano extendida. Andros se echó hacia atrás, manteniendo una prudente distancia. El chico tragó con fuerza—. No he podido olvidarte…, no es tan fácil.

Adis lo observó con tal desapasionamiento que le resultó doloroso contemplarlo. Un semblante que era un sueño de belleza y que se había convertido en una máscara distante e inexpresiva.

—No veo qué razón te he dado para esperarme aquí buscando tener esta conversación. En especial cuando sabes que estoy saliendo con alguien más.

No quería mostrarse grosero, pero discutir un asunto que en realidad carecía de cualquier sentido o propósito para él le parecía una terrible pérdida de tiempo y energía.

—Tal vez esa es razón suficiente. Apenas conoces a ese hombre. Yo… solo me preocupo por ti. No puedo evitarlo…, no quiero que te lastimen —repuso con suavidad. La luz incierta de una farola cercana alcanzaba a iluminar la mitad de su rostro.

Adis no vio otra cosa que tristeza teñida de dulzura en sus facciones. Advirtió cómo la tensión, de la que apenas había sido consciente, resbalaba de sus hombros; sentía un sincero aprecio por Takis. Nada más que eso. Sabía cuánto le había dolido la ruptura. Sin embargo, desde entonces, intentó hacerlo lo más llevadero posible para ambos pese a los esporádicos acercamientos del joven, que aún esperaba recuperar lo que habían perdido.

—Agradezco tu preocupación, pero es un riesgo que va por mi cuenta de todas formas. —Sonaba gentil, aunque distante—. Ahora ve a casa.

—Solo quiero saber algo. Una cosa más. —Un súbito sonido de voces masculinas dentro del Parga's les hizo girar la cabeza un segundo—. Cuando estuvimos juntos, ¿me amaste de verdad?

—¿Qué caso tiene? Deja el pasado donde debe estar, Takis. —Pasó por su lado para adelantarse en dirección de la entrada. La molestia había regresado, con mayor intensidad esa vez. ¡Cuándo entendería que las conversaciones con él siempre terminaban de la misma manera!

—Yo todavía lo hago, Andros, y créeme que me encantaría que no fuera así —añadió sin energía en medio de una noche que se había cerrado fresca y serena a su alrededor.

Al griego no le gustó escuchar aquella dolorosa entonación, casi vio las lágrimas que solían acompañarla. En otros tiempos lo habría abrazado para ofrecerle consuelo, pero llegó a comprender que su solidaria actitud solo daba pie a más confusiones. Ilusionaba a Takis sin proponérselo y provocaba nuevas discusiones. Tenía que hacerle entender que las cosas eran lo que eran. No había vuelta atrás.

Cerró los dedos que sujetaban su casco con más fuerza, y sin pronunciar otra cosa siguió avanzando.

17: ¿Celos?

—Las invitaciones impresas no están listas todavía. Pero… desde ahora les adelanto que vayan pensando en sus mejores galas para el baile de aniversario —comentó Joan al tiempo que organizaba el desorden de papeles sobre su escritorio. Jules y Florence alternaron una espontánea mirada de sorpresa entre ellos y la otra mujer—. No lo comenten con nadie más, por favor. Solo recibí unas cuantas para llevar a quien yo quiera y no deseo verme en un predicamento —soltó una risilla culpable.

—En verdad no me lo esperaba, Joan. No sé cómo agradecer que me tengas en cuenta. —Una inesperada ilusión se medía con algo de reticencia en su interior. Nunca había estado en un evento de tal magnitud, por lo que no sabía si sentirse incómodo o halagado con la idea de verse en medio de una muchedumbre de gente adinerada. Sus previas experiencias con personas que ostentaban aquel estatus no estaban dentro de sus recuerdos más agradables, sin ser exagerado.

Y como rechazarla tampoco se vería bien decidió no añadir nada.

—Bueno, no me lo agradezcas solo a mí. Alexander parecía profundamente complacido con el trabajo que hemos realizado durante todo este tiempo, lo menos que podía hacer, según sus propias palabras, era concedernos un poco de frivolidad a cambio.

—Pues a mí me fascinan esos eventos. —El entusiasmo de Florence confirió un atractivo matiz a su ya de por sí precioso rostro. La sonrisa en él se volvió enorme. Alcanzó a imaginar las posibilidades que debían rondar por la cabeza de la muchacha con ese aire travieso con que le devolvió la mirada—. Es como estar en una de esas *afterparty* de los Oscar. —Hizo que bailaba sin haberse levantado de la silla. Las delgadas trenzas de su cabello, atado en una coleta alta, oscilaron sobre sus hombros con el movimiento—. Música en vivo, burbujeante *champagne*…, millonarios guapos, y otros guapos no tan millonarios pero con potencial. —Cerró los ojos e hizo un mohín de estarlo saboreando.

—No olvides que yo también estaré allí. —Le recordó su madre, tratando de imprimir una nota de censura pero fallando en el intento.

La risa le ganó la partida.

—Cómo voy a olvidarlo. —Se puso en pie de un salto, medio segundo después la tenía envuelta en un abrazo, estampando un sonoro beso en su mejilla—. No pensaba dejármelos todos yo, te dejaré escoger algunos. —Suspiró al tiempo que miraba con gesto de falsa indiferencia sus uñas perfectas, esto hasta que soltó una carcajada traviesa.

Joan negó con la cabeza sin poder evitar sonreír también, y tras quitarse los lentes le devolvió el abrazo.

Aquella complicidad entre madre e hija hizo que Jules las contemplara con una determinada emoción, una sorda tristeza. Una necesidad que lo asaltaba, como si estuviera siendo testigo de lo que siempre se le había negado.

Un diminuto suspiro interno, melancólico.

Bajó la cabeza en busca de refugiarse de esa sensación en su *tablet* cuando un carraspeo masculino llamó toda atención hacia la puerta.

Crown.

—Alexander —repuso la señora St. James con un tenue rubor adornando sus mejillas—. Dime en qué puedo ayudarte.

Sus otros dos acompañantes también habían notado los papeles que el hombre llevaba en la mano.

—Lamento interrumpir. —Una media sonrisa se instaló en sus labios, aunque no hizo intento de pasar más allá del umbral de la puerta—. He tenido un par de semanas muy ocupadas y no había

podido revisar los *dossiers* que el señor Wallace envía a mi correo hasta ahora. Quería saber si puedo robarme a tu asistente un momento para que me actualice los más recientes. Por algún motivo los archivos en mi computadora no quieren abrirse. Me lanza un mensaje de error cada vez que lo intento. —Buscó al asistente en cuestión con la mirada—. Espero que no estés muy ocupado, Jules.

El aludido se sintió palidecer.

No era tan ingenuo para tragarse semejante embuste, porque viniendo de Crown tenía que serlo.

—Por mí no hay ningún problema. Tengo una reunión con Ray Santoro, el fotógrafo que estará a cargo de las sesiones. La de tus padres será primero así que quiere afinar algunos detalles antes; nos vamos para Crown Manor toda la tarde —intervino su jefa con una calma prodigiosa—. Pero es casi medio día, imagino que Jules tenía planes para salir a almorzar primero, ¿no es así, querido? —Echó un vistazo a su reloj un instante antes de posar la mirada en él.

—Puedo dejarlo para después, no pasa nada.

Si un destello de vacilación atravesó sus facciones estaba seguro de que pasó inadvertido para los demás. No pensaba dejarle ver a Alexander cuánto le molestaba saber que estarían juntos y a solas por un rato.

Con esa pesada incomodidad, sumada a la tensión de tener los ojos del alfa adheridos a él, se levantó del asiento y alisó con una mano el material de su chaqueta de un suave color caramelo.

—Le diré a Donna que pida algo, nos traerán el almuerzo a mi oficina. Descuida, Joan.

El asistente se despidió de ambas, sujetó la *tablet* contra el pecho y emitió un inarticulado ruidito con la garganta al pasar frente a él, uno que daba a entender que, tarde o temprano, se arrepentiría por no haberle dejado opción.

Crown se pasó una mano a través de su barba. Un ademán que buscaba ocultar el triunfo casi infantil que tomaba la forma de una sonrisa en su boca.

—¿Fue lo mejor que se le ocurrió? —Los ojos de Jules…, aquellos ojos hermosos que para él eran una exquisita extravagancia genética, parecían lanzarle dardos envenenados. Ese mismo veneno recubría su voz.

—Estuve considerando otras opciones, pero se habrían visto más patéticas que esta. —Le dedicó una sonrisa suave, elegante.

Oprimió el botón de llamada del elevador en cuanto estuvieron frente a las puertas metálicas.

—Lo dudo. —Evitó establecer contacto visual al decirlo, aunque la superficie casi de espejo de las puertas le obsequió su imagen. Su cuerpo reconocía la belleza de aquel hombre tanto como su cerebro intentaba repelerlo.

Se concentró en Adis, en sus sentimientos por él para tener algo saludable a lo que aferrarse. Porque cuando se hallaba cerca de Alexander Crown pasaba por todos los estados de ánimo conocidos de un segundo a otro con una rapidez confusa.

—Vamos, Jules. Tienes que darme algo de reconocimiento. —Un breve timbre. Las puertas dejaron ver que nadie más iba dentro, lo cual hizo que Jules tragara un profundo aliento para tratar de calmar los apresurados latidos de su corazón.

Entraron en silencio.

Él lo más alejado posible.

La actitud de Alexander era la de alguien que no estaba avergonzado en absoluto.

—Lo reconozco. Es una persona muy… perseverante.

—No quiero sacar conclusiones adelantadas, pero tengo la impresión de que no lo dijiste como un cumplido. —Su buen humor se conservaba intacto pese a la renuencia que el omega no se molestaba en esconder—. Tú tienes la culpa. —Una pausa. Jules lo atravesó con la mirada justo

como él esperaba que hiciera—. Si no quieres que te mire de la forma en que no puedo evitar hacerlo deberías vestirte de una manera menos…, deseable.

—¿Quién dice que me visto para usted? —«¿Y qué puede haber de deseable en mi ropa?».

—Ah, ¿no? —Sus cejas se alzaron hasta casi rozar la línea capilar. El joven estuvo a punto de reír por culpa de ese gesto, gracioso sin previo aviso. Aunque pudo contenerse a tiempo.

—Creo que está muy mal acostumbrado a que le besen el trasero.

—No tengo forma de contradecir cualquier argumento que decidas arrojar contra mí respecto a eso. —Su serenidad resultaba aplastante en un comentario carente de un mínimo rastro de humildad —. No puedes culparme por fabricar mis propias opciones. Hago lo que puedo con lo que la vida decidió darme. Todos hacemos eso al final, ¿no crees?

—Oh, pobre bebé. —Una falsa mueca mimada.

El recorrido en ascenso concluyó con Crown posando la mano en su espalda baja y conduciéndolo a lo largo del resplandeciente *lobby*. El semblante de su asistente no dejó entrever nada cuando pasaron frente a ella.

—Nada de llamadas por favor, Donna. Sin excepción —dijo sin aminorar el paso. La mujer contestó un «sí, señor» con automática rapidez.

—Solo dejé que me arrastrara hasta aquí para no ponerme en evidencia frente a Joan, pero no pienso entrar ahí con usted de nuevo. —Jules estampó los pies todo lo que se podía en aquel piso majestuoso cuando estuvieron de cara a la puerta.

—Me gustaría no tener que decirte esto. Tal vez no sean las mejores y necesiten algunos ajustes, pero tengo todavía muchas otras ideas para traerte aquí las veces que sean necesarias hasta lograr de una vez por todas que aceptes hablar conmigo, Jules. —Lo tomó de los hombros con inesperada suavidad.

—¿Hablar? No tenemos nada de qué hablar.

—Claro que sí. —La otra voz masculina descendió solo para él—. Felicity vino a verte hace unos días. Quiero saber qué te dijo.

—Entonces pudo haberlo preguntado sin hacer toda esta… ridiculez.

—Pude. Sí. Pero no quería perderme de la oportunidad de tu compañía. —Jules solo observó con aire ausente como él bajaba la mano hacia la manilla para abrir la puerta. Cuando quiso darse cuenta ya habían pasado adelante y Crown cerraba detrás de él—. Ven, acompáñame a comer.

«¿Qué…?».

Fue víctima de un repentino entumecimiento cerebral cuando vio la mesa cubierta por un mantel blanco inmaculado que antes no había estado allí, adyacente al amplio ventanal. Encima de ella dos bandejas con tapa de domo en acero inoxidable reflejaban con potencia la luz de un sol que ardía en alguna parte sobre sus cabezas. La composición irradiaba cierta sensación de intimidad que no estuvo seguro de querer compartir con él.

—Creí que… —No sabía qué creer en realidad.

—¿Que te dejaría sin tu hora de almuerzo? Eso ni pensarlo.

Dejó en el escritorio los papeles que traía e indicó la mesa con el brazo extendido, pero Jules, cuyo rostro se debatía entre variadas expresiones, decidió no moverse.

Alexander admiró la sorpresa que hacía que los rasgos del omega se suavizaran de una manera que le cerró la garganta. Jules resultaba ser excepcional, tanto que él podría olvidarse de todo…, incluso de su propio nombre estando a su lado.

—Esta no es una buena idea. —La entonación con que lo dijo se parecía bastante a un suspiro cansado.

—Pensé que la Bruschetta con queso feta y el asado de pollo a la mostaza podrían gustarte. —El hombre removió la resplandeciente cubierta para revelar ante él aquellas exquisiteces—. Si quieres puedo ordenar otra cosa.

—No… No es eso…, es… —Sacudió la cabeza—… Pensé que solo íbamos a hablar.

—Y así es, mientras comemos. —Crown sonrió; sabía que era su culpa que Jules quisiera evitarlo. Por ese motivo tenía que hallar la manera de acercarse…, pero antes necesitaba apaciguarlo. Se había propuesto cambiar la imagen que el omega se formó de él con su impetuosa entrada, todavía sin saber con exactitud por qué le importaba tanto—. Mira, sé que cometí un error. No suelo ser tan necio. —Permitió que su tono hablara por él y le mostró las manos abiertas—. Prometo que no volveré a tocarte otra vez, o a usar mis feromonas sin tu consentimiento. Quiero reparar mi error, así que creí que podríamos iniciar con un almuerzo.

Jules lo miró en silencio, pensando que ese hombre era como alguna clase de veneno neurotóxico en la mejor de las circunstancias.

—No le dejaría tocarme en todo caso.

El asistente compuso su postura antes de avanzar hacia la silla que el magnate le apartaba, no sin entregarle primero la chaqueta que el otro le pedía para su mayor comodidad.

—Es una promesa. —Le gustaba la adrenalina que un buen reto suponía—. ¿Vino?

—Por favor.

Tras servirlo, un Prieur Montrachet de elegante tonalidad dorada muy agradable a la vista, tomó su lugar en el otro asiento.

La conversación no empezó de inmediato, lo cual favoreció para ambos el disfrute de la comida antes de tocar el incómodo tema en cuestión: Felicity.

Jules bebía su vino a pequeños sorbos, lanzando esporádicas miradas a un Alexander que parecía haber sido abducido por alienígenas y devuelto a la Tierra con la personalidad alterada.

—Gracias por acompañarme —le dijo levantando su copa, aguardando a que él lo imitara. No tuvo que esperar nada para escuchar el delgado sonido del cristal que entrechocaba al suyo.

—Es lo menos que podía hacer después de que me obligó a venir aquí. —Se miraron a los ojos. Un largo instante que no se sintió lo incómodo que Jules había anticipado.

No lo estaba pasando tan mal y ambos lo sabían.

Ese omega *sí* que sabía dificultarle la respiración. La expresión de Alexander pasó de jovial a circunspecta mientras deslizaba la servilleta de tela por sus labios antes de hablar:

—Bien. La visita de Felicity no debió ser agradable; casi pensé que vendrías a escupirme a la cara después de eso.

—Lo estuve considerando —repuso en voz baja—, pensé que dijo que habían terminado.

—Y así fue.

—¿Está seguro de que ella estaba prestando atención cuando se lo dijo? —Crown levantó una ceja carente de humor—. No se lo está tomando bien. Está convencida de que usted y yo… —Movió la mano en el espacio entre ambos—… Lo último que dijo es algo que solo una mujer profundamente loca (o enamorada) sería capaz de decir. Si yo estuviera en su lugar no le quitaría los ojos de encima. —Un débil carraspeo que aclaró con un pequeño sorbo de vino—. No me agrada estar en medio de su conflicto. Resulta que me perjudica de manera directa; me apenaría mucho que Joan tuviera una impresión equivocada si ella sigue apareciendo del modo en que lo hizo. Además…, estoy saliendo con alguien. Todavía es muy prematuro, pero no quiero que me cause problemas con esta persona.

El cobalto pareció estallar en los ojos del alfa. Escuchar aquello le causó tal disgusto que la

molestia por Felicity se convirtió, por un cegador instante, en una complicación menor. Que otro hombre tuviera lo que él con tanta vehemencia ansiaba para sí estuvo cerca de hacerle perder el equilibrio.

Lo corroía el deseo. Jules era el objeto de las constantes interrupciones que sufría a lo largo de la jornada desde que lo conoció. Corría por sus venas, había penetrado su piel y transformado esa emoción en una ferviente necesidad.

—¿Qué te dijo, algún tipo de amenaza? —pronunció con los labios mientras que en su mente se preguntaba quién demonios era el sujeto.

—En términos simples…, podría interpretarse de esa manera. No va a permitir que sea feliz conmigo ni con nadie más. Palabras textuales. —Jules suspiró su irritación—. Parecía una persona distinta. Está conmocionada, desesperada. Me parece que esa no es una buena combinación.

Que Alexander Crown permaneciera callado por mucho tiempo era síntoma de una profunda preocupación. Aquel día la emoción tomaba un nombre distinto: consternación. Solo quienes lo conocían muy bien podían notar la diferencia con cualquier otro de sus silencios.

—Voy a manejarlo. Puedes estar tranquilo de que no volverá a interrumpirte en el trabajo —pronunció al fin, evitando mencionar lo otro mientras recordaba sin querer la expresión de dolor que asomó a los ojos de Felicity cuando dio por finalizada la farsa que había sido su relación después de la pérdida de su hijo.

—Estaré muy agradecido. —Ahora que lo reconsideraba, la insistencia de Alexander de hablar sobre el asunto le parecía menos irracional.

Felicity era su problema, tendría que ver la manera de solucionarlo. También lo aliviaba haberle mencionado su actual condición de «no disponible». Habría preferido mantener aquel aspecto de su vida privada lejos de la mesa, pero era una cuestión de autopreservación mental.

Ahora Crown no tenía otra opción más que respetar los límites que él dejó establecidos, porque si bien era cierto que no podía negar que hubo algún tipo de mutua atracción al principio, nada en lo que pudiera pensar le convenía con respecto a ese hombre.



—Andros —espetó Crown—, ten el motor en marcha. Voy a bajar. —La respuesta del griego fue instantánea. Después de haberlo considerado resolvió no quedarse en la oficina. Lo último que iba a hacer sería trabajar.

Su pensamiento racional se soltó a la deriva y perdido fuera de todo alcance luego de que Jules mencionara que salía con alguien más. Le oprimió el pecho tener el conocimiento de que era otro quien desordenaba el glorioso azabache de aquel cabello con sus caricias.

Masculló una maldición.

—No regresaré por el resto de la tarde. —Se dirigió de mala gana a una Donna que quedó como estatua con la boca abierta cuando cruzó fugaz frente a su perpleja figura.

«¿Será alguien de la oficina?», pensó al tiempo que ingresaba al ascensor. No. De ser así ya sabría quién es el hijo de perra.

El trayecto hasta la salida se convirtió en un borrón según se veía sumergido en las distintas voces que se enfrentaban en su cabeza. En su agenda figuraban asuntos de muy alto nivel: el aterrador agujero financiero en Crown Media por ejemplo y que estaba bajo un riguroso proceso de

investigación por parte de su gente, Felicity y su obcecada fijación. Eso por mencionar solo una fracción de sus problemas más inmediatos.

Sin embargo, era el rostro de Jules Wallace el que se anteponía a cualquier otra de sus preocupaciones aquella tarde.

—Señor Crown. —Adis lo saludó e inclinó la cabeza a la vez que abría para él la puerta del auto sin demora.

—A casa. —Quizá un buen rato de ejercicio fuera de ayuda para quemar la tensión que anudaba su cuerpo. No lo diría, pero la sensación de rechazo por parte de Jules había impactado con fuerza un punto muy específico de su ser que en esos instantes se encontraba malherido.

Tal vez tuvo razón al decirle que estaba acostumbrado a que le besaran el trasero. Hasta ahora no había conocido a una sola persona de su interés que se le resistiera de ese modo, que no mostrara pasión a su lado y que al contrario lo evitara de toda forma posible. Miró con aire distante la ciudad más allá de la ventana, los distintos estilos de fachadas de edificios bañados por el sol le devolvían una imagen similar a la de un caleidoscopio. Ni siquiera escuchaba la suave música de Bach flotando en el ambiente, mientras se deslizaba sin remedio hacia la inexorable oscuridad de su propio océano de sentimientos.

Entonces, de la nada, un solitario pensamiento restalló como un látigo para devolverlo a la superficie.



—Te interesa de verdad, ¿no es cierto? —Dosis similares de cariño y diversión se fundieron en la expresión de su padre al decirlo. Las arrugas alrededor de los ojos se acentuaron con una sonrisa—. Es una de esas cosas en las que no te puedes equivocar, porque lo sientes más allá de tu corazón… El cuerpo entero lo grita —enfatizó con las manos sobre la mesa.

Adis estuvo de acuerdo con esa afirmación.

Cuando estaba con Jules parecía tener el doble de sangre corriendo por las venas, mayor fuerza para sostenerlo entre sus brazos sin temor de lastimarlo…, porque a la vez se veía capaz de rodearlo con una suavidad que no sabía que poseyera.

Se daba cuenta de que con el correr del tiempo las palabras acudían a sus labios sin esfuerzo, y si no eran necesarias contaba con las caricias que sus manos prodigaban para hacerle saber que su corazón podía seguir dentro de su pecho, pero que cada uno de aquellos latidos respondía solo ante él.

—No quiero inquietar a mamá, por eso voy a agradecerte que no se lo digas. —Aunque Theodora conversaba con sus otros hijos en la cocina justo en el lado opuesto del restaurante, Andros bajó la voz un poco más llevado por la cautela. No le preocupaban los escasos comensales a su alrededor, dudaba mucho que estuvieran prestando atención a la charla con su padre ya que lo hacían en su idioma natal—. Ya la conoces, empezaría a bombardearlo con el asunto de qué fecha sería mejor para el matrimonio, cuántos nietos espera tener, el jardín de niños. Seguro mencionaría a que universidad deberían asistir. —Un suspiro, una pausa—. No quiero que me lo tome a mal, Jules es…, muy especial para mí, pero debo ir con cautela en mi relación con él.

Una ostensible severidad, impropia de la amable naturaleza de su padre, abarcó cada uno de los músculos de su cara al escucharlo.

—¿Qué ocurre con él?

Adis estuvo a punto de sonreír, agradecido por la paternal preocupación, así que se apresuró a responderle, a la espera de poder transmitir de la forma más certera posible lo que había querido dar a entender.

—No puedo traicionar su confianza diciéndole a alguien más, pero lo han lastimado, seriamente…, e intuyo que hay más detrás de lo que me permite ver. Aún no se siente preparado para decírmelo. —Una profunda línea de inquietud cobró forma en el ceño del apuesto griego—. Lo último que quiero es que tú o mamá tengan motivos para preocuparse imaginando lo que no es. Me tranquilizaría mucho saber que cuento con tu discreción.

—Lo amas. —Konstantinos rio con suavidad, más para sí mismo en tanto se abandonaba a sus propios recuerdos de épocas menos complicadas. Del romance a la antigua usanza—. ¿Cómo no habría de ser amor si no amas todo de la otra persona sin importar qué tan enrevesada pueda estar? —añadió de nuevo con aquel aire matizado por sus memorias—. Solo te puedo desear lo mejor, muchacho…, a ambos. Y confío en tu buen juicio para tomar las decisiones correctas.

Una pequeña palmada en el brazo de su hijo.

—¿Cuando conociste a mamá, supiste que era ella…, la mujer con la que ibas a envejecer?

Konstantinos no contestó de una vez. Había cambiado de posición en su silla para virar la cabeza en sentido de la mujer que hacía que su corazón quisiera recitar poesía desde el alba hasta el anochecer.

Un sentimiento que no había cambiado en cuarenta y siete años.

—No, no lo sabía. Pero quería que fuera ella —dijo con determinación, su vista clavada en Theodora…, en el gesto risueño que le provocó algo que Dimitrios le estaba diciendo.

Adis lo contempló a través de su propia perspectiva, de las emociones que aquel omega de ojos extraordinarios le despertaba.

Algo preciado para él estaba floreciendo allí, y en consecuencia desataba un involuntario impulso, casi primitivo, de protegerlo, de evitar que se viera perturbado por la suciedad de los dolorosos recuerdos que lo marcaban.

Sí, Andros Zagorakis quería que fuera Jules su compañero en la promesa de muchos mañanas que le quedaban por delante.



Alexander Crown volvió a convencerse de que no dirigía un imperio publicitario por mera casualidad. La ambición ya la tenía, había nacido con ella. Fue cuestión de pulir ciertos detalles para conjugarla en perfecta armonía con su incansable perseverancia lo que le dio la oportunidad de liderar aquella empresa.

Si cediera con facilidad estaría traicionando su propia naturaleza. Y su esencia le seguía demandando que persiguiera lo que anhelaba hasta conseguirlo, aunque esa vez no se tratara de una transacción comercial.

De camino a casa se le ocurrió que había aceptado con mucha rapidez las palabras de Jules. Cabía la posibilidad de que estuviera diciéndole la verdad, pero prefería pensar que era una sutil maniobra de evasión por su parte; las chispas que saltaban entre ellos cuando estaban cerca no eran producto de su imaginación. Esa era excusa suficiente para no dejarse vencer.

Quería llevar a cabo lo que tenía en mente a solas. Así que tras dar por terminado su entrenamiento tomó una ducha rápida para luego enfundarse en unos sencillos pantalones vaqueros,

camiseta y una sudadera. Decidió llevarse el R8. Nunca había hecho nada como eso. Él no era de los que rogaban, así que una insistente y orgullosa vocecita se le acercaba para susurrarle al oído con molesta frecuencia, recordándole que no tenía por qué someterse. La enterró con todas sus fuerzas donde no volviera a ver la luz. Jules era distinto. Por Jules haría lo que fuera.

Una copa.

Era todo cuanto necesitaba.

Una inofensiva invitación a una copa en algún lugar cercano al centro. Jules no podría negarse. Mantendría su promesa: nada de tocarlo. Lo haría cuando él mismo se lo pidiera, porque la certeza de que ese momento iba a llegar era tan sólida como su determinación.

Cogió el llavero.

Su ama de llaves, que se encontraba dando indicaciones a la otra mujer del servicio mientras cruzaban la estancia, se interrumpió en cuanto le vio bajar las gradas.

—¿Va a querer que tenga lista la cena para la misma hora, señor? —Llevaba unas toallas de baño dobladas con pulcritud entre las manos, y sobre ellas algunos productos de higiene personal.

—No esta noche, Maura. Debo salir de inmediato y no sé a qué hora estaré de regreso. —Iba con el tiempo medido. Esperaba encontrar a Jules fuera de Crown Media poco después de la salida, a las cinco. La mujer asintió antes de proseguir con sus labores.

Tenía un pie dentro del elevador cuando la vibración del teléfono distrajo su pensamiento del ansiado rostro del hombre que acechaba sus días y sus noches.

Era Callard Izumi, su jefa de seguridad.

—Crown —respondió y estiró el brazo para evitar que las puertas de la cabina volvieran a cerrarse.

—Señor Crown, tengo importantes noticias que compartir con usted. ¿Cuándo cree que sea posible nuestra próxima reunión? —Aquello tuvo un efecto muy cercano al de una bocanada de aire fresco. En ese instante Alexander se percató de cuán inquieto lo traía todo el asunto, quería decir que las investigaciones comenzaban a rendir frutos. Si continuaban avanzando a ese paso era muy probable que llegara a la fuente del problema antes de la fecha del baile de aniversario en algunos meses.

Los negocios con potenciales inversionistas a menudo se gestaban en medio de esas frivolidades. Quería sentir que tanto él, el nombre de su familia, así como la compañía, gozaran de solidez cuando tuviera que enfrentarse a ese inexorable momento.

—En mi oficina, mañana a primera hora —repuso con seriedad.

—Hasta entonces, señor Crown.

Una inesperada energía lo invadió tras la llamada. Estaba seguro de que esa vez iba a ser diferente. Tomó una profunda inspiración, y sintiéndose más motivado bajó al estacionamiento del exclusivo edificio de apartamentos en busca de su coche.

De último momento resolvió solicitar un taxi. La colección de automóviles del millonario entraba en una categoría en extremo vistosa. Lo último que deseaba sería atraer atenciones innecesarias.

Experimentó la repentina ilusión de que pronto volvería a encontrarse en terreno seguro. No saber qué ocurría a su alrededor entraba en su «lista de tormentos». El conocimiento era proporcional al poder, y estaba acostumbrado a tenerlo bajo su control. Así era en cada aspecto de su vida que consideraba importante, por lo tanto, con esa sensación pulsando en oleadas intermitentes a través de su cuerpo fue en busca de Jules.

Un rato más tarde su transporte lo dejaba algunos metros calle abajo según sus indicaciones. Se echó la capucha de la sudadera hacia el frente al bajar del auto antes de avanzar por la acera. Por el

camino reconoció a algunos de los empleados que recién salieron. Se cuidó de no ser visto caminando con la cabeza gacha. Por un instante se sintió como un completo idiota. Sonrió para sí mismo…, casi arrepintiéndose de la absurda idea; eso hasta que reparó en que la adrenalina le empapaba de golpe las venas al observar al esbelto moreno que descendía la escalinata frente a su edificio.

Una muchedumbre lo rodeaba. Sin embargo, jamás sería como uno más de ellos. Alexander estaba seguro que ni cerrando los ojos le pasaría desapercibida su presencia.

Era exquisito más allá del concepto mismo, qué más prueba de ello que la forma en que capturaba la atención tanto masculina como femenina a su paso. Eso le causó una incalculable molestia.

¡Por todos los cielos!

¿Celos?

No. Tenía que ser algo más.

Entonces, aquella emoción que nada tenía que ver con los celos, se reforzó hasta donde no tenía nombre al ver que él proyectaba una sonrisa como nunca le había visto. Estiró el brazo al frente, y fue Andros quien rodeó su mano.

18: Nueva oportunidad para amar

—¿Le gustaría que le lleve una taza de café a su oficina, señor Crown? —inquirió Donna con presteza cuando lo vio cruzar por la puerta de seguridad.

—No. —Una única palabra resumió de manera impecable el mal genio que lo acompañaba desde la noche anterior.

Hablar de mal genio era, quizás, suavizar demasiado el término. Aún no terminaba de decidir qué era lo que más le enfurecía: que Jules le hubiera dicho la verdad, que fuera aquel griego quien tuviera un derecho de piel sobre él, o el sentirse, de alguna manera, como un perfecto imbécil.

No debería ser así. ¡Qué le importaba a él la vida amorosa de sus empleados de cualquier manera! Tenía un millar de asuntos más apremiantes en qué ocupar la mente. Fue directo hacia el escritorio en cuanto estuvo en la privacidad de su oficina, donde se entregó a la tarea de revisar y ordenar algunos de los documentos del día sin la suficiente devoción como para que le importara un demonio lo que había allí escrito.

Junto con los papeles lanzó una elocuente maldición para dejarlo de lado.

En un movimiento casi violento se puso de pie. De frente a la ventana contempló la ciudad que se alargaba en todas direcciones…, su aparente serenidad si se veía desde esa altura, pero no podía ser más distinto. Era caos y agitación. Como él en ese momento.

¿A quién pretendía engañar proclamando ante sí y ante el mundo que se hallaba muy por encima de sus propias emociones? La imagen de Jules besándose con Adis le taladraba la cabeza. Se quedó como un imbécil mirándolos hasta que se perdieron entre la multitud tomados de la mano.

Escuchó el lejano timbre de su teléfono de escritorio. El sonido lo arrastró fuera de aquel estado de porquería que lo envolvía, sacándolo de su miseria. Al menos por un rato.

—Señor Crown. La señorita Izumi está aquí…

—Hágala pasar. —Cortó antes de que Donna tuviera oportunidad de preguntarle lo obvio. Reacomodó su corbata y la esperó de pie al lado del escritorio; casi había olvidado aquella importante reunión.

De ojos rasgados marcados por una afilada inteligencia y que parecían no pasar nada por alto, herencia japonesa del lado paterno, Izumi había ostentado por años ser el miembro de su equipo en quien más confiaba para ejecutar aquel tipo de trabajos que ameritaban un fantasma, en el sentido más figurativo.

—Callard. —Extendió la mano a modo de saludo, después la invitó a tomar asiento señalando la silla frente a su escritorio.

Un cabello más negro que el mismísimo negro ocultó por un insignificante segundo los rasgos de frente amplia, labios carnosos y piel como la leche, cuando Callard agachó la cabeza para sacar un sobre de tamaño grande de su maletín. Directo al grano, justo como le gustaba. Lo puso frente a él deslizándolo por el cristal transparente en actitud profesional, pensando en que jamás le había visto una distinta.

Alexander percibió el significativo peso de los documentos en su interior. Extrajo el puñado de papeles y comenzó a examinarlos en lo que se echaba atrás en el respaldo de la silla. Cada expediente incluía un informe detallado con la correspondiente fotografía en la parte superior derecha. Sus ojos se volvieron afiladas ranuras sobre el papel mientras frotaba el dedo índice en sus labios con metódica concentración.

—Realizamos un barrido general inicialmente, a partir de ahí aplicamos distintos filtros en los historiales para reducirlos a las opciones más prometedoras. Esta es la información que tenemos hasta el momento. Mi equipo ya se encuentra trabajando en ello, pero creo que habrá un perfil en particular que le resultará de especial interés —enfatizó Izumi en voz baja.

Crown siguió pasando hoja tras hoja hasta que se detuvo. Tenía que ser esa. La giró para que la mujer la viera. Su respuesta consistió en la mirada propia de quien sabía muy bien lo que estaba haciendo, y por una extraña razón Alexander deseó que estuviera equivocada. Esquirlas de hielo se extendieron por sus venas, pero bajó la vista para leer con detenimiento; no podía evitar que sus ojos desviaran su atención hacia la fotografía cada tantas palabras.

Severas líneas de rabia atravesaron la frente masculina y se profundizaron a su vez con cada repaso. Debía haber una explicación para lo que tenía enfrente, y quería obtenerla a la menor brevedad.

—Es inquietante. —Palabras de apariencia tranquila. Una tempestad de emociones desagradables giraba en su pecho. Aquel se perfilaba para ser uno de esos días del demonio—. Supongo que al ser objeto de mayor interés le están dando cierto margen de prioridad.

—En efecto, señor Crown. Estoy segura de que el rastro que tenemos es muy prometedor, así que le estamos asignando la atención que requiere. —Alexander lanzó el documento encima de los otros con desagrado, como si no soportara su contacto.

Por un largo instante permaneció pensativo, con la vista clavada en la pila de papeles hasta que se le ocurrió una idea.

—Quiero proponerle algo —dijo con voz ronca.



—¿Por qué todos los comerciales de perfume tienen que ser tan raros? —comentó Nikos, que sin necesidad de ver cómo el cuchillo en su mano picaba la cebolla con experta velocidad, tarareó el final del anuncio de Channel donde aparecía Kristen Stewart hecha toda una belleza.

Alec sacó los tomates del refrigerador con una sonrisa.

En una ocasión se preguntó lo mismo, así que Jules…, su Jules tan lindo y diligente, hizo intento de explicárselo: en el estado más puro de la definición conceptual, aquella publicidad buscaba dotar mediante elaborados recursos visuales, mezcla de sublimidad y vanguardia, diversas cualidades al producto con el objetivo de que las personas se identificaran con la idea de poder, sexo y riqueza, el contexto más explotado en ese mercado.

Y mientras lo decía, Alec solo podía pensar en lo espléndido que se veía Danila Kozlovsky de traje entero con la música de The Zombies de fondo, mientras perseguía a una Keira Knightley que debía estar loca por no correr a sus brazos.

—Gracias por ofrecerte a ayudarme con la cena, no tenías que hacerlo. —El agua para sumergir la pasta de la *lasagna* ya hervía. Los demás ingredientes sobre la encimera, dispuestos de forma ordenada. Eso venía por parte de Nikos, porque de ser él su cocina en ese instante sería una zona de desastre.

Nikos le restó importancia con un mohín risueño en su preciosa cara. Alec notó un estremecimiento en el estómago, una serie de inadecuadas sensaciones al contemplarlo. Así que por seguridad decidió acercar una fuente y volcar toda su atención en la comida.

—Es mi día libre. —Se encogió de hombros—. No tenía nada que hacer en casa de todos modos. —Eso no era muy cierto que digamos, pero Nikos Zagorakis no permitiría que la trivialidad de haberse saltado la limpieza de su apartamento y de no haber dejado su ropa en la lavandería le robara la paz—. Me gusta cocinar, ya sabes.

—Es bueno que lo veas como algo más que un medio de subsistencia —observó Alec.

—Bueno, pienso que la comida es…, más. Debería considerarse como otra forma de lenguaje. —Cogió un puñado de champiñones. A continuación los cortó en finas rodajas que se vieron estupendas una vez las colocó de cualquier manera sobre el resto de colores de una ensalada digna de ser fotografiada—. ¿Cuando un chico quiere impresionar a su chica en qué piensa primero?

—¿En llevarla a un buen restaurante?

—Así es. Buen restaurante, buena comida. Es su forma de decirle que le gusta, y que quiere la oportunidad de algo más; si están empezando. El marido le dice «te amo» a su mujer obsequiándola, entre otras cosas, con una fantástica cena de aniversario. —Hizo una pausa. Alec se dio cuenta de que el griego era una de esas personas que disfrutaban conversar—. Me gusta ver la expresión de deleite que pone alguien cuando prueba un platillo delicioso. Me gusta ser quien está detrás de la elaboración de ese platillo. —Tomó el parmesano y roció la ensalada antes de meterla al refrigerador —. La comida habla por sí sola, no tiene idioma pero sí sentimiento. Y une a las personas…, nosotros, por ejemplo.

Alec carraspeó para disimular cuánto lo había obnubilado su forma casi poética de ver las cosas. Meditó sus palabras y se dio cuenta de que le gustaba su punto de vista. Lo miró de reojo. Era un hombre que había hecho su propia versión de ser apuesto, que sobrepasaba sus expectativas, notó con apreciación. Su constitución física delataba un gusto por el ejercicio tanto como la sencillez con que vestía una gran seguridad. Sin duda debía tener una base de fans muy amplia a donde quiera que fuera; tragó un suspiro y se concentró en bloquear su creativa imaginación.

—¿Qué hay de ti, Alec? ¿Te gusta tu línea de trabajo? —Un insignificante intervalo de silencio.

—Ehhh, después de tu disertación acerca de la comida estoy casi apenado de decir que soy el dueño de una tienda para adultos. —Para su sorpresa y desconcierto, una carcajada monumental llenó la cocina con la respuesta, tan grave y masculina que su cuerpo experimentó un dolor muy verdadero, muy físico.

Segundos después lo imitaba.

—Si lo vemos de la misma forma…, tus «juguetes» también unen personas. —Se limpió un rastro de humedad en el borde del ojo izquierdo, producto de haberse reído como nunca.

—Pero a diferencia tuya me alegra no tener que ver la expresión de disfrute cuando los usan. —Simuló un exagerado estremecimiento, casi esperando ver la sonrisa del otro hombre de nuevo.

Y así fue. Hermosa y radiante.

«¡Bingo!».

—Ahh, Alec… —Nikos dio un trago a la gaseosa que había estado bebiendo para ahogar la risa— … Me gusta tu ingenio veloz. —Palmeó su espalda al pasar—. ¿Qué sigue ahora?

—Solo falta preparar la salsa blanca. —Se lavó la grasa del pollo que estuvo deshilachando antes de repasar en voz alta los ingredientes que requería—. Aceite de oliva, nuez moscada, crema, mantequilla…, sí. Harina. ¡Ah! La leche, claro. —Se dirigió a la nevera solo para darse cuenta de que había olvidado comprarla—. ¡Mierda! Voy a tener que ir por ella.

—Déjamelo a mí, vete adelantando. —Sin esperar respuesta Nikos se enfundó en su chaqueta de piel gris oscuro en lo que recordaba el supermercado que vio antes de camino.

Estaría de vuelta enseguida.

Alec aprovechó su ausencia para dejar escapar todos los suspiros que con dificultad estuvo conteniendo. Ese hombre era un éxtasis visual, como la tierra prometida en carne y hueso, un exótico gusto y una tentación prohibida, todo a la vez. Apartó un errante mechón de cabello en busca de la concentración perdida cuando su móvil reclamó atención.

—Diga.

—Alec, soy yo. Necesito que llames a recepción y le digas al imbécil del encargado que tengo que subir por mis cosas. —La insolencia de Danny le perforó el oído; tras meses sin tener noticias suyas llegó a pensar que no volvería a verlo. Habría preferido mil veces que ese día no sucediera nunca, pero justo en ese instante se encontró reviviendo de golpe la angustia que le reportó su desagradable ruptura con él.

Pensó en decirle que había donado sus pertenencias a la caridad, pero luego lo meditó mejor. Conociéndolo iba a terminar montando un escándalo peor que el de la última vez, cuando Alec lo descubrió en el Luxuria, el exclusivo club nocturno en el centro, acompañado por el sujeto al que había estado viendo en secreto. Lo que pasó después fue tan bochornoso que evitaba recordarlo, solo podía decir que le agradecería a Jules por el resto de la eternidad el haber impedido que pasara una larga noche en prisión esa vez.

Tenía el cuerpo demasiado dolorido como para haberlo soportado.

—Hazlo rápido, espero visitas. —Cortó antes de escuchar más maldiciones. En su interior ya se retorcía una áspera agitación, resultado de no contar con tiempo suficiente para asimilar que estaba a punto de verlo de nuevo. Hizo la llamada al encargado, unos minutos más tarde le abría la puerta.

—Debiste avisar que venías, no aparecerte así…

—¿Así? ¿Así cómo? —Como si fuera dueño del lugar, el otro beta entró directo a la habitación que una vez compartieron. No iba a encontrar nada allí, Alec había puesto todo en cajas que después amontonó en el closet de la habitación que no usaba. Una indulgencia de la que se arrepentía—. Conseguí un buen trabajo, pero debo mudarme a Savannah —comentó con un excesivo tono casual. Un deje de burla innecesario flotaba bajo su voz.

Sin desearlo, Alec se preguntó qué habría sido de él durante todo ese tiempo lejos. No se atrevió a hacerlo la única vez que Danny llamó después del incidente.

—Qué bien por ti.

Cuanta más distancia pusiera entre ambos mejor. Mantuvo sus emociones bajo un prudente dominio. Le señaló dónde buscar, deseando que no quedara un mínimo rastro de su presencia para cuando Nikos estuviera de regreso.

El hombre sacó las cajas, que comenzó a abrir para revisar el contenido.

—Juro que todo está ahí.

Alec puso los ojos en blanco y se agachó para recoger tres de ellas y las llevó de inmediato al pasillo. Realizó el mismo procedimiento dos veces más, apresurando el paso a fin de que Danny entendiera de una vez por todas que lo quería fuera de su apartamento y de su vida para siempre.

No pudo saborear por mucho el haber llegado al final del capítulo más patético de su vida, pues Danny regresó a la estancia, decidido a desinstalar la televisión.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —La mirada de Alec, así como su voz, guardaban una sutil advertencia.

—Yo lo compré. Es mío, así que me lo llevo también. —¿Era en serio? Él terminó pagando más de la mitad del maldito trasto luego de que Danny, muy a su conveniencia, no pudo hacer frente a numerosos créditos atrasados.

—Será mejor que saques tu maldito trasero de aquí antes de que yo mismo lo haga. —La postura de Alec era un rugido, uno determinado a dejar claro que no soportaría una más de sus estupideces.

—¿Sabes algo? No me gusta tu forma de hablarme. —Danny soltó los cables y caminó en su dirección con amenazante lentitud. Una vez estuvo frente a él deslizó los dedos en una filosa caricia a lo largo de su mejilla. Alec le apartó la mano de un manotazo, que hizo que el humor del hombre se disparara en una carcajada seca—. Ya olvidaste cómo acabó la última vez, ¿no es verdad? Estoy

seguro de que no quieres pasar por eso de nuevo, yo tampoco. Voy a llevarme mis cosas y empezar de cero…, es todo.

¿Qué demonio lo había poseído para dejar entrar en su vida a una persona así? Desde que lo conoció supo que aquellas chispas terminarían provocando una explosión.

En él había encontrado la locura, el desenfreno que capitaneó su modo de vida durante el tiempo en que la sensación de estar perdido, peor que eso, rechazado, se tragaba cualquier otra emoción.

—Te vas, ahora mismo —siseó.

—Lo haré, solo me llevaré esto y…

—No estoy jugando, Danny.

En un estallido de movimiento el sujeto estaba sobre él, empujándolo con las palmas abiertas en un gesto que era más de burla que de violencia.

—Crees que porque ahora te va bien eres mejor que yo, ¿eh?

—Quítale las manos de encima. —El marcado acento de una voz masculina, oscura y peligrosa, se derramó por la habitación cortando el ritmo del arrebato que lo había dejado de espaldas contra la pared.

Imponente la silueta del alfa que entró por la puerta. Dejó la bolsa con las compras y la chaqueta que se quitó de una enérgica sacudida de hombros sobre el sofá que tenía más cerca de él.

Alec, cuyas emociones se medían entre una terrible vergüenza, un embeleso casi ridículo, y un desconcierto inconmensurable, no pudo contener el asomo de regocijo que le reportó ver la expresión que llenó la cara de Danny.

Este se apartó muy despacio sin quitarle los ojos de encima al recién llegado que parecía exudar una volátil vibración de advertencia.

No había beta capaz de superar en fuerza o velocidad a aquellos que lideraban la cadena evolutiva.

—¿Te vas, o te saco? Tú escoges —repuso el griego, con una calma que bien pudo haberle helado la sangre de estar en los zapatos de su ex. Y fue eso con exactitud lo que halló en las facciones del otro para su recompensa.

Jamás había sido otra cosa que un cobarde con serios problemas de egocentrismo.

—Danny, no quieres hacer esto —le aconsejó Alec en voz baja.

—Oh, así que este es Danny. Es el perdedor del que me estuviste hablando la otra vez, ¿no? —Nikos dejó escapar una desdeñosa risotada. Señaló al sujeto con un gesto del mentón. Alec disimuló su sorpresa. Por supuesto, Nikos no tenía la menor idea de quién era, porque jamás se habría atrevido a mencionarle uno de sus momentos más bochornosos ni de chiste. Su arrogancia de alfa resultó de lo más fascinante de ver—. En ese caso esto será más divertido. —Golpeó la palma de su mano con el puño de la otra y dio un decidido paso al frente.

Las manos de Danny saltaron al frente en actitud defensiva.

—¡Oye! ¡Oye! Ya entendí, ¿de acuerdo? No hay necesidad de que te pongas violento, amigo. —No había nada que pudiera solucionar la clara desventaja de género.

El silencio que siguió la salida del hombre se vio enmarcado por una fuerte e incómoda tensión. Alec soltó un entrecortado aliento, que sin notarlo estuvo reprimiendo cuando los hundidos hombros de Danny desaparecieron al fin por la puerta.

El griego salió tras él, y no volvió hasta que la última caja fue puesta en el maletero del coche del sujeto. Cuidándose de no mirar atrás, Danny se perdió con dirección al este.

Cuando Nikos regresó al apartamento encontró a Alec muy callado. Apoyaba las manos en el borde de la encimera con la vista perdida en sus pensamientos; al verlo fingió con rapidez que retomaba la tarea de la cocina, pero le dio la espalda simulando que buscaba algo en los gabinetes del

otro lado. Tenía una vaga idea de lo que pasó entre él y ese sujeto, y en lo único que pudo pensar fue en la rabia que lo abrumó al encontrar al tal Danny acorralándolo en su propia casa. Si algo había detestado toda su vida era que los matones se salieran con la suya.

—Alec…

—Yo…, lamento mucho que tuvieras que presenciar eso —dijo sin girar. Dejó caer la cabeza.

Nikos contempló la tensión que tomaba cada uno de los músculos de la espalda del otro hombre y los resaltaba a través del material de su camiseta blanca de algodón.

En tres largas zancadas acortó la distancia, con sus propios pensamientos algo confusos pero con la certeza de que quería confortarlo. Su mano vaciló por breves segundos antes de colocarla sobre el hombro de Alec, quien reaccionó encogiéndose como si de pronto quisiera desaparecer.

—Está bien…, estoy seguro de que no va a volver. —Una risa corta y malvada—. Hubieras visto su cara cuando lo seguí a la calle. Esperé hasta que el cretino se perdiera. No creo que sea tan imbécil, aunque si decide mostrar la cara de nuevo estaré esperándolo.

Muy a su pesar Alec soltó un soplido risueño.

—Yo… creo que jamás podré agradecértelo. Supongo que si decides quedarte…

—¿Por qué habría de irme en primer lugar? Estamos cocinando y… —Se detuvo con algo áspero atascado en medio del pecho. La mirada de Alec seguía evadiéndolo cuando lo que más deseaba era encontrarse con ella.

Pero… ¿por qué lo deseaba con tanta intensidad?

Un profundo suspiro mental.

Muy en el fondo de su corazón siempre lo había sabido. Nunca le importó recordar siquiera el nombre de las omega que después de una noche se quitaba de encima valiéndose de las tantas excusas de su repertorio. Su compañía un consuelo pasajero. Nada llenaba esa parte de él que permanecía sumergida en una incomprensible soledad. Hasta ahora.

Reconocerlo lo sobresaltó, de una manera tan visceral que todo en su campo de visión amenazó con girar como si estuviera atrapado en un torbellino.

—¡Oh, Dios mío! —Se llevó las manos a la cabeza, preso de la turbación más colosal que un hombre era capaz de soportar—. Yo…, yo… —Esa vez la mirada de Alec fue a su encuentro. Lo que vio en ellos… No debería gustarle, y sin embargo lo hizo.

Sin más que agregar devolvió sus pasos para salir de ahí a toda prisa. El latir de la sangre en sus oídos lo aisló de cualquier otro sonido mientras se tiraba escaleras abajo con una urgencia casi mortal. El sujeto de la recepción debió lanzar algún comentario gracioso cuando lo vio pasar porque notó que sonreía; le respondió con un apresurado gesto de la mano y al instante siguiente conducía su auto a toda velocidad.

Mordió la cara interna de su mejilla con tanta fuerza que saboreó el metal de su sangre llenarle la lengua. Había pasado un día estupendo en compañía de Alec, charlando de cualquier cosa, riendo por tonterías…, cocinando. ¿Por qué de pronto todo tuvo que cambiar de aquel modo tan abrupto? Su respiración parecía la de alguien que acababa de cruzar la línea de meta de una competencia.

Entonces vino a su mente lo que sintió cuando echó a aquel sujeto de casa de Alec, le agradó llegar a tiempo para salvar el momento…, pero en realidad lo que le gustó fue la expresión de alivio que le surcó las facciones antes de dar paso a otra emoción que le convirtió en un puño el estómago.

Se sintió avergonzado, no tanto por lo del tal Danny sino porque Nikos se había dado cuenta de su orientación. Entre los beta, que continuaban siendo mayoría numérica en la sociedad, seguía considerándose una especie de *taboo*. Ahora él conducía como un maniaco huyendo de algo que para los suyos no representaba un error, es solo que le sorprendió darse cuenta de que había tenido frente

a sí justo lo que le gustaba. Hundió el pedal del freno hasta el fondo. Apenas oyó el chillido de unos neumáticos en alguna parte cuando se detuvo de pronto a mitad de carril.

—¡¡MALDITO CRETINO, CASI NOS MATAS!! —gritó enfurecido el conductor del auto que se adelantó por su izquierda. Rubricó el insulto con el dedo medio de una mano agitándose a través de la ventanilla hasta que dejó de distinguirla en la distancia.

Botó el aire en una bocanada pesarosa.

Sí, le había gustado cómo se sintió estar con él. Nada de esforzarse para sostener el rato, nada de aparentar. Fue tan natural, tan fácil como respirar. Ignoró las miradas de reproche y los improperios que los demás conductores arrojaban en su dirección cuando decidió dar marcha atrás y doblar la esquina a su derecha, en sentido de la calle que debía tomar para devolverse.

Minutos después tragaba con fuerza con la imagen del edificio más adelante.

—Ha sido una tarde de esas, ¿no, señor? —comentó el hombre de la recepción cuando lo vio entrar.

—Un poco agitada, sí. Pero creo que ya encontré lo que necesitaba. —Se las arregló para contestar, resuelto a no esperar el elevador y lanzándose por las escaleras. Llegó jadeante al piso de Alec luego de subir los escalones de tres en tres.

Encontró la puerta ligeramente entornada, y a través de la abertura escapaban los sutiles aromas de las especias. Sin tener certeza de lo que hallaría al otro lado, se aventuró. Lo único que tenía claro era que su decisión de regresar por él definiría no solo quién había sido en el pasado, sino también cómo tendría que enfrentar su futuro a partir de ese momento. Después de todo, no era común que un alfa se sintiera atraído por un beta.

No había nadie a la vista. Observó que su chaqueta y la bolsa con las cosas del supermercado seguían sobre el sofá, y que un tenue sonido de voces se arrastraba desde la habitación principal. Inspiró una última vez para darse valor, sin tener la menor idea de qué iba a decirle.

Con la postura abatida y de espaldas a la puerta, Alec se había sentado en la cama, mientras Jules le susurraba algo indescifrable desde su posición arrodillada. Con la sorpresa suavizando sus rasgos, el omega cruzó una mirada fugaz con el griego. Le transmitió con ella cuánto se alegraba de su presencia. En silencio se incorporó muy despacio, palmeó el antebrazo de su amigo al pasar, y al llegar junto al otro hombre le acarició la mejilla con suavidad.

«Gracias», le dijo sin emitir sonido alguno.

Pequeños ruidos llegaron desde la cocina poco después. Nikos supuso que el plan de la cena seguía en marcha, estuviera él o no.

—Siento haberme marchado de esa forma. —Se acercó para adoptar la anterior postura de Jules. Por unos segundos se debatió con la torpeza de no saber dónde colocar las manos, pero lo que sí sabía es que quería contemplar cuanto antes el azul de esa mirada apasionante. Optó por dejar las manos sobre las rodillas de Alec. Le vio alzar la cabeza y permitirle contemplar en primer plano un rostro sorprendente, rostro que se encontró acariciando antes de percatarse de ello—. Creo…, creo que darme cuenta de lo mucho que me gustas me hizo sentir un poco de pánico y me puse estúpido.

La boca del griego se curvó en el intento de una sonrisa. Sus hoyuelos de marca olímpica provocaron que el repentino zumbido que llenó la cabeza de Alec causara cierta interferencia con lo que trataba de escuchar. Un furioso estremecimiento le atenazó la espina antes de inclinar la cabeza, que Nikos tomó como una invitación para acariciar su cuello con la punta de los dedos.

—Pero tú…, tú eres un alfa y yo…, solo soy un beta común y corriente.

Un suspiro pensativo, sin arrepentimientos. Nikos se acercó tanto que el aliento le acarició el rostro.

—Eso no es importante. Lo que importa es que me gustas y yo a ti, ¿cierto? —Su mano descendió, aún temblorosa en busca del contacto de las de Alec, cuyos dedos entrelazados se abrieron para recibirla—. No creo que pueda hacer esto solo. —Se aclaró la garganta a propósito de deshacer o aflojar el nudo en ella—. Quiero besarte, y sigo debatiéndome con la idea de si debo pedirte permiso antes o arriesgarme a que me des un puñetazo por…

Los labios de Alec lo silenciaron, desatando toda clase de eufóricas sacudidas mientras destrozaban cualquier atisbo de duda que hubiera albergado.

Se reprochó a sí mismo por haberse negado a experimentar esa emoción, que rompió la barrera de lo que creía conocer, haciéndole comprender que, en realidad, nunca había vivido de forma auténtica.

Su mano acunó la suave curva de la nuca masculina para ahondar el beso…, para hundirse por completo en él. El último pensamiento coherente que recordó más adelante fue el de que no quería estar en ningún otro lugar.

—Vaya… —La fascinación se adueñó de los ojos de Alec tras separarse en busca de aire. Ojos como cristales cargados de promesas lo miraron con atención…, buscando. Entonces Nikos supo que había tomado la decisión correcta—… ¿Estás seguro de que esto es lo que…?

—Cállate. —Se precipitó una vez más sobre él e inhaló cada uno de sus suspiros. Al calor del momento apenas fue consciente de que Jules cerraba la puerta de la habitación para concederles mayor intimidad.

—¡Sí! —Celebró el omega del otro lado en un susurro que nadie más alcanzaría a escuchar, feliz hasta lo imposible de que una nueva oportunidad para amar cobrara forma en ese instante. Alec era casi su hermano, y Nikos también alguien muy querido en su vida. De pronto sintió que la atmósfera se cargaba y que él no pintaba nada ahí, así que se largó cuanto antes.

Ya habría tiempo para terminar de preparar la cena.

19: Nubes negras

—Sabes muy bien que jamás me ha gustado interferir en asuntos que no son de mi incumbencia, Alexander. —El tono de Dohn Tremblay, siempre educado y elegante, guardaba cierta frialdad que Crown no tardó en reconocer—. Se trata de Felicity. Hablé con su asistente esta mañana; ha estado posponiendo reuniones y apenas si ha ido a la oficina durante las últimas semanas. —La frialdad de antes se convirtió en un témpano—. ¿Tienes idea de qué pasa con ella? ¿Te ha comentado algo?

Alexander no tenía claro en qué sentido se inclinaba más la preocupación de Dohn: si en el bienestar de su hija o en el de sus negocios.

El excesivo número de llamadas telefónicas que recibía de su parte a diario se había vuelto imposible de manejar. Contestó algunas por cortesía, al principio, luego dejó que el buzón de voz hiciera el resto. Quedaba patente que la situación de su rompimiento la estaba superando, y después de lo que mencionó su padre dudaba siquiera que estuviera al tanto de su estado actual.

—No he hablado con ella en un tiempo, seguro mencionó que ya no estamos juntos —repuso con deliberada formalidad, a sabiendas de que al hombre del otro lado de la línea no iba a gustarle.

—Entiendo. —El pequeño ruido de tecleo que percibió antes se había detenido, sustituido por un leve crujido de cuero que alcanzó a escuchar en el fondo, casi viendo cómo el hombre se echaba atrás en el respaldo de su silla—. Así que de eso se trataba, imagino que debe pensar que todavía existe una posibilidad entre ustedes, de ahí su actitud de reserva.

Por alguna razón aquello se sintió demasiado indagador para su gusto. Pero ya que Dohn quería escuchar una respuesta a su pregunta subterránea decidió dársela.

—Esta vez es definitivo. —El hombre de mayor edad no discutió la implacable decisión.

Aguardó en silencio durante varios segundos.

—Trataré de ponerme en contacto con ella entonces, no debe estarlo pasando bien. No te quitaré más tu tiempo, Crown. —La llamada terminó entre una cortés aunque austera despedida.

Regresó al trabajo, solo para demostrarse que podía hacerlo. Sin embargo, era una tarea que se había visto agitada en varios grados por las múltiples circunstancias que rodeaban su vida. Durante buena parte de la mañana se ocupó en atender la reunión virtual con los miembros de la O.N.G. familiar; por la tarde tenía programada otra con los representantes de Montblanche y los abogados de ambas partes con el propósito de firmar el nuevo contrato para el desarrollo de la próxima campaña de su nueva línea de relojes.

Al ser las tres de la tarde había *casi* cumplido con lo más apremiante de la agenda del día. Dejó atrás la sala de conferencias con dirección a su oficina. La sesión fotográfica había sido programada dentro de cuarenta y cinco minutos y se llevaría a cabo en las mismas instalaciones de Crown Media. Joan y su hermoso asistente ya se encontraban con el equipo de Ray Santoro gestionándolo todo.

La idea de la sesión resultaba tolerable gracias a un único pensamiento: Jules, su mejor incentivo. Observarlo era un placer que no pensaba prohibirse, si bien el hecho de que estuviera saliendo con su guardaespaldas provocó que un intenso amargor resbalara por su garganta. Sacudió la cabeza para aclararse e inhaló con elocuencia en preparación del tedio que se avecinaba.

—Señor Crown, llega justo a tiempo —saludó el señor Santoro en cuanto puso un pie en la oficina, de pronto convertida en un alboroto de cables, equipo fotográfico, y al menos cuatro personas que le acompañaban e iban de un lado a otro ajustando detalles. Jules se encontraba de pie junto al perchero con la selección de trajes que estaría vistiendo, intercambiando opiniones con el joven que de seguro se encargaba de dicho trabajo. Alzó la vista, y por un segundo se enlazó con la suya antes de verse interrumpido por el fotógrafo—. Ya mi asistente le facilitará el primer cambio de ropa. Luego está Stacy… —La mujer se acercó para saludar también—… Quien se encargará del maquillaje.

—Será algo muy sutil, señor Crown, no se preocupe —añadió ella con rapidez para su tranquilidad. No era virgen en esos terrenos tampoco, pero toda aquella preparación le crispaba el humor. Cuanto antes empezara más rápido terminaría.

—Conozco esa mirada. Ya estás urdiendo un plan de escape; pero te aseguro que es completamente inútil. Tengo bloqueadas todas las salidas —bromeó Joan, acercándose una vez acabaron las presentaciones.

—Todavía me pregunto qué clase de poder oscuro posees para que termine haciendo lo que quieres.

La esquina de su boca se levantó con algo de humor mientras se quitaba la corbata.

—Es porque en el fondo sabes que soy la mejor. —La directora creativa sacudió la cabeza con aire divertido. Estiró la mano para que él le entregara dicha corbata—. Tu campaña marcha como la seda, querido. Tu enorme «sacrificio» se verá recompensado al final, entonces me darás las gracias. —La vista de Crown pasó adelante y aterrizó sobre Jules, cuyos dedos flotaban en su *tablet* tecleando a toda velocidad—. No es el tipo de recompensa que te estoy prometiendo. —Joan le acunó el rostro con una mano, obligándolo a mirarla—. Quita ya los ojos de mi chico.

—¿Quién eres, su chaperona?

—Soy su jefa, y estoy muy a gusto con su trabajo como para que me lo arruines —lo señaló con un dedo acusador, pero la tenue sonrisa en sus labios restaba fuerza a la censura—. Todo tú… Haces que las alarmas salten en advertencia, mejor ve a cambiarte que el tiempo no espera a nadie.

—Ahora pareces mi madre. —Le sonrió de forma encantadora, y antes de que ella replicara una respuesta se acercó al perchero.

Tras presentarse, el asistente de Santoro le hizo entrega de un traje de tres piezas en color gris marengo.

—Comenzaremos con este modelo, señor Crown.

—De acuerdo. —A lo último que prestaba atención era al pequeño sujeto cuando contestó—. ¿Cómo estás hoy, Jules?

—Muy bien, señor Crown. Gracias por preguntar. —Esos distintivos ojos apenas se despegaron de la tarea de escribir en el dispositivo.

—Te ves…, muy guapo de azul. —Esa vez la mirada del joven se precipitó sobre su cara con sorprendido reproche.

—Fue una ingenuidad de mi parte creer que mantendría su promesa —espetó entre dientes, con voz tan baja que habría tenido problemas para escucharla de no haber anticipado con exactitud la respuesta.

—Me gusta lo que siento cuando te miro, además… —Un asomo de travesura torció sus labios decadentes—… Prometí que no volvería a tocarte. ¿Qué parte de la promesa se supone que no estoy cumpliendo? —susurró, con tal arrogancia en la voz que el asistente se sintió sobrecogido.

—Demonios, Crown. Ya le dije que estoy saliendo con alguien. —La boca de Jules se convirtió en una línea severa, aunque seguía siendo la imagen misma de la pasión, la sensualidad, y el más brutal de los deseos.

—Andros. Lo sé. —Algo que el omega no supo interpretar brilló en aquellos ojos azules que no deberían parecerle tan perfectos—. Es…, un hombre afortunado.

Jules tragó saliva, de pronto muy incómodo con lo mucho que se había desviado la conversación.

—¿Él se lo dijo?

Alexander negó con la cabeza. E incluso a través de su barba, esa que siempre llevaba recortada de forma impecable, pudo captar el asomo de una mandíbula que se apretaba en profundo

desagrado.

—No es un sujeto muy conversador, pero eso ya debes saberlo. —Lo miró, con tanta intensidad que Jules juró que alcanzaba a sentir la electricidad que cargaba el aire a su alrededor—. Te lo dije una vez, mi trabajo consiste en saber todo lo que ocurre en mi edificio, señor Wallace.

Giró sobre los talones para encaminarse al baño, su ser dominado por un sentimiento que no podía ser otra cosa que una ira orgánica recorriéndolo de arriba abajo. Colgó el traje en el gancho de la puerta. Después se acercó al lavabo donde apoyó las manos en el borde de mármol; con la cabeza inclinada se repitió una docena de veces que no le importaba, que él no le interesaba.

Si insistía lo suficiente quizá llegara a creérselo.



—De acuerdo, señor Crown. Haremos primero unas tomas con usted de pie junto a la ventana. —Santoro indicó el sitio donde lo quería—. Quiero que mire hacia la ciudad…, puede meter la mano en el bolsillo del pantalón… así, muy bien. —El hombre se desplazó a su alrededor, cámara en mano sugiriéndole qué hacer…, cómo moverse. Después de otro cambio de vestuario se le pidió que fuera a su escritorio. Más fotografías de él a un lado del mueble de vidrio y metal, otras más sentado en su silla simulando que revisaba unos documentos.

Su pensamiento estaba en el lugar, si bien no enfocado en lo que hacía. Jules Wallace. Su presencia, semejante a tener una mano cerrándose con furia en torno al órgano que latía por él dentro de su pecho. Intercambiaron algunas miradas mientras él iba de un lado a otro acatando las indicaciones del fotógrafo. Aquella maldita sesión parecía no tener fin, entonces, como si no fuera suficiente…

—Señor Crown, trate de relajar un poco la expresión. ¿Quiere que tomemos un descanso? —sugirió Santoro.

Furioso, Alexander tardó en contestar según observaba a Felicity entrar en su oficina y acercarse a Jules, quien prefirió mantenerse como un espectador distante recostado contra la pared junto a la puerta.

—Sí, eh… me parece bien. —Se levantó de inmediato.

—Es como una droga, ¿no lo crees? —mencionó Felicity de pronto. Jules se tragó la desagradable sorpresa a la par de una inmensa bocanada de aire, le dedicó la mirada más desapasionada de su inventario, e hizo que no le importaba lo que estuviera decidida a arrojar contra él—. Sus besos, sus caricias…, son un embrujo. Solo mira su forma de moverse. Es…, arrollador; y… aquí… viene.

—¿Qué demonios haces aquí? —espetó Crown por lo bajo, con una entonación tan airada, tan filosa, que el instinto de Jules le alertó de que no se atreviera ni a parpadear. Observó que el hombre la tomaba del brazo a la altura del codo para posicionarse frente a su insistente novia y ocultarla del resto de personas que se encontraban en la habitación. Los tendones del cuello asomaban tirantes por encima del exquisito traje—. ¿A esto te dedicas en lugar de atender tus asuntos?

—Necesitaba hablar contigo. Es importante, y en vista de que no quieres atender mis llamadas no me dejaste otra opción que venir a buscarte. —Felicity parecía regodearse con el enojo que despertaba en Alexander. Miró al esbelto moreno de reojo, una lenta sonrisa llenó poco a poco sus labios rosa pálido en tanto parpadeaba con intención—. Si quieres…, tu amiguito puede quedarse a escuchar lo que tengo que decirte, no es ningún problema para mí. —Crueldad, pensó Jules, crueldad envuelta en una aterciopelada funda de puñal.

—Ya deja de decir estupideces. —El nudo de aprensión que había tenido en el estómago se liberó un poco cuando Crown reafirmó el agarre sobre la mujer y la condujo fuera de la oficina.

Al tanto de que la tensión del momento no había pasado desapercibida, se refugió en la carpeta con el cronograma de la sesión antes de tener que enfrentar las inquisitivas miradas que se dirigían hacia el lugar por donde la pareja acababa de desaparecer. Se preguntó hasta dónde lo arrastraría toda esa absurda situación.



—Caminas demasiado rápido, ¿a dónde demonios me llevas? —se quejó Felicity, con su brazo todavía en poder del férreo agarre de Crown cuando pasaban frente al mueble de recepción.

La cabeza de su asistente apareció del otro lado, toda ella ojos alarmados con la boca entreabierta sin saber qué decir ante lo que estaba viendo.

—Estás despedida. —La indiferencia con que se lo dijo no fue suficiente para aplacar la tremenda furia que la habitaba. Desconocía, y poco le interesaba ahora, qué método de persuasión utilizó Felicity para convencerla de dejarla pasar cuando sus órdenes habían sido de lo más expresas.

Decir que lo había enfurecido era quedarse corto.

—Pero… señor, yo…

—Largo. No quiero que estés aquí cuando vuelva. —Le habría reportado cierta satisfacción ver cómo se tomaba la noticia, pero iba deprisa y no pensaba detenerse.

—Eres un bruto, ella no tiene la culpa de…

—Yo soy su jefe, no tú. —Con la única mano que tenía libre, Alexander sacó el teléfono de su bolsillo. Tras presionar una sola tecla continuó—: Andros, necesito que enciendas el coche. Estoy bajando.

—Si no me sueltas yo… ¡Yo voy a empezar a gritar! —Amenazó la rica heredera mientras entraban al elevador. Sacudió el brazo en un vano intento de soltarse.

—Date el gusto. —Fue la desquiciante respuesta de Crown antes de que las puertas se cerraran.

—¿A dónde vamos? —Por fin la mujer dejó de retorcerse; no obstante, si pensaba que con eso conseguiría deshacerse de él se equivocaba. Había liberado algo que ahora no sería sencillo volver a apaciguar. Alexander suspiró en busca de infinita paciencia, convencido de que ningún *infinito* sería suficiente.

—Querías hablar, entonces vamos a hablar. —Consciente de la brusquedad de su actitud se limitó a sostenerla sin mirarla, a sabiendas de que eso la irritaba más que la restricción sobre su brazo, o lo que escucharía a continuación—. Pero no aquí. Iremos a casa de tus padres.

—De ninguna manera. Ellos no tienen por qué intervenir en mis asuntos. —La rabia la envolvió como una oscura capa cuando de un tirón volvió a removerse para liberarse. Esta vez lo consiguió: pero porque el hombre a su lado así lo quiso.

—Tú los involucraste al empezar a actuar como una perfecta lunática.

—No me hables así. ¡Imbécil!

—Qué demonios quieres que te diga, ¿eh? —En un gesto exasperado se llevó las manos a la cabeza, después una de esas manos descendió hacia su cara, que frotó en un despliegue de enérgica impaciencia—. Vienes a mi edificio a acosar a mis empleados…

—¡El empleado! ¡Solo di su maldito nombre, por todos los cielos! —El hombre dejó escapar un agónico gemido de rabia, mirándola como si no reconociera a la persona que tenía enfrente.

¡Dios, cómo se había equivocado!

—Es suficiente, Felicity. Ves y escuchas lo que quieres, pero eso no cambia nada…

—No lo digas, por favor.

—Se acabó. Nada de lo que hagas…, nada de lo que digas…

—¡MALDITO! —Alexander Crown apenas podía creer que la mujer que en ese instante descargaba su ira contra él era la misma cuyo rostro, casi ingenuo con facciones suaves y hermosas, había adorado besar una vez hacía toda una eternidad. Bloqueó el siguiente golpe, después esquivó uno más. Una gruesa película de humedad cubría aquellos ojos oscurecidos por una emoción que trascendía el enojo.

El ataque se vio reducido a una letanía de sollozos de una angustia incompatible con la criatura salvaje que había sido solo algunos segundos antes. Se derrumbó contra su pecho. Alexander quería entender su reacción, pero no era tan simple. Sus brazos se cerraron en torno a ella, movido por un acto más bien compasivo que de otra clase; no tenía nada que ofrecerle a Felicity aparte de eso. Esperó hasta que el llanto se deshizo en un susurro agotado.

—Estoy embarazada…, espero tu bebé.



—Me lleva el… diablo —murmuró la señora St. James a su móvil al ver que Alexander no atendía su millonésimo intento por conectarse con él. Era la primera vez desde que la conocía que Jules vio verdadero enojo en la presencia de su jefa—. No puedo creer que haya abandonado la sesión de esta manera, ¿qué se supone que voy a hacer ahora?

—No alcancé a escuchar bien lo que decían —mintió su asistente—, pero me dio la impresión de que hablaban de algo muy serio. Por lo que me he podido dar cuenta el señor Crown es un hombre muy responsable. Estoy seguro de que debe tener una buena explicación para cuando regrese, Joan. —Casi parecía gracioso que el dueño de la compañía tuviera que darle algún tipo de aclaración a su directora creativa, pero al parecer así eran las cosas en Crown Media. De lo que Jules no estaba seguro era de por qué se encontraba suavizándole el asunto al hombre.

Aunque en el fondo conocía la respuesta, y por mucho que le pesara no podía sacudirse el escalofrío que le impregnó hasta los huesos cuando vio la expresión atormentada en el rostro de Crown.

Esa mujer se lo había dicho, que no permitiría que él fuera feliz. Así que ya había empezado a encarnar aquella amenaza. Sería la nube negra sobre su existencia hasta que hallara la manera de corregirlo.

—Tienes razón, tal vez se le presentó una emergencia…, y yo aquí con ganas de retorcerle su presuntuoso cuello. —Suspiró con agotamiento. Eso tampoco era usual en ella—. Ni modo…, habrá que terminar aquí. Ya no lo podemos esperar más, Ray tiene otros compromisos que atender.

Jules acompañó a su jefa cuando fue a hablar con el fotógrafo.

Muy apenada, Joan se disculpó antes de explicarle que Crown había tenido que atender una emergencia de último minuto, que quizá llamaran en los próximos días para programar una nueva sesión. Santoro, tan profesional como comprensivo, les aseguró que por su parte no tenía ningún problema.

Ambos lo acompañaron a la salida al terminar de recoger el equipo, extrañados de no haber encontrado a la asistente del CEO en el sitio acostumbrado.

—Ah, Alexander —suspiró al aire la señora St. James mientras entraban en la cabina del elevador —. Me pregunto qué debe haber sucedido ahora. Es evidente que su relación con Felicity no anda en su mejor momento…, lo que no tendría que extrañarme; no anda en su mejor momento desde hace un largo tiempo.

Ese descuidado comentario no debería parecerle tan revelador, y sin embargo, de cierta manera, lo percibió así. De modo que explicaba el halo de tensión que siempre rodeaba a la pareja. Hasta ese momento Jules se había negado a aceptar lo que saltaba frente a los ojos con una facilidad casi absurda. Llamarlo relación era una cuestión de mera formalidad. Era ser demasiado educado, demasiado amable con algo que no era otra cosa que una Felicity Tremblay luchando con dientes y garras para evitar que la ilusión a su alrededor se hiciera polvo. En cuanto a Alexander Crown respectaba, se veía a mil kilómetros de distancia lo poco que le importaba seguir aparentando lo que no era: feliz.

Jules se había tomado lo de Felicity de manera muy personal, cuando lo cierto era que cualquier persona podía convertirse en el objeto de su mayor desprecio por el solo hecho de respirar demasiado cerca de la sombra de Crown. En su caso solo había estado en el momento y lugar equivocados para convertirse en aquel «privilegiado» objetivo. En realidad no sabía cómo sentirse al respecto.

—Ella es muy hermosa, y él muy apuesto —dijo por aportar cualquier cosa a la conversación. Pero Alexander no solo era apuesto, poseía un poder y una presencia tan absolutos que mientras posaba para la cámara de Santoro se sintió abrumado pese a haber estado del otro lado de la habitación.

—Si tan solo la belleza fuera suficiente para alcanzar la felicidad. Pero aunque seamos increíblemente apuestos y millonarios o todo lo contrario… —Sonrió sacudiendo un poco los hombros—… En algo estaremos de acuerdo: suele ponerse complicado para todos en determinado momento.

Ese momento complicado para Jules no se sintió en realidad así, tal vez porque jamás llegó a enamorarse de Gabriel. Sin embargo, con Adis…

En ocasiones se descubría pensando en lo mucho que le atemorizaba estar sintiendo tanto por él, luego se daba una patada mental por el trasero por perder el tiempo albergando incertidumbres en lugar de disfrutar lo que tenían. Recordó la cena en el apartamento de Alec la otra noche, lo pasaron muy bien luego de borrar de un plumazo el altercado de más temprano. A Jules se le ocurrió invitar a Natalie. Fue su manera de disculparse por no haber ido a lo del karaoke de oficina la otra vez, sin saber cuánto se lo iba a agradecer ella por tener el detalle de presentarle a Dimitrios.

Él y Natalie parecieron estar muy a gusto durante la velada.

La fascinación por el mayor de los Zagorakis atemperó su sorpresa al enterarse de que Jules y Andros llevaban algún tiempo saliendo y que no se lo había contado.

Por su parte, Nikos y Alec disfrutaron de su mutua compañía con algo más de reserva, según le dijo su amigo no querían incomodar a los hermanos; Nikos iba a necesitar un poco de tiempo para abrirse a su familia y decirles que en realidad no le gustaban los omegas, algo que no podía hacer sin preparación.

Así que Jules sería el guardián del secreto de ambos hasta que le dijeran lo contrario.

No tenía ningún problema con eso, lo que más le importaba es que fueran felices ahora que querían darse esa oportunidad.

En cuanto a él solo se dejó llevar por Adis y las emociones que desataba en su interior cada vez que estaban juntos, tomándose de la mano por debajo de la mesa mientras cenaban…, y apenas

prestando atención a la película que, mediante votación unánime, eligieron ver después. Sentado en su regazo, había envuelto con los brazos el cuello del alfa para luego hundir el rostro en el tibio espacio debajo y empaparse de su deliciosa fragancia.

Los brazos de él también lo habían rodeado, prodigando toda clase de caricias diminutas cuando no le acercaba palomitas de maíz a la boca.

Estar a su lado se había convertido en una necesidad, una que él estaba seguro de haber nacido para satisfacer. Así que esa noche Jules le pidió a Andros que no se marchara.

La delgada campanilla del ascensor lo devolvió al presente.

Joan mantenía la charla, solo que ahora abordaba cuestiones relacionadas con el trabajo.

Se separaron cuando su jefa siguió hacia la oficina, él a su cubículo para trabajar en el *dossier* que como cada día tenía que enviar a Crown. Imaginó que en vista de lo que había ocurrido quizá ni llegara a prestarle atención.

Se concentró en pasar de largo de los pensamientos que lo conducían a él, a la emoción que había nublado sus ojos y la mezcla de desolación y enojo que percibió tras ellos para sumergirse en la tarea.

Como la señora St. James no le pidió que se quedara para adelantar nada más de la campaña, cogió su maletín al ser las cinco de la tarde con la idea de ir a casa a buscar a *Arsen*, cambiarse por ropa deportiva y llevárselo a trotar por ahí. Esa noche no se vería con su alfa. Así que pensaba aprovechar el tiempo para sacar a pasear a su bebé de cuatro patas y hacer un tipo de ejercicio diferente al que él y Adis siempre terminaban realizando encima de alguna cama o sofá. Aunque tenía claro que no se estaba quejando de la rutina que compartían por supuesto.

Poco rato más tarde se colocaba los audífonos y le daba *play* a la lista de su reproductor de música. Era una de esas noches que parecían perfectas, llenas de un fresco y apacible sosiego, mientras el otoño se anunciaba con caricias en la piel. *Arsen* se veía feliz, y él se dio cuenta de cuánto había anhelado desconectarse, no pensar. Desde su entrada a Crown Media, era la primera vez que se dedicaba un momento para sustentar su necesidad de respirar lejos de todo lo que había pasado y en tan poco tiempo.

La intensidad de la última temporada había sido agotadora. Pero entre esa intensidad se hallaba Adis, su amor…, su paciencia. Él ahuyentaba la soledad de aquella parte de su ser que seguía siendo el Jules que vio cómo Tessa se ahogaba en el fondo de una piscina, del hombre que extrañaba a su padre, también a su madre pese a las eventualidades.

Dejó que el oxígeno colmara sus pulmones, tarareando en la mente *Adventure of a lifetime* de Coldplay mientras se proponía abarcar un poco más de distancia con cada paso de trote que daba.

Una hora después estaba de regreso en su edificio, saludó al sujeto de la recepción cuando pasó frente a él y decidió dejar lo último que le quedaba en un *sprint* escaleras arriba. Nada como el ardor de los músculos extenuados sumado a la satisfacción de la tarea realizada.

Tras recobrar un poco el aliento, inclinándose al frente con las palmas de las manos apoyadas sobre las rodillas, se encaminó a su apartamento. Llamó su interés inmediato notar que la puerta de Alec estaba entornada, después ese interés se convirtió en inquietud con el pequeño ruido que apenas alcanzó a escuchar en el fondo.

El instinto lo empujó hacia dentro. Descubrió a Alec paralizado frente a la ventana con el móvil pegado al oído; la ostensible depresión de los hombros, el reflejo de su mirada perdida más allá de la brillante silueta de la ciudad del otro lado del cristal. Adivinó su ánimo al punto, la inherente turbación que delataba su postura general.

Soltó sin pensar la correa de *Arsen* para correr hacia él y lo rodeó con los brazos. Entonces Alec se desmoronó en silencio.

—¡Por todos los cielos, Alec!, ¿dime qué sucede? —Pero él seguía inmerso en un plano que las palabras no lograban atravesar. Se veía mal. Se veía terriblemente mal.

Ignoró el estruendoso zumbido que le llenó la cabeza, tratando de mantenerse entero cuando se sentó en la alfombra con él. Pensó en que quizá tuviera que ver con Nikos, pero con la misma velocidad lo descartó. Se dio cuenta de que la llamada seguía activa. Le arrebató el móvil de las manos para acercárselo al oído.

—¿Hola? —El inconfundible sonido de una respiración del otro lado le dijo que aguardara—. Sé que sigue ahí.

—Hola —contestó la pequeña voz femenina del otro lado después de un tortuoso minuto. Su amigo se había movido al fin. Hundió la cara entre las rodillas y colocó las manos a ambos lados de la cabeza en aquella universal actitud de quien sufre con amargura—. ¿Y Alec?

—Él no está bien, no sé qué le sucede. No puede decirme…, por favor. Dígame qué ocurre. —Jules comprendió que la voz no pertenecía a una niña como creyó al principio, era de una mujer joven. Una voz también rota. Dolida.

—Es… es nuestra madre. Ella falleció… ¡Oh, Dios mío! Falleció esta tarde.

Un velo helado le cubrió el corazón. Casi no pudo prestar atención al arrebato de llanto y gimoteos que estalló en la línea una vez hizo la veloz relación de hechos. Recordó que Alec tenía una hermana, la mencionó un par de veces de manera superficial alguna vez hacía mucho.

—¿Victoria? —Así se llamaba. La garganta se le había retorcido debido al calibre de semejante noticia. Tragó para aclararse y seguir hablando—. ¿En dónde está ella? ¿Puedes… darme alguna dirección a la que podamos ir? —dijo, porque estaba seguro de que su amigo no se perdonaría jamás no estar presente en aquel momento crucial.

A como pudo, logró descifrar entre la maraña de sollozos la dirección de la funeraria donde iba a estar el cuerpo de la señora O´Brien una vez fuera entregado a sus familiares antes de que Victoria cortara la llamada de pronto. Sintió que todo en su interior se había anudado de angustia. Sin poder hacer nada para impedirlo, se vio transportado a aquel día nefasto cuando fue él quien recibió la noticia de que su padre había fallecido. Conocía de primera mano la magnitud de la devastadora sensación que se estaba tragando en vida a Alec.

Era como observar un descarrilamiento frente a sí mismo, en absoluto capacitado para evitar la colisión y salvarlo.

Dejó el teléfono en alguna parte para tener los brazos libres y abrazarlo. Quería mentirle…, quería decirle que todo iba a salir bien, que muy pronto iba a superar ese dolor… Que podía contar con él en lo que necesitara, porque hablarlo y llorar todo lo que hiciera falta iba a servir de desahogo. Sin embargo, la honestidad prevaleció y se quedó en silencio.

20: Nubes negras II

Enfrentar el dolor de la pérdida jamás iba a ser sencillo.

Pero aparte del sufrimiento que estaba atravesando, que Alec tuviera que afrontar la postura negativa de su familia de permitirle estar presente en los servicios funerarios de su madre, rebasaba por completo el entendimiento de Jules tanto como su paciencia.

Indignante.

Cruel.

Victoria, la menor de los O´Brien de apenas diecisiete años, asumió su responsabilidad como hermana de llamar a Alec y darle la noticia. Tuvo que hacerlo a espaldas de su padre y sus otros hermanos para evitar que la detuvieran.

Su convicción de que la chica se había puesto en contacto con él movida por un sincero arrepentimiento cobraba fuerza con cada palabra, tras la conversación que Jules mantuvo con ella a primera hora de la mañana siguiente.

Se había mantenido alejada por la influencia que ejerció la mayor parte de su familia, pero como ella misma reconoció, eso nunca sería una excusa para justificar su conducta. Así que comprendía que Alec no la perdonara con facilidad, y no era esa su intención. Que prohibieran a su hermano estar allí hizo que Victoria se rebelara de una buena vez ante la injusticia.

Lo último que deseaba es que hicieran el momento más amargo para él, debido a lo cual le pidió a Jules que fueran cautelosos pero que no se dejaran intimidar…, que ignoraran cualquier tipo de desaire; no valía la pena hacerlo más difícil de lo que ya era en todo caso. Su intransigente familia no quería entender que Alec estaba en el derecho de despedir a su madre tanto como ellos.

Encontrar semejante madurez en la chica causó una increíble impresión en Jules, que de inmediato sintió aprecio por ella. Le agradeció de nuevo, acompañándola en el sentimiento de pérdida tanto como se podía a través del teléfono.

Al concluir la llamada soltó un suspiro estremecido. La noche se había extendido de manera agónica. Agotado y sin dormir, se conectó con su jefa para explicarle lo sucedido, a lo que Joan contestó con la máxima comprensión del caso diciéndole que no se preocupara por nada más y que se tomara el día.

—¿Cómo te sientes? —Un par de labios se presionó contra el nacimiento de su cabello al tiempo que permitía que los brazos masculinos sostuvieran su exhausto cuerpo.

Aun cuando al momento lo embargaba un ánimo más apagado, se concedió el gusto de perderse en él…, en el tibio aroma de su hombre, en lo cálido que era su abrazo mientras lo ayudaba a sobreponerse. Porque Adis sabía que Jules tenía que estar fuerte no solo por él mismo, también por Alec que había llegado a convertirse en su familia.

—Espectral, como si apenas pudiera mantenerme dentro del cuerpo. —Soltó una alargada exhalación. Se encontraban de pie en la sala de estar de su amigo, quien seguía en su cuarto terminando de arreglarse para asistir al funeral—. Yo…, yo perdí a mi padre no hace tanto. Es revivirlo todo de nuevo, ¿sabes? —Su voz pesarosa, decaída.

—Puedo imaginarlo. —El abrazo se profundizó. Otro de aquellos besos protectores tocó la frente de Jules—. Sabes que cuentas conmigo, mi vida, para hablar…, o solo para que te sostenga cuando así lo necesites.

—Lo sé —repuso aplastando la mejilla en la pared de músculo macizo que era el pecho del griego —. Lamento no decirte siempre todo de mí… Es que yo…

—Shhhh, hay un momento para cada cosa. Lo último que quiero es invadir tu intimidad. —Adis apoyó la barbilla sobre la cabeza de aquel a quien deseaba marcar para convertir en su omega por toda la vida, inhalando la fragancia de su cabello mientras lo estrujaba más hacia sí—. Cuando estés

listo, Jules. Cuando estés listo —siguió en voz baja—; al menos ya sé un poco más de ti, y lo siento…, siento mucho lo de tu padre.

No contestó de inmediato. Andros advirtió la fuerza con que las manos del otro hombre buscaban aferrarse a él, después un sollozo acompañado de pequeñas y húmedas sacudidas. Lo sostuvo hasta que la calma se extendió a través de su cuerpo igual que un suspiro.

—Cuando nací… fue mi padre quien decidió mi nombre —dijo después de unos minutos. Adis no podía verle el rostro, que imaginó cubierto de lágrimas. Su mano sabía bien a dónde ir, la extendió con delicadeza para pasarla por la mejilla que no estaba contra su pecho y removió el húmedo velo sobre ella—. Mi madre quería que fuera Julian, aunque papá decía que a todos los «Julian» acababan por decirles Jules en algún momento así que decidió la versión corta para adelantar lo inevitable.

Un pequeño sonido risueño brotó de sus labios al recordar el día en que Elliot se lo contó. Y ese sonido animó a Adis a sonreír también.

—Me da la impresión de que era un hombre con predilección por lo práctico.

—En algunas cosas. —Jules se removió para mirarlo. Sus ojos parecían más pequeños a causa de los párpados hinchados y enrojecidos—. Ya que estoy siendo un poco más abierto, quizá te interese saber que también intenté ser vegetariano una vez. No funcionó —mencionó cambiando de tema. Estaba de acuerdo. Cualquier cosa que lo alejara de aquel humor sombrío para acercarlo más a él sería bienvenido—. Detesto las pasas, las películas basadas en hechos de la vida real, los infomerciales y los programas matutinos. Me encanta el helado, es mi golosina predilecta —añadió acariciando el hoyuelo en la mejilla de aquel ser maravilloso.

—¿Algún sabor en especial?

Jules confirió una mueca pensativa a su expresión en tanto se colgaba del cuello del alfa.

—Naranja holandesa.

—Anotado —dijo y lo miró con intensidad antes de besar sus labios.

Tras ellos la puerta se abrió, revelando a Nikos seguido de Dimitrios. Ambos lucían soberbios vestidos de traje entero negro como mandaba la ocasión.

—Oye…, ¿cómo estás? —Dimitrios lo envolvió en un abrazo mientras el menor de los Zagorakis saludaba a su otro hermano. Enseguida se perdió en el interior de la habitación de Alec.

—Agradecido de que estén acá. Significa mucho para nosotros.

Alec y Nikos no tardaron en salir para reunirse con ellos.

Dimitrios le dio el pésame. Luego se sentaron a conversar un poco de cualquier cosa para hacer tiempo en espera de la hora de marchar al cementerio. Jules notaba la serena tristeza de su amigo, el compromiso, el esfuerzo que implicaba tratar de mantener la ilusión de entereza cuando en realidad lo único que se llevaba por dentro era una pila de recuerdos rotos de bordes afilados e hirientes.

Fue hacia él y lo abrazó en silencio.



Una invasión de recuerdos con el rostro de la señora O´Brien desfiló en su cabeza. Pensó en cómo se había ido. Un infarto, dijeron. Repentino, fulminante. Doloroso para quienes ya la echaban de menos.

Andros no se apartó un solo instante aquella mañana de sol radiante. El oscuro material de trajes y vestidos se onduló al paso de esporádicas ráfagas de viento. Viento que se trajo abajo incontables

hojas de árboles cercanos en una leve lluvia que cayó con suavidad sobre el conjunto de arreglos florales dispuestos cerca del féretro.

Había mucha gente presente en el lugar, familiares de Alec a los que Jules detestó porque ni siquiera en un momento de tanto dolor pudieron contener su menosprecio por él, considerándolo la vergüenza de su distinguida familia alfa. Si bien no todos cayeron en la misma necedad; Victoria estuvo a su lado, también algunos primos y tíos fueron a su encuentro para acompañarlo en el sentimiento. Pese a mostrar una formal distancia no se opuso al acercamiento.

Estaba dolido, de tantas y tan variadas formas que Jules lo percibía como un artefacto explosivo cuyo detonador podría estar en cualquier parte. Durante un instante tuvo la impresión de que el padre de Alec valoró la idea de acercarse a él, y no de la mejor manera, lo delató el severo rictus que le endurecía cada centímetro del rostro hasta lo imposible en cuanto lo vio llegar al cementerio.

Sin duda debió considerar mejor sus intenciones al observar a los tres imponentes alfas que le hacían compañía y que parecían ser sus escoltas, cada uno de ellos una presencia formidable tras las gafas oscuras además de una actitud que era una advertencia manifiesta en sí misma.

A su pequeño grupo también se había unido Natalie, quien solicitó permiso en el trabajo para poder asistir. Josh y Gina, amigos y empleados de Alec en la tienda también estuvieron presentes.

—Este es mi número. Puedes llamarme para hablar si lo necesitas, y si no te respondo es porque estoy trabajando…, pero te prometo devolver la llamada en cuanto pueda, ¿está bien? —Dio un fuerte abrazo a Victoria después de pasarle el teléfono. El servicio había finalizado para entonces. Los asistentes se movían con desgana por los senderos que llevaban a la calle principal, arrojando fugaces miradas de curiosidad hacia ellos que todavía no se apartaban del que sería el sitio de descanso eterno de la señora O´Brien.

—Cuídalo por mí, ¿quieres? —Un mohín de disculpa curvó unos labios muy parecidos a los de Alec—. Sé que lo has estado haciendo, y no sabes cómo te lo agradezco. Pero eres más cercano para él de lo que yo he sido. —Ojos empañados de dolor y culpa le devolvieron la mirada.

—Este no es el momento para que te dejes llevar por esos pensamientos, Victoria. Solo dale tiempo. —Un trago amargo descendió por su garganta. Proyectó una sonrisa para intentar vencer las lágrimas que quemaban como llamas tras sus ojos. ¿Qué más podía decirle? Una vez se despidió de ella regresó junto a Andros—. Gracias por estar aquí.

—Ni lo menciones.

«Tiempo», pensó Jules cuando las manos del hombre acariciaron sus brazos, una palabra que se pronunciaba con una inmerecida facilidad, consciente de que los días…, las semanas venideras, serían las más arduas en el camino del duelo.

Un sobresalto de *déjà vu* le estremeció los huesos al verlo en retrospectiva.

Miró a Nikos, que se acercó a Alec para rodearle los hombros con un brazo y se quedó de pie junto a él mientras contemplaban la hermosa profusión de flores que tenían delante sin decir nada.

Agradeció aquel contacto como si fuera propio. Su amigo tenía a alguien más para sostenerlo ahora; como él.



—¿Todavía nada?

La ansiedad de Nikos llenaba de aspiraciones agitadas su voz cuando lo llamó por tercera vez aquella noche. Adivinó que caminaba a toda prisa, luego escuchó la puerta del coche al cerrarse de

golpe.

—Nada. Sigue saltando el buzón de voz. —Jules se acomodó el móvil entre el hombro y su oreja mientras utilizaba las manos para meterse las zapatillas deportivas.

Alec seguía sin aparecer.

Cuando Jules fue a buscarlo esa mañana para llevarle unos *waffles* con café de desayunar, se dio cuenta de que algo no andaba bien al encontrar en su lugar la cama hecha. El instinto le dijo que ni siquiera había pasado la noche en casa, o quizá decidió marcharse en mitad de la madrugada.

Se fijó en que sus cosas seguían intactas en el armario y pensó que no tardaría en aparecer, repitiéndose a lo largo del día que entrar en pánico no iba a solucionar nada. Tal vez necesitaba aclarar sus ideas, tener un momento a solas con sus pensamientos. Sin embargo, ya pasaban de las diez y media de la noche.

Mandó al demonio su tentativa de mantener la calma y llamó a Nikos esperando que le dijera que había pasado el día con él.

Apenas habían transcurrido dos días del fallecimiento de su madre, dos días en los que Alec había arrastrado por los suelos un ánimo peor que sombrío. Enfrentarse a las funestas posibilidades que conjuraba su imaginación le estaba costando la vida entera, porque él mismo concibió unas cuantas ideas terminantes en su momento de mayor desesperación.

—¿Y en la tienda? —siguió Nikos, con el sonido del motor de su coche rugiendo en el fondo en contrapunto con las tensas maldiciones que soltaba en su lengua nativa cada vez que tropezaba con un estorbo en el camino.

Cuando lo encontrara se iba a encargar de… ¡Demonios! ¿Cómo iba a darle una lección con la tremenda tristeza que cargaba?, se dijo Nikos. Comprendía el estado vulnerable de sus emociones, sacudidas de una de las formas más crueles que tenía la vida de arrancar un pedazo del alma: arrebatando a quien se ama.

«Alec, no me hagas esto, por favor», suplicó el griego tratando de pensar con optimismo.

—No han sabido nada de él en todo el día. Tampoco se ha puesto en contacto con su hermana. —Jules amarró su cabello en una coleta apresurada, tomó la chaqueta que Adis le extendía, y dejaron atrás su apartamento lanzándose escaleras abajo para no perder más tiempo.

Pensaba ir primero a la estación de policía a fin de abrir un reporte por desaparición, después a algunos sitios que se le habían ocurrido donde pudo haber pasado las horas previas. Alguien tenía que haberlo visto.

—Estaré buscando, Jules. Por favor llámame si llegas a saber algo, lo que sea —pidió Nikos con una entonación que dejaba muy claro que no consideraba aquello cualquier cosa. La respuesta del omega fue inmediata.

La noche dio paso a la madrugada del día siguiente.

Los *pubs* y clubs nocturnos estaban a reventar. Encontrarlo en alguno de los que figuraban en su lista de favoritos había sido un plan que se escuchó mejor en su cabeza. No iban a dar con él de esa manera; entonces la expresión de «buscar una aguja en un pajar» acababa de volverse obsoleta para él: lo de Alec era como buscar una aguja en cientos de pajares y con los ojos cerrados.

Esperaba que Nikos tuviera más suerte, sobre todo ahora que Dimitrios se había unido a la búsqueda después de escuchar lo sucedido. Las horas pasaron sin misericordia. Llegaron justo al mismo lugar de cuando empezaron a buscar: a ninguna parte. Más preocupados que cansados, resolvieron regresar al apartamento y esperar ahí en caso de que Alec volviera por su cuenta. Las primeras luces del amanecer se filtraban en pálidas tonalidades azul grisáceas a través de las cortinas cuando el teléfono de Jules comenzó a timbrar.

Era el encargado de recepción del edificio. Un taxista acababa de dejar a su amigo en la acera, apenas si podía sostenerse en pie de lo ebrio que se hallaba y lucía golpeado. Sin darle oportunidad al sujeto para que terminara de hablar los cuatro hombres bajaron a recogerlo.

Un dolor lacerante retorció el corazón de Jules al ver su estado. Su rostro…, su hermoso rostro había recibido una golpiza brutal. La ropa, arrugada y sucia, mostraba una gama de manchas de sangre que iban desde un tono más oscuro, casi negro, hasta otras tan recientes que alcanzaba a ver el rojo vivo y pulsante sobre el material de la camisa. Apestaba a alcohol barato y balbuceaba incoherencias al tiempo que Nikos y Adis lo sostenían de cada lado para llevarlo hacia el elevador, cuyas puertas Dimitrios mantenía abiertas para ellos.

Se preguntó cómo hizo el taxista para entender a dónde llevarlo.

—Eh…, señor Wallace —interrumpió el señor Parker con evidente pesar—. Tuve que pagar el servicio de taxi ya que el señor O´Brien no traía un solo centavo encima, ¿usted cree que…?

—Lamento muchísimo todo esto… Pase… pase a mi apartamento antes de irse para devolverle el dinero. Y…, bueno, yo quería saber si… —Jules se retorció las manos, en verdad apenado.

—No se preocupe, no pienso decir nada de lo que ocurrió al manager del edificio: tiene mi palabra. —Jules abrió mucho los ojos para evitar que el repentino ardor tras sus párpados empezara a desbordarse. No podía estar más agradecido con el señor Parker, quien había adivinado aquella otra inquietud a sabiendas de que su propio empleo podría verse implicado. Una de las cláusulas en el contrato de arrendamiento era bastante específica de acuerdo al comportamiento de los inquilinos.

Le dedicó una sonrisa comprensiva e inclinó la cabeza de forma cortés antes de apremiarlo a irse con sus amigos.

Su anterior preocupación se vio modificada casi al instante al momento de cerrar la puerta y contemplar la lamentable figura de Alec mientras tomaba asiento en el sillón frente a él. Reía como un perfecto imbécil tras las casi veinticuatro horas en que hizo su vida miserable, conjurando toda clase de espantosos escenarios.

—¿Qué demonios crees que estabas haciendo? —Jules se llevó una mano a la frente, sintiendo que el peso de su angustia por él drenaba las pocas fuerzas que le quedaban en el cuerpo—. ¡No puedes simplemente irte así sin avisar!

—¿Por qué no me llamaste? —Sin dejar de moverse por la habitación, Nikos daba la impresión de estar a punto de golpear algo. Dimitrios lo miró, perplejo. La misma expresión se repitió en el semblante de Adis, que buscó de inmediato una respuesta en los ojos de Jules. El omega le indicó con la mirada que no era el momento, pero supo de una vez que los pensamientos de su chico iban a mil por hora sacando conclusiones de todo tipo—. ¿Tienes alguna idea del infierno que me hiciste pasar? ¿A todos nosotros? —Gruñó con exasperación—. Tu móvil, ¿en dónde está?

Entonces, un golpe de iluminación aclaró las facciones de Andros con la verdad que se revelaba ante sus ojos. Comprendió cuál era la otra motivación que en realidad movía las preocupadas acciones de su hermano pequeño.

—No lo sé… no puedo recordarlo. Lo siento… Lo siento mucho. —Alec dejó caer la cabeza hacia delante y la encerró entre las manos. Avergonzado—. Quería…, quería estar solo —se interrumpió de golpe—; ¡era mi madre, por Dios santo!

—Y lo sentimos también, Alec —intervino Jules con las pestañas húmedas por las lágrimas que ni siquiera había notado—. No sabes cómo me duele verte así. Tu madre era una mujer increíble y…

Al escucharlo, el apuesto hombre de cabello negro alzó los ojos. Algo brilló en la distancia de la tormenta azul de su mirada.

—¿En serio? ¿Dices comprenderme cuando tú tienes con vida a una madre a la que nunca te

tomas la molestia de visitar? —El arrepentimiento estalló en su cara con la misma velocidad en que las palabras saltaron hirientes fuera de su boca. Demasiado tarde. El daño estaba hecho—. Primor…, primor, lo siento. Nunca debí…

—Eres un maldito. —Movió la cabeza, no con negación sino como un gesto de absoluta decepción. Una patada directa en su estómago habría sido menos dolorosa que aquel ataque verbal.

En un acto inconsciente buscó sin ver el pomo de la puerta y se lanzó fuera, al pasillo. Un torrente de emociones dispares, la mayoría rematada por extremos aserrados y puntas cortantes, se extendió en todos los rincones de su ser, apuñalándolo insistente con la marca de la traición en cada filosa punzada.

Recostó la espalda contra el frío de la pared. Quería huir de las inquisitivas expresiones que notó saltar en los rostros de los hermanos Zagorakis, en especial de Adis. Todavía no se había animado a hablarle acerca de su madre y la condición en que se encontraba.

La puerta volvió a abrirse. Captó las preguntas que se acumulaban en el ceño encogido de su griego cuando se detuvo frente a él, no obstante, rodeó sus hombros en silencio para acercarlo a su pecho.

—Lamento muchísimo lo que ha pasado. —Tragó un sollozo y se limpió las lágrimas que bajaban por su nariz—. Deben estar agotados. Voy a preparar el desayuno para ti y tus hermanos…, es lo menos que puedo hacer después de…

—No tienes que hacer nada. Además, tú tampoco has dormido. —Aquellos maravillosos músculos se cerraron con más fuerza a su alrededor, alejándolo del suelo para llevarlo a la altura de su mirada. La vibración de la voz del alfa le acarició el rostro, restando algo del pesar inicial a su consternado corazón.

—Quiero y voy a hacerlo, Andros. Tengo que hacer esto —dijo con actitud decidida, refiriéndose más a las preguntas que todavía no estaba seguro de querer contestarle que al desayuno.

En el fondo sabía que se lo debía.

Él asintió mirándolo con calidez. Su considerado silencio expresaba ya de por sí un millar de cosas de igual manera. Porque hasta ese momento, Andros le había dejado creer que no notaba su deliberada actitud de esquivar preguntas y evitar respuestas.

Para su asombro, Adis observó que Jules regresaba al apartamento de su amigo y no al de él.

Encontraron a Alec avanzando a pasos lentos y tambaleantes hacia su habitación, con ayuda de Nikos y recibiendo de su parte toda clase de censuras por su imprudente comportamiento. Giró apenas para ver con agradecida sorpresa que Jules había regresado.

—Primor, cómo me alegra que…

—Cállate. No soy tu primor, y no pienso volver a hablarte. —Sus ojos, lo que más llamaba la atención en el rostro del omega, evitaron mirarlo. Ninguno de sus músculos lastimados dolió tanto como el desprecio de su actitud. Cuando Jules volvió a hablar se dirigió a todos menos a él—: Jamás podré agradecerles su apoyo, chicos. Yo…, no sé qué hubiera hecho sin ustedes —continuó en un tono algo abatido—… Voy a prepararles el desayuno. Sé que están hechos polvo, así que no tomará mucho tiempo. Pasen por mi apartamento antes de irse, ¿quieren?

Dio media vuelta para abandonar el lugar una vez más. Lo único de él que dejó tras de sí fue la tensa vibración que colgaba en el aire y a los cuatro hombres inmersos en un silencio que bien podía partirse en porciones con un cuchillo.

—¡Uy!, ahora sí que lo fastidiaste. —Ningún cansancio era capaz de hacer que Dimitrios renunciara a una buena comida. Se acercó a Alec para palmear su hombro en un gesto fraternal, seguido de una diminuta carcajada—. Lo siento por ti, viejo.

Sacudió la cabeza y se frotó debajo de la nariz con los nudillos para salir tras Jules.

21: Aires de tormenta

Había tardado cerca de una hora y media en valorar la idea de si ir solo, o a lo mejor esperar que Adis lo acompañara el próximo domingo como acordaron tras su charla. Después tardó casi cinco minutos más en reunir el control necesario antes de cruzar la calle frente a la residencia para discapacitados psiquiátricos que no había visitado en poco más de dos meses.

Sincerar aquella parte escondida de su vida con él representó una molestia menos que cargar.

Sabía tanto como Andros el motivo, no tan subterráneo, que le dificultaba visitar con frecuencia a su madre.

«¿Qué hiciste, Jules?».

Dobló los dedos con fuerza, tanta que las uñas se clavaron en la carne atrapada dentro de los puños apretados. No. Tenía que hacerlo solo…, igual que siempre. Adis lo comprendería. Pensar en presentarle a su madre rota lo superaba. Quizás… quizás algún día.

Entregó su identificación al hombre que resguardaba la zona de seguridad en la entrada y luego estampar su firma en el registro de visitas, como era la costumbre. Pero a diferencia de las veces anteriores advirtió que una de las firmas de ingreso no le pertenecía. Entornó la mirada e intentó reconocer el nombre, los rasgos de la caligrafía. No tenía modo de identificarla. Nadie que no fuera él había visitado a su madre desde que vivía en ese lugar, porque su única familia era él y viceversa.

—Disculpe… —Se dirigió al uniformado de porte estricto con la inquietud merodeando en su cabeza—… Veo que mi madre recibió una visita hace un par de semanas. No tengo idea de quién puede ser esta persona.

El sujeto se acercó al instante. Sin decir nada giró el enorme libro de registro, el cual se dedicó a revisar con aire meticuloso. Un número de identificación figuraba junto a la firma. A continuación, digitó la serie numeral en la computadora que tenía a un lado en el escritorio.

La formalidad del sujeto resultaba de lo más incómoda. Pese a ello parecía tomarse en serio su trabajo.

—Abigail Pietschmann. ¿La conoce? —Jules casi había olvidado el nombre de su tía. La única hermana de su madre y que apenas vio unas cuantas veces; la última vez cuando cumplió trece años. El apellido debía pertenecer al sujeto alemán que conoció años atrás. Entonces, se habían casado.

Aun así, la situación pareció desconcertarlo.

—La conozco, sí. Solo quería asegurarme. —Recibió de manos del hombre una identificación de visitante, enseguida pasó por las puertas de ingreso. No se explicaba que Abigail hubiera visitado a Raquel sin avisarle. Aún más confuso el *cómo* se enteró de que su madre estaba internada en aquel lugar.

Sin duda debía tener los recursos. Pero sentía una incipiente molestia…, cierto cosquilleo en la parte de atrás de la cabeza.

Mordió la uña de su pulgar sin prestar especial atención a aquel tic nervioso, elaborando cien preguntas más en tanto hacía su camino hasta el consultorio del doctor Landry, el médico que atendía la condición de Raquel desde que decidió ingresarla en la residencia.

Si bien la puerta estaba abierta tocó para llamar la atención del médico. Concentrado en terminar de leer uno de los expedientes del puñado que tenía sobre el escritorio, alzó la vista varios segundos después. Una sonrisa blanca, blanquísima, se extendió por aquel rostro de tez oscura y ojos de una inteligencia inconfundible, aunque amistosos.

—Jules, ¡qué bueno es verte por aquí! —Dejó la silla para recibirlo, posando apenas una mano sobre su hombro mientras la otra describía una invitación a sentarse. Su cabello se había aclarado un poco más desde su última visita.

—Doctor Landry, siento no haber podido venir antes. Estoy adaptándome a un nuevo empleo,

llevo unos cuantos meses ya, pero han sido muy demandantes —repuso, pese a que no era del todo cierto.

—Ah, un cambio. A veces los cambios son buenos, quiere decir que estás avanzando. —Rodeó el escritorio para volver a su sitio, mirándolo de la forma que él había aprendido a reconocer en quienes trabajaban en el área de la psiquiatría. Estaba seguro de estar siendo objeto de evaluación en ese preciso instante—. Espero que te esté yendo bien en tu nueva etapa laboral.

—No puedo quejarme. —Sonrió para compensar lo que no pensaba compartir con él de su vida privada. Los ojos del médico expresaron entendimiento. Un breve carraspeo, seguido de un suspiro pensativo—. Me enteré de que mi madre recibió una visita hace poco.

—Ah, sí. —El doctor Landry se echó atrás en el respaldo—. Me entusiasmó ver que otro miembro de la familia se interesara en la salud de la señora Palmer. El acompañamiento de los parientes es primordial para nuestros pacientes. —El omega tuvo la impresión de que aquello lo dijo especialmente para él y sus poco regulares visitas—. Espero no haber cometido una indiscreción al permitirlo. La señora Pietschmann pareció muy preocupada al comprender la condición en que se encuentra tu madre.

En realidad, Jules nunca firmó algún tipo de impedimento de visita puesto que no esperaba ninguna.

—Supongo que encontrarla así después de tantos años sin verla debió impresionarla. —Apoyó la mano en el reposabrazos. El cansancio de la noche que Alec le hizo pasar le había provocado una fuerte punzada de dolor en las sienes, iría a ver a Raquel de una vez, luego pensaba llegar a casa y hundirse en su cama para recuperar algo del sueño perdido. Pero antes quería hacer una pregunta más—: ¿Sabe si Abigail dejó algún número telefónico para poder localizarla? Mi contacto con ella también se perdió hace mucho tiempo y me gustaría saber si todavía está en la ciudad.

—Me temo que no, Jules —contestó él, con los dedos entrelazados sobre el escritorio—. Pero si regresa le diré que la estás buscando. —Se preguntó qué tan extraño debería parecerle al hombre toda la situación. Luego se permitió suponer que en una profesión como la suya lo raro era no encontrarse con casos extraños cada día.

—Estaré muy agradecido. —Ambos se pusieron de pie. El doctor Landry lo acompañó parte del camino que llevaba a la habitación de su madre—. ¿Ha… habido alguna mejoría?

—No voy a mentirte, la mente es de una complejidad increíble. Para el ser humano sigue siendo más sencillo construir naves espaciales y explorar el espacio que descubrir el misterio que llevamos en la cabeza. En palabras simples… —Jules vio de reojo el iluminado salón a su derecha. En él se llevaban a cabo diversas actividades terapéuticas como parte de la atención integral del paciente—… Para Raquel su realidad se volvió intolerable, de modo que bloqueó cualquier estímulo externo como un mecanismo para protegerse de lo que la lastima. Quiero que entiendas…, esta no es una reacción consciente, Jules, pero quizá deberías verlo desde otra perspectiva: ella se siente a salvo allí.

Saberlo no lo hacía sentir mejor, ya debería estar acostumbrado. Tal vez fuera lo más conveniente. De todas maneras, la relación con su madre no era tan diferente de cuando estaba sana. Apenas si hablaban.

Se despidió del médico, quien aprovechó la oportunidad y le invitó a las charlas que ofrecía en la residencia dirigidas a los familiares de los pacientes. Respondió que lo pensaría, después pasó la siguiente hora paseándose con su madre por los jardines, cepillándole el cabello mientras le contaba que había conocido a alguien, que era feliz.

Raquel no lo miró, nunca lo hacía.

Le habló de su trabajo en Crown Media, también de Alexander Crown pensando que al

mencionarlo podría detonar alguna clase de reacción, cualquier cosa por mínima que fuera. Entonces su madre giró la cabeza con lentitud. Jules no soltó el mechón de cabello que sujetaba entre los dedos y que había estado trenzando, pero detuvo la tarea para contemplarla.

Por un segundo vio que su madre *sí* estuvo dentro de aquellos ojos. Luego abrió la boca para hablar.

—¿Elliot?



—De acuerdo, ya lo he anotado. —Los párpados de Alexander se estrecharon. Soltó el bolígrafo encima de la libreta y se puso de pie para mirar la ciudad más allá de la ventana. Su rostro dirigido al conjunto de suaves tonalidades naranjas, rosas y violáceas de finales de la tarde—. Ahí estaré.

—No tienes idea de cuánto aprecio que hagas esto por nosotros, Alexander —respondió Felicity en tono quedo a través del altavoz.

El hombre no estuvo seguro de cuánto abarcaba aquel «nosotros» según los términos de su ex, pero esperaba de verdad no tener que volver a tener esa conversación.

Lo último que deseaba era acabar convirtiéndose en enemigo de la mujer que tendría a su hijo. Lo sucedido en el elevador la otra vez no había cambiado nada, su decisión de dar por terminada la relación con Felicity era inamovible. La acompañaría hasta donde le fuera posible durante el proceso, se esforzaría por ser un buen padre para su pequeño o pequeña.

Nada le faltaría: jamás.

Sabía que ella albergaba la esperanza de que la criatura pudiera sanar algo que él consideraba irreparable. Solo esperaba que terminara por comprender que debía evitar remover ciertos recuerdos; para Crown, el único tiempo que existía en realidad era el presente.

—Es mi hijo, es muy importante que lleves un estricto control prenatal por el bien de ambos. Nos veremos en el consultorio, ¿de acuerdo?

—Es una cita. —El hombre suspiró, algo irritado con la intención que Felicity otorgó a ese simple uso de palabras. Prefirió guardar silencio antes de alargar más la conversación. Ella debió notar la dureza del momento—. Esto…, tengo que volver al trabajo. Cuídate, Alexander.

—Tú también. —Terminó la llamada. El alfa se llevó una mano al rostro para frotar el dedo índice sobre su labio, observando pensativo que los colores en el cielo habían vuelto a cambiar.



Adis terminó de poner algunas cosas dentro de su maletín. Eran casi las once de la noche, lo pasaría en casa de Jules; tenían pensado salir muy temprano la mañana siguiente con destino al Área Recreativa Nacional del río Chattahoochee.

A su chico se le había ocurrido la idea de que en su próximo día libre tenían que hacer algo que ninguno de los dos hubiera hecho jamás, de manera que después de descartar varias opciones llegaron juntos a la conclusión de hacer senderismo con *picnic* incluido.

Él quería complacerlo.

Aunque no volvió a tocarse el tema, el griego sabía cuánto le pesaba a Jules el distanciamiento con su mejor amigo. Alec no estaba pasándolo mejor. Sin embargo, Adis comprendía dos cosas: el resentimiento que el omega sentía por su madre había echado raíces tan profundas que dudaba

mucho que pudiera liberarse de él alguna vez, y Alec no tenía manera de saberlo. Jules nunca se lo dijo.

Así que Andros tomó una decisión (que seguía sin estar seguro de que fuera la mejor), le contó al hombre qué se ocultaba tras el enojo de Jules…, porque quería que lo comprendiera.

No se trataba de una reacción sin sentido nada más. Tenía que darle un tiempo.

Esperaba que las cosas se resolvieran puesto que ambos se echaban de menos, en especial el pobre Alec que no sabía qué más hacer para ganarse la absolución.

Su móvil timbró sobre la mesa de noche, el movimiento vibratorio lo llevó hasta el borde donde estuvo cerca de caer. Lo tomó en el último segundo sin reconocer el número entrante.

—Diga —escuchaba de fondo el inconfundible rumor de múltiples conversaciones, finos tintineos que le trajeron a la mente la imagen de vasos y jarras, con algo de música intercalándose sobre los anteriores sonidos.

—Oiga, amigo, ¿es usted el señor Zagorakis? —Otros ruidos. Más voces diciendo cosas que no entendía. Sintió que los músculos de la espalda se le tensaban en anticipación—. Tengo a un chico aquí que ya ha bebido demasiado. Dice que lo conoce y que no piensa marcharse hasta que usted venga por él. Takis, creo que así dijo que se llama.

Como si de un flamígero latigazo se tratara, lo recorrió tal enojo que se descubrió apretando los dientes hasta un punto casi doloroso.

—¿Qué tan ebrio está? —inquirió con énfasis. Apretaba con más fuerza de la necesaria el teléfono móvil en su mano.

—Solo le diré que si usted no viene por él quedan alfas de sobra que ya están empezando a saborearlo con la vista. El chico es lindo —añadió el tipo tratando de parecer gracioso en medio de una situación que nunca lo sería.

Adis soltó un elocuente improperio.

—Deme la dirección. Voy de inmediato. —Conocía el lugar, no estaba lejos. Pero no podría llevarse a Takis en su motocicleta en dicho estado, tampoco contaba con el número telefónico de los padres del joven para que se encargaran del asunto. Tendría que empezar por llamar a Theodora o a su padre y que se lo facilitaran, pero antes tendría que detallar cada pormenor del asunto, cuando lo último que deseaba era comenzar a dar explicaciones; los conocía demasiado bien.

Chasqueó la lengua con disgusto y pidió un taxi al instante siguiente.

¿Qué demonios pasaba con Takis?

Pensó que lo conocía, ahora solo le quedaba admitir cuánto se había equivocado.

Una cosa era ser imprudente, otra muy distinta estúpido.

Un omega ebrio y solo en la noche era lo mismo que pintarse una diana en la frente. Los noticieros y los diarios estaban repletos de ese tipo de sucesos cada día.

En menos de quince minutos había cogido el transporte y llegado al Mac McGee, un conocido *pub* en Decatur Square. Entró al establecimiento y dio con él en cuanto cruzó la puerta aun cuando estaba repleto de clientes.

Apestaba a feromonas de alfa, pero no con la fuerza suficiente para que se convirtiera en un problema. Sentado al final de la barra, apoyaba la cabeza hacia abajo sobre los brazos cruzados.

Pasó en medio del gentío sintiendo que las venas en su cuello serpenteaban furiosas bajo la piel.

—¿Se puede saber qué diablos estás haciendo? —De ese modo, pesado y vacilante, Takis movió la cabeza para mirarlo, pero no la levantó. Sus párpados apenas se mantenían abiertos, aun así le quedaba suficiente fuerza en los dedos para sujetar un vaso de *whiskey* con una pequeña cantidad en el fondo que él no pudo ver antes debido a la posición.

—Lo siento…, mi amigo se marchó con su novio. No quería que nadie me viera así… mucho menos tú; pero si mis padres se llegan a enterar seguro les da un ataque. Quería tomar un taxi aunque la chica de ahí me dijo que podría ser peligroso. —Adis levantó la vista para tratar de ver a qué chica se refería, sospechó que alguna de las que atendía del otro lado de la barra.

Un airado músculo palpitaba en el brutal ángulo de la mandíbula masculina.

Con un férreo dominio de sí mismo, preguntó si la cuenta ya estaba cancelada. Menos mal la respuesta fue positiva.

—Ven. Larguémonos de aquí de una vez por todas, no tengo el tiempo ni el humor para jugar al niñero. —Extendió el brazo para sujetarlo pero Takis lo rechazó.

—Aguarda, pagué por este trago…, y no pienso dejar que lo tiren.

—Yo pienso marcharme, Takis, contigo o sin ti. Tú decides —le advirtió de manera tajante.

—Pero… Adis…, es solo un pequeño trago…

Con el pensamiento puesto en Jules, que lo estaba esperando y él nada ansiaba más que ir a su lado, cogió el vaso y se bebió de un tirón el miserable sorbo que le quedaba.

Cuando el amargo sabor se pegó a su lengua se arrepintió. Detestaba el *whiskey*, más aún si estaba tibio como ese.

—No me llames así, muchacho. Se acabó. Vienes de una vez, ya me hartaste con tus estupideces. —Decidido a dar por terminado el asunto rodeó su cintura con un brazo, llevándolo casi a rastras en medio de la concurrida clientela.

El taxi todavía lo esperaba. Cómo no después de haberle prometido al hombre una buena propina por ello.

El conductor salió de una vez para ayudarle con la puerta. Le dio la dirección del apartamento de Takis y miró de nuevo la hora en la pantalla del móvil. Dejaría al chico a salvo en casa, regresaría a la de él por sus cosas, y estaría con Jules dentro de un poco más.

22: Tormenta

Por centésima vez el teléfono de Andros se agitó dentro del bolsillo de su pantalón. La prenda se hallaba tirada de cualquier forma por ahí, en alguna parte en el piso, pero ante la insistencia del timbre Takis se deslizó fuera de la cama para tomarlo.

Dio con él antes de que el molesto ruido despertara al alfa desnudo sobre su cama. Inhaló con intensidad ante la potente fuerza que irradiaba incluso dormido antes de contestar.

—¿Adis? ¿Dónde has estado? Me tenías preocupado…

—Adis no puede hablar ahora, sigue dormido —contestó Takis con una tranquilidad casi prodigiosa. Una serenidad que solo conseguiría prolongar si continuaba mordiendo la punta de su dedo índice para mantener a raya el nerviosismo que en realidad no quería sentir. Sin embargo, esa emoción rivalizaba con otra: la satisfacción que le producía imaginar qué cara debió haber puesto Jules en ese preciso momento.

Silencio. Fue todo lo que obtuvo por respuesta.

Contuvo la respiración durante un largo minuto, casi esperando que un insulto rompiera la tensión que percibía del omega al otro lado de la línea. Sin embargo, Jules cortó sin más.

Le molestó no recibir siquiera un poco de resistencia de su parte. Por Andros él era capaz de pelear igual que un león. Quizá Jules no lo amaba tanto como él creía.

Con el teléfono aún en la mano, buscó sentarse en el pequeño sofá individual adyacente a la cama. ¿Por qué debería sentirse culpable? Jamás había dejado de quererlo. Si se presentaba la más mínima oportunidad de recuperarlo, se aferraría a ella con uñas y dientes.

Pasaban unos cuantos minutos de las nueve de la mañana cuando la magnífica silueta del griego se removió en sueños. Aletargado al inicio, Adis no conseguía desprenderse de la extraña sensación que hacía que el simple movimiento de levantar los párpados fuera cualquier cosa menos simple. De la gomosa y entumecida profundidad de su mente saltó de pronto un recuerdo, tan súbito, tan explosivo, que la conmoción estuvo cerca de ahogarlo. Lo siguiente que supo es que estaba de rodillas en el suelo, víctima de un rapto de tos tan exigente que apenas se daba cuenta de la mano que palmeaba su espalda auxiliándolo.

No.

Takis… A él pertenecía la imagen de un torso desnudo y un miembro oscilando al ritmo de sus envites. Vio también en el recuerdo sus propias manos mientras lo sujetaba de la cadera para hundirse con mayor ímpetu en su intimidad, embriagado en sus feromonas. Más de aquellas memorias se le vinieron encima como una avalancha, aplastando toda posibilidad de coger un poco de aire para reclamarle.

«¿Qué me hiciste?», decía con el pensamiento…, porque con la boca no podía.

Los borrosos bordes de su visión se cerraron a su alrededor, y todo acabó.



Los párpados del hombre aletearon.

Una sensación de escalofrío penetró hasta sus huesos e hizo que comenzara a estremecerse como si tuviera fiebre, pero al menos ya podía respirar.

Al fin fue capaz de abrir los ojos.

Reconoció las vigas del techo sobre su cabeza al instante, las franjas de luz que las atravesaban y que se deshacían al tocar la pared del otro lado. Seguía en casa de Takis.

—¿Ya te sientes mejor? —El joven de pronto aparecía en su campo de visión—. Toma un poco más de agua, yo también desperté con la garganta terriblemente seca esta mañana… —Cambió su posición, estirándose para alcanzarle un vaso, pero él lo detuvo cerrando la mano en torno a su muñeca.

No había nada tras esos ojos que no fuera desdén.

El corazón de Takis se arredró ante el aparente sosiego de su furia acusatoria. Pulsaba con tal fuerza que el que se quedaba ahora sin aire era él.

El griego lo soltó después, como si su contacto le causara repugnancia.

—¿Qué diablos me hiciste? —La forma de la voz del alfa se parecía bastante a un escalpelo para entonces.

—¿Qué… de qué estás hablando? Yo no…

—¡LO PLANEASTE! ¡TODO ESTO! —Adis se incorporó sin esperar a que él aceptara o desmintiera la culpa, primero sentándose en la cama, luego trasladando las manos hacia la cabeza a la par que adoptaba la más grave de las expresiones—. ¡Jules! —soltó con urgente amargura. Todavía desnudo registró con la mirada la habitación en busca de su ropa. De su teléfono—. ¡¿Qué hiciste con mis cosas, dónde está mi móvil?!

—Anoche no tenías tanto apuro por marcharte. —Adis sintió que apenas lograba equilibrar sus pasos por el delicado borde de la impaciencia.

Su cabeza era un remolino. Percibía el rastro de las feromonas de aquel despreciable omega en la punta de la nariz, no obstante, era la última de sus molestias.

—Cállate, maldito. Tú y yo no hemos terminado —le apuntó con el mayor de los reproches. Ubicó sus pertenencias sobre el pequeño sillón cerca de la ventana; se vistió a toda velocidad antes de revisar el registro de llamadas.

«¡Por Dios!».

Era casi mediodía.

Dejó de contar las llamadas perdidas que tenía de Jules porque eran demasiadas. También aparecían los números de Dimitrios y Nikos, era evidente que iban a estar muy preocupados por él después de perderse del mapa por quién sabe cuántas horas. Se dio cuenta de que un par de llamadas aparecían como recibidas.

—¿Con quién hablaste? —Volvió a describir un gesto exasperado a través de su cabello. Luego colocó la mano contra su sien… como si empezara a notar un fuerte dolor allí—. ¿Qué les dijiste?

—No paraban de llamar. Tuve que contestar a tus hermanos para tranquilizarlos, y a Jules…

Soltó el peor de los insultos. No quería escucharlo, no quería pensar en lo que él debía estar imaginando en ese preciso instante. Tenía que explicarle.

El taxi que solicitó tardó una eternidad en recogerlo, una eternidad más en llevarlo hasta el edificio de apartamentos donde vivía el dueño de su corazón. Observó calle arriba los coches de sus hermanos aparcados junto a la acera, todo estaba mal: pésimo. Incluso más que eso. Sintió que moría de mil formas diferentes. Fue el peor de los imbéciles por no sospecharlo siquiera.

¿Cómo podría Jules llegar a perdonarlo? Toda la situación era un completo absurdo, incluso para él que permitió que Takis lo arrastrara a la pesadilla que había tejido para destruirlo.

Contestó apenas el saludo del encargado de la recepción, disparándose a toda prisa por las gradas que subió de tres en tres.

—Estos muchachos…, se pasan la vida de apuro en apuro. —Negó con la cabeza el señor Parker antes de regresar su atención al partido de fútbol desde el pequeño televisor portátil que mantenía en el mueble de recepción.

Andros no habría podido escucharlo a la velocidad con que disminuía la distancia que lo separaba de su Jules.

Jadeante, torció a la izquierda. Casi chocó con Dimitrios que venía en dirección contraria.

—Oye, hombre. ¿Estás bien? —Su hermano lo tomó por los hombros, estrechando los ojos sobre su cara e inclinando la cabeza a un lado como si intentara evaluar los daños—. Luces del asco.

—Ahora no tengo tiempo. Debo hablar con Jules… Tengo que…

El mayor de los Zagorakis no lo soltó cuando hizo ademán de zafarse de su agarre.

Continuó hablándole, pero el timbre de su voz había mutado. Se tornó de una seriedad que hizo que su situación actual se volviera infinitamente más grave de lo que pudo haber anticipado, valiéndose del idioma de la tierra que dejaron tras de sí años atrás.

—No vayas ahora. No está pasándolo bien, Adis. Cómo crees que va a reaccionar cuando te vea así, ¿eh? —Lo sacudió para hacerle entender, exigente sin perder el afecto—. ¡Incluso apestas a las feromonas de ese sujeto, por todos los cielos!

El rostro de Andros se contorsionó.

Su hermano captó la impotencia y el dolor que lo atravesaba, pero seguía sin entender qué había pasado. Sus cejas se curvaron en una pregunta, que sin ser pronunciada Adis contestó:

—Fue Takis… —Apretó los labios con absoluto disgusto—… Debió poner algo en la bebida para provocarme. No sé… ¡Maldita sea!

—Pero ¿por qué estabas con él en primer lugar? Pensé que todo iba bien entre tú y Jules.

—Y así era… —Volvió a maldecir. El martillo que hacía añicos su cráneo no se detuvo mientras relataba a su hermano cómo se dio todo.

—¡Ese bastardo! —espetó Dimitrios una vez acabó—. No puedo creerlo.

—Es todo, ¿no es así? —Soltó un largo y exasperado suspiro—. Jules jamás va a perdonarme.

Con los brazos cruzados sobre el pecho lucía como la personificación de la derrota. Un hombre que acababa de perderlo todo. Más aún: lo que más le importaba.

—Quisiera poder darte una respuesta.

Fue entonces que la puerta de Jules se abrió. Nikos asomó primero, él medio paso detrás con el semblante destrozado.

La expresión del guardaespaldas se descompuso todavía más cuando su mirada se precipitó hacia Jules.

Si su presencia causó sorpresa al omega, fue majestuosa la manera en que supo cómo contenerla.

—Αγάπη μου. Jules… Por favor aguarda. —Fue hacia él sin importar que Dimitrios hizo intento de evitarlo. Nikos se interpuso también, pero la fuerza de Adis procedía de una fuente más allá de lo físico cuando lo apartó con extrema facilidad hacia un lado.

Estaba desesperado.

Para ese momento Jules había entrado de nuevo en el apartamento. Intentó cerrarle la puerta en la cara aunque él lo evitó atravesando un pie en el vano.

—Jules, por favor escúchame —le suplicó.

—Déjalo, hombre —dijo Nikos a su espalda. Dimitrios también intervino pero no le prestaba atención, a ninguno de ellos en realidad. No podían entender que habría preferido arrancarse la carne de su cuerpo con una navaja oxidada antes que lastimarlo.

—Jules…

—Ahora no, Adis. Por favor… —La voz del joven retorcida por un inconmensurable dolor. Un dolor que él había provocado. Que no le gritara lo estaba haciendo pedazos.

—Ya lo escuchaste, hermano. Vas a hacer que todo el edificio se entere y vas a empeorarlo. —

Una vez más Dimitrios como la voz de la razón. Qué más prueba de que su mundo se había vuelto de cabeza desde cada perspectiva en que se mirara.

—Jules… Cómo lo lamento. Si me dejas explicarte, yo…

La puerta cedió de súbito.



Tan consciente estaba su cuerpo de la presencia del griego que no estirar la mano para tocarlo se transformó en todo un ejercicio de autodominio. Una prueba que lo desbordaba, junto con las emociones que brotaban de esa vibrante conexión que lo había entrelazado a Adis desde el comienzo.

—Está bien.

Dejó escapar una exhalación agotada, apenas un soplo el sonido que abandonó su boca cuando retrocedió hacia el sofá. Tras sentarse con las piernas recogidas contra el pecho tomó un cojín, que colocó encima para apoyar las manos.

Arsen, que había andado inquieto por ahí, hizo su lugar junto a él para observarlo con inocencia.

Los otros griegos sabían cuando estaban de más, de manera que con un breve asentimiento le dijeron a Adis que aguardarían por él abajo. Se despidieron de Jules y se marcharon.

El tic en la mandíbula de Andros se disparó con la incomodidad que generaba tener encima la otra mirada, por la sombra que la cubría y que apagaba aquellos orbes por lo demás espléndidos. Captó justo entonces qué era eso. Lo que más le escocía.

Decepción.

Jules no lo observaba con enojo, ni siquiera rencor.

No.

Esa era la mirada de una persona a la que habían decepcionado innumerables veces antes. Él se prometió ser distinto…, darle algo distinto, y acabó haciendo justo lo contrario.

Su pesar se magnificó hasta donde las palabras no podían llegar.

—Te juro por lo más sagrado que nada de esto fue intencionado. Fui un ingenuo, Jules. Creí que Takis estaba en problemas…

De nuevo relató lo sucedido, evitando mencionar el detalle del encuentro sexual. Como si no decirlo lo hiciera menos cierto.

—Supuse que algo había sucedido entre ustedes… La forma en que él nos miró la primera vez que estuvimos juntos en el Parga's —repuso Jules con suavidad—, sigue enamorado de ti. —Tragó el puñado de espinas que le punzaba la garganta. El dolor conectó con el corazón magullado en su pecho, y se tradujo en más de esas estúpidas lágrimas que empezaron a brotar sin poder contenerlas amenazando con cegarlo. Silenciosas y abundantes—. Qué más da. Ya no importa.

Los dedos de Adis se tensaron, e hizo ademán de acercarse pero fue más una intención que un movimiento. Sabía que él no iba a permitírselo. Quería estar a su lado, ansiaba poder secar sus lágrimas con besos para borrar el dolor que las provocaba.

—Importa, Αγάπη μου. Tú me importas, yo te amo. —Se adelantó dos pasos en actitud suplicante —. Debí decirte lo de Takis, lo que pasó entre nosotros.

Jules pensó que no era quién para reclamar la decisión del griego de omitir que tuvo una relación con el muchacho; él mismo se había guardado muchos secretos. Aún lo hacía, como la verdadera

razón que lo llevó a buscar trabajo en Crown Media para empezar, e intentar acercarse a Alexander. Ahora él jamás lo sabría, porque aquella relación se había terminado.

—Estoy cansado, ¿sí? Querías explicarte y ya lo hiciste. Ahora necesito estar a solas. —Un hombre con firmeza en la voz. Y pese a todo solo podía mirar al alfa, a sus labios deliciosos y el recuerdo de todos los sitios de su cuerpo que habían explorado.

—Puedo repararlo, Jules. Él no significa nada para mí. —Cada latido de su corazón era un golpe de agonía—. No puedo perderte, no así.

—Ohh, Adis. —Ya no se molestó en guardarse el llanto—. Te creo, y aunque sé que no es del todo tu culpa… —Un sollozo entrecortado—… No logro sacarme de la cabeza la imagen de ustedes dos en la cama, ¿cómo quieres que piense en continuar con esto cuando incluso vienes a mí con el olor de ese hombre adherido a tu cuerpo?

«Mil veces estúpido», se dijo el griego, que deseó darse contra una pared por no haber escuchado a su hermano. Maldijo a Takis otra vez, pero sin importar cuántas veces lo hiciera el chico ya lo había arruinado todo.

—Te amo, hermoso. Nunca voy a poder cambiar lo que siento por ti, tampoco lo que pasó. Déjame luchar por ti, quiero recuperarte…, te necesito… —La vehemencia de sus palabras lo obligó a no apartar la vista a pesar de sentir que se hacía añicos por dentro. No se movió cuando Andros rompió la escasa distancia que los separaba para acunar su mejilla, la acarició con el pulgar en un gesto tan suave que requirió de toda su fuerza de voluntad evitar responder al roce masculino como su cuerpo le demandaba.

Lo amaba también, y odió comprender hasta qué punto lo sobrepasaba ese sentimiento justo ahora.

No le respondió, porque la oscura opresión en el pecho había convertido en prisioneras cada una de sus palabras. Bajó la cabeza, de reojo miró la mochila con sus cosas sobre el sofá…, las que había preparado para el día de campo que ya nunca sería.

El tibio toque de la mano de Andros se apartó. Escuchó los apagados pasos que se alejaban seguidos del sonido de la puerta cerrándose tras él.

Se acurrucó ahí mismo. Enterró su rostro en el cojín que apretaba contra el pecho y dejó escapar un grito desgarrador, hasta que las lágrimas se extinguieron y la pena y el agotamiento lo arrastraron al sueño.

Αγάπη μου: Agapi mou: Mi amor

Fin de la primera parte

23: Exceso de Margaritas

—Ya sé que encabezo tu lista de indeseables, Jules, pero no puedo simplemente quedarme del otro lado del pasillo sabiendo que estás aquí solo y… —masculló Alec con rapidez previendo que su amigo le lanzara la puerta contra la nariz. En cambio, él lo sorprendió arrojándose hacia su pecho en busca del refugio que siempre había encontrado allí, entre sus brazos.

Las extremidades del beta se cerraron en torno a él en un automático gesto de protección mientras el omega se estremecía por la pena que le embargaba el alma.

Sin previo aviso, Jules dejó de sentir el contacto del suelo bajo sus pies cuando Alec lo elevó casi sin esfuerzo para cargarlo hasta el sofá. Se sentó con él en el regazo sin hacer otra cosa que susurrarle que siempre estaría para apoyarlo, dejando pasadas cariñosas con las manos a lo largo de sus brazos al tiempo que notaba cómo el material de su camiseta se le adhería al pecho a causa de las lágrimas.

—Esto es vergonzoso. Y debo verme muy patético —dijo, queriendo de pronto soltarse.

Alec no se lo permitió.

—No seas tonto, eres como mi hermanito y quiero consolarte. —Un suspiro—. Adis no es un mal sujeto, Jules —repuso después de unos minutos—. Ese tipo sacó ventaja de ello. Lo conoce y lo utilizó a su favor; aunque no sé qué diablos espera que pase ahora porque con seguridad él no quiere ver ni su sombra.

—¿Por qué saberlo no me hace sentir mejor? —Suspiró—. Como sea… Creo que por hoy no tengo las fuerzas ni el deseo de hablar más de esto. No voy a solucionar nada. —Se levantó con lentitud. Igual que la más espesa neblina, sopor se adueñaba de su mente. Cualquier cosa en la que pudiera pensar llevaría el desencanto que había marcado ese día—. Quizá… Mañana es otro día, ¿no? Tengo que concentrarme en el trabajo. Necesito tener la cabeza fría, necesito… necesito no pensar.

Cubrió su rostro con las manos cuando se percató de la humedad que tomaba forma en sus ojos y se vertía fuera de ellos en una gruesa y tibia cascada. Dolía…, dolía mucho.

—¿Por qué? —Se escuchó decir en medio de un gimoteo fracturado.

—Porque estás enamorado de él, hermano. —El cuerpo de Alec lo rodeó de nuevo, justo en el instante en que volvía a romperse en un millar de trozos más de dolor.



—… pero creo que si me pongo una peluca con rizos verdes y plateados y maquillo mi rostro al mejor estilo de Harley Quinn estaré a la altura de la gala de aniversario —añadió con suavidad Joan en tanto se echaba atrás en la silla. Muy despacio removió sus lentes con montura de *animal print*, que sujetos entre un par de dedos utilizó para darse golpecitos pensativos en la barbilla en espera de que la «conexión Tierra a Jules» se restableciera.

Su asistente pareció no darse cuenta de que un silencio de casi dos minutos de duración lo había rodeado hasta que la *tablet* que sostenía entre las manos resbaló un poco.

Miró a Joan, quien a su vez lo miró a él con una expresión que iba desde la curiosidad hasta una cautelosa diversión.

—Perdona, ¿dijiste algo? —Tragó avergonzado.

La delicada relación con su mente ese día desencadenaba en toda clase de divagaciones ajenas a sus tareas laborales. Cerca de la superficie percibía la amenaza del llanto, como un globo cargado de agua deslizándose cuesta abajo por un camino empedrado flanqueado de espinas.

—Nada que fuera lo suficientemente interesante para el caso. —La señora St. James dejó de mecerse en su silla, puso los lentes sobre el escritorio y lo observó de aquella manera que le recordaba a Jules un escáner de rayos X—. ¿Quieres hablar de ello? No me considero una experta en asuntos del corazón, pero sacar del pecho lo que molesta a veces funciona.

Jules se mordió el labio tratando de atrapar la pálida sonrisa que quiso tomarlo.

—¿Qué te hace pensar que el corazón está involucrado?

Joan dio una palmada en el aire y rio a la vez con una breve carcajada de «yo sé algo que tú no».

—Ay, mi querido Jules. No se llega a mi edad sin haber cometido unos cuantos cientos de errores en ese campo. Créeme. Es algo que otorga esa experiencia. —Sus labios conservaban la sonrisa, mas no sus ojos. En ocasiones tan claros y nítidos que Jules no sabría decir qué nombre poner a dicha tonalidad—. Como cualquier otra cosa en la vida, el amor tiene sus días soleados y hermosos. Otras veces se ve azotado por la tempestad, y justo cuando parece que vas a salir expulsado por la borda el sol sale de nuevo. Pero no deja de ser, por cruel que parezca, una especie de equilibrio natural. —El tono de la mujer no cambió, aunque su expresión se volvió más pensativa, como si sus palabras provinieran de un recuerdo antiguo que no pensaba revelar—. ¿Cómo puedes saber qué tanto quieres algo hasta que estás a punto de perderlo?

—Las cosas no deberían ser de ese modo. —Negó con la cabeza.

—Nada es como debería ser, Jules. Jamás. O quizá sí, ¿cómo saberlo? Pero… ¿de qué otra forma se aprende a no dar los mismos tropiezos una vez tras otra si no es esa?

El asistente soltó un aliento dolido.

—Caí por la borda, Joan. Y siento que la tormenta sigue rugiendo furiosa a mi alrededor. —Su entonación seguía ronca. Le dolía tragar. Su garganta había quedado muy lastimada tras ahogar la rabia contra el pequeño cojín con motivos floreados en tonalidades tierra que decoraba su sofá.

Su jefa lo miró con enternecida comprensión.

—Oh, querido. Lamento tanto escucharlo. —Las manos de la mujer envolvieron las suyas después de aparecer como por encanto frente a él, haberle quitado la *tablet* de los dedos, y dejado a continuación sobre el escritorio—. Quisiera poder decir algo valioso, no el mismo cliché de que el tiempo sana todas las heridas.

—Pero es así, ¿no? —Bajó la mirada—. Solo tengo que ocupar la mente en el trabajo, todo lo que haga falta. —Aún quedaba mucho de la campaña por delante, quería pensar en ello como algo más bien terapéutico—. Esto no va a superarme, yo… Sé que puedo.

—¿Y cuando te encuentras a Adis cada día al salir de la oficina?

Contempló a su jefa en silencio por un largo segundo.

—Es…, tan extraño que hablemos de esto. Nunca te lo mencioné antes.

—Tampoco tenías que hacerlo, es tu vida personal. —La señora St. James lo descartó con un breve ir y venir de la mano, un gesto que buscaba ser conciliador y despreocupado—. Es algo que nunca debes mezclar con el trabajo a menos que sepas que eres capaz de manejarlo.

—No permitiré que mi vida personal influya en lo que hago. —A modo de rúbrica recuperó su *tablet*. La sacudió junto a la cabeza y trató de sonreír—. Lamento mucho haberme distraído.

—No espero que seas de piedra, o que pienses que soy una bruja desalmada. Pero si lo que quieres es hundirte en el trabajo, entonces estaré encantada de ayudarte. —Su jefa se incorporó y regresó a su lugar al otro lado del escritorio—. He programado un viaje a finales del mes que viene; me habría gustado posponerlo, pero no tengo elección. Tomaré un vuelo nocturno y estaré ausente durante varios días, pero regreso con el tiempo muy justo para el evento de apertura de aniversario,

así que necesitaré que me cubras durante buena parte de ese fin de semana. Florence podrá acompañarte para que no te sientas extraviado.

Las notas de prensa de lo que se avecinaba ya habían comenzado a circular, así como en otros medios. El lanzamiento de la nueva imagen de Crown Media por su aniversario daba inicio con el evento de todo un fin de semana del Crown Charity Tournament. Un torneo de golf en la modalidad *stroke play* donde Alexander, además de otros millonarios fervientes de aquel deporte, jugaría en pareja con su amigo Marius Walsh. Como había dicho Joan, la *crème* de la *crème* reunida en un solo lugar.

—No te preocupes, yo te cubro. Pero ¿qué se supone que haré allí? —Aparte de sentirse como un microbio.

—Soy miembro del equipo organizador del evento. Tengo a mi cargo recibir a los del *Catering Service*, es el mismo servicio que contratamos cada año así que saben a la perfección qué hacer. Iba a pedírselo a Florence, pero ahora que mencionas que quieres distraerte con el trabajo pensé que es una buena oportunidad. —Se inclinó hacia el frente, con el rostro apoyado en el dorso de la mano.

—De acuerdo, si confías en mí lo suficiente para no arruinarlo está bien. —Jules bajó la vista un segundo. Su reflejo en la oscura pantalla del dispositivo le devolvió la mirada; tenía los párpados inflamados por haber estado llorando la noche anterior. No importó cuánta agua helada aplicó, no pudo disimular el molesto detalle. Pareció pensativo antes de preguntar—: ¿Cómo lo haces? Pasas el día entero aquí en la empresa, incluso realizas más tareas de las que una directora creativa suele desempeñar…, ayudas a organizar los eventos de Crown… —Ensanchó los ojos, impresionado, absteniéndose de mencionar la lista completa para no alargarlo.

Joan sonrió. Fue un gesto distante. Su asistente casi veía cómo su humor nostálgico se condensaba frente a ella igual a volutas de vapor en un día invernal.

Tardó tanto en contestar que pensó que no iba a hacerlo.

—Creo… creo que hice lo que tú, decidí ocupar mi mente en el trabajo todo lo que ha hecho falta —expresó con suavidad. Se había vuelto a colocar los lentes para ojear los papeles que tenía ante sí.

Jules comprendió al instante, asombrado de que la mujer le dijera tanto con tan pocas palabras. Tragó saliva, sin poder evitar preguntarse quién habría roto el corazón de Joan.

Se aclaró la garganta.

Intuía que la charla había llegado a término al ver que su jefa volcaba toda la atención en los documentos que revisaba con deliberada lentitud. Se puso de pie para regresar a su cubículo, pero antes de llegar a la puerta tuvo que hacer una pregunta más:

—¿Funcionó? —Tan serena como siempre, la señora St. James levantó los ojos, y por la mirada que recibió a cambio supo que le había entendido.

—Supongo que todavía estoy intentándolo —le dijo después de un largo suspiro.



—Ay, pero qué mierda. —Alec había esperado otra respuesta para su sorpresa de pizza hawaiana, la favorita de Jules. No una ovación de pie…, o gritos eufóricos por supuesto, pero cuando su amigo comenzó a sollozar en silencio otra vez se le cayó el alma al suelo y lanzó la caja a la pequeña mesa central de la estancia para abrazarlo de nuevo. No se le ocurría que más hacer. Ya habían pasado varias semanas—. ¿Y has hablado con él?

—No quiero hacerlo.

Adis había intentado contactarse con él a lo largo de los días.

Cada vez que veía su número saltar en la pantalla dejaba que el buzón de voz hiciera el resto; no tuvo tanta suerte cuando el griego encontró la extensión del teléfono de su cubículo y lo sorprendió allí.

En cuanto aquel acento acariciador tocó su oído arrojó el auricular sobre el escritorio, una reacción que solo podía compararse a la de alguien que acaba de quemarse los dedos con algo muy caliente.

Se sentía tan preparado para escucharlo como para subir el Monte Everest en ese preciso instante.

Fue incluso peor cuando lo vio como siempre a esa hora de la tarde de pie fuera del coche, con aquella masculina prestancia resaltada por su inmaculado estilo de llevar el traje entero. Se habían mirado, la tristeza de su expresión un reflejo de la suya; pero no lo buscó, porque Alexander Crown, a quien no vio descender la escalinata a pocos pasos de él, caminaba en su dirección. Abrió la puerta para su jefe, y este también lo observó unos breves pero intensos segundos antes de subir al Audi.

—¿Y si acabo como Joan? No me malinterpretes…, es una mujer muy exitosa a la cual admiro y respeto, pero no quiero que mi vida sentimental trascurra de ese modo. —La impresión que tuvo de ella en un principio era la de una mujer reconciliada con sus decisiones. Sin embargo, cuando levantó la cabeza para mirarlo y responder a su pregunta, Jules solo alcanzó a ver la nube de arrepentimiento que cubría el gris ceniza de sus ojos con otro tono de gris más sombrío—. No hace tanto pensaba que mi trabajo era suficiente para llenarme, que no necesitaba de nada más para completar algún otro aspecto vacío de mi vida porque ni siquiera iba a notarlo. Y ahora este vacío es todo cuanto puedo sentir.

Apoyó la cabeza en el hombro de su amigo.

—Es porque todo es muy reciente. A medida que las semanas pasen vas a sentirte…

—¿Mejor?

—Un poco más tranquilo.

La mejor respuesta no siempre iba a estar disponible. Jules lo miró entonces, sus singulares ojos irritados pero no por eso menos bellos. Inclinó la cabeza para besarlo en los labios como tantas otras veces antes, porque se querían de un modo en el que no había nada raro o incómodo en hacerlo.

—He sido tan egoísta… ¿Cómo estás tú? ¿cómo te has sentido? —dijo sin mencionar de manera directa su reciente pérdida. Alec lo resumió en una mueca apesadumbrada—. Oh, hermano. —Fue él quien lo abrazó en ese momento—. Cómo lo siento… por todo. —Permanecieron envueltos en el abrazo hasta que el temblor en la garganta les permitió hablar de nuevo.

—Es… una transición difícil.

—Lo sé —repuso Jules, porque el dolor por su padre seguía fresco, como si hubiera pasado ayer.

—Lamento muchísimo haberme portado como un asno, perdí el control…

—Shhhh, ya pasó. Ni siquiera merece la pena mencionarlo. —Él suspiró en su pecho. En el extremo de su visión periférica distinguió el borde de la caja de pizza encima de la mesita—. ¿Se ve muy mal sentirme del asco y aun así estar muerto de hambre?

Alec resopló de forma risueña.

Después de secar con rapidez la humedad en la comisura de sus ojos y asegurarse de que Jules no la viera, extendió la mano invitándolo a tomar asiento sobre la alfombra. Acto seguido, echó atrás la tapa de la caja con la intención de que admirara aquella preciosidad.

—Moriremos de tristeza, primor de mi corazón, pero no de hambre —anunció—; voy por los platos y las servilletas.

Muy a su pesar, Jules se encontró sonriendo.

—¿Qué tal Nikos? He notado que pasa mucho por aquí, parece que lo de ustedes va en serio.

Estiró un par de dedos y atrapó una de las aceitunas cerca del dorado borde de masa, se la llevó a la boca, seguro de que la ambrosía no debía ser tan diferente de una buena rebanada de pizza.

—A veces me parece irreal —contestó el hombre desde la cocina—, le encanta cocinar para mí. Es tan afectuoso…, ha sido muy considerado y paciente estas semanas después de… Bueno, ya tú sabes. —Regresó a la estancia y colocó los platos frente a él—. Enterarse de que sus hermanos saben lo nuestro ha liberado mucho de la ansiedad que lo mataba al principio. Creo…, creo que vamos bien. Le dije que esta noche iba a intentar que me perdonaras otra vez, así que me deseó suerte y decidió quedarse en casa a descansar.

Jules compuso una mueca traviesa.

—Sí, supongo que debes tenerlo agotado.

—¿Ahora quién es el del cerebro podrido? —Le guiñó un ojo conspiratorio—. No pienso darte ningún detalle al respecto; pero para que quede claro, es él quien parece no tener suficiente. Ahhhhh, leyendas mitológicas griegas y Zagorakis —dijo—. Estoy pensando en construirle un templo a este griego.

Porque si alguien se lo preguntaba, por él había llegado a sentir algo muy parecido a la adoración.

—Ellos… —Soltó el aliento de a poco con los recuerdos que se removieron una vez más en su interior. Alec notó el movimiento en la garganta de su amigo al tragar con dificultad—… Suelen tener ese efecto.

—Vamos, primor. Detesto verte así. —Una idea de último momento resplandeció en su cabeza como la aurora boreal—. Aguarda. Vuelvo en un minuto.

Dejándolo confundido, Alec salió del apartamento a toda prisa. Cuando regresó, pocos instantes después, traía en las manos los ingredientes necesarios para preparar margaritas.

—Sí, por favor, no. Se supone que de nosotros dos tú eres quien aporta la sensatez que yo suelo evitar a propósito en nuestra amistad —espetó mientras el hombre colocaba las botellas de tequila y *triple sec* en la encimera a la par de una reluciente coctelera—. No pienso embriagarme, todavía no llegamos a mitad de semana y mañana debo trabajar.

—¿Tienes limones? —respondió Alec evadiéndolo con intención.

—En el cajón de los vegetales. —Jules, que ya se había levantado, ojeó la etiqueta de la botella de tequila. Esa era una de las buenas—. Ya sabes dónde encontrar el hielo. —El vidrio tintineó cuando la colocó de vuelta—. No me parece que sea una buena idea, Alec; sabes que me encantan las margaritas. Demasiado.

—Esto es supervivencia básica, primor. Un par de copitas nada más para que te relajes. —Se puso manos a la obra, primero lavando los limones que a continuación partió por la mitad—. Sé que es una burda manera de lidiar con esto, pero es lo único en lo que pude pensar por ahora. Te prometo que mañana buscaré otra solución.

—Oh, sí. ¿Con mojitos? —repuso con sarcasmo sin terminar de sentirse muy convencido.

—Tu falta de fe en mis métodos es insultante, pero si esto no te hace sentir mejor entonces tendré que llevarte a algún club nocturno con tipos nudistas.

Esa era una idea aún peor.

Rechazándola con un exagerado gesto de la cabeza, el omega rodeó la encimera para abrazarlo por la espalda. Le envolvió la cintura con los brazos y depositó un sonoro beso en su espalda a sabiendas de que solo bromeaba para hacerlo sonreír un poco.

—Está bien, pero solo uno. Quizá me ayude a dormir mejor.

—¡Ese es el espíritu! Ahora ven y ayúdame a exprimir esto… ¡Sale un margarita para mi hermano!

Una carcajada escapó de Jules.

Ya empezaba a sentirse un poco más animado.



—¡Haaahhaaaaa!

—¡Jujuuuu juu ju!

«¿?», Arsen solo los miraba.

Jules sabía que debió detenerse en algún punto, pero su fuerza de voluntad como siempre no se mostró muy colaboradora.

¡Qué importaba!

Se sentía tan bien que pisoteó los intentos de aquella diminuta voz interna de decirle que una resaca tamaño monumento lo haría polvo al día siguiente.

—¿Y por qué… por qué nos estábamos riendo? —Alcanzó a decir Alec después de recuperar un poco de aire.

—Yo qué sé… debe haber sido alguna estupidez con seguridad. —Puso las manos sobre su estómago dolorido, que todavía se agitaba con el pulso de la risa—. Eres de lo peor. ¿Por qué te hice caso? —Tirado en la alfombra, con media cabeza debajo de la mesa central de vidrio, contempló a través de la bruma etílica que le entorpecía el cerebro el caos de copas, platos y servilletas usadas que él y Alec habían ido amontonando, sin darse cuenta de que la botella de tequila estaba vacía.

—Yo solo te preparé la primera copa. No me pienso hacer responsable por tu borrachera; ya eres un niño grande. No me eches la culpa —escuchó decir a su amigo sin saber con exactitud en dónde se hallaba.

—¿Alguna vez te he dicho que apestas como conciencia?

—También es tu culpa por haberme seguido la corriente…, pero ¡qué más da! quería que te relajaras y lo logré ¡jujujujujujjjjuuuu! —respondió arrastrando las palabras. Luego se oyó el sonido de que expulsaba el aire con lentitud, de esa forma cuando se está satisfecho de haber cumplido con una misión—. Ahhhhhhh, ¿puedes levantarte, te ayudo a llegar a la cama?

—Ya soy un niño grande, ¿no?... Creo que ni siquiera puedes ponerte de pie tú mismo, mucho menos de llevarme a la cama. —Tambaleándose, salió de debajo de la mesa. Caminó a gatas hasta el límite de la alfombra, donde se sostuvo del apoya brazos del sofá en que Alec se había dejado caer para incorporarse, o lo hubiera hecho de no ser porque se detuvo a mitad de movimiento cuando escuchó que tocaban a su puerta.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Alec. Tras quitar el antebrazo que había utilizado para taparse los ojos, lo miró con toda la extrañeza que era capaz de esbozar su alcoholizado rostro. *Arsen* echado a sus pies también alzó la cabeza con curiosidad.

Jules no le contestó, porque en su lugar se fijó en que faltaban escasos minutos para las once de la noche. Al menos eso indicaba el reloj del microondas.

Tal vez se excedieron con las risas y algún vecino venía para quejarse. Si hubiera estado sobrio se habría sentido un poco más inquieto; en su lugar, una carcajada contenida brotó de su boca de la forma menos prudente cuando intentó ponerse de pie pero se enredó en sus propios pasos y cayó de frente. Logró estabilizarse con torpeza, observó a Alec que igual que él pretendía verse lo más entero posible, y después de acomodar algo su desastroso cabello abrió la puerta.

—¿Pero qué mierda? ¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo...? ¿Quién lo dejó pasar? —«Puñetero mareo».

—Puedo ser una persona muy persuasiva —respondió Crown, que sin esperar ser invitado a pasar entró con descuidada prestancia—. Además, soy dueño del edificio.

Los ojos del alfa lo recorrieron con un aire deliberado.

«Diablos...».

Justo cuando pensaba que no podía ser más hermoso, lo encontraba así: despeinado y sumido en un evidente estado de ebriedad. Y aun de esa forma, con los pantalones de chándal colgando descuidadamente bajo la cintura y una simple camiseta que dejaba entrever un provocativo atisbo de su abdomen, Jules era todo lo que podría desear ahora mismo.

La interferencia mental provocada por la combinación de alcohol, sumada a la sorpresa de tener a ese hombre a mitad de su estancia, no le dejó muchas oportunidades de reaccionar de manera racional. La expresión de Alec no podía verse más desencajada; luego de sentarse en el sofá se había lanzado de golpe para saludar al inesperado visitante.

—Señor Crown, qué sorpresa —masculló extendiendo la mano—. Alec…, O´Brien. Soy amigo de Jules.

—¿Cómo que dueño del edificio? —De pronto Jules se sentía menos borracho y muy fastidiado.

Arsen se acercó para olfatear al recién llegado, quizá tratando de decidir si le agradaba o no. Tras pasar la prueba se quedó de pie sin quitarle los ojos de encima.

—Es un placer, señor O´Brien —contestó el magnate, luciendo exquisito vestido con unos vaqueros y una camiseta de algodón negro con el logo de Death Note. Un abrigo largo le llegaba a la altura de las rodillas, negro también—. Yo… siento haber venido sin avisar. Necesito hablar contigo, Jules.

—¿Dueño del edificio? ¿De verdad?... Y eso de hablar con usted… —Giró la cabeza para taladrar a Crown con su mejor mirada de «te odio», pero por la forma en que el alfa lo contemplaba percibió un intenso calor subiendo a su rostro en oleadas incandescentes.

¡Mierda!

Odiaba que su cuerpo se descontrolara cada vez que lo tenía cerca, dejando a su amor propio hecho añicos. Pero con la fila de margaritas vacías sobre la encimera y la mesa de centro…, y su aspecto desastroso, la dignidad era un lujo que ya no podía permitirse.

—Yo…, los dejo para que conversen. Me llevo a *Arsen* —intervino su amigo antes de que él pudiera decir algo al respecto, chasqueando la lengua en un sonido de invitación—, ven, muchacho. Ha sido un placer, señor Crown. —Pasó en medio de ambos con el perro siguiendo sus apuradas zancadas.

—El placer es todo mío. —Crown respiró aliviado una vez quedaron a solas.

—El maldito dueño del edificio. No sé por qué me sorprende tanto. Usted hace lo que sea para fastidiarme. —Concentrado en no tambalearse demasiado, Jules se desplazó hacia la encimera para tratar de poner algo de orden—. ¿Y qué asunto podría ser tan urgente como para que el dueño del edificio no pueda esperar a una hora más apropiada?

—No te veías muy bien esta tarde. Pude notar…, esto. —Deshizo todos los pasos que lo separaban del omega para rozar con el pulgar uno de aquellos párpados inflamados—. Has estado llorando… estaba preocupado —dijo, como si eso tuviera perfecto sentido.

—Es… Eso no es nada, señor Crown. Estoy bien. —Se dio la vuelta, tratando de liberarse del embrujo producto de aquel profundo aroma a finas pieles bañadas en polvo de diamantes a fin de dejar las copas en el fregadero, con la imagen de otro hombre revoloteando en sus pensamientos. Una de ellas resbaló de sus dedos, y al caer sobre las otras dos en el fondo hizo que se fracturaran todas en grandes y afilados trozos.

Se llevó las manos a los labios.

—Pfffft.

—Jules, ¿cuántos margaritas has bebido? —El ceño del hombre se profundizó al tiempo que lo asía por los hombros.

Él levantó la mano, muy concentrado en sus torpes dedos como si de pronto estos no estuvieran del todo operativos. Alzó cinco de ellos después de unos dificultosos instantes.

—Dos…, creo. Pffffft…

Crown hizo un sonido con la lengua, en parte divertido en parte inquieto. Era inevitable reconocer que después de conocerle solo por su faceta moderada, enfrentarlo en ese estado desinhibido tenía su encanto.

—Ven conmigo, no quiero que vayas a cortarte. —Tomó con delicadeza sus manos, depositó un beso en la punta de los dedos, y lo llevó de vuelta al sofá—. Te prepararé un poco de café. —Pero antes hizo una llamada telefónica a su chofer que esperaba por él abajo—. Desmond, busca una farmacia y consigue el mejor medicamento para aliviar la resaca. Cuando lo tengas dáselo al hombre de la recepción y que lo suba al apartamento del señor Wallace.

Terminó la llamada. Regresó el aparato al bolsillo del pantalón y se quitó el abrigo para dejarlo en el respaldar del otro sillón.

—Ya en serio, ¿por qué estás aquí? —Quizá estuviera muy ebrio, pero todavía le quedaba una estrecha grieta de juicio por la cual ver que la presencia de Alexander no terminaba de encajar.

—No hay que ser un genio, Jules. Es evidente —señaló el desastre sobre la mesa de vidrio con una mirada paciente. Una de las copas se había volcado. El poco líquido que le quedaba dentro se derramó sobre un trozo de pizza apenas mordido encima de una servilleta—… Recuéstate, voy a prepararte ese café. —Trazó el contorno de la mandíbula del asistente. Una caricia de tersura imposible mientras se le hacía más imposible aun quitar los ojos de sus labios hechizantes.

El otro obedeció. La verdad no tenía deseos de discutir con él debido al «efecto margarita» y la suave nube de irresponsabilidad en que flotaba. Volvió a olfatear el aire, pero no encontró el aroma a pieles y diamantes de un par de minutos atrás. ¿Se lo habría imaginado?

Con los ojos cerrados escuchó en el fondo el ir y venir de Alexander en su cocina, abriendo y cerrando gabinetes en busca de la lata del café, supuso. Se tapó el rostro con las manos. Encontraba difícil contener las ganas de reír que la situación le provocaba. Debió quedarse dormido unos minutos; lo despertó una caricia acompasada a lo largo del arco del pie. El perfume del café recién hecho acompañó la imagen de Crown junto a él, la humeante taza en su otra mano y una mueca de sonrisa silenciosa adornándole los labios.

—Death Note, ¿uh? —Un pestañeo perezoso—. Pensé que te limitabas a escuchar clásica instrumental y no a ver anime.

Crown lo relacionó de inmediato. Solía oír ese tipo de música cuando era Adis quien hacía de chofer; o alguno de los otros de su equipo de seguridad. Imaginarlo con el griego en su coche no le causó ninguna gracia, sin embargo, tensó la mandíbula y lo ayudó con su mano libre a incorporarse en el sillón.

—Bebe despacio, está caliente —mencionó antes de sentarse a su lado.

—Gracias. —Cogió la taza que el CEO le tendía. Después de dar un breve trago se preguntó quién le habría dicho que lo tomaba negro y sin azúcar. Que Alexander conociera esos pequeños detalles era desconcertante, tanto como el hecho de tenerlo allí, en su casa.

Mientras daba pequeños sorbos miró que Crown se levantaba dispuesto a recoger el caos de su mesa. De inmediato alargó un brazo para impedírselo.

—No… por favor déjalo. Ya me encargaré mañana.

—Tonterías. —El alfa movió la vista hacia el agarre de los dedos del omega en torno a su muñeca. Un toque que envió una serie de electrizantes hormigueos alrededor de su cuerpo y le despertó los sentidos. Por la expresión que vio en Jules según miraba la zona de contacto, se preguntó si también llegó a percibirlo—. Yo… te llevaré a la cama una vez termines.

—Sabes cómo se escucha eso, ¿verdad? —El joven dejó la taza a un lado, luego soltó una inspiración risueña—. Sé muy bien por qué estás aquí, señor Crown. ¿Y qué crees? —Se puso de pie más espontáneo que nunca—. Estoy dispuesto a dártelo —dijo y se desprendió de la camiseta que a continuación lanzó sobre la cabeza del obnubilado sujeto.

24: Exceso de Margaritas II

Alexander estuvo a punto de atragantarse con su propia respiración.

Removió la prenda con tibio aroma a rosas de su cabeza para contemplar con estupor, uno que era más del tipo apreciativo que del alarmado, el precioso a un tiempo que esbelto torso desnudo que con tanta presteza se ofrecía ante él como el más sexy de los festines.

—Eres increíblemente hermoso, Jules. Pero no quiero hacer esto…, al menos no de esta manera. —Se acercó con la camiseta extendida con las dos manos para pasar la cabeza por la abertura; luego los brazos a cada lado.

Dudó que pudiera sacarse de la cabeza la imagen de aquel par de pezones rosados y deliciosos. Del bonito *tattoo* sobre una piel magnífica.

—En verdad no te entiendo. ¿Qué no es lo que has deseado desde que entré a trabajar a tu compañía? —repuso colgándose del cuello masculino—. No creo que hayas olvidado lo que pasó en tu oficina la otra vez —susurró acercándose demasiado a su oído—, porque yo no lo he hecho.

—Aquella vez no estabas ebrio. —Posó las manos en la cintura del joven para evitar la tentación. Ni muy arriba ni muy abajo, pero Jules no lo hacía sencillo al tiempo que describía húmedas espirales con la lengua en la receptiva zona detrás de su oreja—. Cuando te haga mío —dijo con deliberada lentitud—… quiero que estés lúcido…, quiero que seas consciente de que en verdad anhelas esto tanto como yo lo he deseado.

—Ah, ¿sí? —El omega abandonó el hueco entre el cuello y el hombro de Crown para mirarlo con desafío. Una parte de él estaba al tanto de la impulsividad de sus acciones, la que seguía dolida por lo que sucedió con Andros; la que sabía que después iba a arrepentirse de sus provocaciones. Pero otra más estúpida, la que no comprendía por qué le atraía el magnate, llevaba las riendas en ese instante de debilidad—. Esto contradice por completo tus intenciones tan caballerosas, señor Crown. —Alexander escuchó su aguda inspiración cuando cierta mano estrujó el avivado bulto entre sus piernas.

—¿Qué quieres que diga? —Apretó los dientes para evitar caer de rodillas ante la sensación de placentero dolor que lo atravesó—. Soy un alfa, Jules, me estás tentando con tus feromonas y acabas de obsequiarme un exquisito vistazo de tu cuerpo medio desnudo; ¿qué crees que quiero hacerle a la parte que está al sur de tu cintura?

Pétalos de rosa envueltos en una suave lluvia de vainilla. La esencia se le metía por cada poro y le encendía la sangre.

—¿Por qué no lo descubres?

Guiado por un instinto mucho más primitivo, que no tenía tanto que ver con la cantidad de margaritas que circulaban por su torrente sanguíneo, lo besó. Casi como si no pudiera esperar más para hacerlo.

Lujuriosas chispas incandescentes saltaron al punto con el roce de esos labios que tanto había deseado probar desde el primer instante en que los vio.

Entonces Alexander se encontró sorprendido al darse cuenta de cuán ansioso estaba por él, a tal grado que conservar el autodominio dejó de ser una decisión tomada cuando fue lo primero que se dijo que debía mantener a toda costa.

—Jules… —La otra boca lo silenció al inundar la suya en una acariciadora pasada de lengua. Él estrechó el agarre de su cintura en un débil intento por apartarse, aunque antes de advertirlo ya suspiraba con el movimiento de empuje de su erección contra la del hombre entre sus brazos—… Sé…, sé lo que haces… —Pudo decir en un breve intermedio para coger aire, a sabiendas de que aquellas palabras podrían cortar como un escalpelo la intensidad del momento.

—¿El qué? —contestó Jules, e inmediatamente mordió su labio tras una poderosa succión que le

hizo pensarlo mejor.

Revancha: es lo que estuvo a punto de decir.

Sabía que él buscaba empatar el marcador con su exnovio griego, y pese a que debería parecerle molesto procuró que no fuera de esa manera. Tenía sus motivos.

Lo deseaba, sí. Pero no podía perder la cabeza. Tomar a aquel hermoso moreno era un pensamiento tan potente que amenazaba con adueñarse de cuanto se metiera a su paso, de modo que reunió la poca fuerza de voluntad que le quedaba en el cuerpo para expulsarlo cuando otro más destelló en su mente.

Las manos de Crown enmarcaron su rostro, profundizando el beso en un gesto que proclamaba su señorío sobre la situación. Jules sintió su fuerza, su implacable presencia.

«No deberías estar haciendo esto», volvió a decir la pequeña voz de la razón en su cabeza. «Ah, por favor. No seas idiota, no cometas una estupidez. Vas a arrepentirte», estuvo de acuerdo una segunda voz, «Crown solo te gusta, ¿y a quién no? Pero tú amas a alguien más».

Ojos azules, oscuros y exigentes, lo miraron de arriba abajo.

—¿Cuál es el maldito dormitorio? —preguntó Alexander con entonación demandante.

Jules señaló con la mirada la puerta de la derecha.

Una vez más flotó.

Pero a diferencia de antes lo hacía porque el hombre lo levantó en brazos para llevarlo a la habitación.

Siseó al sentir la fresca superficie de las sábanas. Si bien la sensación apenas duró cuando Crown hundió con habilidad ambas manos debajo de su camiseta para volcar la atención por completo en sus pezones, los cuales masajeó en apretones suaves y continuos sin dejar de susurrarle lo bello que era…, lo mucho que había esperado por tenerlo desnudo y a su merced.

Un lamento estremecido.

La boca de Alexander se había cerrado alrededor de un pezón. Lo lamió con dedicada fascinación mientras sus dedos estimulaban el otro con suaves pellizcos de placer.

Jules soltó un gemido fragmentado, y él presionó más aquella tortura…, impulsado por el dulce sonido de la satisfacción que brotaba de boca del hombre, dispuesto debajo de su cuerpo.

—Mírate… eres precioso, Jules. Me agrada ver que te gusta cómo te toco. —Un delgado velo de transpiración cubría su piel; el alfa saboreó el tenue sabor a sal con la sensación de su propio sexo palpitante ardiendo tras los confines de su ropa.

Besó su cuello…, ese cuello largo y elegante, ofreciéndose, arqueándose a fin de dejarle más piel a disposición. Subió un poco más para atrapar el lóbulo de su oreja con los dientes y tiró en un movimiento sincronizado con el de los dedos que seguían manipulando unos pezones cada vez más respingados y calientes.

—Todavía hay algo que quiero ver —repuso con voz enronquecida, haciendo un esfuerzo sobrehumano para controlar el flujo de feromonas que amenazaba con soltar desde cada poro.

Lo miró un instante, luego bajó la vista y con ella la cabeza al tiempo que se movía con insoportable calma hasta la zona más allá del ombligo. En esa posición, con Jules cerca del borde de la cama y él en medio de sus piernas, empezó a tirar de los pantaloncillos de chándal sin romper el contacto visual.

La poca luz en el dormitorio venía de la estancia, aun así le permitió contemplar la aterciopelada columna de piel erguida que, como había supuesto, era todo cuanto se hallaba debajo.

Se arrodilló, enganchando cada mano detrás de las rodillas para mantenerlo en su lugar. Abierto para él.

—Por favor —suplicó el omega; intentó removerse pero el alfa no se lo permitió—… Todavía no te has quitado la ropa… ¡Ay, Dios mío! —gritó cuando la sedosa barba recorrió el interior de su muslo. Alexander aspiró muy hondo antes de abrir la boca para tragar la erección que tenía delante.

En largas e insaciables lamidas, deslizó los labios a lo largo de aquella extensión resbaladiza hasta conseguir que los gemidos del otro hombre se convirtieran en eróticos lamentos de ruego. Crown respiraba con dificultad también, deseando clavarse en él pero haciendo lo imposible por resistirse. Acompañó con los dedos las caricias, introduciendo uno con delicadeza mientras agitaba la lengua en la carne endurecida y vibrante.

Un suspiro encendido brotó del pecho del omega.

Un gruñido febril de la garganta del alfa.

Las caderas de Jules se retorcieron con descarada ansiedad, todos sus músculos internos cerrados en torno a la invasiva penetración. Alexander posó una mano sobre la planicie de su vientre para evitar que se moviera. Firme. Caliente. Él sollozó, dejando que su cuerpo exhausto se doblegara al ritmo del placentero castigo.

—Ya estás cerca, Jules —murmuró con entonación ahogada—. Solo un poco más… —Avivó las acometidas, enfocado en estimular las estratégicas partes en su sexo caliente para ayudarlo a alcanzar la liberación.

Sintió que las manos del joven se enterraban en su cabello, apurándolo. Y él lo chupó con mayor ansiedad…, como si no tuviera más remedio, porque darle placer se convirtió en un pensamiento único, primario.

Un torrente de palabras estranguladas se le escapó de golpe una vez la espiral de placer retorció el interior de Jules en una convulsión decadente. El chorro cálido y transparente mojó los dedos de Alexander, que apretó los párpados y contuvo la respiración mientras aguardaba en silencio a que el ardor de su insatisfecho deseo disminuyera lo suficiente para ser soportable. Luego se incorporó y se situó sobre él, besándolo con tal necesidad que pensó que nunca tendría suficiente. El brazo que no utilizaba para sostenerse iba de un lado a otro acariciando aquel cuerpo de contornos majestuosos.

—¡Dios! —exclamó impresionado—. Eres tan… ¡Ah! Me encantas.

Jules sonrió con los ojos cerrados.

—No todo el crédito es mío, señor Crown —susurró. Después entornó los ojos, mirándolo soñoliento—. ¿Qué hay de ti?

—Ya te lo dije. Quiero que seas mío, pero porque lo deseas. —Suspiró, tan excitado que no sabía cuánto más podría soportarlo. Acarició la punta de la nariz del omega con la suya en un movimiento juguetón—. Quiero hacerte el amor a ti, no a tus margaritas.

—Yo…, no sé qué decir…

—No digas nada. Cierra los ojos y descansa. Si me recuerdas para mañana estaré muy feliz. —Lo ayudó a acomodarse sobre la almohada. Luego se levantó y lo cubrió con el cubrecama antes de regresar junto a él. Jules se acostó de lado, contemplándolo con fijeza.

—¿Y si no lo hago? —susurró con suavidad.

—Entonces tendré que pensar en algo más. —Le rozó la mejilla con el pulgar en lentas pasadas. No tuvo que decir otra cosa porque en menos de tres parpadeos Jules se había dormido.

—Ya me siento fatal sin tener tus ojos puestos sobre mí de esa manera. —Cogió un par de píldoras de la caja que descansaba en su mesita de noche para echárselas a la boca y tragó un grueso sorbo de agua.

Crown las había dejado ahí para él.

El CEO había anticipado que las necesitaría después de su alocado abuso con las margaritas, eso por no mencionar otras cosas estúpidas que protagonizó la noche anterior.

Dedos de dorada luz matutina se introdujeron a través del transparente material de la cortina delatando su rubor. Aún sentía las manos de Alexander moviéndose sobre su cuerpo, el agitado vaivén de su lengua llevándolo a la gloria. Pese a lo que se decía a sí mismo desde que abrió los ojos esa mañana, recordaba con relativa claridad el roce de cada beso, de cada caricia.

—Entonces, ¿no te diste cuenta cuando se fue? —Alec mordió el *croissant* en su mano. Se aproximó a él y lo acercó a su boca para que le diera un mordisco también; después un trago de jugo de naranja.

Iba tarde al trabajo, así que con una amabilidad más propia de una abuela que de un amigo quiso que no se fuera con solo dos pastillas para la resaca en el estómago.

—Desperté solo esta mañana. Hasta se encargó de levantar el desastre que dejamos en la estancia sin que yo lo escuchara. —Fue con rapidez hacia el armario y eligió una camisa de vestir en color blanco, enganchó todos los botones con la misma celeridad y luego se dobló las mangas hasta el codo. No necesitaba de más para lucir impecable aun cuando la dolorosa presión que sentía en la nuca era suficiente para tumbarlo de nuevo en la cama—. ¿En qué estaba pensando?

—En realidad ni siquiera estabas haciéndolo —dijo Alec. Su rostro de una tranquilidad beatífica.

—Y tú… —Un índice acusador punzó el pecho de Alec cuando él pasó por su lado con dirección al baño. Puso una cantidad de crema dental en el cepillo y se lo metió a la boca con urgencia—… ¿Por qué me dejaste solo con él? Tenía margaritas en el torrente sanguíneo, por todos los cielos. —Un reclamo envuelto en espuma con sabor a menta y eucalipto.

—¡Ahora la culpa es mía! —se quejó el chico de al lado mirando a *Arsen* echado sobre la cama—. ¿Lo ves, amigo? Eso me sucede por ser un sujeto tan increíblemente oportuno, guapo y humilde. A la gente nunca se le queda bien.

—¿Y ahora qué demonios estás diciendo? —Jules puso los ojos en blanco con tanta elocuencia que terminó mareado.

Alec expulsó un breve bufido.

—No juegues. Él te gusta, siempre te gustó; desde que lo viste por primera vez, así que ahora no vengas a quejarte. —Jules le lanzó una mirada asesina a través del espejo del baño—. Además, no es tan grave. Trata de verlo como un simple beso, solo que ahí abajo…, en tu cosa —concluyó, llevándose el puño a la boca a propósito de evitar que el omega viera el temblor de risa que los sacudía.

Jules entrecerró los ojos, lanzándole una mirada cargada de intención que chispeó en el aire. Luego se agachó para terminar de enjuagarse, colocando finalmente el cepillo de dientes de regreso en su estuche.

—Mírate, jugando a ser muy gracioso, Alec O´Brien. No es tan sencillo. Lo de Adis todavía es demasiado reciente, y ya que eres su cuñado y comparten un mutuo aprecio pensé que serías más solidario con él. —Se metió los zapatos y por fin estuvo listo.

—Claro que lo aprecio, mi adorado primor. Lo que pasa es que tú estás antes que él. Siempre. Tu felicidad es mi mayor obsequio, estés con quien decidas estar. Por otra parte… —Se llevó a la boca el último trozo de *croissant*; lo tragó a toda velocidad para terminar de decir lo que pensaba antes de

que Jules llegara a la puerta—… Tienes que resolver tu conflicto. Esos dos hombres te interesan. ¡Y no pongas esa cara!… —Levantó la mano al ver que Jules erizaba la postura directo a contraatacar—… Lo sabes tan bien como yo, solo piensa con detenimiento hasta dónde quieres complicarte con este asunto. Entiendo que ser omega lo dificulta. —Porque la naturaleza de su genética los volvía más vulnerables ante los alfa, en especial los de primer grado—. Nadie va a culparte, sobre todo después de conocer a ese par de bestias deliciosas.

—Mejor me voy antes de que te arroje algo a la cabeza. —Salió a toda prisa. El taxi que había pedido lo esperaba cuando llegó abajo.

La claridad le hería los ojos. Luego de maldecir las margaritas, una vez más, se acomodó las gafas de sol para abordarlo.

Obsesionado con lo último que su amigo le dijo se deslizó en el asiento trasero. Se hallaba tan confundido que solo podía pensar en la manera de abrirse la piel para salir huyendo de su propio cuerpo. El coche se escurrió en la marea de tráfico matutino, él en la de sus pensamientos desordenados, con tanta profundidad que parpadeó varias veces seguidas al advertir que se estacionaban frente al suntuoso edificio.

¡Diablos!

Con la cabeza en cualquier parte menos en su poder, reflexionó en las complicaciones de su futuro inmediato; por un lado, la considerable responsabilidad que Joan le había asignado con el asunto de su próximo viaje, por otro, la imagen de aquel par de hombres robándole la paz.

Sacudió lo más lejos que pudo todo aquello que entorpecía su mente para enfrentarse a la jornada. Sin embargo, esa determinación tuvo muy corta duración cuando observó más allá del vehículo del que había salido. Un Audi cuyo resplandor bajo las tempranas luces del día se robaba cada mirada. Se dispuso a emprender el ascenso cuando una mano lo sujetó a la altura del codo.

—Jules. —Los ojos de Andros desmentían lo sereno de su voz—. Sé que lo último que quieres es hablarme, pero me estoy volviendo loco. —Había evitado todas sus llamadas tanto como leer los mensajes de texto que dejaba después de cada fallido intento—. Necesito que hablemos. Necesito…, saber que no me odias.

No soportaba la fortaleza reforzada que el joven había erigido en medio de ambos, tampoco la idea de no poder derribarla para regresar a su lado. Pero había algo más que le corroía aunque no llegaba a decidir aún si seguir en esa misma línea de pensamiento.

—No, por supuesto que no te odio, Adis —le respondió al instante con suma quietud, bajando el pie del escalón para mirarlo cara a cara. Era un sentimiento de lo más genuino pese a todo—. Es muy pronto…, ¿entiendes? En realidad, no me siento listo para retomar lo nuestro. Todavía no he podido desterrar lo que pasó aquel fin de semana.

—Entonces, ¿sí me crees? —La sujeción descendió del codo a la mano del omega, que no rehuyó de su contacto; no estuvo ajeno a la vehemencia con que el pulgar del griego describía ansiosas caricias sobre sus nudillos—. Tienes que saberlo…, eres mi todo. Mi amor… Lo que sucedió… Yo fui tan estúpido.

—No ahora, Adis…, por favor. Lo que menos quiero es recordarlo. —La otra mano viajó a su nuca. La reconfortante calidez aplacó un poco el malestar; casi lo había olvidado cuando las vívidas imágenes de Andros adoptando íntimas posiciones con ese otro joven lo trajeron de vuelta—. Tengo que trabajar…

—Αγάπη μου. Hay, hay algo… —Una voz de alarma gritaba en su mente que no lo hiciera, no obstante, tenía que saber por qué su jefe pidió que lo recogiera cerca de las cinco de la mañana en el edificio de apartamentos donde él vivía. Por alguna razón no lograba sacárselo de la cabeza aun

cuando se había dicho que existían cientos de posibles respuestas. El venenoso elixir de unos celos espantosos le llenaba las venas desde entonces con la duda—… ¿Te acostaste…, con alguien más? —Una pregunta tentativa, que se quedó colgando a mitad de sus labios cuando Jules arrebató la mano de vuelta con los rasgos faciales crispados del más absoluto enojo.

—No puedo creerlo —siseó. El fantasmal recuerdo de la cabeza de Alexander en medio de sus piernas se volvió un pesado ladrillo en el fondo del estómago, pero aun con eso Adis no tenía ningún derecho de cuestionarlo.

No ahí.

No en ese momento cuando cientos de personas pasaban junto a ellos de camino al edificio Crown.

—Solo responde la maldita pregunta. —Y ciertamente no con ese tono. El griego desnudó los dientes sin molestarse en guardar más las apariencias al momento de espetárselo, acercando su airado rostro a un suspiro de distancia.

—Vete al diablo. —Los labios de Jules temblaron por el esfuerzo de no alzar la mano para borrar la altanería de sus facciones de un manotazo, sorprendido del desvío que tomó la conversación en cuestión de segundos.

Antes de quedarse a escuchar una sandez más giró en redondo para comenzar a subir. Tal vez en opinión del griego estaba escapando, pensó, y eso no hacía más que reafirmar su acusación; para él era el momento de no añadir más arrepentimientos a su larga lista. No quería reaccionar echándole en cara lo que pasó con Takis. De cualquier manera, ninguno saldría indemne abriera o no la boca.

Lo sentía subir a escasos pasos detrás.

Jamás una persona con una resaca tamaño bestia había subido tan rápido unas gradas, moviéndose en zigzag con la intención de hacer que desistiera. Sus temblorosos dedos buscaron a tientas la identificación dentro del maletín. Logró extraerla a tiempo de presentársela al oficial de seguridad de la entrada. Quizá si se hubiera atrevido a levantar la vista se habría dado cuenta de que Andros dejó de seguirlo en cuanto alcanzó el rellano superior, pero no lo hizo.

25: Atracción en un elevador

Su pulso iba a mil, tan estruendoso y rápido que pensó que le estallaría alguna vena importante.

El corazón en su pecho casi a reventar cuando sintió vibrar el teléfono dentro del maletín.

Era Adis. Estimó prudente dejar pasar la llamada, esperar a que se apaciguaran los ánimos antes de soltar cualquier cosa al calor del momento, pero la sensatez ya lo había abandonado al darse cuenta de que su pulgar se deslizaba sobre la pantalla para aceptarla.

Se quedó a la espera de un nuevo ataque verbal, en su lugar solo escuchó la respiración acelerada del hombre…, que no parecía dispuesto a romper el silencio que a él lo estaba aniquilando.

Estaba muy seguro de que, del otro lado de la línea telefónica, los ojos de Andros adquirían el tono oscuro de la acusación. Y si lo pensaba con detenimiento, él no tenía por qué sentirse peor puesto que en términos técnicos no había dormido con Alexander pese a lo íntimo de su acercamiento.

—Jamás imaginé que fueras a hablarme de ese modo. —Su voz salió rota a mitad del *lobby*.

Un sonido amargo, quizá una risa, llegó hasta su oído y se deslizó como una serpiente venenosa en su cerebro. Pero le pareció más al ruido seco y súbito de dos piezas de metal que colisionan entre sí.

—Ni yo que estuvieras esperando cualquier excusa para dormir con alguien más…

—Te equivocas —interrumpió—, aunque supongo que nada de lo que diga te hará cambiar de opinión, ¿no? Supones cosas para que yo luzca igual de culpable que tú y así sentirte menos miserable por lo que me hiciste. Es evidente que cometí un error, y ese fue el de haberte creído demasiado pronto. —Ahora suave y firme su entonación, de una tranquilidad tan indiferente que heló la expresión del griego al instante. E hizo que deseara darse de cabeza contra el grueso cristal de la entrada a través del cual lo había estado mirando.

—Jules… —No le dio tiempo de continuar. Se fijó en que regresaba el teléfono a su maletín, luego lo observó enderezar la postura e iniciar su camino hacia la zona de elevadores dándole la espalda a él junto con todo lo demás.

¿Sería posible equivocarse tanto en tan poco tiempo?

De ser así acababa de romper algún récord de clase mundial con la serie de estupideces que había acumulado en los últimos tiempos. De igual manera una parte de su ser no estaba muy convencida de que aquellos pensamientos fueran solo cosa suya. Lo único innegable es que el hombre que amaba ya no lo miraría igual nunca más, eso si tenía la suerte de que Jules volviera a hacerlo algún día.

Con una opresión horrenda en el pecho dio media vuelta para regresar a su puesto. De camino apenas contestó el saludo de Natalie que llegaba al rellano con su identificación en la mano y algo de apuro.

La chica dedicó un gesto curioso en su dirección, preguntándose qué le habría sucedido al apuesto sujeto para que anduviera por ahí arrastrando aquel semblante miserable, pero sin detener el paso. A toda prisa atravesó el *lobby* esperando coger el primer elevador antes de que las puertas se cerraran. Ese día en particular había mucho por hacer y necesitaba llegar lo más pronto a su oficina.

—¡Hola, Jules! —dijo casi arrollándolo. La cabina iba a reventar. Lanzó algunos saludos corteses al aire y se situó junto a él cuando iniciaba el ascenso.

—¿Por qué tan apurada?

—Reunión de departamento, pero antes tengo que organizar toneladas de papeleo. —Se inclinó a distancia de secreto para susurrar en voz baja un par de segundos después—. Ese Dimitrios… —Negó con la cabeza, soltando el aire con lentitud como si se desinflara—… Ya no devuelve mis llamadas.

—Lamento mucho escucharlo. —Sin embargo, desde que lo conoció le había quedado patente que el mayor de los Zagorakis no era del tipo interesado en los compromisos. Tal vez porque tenía la impresión de que bajo su actitud de chico duro había algo más, ¿una mala experiencia amorosa quizás?

—En realidad no quería hacerme ilusiones, pero el muy cretino es difícil de ignorar. —Un suspiro resignado con una ligera nota de humor—. Supongo que mi mala racha se ha encariñado demasiado conmigo y se niega a soltarme. Al menos alguien *sí* me quiere.

—No digas eso. —Pese a que no se recuperaba de lo que pasó con Adis minutos antes acabó sonriendo—. Ignóralo y sigue adelante, en muchas ocasiones ese suele ser un excelente afrodisíaco.

—Y que lo digas, me ha ignorado tres días enteros y no tienes idea de cómo me tiene. —Jules soltó una risilla compasiva ante su actitud flexible, tratando de minimizarlo recurriendo al humor. No dudaba de su fortaleza.

El número cuatro destelló en la pantalla, seguido del delgado timbre que lo anunciaba. Natalie se despidió de forma apresurada, haciéndole prometer que encontrarían un momento en la tarde para reunirse en el *office* y continuar la conversación.

Al llegar al cubículo Jules se dejó caer en la silla. La sensación de tristeza que lo estuvo embargando se había atenuado, sustituida por una cólera sorda. Andros se portó de una manera tan especial con él durante el tiempo que compartieron que olvidó por completo que era tan humano como cualquiera. Lo había herido, y no veía forma alguna de reparar lo que una vez fue…, al menos no tan pronto. El verdadero problema radicaba en que se acostumbró tanto a su presencia, que la idea de volver a la soltería se le antojaba un desafío que tardaría en asimilar.

Con esos pensamientos circulando en su mente sintió que alguien se detenía cerca de su escritorio un rato después. Era un joven que vestía el uniforme y gorra de una conocida tienda de jugos y batidos orgánicos, observando el lugar con curiosidad. La bolsa de papel que llevaba en una mano delataba un recipiente de gran tamaño. Miró el sobre que sostenía en la otra antes de alzar la cabeza cuando Jules le preguntó:

—¡Oye, amigo! ¿Puedo ayudarte?

—Ah…, hola. Esto, estoy buscando al señor Jules Wallace. —Levantó el sobre con su nombre escrito en él.

—Pues entonces ya me encontraste. —Sonrió, preguntándose quién lo enviaba. Tras agradecerle, sacó de la bolsa un vaso transparente. Una lozana rama de apio flotaba en un líquido rojizo, que supuso era jugo de tomate; suposición que el mismo Crown aclaró una vez leyó la tarjeta.

«El jugo de tomate es perfecto para aliviar la resaca. Asegúrate de tomarlo todo, vas a sentirte mucho mejor. Espero que pudieras descansar bien, Jules. También espero con ansias que esta mañana me recuerdes, ya me siento feliz solo de imaginarlo.

Alexander».

¡Y vaya que lo recordaba! Sus mejillas alcanzaron unos cincuenta grados centígrados solo de pensar en verlo de nuevo, por otro lado, el gesto puso una sonrisa agradecida en su rostro. Una respuesta de aquella parte suya a la que le gustaban las muestras de consideración tanto como sentirse apreciado por un hombre así.

La molesta sensación en su cabeza latía insistente, por lo que decidió darle una oportunidad al jugo cortesía de Alexander Crown. A pequeños tragos se enfrentaría a su día.

El resto de la mañana y la mitad de la tarde transcurrió en relativa calma. Revisó la agenda de citas de la señora St. James, mientras ella mantenía una importante reunión estratégica con otros jefes de

departamentos a cargo de la campaña de aniversario. El calendario seguía a tope con las campañas de otros clientes prominentes en desarrollo.

Ya que Alexander Crown estaba presente en dicha reunión no tendría que redactar ningún informe esa vez. No hubo más llamadas de Adis. Sabía que era lo mejor, aunque se encontró en más de una ocasión contemplando el teléfono como un idiota en espera de un posible timbrazo con su nombre llenando la pantalla.

Lo peor fue descubrir que la imagen que tenía del griego en su mente se convertía con demasiada facilidad en otro rostro cuyos ojos azules como el océano se le parecían bastante.

¡Genial!

Como si ya no hubiera sentido en más de una ocasión que era una persona horrible.

¡Era lo peor de lo peor!

El plan de Natalie de encontrarse en el *office* para conversar se desmoronó. A pesar de sus intentos no logró escaparse con tanto trabajo. Ante la situación, Jules resolvió ir por su cuenta y decidió hacerle una llamada a Alec para que lo acompañara.

Durante la charla, le contó lo sucedido esa mañana con el griego, y de paso le mencionó el detalle que tuvo Alexander con él.

—Has estado en su mira desde el primer instante. Prepárate, porque ahora que sabe que estás disponible va a hacer lo que esté a su alcance para conquistarte. Ese batido no fue poca cosa la verdad…, y junto con lo que escribió en la tarjeta dice que piensa hacerlo de la manera correcta esta vez. Por otro lado…, no sé qué decirte con respecto a Adis. —Notó que Alec parecía concentrado en otra cosa. Después lo escuchó decir «gracias por su compra a alguien» antes de continuar—. No está pasándolo bien. Es lógico que soltara la primera imbecilidad que se le vino a la cabeza por la desesperación de perderte.

—Pues debió pensarlo mejor. —La rabia volvía a encenderse; un calor muy visceral que nacía desde el fondo del estómago y se extendía al resto de su cuerpo—. Es que…, debiste escucharlo. El modo. El tono en que me lo escupió a la cara —agregó indignado—. Se acabó, Alec. Me doy cuenta de que en lo realmente importante no lo conocía; quizá ni siquiera es verdad lo que me dijo, se escucha como una excusa muy conveniente ahora que lo pienso.

—Dicen que jamás terminas de conocer a alguien, aunque pases con ese *alguien* toda la vida.

Y él había llegado a pensar que quería que Andros fuera ese alguien. Para no seguir con lo mismo (porque notó que el jugo de tomate resultó de lo más beneficioso y no quería que la jaqueca regresara), introdujo un cambio en el tema de conversación que su amigo no objetó para no agobiarlo más. Una tarde de spa la próxima semana. A Alec le gustaban esas cosas. El concurso en el que participaría por los quince mil dólares que le permitirían comprar su parte de la tienda erótica se hallaba a la vuelta de la esquina. Así que quería mimarlo un poco para que llegara espléndido a la cita.

Al volver a la oficina halló que la señora St. James había regresado. Trabajaron en revisar algunos detalles de la campaña y abrieron juntos el demo del futuro sitio web de la empresa con el formato de la nueva imagen para darle un vistazo final. Al menos ese rompecabezas ya tenía todas las piezas en su lugar, a diferencia del de su propia vida, donde aún faltaban varias.

Puesto que Joan tuvo que irse un poco antes para atender asuntos personales previos a su viaje, Jules no abandonó la oficina hasta pasadas las diez de la noche.

Enfocarse en el trabajo había sido su forma de evadir los pensamientos recurrentes. Además, a esa hora las probabilidades de encontrarse con el griego eran mínimas en comparación con la hora punta, cuando lograba divisarlo en medio de la multitud que dejaba el edificio a las cinco. En su

camino hacia los elevadores, observó algunas luces encendidas en la zona de cubículos, evidenciando que otros también se quedaban hasta tarde; al fondo, un par de oficinas seguían iluminadas.

Presionó el botón de la flecha descendente y sacó el móvil para pedir un taxi. Se distrajo de la pantalla cuando, pocos segundos después, las puertas se abrieron, revelando a Alexander acompañado de un hombre al que nunca había visto antes. El desconocido llevaba varias carpetas y papeles bajo el brazo, y parecía estar explicándole algo a su jefe, aunque la conversación se detuvo en el momento en que él entró en la cabina.

Tras un cortés «buenas noches» desvió toda la atención al teléfono, tratando de recordar por qué lo llevaba en la mano en primer lugar. Le habría resultado más fácil hacerlo si no estuviera tan consciente de que la mitad de su sangre se agolpaba en sus mejillas mientras la otra se transformaba en un insistente cosquilleo bajo el ombligo. Olía exquisito allí, un aroma que no quería reconocer pero que sabía que le pertenecía a él; sus recuerdos sensoriales lo identificaron al punto, erizándole la piel.

Pidió a su corazón que se tranquilizara, pero el muy bastardo dio un par de tropezones y se estampó contra las costillas al reparar en que el tipo que había acompañado a Alexander bajaba dos pisos después.

Encontrarse a solas con él en aquel confinado espacio habría sido más fácil con varias margaritas adentro. Un tercer acompañante se sumó a ellos al proviso: la sobrecarga de energía en el ambiente cuando la atención de un par de ojos añil viajó hacia él para no apartarse.

—¿Qué tal estuvo tu día, Jules? —Alexander adoptó una postura relajada, recostándose en la pared de espejo con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón. Facciones serenas y un leve juego de risa en los labios. Un detalle tan pequeño que Jules, de tan nervioso que estaba, no notó.

—Sobreviví, creo. Yo… em… —El alfa casi lo escuchó tragar saliva—… Muchas gracias por lo del jugo. Sí funciona y… —Suspiró incómodo. ¿Por qué nunca se materializaba un hoyo negro bajo sus pies y lo absorbía cuando más lo necesitaba?—… Siento mucho lo que pasó anoche.

—¿Lo sientes? ¡Ay! —El CEO se llevó una mano al rostro y masajeó los dedos sobre su cuidada barba con expresión abatida—. Y yo que pensé que te había gustado.

—No… me refería a… Usted sabe. —Su lengua se anudó como en tres partes mientras sentía que se le cocinaba la cara.

—«Usted», ¿otra vez?... Prefiero más que me tutees. —Crown parpadeó, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro—. El rojo te queda estupendamente. —Los dedos de Jules, como su mirada, habían descendido para borrar una arruga imaginaria de su camisa, un gesto que llevó a Crown de vuelta al momento en que se conocieron. Luego el joven alzó la vista, tan inquieto que no sabía de qué manera controlar su expresión—. Te he escandalizado, quiero pensar que sí te gustó entonces. —Aquel intenso rubor era una cautivadora combinación entre pecado e inocencia, y sin darse cuenta de lo que hacía desapareció los pasos que los distanciaban para acercarse.

El omega pensó que tenía que salir de ahí, que debía rechazar todo tipo de contacto antes de permitir que ese hombre lo arrastrara a sus desconocidos dominios, pero su cuerpo, simplemente, no quiso obedecer. Su instinto de supervivencia se veía anulado ante la varonil presencia del otro sin importar cuántas veces se repetía que era la más terrible de las ideas.

Alexander lamió su labio inferior en una demanda de entrada.

De forma instintiva se lo permitió, luego que su lengua tomara control del beso como sus manos de todo lo demás. Una se posicionó con firmeza en la nuca, la otra se deslizó hacia abajo con asombrosa facilidad para sujetarlo por el muslo, apremiándolo a subir la pierna que a continuación se encajó en torno a su cintura.

El omega tragó el sonido que brotó de los labios del alfa cuando ubicó el bulto cálido de su sexo contra la otra silueta también endurecida. Un sonido que era a la vez una queja y lo más erótico que jamás esperó escuchar esa noche.

—Ah… Jules. —Quería hacer tantas cosas. El problema era que apenas podía contener sus feromonas, además había demasiada tela interponiéndose y estaban por llegar al piso principal.

Liberó la nuca primero, después su pierna; con ambas manos cubrió aquel rostro acalorado. ¡Qué hermoso!, pensó. No era la primera vez que veía sus ojos a esa distancia, pero ahora se sentía diferente. Diminutas hebras doradas bordeaban el iris del más claro, el otro de un verde tan oscuro que no dejaba entrever nada. Nada. Algo cambió en la mirada de Crown, que esperó que Jules no notara cuando dio medio paso atrás para agacharse y acomodarle la ropa.

—Permíteme llevarte a casa —añadió con la voz más gruesa, pasando con lentitud el índice a lo largo de su pantorrilla en una fugaz caricia antes de levantarse.

Sin saber si debía sentirse agradecido porque Crown hubiera decidido detenerse antes de lamentarlo, o frustrado por no obtener lo que anhelaba, negó con la cabeza.

—Llamé un taxi, no es necesario —mintió, recordando de pronto la llamada que nunca llegó a hacer.

—Esta noche yo conduzco —dijo. Pero Jules escuchó lo que no tuvo necesidad de pronunciar, que Adis no estaba fuera…, por lo que no tendría que sentirse incómodo a su lado—. Insisto. —Le tendió la mano al ver que vacilaba.

En silencio la aceptó.

El otro hombre lo condujo hasta el coche, un modelo distinto que no había visto antes; algo que agradeció puesto que le permitía desligar el momento presente de otra clase de pensamientos que prefería evitar.

—¿Alexander? —inquirió algunos minutos después mientras transitaban unas calles tan atestadas como las del medio día.

Atlanta jamás dormía tan temprano.

—¿Huh? —Apenas movió la vista un segundo del camino para mirarlo.

—Sí sabes que es muy pronto para mí pensar en tener algo más allá de «esto» que sucede entre nosotros, ¿cierto?

No iba a caer en la ridiculez de negar lo evidente.

La atracción, el deseo que sentía por Crown, era indiscutible desde que cruzaron la mirada por primera vez en un elevador hacía un tiempo que le parecía en extremo lejano ahora.

Pero no era ni la sombra de lo que sentía por Andros, donde siempre había mandado el corazón.

Ojos azules brillaron desde las inciertas sombras que inundaban el interior del auto, brillo que él apenas notó al darse cuenta de que una sonrisa amplia y hermosa se proyectaba a través de su barba.

—No te preocupes, Jules. Creo que puedo conformarme con tu cuerpo…, por ahora. —Quitó una mano del volante para buscar la suya sin necesidad de ver; se la llevó a los labios donde depositó besos diminutos en los nudillos, pero no lo soltó—. Y como soy consciente de que eso es algo terrible de escuchar diré otra cosa para que no sea lo último que recuerdes hoy cuando vayas a la cama: me agrada que me llamaras al fin por mi nombre.

Unas finas arrugas aparecieron en el entrecejo de Jules.

—Pensé que te gustaba eso de «señor Crown» aquí, «señor Crown» allá… Para inflar tu ego y esas cosas.

De alguna manera dejó de percibir la tensión con tanta claridad, como si fuera un recipiente cuyo contenido se vaciaba ante sí.

Al hombre a su lado le regocijó escuchar el humor en su voz.
—Ya lo superaré.
Sonrió, y una vez más atrajo su mano para prodigar unos cuantos besos más en ella.

26: Manos vacías

Quince minutos habían pasado en los que Alexander Crown, con la vista perdida en el cielo atlantés, seguía de pie ante el ventanal de su oficina.

Sus sentimientos libraban una guerra con las decisiones que debía tomar, porque una cosa se hallaba atada a la otra de manera inextricable, dejándolo en medio, obligado a ir en un sentido o en otro. El enervante estado de introspección se vio roto por el timbre del teléfono en su escritorio.

—Crown —respondió a su recién contratada asistente. Aún no decidía si iba a conservarla. Estaba tan acostumbrado a Donna que de no ser porque acabó metiendo la pata hasta lo más hondo desobedeciéndole la tendría todavía trabajando para él; al menos en ese sentido su vida sería más fácil.

—Discúlpeme, señor Crown, pero el señor Zagorakis se encuentra aquí y pregunta si es posible que usted pueda atenderlo. Está siendo muy insistente.

Mientras intentaba no enfadarse por haber sido interrumpido, alcanzó a sospechar las intenciones del griego para querer hablar con él. En los años que llevaba a su servicio, apenas intercambiaron el trato más estricto debido a la personalidad del mismo Andros.

—Hágalo pasar, Judy. —Alexander esperó de pie. Poco después la mujer aparecía por la puerta, con el hombre un paso detrás y la expresión más adusta que le había visto jamás. Judy les ofreció algo de beber, aunque Crown lo rechazó por ambos—. La visita del señor Zagorakis es muy rápida, por favor que nadie nos interrumpa.

La asistente comprendió que tenía que marcharse a toda prisa.

Súbitas feromonas saturaron el aire de la oficina. Para un omega, dicha esencia era una fascinante sinfonía de notas hechizantes y tentadoras; sin embargo, para un macho alfa, olfatear las feromonas de otro resultaba sumamente repugnante y amenazador, porque aquel fenómeno formaba parte del eterno ciclo competitivo en el orden natural: demostrar quién era el mejor. El más fuerte.

Pese a que la condición de Andros lo relegaba a una categoría secundaria, la diferencia entre ambos era apenas perceptible. El peligro latente de que la parte animal dominara al hombre era inminente. Con un notable esfuerzo, lograron contener esa faceta primitiva y evitar que la espesa niebla química se esparciera a los pisos inferiores. Intercambiaron un par de miradas cargadas de un entendimiento peligroso, justo antes de que Alexander, con gélida elegancia, le señalara una silla a su empleado. Sin embargo, este permaneció de pie, erguido como un vigilante de piedra, desafiando el ambiente tenso que los rodeaba.

—¿Por qué él? —espetó el griego pasando por encima de las formalidades. En ese momento a su naturaleza desafiante le importaba muy poco que aquel hombre fuera su jefe.

—No sé de qué estás hablando. —Fuego azul en los ojos. Un rostro carente de los matices airados que revoloteaban en su interior—. Y no estoy dispuesto a consentir tu tono.

—Jules. Sé muy bien que anda tras él. —Porque había sondeado al conserje nocturno del edificio hasta que el sujeto, sin tantas evasivas, le comentó de sus visitas.

—Y eso a ti qué te importa, hasta donde me enteré tú mismo lo echaste a perder. —Se regodeó el millonario. Una expresión burlona restalló en su cara al decirlo.

—No fue así, y Jules lo sabe. —Las manos de Adis se convirtieron en puños.

—Ese es tu problema. —Inspiró con cierta rudeza—. No tengo idea de qué crees saber, pero Jules no es el tipo de hombre que piensas si vienes hasta aquí a reclamarlo como si fuera un objeto.

—Habla de él como si lo conociera.

—Quizá no del modo en que quisiera, pero no hay nada que me lo impida ahora, ¿no es verdad? —Cada latido de su corazón suspiraba por Jules, por querer verlo… estar a su lado y que el mundo lo viera de su mano. Que el griego no estuviera en medio era una ventaja que no pensaba

desaprovechar—. Hay una cosa que lamento de todo esto, Andros, que no puedas seguir trabajando para mí pese a que considero que eres un elemento ejemplar en mi equipo de seguridad.

—No podría importarme menos —repuso Adis, a sabiendas de que ese sería el final cuando tomó la decisión de hacer lo que había hecho—. En cuanto a Jules, no pienso renunciar a él y a la oportunidad de recuperarlo. —Su pertinaz determinación patente en la forma en que empinaba la mandíbula.

Si creía que iba a mirar hacia otro lado mientras él se acercaba al hombre que amaba con tanta facilidad es porque en verdad no tenía la menor idea de quién era. Le dio la espalda al magnate para encaminarse a la puerta.

—Callard Izumi te llamará para que hagas entrega de tu arma y rescindir tu contrato. —Adis no miró atrás, tampoco se molestó en cerrar cuando salió.



—¡No puedo creerlo! Y yo que pensé que tú eras el más listo de los tres —se quejó Nikos luego de escuchar que su hermano no solo se había quedado sin el chico, sino que ahora también sin el trabajo—. Lamento que terminara así, Adis.

—¿Ya pensaste en lo que vas a hacer? —Dimitrios secó sus manos en el delantal antes de retirarse la gorra tipo bandana de la cabeza para dejarla sobre la pequeña mesa de cocina, luego se ubicó en el asiento vacío en medio de los otros dos hombres—. Supongo que no vas a querer decírselo a nuestros padres, al menos no todavía.

—A su debido momento les contaré. —Andros movió al azar la vista por el establecimiento; a media tarde el ritmo del restaurante mermaba un poco por lo cual podían darse el lujo de sentarse un rato a conversar. También porque ninguno de sus progenitores se hallaba en el Parga's para ese momento—. Eso no es lo peor.

—¿En serio tienes más malas noticias?

El mayor de los Zagorakis frotó el dedo medio junto al índice sobre las inmediatas arrugas que aparecieron en su frente.

Adis apretó los labios con incómodo disgusto.

—Acusé a Jules de haberse aprovechado de la situación para dormir con alguien más, no quise mencionarlo a él. —Torció el gesto, incapaz de pronunciar el nombre de aquel sujeto—. Lo negó, claro está.

—¿Crees que lo hizo?

Nikos inclinó el cuerpo hacia el frente con interés.

—Ya no estoy tan seguro.

Relató la conversación con Crown en detalle. La sensación que lo asediaba era inquietante: si su exjefe hubiera profundizado más con el omega, habría estado más que complacido en arrojárselo a la cara. Sin embargo, no insinuó nada al respecto; de hecho, la manera de expresarse de su Jules le decía otra cosa muy distinta.

—Me parece que realmente le interesa.

—Eso agrava el asunto, también que quedaras como un completo bruto frente a Jules. Le pusiste las cosas en bandeja al tipo que lo ronda igual que un tiburón. —Su hermano menor alzó la vista en dirección de la entrada, donde Alec O´Brien, llevándose los lentes de aviador del puente de la nariz

hacia su cabeza, aparecía muy sonriente seguido de Theodora y Konstantinos—. Vas a tener que buscarlo y disculparte.

—Eso solo para empezar —lo siguió Dimitrios, que hacía ademán de ponerse de pie.

—Después ya pensarás en la manera de quitárselo a ese infeliz bastardo. —Nikos otra vez.

—Y hablando de pensar —intervino Dimitrios, que se dirigía solo al menor en esa ocasión—. ¿Ya pensaste cuándo vas a decirles? —señaló a sus padres con un gesto de la ceja. El otro abrió mucho los ojos sin saber qué responder; aún no sentía la comodidad suficiente para hablar del tema con naturalidad a sus propios hermanos a pesar de que ya sabían lo suyo con Alec. Enfrentarse a sus progenitores era otra cosa—. Que no te tomen por sorpresa. —Dio una palmada en su espalda y se alejó atrapando su largo cabello de vuelta en la gorra de cocina.

—¿Qué crees que vaya a pasar cuando se los diga? —preguntó a Andros mientras observaba que Konstantinos apoyaba la mano en el hombro de Alec, parecía muy cómodo a su lado. Sonriente y conversador.

—Un noventa y ocho por ciento seguro de que no tengo la menor idea.

—¿Crees que vaya a decepcionarlos?

Adis le sonrió con actitud tranquilizadora.

—Cien por ciento seguro de que eso jamás va a pasar —dijo y los miró acercarse.



—Esta área… aquí. Es un poco más clara, ¿la ven? —señaló la doctora Burstyn, estirando el índice sobre la pantalla—. Es la columna vertebral.

Mientras movía el transductor sobre el todavía plano vientre de Felicity, indicaba otras partes del diminuto cuerpo de su hijo, intercalando los comentarios con recomendaciones de nutrición y ejercicios variados dependiendo de cada etapa de gestación.

Crown no podía negar que un suspiro de ilusión entibió su pecho con la promesa de aquella pequeña vida en camino. La mano de Felicity había buscado la suya en apoyo silencioso en tanto hacía preguntas de todo tipo a la especialista.

Con el embarazo anterior no tuvo la oportunidad de vivir esa experiencia ya que la pérdida ocurrió poco después de enterarse de que sería padre. Y aunque su alegría fue efímera, no la había olvidado en todo ese tiempo.

—Me encantó ver el brillo en tus ojos allá dentro —mencionó la heredera de los Tremblay cuando dejaron atrás el consultorio—, es bueno saber que te interesa.

—Es mi hijo, ¿cómo no podría interesarme? —Sacó la mano de su bolsillo para llamar el elevador —. Ya escuchaste a la doctora Burstyn, aunque te sientas bien no abuses con el trabajo. Me encargaré de que te envíen a casa los suplementos que te recetó esta misma tarde.

—Gracias, Alexander. No sabes cuánto valoro que me acompañaras hoy, es muy importante para mí sentir que no estoy sola en esto. —Aprovechó el instante de entrar a la cabina y se colgó del brazo masculino.

—Ya te lo había dicho. No estamos juntos, pero eso no quiere decir que vaya a pasar por encima de mis obligaciones contigo y la criatura. Haré mi mejor esfuerzo para que esto funcione pese a las circunstancias.

La mujer recostó la cabeza en su brazo. Casi esperaba una caricia en su cabello; el intento de un contacto esperanzador. Su desesperación por Alexander le atormentaba el cuerpo y el pensamiento.

Arrepentirse ya no servía de nada. Las palabras de Jessalyn eran un eco. Regresaban una y otra vez para acosarla; un murmullo que se negaba a apagarse.

Lo peor del caso es que no le quedaba otra opción que admitir que tenía razón. Ella se encargó de estropearlo aquella vez, pero guardaba la certeza de que el corazón del hombre que amaba volvería a ser suyo cuando tuviera entre los brazos a su hijo. Solo tenía que ser paciente y no pensar en lo mucho que la fastidiaba sentirse atrapada dentro de su propio cuerpo, tener que soportar los malditos malestares matutinos. La idea de ver su figura deformarse con el pasar de los meses.

—¿Qué te gustaría que fuera? ¿Una niña o un varón? —A Crown le sorprendió la pregunta, quizá porque no se le había ocurrido todavía.

—Supongo que debería decir que lo más importante es que esté saludable, más allá de su sexo. Y en efecto así es, pero tengo que admitir que me encantaría una niña. —Arrugó la nariz en una mueca simpática y soltó un resoplido risueño, gesto que hizo que perdiera la solemnidad de su rostro—. Sería hermosa…, delicada, y yo con gusto me encargaría de ahuyentar a sus pretendientes cada vez que osen acercarse.

—Así que no van a tenerla fácil, ¿eh?

—Ni un poco. —Volvió a sonreír, y el corazón de Felicity se iluminó.

—Entonces…, vas a tener que estar en casa para que me ayudes con eso. —Los músculos del hombre se tensaron bajo la piel. El aire pareció aquietarse a su alrededor, como si las partículas de polvo, el tiempo mismo, se hubieran suspendido de pronto.

—Ya hemos hablado de esto, cientos de veces; y mi postura al respecto sigue siendo la misma. —Todo rastro de humor se había evaporado de los rasgos de Alexander al lanzar una mirada tan rápida como directa a la madre de su hijo.

—¿Cómo puedes decir que quieres a este bebé si ni siquiera piensas estar en su vida como debe ser? —Un reclamo dolido.

—No consentiré que cuestiones lo que siento por un ser que es inocente de todo…, a diferencia de ti y de mí —dijo en voz baja y dura—. Me doy cuenta de lo que pretendes, Felicity. Puedes hacer esto más fácil o más complicado de lo que es si sigues por ese camino. Piensa muy bien cuáles serán tus siguientes palabras.

27: Trampa de arena

Jules volvió a repasar su imagen frente al espejo.

Jamás había estado en un evento de ese calibre, por lo que seguía inseguro sin importar cuantas veces Alec le dijo que ese atuendo estaba perfecto.

Al final se había decidido por una sencilla camiseta polo en color blanco, pantalón azul con sutil estampado a cuadros y los mocasines café claro que rara vez usaba.

Como cada año, según le había comentado Joan, el Crown Charity Tournament tendría lugar en el East Lake Golf Club, un campo privado al este del centro de Atlanta y el más antiguo de la ciudad. Desde el día anterior Florence acordó pasar por él ya que conocía con exactitud el camino, también porque se sentía cómoda a su lado y podrían charlar durante el viaje.

Aún era temprano; el evento no comenzaría hasta las diez de la mañana. Sin embargo, tanto ellos como los demás miembros de la organización debían estar allí con horas de antelación para asegurarse de que todo estuviera dispuesto cuando los distinguidos invitados empezaran a llegar. Jules no sabía qué le inquietaba más: la tarea que tenía por delante o el hecho de que volvería a ver a Alexander. Después de la noche en que lo llevó a casa, y en los breves encuentros que tuvieron posteriormente, debido al ajetreo de esos días en la empresa, su comportamiento había sido impecable. Lo más desconcertante es que no había intentado llevarlo a la cama aun cuando saltaba a la vista que contenerse le costaba la vida misma.

Le había invitado a acompañarlo al torneo, pero le respondió que tenía un compromiso previo que no podía posponer con tan poca antelación. En el fondo el omega estuvo jugando con la idea de sorprenderlo. Una tontería quizá, no obstante, en su compañía era capaz de soportar un poco más la falta de Andros en su vida; aun cuando estar junto a Crown no implicaba ningún tipo de sacrificio ahora que se había permitido empezar a conocerlo, fuera cual fuera el nombre que le pusiera a lo que existía entre ellos.

Una veleidosa complicidad tal vez.

Estaba consciente de que pretendía bailar con el diablo a la espera de salir ileso. Sabía que el empresario era mucho más que su placer culpable. Alexander Crown personificaba al placer mismo. Una promesa tan tentadora que se había hallado en medio de la noche imaginando los detalles más físicos de compartir su cuerpo con él. Aunque luego lo atacaba la culpa porque Andros volvía para reclamar sus pensamientos.

El aviso de una notificación entrante en el móvil lo desvió de sus reflexiones. Dio la espalda a su reflejo para fijarse en el mensaje: Florence ya esperaba abajo.

Dio un rápido beso a la peluda cabeza de *Arsen* y se dispuso a salir. Tan meticulosa como siempre, la señora St. James le facilitó una carpeta con todo lo que tenía que saber respecto a la logística del torneo de caridad, la cual revisó las noches anteriores para empaparse hasta del más trivial de los detalles. Aunque sabía que nada trivial encontraría al llegar allá luego de leer las listas de los licores que estarían sirviendo como del menú y los bocadillos.

—¡Mírate! —saludó a la chica antes de rodear el auto para subir en él.

—Estoy lista para cazar a un millonario. —Una blanca y juguetona sonrisa apareció en el moreno rostro de la mujer frente al volante, que decidió cambiar su peinado habitual por una larga y estilizada coleta que le caía hasta el *derrière*. Su ropa, de lo más casual, con un punto elegante pero relajada, constaba de un *leggin* muy ajustado al cuerpo en color negro con una blusa de seda en rosa pastel y un precioso collar chevron (Jules no sabía lo que significaba esa palabra, solo que era bonito) perfecto para el día—. Pero antes me gusta hacer recuento de las celebridades que asisten cada vez. El año pasado conocí a Michael Douglas y a Catherine Zeta-Jones.

—¡Vaya! Eso me pone más nervioso.

—Impresionan al principio, ya después te deslizas en su charco cuando te das cuenta de que haces fila para usar el tocador delante de Sharon Stone.

—Oh. —La observó sin saber qué decir.

—Sí, son tan mortales como nosotros.

El coche se desplazó con suavidad en el tráfico matutino, un poco menos denso que entre semana, y fijaron rumbo al este. Florence, si bien no compartía rasgos biológicos con su madre, parecía haber heredado aquella conducta de no hacer preguntas incómodas ni entrometerse, actitud que Jules agradeció en silencio y haría más ameno el corto viaje, además de la conversación.

—¿Has hablado con Joan? Pensé que llamaría a la oficina para saber cómo va todo pero no lo hizo. —Le causaba una inquieta curiosidad debido a la expectación que había recorrido cada rincón y pasillo de Crown Media la última semana. La campaña ya estaba montada, solo era cuestión de hacerla pública, aun así los ánimos se enarbolaban en el ambiente.

—Llamó el día que llegó para avisar que estaba bien —contestó la chica sin desviar la vista de la carretera. Algo sigiloso cayó sobre Jules, suave como un cálido rayo de sol en la piel, despertando la instintiva sensación de que había mucho más detrás de la despreocupada respuesta—. Esta época suele dificultársele… —Dejó que se tomara su tiempo para continuar—… Viaja a Escocia desde hace cinco años para visitar a alguien especial que murió allá. Se desconecta del mundo unos días, ¿sabes? Después regresa…, como si nada hubiera pasado.

—Oh, qué pena. —Entonces comprendió la discreción de su jefa con respecto a los motivos de dicho viaje. Era algo demasiado privado, muy íntimo y de un dolor indiscutible como para mencionarlo con cualquiera. Luego se preguntó por qué estaría su hija comentándole aquello.

—Lo es. Fue el gran amor de su vida…, y sin embargo nunca pudieron estar juntos; es todo cuanto me dijo cuando se lo pregunté antes de que se fuera esta vez sin poder contener más mi curiosidad. —Florence parecía pensativa…, más preocupada que indiscreta.

—Quizá no debiste mencionarlo, ¿qué tal si lo descubre y se molesta?

—Lo sé…, es solo que me pareció algo demasiado triste. Yo, em… En realidad… —Lanzó un suspiro inquieto. Luego hubo una extraña pausa—… El caso es que está este sujeto. Tú lo conoces. —En ese instante Jules se mostró más atento, observándola con una expresión en la que se fusionaba extrañeza e interés, intrigado por los misteriosos caminos que esa charla podría desvelar —. Es Dimitrios, el sujeto del Parga's.

—¡Wow! Pues, claro que sé quién es. —No se molestó en fingir que no la miraba boquiabierto. Florence intentó leer algo en su semblante, con sus propios pensamientos acumulándose en su cabeza antes de encontrar el impulso necesario para animarse a seguir.

—Lo conocí hace un par de años, estuvimos saliendo…, pasándolo bien bajo el acuerdo tácito de no arruinarlo con compromisos ni restricciones, ¿entiendes? Pero una vez me habló de formalizar lo nuestro, o al menos eso intentó antes de que literalmente huyera de él. —Su expresión daba a entender que lo lamentaba, y Jules miró un instante el extraordinario paisaje de campos extensos, soleados y verdes, que se abría en cada dirección a su alrededor—. Estoy al tanto de que ve a otras mujeres, él mismo me lo ha dicho; aunque asegura que es a mí a quien ama. Dice que le robé la paz de su corazón, que le es imposible querer a cualquier otra.

—¿Dimitrios es capaz de decir todo eso? Según yo su vocabulario era notablemente más limitado. —Soltó un diminuto e involuntario jadeo de diversión, que Florence trató de imitar hasta donde el pesar que no había querido reconocer se lo permitió. Jules comprendió muchas cosas a partir de dicha revelación, entre ellas la razón de por qué el mayor de los Zagorakis nunca devolvió las llamadas a Natalie. Pobre chica—. No quieres que tu futuro sea el de viajar a Grecia cada año para

visitar la tumba del hombre con el que te negaste una vida por miedo, es eso lo que me quieres decir, ¿no? —Los ojos de la hermosa chica le hicieron pensar en ónices bajo el agua—. ¿Qué hay con eso de cazar millonarios?

—Oh, Jules. Estupideces nada más. —Limpió una gruesa lágrima antes de que abandonara sus ojos. Levantó la barbilla siguiendo el camino que a intervalos no dejaba ver otra cosa que árboles exuberantes—. Nos encontramos de forma ocasional, una noche…, dulce y apasionada. Sé que es verdad cada palabra porque jamás se niega a nuestros encuentros, tampoco deja de decirme que de haber anticipado que yo saldría corriendo no habría abierto la boca. —Tragó con fuerza—. No tienes idea del susto de muerte que me da sentir esto tan intenso por él. —El asistente estuvo de acuerdo, ya que el sentimiento le era bastante familiar.

—Por lo que dices me parece que ya no. Ahora te angustia que la oportunidad de ser feliz con él se te escurra de los dedos, la buena noticia es que no es tarde para remediarlo —señaló el móvil en uno de los compartimentos del tablero—. Si lo que me estás pidiendo es un consejo…, entonces llámalo. Hoy mismo. Estoy seguro de que vas a darle a ese sujeto la felicidad de su vida.

Por un momento las voces se apagaron, hasta que después de un par de minutos Florence tomó una vigorosa bocanada de aire junto con una decisión.

—¿Sabes? No debería confesarlo, pero no me pesa haber sido indiscreta en lo que respecta a mi madre. Me tranquiliza haber compartido esta conversación contigo, Jules —repuso con un alivio inesperado e instantáneo. Condujo hasta el edificio principal donde la calle terminaba. Una majestuosa casona de estilo Tudor con techos rojo ladrillo, cuyo antiguo esplendor capturó la atención de Jules haciéndole pensar en el viejo mundo, los esperaba. El lugar rebosaba de historia sin duda.

Apagó el motor pero no salieron de inmediato.

—Es bueno ser de ayuda, solo me queda una duda: ¿por qué te ha costado tanto decidirte a dar el paso?

—¿Pánico al compromiso?… No sé. Cuando le entregas el corazón a alguien le estás dando poder sobre él, creo que siempre me he escudado detrás del pensamiento de que si no arriesgas no fracasas; sin embargo, estos pocos días ha prevalecido más la idea de que si no arriesgas no vives, por mucho miedo que tengas. Y yo estoy muerta de miedo, solo necesitaba que alguien me diera una patada. Un fuerte empujón para dar el paso. —Nerviosa, aferraba el volante del coche con tanta fuerza que los nudillos resaltaron blancos debajo de su piel morena—. No puedo imaginar llegar al final sin haberlo tenido en mi vida. —Movió la cabeza en un gesto decisivo, con la expresión de que, aterrorizada o no, estaba dispuesta a no mirar atrás—. Gracias, Jules.

El omega respondió con una sonrisa, sus propias emociones sofocadas, ambivalentes. Adis y Alexander. Alexander y Adis. Cada vez le costaba más separar los pensamientos entre un alfa y el otro. Ojos azules. Mismo deseo. Absoluta intensidad. Ídem.

Estaba en un campo de golf, lo que trajo a su mente una analogía golfista: él la pelota en la trampa de arena y al mismo tiempo quien trataba de sacarla, pero como desconocía todo con respecto a aquel juego no sabía cuál palo tenía que usar, así que se hundía con cada golpe mal ejecutado.

—¿Jules? ¿Vamos? —inquirió Florence justo a tiempo de evitar que se ahogara en la arena.



Hasta ahora todo marchaba como un reloj suizo.

«Gracias, Joan», agradeció en su mente mientras marcaba un *check* al lado de cada aspecto de la lista que formaba parte de aquel colosal engranaje. Florence había tenido razón, se estuvo preocupando más de lo necesario. Cada quien sabía lo que tenía que hacer: que las copas no dejaran de estar llenas y que los canapés y los bocadillos se sirvieran al punto.

A Jules le resultó curioso que tras solo un par de horas ya podía distinguir con facilidad a los verdaderos aficionados al golf de aquellos que no lo eran. Los segundos parecían más atentos a la comida y la conversación, mientras deambulaban por las impresionantes instalaciones. Descubrió que la casa club funcionaba como un museo y que había una tienda de regalos que aún no había tenido la oportunidad de visitar, ya que estaba por completo inmerso en la tarea que su jefa le encomendó con tanta confianza.

Desde su posición, en una de las terrazas que daba a la majestuosa vista del lago, conseguía ver a los jugadores con sus caddies en medio de las afelpadas colinas, verdes y perfectas. El público, compuesto por una entusiasta muchedumbre, estallaba en vítores y aplausos después de cada buen golpe en celebración de un juego al que él, a criterio personal, no terminaba de hallarle el gusto.

—¿Alguna vez lo has practicado? —preguntó a Florence de pie a su lado. El humor de la chica inmejorable después de haber llamado a Dimitrios por teléfono para pedirle que se vieran esa noche.

—He jugado un par de veces. —Frunció la nariz con jovialidad—. No es lo mío, demasiado lento…, demasiado para mi gusto. Pensé que si llegaba a entender las reglas dejaría de parecérmelo, pero me equivoqué. Aunque me entretiene observarlo. ¿Quieres ir a ver un poco más de cerca? De todas maneras no hay mucho que hacer por aquí hasta que sea momento del almuerzo, ¿qué dices?

—Si crees que no hay problema…

Antes de que tuviera oportunidad de arrepentirse Florence lo condujo hacia el exterior, pasando en medio del gentío que no paraba de movilizarse. Casi tropiezan con Jack Nicholson que venía en dirección contraria, demasiado concentrado en su charla al teléfono que en ellos y sus impresionadas exhalaciones de «¡oh, por todos los cielos!». El intenso rumor de las conversaciones pareció más fuerte durante un segundo antes de alcanzar las afueras de la casona, donde los ruidos se dispersaban al aire libre y evocaban una profunda sensación de serenidad.

Quizás, analizó Jules, ese fuera el principal encanto de ese juego: respirar el aire delicioso…, embeberse de la vista mientras se caminaba por las sublimes extensiones de verde lozano.

Había muchas zonas con miradores según le comentó Florence, algunas mejores que otras. Se dejó llevar hasta una de ellas para observar a los competidores; de las fotografías que estuvo viendo en la computadora de Joan la otra vez, reconoció al instante al sujeto cuya presencia atrapaba la atención general por ser quien estaba a punto de golpear, era Leon Bellamy. Gran amigo de la familia Crown. Hombre de semblante severo. No le dejó buena impresión.

Un silencio sepulcral se adueñó del lugar cuando el hombre tomó posición para hacer un par de movimientos de práctica antes del verdadero. El silencio alcanzó otro nivel esa vez. Absoluto. Bellamy se posicionó frente a la bola, echó ambos brazos con el palo de golf aferrado entre las manos por encima del hombro en una estilizada contorsión corporal. Luego, con elegante potencia, golpeó el diminuto objetivo…, el cual salió disparado por el aire a gran velocidad e hizo que todas las cabezas se elevaran tratando de seguir su trayectoria. Jules uno más de ellos.

Pero la bola fue más rápida que sus ojos y nunca logró verla cruzar el cielo.

Con una ligera impresión bajó la vista para ver a Leon entregar el palo de golf a su caddie, aunque dejó de reparar en ellos cuando su mirada tropezó de golpe con la de Alexander, a quien no vio antes y que estaba de pie a escasos metros, contemplándolo con fijeza.

El CEO agitó la cabeza con suavidad, sonriente. Diciéndole sin palabras que se alegraba de verlo,

que lo había sorprendido, y Jules casi sintió una especie de alivio al percibir que su presencia fuera tan bien recibida. De pantalón negro y sudadera azul oscuro, llevaba puesta una gorra con el nuevo logo de Crown Media bordado al frente para protegerse de la claridad. Levantó la visera con la mano izquierda enfundada en un guante de color blanco antes de componer una seña que él comprendió al punto.

El móvil vibró en su mano segundos después.

—Hmmm, así que Crown, ¿eh? —soltó Florence, que lo contempló con una risueña mirada de «¡tenías un secreto emocionante y no me lo habías contado!» a la par de una sonrisa voraz.

—Eso no es… Después te digo, ¿de acuerdo? —dijo antes de tomar la llamada.

—Jules, decidiste venir después de todo. —Lo acarició su voz de entonación profunda en tanto revisaba de forma superficial el saco de golf—. Me has hecho el día, pero me temo que voy a estar demasiado distraído sintiéndote cerca que voy a quedar como un completo imbécil.

—Es una suerte que yo no tenga una mínima idea de qué rayos va esto, de modo que no voy a notarlo. —Vio que él sonreía de nuevo. Escuchó su respiración grave, masculina; en aquel secreto rincón de su corazón dio rienda suelta a sus más oscuros deseos. Sabía que en cuanto se desvistiera para Alexander Crown no habría posibilidad alguna de retorno—. Así que mientras todos se ríen de ti yo voy a estar aplaudiéndote. Es una promesa

—Eso es más que suficiente para mí. No pienses en irte hasta que acabe, necesito verte.

—Tengo trabajo que hacer, de modo que estaré por aquí.

La mirada que Crown le dedicó fue de desconcierto cuando cortó la comunicación. De todas maneras era su turno. Tuvo que tragarse la extrañeza para continuar.

Pidió al caddie uno de los palos. Madera número cinco. Tenía que lanzar un golpe largo, potente.

—No creo que lo logre —susurró Florence al oído de su amigo con malvado humor.

Instrumento en mano, el hombre arqueó el cuello a izquierda y derecha para relajar la tensión de los hombros, e hizo algunos movimientos de prueba. ¿Por qué Jules lo ponía tan nervioso? No lograba acostumbrarse a esa sensación. No debería sentir burbujas flotando donde solía estar su estómago.

La bola ya estaba ante sí.

Un tiro largo. Doscientos metros.

Tal vez un poco más.

Silencio. Casi.

Seguía escuchando su corazón.

Demasiado ruidoso.

Jules, más concentrado en la parte del cuerpo masculino que quedaba expuesta con aquel movimiento (un buen trozo de abdomen esbelto y definido), aguantó la respiración.

Alexander tomó posición, concentrado en el diminuto punto blanco. Llevó el palo hacia atrás, realizando un amplio arco al tiempo que lo elevaba por encima de los hombros con ambos brazos extendidos. Su cuerpo retorcido sobre sí mismo en una grácil postura, listo para devolver el movimiento e impactar con precisión la pelota. Un *swing* perfecto. Rodillas levemente dobladas. Respiración concentrada. Silencio.

Jules.

Oh, Jules…

Con un vigoroso y controlado giro fue con todo y golpeó. Sin deshacer la postura observó el proyectil alzarse por el aire y caer a escasos setenta y cinco metros de distancia.

¡¿Pero qué demonios…?!

¡QUÉ ASCO DE TIRO!

Miradas entre risueñas, incrédulas, y burlonas convergieron sobre él en un sincronizado giro de caras y expresiones. Se quitó la gorra para llevársela al rostro y se ocultó detrás de ella echando la cabeza hacia atrás.

Entonces escuchó un solitario aplauso en la distancia, y al descubrirse el rostro vio que era Jules.., aplaudiéndole como le había prometido.

28: Insensatez

—Qué difícil, Jules. Alexander no es un mal sujeto, y Adis me cae bien también. —Florence dio un diminuto trago a la copa de *champagne*, mirándolo con ojos ensanchados cargados con las mismas preguntas que él no dejaba de formularse—. Me gustaría decirte que encontrarás en mí una sana influencia moderadora, pero lo cierto es que Adis lo estropeó, y Crown parece realmente interesado en ti.

Ambos viraron la cabeza en sentido del pequeño grupo de periodistas que rodeaba al magnate. Nombres como Interviewer, Forbes, GQu, y The Atlanta Journalist-Constitution, con sus respectivos fotógrafos y camarógrafos, saltaron de las identificaciones al entornar Jules la mirada, imaginando por anticipado que Alexander estaría engalanando sus portadas cuando la próxima edición saliera a la venta.

—¿Crees…? ¿Crees que se puede querer a dos personas al mismo tiempo?

—Define «querer».

—Bueno, no puedo decir que odie a Adis…, pese a todo sigo queriéndolo. No consigo sacármelo de la cabeza, o del corazón. Y lo cierto es que Crown va más allá de una simple atracción. Sería estúpido de mi parte negar que despierta algo en mí; el caso es… que detesto sentirme como la peor persona del mundo por siquiera pensarlo. ¿Tiene alguna lógica para ti?

Florence puso cara de estar considerando una respuesta.

—La lógica falla cuando hay sentimientos involucrados, creo que ser demasiado cerebral al respecto no sirve. No somos robots, ¡gracias a Dios! —Su expresión denotaba seriedad. La contestación que deseaba darle a su amigo tal vez no fuera la mejor, aunque quería que fuera la más honesta—. La verdad es que sí creo que se pueda sentir deseo y amor por dos personas distintas. Es enorme el corazón, cabe casi de todo ahí dentro, ¿sabes? Como en el bolso de mamá. —Una diminuta sonrisa comprensiva curvó sus preciosos labios—. Se puede… odiar a dos personas y hasta más a la vez. —De repente pensaba en sus verdaderos padres y la facilidad con que la dejaron abandonada en un hospital horas después de haber nacido. Quizá ya no los detestaba tanto como al principio cuando se enteró de la verdad de su pasado, aunque tampoco estaba dispuesta a perdonarlos—. ¿Por qué no al revés?

En aquel instante, Alexander levantó la vista al mismo tiempo que respondía otra pregunta, como si intuyera que estaba siendo objeto de debate. Pero el súbito resplandor que iluminó aquel par de ojos azules al posarse sobre él volvió a cautivarlo.

Lo atrapaba en un bucle interminable que anulaba todo argumento racional de darle la espalda a lo que lo movía hacia él.

—Amor y deseo no son lo mismo —mencionó solo por clarificar algo que estaba lejos de ser comprensible.

—Cuestión de semántica.

Florence levantó la mano que no sujetaba la copa y saludó con espléndido carisma a las cámaras que de pronto habían girado para filmarlos a ambos.

Jules se quedó de piedra a su lado.



—¿Qué fue lo que les dijiste? —Todavía alcanzaba a sentir que las mejillas le palpitaban al rojo vivo con la sensación de todos aquellos rostros ajenos observándolo. Una crítica exploración que no le gustó ni un poco.

—Absolutamente nada. Te lo juro. Solo me preguntaron qué pudo influir para que fallara un golpe que jamás había errado antes. Y no pude evitar mirarte. —Jules se paró en seco. Crown le sonreía, un gesto suave que hacía que su boca apenas se tambaleara conteniéndose. Ojos azules, azulísimos, clavados en su rostro. Se movió con masculina cautela en su dirección; había levantado una de las manos y a continuación echó hacia atrás un delicado mechón de cabello que caía terso sobre la mitad de su cara. Algo atravesó el semblante del dominante, algo que Jules notó pero que le fue imposible descifrar de tan efímero que fue.

Como si se hubiera distanciado de él…, de ese momento. ¿Cómo saberlo?

Habían paseado por la casa club. El CEO le mostraba el lujoso interior comentándole un poco de la historia del lugar. Se detuvieron frente a una vitrina de madera fina y puertas de cristal grueso con viejos ejemplares de revistas que hablaban de Bobby Jones. Una pequeña estatuilla del sujeto adornaba la repisa principal mientras que variados cuadros de reconocimiento se repartían en las demás. Una leyenda de aquel deporte. Jules respondió con un «humm» para ocultar el hecho de que jamás en la vida había escuchado hablar del señor Jones cada vez que Alexander lo mencionaba.

—¿Por qué no me dijiste que vendrías? —Olía de maravilla luego de haber tomado una ducha. Su cabello marrón oscuro más oscuro aún en las raíces todavía húmedas.

—Joan me pidió que la cubriera por lo de su viaje. De modo que estaría aquí de todas formas así que…

—¿Quisiste sorprenderme? —Esa vez lo cogió de la cintura, encantado de pensar que de alguna manera hubiera sido esa la intención. Lo acercó tanto que sintió la otra respiración entibiarle el pecho—. No soy muy fan de las sorpresas, aunque tengo que ser justo y admitir que tú eres mi excepción a la regla.

—Así que tienes reglas —susurró Jules con el pecho inundado de emociones contenidas.

Se encontraban a solas en esa habitación, sin embargo, el sonido del evento que todavía se celebraba fuera llegaba con una nitidez impresionante. Descartar sus propias inhibiciones se le escapaba de control, porque su cuerpo respondía al calor del otro hombre, aunque estaba al tanto de que era una completa insensatez. Un anhelo insoportable.

—Eso pensaba…, pero ahora creo que no pueden existir reglas cuando se siente algo como lo que yo siento por ti —murmuró sin pensar…, desde el fondo de un corazón que había dejado de obedecerle, con los labios rozando los del omega que destrozaba sus sentidos de la más completa e implacable de las formas.

El mundo dejó de existir cuando se enlazaron en un beso.

Sus precauciones ahora cenizas arrastradas por el viento. A su paso, el fuego y la pasión con que Jules le devolvía el gesto bastaron para que todo dejara de ser importante. Una emoción que ya no se superponía a ninguna otra, pues era la única que realmente existía.

Profundizó el momento. Nada de cautela. Cero autocontrol en sus manos que no cesaban en atraer más hacia sí el esbelto cuerpo del omega. Sumergió la lengua un poco más, devastando a su paso toda noción de espacio, tiempo y cordura cuando Jules gimió dentro de su boca.

—No deberías decir esas cosas. —Palabras sin aliento. Ojos extraordinarios que de repente miraban en cada dirección. Jules parecía casi asustado de ver hasta dónde se habían dejado llevar en un sitio demasiado público. Cualquiera pudo haber entrado, ver su escandaloso comportamiento y pasar desapercibido antes de notarlo—. Podría creérmelo y te meterías en un problema. —«Mucho peor, yo estaría en aprietos si me permito creer una sola de tus palabras».

—No recuerdo haber hablado más en serio antes.

Las intenciones de Crown no podían ser más intensas, debido a lo cual se asustó por las

implicaciones subyacentes. El hijo que tendría con Felicity, ¿cómo se lo diría? No lo pensó hasta ese preciso momento. ¿Lo aceptaría igual de saberlo?

Una fuerte inspiración mental.

—Lo digo de verdad, Alexander. —Un mínimo rastro de resistencia prevaleció por encima de la mezcla de feromonas encendidas que soliviantaba cada centímetro de su ser. Nadie tendría que hacerse cargo de su corazón roto de nuevo más que él. Puso la palma abierta encima de aquel torso con características pétreas para apartarse—. Tengo que irme, no he acabado…

—Jules… —Con una mano alrededor de la cintura subió la otra para atrapar su barbilla entre el índice y el pulgar, instándolo a mirarlo con fijeza a los ojos—… Yo también lo digo de verdad. Entiendo perfectamente que no me creas…, porque fui un cretino cuando nos conocimos.

—Ganaste un sobresaliente en la materia —repuso con seriedad, aunque un humor inesperado burbujeaba en el fondo de su voz. El otro hombre lo percibió con significativo agradecimiento.

El asistente permitió que él lo observara con atención. La calidez que reflejaba el semblante de Crown se transformó en algo más oscuro, ardiente. Sugerente.

—Te llevaré a casa al terminar, ¿de acuerdo? —Se inclinó de nuevo para besarlo, arrastrando después los labios hacia su cuello. La sedosa barba de Alexander cosquilleó en su mejilla mientras Jules se preguntaba a qué casa se refería.



—Vaya, así que aquí estabas. No pensé que fueras a venir. —Jessalyn Crown se llevó una aceituna a la boca. Dejó la copa vacía en una mesa según se acercaba a la rubia de pie frente a una ventana de la casona, una de las tantas que daba al camino principal de entrada al lujosísimo club de golf.

Felicity parecía muy interesada en lo que sucedía del otro lado así que Jessalyn quiso mirar también. Al asomarse, observó que su hermano, como todo un caballero, abría para Jules Wallace la puerta del acompañante de su coche y que subiera en él. Después su mirada se trasladó a la copa de vino, casi vacía, que la chica sujetaba con dedos tan tensos que presagió que el cristal se rompería de un instante a otro.

—Se supone que no deberías estar bebiendo alcohol en tu estado —le dijo—, tienes que cuidar mejor lo único que te queda de mi hermano, porque tal parece que él decidió seguir adelante.

Jessalyn había estado a una distancia conveniente de Alexander durante las entrevistas, lo que le permitió darse cuenta de que su pequeño hermano reservaba para el señor Wallace una mirada que jamás le había visto antes. Ni siquiera las que recordaba haber dispensado a Felicity, de quien estuvo muy enamorado en el pasado. Ese hombre le interesaba. Y mucho.

—Tú deberías hacer lo mismo y dejar de meterte donde no te llaman, perra —espetó la rubia antes de dar un brusco giro, golpear con su hombro el de la otra mujer, y buscar la salida a pasos airados.

Una lenta sonrisa curvó la boca de Jessalyn, que se encogió de hombros mientras volvía su atención al Aston Martin color negro que se alejaba por el camino.

29: Destino interrumpido

—¿Brandy? —le ofreció Crown en cuanto estuvieron en su exclusivo piso en una de las zonas más ricas de la ciudad, donde rara vez las propiedades se vendían por menos de un millón y medio de dólares.

Era enorme, sí. También fastuoso, la clase de lugar que Jules solo había visto en revistas de decoración de interiores. Lujo donde quiera que se mirara. Pero al mismo tiempo le dio la impresión de ser un espacio demasiado… impersonal. Frío. Se preguntó si en ocasiones Alexander se sentiría solo allí arriba.

—Chocolate caliente.

—¿Chocolate caliente? —replicó Crown, que detuvo sus pasos camino del bar al otro lado de la estancia, donde un ventanal gigantesco ofrecía una vista impresionante de luces parpadeantes y rascacielos, punzando la aterciopelada oscuridad de la noche en el horizonte.

—Sí, con nubes de azúcar y canela. —Los ojos del alfa, cada vez más confundidos, recorrieron a Jules de arriba abajo mientras se dejaba caer en el sofá que él le había señalado antes para que se sentara—. Dijiste que querías que estuviera lúcido cuando… —Dejó el resto de la frase suspendida en el momento. Entonces aquellos ojos parecieron cambiar; llamas oscuras lo observaron con ansia hasta que culminó el escrutinio sobre su boca.

Crown sonrió, casi victorioso con la promesa.

—Chocolate caliente será. —Se acercó hasta él para rozar con el pulgar su labio inferior antes de besarlo con contenida sutileza. Y aquel simple contacto fue suficiente para que la expectación afirmada como una roca en su estómago empezara a suavizarse.

Jules lo vio marchar a la cocina, luego el sonido de utensilios que se removían en los cajones y puertas de gabinetes que se abrían y cerraban llegó hasta la elegante estancia haciéndolo sonreír. Después escuchó que hablaba por teléfono, solicitando a alguien que trajera a la mayor brevedad los ingredientes para complacer su insólita petición. Durante los diez minutos que tardó en llegar uno de sus empleados con las cosas se dedicaron a besarse, a toquetearse por encima de la ropa en cruel anticipación de lo que se avecinaba. La conexión era innegable. El asistente apenas podía resistir la exigencia que gritaba su cuerpo, y el millonario, con una erección que a duras penas le permitía pensar, volvió a la cocina para preparar la bebida.

Jamás, nunca…, había hecho nada semejante en su vida. Pero se dio cuenta de que Jules era más. Jules era todo.



Su cuerpo pareció deshacerse bajo la sensación de una mano posándose sobre sus costillas, justo por debajo de su pecho mientras era besado de una forma que le hizo perder la cabeza. La lengua de Alexander arremetía con enloquecedora experiencia al tiempo que lo empotraba contra una de las paredes de la alcoba principal, al menos eso supuso. Apenas vio de reojo una preciosa cama tamaño King antes de entregarse por entero a la necesidad que ponía de rodillas sus más primitivos instintos.

La cuestión de llevar todavía puesta la ropa fue un problema del que Alexander se encargó con especial parsimonia, besando durante el proceso cada porción de piel que iba descubriendo. Con tanta devoción, que Jules tuvo que apretar la mandíbula ante el ardor que endurecía su entrepierna y empapaba su zona más vergonzosa.

Una prenda más y estaría desnudo, aunque Crown lo dejó para después. Entonces volvió a recorrerlo con la boca, con sus manos. Masajeó cada hendidura y cada sombra, enlazando la cadera

del otro hombre para atraerlo un poco más.

Pasó la lengua por el costado de la silueta debajo de él con lamidas exuberantes. Feromonas se desprendían no solo de su piel; la saliva del dominante, también rica en esa sustancia que se derramaba dentro de cada poro e invadía la nariz de Jules, enloqueciéndolo. El *tattoo* de mandala que besaba para entonces parecía haber cobrado vida con las erráticas respiraciones del omega. Bajo su tacto percibió cómo la carne se erizaba con cada pasada, y el pezón que ahora frotaba adquirió nuevas dimensiones entre sus dedos.

—Qué exquisito… qué hermoso —dijo levantándose con lentitud, trazando con los labios más de aquellas húmedas caricias hasta elevarse en toda su estatura. Dio un par de pasos atrás para contemplarlo como lo había deseado desde que lo conoció, y cada parte de aquel cuerpo pareció sensibilizarse aún más bajo el escrutinio del CEO.

Trazó los contornos de Jules con los ojos, apreciando cada línea…, cada músculo, imaginando un millón y más formas distintas de hacerle el amor, de prepararle chocolate caliente, de besarlo hasta que el aire le faltara, y aun así conseguiría la manera de no detenerse. Un instante. Ambos recreándose de la visión del otro. Los dedos de Jules picaban de ganas de desvestirlo; Alexander llevaba la ventaja en ese sentido. Hasta ahora él solo se había hecho una idea de lo bien que debía lucir en traje de piel, y cuando lo vio empezar a quitarse la ropa mordió su labio en un gesto de absoluto descaro.

«¡Dios!».

Un orgasmo visual.

Siempre lo había intuido por esas señales subliminales que trascendían el espejismo de la ropa. Sus sentidos reaccionaron con dolor. Su cuerpo entero sufrió, demasiado excitado como para quedarse ahí sin hacer nada cuando los únicos pensamientos que cruzaban su cabeza eran los de él cabalgando esa erección impresionante. Su propia necesidad, rígida y dolorida bajo su ropa interior.

Rompió la distancia para tocarlo, enrollando los brazos alrededor de su cuello y besándolo con una sed que parecía no hallar consuelo. Un nudo de ardor se concentró en su interior, donde sintió que todo se agolpaba como respuesta al grueso miembro que le rozaba los muslos. Soltó una queja desvalida cuando Alexander suspiró dentro de su boca. Su nombre, roto y suplicante.

—Ohhhh, Ju… les… —Su exigente tacto conectó con el resto del cuerpo del hombre, siendo más específico con esa zona de carne estremecida entre sus piernas… que de pronto fue todo en lo que podía pensar.

La cama apareció de pronto. De alguna forma. En algún momento; ellos encima entregados a la pasión que los poseía. Alexander tomó consciencia de la única prenda que los separaba, alargó los dedos y la rasgó en un par de tirones como si se tratara de cualquier cosa para acceder al tesoro que se encontraba del otro lado.

—Ooops —soltó sin arrepentimiento mientras arrojaba los restos de tela humedecidos en alguna parte por encima del hombro.

Engarzaron las miradas en un instante de entendimiento, cuando Jules se abrió con abandono para que él se hundiera entre sus tiernas profundidades, envuelto en la deliciosa agonía de aquel interior que estrechaba y succionaba con fuerza cada uno de sus envites. Asió la curva de su nuca con un toque de ternura incompatible con el brutal ritmo de sus impulsos, frotándose en un punto tan sensible de su centro que abrir los ojos se volvió una tarea casi imposible; pero verlo vulnerable y frenético, salvaje a un tiempo que dulce mientras lo devoraba lo obligó a esforzarse.

Vainilla y polvo de diamantes se mezclaron bañados por la esencia de rosas y punzantes notas de pieles finas.

—¡Oh, mierda! —masculló Jules.

—¡Jules! —Las enormes proporciones dominantes lo elevaron fuera de este mundo. Obnubilado por su fiereza, lo estrechó con los brazos y se dejó arrastrar a donde él quisiera llevarlo.



Eran pocas las cosas que rompían la calma de Alexander Crown, y Jules se había convertido en una de ellas. Se descubrió atrapado por una novedosa sensación envuelto entre sus brazos, la de estar realmente desnudo por primera vez en su vida, como si jamás hubiera sido tocado antes. Y ahora no podía pensar en que fueran otras manos que lo acariciaran de no ser las del omega que yacía dormido a su lado en la cama.

La habitación se habría hallado en una total penumbra de no ser por la incierta luz del corredor que se esforzaba por encontrar el camino a través de la puerta entornada. Despertó a mitad de la noche, agitado por un sueño que parecía más bien un recuerdo. Movió la cabeza sin despegarla de la almohada, explorando a placer el rostro del otro hombre, mientras absorbía cada sensación que le ofrecía el cabello de Jules deslizándose sobre su hombro; con el recuerdo del peso de su cuerpo ondulándose sobre el suyo. El sedoso calor que lo había acogido al hacerle el amor.

Una sensación de absoluta posesión lo embargó. Había experimentado los efectos de un entusiasmo que lo dejó renovado, porque haber compartido su mismo aire le hizo desear compartir con él todo lo demás.

Estiró los dedos para acariciar el brazo de Jules que cruzaba su pecho cuando escuchó el distante timbre del teléfono. Tenía que tomar la llamada; le había ordenado de manera expresa a Callard Izumi que se pusiera en contacto con él sin importar la hora. Solo podía ser ella. Con cuidado se arrastró fuera de aquel exquisito nido, extrañándolo de inmediato al notar que Jules murmuraba en sueños. Cosa que le causó una espontánea ternura y deseos de ignorar el insistente sonido.

Tomaría la llamada en su estudio.

Envuelto en una sábana se apresuró por el pasillo hacia la otra habitación, cerró la puerta y se llevó el aparato al oído.

—Crown.

—Señor Crown, lamento haberlo despertado. —La mujer debió escuchar la soñolienta aspereza de su voz al contestar—. Tengo que reunirme con usted lo más pronto de ser posible. Hemos hecho un importante avance, estoy segura de que querrá estar enterado para indicarme cómo proceder a continuación.

No podía cuestionar la relevancia de esa información, puesto que era de una importancia crucial, tal como se lo manifestó a la jefa de su equipo de seguridad al encomendarle la tarea.

Miró el pequeño reloj electrónico al lado del monitor de la computadora. Dos con quince minutos de la madrugada. Recibirla con Jules en casa le pareció una idea terrible, así que concertó reunirse con ella en el garaje de su propiedad en el sótano del edificio, para ser más concreto en la pequeña sala privada donde los miembros de su seguridad personal monitoreaban la vigilancia.

Algo en el tono de Izumi daba a entender que estaban cerca del final de la investigación, y que ese algo bien podría no ser de su agrado.

Desatendió el horrible puño que se formó en su estómago para ir a vestirse.



Paladeó el sabor del *cappuccino* en la boca del omega.

Lo besaba por centésima vez…, sintiendo todavía la novedosa emoción del principio.

Aquellos labios se torcieron en una sonrisa bajo los suyos. Jules había tenido los ojos cerrados, pero los abrió cuando él se apartó un poco para mirarlo.

—Escápate conmigo, Jules. Podemos ir a cualquier parte: Maya Bay en Tailandia, Suiza, Venecia…, España… —Con una posesiva mano lo acercó todavía más, y las tiernas zonas de sus cuerpos sensibilizados volvieron a rozarse debajo del tibio refugio de las sábanas—. Dicen que Sevilla es muy hermosa.

—No lo dudo, aunque la idea de pasear por los canales de Venecia tomando *champagne* y mirando un atardecer en suaves tonalidades pastel se me antoja más. —La mano de Jules se materializó sobre el otro rostro, donde había descubierto cuánto le gustaba pasear los dedos por la barba espesa y suave. Acarició la mejilla cubierta de vello para luego hundir las puntas en la espesura marrón oscuro, deleitándose de la reacción del alfa que parecía desvalido bajo su toque—. Es una pena que estés a mitad de un evento con tu nombre y que yo no pueda dejar tirado mi trabajo así nada más.

—Pero anoche te hice chocolate caliente, y hoy te preparé el desayuno —observó la bandeja de madera cerca del borde de la cama—. Eso debería contar para algo, ¿no?

—Estaba delicioso. De verdad estoy muy impresionado; pensaba que ustedes los millonarios perdían por completo todo contacto con la realidad, ¡y hasta huevos con tocino preparaste! —Una sonrisa bromista. Un deje travieso en sus ojos heterocromáticos.

—Podría preparártelos a bordo de una góndola…, cada mañana si quisieras. ¿Qué dices? —La mirada del asistente se estrechó sobre él, ahora más pensativa que con humor.

—No estás hablando en serio, ¿cierto?

—Claro que sí. —Aquel azul se volvió más profundo, más penetrante mientras lo observaba. Y Jules supo que era verdad—. No tienes que decidirlo en este instante, pero no sabes cuánto me gustaría que aceptaras. Quiero tenerte solo para mí, Jules. —Los brazos lo estrecharon con más fuerza, como cinturones de roca que rodeaban su cuerpo. ¿Qué había notado al fondo de su voz? ¿Vehemencia? ¿Urgencia?

No podía negar que era una oferta tentadora. Otra primera vez. Nunca lo habían invitado a Venecia, ni a España, o a Suiza. A Grecia sí…, en una ocasión. Su corazón sufrió una punzada al recordar el acento helénico con que fue pronunciada esa proposición.

—Prometo que lo pensaré —respondió, porque al calor de aquel otro cuerpo la punzada dolía un poco menos. Al lado de Alexander percibía una extraña comodidad, que le hizo mirar en retrospectiva para encontrar curioso cómo habían cambiado sus emociones con respecto a él.

Una sonrisa imposible llenó los labios de Crown. Jules vio el agradecimiento que los suavizaba, tanto como al resto de sus facciones.

—Creo que hemos pasado demasiado tiempo en la cama —susurró el alfa en un tono bajo y ronco tras darle un beso de pluma en los labios.

—¿Te estás quejando?

—Nunca, pero también quiero hacerlo contigo en la bañera.

Minutos después Jules se sentaba a horcajadas sobre él. Rodeados de una aromática manta de burbujas, elevaba con cuidado la cadera, acoplando su cuerpo a la silueta maciza que se alzaba con

insolencia desde las acuosas profundidades. Un grito tenue escapó de sus labios ante la inesperada molestia de sentir que la potente erección se deslizaba casi demasiado en su recóndito interior. Estaba dolorido, pero poco importó cuando Alexander depositó las manos en su trasero, controlando la postura como si hubiera adivinado lo que sentía para tomar posesión con sosegadas embestidas.

Un gemido de placer del dominante.

Jules abrió los ojos. Crown había echado la cabeza hacia atrás, preso de las sensaciones. Embelesado por la brutal belleza de un cuello tenso y fibroso, apreció cómo se acentuaban los turgentes músculos de los hombros, ondulándose bajo la piel al tiempo que lo sostenían con increíble delicadeza. Le encantó reseguir las líneas de sus venas con la punta de los dedos. Sus antebrazos eran espléndidos… fuertes y varoniles, y él murmuró su nombre cuando se encorvó para aplastar los labios contra su garganta.



Muy poco hubo que hacer esa mañana en la oficina con Joan de regreso revisando algunos *briefings* que no pudo ver antes por estar de viaje, del cual no mencionó nada, aunque Jules no pensaba preguntar.

Tal como Florence anticipó, su jefa se presentó sin previo aviso en el East Lake Golf Club poco después del mediodía. Tras agradecerle por su asistencia, retomó su lugar a su lado como parte del equipo organizador del evento, que culminó de forma espectacular con la ceremonia de entrega de trofeos y reconocimientos, presidida por el propio Samuel Crown, a quien Jules no había tenido el privilegio de ver en persona hasta ese momento.

Un impresionante juego de fuegos artificiales dio la bienvenida a la noche tras la vistosa cena donde Jules alcanzó a ver más luminarias hollywoodenses. Entre estos a un sonriente Matthew McConaughey, posando en numerosas fotografías para la prensa invitada junto a Alexander como de los otros competidores que asistieron a la distinguida actividad.

Quizá el golf no llegara nunca a convertirse en su deporte favorito, pero al menos ya no le sería tan indiferente debido al compromiso con el que Alexander había hecho de algo muy suyo…, algo que le encantaba practicar, una celebración al más puro desinterés. Una finalidad que le parecía de lo más encomiable. Una labor que le merecía todo su respeto e hizo que admirara su altruista forma de marcar una diferencia en el mundo que no creyó posible cuando lo conoció.

Eso hizo que una parte de su ser se deshiciera por él más allá de su masculino encanto, ese lado que no dejaba de considerar pensamientos que deberían parecerle apresurados e irresponsables. Porque eran justo eso.

Jules estaba al tanto de su necesidad de sentirse querido, de su terror al abandono (el abandono de su madre luego de lo de Tessa, luego el de su padre. De Gabriel con quien se casó para no sentirse solo), por lo que no podía evitar verse abrumado con las especiales atenciones del empresario. No ocupaba que ningún psicólogo le dijera lo mal que estaba porque ya lo sabía.

El odioso timbre de un teléfono lo abofeteó de súbito, devolviendo sus introspectivas divagaciones al oscuro rincón de su mente donde apenas lograba contenerlas. Bestias furiosas. Incontrolables. Les cerró la puerta para contestar:

—Oficina de la señora St. James, le habla Jules ¿en qué puedo ayudarle?

—Jules… —Cerró los ojos al reconocer sin esfuerzo lo que aquel acento provocaba en su sistema —… No me cuelgues, por favor —dijo Andros, suplicante. Discutir con el griego era lo último que deseaba, sin embargo, ya había entendido que no iba a pasarse la vida evitándolo.

—¿Qué… qué puedo hacer por ti, Adis? —Se conservó cordial, aunque mantuvo cierta distancia.

—Jules… eh… —Se aclaró la garganta. Advirtió el terrible esfuerzo que representaba para él continuar, e imaginó, igual que si lo viera, cómo se llevaba una mano a la nuca para frotarla en aquel gesto de incomodidad que le había visto hacer incontables veces—. Me preguntaba…, si puedo verte para almorzar. Necesito hablar contigo. Es importante.

Se le encogió el corazón con aquella última palabra, en parte porque tuvo la apagada noción de que en verdad lo era, y otra más apremiante que no sabría explicar. Quizá su subconsciente reconocía algo que él todavía no.

Quince minutos faltaban para el medio día. Suprimió cualquier intento de vacilación por sublevarse y le contestó:

—Hay un sitio aquí cerca. —Le dio la dirección de la pequeña cafetería especializada en emparedados, con la idea de la comida casi repugnante con el vuelco de ansiedad que dio su estómago. Andros contestó que estaría esperándolo allí.

Al ser en punto las doce cogió su maletín y voló hasta el Fiore Cafeteria, a cuadra y media del Edificio Crown. Adis lo esperaba en la mesa de la esquina, justo del otro lado, sospechó que para tener mayor intimidad mientras hablaban.

Verlo aún más guapo que la última vez estuvo a punto de desestabilizarlo. Su semblante ofrecía un aspecto muy distinto; era él, y a un mismo tiempo no. Que mantuviera la distancia de un extraño dolió en partes demasiado íntimas cuando estuvieron frente a frente, partes que trascendían el aspecto físico para comprender lo que era invisible a la vista. Su corazón seguía queriéndolo, y dudaba mucho que eso llegara a cambiar pese a compartir espacio con lo que empezaba a sentir por Alexander.

—Jules, me alegra que aceptaras venir. —Se movió con su distinguido aire felino para correr la silla y que se sentara. Con un jersey azul marino y pantalón de vestir gris claro, dejó tras de sí una deliciosa estela de loción cuando pasó junto a él para volver a su lugar. Notó que colocaba el teléfono sobre la mesa antes de mirarlo—. ¿Quieres beber algo y luego pedimos de comer?

—Oh, sí…, creo que tomaré… —«¿Un *whiskey* doble? ¿Tres litros de vodka? ¿Diez margaritas? No, mejor no. Muy temprano para beber y hacer el ridículo», pensó. Aunque el licor era muy bueno para deshacer todo tipo de nudos nerviosos en el estómago, y él tenía como cien—… Un té frío estará bien. —Lo observó llamar con un gesto a la mesera y pedir un té con limón para él también.

La mirada del alfa flotó de la mujer hacia el omega para contemplarlo, con un asomo de sonrisa que estuvo cerca de hacer que se derritiera sobre la silla al percatarse de aquellos hoyuelos demenciales.

—Te ves muy bien, Jules. —«¿Bien?», se dijo el griego, avergonzado al punto. «Bien» ni siquiera era una palabra digna para lo abrumadora que resultaba la belleza del hombre que tenía al frente.

—Y tú… ¿Cómo has estado? Me preguntaba también por tus padres, he querido ir al Parga's pero no he tenido mucho tiempo.

—Se alegrarían muchísimo con una visita, te guardan un gran cariño. Aunque eso ya lo sabes… —Adis hizo un mohín, al que le faltó la fuerza suficiente para desestimar lo que no pensaba decir en voz alta (que lo amaba, que lo extrañaba terriblemente), pero sí para descartarlo y cambiar de tema— … Jules, yo eh… antes que nada…, quería verte y disculparme contigo. Reaccioné mal, muy mal. —

Detuvo el ademán del asistente por interrumpirlo con un gentil gesto de la mano—. Fui…, un bruto; sentir que te estaba perdiendo… No tenía derecho. —Sacudió la cabeza con un sutil movimiento.

Que el mismo Alexander Crown señalara que lo había reclamado como a un simple objeto resonó en su mente hasta que no pudo escuchar otra cosa durante los meses siguientes.

Supo que era cuestión de tiempo para que el millonario fuera tras sus pasos. Había visto algo en el noticiero, a Crown durante su torneo benéfico respondiendo la pregunta que le hacía uno de los periodistas. Apenas le prestó atención a lo que dijo, pero no podía olvidar la forma en que su mirada se transformó al tiempo que la cámara la seguía para realizar una toma de Jules en una de las terrazas del edificio.

Apagó la tele de una vez, y supo que no sería capaz de soportar verlo en otros brazos que no fueran los suyos.

—El caso es… que voy a viajar a casa. Y no quería irme sin haberme despedido de ti.

De repente Jules no lo escuchaba, porque el ruido de su desbocado corazón hablaba por encima de él.

Se iba. Dos palabras. Un puñal.

Inspiró y espiró.

A casa…

¿Se marchaba por su causa o era la famosa prueba del exnovio, que dice que regresará a su paradisiaco pueblo en algún lugar de Grecia para que él se lo impidiera volviendo a su lado? La mesera trajo las bebidas, gracias a Dios. En un reflejo automático dio un desesperado sorbo a través de la pajilla. No sabía a té con limón, tenía un gusto distinto… Horrible. Así debía saber el veneno.

Notó aquel amargo sabor bajar con lentitud por su garganta anudada. Sintió los dedos de Andros que se deslizaban sobre su mano y alzó la mirada de pronto.

Sus sentidos hipersensibilizados por las emociones. Sentía más su toque, miró mejor sus rasgos; sin estar consciente los memorizaba…, porque en el fondo sabía que no volvería a verlos nunca más.

—¿Es lo que quieres hacer? Es decir, sé que extrañas tu hogar… —dijo enseguida recuperó la voz. «No te vayas, no me dejes». Sus labios no se movieron.

—Mi hermana, Ekaterini, dará a luz muy pronto.

—Tu hermana melliza, es verdad. —Contempló el agarre de sus manos tratando de mantener la voz firme—. Quieres acompañarla… tu primer sobrino. ¡Vaya! —Quería sentirse feliz por él, no obstante… lo único que alcanzaba a percibir era que se le hacía cada vez más difícil mantenerse a flote. Demasiado delgadas las cuerdas que lo sostenían.

—Sobrina; lo supieron por accidente hace unos cuantos días. Querían que fuera una sorpresa pero la asistente del médico la echó a perder. —Sonrió. Un gesto que le pareció un tanto decaído.

El teléfono del griego vibró sobre la mesa, y antes de que lo cogiera para revisarlo Jules consiguió ver el nombre que saltó en la pantalla: Takis.

Volvió a sentirse torpe, volvió a sentirse herido. Todo lo que estuvo sosteniendo dentro de sí se desplomó de golpe, dejándolo expuesto a su propio caos. Con un deliberado movimiento deslizó su mano de regreso, diciéndole adiós al calor del contacto del hombre que se convirtió en una severa adicción para él, al tanto de que ninguna adicción era buena por más deslumbrantes que fueran sus efectos.

—Entonces… ¿Ya sabes cuándo te vas? —Ecuánime su voz. Eligió ignorar lo que pasaba dentro de su pecho, recuperando el aplomo.

Una sensación falsa.

Adis sintió el cambio y se maldijo por bajar la guardia. Después de semanas de silencio tras

haberle destrozado la vida, Takis elegía ese preciso momento para reaparecer. Jules no tardó en notarlo; estaba seguro. Intentó buscar las palabras para explicarse, pero sabía que era en vano. Ambos habían tomado una decisión. La voz de Nikos resonó en su mente, exigiéndole que no se rindiera, como si esa petición fuera algo sencillo de cumplir.

—Pronto. Debo arreglar algunos asuntos primero. —Como la cuestión del contrato de su apartamento que tenía que rescindir por razones obvias. Los muebles se los daría a su hermano pequeño, el lugar donde vivía apenas parecía estar habitado así que le vendrían bien. La motocicleta se la dejaría a Dimitrios—. Hay algo que espero que aceptes, lo estuve guardando pero…, bueno… —Pareció avergonzado. Del bolsillo del pantalón había sacado una pequeña bolsa de terciopelo negro, de cuyo interior extrajo un anillo: a simple vista no se notaba, pero el fino grabado que se extendía sobre la lustrosa banda de plata creaba el diseño de un mandala.

El asistente lo consideró un detalle muy hermoso, en especial por lo que significaba para él y que Adis parecía no haber olvidado.

Cuando se lo preguntó en su momento, Jules le había dicho que su *tattoo* de mandala representaba la armonía y el equilibrio que ansiaba para su vida, algo que sentía que jamás había tenido y que tras perder a su padre trataría de conquistar. Por ese motivo decidió plasmarlo en su piel poco tiempo después de la tragedia. Sería un nuevo comienzo. Andros había deseado que aquel obsequio, el mandala que sostenía en su mano, fuera el principio de una nueva vida juntos. Pero el destino los enviaba por caminos separados en otra forma de comienzo que lo estaba destrozando por dentro.

—No debiste…

—Por favor, Jules… —El otro hombre lo vio dejar la silla para agacharse a su lado y sujetarle la mano derecha, que envolvió entre las suyas y se la llevó a la frente con los ojos cerrados ante la mirada de fascinado asombro que Jules le dedicaba. Era un gesto muy íntimo que no deberían estar compartiendo a mitad del día en una cafetería, aunque embelesado como se sentía le importaba poco que alguien estuviera mirando. Tras abrir los ojos, Adis colocó el accesorio alrededor de su dedo anular como si de un ritual se tratara, luego se agachó un poco más y dispensó un beso en él—… Para que me recuerdes. Yo…

No dijo una palabra más. No pudo. Depositó con suavidad su mano de nuevo sobre su regazo, se levantó casi en el mismo instante, fue hacia la caja y pagó las bebidas, luego se marchó. El peor sonido del mundo: los de sus pasos que se alejaban. Todo ante la silente mirada de Jules.

En el silencio que dejó su marcha el joven centró los ojos en la pequeña mordida nerviosa que había doblado el borde de la pajilla, después en el rectángulo de luz de la puerta, con los pensamientos tan descarrilados que no se dio cuenta de que se hundía en la silla.



Su móvil volvió a vibrar en el bolsillo del pantalón, esperanzado frotó la humedad que empañaba sus ojos para ver de quien se trataba. Otra vez Takis. Adis le dio cancelar y devolvió el aparato a su bolsillo.

30: De cabeza

Lo embargó una emoción tan gigantesca que bien pudo haber llorado de felicidad. Al menos era una reacción motivada por una impresión distinta a la de días anteriores.

Aplaudió hasta que las manos le dolieron; Nikos, Dimitrios y Florence lo imitaron de pie junto a él, mientras contemplaban cómo Alec se alzaba con la corona del ganador del certamen de belleza. Entretanto, Jules recordaba que su amigo estuvo a punto de dejar pasar la oportunidad; lo había estado sospechando. Después de perder a su madre poco tiempo atrás era lógico que siguiera un tanto desanimado. Por tal razón le insistió en que tenían que consentirse con unas cuantas horas en el *spa* para deshacerse de toda la tensión que venían arrastrando; nada como un delicioso masaje, depilación con cera y luego un baño de leche para dejar salir a su reina interior.

Y resultó ser lo que ambos necesitaban. Alec disipó sus últimas dudas, mientras Jules dejó a un lado sus propios conflictos para estar junto a él, brindándole el apoyo que necesitaba.

—¿A dónde quieres que vayamos a celebrar? —le preguntó emocionado. Ahora Alec podía comprar su parte del negocio con el premio y tendría la autonomía que tanto había soñado.

—¿A dónde más? ¡Al Luxuria! —aulló por encima del bullicio que llenaba la acera frente al edificio Vanger, sitio donde se había celebrado el evento. Los demás compartieron su entusiasmo con un grito. En tono bromista, Alec les dijo que pensaba obsequiarles juguetes sexuales en agradecimiento por haberlo animado durante cada minuto del concurso, lo cual fue recibido con otro rugido frenético.

El Luxuria estaba lleno hasta el tope.

Por suerte, el grandullón de la entrada se veía demasiado enfrascado en una discusión con un sujeto de cabello largo que bien podría haber pasado por Jason Momoa, lo que les permitió sortear el cordón de terciopelo y colarse en el club sin ser vistos.

Vibrantes luces acentuaban el lujo dorado de la tapicería, de las cortinas flotantes. La sensualidad que irradiaba el lugar hablaba de posibilidades infinitas matizadas de pecado.

Música lujuriosa envolvió sus sentidos de camino a la pista de baile, y Jules contempló obnubilado el colosal diamante suspendido sobre sus cabezas a modo de *disco ball*. Entonces los rostros de Alexander y Andros volvieron para conjugarse en su pensamiento, pero antes de perderse en la oscura sensación que lo debilitaba la mano de Florence lo arrastró con ella a la marea de bailarines, donde también se unió a Dimitrios y al menos, por un rato, no pensaría en nada más.



Algo no andaba bien.

Sin necesidad de encender la luz de la estancia lo supo.

Se quedó de piedra en el umbral de la puerta sin poder decidir si era tan solo un mal presentimiento o consecuencia de un nuevo exceso de margaritas, pero dos no eran suficientes para hacerle notar que extraños escalofríos de inquietud recorrían su columna.

—¿Jules? —escuchó a Alec tras de sí en el corredor—. ¿Qué sucede, hermano? —Lo sintió acercarse, también a Nikos.

—No… no lo sé. —Entonces el menor de los Zagorakis entró de golpe como una flecha en medio de la oscuridad, aunque silencioso. Pero el silencio se convirtió a los pocos segundos en un alboroto de golpes y forcejeos—. ¡Maldición! —gritó tratando de distinguir cualquier cosa mientras sus piernas lo impulsaban hacia delante.

El tiempo se volvió confuso, como bombillas de cristal que se rompen en cámara lenta antes de un luminoso estallido final. Las sombras se habían movido en su campo visual previo a verse tirado en el suelo. Una de ellas pasó como una bala a su lado, Nikos la seguía a toda velocidad camino abajo por las escaleras.

Gritos. Insultos. Desorden.

Alec le hablaba. Él no comprendía.

Gruesas gotas de sudor corrían camino abajo por su espalda mientras paladeaba un curioso sabor en la boca: ¿miedo?

Con un aturdidor pitido en los oídos levantó los dedos hasta cierto punto sobre el ojo que le escocía. Cuando los bajó vio sangre tiñéndolos. Después advirtió que un delgado hilo de calor descendía a un costado de su cabeza.



—Ya le dije que no lo sé, estaba muy oscuro. Todo pasó muy deprisa. No pude ver nada —respondió al detective Morell por lo que le parecía una tercera o cuarta vez. Su cabeza no dejaba de dar vueltas, palpitaba mientras hacía presión con una toalla de baño sobre la ceja que el sospechoso le había herido al lanzarlo contra la pared durante la huida. Volvió a mirar sus pertenencias tiradas por todas partes: cajones revueltos con papeles derramados por el piso; cojines fuera de su lugar en los sillones, los gabinetes de la cocina abiertos con el contenido esparcido como si un tornado categoría cinco hubiera pasado por su apartamento.

Y eso que aún no había visto las demás habitaciones.

Acariciaba la cabeza de *Arsen* que yacía sobre su regazo. Había sido sedado con vaya a saber qué y encerrado en el baño por ese sujeto. Aunque parecía estar ileso y comenzaba a parpadear, la idea del miedo que debió experimentar le seguía persiguiendo. Una vez más, sus ojos se humedecieron.

—¡Está lastimado! —estalló Crown en gélida furia, quien lo envolvía con un brazo protector sentado a su lado—. ¿Podría seguir con esto después de que lo atiendan? —subrayó con enérgica impaciencia—. O quizá deberían empezar a buscar al bastardo que le hizo esto en lugar de estar perdiendo el tiempo con las mismas preguntas estúpidas.

—Señor Crown, créame que comprendo su preocupación al respecto. Pero es parte de nuestro trabajo conocer cada detalle de lo que presenció su novio así como la información que nos pueda facilitar quienes le acompañaban. —Toda diplomacia el hombre de cabello entrecano y rasgos agudos e inteligentes, quien no pareció advertir el respingo que escuchar aquella palabra produjo en el único omega en la habitación.

Con una ceja levantada señaló a Nikos y Alec, que estaban sentados en los taburetes junto a la encimera. El otro detective sostenía una pequeña libreta de tapas negras, anotando observaciones al pie del sofá frente a ellos, mientras dos policías uniformados mantenían a los vecinos curiosos alejados de la escena. Otros hombres, sin uniforme, se movían por el lugar, fotografiando los alrededores y murmurando entre ellos.

—En todo caso lo dejaremos hasta aquí por ahora. Señor Wallace, le llamaremos después. Espero que se recupere pronto. —Miró de reojo a los paramédicos que hacían su entrada por la puerta, la cual parecía haberse encogido junto con el resto del apartamento debido a la multitud que lo colmaba.

—Ya era hora de que llegaran —resopló Alexander, cuyo humor iba de peor a terrible con el arduo despliegue de incompetencia que había presenciado hasta ese momento. Decidió que los odiaba a todos—. Le duele mucho la cabeza y sigue mareado. —Se puso de pie. Llamaría a su doctora personal para que lo atendiera, no confiaba en ese montón de ineptos—. Estaré justo aquí, Jules. ¿Necesitas algo, cualquier cosa?

—Está bien…, voy a estar bien. Ya no te preocupes, por favor —dijo, pese a que los nervios no se disipaban del todo. Aturdido, cansado y confundido. Crown no lo dejaría. Nunca. Quería él mismo salir a buscar al hijo de perra que violentó su casa, pero tendría que dejarle la tarea a su gente. No pensaba apartarse un segundo de Jules hasta no estar seguro de que estaba bien.

—Señor Wallace —escuchó decir a la paramédico (pelirroja de gran estatura y rostro aniñado), que le indicó recostarse en el sofá para echar un vistazo a la lesión. Quitó la toalla empapada en sangre dejando al descubierto una herida que seguía la línea de la ceja, justo por encima del vello, tan inflamada que el ojo apenas podía permanecer abierto. El revuelo que generó en Alexander verlo lastimado le hizo apretar la mandíbula hasta un punto doloroso.

Se movió del otro lado del respaldar y le sujetó la mano pero sin entorpecer las atenciones médicas. Con la otra envió un mensaje a Callard para que lo llamara cuanto antes. Tendrían que trasladar a Jules al hospital a fin de tratarle la herida, al parecer no presentaba más que una conmoción leve además de los nervios alterados.

Crown entornó los párpados, mirando con escepticismo a la mujer. En su opinión aquello no tenía nada de leve.

Apretó con suavidad sus dedos en torno a los de ese hombre que hacía que su mundo se tambaleara antes de soltarlos para que lo subieran a la camilla.

—Aquí estoy, mi amor. —Las palabras se deslizaron fuera de su boca con tal facilidad que fue un acto tan natural…, tan puro, que apenas le prestó atención al hecho de que era la primera vez que se lo decía. A través del aturdimiento Jules sí lo hizo; se arropó con esa cálida sensación y evitó cerrar los ojos ante el súbito mareo que le sacudió el piso cuando lo asistieron para ponerse de pie.

Alexander caminó hacia donde se encontraba Alec.

—Señor O´Brien. —Le estrechó la mano. Al detective Jansson pareció no agradarle la interrupción, pero aguardó en silencio—. Lo acompañaré al hospital y me quedaré con él todo el tiempo mientras lo atienden, muchas gracias por haberme llamado. Señor Zagorakis —le dijo ahora a Nikos—, fue muy valiente lo que hizo, es una suerte que ese hombre no sacara un arma. —La persecución de Nikos se extendió por varias cuadras hasta que el tipo subió a un auto que al parecer lo estaba esperando. Había sido muy extraño. Extendió su agradecimiento al griego en un gesto que este no correspondió. Por supuesto, Alexander comprendía su actitud; inclinó la cabeza y se marchó.

—Eso no fue muy amable —lo censuró Alec entre dientes.

—No pienso ser amable con el sujeto que le robó el novio a mi hermano. —Clavó una hostil mirada a la espalda que se alejaba. El detective Jansson seguía anotando en su libreta.

Un áspero carraspeo.

—Señores, ¿podemos continuar?



Tras terminar de hablar con su jefa de seguridad, Alexander contempló a un Jules dormido y vulnerable a través del cristal de la ventana y las persianas a medio cerrar. Alec, sentado junto a la

cama, batallaba para no rendirse al cansancio. El duro gesto a mitad de las cejas del empresario producto de interminables pensamientos. Bajo ningún concepto permitiría que él regresara a su apartamento, al menos no mientras esos tipos siguieran allá fuera.

Su expresión se endureció todavía más al virar la cabeza para ver quien llegaba al puesto de enfermería.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo aquí? —gruñó a Andros Zagorakis con una entonación amenazadora cuando el griego se acercó a la puerta de la habitación del omega.

Nikos, que había estado sentado en una de las sillas en el pasillo se puso de pie, uniéndose a ellos con expresión de pocos amigos.

Alexander no se molestó en mirarlo.

—¿Qué piensa decirme ahora, que también es dueño del hospital? —repuso Adis, imprimiendo absoluto menosprecio al tono de su voz. La brutal rigidez de su mandíbula le confería un aspecto peligroso—. ¿En serio cree que este es buen momento para alterarlo más después de todo lo que ha pasado?

Como atraído por la tensa incomodidad que espesaba el aire haciéndolo irrespirable, Alec salió de la habitación a toda prisa representando su mejor papel de embajador de la paz antes de que el conflicto en el pasillo cobrara formas irreparables.

Casi se fractura la nariz al estamparse de golpe con el varonil muro de feromonas que aquel par de alfas de calendario había erigido alrededor. De reojo observó que la indeseada atención de una de las enfermeras en la estación se contagiaba con rapidez a su vecina sentada a la par.

—Adis, me alegra que vinieras. —Le dio un abrazo con palmadas en la espalda incluidas, exhibiendo la más encantadora de las sonrisas con la intención de dar a entender que todo marchaba sobre ruedas en aquel pequeño universo masculino—. Se pondrá feliz cuando sepa que estuviste aquí. —Pasó un brazo sobre los hombros del otro, acompañándolo hasta la puerta del cuarto donde su amigo se encontraba bajo observación.

Ignoró el disgusto de Crown.

No podía evitar sentir simpatía por ambos aunque presintió que en ese momento no era una de las personas favoritas del millonario por haber llamado también a Andros. La suerte quiso que el teléfono del hombre empezara a sonar de nuevo, así que Alexander se distanció un poco para tomar la llamada. Eso lo mantendría ocupado un rato, pensó Alec, que dejaba que Nikos le cogiera la mano antes de echar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos con un suspiro una vez regresaron al asiento del pasillo.

Adis avanzó con lentitud, su silencio impregnado de intensas emociones. Se detuvo junto a la cama. Su mirada se posó con desdén en la línea de puntadas que arrancaba de un extremo a otro sobre la ceja de Jules. La zona, roja e inflamada, parecía un insulto, pero ni por asomo podía opacar la belleza de un rostro que le robaba el aliento.

Casi por voluntad propia su mano se elevó en el aire, ansioso por acariciar su cabello, pero contuvo el impulso para no despertarlo. Había sido una larga noche. Tenues prolongaciones de amanecer se abrían paso desde cada ventana, y con la llegada de un nuevo día más preguntas se sumaron a la lista del griego. Un amigo, quien le debía un favor y que había estado en la escena como detective del Departamento de Policía de Atlanta, le comunicó que la hipótesis de un robo circulaba de manera extraoficial. No obstante, era demasiado pronto para llegar a una conclusión.

Luego el hombre le dio una opinión muy personal; según su propia experiencia en casos de ese tipo se habían llevado muy pocas cosas para la magnitud de desorden que el sospechoso dejó tras de

sí. Podía tratarse de criminales novatos…, una simple coincidencia, aunque no sonaba del todo convencido.

—Oye. —El débil suspiro lo devolvió al presente. Arrastró la mirada por el rostro del joven en busca de una queja, pero Jules lo recompensó con una sonrisa soñolienta—. ¿Alguna vez te ha atropellado un camión de analgésicos?

Un resoplido risueño.

El griego se inclinó para depositar un beso diminuto en la punta de su nariz.

—No que recuerde. —Intercambiaron una sonrisa—. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien, ni siquiera sé por qué me tienen aquí todavía; no me gusta el olor de los hospitales, ni los hospitales, o las personas que trabajan en los hospitales. Ya quiero irme a casa. —Alzó la mano para tocar el área del golpe antes de que Adis pudiera detenerlo. Cerró los ojos en un súbito rapto de dolor—. Mierda, debo lucir como si hubiera estado en una pelea.

—Es un tremendo golpe el que te llevaste ahí. —El hombre cogió la mano con delicadeza para apartarla de su rostro. La sostuvo entre las suyas e intentó imaginar cómo iba a ser su nueva vida sin él. La inquietud mordió su corazón; no volver a verlo, no poder tocarlo. Quiso bloquear la oleada de ardor que nació en su pecho para extenderse sobre todo lo demás. Horroroso. Imposible—. Estoy seguro de que saldrás de aquí muy pronto. Es su responsabilidad dejarte como nuevo, en especial con Crown allá fuera con su cara de «pienso demandarlos a todos si no hacen bien su trabajo». —No sabía por qué de pronto lo mencionaba, o quizá sí, aunque detestaba tener que reconocerlo. Crown también lo quería de verdad. Podía apostar cada una de sus posesiones a que se hallaba del otro lado de la pared moviendo todas sus influencias para encontrar al culpable en aras de hacérselo pasar muy mal.

—¿Adis?... Cómo lo siento. —Los distintos colores de aquellos ojos se deshicieron en voluptuosos charcos, que tras un tembloroso parpadeo rompieron en sendos riachuelos que mojaron su cabello a cada lado.

—Αγάπη μου… shhhh. —Lo abrazó del modo que podía en vista de la incómoda posición y con el cuidado de no lastimarlo.

Permaneció en silencio, porque seguía siendo un hombre de pocas palabras, y porque simplemente se le hizo imposible decir algo más, pues se le atascaron a mitad de la garganta. Jules era un intenso latido bajo la piel. Batallaba con la indecisión de no saber qué pudo ser peor, si la sensación de haberlo tenido…, de haberlo perdido, o si era preferible que el omega jamás hubiera ocurrido en su vida.

Pero luego pensó que no podía permitir que aquel hombre, lo hermoso que representaba en su mundo, se convirtiera en un arrepentimiento.

Alargó el abrazo, y solo se dedicó a sentirlo en ese momento.

31: Alfa sobreprotector

—¡Estás loco, señor Crown! ¿Te das cuenta de cómo se escucha eso? —Se encontraba de un humor muy especial ya que estaba a pocos minutos de abandonar el hospital.

Su hermana no había fallecido de inmediato en aquella piscina. No. Lo hizo más tarde en un hospital después de horas interminables en que los médicos hicieron hasta lo imposible por traerla de vuelta, horas durante las cuales la destrozada familia tuvo que permanecer en una fría sala de espera. Era una memoria tan desoladora que la sola idea de quedarse allí un minuto más le provocaba algo muy parecido a la asfixia.

—Es solo por un tiempo, Jules. Ya comprobaste en carne propia que tu apartamento no es seguro. —¡Que el edificio entero no era seguro, maldita sea! Como dueño de la propiedad lo consideraba el peor de los insultos, un ataque directo a la cara—. No me voy a sentir tranquilo si te vas a quedar allí solo.

—Alec vive del otro lado del corredor y…

—Sabes que no es lo mismo. —Extendió la camisa tras él para ayudarle a ponérsela. En cuanto estuvo en su lugar lo abrazó desde la espalda con fuerza y delicadeza, con placidez teñida de angustia. Todo a la vez al tiempo que hundía el rostro en su fragante cabello—. ¿Tan terrible es para ti la idea de vivir conmigo? —Lo sintió suspirar, apoyando su peso en él mientras sus cuerpos iban de un lado a otro en suave balanceo.

—Solo es… Han pasado tantas cosas en tan poco tiempo. —Crown estiró el brazo hacia delante, sus dedos unidos con los del omega. Quería que viera lo mismo que él, que su mano cabía perfecta entre la suya, que su piel también respondía al más diminuto de los contactos. Lo besó tras la oreja. Cálido, pausado. El triunfo curvó sus labios al ver cómo a Jules se le erizaba el vello del brazo—. ¿Qué te hace pensar que es una buena idea?

—Que me sientes tanto como yo te siento a ti. —Su otra mano sobre el vientre masculino. Lo apremió contra sí en un gesto que fue más una marca de posesión—. Te amo, Jules… Lo siento, sé que quizá es lo último que quieres escuchar, pero… no lo planeé, solo sucedió. —Se percató de la rigidez que se apropiaba de la postura del joven, que notó alejarse aun cuando seguía adherido al contorno de su cuerpo, y entonces, sin más, pareció deshacerse de nuevo sobre él.

—¿Cómo puedes saber que es amor? —le preguntó. Deseaba verle el rostro, aunque tal vez para él mismo fuera más sencillo manejarlo de esa manera.

—Vives en cada uno de mis pensamientos desde que te conocí, yo… —Inspiró con firmeza, no en busca de valor, o confianza…, sino para tratar de transmitir de manera adecuada lo que dictaba su corazón—… Creo…, creo que siempre escuché ridículo lo del amor a primera vista, aunque debo decir que en mi caso fue amor al primer rubor. Cuando nos miramos a través del espejo del elevador tú… lucías muy atractivo y profesional con tu chaqueta color gris, pero tus hermosas mejillas se encendieron un poco antes de evadirme. Recuerdo la forma en que llevabas tu cabello. ¡Dios! Recuerdo hasta el estilo de tus zapatos, como de los nervios te sujetabas al maletín y no al revés. Entonces supe que no me detendría hasta tenerte.

—Parece que sucedió hace una eternidad —repuso Jules con voz diminuta.

—Y quiero pasar una eternidad amándote.

El omega cerró los ojos, apabullado…, pensando en que la eternidad era un término muy relativo, después ese pensamiento tropezó con la culpa de que no fuera exclusivo en su corazón. Querer a alguien más lo complicaba. Lo volvía exhausto.

Los labios del dominante se posaron a un costado de su rostro, trazando lentas pasadas mientras su barba cosquilleaba de un modo muy sensual.

Jules inclinó la cabeza para sentir mejor la caricia.

Un repentino carraspeo.

La burbuja se desvaneció de inmediato.

Los dedos de Jules se apresuraron a abotonar la prenda, mientras Alexander retrocedía, aunque sin alejarse demasiado. En ese momento, la enfermera entraba en la habitación con varios papeles en la mano. Le dio a Jules unas cuantas indicaciones sobre cómo limpiar la herida de manera correcta, cuánto tiempo tardarían en caerse los puntos y qué debía tomar en caso de dolor o malestar.

Minutos después, se subían al coche que los esperaba afuera.

—A casa —ordenó Crown a su chofer. Jules clavó los ojos en él con acusación—. Créeme, no quieres regresar allá. Todo está como lo recuerdas, y lo último que quiero es que te sobre esfuerces intentando poner las cosas en su lugar.

—Me siento perfectamente.

Estaba en extremo consciente de la mitad de su rostro, que palpitaba sin cesar igual que los destellos de dolor que se disparaban desde la ceja.

—Déjame cuidarte…, por favor… —Se detuvo un momento, con la clásica expresión de quien acaba de tener una fantástica idea—… Si no quieres venir conmigo…, supongo que entonces tendré que mudarme contigo.

—¡Estás loco! —Movió la cabeza con risueña incredulidad—. Tu baño es más grande que mi apartamento. Te va a dar claustrofobia un cambio de ambiente tan extremo. Es una locura, una locura. —El CEO respondió con un mohín que le dijo que consideraba aquello de lo más irrelevante.

—No tienes idea de qué tan loco puedo estar cuando de proteger a la persona que más me importa se trata. —Jules se mordió el labio, halagado, sobrepasado. Se dio cuenta de que era una discusión que no iba a ganar, no en ese momento al menos—. ¿Y bien? —añadió, mirándolo con deliberada atención.

—De acuerdo, señor Crown. Porque tú lo pediste… Vamos a casa. A *mi* casa.

—Ya lo escuchaste, Desmond —indicó a su chofer. Sonreía como quien hubiera logrado la mayor de las conquistas. Cogió su mano, sobre la cual plantó un sonoro beso antes de entrelazar los dedos con la intención de no soltarlo el resto del camino.

Alexander no exageró. El sitio aún mostraba los estragos, como de haber sido epicentro de una catástrofe natural.

Alec se percató de que había regresado.

Tras saludar a Crown con un enérgico apretón de manos, y después de abrazar a su amigo como si llevara siglos sin verlo, le explicó que había querido empezar a acomodar sus cosas. Pero hasta hacía poco el detective Morell y compañía estuvieron en el lugar realizando una nueva inspección y haciendo más preguntas, tanto a él como al resto de vecinos del edificio.

—Sigo pensando que fue un robo fallido, quizá el sujeto creyó que encontraría más objetos valiosos. —Entre lo sustraído contaba algo de dinero y unas pocas alhajas que conservaba de su madre. Pensó con tristeza que ahora se hallaban en poder de alguien que las cambiaría por cualquier miseria en una casa de empeños—. Creo… creo que iré a… —La cabeza le iba a estallar.

Una vez más Alec le leyó el pensamiento.

—Será mejor que tomes una siesta, primor, luces agotado. Te quedarás en mi habitación. Te prometo que esto se verá como nuevo cuando despiertes; Crown y yo nos encargaremos de todo, ¿no es así?

—Por supuesto. Te llevaré los analgésicos cuando sea la hora.

Se acercó más para abrazarlo. Un beso tierno tocó su frente. Cerró los ojos ante el cálido toque,

hundiendo los dedos en la barba masculina con plácido regocijo. Agradecido porque no estaba solo.

—Es un sujeto especial —repuso Alec una vez estuvieron a solas en su alcoba, lo que facilitaba más que su amigo sucumbiera a un exceso de pensamientos y emociones encontradas—. Trata de descansar.

—¿Sabes que quiere quedarse conmigo unos días? —mencionó mientras se hacía un ovillo sobre la cama.

—¿En serio? ¿Aquí? —Una pausa impresionada—. ¡Wow! —Se recostó de medio lado. La cabeza apoyada en una mano, la otra alisaba las arrugas sobre la colcha en actitud meditativa.

—¿Tú qué opinas? —En su voz se alzó una nota de indecisión.

—Que está loco por ti, y que estás en un serio aprieto al haber conocido a los hombres de tu vida al mismo tiempo. Pero Adis ya tomó su decisión, eso debería hacerlo más simple, ¿no? —Se lanzó de la cama, anunciando que la charla llegaba a su fin—. Creo que de no haberse acostado a propósito con ese chico no estaría dejándote el camino libre para amar a alguien más.

—Es… una posibilidad. —Pero incluso así dolía.

—Me voy a ayudarle a Crown. Solo deja que las cosas se asienten un poco e intenta relajarte, o esos puntos van a salir disparados de tu cara como proyectiles. —Le lanzó un beso al aire, que él fingió espantar con la mano antes de acomodarse mejor para cerrar los ojos.

El agotamiento hizo que se hundiera en el sueño de forma casi instantánea.



—¿Qué es todo esto? —Contó tres enormes bandejas con tapa de domo en reluciente metal sobre la encimera de su cocina, que por cierto había vuelto a la normalidad como el resto del lugar, e incluso se veía más limpia.

—En un principio tuve la intención de reservar en tres restaurantes distintos para que escogieras a cuál querías ir a cenar. —Alexander echó sobre su hombro el paño de cocina que había estado usando en tanto se acercaba a él para atraerlo a uno de los taburetes, donde lo hizo tomar asiento. Vestía pantalones de chándal y una sencilla camiseta negra a juego. Jules ya había visto un par de maletas junto a la puerta. Así que lo de quedarse iba en serio—. Después lo analicé mejor…, y pensé que salir esta noche no iba a hacerte mucha gracia.

—De modo que… —Gozó de su encantadora gracia al resplandor de unas estratégicas velas que Crown dispuso en la mesita al pie de la ventana, cuyo brillo se repetía en el oscurecido cristal.

Había dormido por horas, quizá porque su necesidad de seguridad se veía resuelta de alguna manera a sabiendas de que él estaría acompañándolo.

—De modo que hice que nos trajeran la comida de esos tres restaurantes para que pudieras elegir sin tener que poner un pie afuera —pronunció de modo casual, como cuando él ordenaba a domicilio comida tailandesa.

—Bien pensado, y con lo que sobre vamos a tener suficiente para alimentarnos el resto de la semana. —Esbozó un mohín simpático.

Hambriento, se frotó las manos y empinó la nariz hacia aquellos olores prometedores al tiempo que el otro hombre retiraba una a una las tapas como si estuviera en un programa de concursos. Italiana. Marroquí. Japonesa.

¡Vaya!

¡Qué internacional!

Decidieron tener un poco de cada una. En determinado momento Jules tomó conciencia de qué tan a gusto se hallaba en su compañía…, con la conversación, e hizo un recuento mental de la evolución de Alexander en el tiempo que llevaban de conocerse para descubrir ante sí a una persona que resultó tener más facetas de las que saltaban a la vista.

—Jules, quería pedirte algo. —El joven alzó la mirada para sumergirse en el ambarino resplandor que parecía abrazarse a las varoniles facciones que tenía delante—. Me encantaría que fueras mi acompañante en el baile de aniversario.

¡Qué inesperado!

Casi lo había olvidado.

En realidad, ni siquiera había hecho un alto en el camino para pensar en un traje porque no terminaba de decidir si asistiría o no. En un extraordinario despliegue de lectura telepática, Crown añadió:

—Conozco a una estilista de modas muy buena que se encargará de cada detalle, solo tienes que decirme que sí. Me sentiría muy honrado de llevar tu brazo colgando del mío.

—¿Y qué hay de la prensa? ¿Qué van a pensar tus padres? —Su interior se encogió antes de dar un salto mortal—. Hasta hace muy poco Felicity es quien colgaba de tu brazo.

—Tú mejor que nadie deberías saber que ella no significa nada para mí. —«Solo es la madre de tu hijo», le recordó una voz mental. La misma que le susurraba, «deberías de decírselo antes de que sea demasiado tarde». ¿Cómo tomaría Jules esa información?— Puedo manejar a la prensa, y mis padres… Bien, mi padre es tan bueno para hacer dinero como mi madre para gastarlo. Lo que yo haga con mi vida personal es algo que les tiene sin cuidado. —Un acuerdo que beneficiaba a la familia puesto que no interfería con los negocios.

Frío quizá, pero funcionaba.

—¿Seguro que quieres que mi ceja de Frankestein y yo te acompañemos? —repuso después de un par de minutos en los que no encontró otra excusa para lanzar a la mesa.

Alexander respondió con una sonora carcajada, arrastrándolo con todo y taburete hasta el espacio entre sus piernas abiertas. Nítido e inmediato el toque de sus palmas enmarcando su rostro antes de que sus labios le robaran el aliento. La boca del alfa recorrió después su mandíbula con lametazos pequeños y diminutas succiones para luego volver al punto de partida, donde arremetió con la lengua, consiguiendo añadir una tortuosa promesa de placer sin precedentes a su ausencia de palabras.

Lo siguiente que Jules supo es que estaba de espaldas en la cama, con sus sentidos empañados por las feromonas y retorciéndose debajo de toda clase de atenciones por parte de aquellas diligentes manos.

—Eres tú, Jules… solo tú quien me importa. —El rostro de Crown era serio, y su voz, un exquisito toque acariciador en medio de la noche.



—Señor Wallace, le habla el detective Morell. Espero que se encuentre usted mejor —saludó el hombre con suma gentileza.

En efecto, lo sucedido hacía unos días no impidió que Jules fuera a trabajar como de costumbre. Al día siguiente de que un extraño entrara en su casa y lo golpeara en su escape se había tomado la molestia de hacer algo por ocultar la lesión en su rostro con el cabello, un insuficiente intento de

arrojarlo al frente como una cortina. Aunque claro, no funcionó para evitar que sus compañeros lo observaran con una expresión que se dividía entre la curiosidad y la compasión.

El día siguiente fue mejor; había tanto que hacer que nadie se entretuvo con la insignificancia de que él no vio un pequeño desnivel en la acera para caer de frente haciéndose daño. Historia inventada a fin de explicar lo sucedido a los curiosos más atrevidos.

—Necesito que responda unas cuantas preguntas, y estaba pensando en una posible reunión aquí mismo en la estación. En caso contrario yo puedo ir hasta su casa o donde mejor le parezca para no incomodarlo.

Más preguntas.

¿De qué clase tendría que enfrentar ahora?

—Estoy en el trabajo en este momento, detective, y para ser honesto no me gustaría que su presencia llamara la atención aquí. Se volvería un poco fastidioso. Espero que comprenda.

—Por supuesto; esto no tomará mucho tiempo. Es importante —señaló con énfasis.

—De acuerdo. —Un suspiro mental—. Quizá podríamos vernos por aquí cerca. ¿Le parece bien? —Pensó en la cafetería Fiore. El detective Morell no le vio inconveniente, así que después de darle la dirección Jules fue con su jefa—. ¿Joan? —La señora St. James era la única en quien había confiado de la oficina para contarle lo sucedido. Florence también se enteró por medio de Dimitrios, pero sabía que ninguna de ellas abriría la boca, sobre todo porque Alexander estaba involucrado y no quería que se empezara a distorsionar la historia al rodar por ahí como solía pasar.

Le explicó lo de la llamada. Joan comprendía por completo cómo era el proceso de investigación en esos casos así que pudo marchar tranquilo a su encuentro con el señor Morell.

El hombre no llegó solo por supuesto. El otro detective, Jansson, le acompañaba cuando él arribó a la cafetería. Una humeante taza de café les fue servida minutos después por la simpática mesera; Jules no quiso tomar nada. Estaba un tanto inquieto.

—¿Y bien, ya saben algo? —preguntó a pesar de saber que era demasiado pronto.

—Estamos trabajando en ello, señor Wallace —respondió Jansson, mientras sus ojos oscuros lo escrutaban de una manera que le resultó incómoda. Intentó convencerse de que era propio de alguien en su línea de trabajo—. Ya tenemos acceso a las cintas de seguridad del edificio en el que vive como del lugar donde el sospechoso fue visto por última vez, pero no es por eso que le pedimos reunirnos. —Su inquietud aumentó en varios grados—. Señor Wallace… —Abrió la pequeña libreta negra—… Sigue utilizando el apellido de casado aun cuando se divorció del señor Gabriel Wallace hace poco más de un año, ¿por qué?

Aquella línea de cuestionamiento lo tomó por sorpresa.

—¿Qué tiene que ver esto con el robo en mi apartamento?

—Necesitamos corroborar la información solamente. Es importante que cada dato que usted nos brinde sea correcto —intervino Morell con incisiva calma—. ¿Hay algún motivo en especial para evitar utilizar el apellido Palmer? —No le agradó advertir que de repente él se convertía en el sospechoso. Por otra parte, ellos averiguarían hasta qué había desayunado tres días atrás de proponérselo, así que no le quedó otra opción más que contestar.

—Mi padre trabajó para Crown Media por muchos años, él…, bueno, no salió de allí en muy buenos términos. Cuando apliqué por una plaza en la compañía deduje que tendría problemas para conseguir el empleo si me relacionaban con él así que…

—Entiendo. —Jansson volvió a consultar la libreta—. Su madre es Raquel Palmer. —Leyó el nombre de la residencia donde se hallaba internada—. Señor Palmer… —Nadie lo había llamado así en muchísimo tiempo—… ¿Cuándo vio a su tía Abigail por última vez?

—Oiga…, sé que ustedes solo están haciendo su trabajo… —Demoró la mirada sobre ellos, perplejo, pero comenzaba a sentirse más curioso al respecto así que contestó—… Cuando cumplí trece años, no volvimos a saber de ella después de eso... —Entonces un repentino recuerdo se activó —… Aunque visitó a mi madre en la residencia hace unos meses. Lo supe por casualidad.

—¿Usted intentó contactarla después de eso? —cuestionó Morell, estrechando los ojos con interés.

—No tengo su número, hasta donde sé ni siquiera vive en el país. —Agradeció no tener nada en el estómago, porque lo que sentía removerse en él amenazaba con cobrar forma de un momento a otro.

—Voy a mostrarle unas fotografías —siguió el detective de cabello entrecano. Su compañero pareció no estar de acuerdo por el gesto que Jules vio destellar unos segundos antes de soltar un sonido de inconformidad.

Las gruesas cejas del primer hombre se curvaron según sacaba un sobre grande desde alguna parte, desplegó ante él las imágenes un tanto borrosas. Reconoció el lugar al instante, era frente a su edificio. Luego una secuencia en que el protagonista, el hombre cuyo rostro habría sido imposible identificar gracias a que las sombras se confabularon con el gorro de su sudadera oscura para evitarlo, seguía por varias calles para subir al auto que lo esperaba algunas cuadras después.

—Ahora mire con detenimiento estas otras. —Esparció las nuevas fotografías, que a diferencia de las anteriores fueron captadas por alguna cámara de seguridad a la luz del día—. El coche, como puede ver… tiene las mismas características del vehículo en que escapó el sujeto que estuvo en su apartamento. ¿Reconoce el sitio?

—No lo creo.

—Está a una cuadra de distancia de la residencia donde vive su madre, Raquel. —Morell realizó una pausa calculada. La impresión desató en Jules una borrosa multitud de emociones, la que mandaba era la de no entender qué demonios estaba pasando—. Además, me apena decirle que según lo que sabemos hasta ahora, su tía Abigail falleció en la prefectura de Aomori en Japón cerca de tres años atrás. Lo siento mucho.

Apenas lo escuchó.

Su corazón quedó atrapado en un errático y único latido; las manos emprendieron un demente temblor en tanto alargaba los dedos para tomar la fotografía que tenía más cerca. Secó las súbitas gotas de sudor que aparecieron sobre su labio antes de levantar la mirada.

—¿Qué significa…? ¿Qué…? —Expulsó un suspiro casi agónico. Después, un repentino golpe de realidad provocó que abriera mucho los ojos con alarma—. Entonces… ¿quién fue a ver a mi madre?

—Todavía no lo sabemos. —La expresión de Jansson había cambiado, menos adusta… más humana—. Señor Palmer, no tenemos razones para creer que su madre esté en peligro debido a su… condición de discapacidad. No obstante, sería prudente que usted tome precauciones. Evite quedarse solo; creemos que quien entró a su apartamento no contaba con que usted regresara tan rápido mientras lo registraba.

—Sería conveniente que hable con el personal de la residencia y se asegure de ser el único con autorización para permitir las visitas. —Morell comenzó a guardar las fotografías—. Esto es muy poco ortodoxo; le pido disculpas por haberlo incomodado, señor Palmer.

—Supongo que eventualmente tendría que saberlo, ¿no? —Anudó las manos sobre la mesa, esperando que amainara el temblor. Contempló las tazas de café sin tocar frente a cada hombre—.

No es un simple robo, ¿verdad? No es una casualidad que ese sujeto entrara en mi casa. Pero ¿por qué?

Los hombres solo lo miraron en silencio.

32: Con el alma hecha pedazos

—Alexander… —En cuanto escuchó la voz de Felicity supo que algo no andaba bien—… No lo soporto…, creí… yo creí que… ¿Por qué, Alexander? Sabes que te amo… lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué hiciste, Felicity? ¿Dónde estás? —bramó Crown, que dejó su firma a medio hacer en uno de los documentos que tenía delante y se puso de pie de inmediato—. ¿En dónde estás, maldita sea?

—¿Sabes que cuando compré esta casa lo hice pensando en nosotros? Te imaginaba conmigo en el jardín… abrazándome mientras acariciabas a tu hijo… en mi vientre…

Impulsado por el instinto, el hombre emprendió una veloz carrera cuesta abajo desde su oficina.

—No cuelgues, por favor. —Agitada su respiración mientras buscaba el otro teléfono en el bolsillo, uno que casi no utilizaba—. ¿Está alguien ahí contigo? Voy para allá, ¿sí? Hablaremos… solos tú y yo.

—¿Hablar?

—Sí, vamos a hablar…, de lo que tú quieras. —A su alrededor todo se deshizo en un continuado borrón al tiempo que centraba cada molécula de su ser en mantenerla distraída. Con un dedo marcó en la pantalla del otro dispositivo esperando no equivocarse.

—¿Hola? —respondió el hombre al punto.

—Olson, soy Alexander Crown. ¿Estás en casa de Felicity?

—Estoy dejando la propiedad, señor. —Se percató de la extrañeza que cubría la voz del chofer.

—Tienes que dar la vuelta ahora mismo. Busca a Felicity… —Un sonido de entendimiento le fue devuelto.

—¿Alexander? —Cierta cualidad aturdida se desprendía de cada palabra que la chica había pronunciado hasta ahora.

—Sigo aquí, Felicity. ¿Dime algo? Estaba pensando en que podríamos salir a cenar…, esta noche. —Bajó la escalinata frente a su edificio casi corriendo. Desmond abrió la puerta del Audi para él y en segundos se mezclaban con el tráfico de finales de la tarde. Las pulsaciones en su pecho erráticas con el terrible presentimiento de que todas las probabilidades estaban en su contra.

—Eso… eso me gustaría, pero no soy una estúpida…, Alexander. Ese Jules. Ese… maldito. Yo… —Las palabras se arrastraron con disgustada incoherencia. Un sonido húmedo. Desagradable. Respiraciones ahogadas—… ¿Por qué él y no… yo…, Alexander?

—Felicity, olvida a Jules, ¿puedes?... Solo quiero que hablemos de nosotros y de nuestro futuro.

—¿Futuro? —Un momento de confusión. Ruidos diversos. Indescifrables en el fondo.

—Señor, la puerta de la habitación está cerrada desde dentro. Voy a tener que echarla abajo —le informó Olson. Alexander casi lo veía pasar frente a sus ojos; escuchaba con claridad los insistentes golpes del cuerpo contra la madera en la distancia a través de un teléfono, que se tornaban más desesperados con cada segundo. Los balbuceos incomprensibles de la mujer en el otro. Luego… unos breves instantes de silencio.

—¡OLSON! —rugió, detestando no ser él quien estaba allí.

—Señor Crown… hay muchas pastillas tiradas en la cama y una botella de vodka vacía quebrada a un lado, pero ya la tengo —pudo decir el chofer entre jadeos esforzados—. Luce desorientada. La subiré al coche de inmediato.

—Llamaré al servicio de emergencias. Date prisa. —Cortó la comunicación para dar aviso. Con un gesto perentorio indicó a Desmond que no se detuviera sin importar qué.

Colocó un puño apretado contra los labios, rogando por lo más sagrado que tanto ella como su hijo lo lograran. Sus ojos se cerraron en ese anhelante estado en que es la parte más pura del corazón la que sale en busca de una ayuda que solo puede provenir de la fuerza más poderosa que gobierna todas las cosas.

Y suplicó con vehemencia.

Entonces, su móvil vibró de nuevo.

—Señor Crown… señor Crown, algo…, algo pasó…



La nociva mezcla de vodka con somníferos que ingirió Felicity no provocó la pérdida de su bebé; la mayor parte terminó en el charco que vomitó en su alcoba mientras Alexander seguía al teléfono. Fue durante el traslado. Un instante. Se valió del momento en que Olson mantenía la vista fija en la carretera, y a minutos de encontrarse con los paramédicos se desabrochó el cinturón, abrió la puerta del pasajero, y sin más se arrojó de la limusina en plena marcha.

Que estuviera viva era un milagro, uno que estaba intrínsecamente atado a la debilitada silueta de su cuerpo desecho en la sala de cuidados intensivos.

Con el alma hecha pedazos, Alexander prefirió guardar silencio cuando oyó a la madre de Felicity afirmar que aquello sería un escándalo. ¡Un escándalo! Eso era lo único que le preocupaba, no que su hija se debatiera entre la vida y la muerte; no que una criatura que apenas comenzaba a vivir hubiera dejado de existir de la manera más cruel. Seguro tampoco había derramado una sola lágrima para evitar estropear su exquisito maquillaje profesional.

Con el alma hecha pedazos, Alexander Crown miró la noche a través de la ventana de su coche, una noche sin estrellas…, sin brillo pese a que Atlanta seguía tan vibrante como siempre. Una noche en que la culpa era un oscuro susurro junto a su oído.

Con el alma hecha pedazos, Alexander subió al apartamento de Jules, buscó desesperado el refugio que el omega había construido para él entre sus brazos, y se deshizo en un desvalido suspiro cuando lo envolvió su calidez.

33: Esa noche...

—¡Oh, por Dios! —exclamó Alec solo con los labios cuando observó a la estilista entrar al apartamento acompañada de su asistente. Traían consigo un par de enormes maletas con rueditas y al menos seis *suit bags* que él le ayudó a colgar en el perchero móvil que ya habían conseguido para la ocasión.

Resistió el impulso de dar palmaditas en el momento en que Sierra comenzó a sacar estuches de maquillaje, equipo de peluquería, y distintos modelos de zapatos.

—¿Puedo? —repuso en un arrebato contenido, deseoso de ver con sus propios ojos qué sorprendentes tesoros se encontraban dentro de las enormes bolsas de aspecto exorbitante. ¡Serendipia! Thom Ford. Guccii. Cornelianie. Blurberry… ¡Oh!… (suspiró, aquello era como un orgasmo visual de la más alta costura). Un Dolch & Gabbana. Pasó con delicadeza los dedos a través de la exquisita textura, del rico material del esmoquin antes de colocar la unión de sus palmas contra los labios. Nunca había visto tanta belleza en un solo lugar.

Mentalmente convirtió a Jules en una especie de Ceniciento, y Sierra y su ayudante, Dean, serían las hadas madrinas que lo harían lucir sensacional esa noche para la gala de aniversario.

No podía imaginar cuánto estaría desembolsando Crown por todo eso, pero sin duda no era nada cuando de consentir a su amigo se trataba. Jules. Ya debería haber terminado de ducharse. Se excusó con los recién llegados para ir a buscarlo; al entrar en su habitación, lo encontró de pie frente al espejo del baño, con el cabello húmedo pegado a la espalda y entre las manos una gruesa toalla que terminaba de colocar alrededor de su cintura.

—Ya llegaron —le informó. Lo notaba un tanto distraído—. ¿Estás bien? —dijo mientras apoyaba la cadera en el lavabo al tiempo que estiraba la mano para colocar dos dedos bajo su mentón y estudiar su expresión—. Estás preocupado por él, ¿no es verdad?

—Sí —admitió—, hace solo un par de semanas tuvo que enfrentar uno de los golpes más duros que puede recibir una persona, y hoy tiene que fingir que es el sujeto más feliz del planeta. —Una exhalación apesadumbrada. Incluso tenía que dar un discurso. Tan sobrecogedor como devastador fue el instante en que Alexander se estremeció, quebrado por la pena, en medio de su abrazo, consciente de que había perdido para siempre la oportunidad de conocer a su hijo. Convocó todas sus fuerzas a fin de sostenerlo, porque en algún momento llegó a pensar que iba a romperse en mil pedazos si no lo hacía—. Pese a nuestras diferencias no me alegra lo que le pasó a Felicity; espero que pueda recuperarse.

Por supuesto, ningún medio se había enterado de nada. El poder y la influencia en los que se regodeaba aquel círculo de alto perfil les concedería la privacidad necesaria para sanar.

—No quiero ser cruel, pero nadie la obligó a hacerlo. Quiso destruirse. Destruirlo también a él con su egoísmo; y supo dirigir el golpe justo donde sabía que iba a hacer más daño. Por suerte te tiene; podrá recuperarse. —Se adelantó y lo abrazó—. Admiro tu compasión, hermano. —Inspiró —. ¿Y qué hay de ti? ¿Alguna novedad del detective Morell? — Se apartó para mirarlo.

—Nada nuevo que añadir. Creo que de alguna extraña manera eso es mejor, no podría soportar más noticias impactantes. No pude contárselo a Alexander, ¿sabes? —Se volvió hacia el espejo, donde le hizo mejor cara a su ceja. La inflamación había cedido, aunque no se acostumbraba a la incomodidad de la piel tirante. Esperaba que nadie se fijara en él—. Tendría que decirle lo de mamá…, me vería obligado a aclarar muchas cosas incómodas que en realidad no tengo energía para explicar. No sé cómo va a reaccionar…, o qué va a pensar cuando se entere de que soy el hijo del hombre que según él robó mucho dinero de su compañía. —Un incipiente estado de angustia abrió un agujero repentino en su pecho.

—Oye…, oye… —Alec lo tomó por los hombros, sacudiéndolo con un gesto suave aunque

exigente para ayudarlo a centrarse—… No es el momento, amigo. Te estás saboteando sin darte cuenta, ¿no lo ves? —Lo abanicó con las manos, una de esas inútiles medidas de contención a la que solía recurrir más por hacerlo reír que otra cosa.

Alec era su ancla.

La mano que sujetaba su cabello cuando necesitaba vomitar después de pasarse de cocteles. El hombro sobre el cual derrumbarse cada vez que la vida lo sobrepasaba, y, como habían comentado entre bromas otras tantas veces, quien iba a ayudarle a cuidar a sus bebés cuando decidiera que el momento había llegado.

Sabiendo que era justo eso lo que necesitaba volvió a abrazarlo.

—Eso no significa nada, y no vamos a hablarlo más. Cuando el momento sea el oportuno, Jules. Hasta entonces destiérralo de tu mente, expulsa ese pesar de tu metabolismo antes de que te marchite. Hoy es hoy, es otro día…, único e irrepetible. Así que vamos a ir de una maldita vez a que te dejen como un dios. Verás que te va a subir el ánimo. —Enganchó el brazo del omega al suyo antes de agregar—: Por otra parte, muero por ver tu rostro cuando mires lo que hay para ti en la estancia.

Jules pensó que se refería a los ostentosos trajes de diseñador que Sierra mencionó por teléfono la otra noche según recorrían el diminuto pasillo. Hasta que casi tropezó con sus propios pasos al admirar el majestuoso arreglo de rosas sobre la encimera, cuyo idílico perfume le hizo desear al millonario que las había enviado como a nada más en ese instante. Sacó de debajo de la base el sobre plastificado para leer la tarjeta en su interior.

«Apenas puedo esperar para tenerte de nuevo entre mis brazos y que el mundo se dé cuenta de que eres tú el único dueño de mi corazón.

Hasta las siete, Jules.

Alexander».

—Llegó mientras te duchabas. Lo trajo Olivia, la chica de la floristería donde… —Donde Alec solía comprar las flores favoritas de su madre: tulipanes. Tosió un poco para aclararse la voz—… En fin… ¿No es adorable?

—Mucho —respondió con suavidad, repasando con un dedo las letras sobre la tarjeta.

—Señor Wallace —saludó Sierra, que se acercó desde atrás—, todo está preparado. —La profesional voz de la estilista le hizo alzar la mirada—. Prefiero empezar con la elección del traje, a partir del que más le favorezca…, o del que más le guste, será más sencillo para Dean arreglar su cabello; luego yo me encargaré del resto. —Jules asentía, incómodo con ese tipo de atenciones tan innecesariamente lujosas—. Quiero resaltar su estilo particular, lejos de las tendencias de la temporada social, me parece que le gustará la selección de atuendos que he traído para usted. —Extendió un gesto que lo invitaba a dar un paso hacia ese desconcertante mundo de *glamour* excesivo.

Y cuando se puso en manos de aquellos profesionales comenzó a notar que el desasosiego que lo había estado embargando se escurría con la velocidad en que pasaba de una prenda a otra hasta casi no reconocerse. Alec compartió un suspiro con él cuando el costoso material del traje de tres piezas se ajustó a su cuerpo.

—¡Uwahh, Jules! —Su amigo lo contempló con un orgullo casi paternal, pero esa apreciación pronto dio paso a otra expresión—. Creo que ya no estoy tan seguro de que no seas mi tipo.

El pequeño grupo se unió en una risotada, que entre otras emociones guardaba alivio y satisfacción por el trabajo cumplido. Faltaban escasos minutos para las siete.

—Jules —señaló Dean—, los zapatos. —Estaba colocándoselos cuando el asistente le hizo la

inesperada observación—. Tu anillo, creo que es mejor que te lo quites. No va muy bien con el conjunto.

Jules bajó la mirada hacia el delicado accesorio. Irradiaba un esplendor casi hechizante que le hizo verlo con nuevos ojos: la única joya que le quedaba, la única que no le habían arrebatado. Daba gracias por ello, porque en su opinión era invaluable.

«Andros».

No se lo había quitado desde que el griego lo puso en su dedo él mismo. Recordó el momento con ternura, y algo más; le pareció que era hermoso. Y estuviera o no acorde con el resto decidió dejarlo donde estaba. Dean intentó persuadirlo, pero Sierra pareció comprender que su decisión trascendía un mero valor estético, así que con una mirada de entendimiento se lo dijo a su compañero.

Al ser en punto las siete Alexander Crown llegó.

Regio, excepcional en su esmoquin de Brioni. Dorados reflejos saltaron de su barba tanto como del cabello gracias a la iluminación de la bombilla bajo la cual se detuvo para contemplarlo. Diminutos. Chispeantes. Y sus ojos… Mostraban aquel típico resplandor de un hombre que ve con exactitud lo que le gusta.

—Muy bien, chicos, es hora de que nos retiremos —repuso Alec a los otros una vez se dio cuenta de que estaban de más—. Disfruta tu noche, amigo, y baila mucho por mí… ¿quieres? Solo asegúrate de mover bien esta preciosidad —dijo, dándole una palmada en el trasero antes de desaparecer con Sierra y Dean en una de las habitaciones.

—Creo que soy el sujeto más afortunado de la Tierra —pronunció el CEO, acercándose a él con paso elegante, parsimonioso. Admirándolo de arriba abajo mientras se pasaba la lengua por los labios, alternando la mirada entre sus ojos y el resto de su cuerpo con una vehemencia de lo más tórrida e insinuante—. Te ves exquisito. Con gusto te arrancaría la ropa de encima y me dedicaría toda la noche a adorar tu cuerpo.

—Es una pena que seas el hombre de la noche pero en otro lugar. Si te hace sentir mejor estaré arrancándote el esmoquin con el pensamiento mientras das tu discurso. —La sonrisa del omega un gesto de absoluta travesura.

—No es con una erección sobre el estrado como quiero aparecer mañana en la sección de sociedad de los periódicos, aunque gustoso aceptaré que lo hagas de verdad después de que esto termine. —Se mantenían sin tocarse, a tres pasos de distancia, cuando Crown levantó la mano para sacar un objeto del bolsillo interno de su chaqueta: una caja turquesa adornada con un lazo blanco sobre letras en tonalidad plata. Su mirada no se centraba en el regalo, sino que se perdía en la desconcertada expresión del rostro de Jules, quien comenzaba a negar con la cabeza. —Ni siquiera lo pienses. Es tuyo, Jules…, como mi corazón. —Se colocó frente a él y deslizó la delgada cadena de la que pendía un sofisticado anillo de tres bandas en torno al esbelto cuello. Diminutas incrustaciones de diamantes se veían distribuidas a lo largo. —Magnífico —susurró satisfecho en su oído al finalizar, mientras él lucía uno igual en el anular de su mano izquierda.

Jules abrió muchísimo los ojos tras haberlo notado.

—Como dije una vez, señor Crown, estás muy acostumbrado a que te besen el trasero. —El asistente repasó con la punta de los dedos la superficie de aquella joya—. Sin embargo…, no es mi intención lastimar tu corazón. Gracias, es muy hermoso.

—Con qué objeto tener algo tan bello y no apreciarlo, y no me refiero a las posesiones materiales. Eres tú, mi amor. —Seguían frente a frente, cada vez más cerca. Crown lo cubrió con los brazos,

deseando fundirse con él en un abrazo infinito—. Gracias a ti… No sé qué hubiera hecho de no tenerte a mi lado…

—Ni siquiera lo menciones… Yo…, siento mucho que tuvieras que pasar por esto. —Pensaba que un hijo jamás sustituiría a otro, pero a Alexander le quedaban esperanzas.

Por unos instantes se quedaron así, inmóviles, sintiendo el desahogo en su mutua compañía.

Crown soltó un aliento fastidiado.

—Podríamos fugarnos a Venecia ahora mismo, pasaría un tiempo para que dieran con nosotros y…

—Ni lo pienses, Alexander. Hoy culmina el esfuerzo de meses de muchísimo trabajo… Venecia puede esperar por nosotros un poco más. —Crown lo examinó de pronto, y la sonrisa que le ofreció a cambio parecía tener luz propia.

Un gesto que le llegaba al alma.

—Así que…, sí lo consideraste después de todo. —Una afirmación que sonó más a pregunta, como si no pudiera creérselo. Entonces, se alejó un suspiro para sacar algo más de su chaqueta. Una carcajada escapó del otro hombre con la ocurrencia—. Quiere decir que no fue tan mala idea comprar este par de boletos cuando sentí el impulso.

—¡No puede ser! ¡Este tipo está loco! —A Jules le dolieron las mejillas de tanto sonreír. El alfa se los entregó para que los mirara de cerca, una prueba concreta de que jamás había hablado más en serio en toda su vida.

—Nunca me he escapado con nadie, Jules. Nunca he hecho esto, te lo juro por lo más sagrado…, sería una primera vez para mí.

—Venecia…, la ciudad de los sueños —dijo con entonación romántica. Sería una primera vez para él también—. ¿Con huevos y tocino en el desayuno?

—Sobre una góndola, es una promesa. —Besó su frente antes de mirarlo. Un brillo especial bailaba en los preciosos ángulos de su cara—. Ahora, señor Wallace, será mejor que nos marchemos si es que queremos llegar a tiempo. —El alfa sujetó con firmeza su mano, y el omega se dejó conducir por él hacia la resplandeciente limusina que había centralizado todas las atenciones frente al edificio.

—¡Vaya que le gusta alardear, señor Crown! —Ver una de esas cosas en persona resultaba incluso más impresionante de lo que llegó a imaginarse alguna vez.

—Si lo dices porque te llevo de mi brazo entonces sí, Jules. ¿Cómo no habría de hacerlo? —Desmond abrió la puerta para ellos. Jules se deslizó en el lujoso interior luego de que Alexander le tendiera la mano. Y el alfa no pudo evitar pensar que pese a los oscuros momentos que tuvo que enfrentar en los días pasados, su universo se equilibraba de algún modo porque aquel hombre maravilloso estaba a su lado.

Inspiró con regocijo.

Esa noche no podía pedir nada más.



—Las neuronas no se mueren viendo esa película, se suicidan —dijo Nikos con seriedad.

—No has parado de decir comentarios desagradables de cada película que he mencionado —se quejó Alec a su lado en el coche. Cruzó los brazos, resistiendo las ganas de ponerse de mal humor porque no quería ser el responsable de echar a perder la noche.

Saldrían en parejas con Dimitrios y Florence, ya que ella había decidido no asistir al baile de gala de Crown Media.

Su relación con el griego vivía su apogeo tras años de indecisión sobre si estaba preparada para entablar un compromiso más serio con él. Dimitrios parecía haberse transformado desde que se animaron a vivir juntos, como si el tiempo fuera su peor enemigo, siempre insuficiente para amar a la mujer de su vida.

—Es verdad, lo siento. —Entonces, en un violento estallido de movimiento golpeó el volante del coche—. Lo siento. —Expulsó todo el aire que parecía caber en sus pulmones de golpe—. Es Adis, me llamó esta tarde para decirme que quiere que me quede con sus cosas, ¿puedes creerlo?

—Eres su hermano, es lógico que quiera hacerlo. —Alec puso una comprensiva mano en la rodilla de su novio, que este aplastó con fuerza entre la suya antes de levantarla para depositar un beso pensativo en sus nudillos.

—Lo sé, pero no es eso lo que me molesta. Son sus motivos… lo hace para alejarse de Jules. No sé por qué se rindió tan fácil, no suele ser así cuando algo le importa…

—Es porque Jules es un *alguien*, no un *algo*.

—Alguien que lo superó muy pronto…

—No sigas por ahí, mi cielo —le advirtió. Habían acordado sin palabras no meterse en la «no-relación» de su hermano con su mejor amigo, porque sabían que era un terreno fértil para que su propia relación se viniera abajo por defender cada uno el argumento de sus respectivos bandos. No obstante, Alec se sintió tentado a agregar—: ¿Cómo querías que reaccionara después de lo que pasó? Tienes que admitir que es una historia un tanto… —Hizo una mueca de «no estar» del todo convencido.

—Adis nunca le mintió. De ser así me lo habría dicho, o a Dimitrios. Le creo, Alec, por completo.

Varios pensamientos acudieron a él en desorden: en uno de ellos admiraba el profundo cariño que unía a los tres griegos. A Alec le habría encantado tener siquiera una milésima parte de eso con sus hermanos; si bien la relación con su única hermana se había reforzado con el pasar del tiempo luego de que falleció su madre. Algo que apreciaba con cada gota de sangre disponible en su cuerpo. En otro, un genuino respeto por aquel sentimiento de lealtad a prueba de balas.

Experimentó una enorme opresión de sobrecogimiento.

—Entonces, es muy triste que…

El sonido del móvil de Nikos atrapó el instante. Le indicó a Alec que se hiciera cargo de responder la llamada con un mínimo gesto de su rostro, que no apartó de la calle en tanto se dirigían al Parga's para recoger a la otra pareja que los esperaba allá.

—Es Dimitrios —repuso con el aparato aplastado contra la oreja—. Estamos a un par de calles —dijo— nos queda mucho tiempo todavía y… ¿Qué?... Pero… ¿Cómo dices? —Los ojos de Nikos se precipitaron en él con intranquilidad; una respuesta inmediata a la entonación perpleja que provocó escuchar el nombre de Takis y las palabras «aquí» y «dense prisa» todo junto en la misma oración antes de colgar y dejarlos más confundidos aún.

—¡Cómo odio que haga eso! —El griego volvió a desquitarse con el volante, aunque esta vez el impacto tuvo menos fuerza.

—¿Takis?

—Nada bueno debe ser si ese… —Apretó los dientes hasta que la mandíbula le dolió. Luego de lo que le hizo a Andros lo despidieron del restaurante con todos los pagos que exigía la ley y una extendida invitación para no volver a aparecerse por ahí nunca más en la vida.

Los padres de Takis no se enteraron de nada. Tampoco tenían responsabilidad por sus espantosas

acciones. De todas formas, Konstantinos y Theodora resolvieron buscar a otro proveedor a fin de evitar que él tuviera el menor pretexto para aparecerse. Lo habían tratado como si fuera un miembro más de la familia, en cambio, él devolvió aquellas atenciones con una bajeza imperdonable.

Minutos después llegaron al lugar, seguidos de Andros quien bajó de un salto de la motocicleta. Una expresión de idéntica extrañeza contorsionaba sus facciones cuando se quitó el casco. Su mirada era una pregunta al dejarla caer sobre Nikos, quien respondió con los hombros encogidos. Ya dentro se encontraron con Theodora, Dimitrios, Florence, y un Takis con cara de «condenado a muerte» en una de las mesas más cercana a la cocina. Adis apenas soportó mirarlo.

—¿Qué sucede? —preguntó el griego, que supo que no le iba a gustar lo que estaba pasando gracias a lo que se intuía en el lenguaje corporal de quienes le rodeaban.

—Anda, díselo. —Dimitrios, sin mayor ceremonia, le dio un leve empujón en el hombro a Takis, el único que permanecía sentado mientras Florence y Theodora lo apuñalaban con los ojos—. ¿O prefieres que sea yo quien lo haga? —Un puñado de gruesas lágrimas se escurrió por las mejillas del aludido, sin atreverse a levantar el rostro.

Cada músculo en el cuerpo de Andros empezó a vibrar con una cólera que procedía del mismo lugar que la de su familia, pero no podía saberlo con exactitud…, no todavía en tanto intentaba descifrar algo en el silencio del chico.

—Perdóname, Adis. —Expulsó aquel lamento después de unos minutos eternos—. Ella me dijo que debía buscar la manera de darte la bebida, que sería muy seguro. Solo era algo para inducir tu celo… Se suponía que… ¡No quería que las cosas se salieran de control de este modo! ¡No soporto que me odies!

—¿De qué demonios estás hablando? —suspiró él con un hilo de voz.

—Tenía…, tenía que drogarte y asegurarme de que te quedaras en casa toda la noche. Yo… ¡Cómo lo siento! Me ofreció muchísimo dinero y yo lo necesitaba con urgencia. Pero te juro que apenas lo he tocado.

Las manos de Alec volaron hasta su rostro sin poder creer lo que estaba oyendo. Seguro Jules se iría de espaldas si estuviera allí.

—¿Quién?

La entonación del griego no podría ser más dura, más exigente… y su mirada demandaba una explicación. El chico se consumía con cada segundo que aquel azul tormentoso lo abofeteaba.

De pronto, Andros rompió a hablar en su lengua materna. Se abalanzó sobre él, sujetándolo por los hombros y sacudiéndolo sin poder contener más la urgencia, hasta que alguien lo arrastró hacia atrás: su hermano menor.

—¡No me grites! ¿Crees que no estoy arrepentido? —Rescató de su interior la valentía que necesitaba para defenderse, aunque sabía tan bien como los otros que no había nada que defender. Había cometido un error gravísimo—. ¿Por qué crees que te he llamado todo este tiempo? Has ignorado cada llamada que he hecho cuando lo único que quería era decírtelo. —Un sincronizado suspiro cargado de enojo se extendió entre la pequeña audiencia—. Te juro que lo intenté. Lo siento…, lo siento muchísimo.

—No has respondido la pregunta —espetó Nikos con impaciencia—. ¿Quién y por qué?

—¡No lo sé! —El chico ahogó un sollozo.

—¿Cómo es posible que no lo sepas? —En su frialdad, la entonación de Dimitrios fue de lo más amenazadora cuando tomó asiento en la silla próxima a la del joven—. Dijiste ella. ¿Que esta mujer no tiene rostro?

—Se puso en contacto conmigo por teléfono.

—Y te ofreció dinero por drogar a mi hermano. —Una inspiración, tan pesada, tan lenta, que por un breve instante Alec estuvo cerca de sentir compasión por él. Luego recordó cómo había lastimado a Jules, a Adis. Su decisión de pasar por encima de todo sentido común había provocado un daño terrible. Dicha emoción apenas si duró—. ¿Y si lo hubieras lastimado? ¿Si lo hubieras matado porque sencillamente fuiste demasiado confiado? Bien pudiste terminar herido también si sus feromonas se hubieran salido de control, tú… —El mayor de los Zagorakis tuvo que morderse la lengua para no soltar el insulto más ofensivo que destelló en su mente.

Adis aún no lograba olvidar la sensación de ahogo. Tal vez lo que le dieron de beber provocó alguna reacción adversa, porque recordaba estar de rodillas, suplicando por aire. Pensó que lo había imaginado, pero ahora estaba seguro.

Theodora se llevó la mano a la boca. Tan solo pensarlo le provocó un nudo en el estómago. Agradeció en silencio que su esposo estuviera en casa descansando; dudaba que su debilitado corazón pudiera soportar el peso de lo que allí se estaba desvelando. Luego, con la rapidez de un suspiro, el temor se transformó en furia, y como no era nada lenta para insultar le dedicó una buena ristra de maldiciones que Alec apenas logró entender más allá de la intención.

—¡Es suficiente, mamá! Ya habrá tiempo de insultar a este pedazo de idiota como se merece. —Se impuso Nikos—. ¿Y la droga? ¿Cómo llegó hasta ti? ¿Apareció mágicamente en tus manos?

—Por correo. —Hasta ese momento, el joven pareció comprender en realidad el nivel de gravedad de lo que había hecho al escucharlo salir de la boca de otros—. ¡Dios mío! ¡Qué espantoso! —Apoyó la frente en la palma de sus manos, con los dedos hundidos entre el cabello sin dejar de negar con la cabeza—. Todo estaba ahí…, un par de sobres con la medida exacta. Las indicaciones… —Casi se atragantó con un suspiro sollozante—… La otra parte del dinero apareció en mi cuenta al día siguiente.

Adis maldijo por lo bajo.

—Alguien se tomó muchas molestias —intervino Florence por primera vez—. ¿Había pasado antes? —preguntó a Andros—. Quiero decir… por cuestiones de tu trabajo. Supongo que no estabas ajeno a algún tipo de amenaza por proteger a un sujeto como Alexander Crown.

—Las amenazas eran para él; nosotros, en todo caso, solo estábamos en la línea de fuego. —Nada tenía sentido. El griego bajó la mirada hacia el casco que aún sostenía entre las manos y lo dejó sobre otra de las mesas; Florence tenía razón. Demasiadas complicaciones para sacarlo del juego una sola noche, una noche en la que ni siquiera estaba de servicio. Ya tenía sus cosas listas para dirigirse al apartamento de Jules cuando recibió la llamada que lo cambió todo—. Takis, ¿hay algo más que no nos estás contando?

—Es todo, lo juro. —Una pausa para coger aliento—. Ella dijo que si conseguía alejarte esa noche bastaría, y pensé que quizá tú y yo tendríamos otra oportunidad…

—¿Bastaría? ¿Bastaría para qué? —Una pregunta que dejó a Takis sin respuesta—. Imagino que la persona que te llamó no dejó un número en el registro. —Otra negativa.

El hombre que amaba…, el mejor trabajo que había tenido y que tanto le gustaba… Parecía casi ridículo, pero ahora Alexander Crown poseía todo aquello que él tuvo una vez. Sin embargo, no dejaba de ser absurdo. Él mejor que nadie se había dado cuenta de la facilidad con que el empresario podía hacerse de compañía.

Que ideara un plan para quedarse con Jules no se ajustaba de ningún modo a su estilo.

Percibió sobre sí una mirada más intensa que cualquier otra: la de Nikos.

—No me digas que no estás pensándolo. —Su hermano caminó hacia él en dos pasos largos—. Sé que parece una estupidez, pero ¿qué mejor forma de disfrazarlo? La gente adinerada piensa de

otra manera.

—Aguarda un momento… ¿Estás insinuando que el señor Crown tuvo algo que ver? —La chica de Dimitrios lo negó de manera rotunda—. Tienes razón, se escucha como la madre de todas las estupideces.

—Tampoco lo creo. —Con la intromisión, Alec alzó las manos en inmediato gesto de defensa—. Es un tipo agradable, y sé cómo ha sido con Jules desde el principio… No. Lo siento mucho, Adis, pero no puedo creerlo.

—Yo propongo que vayamos a preguntárselo. Si no tiene nada que ocultar entonces podremos asumir que es algún tipo de tentativa fallida en contra de Crown, lo cual no deja de ser algo que a él le importa. En cuyo caso tú serías un daño colateral; descartaríamos motivaciones personales. —Si aquel tipo de perseverancia ganara premios, Nikos tendría una vitrina llena de ellos.

—¿Tan fácil crees que es? Por si ya lo olvidaste está en la gala de aniversario de su empresa, no esperando a que tú llegues a contarle teorías conspiratorias sin ningún sentido de la lógica. —Florence levantó el mentón, como si lo desafiara a contradecirla.

—¿Y tú de qué lado estás? —El menor de los Zagorakis dio un paso al frente con actitud ofendida.

—Del de la sensatez.

—Suficiente. —La rabia de Andros se cocía a fuego lento en su interior. En cualquier caso, muy a su pesar, el aguijonazo de darlo todo por perdido sin hacer un último esfuerzo era más insistente que la duda—. Alec, tú conoces a Jules como nadie. Si me dices, en este preciso instante, que él es completamente feliz con Alexander Crown y que lo mejor será que siga con mis planes de marcharme para no arruinarlo entonces…, entonces, lo haré sin mirar atrás.

Cada par de ojos convergió sobre el aludido al punto.

¡Qué enorme responsabilidad, por Dios!

Y aunque pudo elegir mejor sus palabras escogió que fueran sus sentimientos los que dieran una respuesta.

—Sé que ha comenzado a sentir mucho cariño por él. Ya te dije que Alexander es un gran sujeto y ha hecho hasta lo imposible por hacerlo feliz… —En la intimidad de su ser, el alma del griego continuó con el debilitador proceso de ahogarse en un lamento que nació el día en que Jules dejó de mirarlo como siempre lo había hecho—… Sin embargo, sé que a ti te sigue amando pese a todo. No creo que su felicidad sea perfecta sabiendo que tú no lo eres; no es ese tipo de persona y lo sabes. Así que…

—Así que ya está decidido —cortó Nikos, retirándose un paso para recoger el casco y ofrecérselo a su hermano—. Voy contigo.

Una media sonrisa tiró de los labios de Andros mientras lo tomaba.

—Sí sabes que podríamos terminar esta noche en prisión por colarnos en una fiesta privada, ¿no es verdad?

—De todos modos no estaba de humor para ir al cine.

Chocaron los puños ante la variada exhibición de expresiones en torno a ellos. Que la mayoría fuera de apoyo total los incentivó para no dar marcha atrás.

—Tengo para fianza de ambos. —Con excesiva sencillez y una entonación que recordaba la que usaba al conversar con la clientela del Parga's, Theodora se acercó a abrazar a sus hijos—. Siempre sospeché que conociendo como eres —dijo al menor de ellos—, tendría que estar preparada.

Nikos la recorrió con la mirada en una reacción donde el sobresalto se teñía de indignación. Luego vio a Adis, y a Dimitrios… y a todos los demás que comenzaban a reírse de él.

—Tu fama te precede —añadió Andros.

—Es tu oscuro don. —Dimitrios se puso de pie, dándole la espalda a Takis no sin antes susurrarle una advertencia. Alec y Florence permanecían atentos—. Tú tienes una invitación, podría servirles para entrar. —Miraba a su novia.

—No son boletos para un juego de *basketball*, es una de las fiestas más exclusivas de la temporada social. Si no están en la lista de invitados no podrán pasar de la entrada. —Un resoplido de escepticismo—. Es una locura.

—Encontraremos la forma.

Una extraña sensación de revoloteo se expandió en el pecho de Adis, que hizo una seña a Nikos para ponerse en marcha.

—De acuerdo. —Nikos se acercó a Alec, que lo reprendía en silenciosa calma con una desapasionada expresión en los ojos, e incluso así le estrechó la mano de aquella íntima manera que le dijo que respetaba su decisión de hacer lo que creía correcto por ayudar a su hermano—. Sean buenos con mi chico —susurró sin romper el contacto visual.

—Nos cae mejor que tú. —Dimitrios se adelantó un poco más. En su voz se mezclaba el humor y un rastro de cautela—. Ya lárguense, y tengan mucho cuidado.

Las miradas se encontraron de nuevo. Un instante de cosas no dichas, de emociones bullendo en su estado más puro. Luego, Adis y Nikos se internaron en la noche.

34: Esa noche... II

Desde el entarimado al final del amplio salón, una orquesta se encargaba de amenizar el ambiente, envolviendo el espacio embellecido con absoluta sofisticación.

Con un precioso vestido que evocaba la época dorada de Hollywood, la joven que acompañaba a los instrumentistas parecía acariciar los sentidos con su voz áspera, matizada por un punto sugerente en cada nota.

Hacía un poco más soportable el insistente murmullo de incontables conversaciones dispersas por el lugar. Ese tipo de ostentación seguía incomodando a Jules, quien se limitó a mostrarse amable y sonriente con cada persona que Alexander le presentaba.

Mientras el CEO se dedicaba a socializar, cosa que él había comprendido a la perfección desde que aceptó ir como su acompañante, daba pequeñísimos sorbos a la flauta de *champagne* entre sus dedos. Casi se atragantó al ver en la distancia a Finnegan Dougray, el guapísimo actor escocés. Recordó que había leído en el periódico que el hombre estaría filmando su más reciente película en Atlanta, pero verlo ahí era toda una sorpresa; seguro Florence iba a darse de bruces contra una pared cuando se enterara.

—Ven. —Un repentino susurro en su oído. Era Alexander. La intimidad que despedía su mirada le arrebató el aliento—. Alejémonos un poco, no quiero que mi chico empiece a urdir un plan para escapar de mí por descuidarlo.

—Buena idea, ¿y qué tienes en mente? —Tomó otro sorbo del *glamouroso* licor, curvando la ceja que no había tenido cinco puntadas en ella. Lo cierto es que Sierra había realizado un estupendo trabajo disimulándola.

—Creo que yo… —Giró la cabeza, indicando con un movimiento la orquesta. En ese momento Jules distinguió la suave tonada de la canción, era *I put a spell on you*, sensual y romántica en la voz de la talentosa intérprete—… Te invitaré a bailar, señor Wallace. —Quitó la copa de su mano al tiempo que la ponía sobre una de las mesas según se acercaban a la pista, donde no había nadie más bailando—. Es una pena desaprovechar la música…, y la oportunidad de robarte un beso.

—Se supone que la cena es primero. —Para Jules era difícil no reparar en que cada mirada iba dirigida hacia ellos, que las conversaciones se detenían o que apenas con disimulo era su presencia al lado del millonario la que se convertía en la protagonista de nuevos susurros—. Ya están mirándonos raro.

—Déjalos, deben tener vidas muy aburridas. —Le restó importancia con una sonrisa, muy propio de su personalidad. Extendió el brazo con él sujeto del otro lado en un gesto que reclamaba con total naturalidad ser el dueño del momento—. Vine contigo, lo demás me tiene sin cuidado.

Se dejó llevar por el hombre. Y como en tantas otras cosas, Crown parecía poseer la inherente destreza de moverse con un paso que era a la vez seguro y de una elegante sensualidad. Sin poder hacer nada para evitarlo, provocó que Jules convocara el erótico recuerdo de sus cuerpos acoplados a la perfección en otras actividades donde eran ellos quienes aportaban la melodía: notas lujuriosas, armónicos jadeos entrecortados, cadenciosos gemidos del más absoluto placer.

Crown se hizo uno con él. Lo que les rodeaba se volvía indistinto mientras lo sostenía en sus brazos. Tarareó la letra de la canción junto a su oído, deleitándose con la enorme sonrisa que Jules le obsequiaba a cambio.

—*I´m yours right now* —repitió, con un tono de voz más propio de los susurros que comparten los amantes en la alcoba—. Tú me hechizaste, Jules. Quiero bailar contigo cada día, ¿crees que haya una oportunidad para mí?

¿Cómo decirle que no cuando su corazón gritaba otra cosa?

—Bailas muy bien, señor Crown, creo que me agradará ser tu compañero…, si es que no te

molesta que te pise de vez en cuando. —Rozó su barba, una caricia que descendió hasta el pecho masculino en donde posó su mano antes de recostar la cabeza.

—Esta será nuestra canción —dijo él, que siguió canturreando hasta que terminó.

El anfitrión de la velada invitó a los presentes a dirigirse a las mesas, anunciando que la cena se serviría en breve. Con agradable asombro Jules descubrió que Joan se sentaría a su misma mesa, por lo que elevó un suspiro de agradecimiento por tener con quien hablar mientras Alexander socializaba con el resto de desconocidos.

Un rato más tarde servían el postre; pavlova bañada en crema con una exquisita variedad de frutos de vibrante color rojo, presentada como un encantador obsequio para la vista. El movimiento de Crown de levantar la copa de vino llamó su atención; brindaba con alguien en silencio fuera de la mesa. Al mirar, Jules advirtió que eran sus padres, quienes le sonrieron también al ver que él los había notado. Asimismo, alzó su propia copa e inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Parecen simpáticos. —Acercó el tenedor para el postre.

—Lo son. —Alexander bebió un pequeño trago de vino—. Te los presentaré después de dar mi discurso.

Un agujero de susto empezó a formarse en el estómago del omega, así que decidió llenarlo con la pavlova para disimular cuán nervioso lo ponía la perspectiva de conocer a los Crown al fin.

El discurso en cuestión fue de lo más emotivo. Resultaba admirable contemplar la pasión con que Alexander hablaba del tema del agua potable y cómo a un gran sector de la población en los países de menos recursos se le negaba ese derecho primordial, razón por la cual Crown Media reforzaba su compromiso con dicha causa e invitaba a otros a unirse en su esfuerzo.

Su presencia, la confianza en sí mismo..., su voz profunda... Había embelesado a la audiencia que lo observaba en silencio, reconociendo su innata capacidad para la oratoria. Antes de finalizar llamó a Samuel, su padre, a que lo acompañara en el estrado. La reacción del Crown mayor reveló a Jules que escuchar su nombre fue una sorprendente espontaneidad por parte de Alexander; si el discurso estuvo cargado de intensas emociones, ahora su carga se multiplicaba. Su hijo le entregó un reconocimiento que alababa su dedicación durante los cincuenta años que había liderado la compañía, un tributo a su inquebrantable espíritu de entrega.

Con una ovación de pie en medio de un millar de aplausos fervorosos se rompió con la sobriedad del momento. Jules era uno más entre ellos, y, pese a que se encontraban a cierta distancia, hubo un eterno segundo en el tiempo en que Alexander y él fueron uno solo. Sobrecogido a un nivel de extrema intimidad se lo dijo…, aquellas palabras que hasta entonces no había querido pronunciar tan solo porque sí: «te amo».

Una fuerza conmovedora estremeció el corazón del alfa al apreciar que los labios de Jules, el hombre que llegó para adueñarse de sus pensamientos, pronunciaban al fin lo que más deseaba en el mundo. Que Jules lo amara significaba más de lo que las palabras alcanzaban a expresar, y él solo contaba con palabras. Estrechó los ojos y se llevó el puño a esa zona de su pecho que parecía a punto de estallar de gozo, y durante ese eterno segundo no hubo nadie en la Tierra más agradecido que Alexander Crown.



Adis detuvo su motocicleta a cierta distancia de la zona de descarga. El edificio donde se llevaba a cabo el baile de gala se erguía enorme, cuajado de luces apuntándole al cielo nocturno. Contó cuatro

camiones del servicio de comida con el nombre de un famoso chef; otros tres de alquiler de mobiliario para eventos especiales aparcaban a lo largo de la acera oscura. Seguro habría más adentro. Ajetreadas voces de una multitud hacían eco en la noche mientras su mente iba a toda velocidad, evaluando cada alternativa para infiltrarse sin ser descubierto.

De último momento decidió apresurarse a su apartamento para cambiarse de ropa; ahora llevaba uno de los trajes que solía usar en el tiempo que trabajó para Alexander Crown. Consideró que podría resultarle útil, ya que la seguridad privada del millonario estaría desplegada por el lugar como parte del protocolo en eventos de tal envergadura.

Tras asegurar los cascos, él y Nikos empujaron la Triumph lo más sigiloso posible para ocultarla delante del camión más cercano, pero sin obstaculizar la calle. Necesitaba averiguar antes qué pasaba del otro lado a efectos de armar algo rápido en su cabeza.

—Quédate aquí. —Su hermano asintió, expectante. Andros se mantuvo en guardia mientras avanzaba por el angosto corredor que creaban el camión y la pared a su izquierda, valiéndose de las sombras y su posición para inspeccionar con cautela.

En efecto, un considerable número de hombres y mujeres se movía de un lado a otro por las puertas de servicio. Sabía bien que sus antiguos colegas de seguridad estarían cerca. La zona de carga representaba uno de los puntos más vulnerables, ya que cualquiera podía mezclarse con los empleados del evento e infiltrarse. Él mismo había detenido una vez a una mujer que logró eludir la seguridad de un hotel en Savannah, con la intención de llegar a la habitación de quien una vez fue su jefe. Su equipo, enfocado en asegurar el piso donde Crown se hospedaba, la interceptó en cuanto puso un pie allí.

Al propietario se le notificó de inmediato, y no tardó en ofrecer profusas disculpas por los inconvenientes causados a su distinguido huésped. En todo caso, en la mochila de la intrusa no habían encontrado otra cosa que un revelador *negligee*, y perfume diseñado para estimular las feromonas a la par de otros objetos de carácter sexual. Crown lo tomó con humor, pero nunca más regresó a aquel hotel.

Lo que sucedió en esa ocasión no pasó de ser una estupidez. Sin embargo, los Crown habían recibido amenazas serias de parte de enemigos poderosos, personas que veían su labor humanitaria como un insulto en lugar de lo que era. Por ello, la seguridad siempre se manejaba con la máxima rigurosidad.

Regresó con Nikos después de un par de minutos de observación.

—¿Y bien? ¿Ya se te ocurrió algo? —La verdad es que sí lo había hecho, aunque no estaba muy convencido de que él fuera a estar de acuerdo—. Conozco mejor que nadie tus silencios. —Le dio un manotazo suave en el hombro—. Anda, dime.

Eludió la mirada pese a estar a mitad de un callejón negro y polvoriento, donde apenas si distinguía las ávidas facciones del otro.

—Verás, cuando se identifica una amenaza potencial, el equipo se divide y opera en dos anillos de seguridad. El anillo exterior se enfoca en desplegarse de inmediato para neutralizar la amenaza, mientras que el anillo interno se cierra en torno al objetivo a ser protegido. —Se aclaró la garganta antes de continuar—. Si logramos generar una distracción, el primer grupo debería dejar su posición para encargarse de evaluarla de inmediato. En este caso, no es necesario que sea algo demasiado elaborado; solo necesito que los alejes todo lo que puedas, eso me proporcionaría un margen de un par de minutos para entrar.

—Entiendo —repuso el otro con actitud pensativa—; supongo que entonces no voy a poder estar en primera fila cuando redecores la cara de Crown. —Un sonido de decepción—. Después voy a

querer que me des cada uno de los detalles, ¿entendido?

Su hermano soltó un resoplido de humor, que duró lo que tarda un latido del corazón.

—¿Por qué lo haces?

—¿Uh?

—Esto… —Los señaló a ambos—… ¿Por qué me ayudas a irrumpir en una fiesta repleta de millonarios poderosos para tratar de recuperar a Jules?

—Eres mi hermano, ¿por qué no habría de hacerlo? Además, Jules me agrada; es el chico que te hace feliz. Florence es más como una maldita punzada en el trasero, pero siempre que ponga una sonrisa en el rostro de Dimitrios va a agradarme así que…

Adis tragó el súbito nudo en su garganta antes de seguir:

—Bien, necesito que comiences en la entrada principal. —Inspiró. Su corazón iba a ritmo de galope. De pronto tuvo la impresión de que se preparaban para robar un banco o algo similar. Se obligó a tranquilizarse, de lo contrario valdría menos que nada el intento—. No golpees a nadie, solo encuentra la manera de hacer que te sigan. Tendrás que ser muy rápido. Tráelos hasta aquí y continúa por el callejón todo lo que puedas, la seguridad en la zona de carga se unirá a la persecución. Están más cerca de las puertas y seguro buscarán interceptarte… —Aspiró con fuerza. De repente pensó que era una tontería arriesgar a su hermano de esa forma, que sería mejor esperar otro momento.

Calló.

Las dudas colisionaron con sus deseos. Quizá lo más sensato sería permitir que Jules hiciera su vida con Crown, distanciarse lo antes posible y regresar a Parga, tal como había planeado antes de dejarse llevar por la insensatez. Pero lo amaba, lo adoraba con locura. Tal vez debería hacerlo, entrar para decírselo. Una última vez…, luego se marcharía y él no volvería a verlo nunca más.

Se encontraba a medio camino del pensamiento cuando se percató de que Nikos se alejaba en dirección de la calle principal.

—¿Qué demonios estás…? —Un susurro sobresaltado.

Pese a la penumbra distinguió que Nikos sonreía sobre su hombro con cierta maldad, tras lo cual hizo un ágil movimiento de brazos como quien se prepara para una carrera. Trotó fuera de su rango de visión antes de que pudiera detenerlo. ¡Diablos! Ya se había puesto en marcha. Cada latido resonaba como un tambor de guerra. Sacó el teléfono de su bolsillo para adentrarse de nuevo en el corredor y esperó junto a la pared.

Los minutos parecieron suspenderse en algún curioso estado de letargo. De un pronto a otro se vio roto por un restallido de órdenes gritadas y pasos apurados procedentes de la zona de carga. Desde su estratégica posición, invisible gracias a las espesas sombras que lo abrazaban, vio a Nikos pasar como un veloz borrón con varios hombres siguiéndole a grandes zancadas. Era ahora o nunca. Salió de su escondite con el teléfono pegado al oído, fingiendo que era parte del equipo de vigilancia. A toda prisa se mezcló silencioso entre los empleados curiosos que se habían lanzado al callejón para ver la acción más de cerca.

Atravesó las puertas dobles de metal como una exhalación. Una vez dentro, se dio cuenta de que la agitación que reinaba allí no era muy diferente de la que había dejado atrás; la única distinción consistía en que ahora se trataba del equipo encargado de atender el banquete para los invitados de la exclusiva gala. Camareros y cocineros se movían con rapidez, mientras el clamor de utensilios y órdenes resonaba en el aire. Nadie le prestó verdadera atención al cruzar la cocina, dirigiéndose hacia la puerta por la que un par de mujeres acababa de salir, cargando bandejas servidas con copas.

Del otro lado se encontró con un largo pasillo, con carritos de comida bien dispuestos y meseros

entregados a la tarea de dar los últimos detalles de la presentación antes de avanzar hasta otra puerta de la que salía una música encantadora. El salón frente a sí era enorme, bañado con la delicada luz de exquisitos *chandeliers*, que daban la impresión de ser trozos de hielo suspendidos en una lluvia de diamante. Los invitados se sentaban a las mesas, mientras la orquesta acompañaba con música suave la cena. Lo primero que hizo fue identificar la ubicación de los elementos de seguridad para no tropezar con alguno por accidente.

Una vez hecho aguardó, situándose detrás y a un lado del entarimado, cerca de los encargados del sonido según paseaba la vista por las mesas dispuestas frente al estrado, donde con seguridad estaría sentado Crown. Y Jules junto a él.

Un rostro conocido llamó su atención, el de Joan St. James; otro más lo atrapó por completo. El del hombre que lo tenía en ese preciso instante pensando toda clase de ideas descabelladas, como por ejemplo la mejor manera de llegar hasta él sin ser detectado. Los minutos se alargaron mientras la cena se convertía en discurso, entonces los aplausos se adueñaron del momento. Los invitados aclamaron tanto a Alexander Crown como a su padre junto a él, y la mirada del griego no se apartó de su objetivo pese al tumulto de cuerpos que obstaculizaron la trayectoria de su vista.

El cadencioso sonido de la música fluyó por lo bajo y se incorporó a los demás que flotaban por la sala, con tal disimulo, con tal suavidad, que tuvo el oportuno efecto de hacer que la excitación tras el discurso bajara de intensidad. La chica que acompañaba la orquesta susurró al micrófono. Su hermosa voz una invitación a seguir hacia la pista, donde las parejas comenzaron a hacerse presentes. Con la silueta de Jules todavía adherida a los ojos consideró escabullirse entre la multitud que danzaba para llegar a su lado, invitarlo a un último baile antes de decirle que jamás iba a olvidarlo.

En respuesta a ese único pensamiento se aventuró a dejar el lugar donde estuvo encubierto y avanzó con la velocidad que le permitían los demás. En ese instante Jules, que seguía de pie y gesticulaba algo a su jefa, giró a medias para recoger el teléfono que había dejado sobre la mesa. Estaba cada vez más cerca, solo unos cuantos pasos…

Alguien sujetó su brazo a la altura del codo.

—Adis. —Reconoció al punto la gruesa voz masculina que hizo que sus pies dejaran de pertenecerle. Se trataba de Desmond, su antiguo compañero de equipo—. No compliquemos esto. Será mejor que me acompañes sin intentar pasarte de listo.

Su corazón se detuvo, sin embargo, la música a su alrededor no.

35: Mentiras

Jules tomó el móvil que había dejado sobre la mesa justo a tiempo para ver cómo un hombre de lo más elegante se acercaba a Joan y la invitaba a bailar. A primera vista dejaba entrever que en su juventud acostumbraba a robar más de un suspiro. Vestigios de aquellas viejas glorias se negaban a abandonar su rostro de fuertes ángulos aristocráticos, un macho alfa en toda regla, realzados aún más por una espléndida sonrisa, evocando la imagen de un Sean Connery un par de años más joven.

La señora St. James sonrió algo apesadumbrada, pero él puso una discreta mano sobre su hombro diciéndole sin palabras que no rechazara la invitación, quién sabe qué podía pasar luego de un baile. A Cenicienta le había ido muy bien, pensó con humor.

Los contempló seguir hasta la pista y unirse al resto antes de enfocar la mirada en sentido de Crown; al lado de Samuel al pie del estrado intercambiaba saludos corteses con un pequeño grupo de gente que sin duda se había identificado con su labor humanitaria.

Entonces uno de los agentes de su seguridad privada salió desde ninguna parte para susurrarle al oído, y por el inmediato gesto de disgusto que transformó su cara una fracción de segundo el joven asistente prestó mayor interés.

Alexander arqueó la cabeza y fijó su atención en cierto punto entre la multitud, asimismo, Jules siguió la misma trayectoria donde encontró a tres agentes que dejaban la pista en dirección contraria. Sin saber por qué entornó un poco más la mirada, con el vago presentimiento de que necesitaba ver el rostro de uno de los sujetos, de pronto muy familiar pese a estar de espaldas.

Aprovechó que Crown no lo observaba para deslizarse entre la masa de cuerpos, abriéndose paso de una manera muy poco elegante. Le importaba un comino. Estaba a punto de alcanzar la zona más apartada del recinto cuando divisó su perfil. Quiso tragar, pero le fue imposible. Adis no debería estar allí; de modo que comprendió que no acompañaba a los otros, sino que lo escoltaban.

El móvil vibró muy pegado a su pecho.

Los ojos del omega no se desviaron del circunspecto grupo, hasta que desapareció por un tramo de escaleras casi oculto por la disposición de unas columnas decorativas cuando lo sacó del bolsillo interno de su chaqueta. Le temblaron los dedos a la par de la voz una vez respondió.

—Jules. Miré y ya no estabas —dijo Alexander.

En una reacción instintiva Jules se encogió de hombros al tiempo que usaba una de las columnas para ocultarse.

—Lo siento, vi que no estarías disponible todavía…, así que decidí buscar el baño. —¡Estaba mintiéndole! Y supo con exactitud la causa. Toda la situación lo había predispuesto para albergar una desconocida inquietud—. Parece que la mitad de los asistentes tuvo la misma ocurrencia y está un poco lleno. —Trató de conceder un toque jovial a la conversación en tanto valoraba la idea de subir también aquellas gradas.

Un suspiro risueño del hombre al otro lado de la línea.

—Estaré aguardando. Si no me encuentras llámame; andaré por aquí.

—De acuerdo, se me ocurre que puedes invitar a bailar a tu madre para ir calentando. —Notó la sonrisa en su respiración.

—Es una buena idea. No tardes. —Se despidió.

Jules miró la pantalla del móvil unos instantes. Tal vez estaba imaginando cosas, no sería la primera vez. Devolvió el dispositivo a su bolsillo sin saber muy bien qué hacer, cuando observó de reojo que Alexander Crown pasaba como una exhalación y desaparecía junto a dos de sus hombres por donde el griego lo hizo antes.



—¿Se puede saber qué haces aquí?

Andros Zagorakis parpadeó con desinterés al sujeto que en ese momento cruzaba los brazos sobre el pecho.

El profundo surco a mitad de su entrecejo, así como el gesto tenso de la boca desmentían la tranquilidad con que Crown pronunciaba cada palabra.

Un par de excompañeros del griego flanqueaban la única salida de una habitación con paredes forradas de papel tapiz con motivos elegantes y algunas cajas de cartón selladas amontonadas al fondo; por lo demás estaba vacía. Dejó que el peso de su cuerpo descansara en su otro pie antes de contestar:

—Solamente quería despedirme. —El empresario lo contempló a través de ojos como ranuras repletas de sospecha. No tenía que preguntar de quién. En el fondo de su pecho suspiró con alivio al percibir que decía la verdad. Aunque le pesara tuvo que admitir que Adis no era otra cosa que una amenaza para él. Saber que seguía por los alrededores y que podría intentar recuperar a Jules le producía una severa inquietud.

—Así que te marchas, me parece muy bien. Solo que no debiste entrar de esa manera a mi fiesta, te creía más listo, y a tu hermano. Sin embargo… —Lejos de ser su intención, Adis acababa de poner de muy buen humor al hombre que más detestaba con la noticia de que se iba—… No hay nada que lamentar. La noche apenas comienza y tengo invitados que atender. Olvidaremos todo esto; mis hombres te llevarán a la salida —concluyó Alexander, dándole la espalda.

La prepotencia en su máximo esplendor. Seguro de su poder, de controlar lo que le rodeaba como si los demás fueran menos que insignificantes. Controlar. La palabra tuvo un sabor amargo en su lengua. El griego había decidido no hacerlo, pensó en guardarse la duda, seguir adelante con sus planes de dejarlo atrás, pero la actitud del millonario acababa de tocar sus fibras. Un nervio al descubierto que latía enfurecido.

—Hay…, algo que quiero preguntarle. —Crown se detuvo antes de cruzar la puerta que uno de sus hombres ya había abierto para él—. ¿Usted lo hizo? —Palabras frías, directas. Un choque de tempestades azuladas salpicó cada mirada masculina con una furia silenciosa—. Ya lo tiene, y pronto me iré muy lejos. Parece todo muy conveniente, ¿no lo cree?

Fue un gesto casi invisible, pero a Adis no le pasó inadvertido el indicio de sonrisa que atravesó fugaz la boca del empresario.

—Cuánta obstinación —masculló imperturbable.

Y entonces el griego lo supo.

Cualquier otro en su posición habría reaccionado, se lo habría tomado como un agravio. Pero Alexander Crown no era un sujeto ordinario; acostumbrado más a vencer que a ser derrotado, dejó entrever sin estar consciente de ello un poco de aquella vanidad dominante que salía a flote cuando alcanzaba sus objetivos. Nunca antes se vio obligado a emplear métodos de tan cuestionable moral, pero las circunstancias le habían dejado atado de manos.

El aire alrededor de Adis pareció ralentizarse.

Que Alexander volviera a darle la espalda y se alejara con su actitud de absoluta soberbia avivó la ira en su sangre.

Violentos destellos de rojo se encendieron en su campo visual en lo que se abalanzaba sobre él antes de que sus escoltas pudieran hacer algo para impedirlo. Capitaneado por la cólera apenas alcanzó a sentir que una docena de brazos tiraba de su cuerpo tratando de contenerlo.

Improperios.

Gruñidos de esfuerzo.

Entonces Crown, a como pudo, gritó para que se apartaran.

Bien, se dijo Andros, porque aquel asunto era exclusivo de ellos y de nadie más.



Jules no subió de inmediato, esperó unos minutos porque no quería tropezar con Alexander o alguno de los sujetos de la seguridad e impidieran que averiguara qué estaba pasando.

En cuanto llegó al pasillo superior colisionó con una invisible aunque al mismo tiempo muy real pared de conmoción. La música que llegaba desde abajo amortiguaba con torpeza el ruido de forcejeos y murmullos que detectó del otro lado del corredor, oculto a primera vista por la arquitectura del lugar. Se apresuró en estado de alerta máxima. Su temible sospecha se confirmó al momento de ver cómo Alexander y Adis forcejeaban en el suelo enmoquetado intercambiando puñetazos. Los hombres que los rodeaban se mantenían al margen, mostrando una vacilante intención de intervenir, pero sin atreverse a dar el paso.

No se detuvo a pensar en otra cosa que en evitar que siguieran haciéndose daño. Corrió hacia ellos, sintiendo que el alma se le hacía añicos y caía al suelo con cada golpe que uno propinaba al otro.

No vio que Desmond también estaba ahí. Jules soltó un desgarrador grito cuando un par de brazos envolvió su cuerpo a fin de evitar que avanzara. Alexander consiguió ponerse de pie. Estiró la pierna para lanzar una patada al griego. El otro la esquivó por poco al rodar hacia atrás, apoyándose en la pared para afianzar los pies y enderezar el cuerpo. Pequeños hilos sanguinolentos brotaban de una ceja, de la comisura de una boca. De la nariz. ¡Sus preciosos rostros! Sus trajes torcidos y arrugados. Jules volvió a protestar.

Una destructiva mezcla de feromonas, similar a una ponzoña, rezumaba de aquel par de alfas, enceguecidos por una emoción que trascendía al odio como tal. Reclamaban sus sentimientos por el omega sin darse cuenta de que él los observaba impotente.

—¡Suéltame! —gritó Jules, retorciéndose en la prisión de enormes brazos que empezaban a lastimarle las extremidades, ignorando las disculpas de Desmond junto a la advertencia de que podría salir herido si se lo permitía.

La brutal esencia afectaba a los alfa que conformaban el personal de seguridad. Se tapaban inútilmente la nariz mientras encontraban cada vez más trabajoso mantenerse en el lugar. Jules impulsó las piernas al frente, arqueó la espalda con la poca energía que le quedaba y echó la cabeza hacia atrás. El dolor se propagó de forma inmediata en lo que impactaba la barbilla del guardaespaldas. No esperó que diera resultado, pero lo desestabilizó el tiempo necesario para liberar una mano. La llevó hacia atrás algo aturdido con la intención de darle en la cara de ser necesario.

—Señor Wallace… por favor.

Sudor bajaba en espesas gotas a lo largo de la espalda de Desmond; con un ademán indicó a los demás que estuvieran atentos para intervenir de ser necesario. Le invadió una sensación de ineptitud

al no poder manejar al omega. No obstante, si empleaba su fuerza por completo, corría el riesgo de lastimar a Jules, cosa que Crown no le perdonaría nunca.

—¡Te dije que me sueltes! —Jules alargó los dedos con intención de arrancarle unos cuantos mechones de cabello, o de tomarlo por la corbata, cualquier cosa para que lo liberara.

El griego y el millonario sumidos en su propia lucha.

Desmond cambió de posición, pasando de nuevo el brazo al frente, pero entonces, a mitad del forcejeo, enganchó por accidente la mano en la costosa joya alrededor de su cuello. La cadena se rompió con un restallido metálico antes de caer más adelante en el pasillo alfombrado.

—¡Señor Wallace! ¡Cómo lo siento…!

Lo último que le importaba a Jules era el maldito anillo. ¡Era libre!

Caminó decidido hasta donde Alexander y Andros se destruían a golpes.

—¡Ya basta!

Ninguno parecía escucharlo. ¿Por qué nadie interfería para detenerlos? Maldijo a todos, si bien en el fondo entendía por qué mientras veía a algunos toser, tratando de soportar a duras penas la espesa niebla de feromonas.

Se quitó los zapatos sin saber qué otra cosa hacer y se lanzó contra el enredo de cuerpos que batallaba en el suelo para intentar que entraran en razón. Crown describió un derechazo hacia el mentón del griego. Andros lo evadió realizando un breve movimiento de retroceso, pero al hacerlo Jules quedó en medio de la trayectoria del golpe y lo recibió con toda su furia a un costado de la cara.

Igual que si fuera arrastrado lejos de un profundo trance, Andros giró el cuello para mirarlo, preguntándose de forma lejana cómo es que seguía de pie.

Parpadeó varias veces, primero muy rápido, después con pestañeos más lentos reconociendo con esfuerzo que Jules estaba allí, mirándolo con una expresión de tristeza en su rostro maltratado que hizo que el interior de su pecho diera un doloroso vuelco. Un millón de veces peor que todos los golpes que Crown descargó sobre él juntos.

Su rostro.

Un atisbo de sangre asomó a la comisura de los labios del omega, provocando que la rabia de Zagorakis cobrara intenciones homicidas.

—¡Jules…! ¡Perdóname, yo…! —Suspiró Crown una vez se dio cuenta de lo que había hecho. Aquellos ojos, raros y extraordinarios, se derrumbaron junto con su dueño mientras caía en un pesado movimiento sobre las piernas dobladas.

Andros volvía a cargar contra él. Nunca le perdonaría que lo hubiera lastimado. Pero Jules supo leer su postura y se incorporó lo suficiente para impedirlo.

—¡Nooo! ¡Basta! Ya basta… ¿Por qué...? —repuso el omega con una voz apenas audible—. ¡Por un demonio!... ¿por qué están haciendo esto?

Adis empujó a Crown a fin de apartarse. Tan pronto estuvo de pie se inclinó para coger aire y llevó sus dedos al insoportable ardor que irradiaba desde el centro de su cara, donde descubrió que de su nariz rota bajaba un grueso hilo de sangre.

—Díselo —pronunció con tono brusco, tirando la cabeza hacia delante con un par de dedos presionando la zona más blanda de la nariz para detener el cálido flujo. Dolía como el mismo infierno—. ¡Dile de una vez, maldita sea!

Siguió una colectiva respiración de perpleja extrañeza; se elevó como el vapor de una cafetera entre los miembros del equipo. Crown puso un par de dedos sobre su labio roto antes de pasar la

lengua por la zona con un gesto de dolor. Quería correr hacia Jules y poder hacer algo para borrar la magulladura que él mismo había dejado allí, a sabiendas de que no le permitiría acercarse.

—¿Qué quiere decir, Alexander? —inquirió Jules, buscando el contacto visual que el empresario quería evitar. Alternó la mirada con la del griego, pero en su expresión nada cambió si bien su mente discurría tras sus ojos colmados de la cólera más pura. La mantuvo fija sobre la suya, de tal forma que no le quedó más remedio que encogerse en una instintiva resistencia para tratar de soportar el impacto que sabía que estaba a punto de recibir.

El modo en que los ojos de Crown se precipitaron un instante, con los labios apretados en una línea pétrea antes de hacer un gesto seco con la cabeza a sus hombres, puso de manifiesto que era peor de lo que él siquiera podía imaginar. Dos de ellos, recuperando el aliento a medida que las feromonas en el ambiente comenzaban a perder intensidad, se acercaron a Adis para llevárselo.

—¡No! —espetó el omega—. Quiero que escuche lo que tienes que decir. Por esa razón vino hasta aquí, ¿no es cierto?

—¿Seguro de que es lo que quieres? —Fue Andros quien preguntó, consciente de que el rostro maltratado había palidecido y un leve temblor le agitaba los labios.

Quizás, se dijo Jules. Ni siquiera él mismo quería saberlo, pero qué más daba. Confirmó. Su expresión se tornó sombría, oscureciendo el verde y dorado de su mirada.

Crown volvió a asentir en silencio.

No tardó nada para que los tres se quedaran a solas en aquel corredor, rodeados por la suave música que llegaba desde el piso de abajo combinada con el tintineo del cristal de las copas, risas distantes, y susurros de incontables conversaciones.

—Elliot Palmer —dijo después, y a Jules se le heló la sangre al momento de escuchar que el nombre de su padre abandonaba esos labios. En esa ocasión Alexander sí lo miró—. No tenía la menor idea…, no al principio. —Sorbió por la nariz, e hizo el movimiento de echar la cabeza atrás como si esperara que aparte de la ceja y su labio también fuera a salir sangre por allí—. Crown Media perdió millones gracias a él cuando trabajó para la empresa…

—No es cierto… —Jules negó con cada parte del cuerpo que se lo permitía, luchando contra el agujero negro que amenazaba con absorberlo desde dentro—… Mi padre fue incriminado, alguien más…

En lo más profundo de la mirada de Andros se produjo un destello de sorpresa. Contempló su sufrimiento, deseando encerrarlo entre los brazos para protegerlo del daño que esas palabras como cuchillos le provocaba. Sin embargo, era un mero espectador…, ajeno al trasfondo de lo que decían, por lo que resolvió no intervenir para evitar cortar el ritmo de la explicación.

—Tienes razón, no estaba solo. Era impensable que él pudiera mover sumas tan grandes sin ayuda. En nuestra primera investigación, descubrimos que Elliot desviaba fondos a una cuenta extranjera, que en su momento resultó imposible rastrear. Sabía con exactitud cómo encubrir sus pasos. —Hizo una pausa, tomando aire con dificultad; decirle la verdad lo estaba lastimando, y lastimar a quien se amaba era un castigo mil veces peor de lo que pudo haber imaginado—. El dinero…, las pruebas…, todo se desvaneció frente a nuestras narices. Fue entonces cuando comprendimos que tu padre debía ser un hombre extremadamente inteligente, o bien contaba con la protección de alguien más, alguien con suficiente poder para borrar todas las huellas.

Tras un enfrentamiento directo, Elliot Palmer, asesorado por su abogado, pareció considerar mejor las opciones cuando contempló cuán ensombrecido se vislumbraba el panorama de su futuro legal por cargos que se le hicieron insostenibles. Por lo que aceptó llegar a un acuerdo a cambio de

dar los nombres de dos altos ejecutivos involucrados con la condición de que su propia implicación no se hiciera pública.

Los Crown por su parte tampoco podían permitirse que el asunto se transformara en un escándalo, en vista de que habría llevado a los inversores a cuestionar la verdadera solidez de Crown Media.

Así fue como el señor Palmer terminó con las manos vacías, casi en la calle y con una hipoteca imposible a sus espaldas.

Pero eso no era todo.

Jules, que seguía sentado en el suelo, se clavó las uñas en las palmas mientras prestaba atención, preguntándose dónde estaba él cuando aquello pasó. ¿Por qué su padre no le dijo nada, o Raquel?

—Dijiste «primera investigación». ¿Por qué hubo más, qué pasó? —cuestionó al hombre que tenía enfrente en voz alta, mientras se preguntaba a la vez desde cuándo Alexander sabía quién era él en realidad y cuáles fueron sus motivos para acercarse.

El sudor que cubría su cuerpo por la anterior lucha con Desmond se enfrió y le produjo un horrible escalofrío. Como si no bastara, luego se percató de que atender lo que estaba escuchando con el corazón atorado en la garganta le dejaba apenas espacio para respirar.

—El dinero siguió desapareciendo —repuso.

Quiso alargar una mano, consolarlo cuando soltó un sollozo y apretó mucho los párpados. Jules sacudió la cabeza, un intento por controlar la respiración antes de que el ardor que llameaba tras sus ojos cobrara forma física.

—¿Quieres decir…? ¿Estás tratando de decirme que él no tuvo nada que ver?

—No tiene caso que te mienta. Sí estuvo involucrado, Jules, pero no nos dio el nombre que necesitábamos. Cuando entraste a trabajar a Crown Media y mi gente encontró que tú eras… bueno, yo… yo pensé que…

Una vena gruesa, semejante a un cordón, resaltó en la frente del omega con fuerza.

—¡Tu gente! —escupió—. ¡Pensaste que yo tenía algo que ver! —pronunció. El efecto sobre él fue similar al de un impacto físico, más penoso que el que recibió minutos antes; se llevó los dedos temblorosos a los labios, armando una parte del rompecabezas en su mente—. Fuiste tú. —Un susurro colérico—. Apartaste a Adis para averiguarlo. —El volumen de su tono se elevó un poco más—. Necesitabas tenerme cerca…, investigarlo tú mismo…

La idea había sido de Callard Izumi, una idea que él autorizó sin pensarlo dos veces.

—Jules… yo…

—Eres un… —Andros se impulsó sobre el empresario dispuesto a molerlo a golpes, pero sin saber cómo Jules se puso delante impidiéndoselo, una vez más.

—Tiene que explicar muchas cosas todavía. —Dotó su expresión de un control que solo podía estar alimentado por el hecho de tener que saberlo. Debía escucharlo hasta el final. El griego retrocedió protestando maldiciones. Descargó su frustración contra la pared que tenía a sus espaldas —. Esa noche…, cuando te apareciste en mi casa… Lo habías planeado. ¿Me drogaste también? — Alexander posó la vista en aquel par de ojos diferentes, cuyo brillo apagado lo llevó al mismo infierno—. ¡Respóndeme, por un demonio!

—Iba a hacerlo. —Bajó la mirada—. No pude, Jules… Sé que se oye terrible, pero tienes que comprender que…

Jules aferró su cabeza entre las manos como si estuviera a punto de estallarle.

—¿Quién? —Exhaló. Hielo en las profundidades de su voz—. ¿A quién protegía mi padre? —La pregunta tomó al CEO por sorpresa—. ¿Quién te hizo cometer todas esas bajezas?

Después de haberse levantado, Crown se encaminó en dirección de la baranda. Apoyó las manos para contemplar las expresiones de disfrute de sus invitados, las parejas que bailaban en la pista. Distinguió a sus padres entre la multitud, y su alma se anudó incluso más si es que era malditamente posible.

—Jessalyn, mi hermana. —Aquello destrozaría a la familia.

Tanto Adis como Jules clavaron sus estupefactas miradas en la espalda del otro, que parecía haberse consumido en cuestión de minutos.

Jessalyn había cometido un crimen más, encontró la forma de manipular a un hombre para que perdiera por completo la cabeza. Utilizando su estatus como alfa dominante llegó a someter a Elliot mediante la influencia de sus feromonas, y él pudo hacer poco o nada al respecto cuando la despampanante mujer le hizo creer además que se sentía atraída por él.

Por supuesto, la hija mayor de los Crown supo manejar muy bien aquel juego de seducción para hacer que el sujeto, que en ese tiempo ostentaba el cargo como director financiero de la compañía, hiciera cuanto ella le pidió sin medir las consecuencias. De algún modo también terminó por descubrir quién era Jules.

En una de las últimas reuniones que Alexander sostuvo con Izumi, esa madrugada en la sala privada del sótano de su edificio, respiró con alivio al descubrir que Jules quedaba descartado como sospechoso.

Fue entonces cuando concluyeron que su entrada en la empresa había despertado las alarmas de Jessalyn de dos maneras: o estaba allí para indagar sobre la caída de su padre, o ya poseía cierta información al respecto, lo que dejaba a su hermana en una situación vulnerable e inquieta.

Esos nervios la llevaron a cometer imprudencias, como enviar a alguien a buscar a Raquel en la residencia donde vivía para evaluar el grado de riesgo que representaba. Luego, el hombre que irrumpió en el apartamento de Jules la otra noche, en busca de cualquier evidencia que la vinculara con Palmer.

Él mismo había tenido ocasión de examinarlo sin hallar nada que sustentara su desconfianza inicial. Su equipo encontró la forma de acceder al depósito donde se almacenaban las pertenencias restantes de los Palmer tras perder su casa. Jules las había trasladado allí sin saber que Elliot, un hombre metódico antes de que su vida se desmoronara hasta el punto de ahogarse cada día en alcohol y terminar estrellando su automóvil contra una barrera a gran velocidad, había dejado ciertos documentos que se convertirían en piezas esenciales para incriminar a su hermana de manera definitiva. En ese preciso momento, se estaba llevando a cabo el allanamiento de su casa y su arresto por malversación de fondos, entre otros cargos.

—¿Qué todos ustedes escaparon de la misma institución psiquiátrica? —refutó Jules asqueado.

Su padre, Jessalyn, Alexander…

Miró desvalido a su alrededor. Las mentiras habían jugado con él desde el comienzo, desde que se dejó envolver por su propio veneno creyendo que entraría a Crown Media para darle a Alexander una lección por haber destruido a su familia.

«¡Qué estúpido!».

Sintió un toque repentino en el hombro después de unos instantes eternos.

Adis.

Casi había olvidado que seguía allí.

Encontró la voz a través de la oscura decepción que dejó en carne viva un corazón que latía descontrolado en su pecho, lo que quedaba de él después de haber sido víctima de garras tan filosas

como puntas de vidrio destrozadas y desnudas. Un desmedido juego donde el poder había dictado cada una de las reglas, y él, como su padre, quedó atrapado en medio.

—¿Podrías…? ¿Podrías dejarnos a solas, por favor? —En un acto reflejo por protegerlo, el griego estuvo a punto de rehusarse. Ya bastante daño había recibido de parte de Crown como para dejarlo con él. Aun así, en el momento en que Jules apretó su mano en la parte superior de su brazo, comprendió que era algo que debía hacer por sí mismo.

Asintió, tras lo cual dedicó al millonario la más asesina de las miradas. Con los nudillos palpitando de ganas de deshacerle el rostro un poco más se marchó, aunque no lejos.

—Jules… —Alexander se acercó y alargó el brazo para tomar la mano del joven, que por algún increíble milagro no rechazó su contacto—… Estuvo mal…, todo. Lo sé. Pero tienes que saberlo, es verdad que te amé desde el comienzo…, nunca mentí cuando te dije que supe que te quería…

—Y no te detuviste —dijo él en un frío y sereno tono de reproche—, aun cuando sabías que estaba mal…, involucraste a otros. ¡Dios! Careces de sustancia moral. Debes saber que tú también rompiste…, no sé cuántas leyes para conseguir lo que querías. —Cerró los ojos. Sin embargo, esta vez las lágrimas ganaron a la voluntad.

—Me equivoqué, mi amor. ¡Cómo lo siento! —Lo estrechó en un abrazo suplicante.

Por eso le había pedido que escaparan a Venecia, porque quería alejarlo de toda la porquería que tuvo que desatar para proteger el patrimonio de su familia. Y ahora nada de eso le importaba más que sentir que él, Jules, pese a estar entre sus brazos, se encontraba a un mundo de distancia.

—No, señor Crown, fui yo quien se equivocó. —Trató de apartarse, pero el hombre no se lo permitió.

—Te amo, Jules. Mi alma entera…, mi corazón te pertenece… es tuyo por completo. Juro que yo no quería..., yo no quería... Haré lo que sea para ganarme tu perdón. Por favor, concédeme una oportunidad. —Su tono un ruego desolado. Daba cuenta del alto precio que sus acciones le habían exigido.

«Qué exquisita manera de pronunciar unas palabras que no significaban nada», pensó Jules, que podía verlo desde mil perspectivas diferentes; pero nada cambiaba lo que era…, lo que había sucedido allí.

Desesperado, el alfa lo besó, y él correspondió a aquel beso con una necesidad que no alcanzaba a comprender, a sabiendas de que se estaba lastimando a sí mismo por desear creerle. Saboreó la sangre de sus labios rotos; su ser se deshizo mientras Crown lo besaba de una manera que encarnaba el estado más básico y masculino de sus instintos, e hizo que se extendiera hacia todo su cuerpo anulando su razón. Pero antes de verse cegado por completo se apartó. Era poco lo que quedaba intacto, tenía que resguardarlo a como diera lugar.

Dio media vuelta a toda prisa, pasó junto a los zapatos tirados en el suelo y la cadena rota, pero no se detuvo a recoger ninguno. Tenía que salir de allí cuanto antes.

—Siempre se puede cambiar de opinión, Jules. —Aquel azul lo contempló con ruego cuando miró sobre su hombro.

—No esta vez, señor Crown. No esta vez. —En cuanto Alexander apreció el dolor que acompañaba sus palabras renunció a toda esperanza de perdonarse a sí mismo por lo que le había hecho.

¿Si él no era capaz de hacerlo por qué Jules sí?

Crown sepultó la cabeza entre las manos y gruñó su desesperación al verse solo. Un breve atisbo plateado se abrió paso a través de la cortina de lágrimas que empañaba sus ojos. El anillo que le

había obsequiado yacía en el ángulo que formaban el piso y la pared frente a él. Se acercó y recogió a su vez la cadena, la pieza tan rota como su propio corazón.

—Jules —suspiró con la voz desgarrada—. ¡Lo siento tanto, Jules, cómo lo siento! —Se desplomó contra la pared, seguro de que ningún Dios debía de estar escuchando su ruego…, porque en ese momento estaba más cerca del infierno de lo que nunca estuvo antes.

36: Brisa y tormenta

Si sus antiguos compañeros de equipo le observaban ir y venir en tanto esperaba a Jules escaleras abajo no les prestó atención. Tampoco al sordo palpitar de su nariz fracturada; al menos ya no sangraba.

¿Por qué tardaba tanto?

Por un breve instante, cruzó por su mente la idea de que quizás Alexander Crown había encontrado la forma de convencer a Jules de que lo perdonara. Pero no podía ser; la falta de escrúpulos con la que actuó lo dejaba, incluso a él, pasmado. Después de todo, había tenido que admitir a regañadientes que tal vez el empresario sí podría hacerlo feliz.

Los minutos se alargaron, y tras lo que pareció una eternidad en que sus niveles de ansiedad rozaron un límite peligroso lo vio bajar. Traía los pies desnudos y la expresión descompuesta, la piel alrededor de sus ojos mostraba deteriorados signos de escozor; pero lo que llamaba con especial atención era el lado izquierdo de su rostro, donde notó que la magulladura comenzaba a inflamarse de forma alarmante.

Jules esquivó su mirada cuando se percató de que él continuaba allí. Giró a medias, ocultando el rostro tras la cortina oscura de su cabello revuelto mientras se recostaba contra la pared en una postura agotada.

Adis no pudo contenerse, le daba la impresión de que la silueta del joven estaba por colapsar y que él tenía que estar a su lado para sostenerlo.

—No sabes cuánto lamento que te vieras metido en todo esto por mi culpa —dijo cuando lo sintió acercarse. Su voz más firme de lo que esperó escuchar debido al sinfín de nudos en la garganta —. Ahora ya sabes todo de mí, Adis. Lamento que fuera de esta forma. —El omega levantó la cabeza, muy grandes y brillantes sus ojos cuando se enfocaron en un punto específico de su cara—. Tu nariz… —Dedos vacilantes se alzaron en ademán de tocarlo—… Tienes que ir al hospital para que te revisen… ¡Dios! ¡Qué desastre!

El griego cogió aquellos dedos para encerrarlos con delicadeza en su mano.

—Tu rostro…, debe dolerte demasiado.

—La verdad, es lo que menos duele de todo —repuso en voz baja.

—Vamos, debo llevarte a casa. —La mirada de Jules descendió con la de él hasta sus pies descalzos, donde se encontraron a mitad de un raro acceso de risa que tuvo muy poca duración. Él no tenía deseos de hablar, y Adis, que podía leerlo entre líneas con tan solo mirarlo, lo comprendía de un modo que le causaba un terrible sobrecogimiento—. Tengo que sacarte de este lugar cuanto antes.

Sobresaltado, Jules movió la vista más allá de donde se encontraban, ocultos del resto gracias a la distribución de las columnas decorativas y las cortinas de organza tras la tarima de la orquesta, que parecían agitarse con una inexistente brisa.

—No podemos salir así, míranos. Somos un desastre.

—Conozco otra salida —repuso él como si nada. Desmond, guardaespaldas y chofer de Crown, se acercó con actitud deliberada, y Adis le dedicó una mirada filosa—. Sé el camino.

El griego lo apartó con su mano libre antes de que dijera cualquier cosa. La expresión del otro fue de un profundo desagrado.

Jules intercambió un fugaz vistazo con el hombre, que mostraba un enrojecido rasguño desde la esquina de la ceja hasta la mejilla derecha. Un recuerdo de su parte tras el forcejeo un rato antes. Se sintió mal, después de todo el sujeto solo hacía su trabajo. Se disculpó con la mirada, un gesto rápido porque Andros lo arrastraba con él hacia una puerta que no había visto detrás de un pequeño muro. Atravesaron un pasillo flanqueado por carritos de comida, luego cruzaron otra puerta que daba a la

cocina. Allí se concentraba un tipo de acción diferente, un brusco contraste con la disputa que dejaban recién.

Entre la sangre que manchaba el rostro del griego, el desaliñado traje que vestía, y Jules, con el rostro también golpeado y descalzo, junto a otros detalles de su aspecto general que prefería evitar, no sabía qué llamaba más la atención: su lamentable estado o la escolta de seguridad que los seguía, asegurándose de que abandonaran el edificio. Le habría importado si no hubiera estado sumido en una sensación de aturdimiento emocional, como si fuera un espectador distante en lugar del protagonista de su propia pesadilla.

De súbito tuvo que enfrentar la realidad de las cosas cuando sus pies abandonaron la seguridad del suelo. Sus instintos entraron en juego buscando aferrarse al cuello masculino al tiempo que soltaba un jadeo de sorpresa.

Habían salido por las puertas del servicio y ahora el griego lo cargaba en sus brazos.

—El suelo está muy sucio —mencionó con seriedad mientras atravesaban la zona de carga, rodeados de camiones y del grupo de trabajadores que interrumpieron su labor para mirarlos sin disimulo. Jules sintió el impulso de sugerirle que podía caminar solo y así evitar las miradas incómodas, pero terminó por hundir el rostro en el pecho de Adis, consciente de antemano de cuál sería la respuesta.

Había dejado su motocicleta oculta en el callejón. Aún en silencio se pusieron en marcha camino a casa. Jules no recordaba mucho de lo que sucedió después, quizá porque sin estar al tanto de que lo hacía tarareaba en su mente *I put a spell on you* en una especie de castigo autoinfligido combinado con flashes de Adis quitándose la chaqueta para abrigarlo, o de Adis ajustando la faja del casco bajo su mentón.

Esa noche, mientras observaba el techo de su cuarto sin poder conciliar el sueño, reflexionó acerca de lo ocurrido. Sus conclusiones no lo sorprendieron ni por asomo, lo sabía, siempre lo supo: se había dejado seducir por el fuego de Crown conociendo los riesgos, danzó junto a su llama tan cerca que era imposible no quemarse. ¡Cómo iba a culparlo cuando la decisión fue solo suya!

Tanto él como su padre se dejaron deslumbrar por aquellas criaturas fascinantes, y sufrieron las consecuencias.

La pregunta que quedaba por contestar era si podría superar el dolor abrasador antes de que sus días terminaran como los de él.



—Dime en qué estás pensando —pronunció Alec después del bienvenido silencio que llegó una vez Jules le pidió que apagara su teléfono y lo escondiera en algún lugar lejos de su alcance.

Se conocía muy bien.

Alexander le había timbrado sin cesar desde lo ocurrido.

En cualquier momento podría tomar su llamada y acabaría girando en aquel círculo autodestructivo patrocinado por su deficiente fuerza de voluntad.

—Quisiera decir que en nada, pero es todo lo contrario. —Se había fijado en el patrón de la tablilla del techo por horas, y descubrió que una de ellas era diferente. Las marcas en la madera más oscuras, más profundas y alargadas. ¿Qué vendría después? ¿Contar los lunares de la cortina de baño, los azulejos que forraban la pared?— Creo que no voy a poder procesar esto. ¿Y si acabo haciendo lo mismo que mi padre? —Miró al hombre recostado de medio lado junto a él con un ceño

confundido antes de agregar—: Me pregunto qué le causó mayor sufrimiento, si haber perdido su posición en la empresa, su credibilidad ante el mundo, o haber perdido lo que creía tener con esa… mujer.

—Tú no eres tu padre, primor. Además, deberías evitar ese tipo de pensamientos.

—No logro quitármelos de la cabeza. Mañana tendré que volver al trabajo y las probabilidades de que me encuentre con Alexander están todas de su parte; me mareo de solo pensarlo.

Su mejor amigo y confidente soltó un suspiro.

—Los comienzos suelen apestar, no puedes evadirlos. Ya sabes cómo es. —Escondió un repentino bostezo con la mano. La locura de la otra noche también lo había alcanzado, imaginando toda clase de desenlaces catastróficos para Nikos en su enfebrecido plan de hacer que Adis fuera por Jules a la gala.

No podía negar que había sido un gesto de lo más romántico.

El hecho de que tuviera que pasar toda la madrugada en la jefatura de policía, escuchando que le impondrían el cargo de alteración del orden público por haber armado un escándalo frente a la entrada principal del edificio donde se celebraba el evento, no logró desvanecer su buen humor.

Al final, lo dejaron ir alrededor de las nueve de la mañana, tras pagar una multa.

—Sí, lo sé. —Y saberlo no servía para absolutamente nada.



Salió del baño frotando una toalla sobre su cabello recién lavado cuando escuchó que tocaban a la puerta.

—Jules —llamó la voz masculina del otro lado en cuanto puso un pie en la estancia—. ¿Podemos hablar? No tiene que ser aquí, no tienes que dejarme entrar, puede ser donde tú quieras… Por favor. Necesito verte. —Casi imaginó ver a Alexander con la frente apoyada en la puerta. El impulso de abrirle se perdió en el rumor que llenó su cabeza con todas las razones que tenía para no hacerlo. Emitió un sollozo ahogado al observar que algo plano y delgado se deslizaba por el resquicio entre la puerta y el piso. Un sobre—. Sé que hay mucho que nos separa, Jules, y que ahora no puedes dejar de verlo. Pero es más fuerte lo que nos une. —Una pausa dolorosa. Él se apoyó también sobre el único objeto que impedía que se vieran a los ojos—. Pienso volver, mi amor. —La firmeza de esas palabras competía con el acero.

Ya no sabía hasta cuándo podría luchar contra esa determinación.

Se agachó para recoger el sobre.

En el interior encontró los pasajes de avión a Italia, la primera parada del viaje a Venecia que soñaron juntos. Un sueño que poseía una cualidad muy especial: se había convertido en aire con mucha facilidad; igual que la ilusión que llegó a significar aquel hombre en su vida.

No era tan solo cuestión de que él lo perdonara.

Adis se hallaba de por medio.

Lo que Alexander hizo superaba su propia convicción de que una segunda oportunidad no se le negaba a nadie. No podía hacerle eso al griego, o a su familia después de lo maravillosos que fueron con él desde el principio.

Ciertos límites nunca deberían ser cruzados.

Una fuerte lección que su padre jamás sabría que le enseñó.



Un día se convirtió en otro día, luego en otro más.

Esa noche, la puerta del apartamento se estremeció bajo el toque de unos nudillos firmes aunque pausados. *Arsen*, como él, se acercó silencioso. Alexander Crown había regresado varias veces después, justo como lo prometió; de modo que no le quedó otra opción que aceptar el ofrecimiento de Nikos de mudarse por un tiempo al suyo mientras él se quedaba con Alec.

El CEO de Crown Media no debería saber que él se encontraba allí, como se suponía que no tenía que saber muchas cosas; en todo caso se asomó receloso por la mirilla para darse cuenta de que era Andros quien tocaba.

Respiró más tranquilo.

—Hola —saludó él con una mano tras la cabeza frotándose la nuca—, espero no llegar en mal momento.

Ni el hematoma bajo su ojo izquierdo, entre púrpura y amarillo, o la pequeña herida que sanaba sobre su nariz fracturada hacía poco deslucieron la belleza de un rostro hecho para admirar.

—Qué… sorpresa verte. —Contempló distraído el rubor en las mejillas del otro hombre, y sin anticiparlo adquirió vida en su memoria la primera vez que le vio hacer aquel gesto—. Yo… lo siento, pasa —se apuró a decir al tomar conciencia de su falta de cortesía—. Ponte cómodo en alguno de tus sillones —añadió, señalando los muebles que una vez estuvieron en el apartamento del griego antes de decidir obsequiárselos a su hermano menor.

—Gracias, pero no pienso quedarme mucho. —Apenas dio unos cuantos pasos para que Jules cerrara tras él. Se inclinó lo suficiente a propósito de acariciar la cabeza de *Arsen*, quien movió la cola agradecido y lamió su mano, como si no pudiera olvidar que Andros le pasaba bocados de salchicha y tocino de forma clandestina cuando había estado con su amo—. Vine para despedirme.

—Oh. —Por un segundo no tuvo control de su expresión, que debió verse fatal aun cuando estaba al tanto. Nikos se lo había comentado a Alec y el resto era historia. Sin saber qué hacer con las manos las sepultó en los bolsillos del delantal que llevaba puesto, ignorando las manchas de pasta de tomate a la altura del pecho—. Entonces… llegó el día.

—Parece que sí. He tenido mucho que hacer y el tiempo no me ayuda. —El intento del alfa por sonreír no alcanzó a disfrazar el abatimiento de sus ojos. Dejarlo era dejar un pedazo de su corazón para continuar una vida que ya no le reportaría más que un eterno sinsabor—. Todavía no termino de armar mi equipaje y el vuelo sale mañana temprano.

Jules tragó, y la sal de las lágrimas que no quería dejar escapar bajó lenta por su garganta.

—Seguro que tu hermana está contando los minutos. —Su lado egoísta arremetió contra las paredes que lo contenían. No quería que se marchara, pero tampoco le había dado motivos para quedarse. ¿Cómo hacerlo después de lo que pasó entre ellos?

Un espasmo casi imperceptible atravesó las facciones del omega.

No se escuchaba correcto ni siquiera con el pensamiento. Adis había demostrado ser demasiado bueno, demasiado gentil, demasiado honesto. Cuando estuvo a su lado encontró una paz que no creía posible. Andros era brisa, y él una tormenta. Le aterraba la idea de que saliera lastimado de nuevo por su causa, por las circunstancias que rodearon su vida y lo dejaron roto de una manera que tal vez nunca pudiera reparar.

—Jules… —La cadencia de aquel profundo acento lo arrancó de las sombras con una delicadeza imposible—… No he sido…, del todo honesto contigo. —Un movimiento tentativo en su dirección. Algo muy vivo, pesado y caliente, llenó su pecho cuando siguió el desplazamiento de la mano del hombre en su dirección. Un ofrecimiento. Una invitación. La tomó antes de saber que lo hacía, y el calor se disparó un poco más—. He… estado tras esa puerta cada noche sin atreverme a tocar. —Acarició los nudillos de esa mano, solo un poco más pequeña que la suya, con ansiedad—. Vine a pedirte una palabra, Αγάπη μου. Solo una palabra tuya y no subiré mañana a ese avión.

Se acercó tanto que respiraron el mismo aire, que percibieron el batir del corazón del otro como si fuera el propio.

—Sabes que te amo, Adis —susurró, con el pesar fracturando la belleza de su mirada—, nunca pasó un segundo que no dejara de sentirte. —«Por eso no puedo hacerlo, no puedo pedirte que te quedes». Raquel era un recordatorio constante, tan herida que se alejó del mundo para protegerse, y él no podía suprimir el pensamiento de que era como Elliot. No iba a destruir al griego con su egoísmo. Nunca se lo perdonaría.

—¿Qué te detiene entonces? —Suspiró Andros, que enlazó los brazos en torno a su cuerpo con una posesividad desgarradora.

«Tú mismo. ¿Por qué no puedes entenderlo?».

Tenerlo adherido al cuerpo resultaba una tentación táctil difícil de ignorar, que posara la boca sobre la suya y lo despojara de la fuerza para luchar contra su ardiente presencia tampoco ayudó.

El hombre lo besó sin contemplaciones, frustrado, deseoso…, enamorado. Se amaban, era lo único que debería importar. Quería que él lo comprendiera. La angustia perseguía su mirada con cada toque, buscando extraer aquellas palabras con desesperación. Lo torturaría con sus caricias, lo atormentaría con su cuerpo de ser necesario.

Llevó las manos hasta los muslos del omega para cargarlo. Jules hizo un débil intento por rechazarlo, pero al final cedió y se aferró a él con las piernas engarzadas alrededor de su cintura. Con torpeza hizo señas en dirección de la cocina, hacia la salsa que hervía en una pequeña olla sobre la estufa. Adis, con él a cuestas, se acercó para apagar el fuego. Después se acabaron las excusas; en la intimidad de la habitación se amaron hasta que sus cuerpos se deshicieron en un erótico baño de sudor y feromonas, reconociéndose en el sabor de sus labios, en la memoria de sus caricias…, como si ser amantes fuera algo para lo que habían nacido.

El omega reconoció su anhelo, y el momento se extendió envuelto por los besos que ese hombre increíble le prodigaba.

Andros esperó. ¿Si el cuerpo de Jules lo gritaba por qué él no?

«Quédate. Dilo, Jules…, por favor».

Pero Jules no lo dijo.

Αγάπη μου: Agapi mou: Amor mío

37: Un domingo cualquiera

Jules deslizó un perezoso dedo alrededor del borde de su taza de café.

Perdido en sus pensamientos, no notó que Natalie entraba en el *office* con una sonrisa despampanante mientras respondía un mensaje de texto en su móvil. Al acabar tamborileó sobre la mesa para llamar su atención.

El asistente alzó de pronto la mirada y la saludó con una sonrisa trabajada, pero la chica rubia, en su propia felicidad, no se enteró.

—¿Dónde estaba tu cabeza, amigo? ¿Júpiter? ¿La ciudad de Mirage? ¿Asgard? —Alcanzó una de las tazas con el nuevo logo de Crown Media, dorado sobre negro, y vació dentro una medida de café antes de acercar una silla para sentarse a su lado.

Quiso contestar que en realidad su cabeza seguía en la Tierra, en otro país que en ese momento parecía tan lejano como cualquier planeta de la galaxia o mundo ficticio. Pero prefirió halagar lo radiante que lucía ese día antes de tener que tocar un tema demasiado sensible para el humor que lo había gobernado las últimas semanas.

—Se me nota, ¿no es verdad? —Puso una mano de uñas arregladas sobre la otra y pestañeó coqueta.

—¿Alguien nuevo en el radar? —Se sintió mal por fingir interés, pero Natalie siempre se había portado muy bien con él, tanto así que no le preguntó nada acerca de Adis ni de Alexander, aunque sabía que se moría por hacerlo.

Nadie se animaba a tocar mucho el tema del rumor que transitaba los pasillos de la empresa, el de mayor relevancia de los últimos tiempos: el de Jessalyn Crown y su repentina salida de la compañía. Jules no había vuelto a comprar el periódico ni a ver el noticiero para evitar enterarse de algo por accidente, quería sentirse lo más ajeno posible al asunto si bien sabía que cualquier cosa podría filtrarse por ahí para arruinarle el día. Sin embargo, tenía que agradecer el sorprendente nivel de discreción con que los Crown lo habían manejado.

—Podría decirse que no es tan nuevo, pero definitivamente está en el radar. —Suspiró con ilusión —. Es…, alguien que ya conocía; seguía casado entonces así que nunca pasó nada.

—Me alegro por ti, de verdad.

—Gracias, Jules. Es como una nueva oportunidad, ¿sabes? Se divorció un par de años atrás y coincidimos en un bar hace un par de semanas. Creo que puede funcionar…, solo… voy a dejarme ir. —Hizo un gesto de fluidez con las manos, y el hombre de cabello negro a su lado la miró con una especie de curiosa admiración.

—¿Cómo lo haces? Quiero decir… Tienes este…, espíritu de no rendirte en busca del amor. — Quizás debería pedirle la receta exacta de su optimismo y anotarla. Sería de gran ayuda en todo lo demás que no estuviera relacionado con el romance para el caso; en esos terrenos era un completo fracaso.

—Es que… es así, ¿no? Un ensayo de prueba y error. —Encogió los hombros y soltó una exhalación distraía en tanto daba un sorbo a su café. Hizo una mueca. Había olvidado ponerle azúcar —. No voy a negarte que lo he pasado mal, pero lo que no te mata te vuelve malditamente más fuerte. Y creo que ya soy casi indestructible.

Jules sonrió con suavidad, reflexionando en sus palabras el resto de la tarde mientras se ocupaba de hacer anotaciones durante la reunión del equipo creativo para la nueva campaña publicitaria de una marca de cerveza. Se hallaba en relativa calma, puesto que Alexander había tenido que salir de viaje días atrás y no volvería pronto según se enteró por casualidad cuando escuchó que Joan se lo comentaba a Florence.

Sus llamadas y mensajes no cesaron. Lo extrañaba tanto como a Adis, y pese a ello vencía cada

vez la tentación de contestarle.

Los días se convirtieron en muchas noches.

Una mañana de fin de semana, mientras tomaba el desayuno, cambió de posición en la silla para ver a *Arsen*, contemplándolo echado en el piso cerca de sus pies. La tierna mirada pasó de él al bocado de salchicha a medio camino de su boca, pero no movió un músculo ya que sabía que no iba a ser suyo.

Lágrimas brotaron de los ojos de Jules sin querer. Últimamente se encontraba muy susceptible.

Cogió el trozo de salchicha y se lo acercó. Agradecido, *Arsen* lo tomó con delicadeza y volvió a recostarse antes de masticarlo con fruición.

—Cómo quisiera que pudieras entenderme. —Su perro volvió a mirarlo, después se levantó con pesada gracia para apoyar la cabeza con suavidad sobre su regazo sin romper el contacto visual—. ¿Quieres un poco más? —Él contestó con un parpadeo casi avergonzado. Lo premió con varios bocados más. Y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.



—Jules, llegas temprano. Pasa. —Nikos abrió más la puerta invitándolo a entrar. Olía delicioso; interceptó al instante el aroma de la albahaca flotando en el aire a la par del de la levadura. El griego lo había invitado a cenar pizza esa noche porque sabía que era su comida favorita—. Alec salió de la tienda hace poco pero no suele tardar.

—Perfecto…, en realidad, bueno… es que quería hablar contigo antes y… —Sintió que le fallaban las rodillas así que se dejó caer en el sillón previo a hacerlo en el piso.

El menor de los Zagorakis lo vio palidecer, pero no lo mencionó y se sentó delante y a la espera.

—Entonces… soy todo oídos, tú dirás. —El otro hombre tragó con fuerza.



—Ella jamás sabrá que te fuiste. —Alec se lo dijo por enésima vez. Si dejaba que la indecisión, esa insidiosa sombra, se colara por un resquicio, podría echarlo todo a perder. Prefería que le cortaran un brazo y tener que comérselo crudo antes de soportar ver a Jules miserable por no atreverse a dar el paso hacia *su momento de la verdad*. «Algunos nacen para ser valientes», le había dicho, « y otros solo para lamentarse sin hacer nada al respecto»—. Mereces empezar a vivir, amigo. Yo me haré cargo…, sabes que no voy a dejarlos.

Raquel y *Arsen* no podían quedar en mejores manos.

En las afueras de la terminal del Aeropuerto Internacional Hartsfield-Jackson se alzaba una algarabía de voces aturdidora.

—No es mi intención ser odioso, pero estamos mal estacionados y no quiero tener que regresar a casa en un taxi —murmuró Nikos, contribuyendo a la conversación con una parte de ansiedad a la ya de por sí existente—. Te quiero mucho, hermano. No olvides estar en contacto.

—Lo haré. —La punzada de alguna emoción innombrable empujaba fuerte desde su interior, una emoción que era la suma de todas las conocidas revueltas y desenfocadas. Se despidieron con un sonoro estrechar de manos—. Oh…, los boletos —dijo volviéndose de nuevo a Alec. Hurgó en las profundidades de su mochila para sacarlos; eran los boletos a Italia—. ¿Podrías…? Ya sabes.

—Por supuesto, primor. —Se abrazaron hasta que el aire dejó de circular y tuvieron que separarse en busca de aire—. Es un «hasta luego», Jules…, y recuerda: no mires atrás. Si surge algo serás el primero en saberlo.

La investigación sobre el hombre que irrumpió en su casa y la mujer que visitó la residencia de su madre seguía en curso, aunque dudaba que volvieran a aparecer. Cualquier persona con dos dedos de frente se mantendría a la mayor distancia posible, considerando el peso de las acusaciones que recaían sobre Jessalyn y quienes estuvieran relacionados con ella.

—No miraré atrás. —Acomodó la faja de la mochila en su espalda—. No miraré atrás —repitió. Aquella era una frase hecha, pero se ajustaba a la perfección a ese momento definitivo de su vida: tenía que dejar de mirar al pasado, porque en él no quedaba nada bueno que echar en su equipaje. De ahora en adelante viajaría ligero, no agregaría más arrepentimientos a su lista, porque como había dicho Natalie, lo que no te mataba te hacía malditamente más fuerte, y él seguía en el juego cuando otros se quedaron en el camino.

Inspiró hondo e irguió la espalda al tiempo que miraba de reojo a su mejor amigo.

—Hasta luego, Alec. —Echó a andar hacia las puertas de cristal automáticas, sin volver la vista en ningún momento.

—Buen chico —murmuró Alec, que sentía cómo se le cerraba la garganta.



Jules puso la mano en la curva que unía el hombro con su cuello y echó la cabeza hacia atrás. ¡Qué bien se respiraba allí!, se dijo, seguro de que había escuchado en alguna parte que el aire marino era un antihistamínico natural.

Tampoco había un sol como aquel.

No había podido contener la emoción; pese a que seguía cansado por el viaje decidió que ese día quería ver el lugar con sus propios ojos. Caminó por las pintorescas calles, apreciando el bucólico paisaje de aguas cristalinas con tonalidades azules como no pensó que existieran de un lado, y casas multicolores salidas de la ingeniosa cabeza de uno o varios artistas del otro, subiendo escalonadas por la rocosa ladera. Azul. Ocre. Terracota. Blanco. Techos amarillos, otros más bien rojos. Balcones turquesa y letreros a todo lo largo anunciando bares, tiendas y restaurantes.

Contó siete botes pequeños solo en ese tramo del paseo marítimo. El puerto no se hallaba lejos, ya se acercaría a verlo después. Pero antes buscó entre la infinitud de letreros el del Sugar Bar para ver si era tal y como lo había imaginado.

La descripción del pequeño sofá con cojines verdes y blancos que daba a la calle era tan específica que por un instante dudó que fuera a ser así. Para su sorpresa no tardó en ubicarlo. Un letrero de pie con pizarra bordeada de madera en blanco anunciaba el *Happy Hour*, y allí encontró el sofá de tamaño para dos. Había otros similares ocupados por turistas, pero ese en especial estaba libre así que se sentó.

Un amable camarero le preguntó en un inglés casi perfecto qué iba a tomar. Se decantó por un jugo de frutas por el momento. Quería saborearlo despacio mientras contemplaba aquel mar sereno; el clima perfecto invitaba a la gente a vestir ligero y dejarse abrazar por el sol. Dos jugos de frutas después, estaba listo para irse; sacó un billete de cinco dólares como propina y se lanzó de nuevo a la calle.

Al llegar al final del muro de piedra que rodeaba el paseo, sintió que una mano lo aferraba a la altura del codo.

Su corazón dio un salto mortal al escuchar su nombre pronunciado en esa parte del mundo. Había ido a Parga a buscarlo, sin embargo, no esperó que fuera él quien lo encontrara primero.

—Adis, yo… —Un dedo silenciador se posó sobre sus labios antes de que el griego le acariciara el rostro por primera vez en mucho tiempo. Que una multitud los rodeara no impidió que se perdieran en su encuentro con el más febril de los besos, incluso llegó a escuchar un grito de aliento colectivo proveniente del restaurante Prestige al otro lado de la calle de piedra.

Cuando cobró consciencia miró sonrojado a los clientes que se habían puesto de pie para aplaudirles.

Era una locura. Alzó la mano en un gesto tímido a modo de saludo, si bien por otra parte no podía dejar de sonreír. Pensó en Mamma mia! (Alec adoraba esa película), y tuvo la fugaz visión de que se pondrían a cantar y a bailar de un momento a otro con la música de ABBA de fondo. La ocurrencia se disparó en su mente sin poder evitarlo; después de todo…, estaba en Grecia.

—¿Por qué no me dijiste que vendrías, Αγάπη μου? —repuso Andros acariciando su rostro como si todavía no pudiera creer que fuera real.

Lo envolvió entre los brazos, respirando su aroma y soltando un gemido que combinaba un alivio inconmensurable con unas terribles ganas de reír sin cesar.

—Se suponía que iba a ser una sorpresa. —Hallarse de nuevo arropado bajo su contacto disipó cualquier rastro de miedo. Sabía que ya no quería estar lejos de él nunca más—. Pero sospecho que alguien (Nikos), no pudo contenerse y te puso sobre aviso.

—Me alegra que lo hiciera. Pensé que no te encontraría, luego recordé que hoy es un domingo cualquiera…, y dejé todo para venir corriendo.

Era la pura verdad, y de una manera muy sexy, el sudor que cubría el cuerpo de Adis hizo que la camiseta que llevaba puesta se le pegara deliciosamente a la piel.

—Lo recordaste.

Suspiró impresionado, observándolo con el verde y dorado de unos ojos que eran tanto una condena como su salvación.

Parecía que había pasado una eternidad desde que tuvieron aquella charla.

—Jamás la olvidé, nunca dejé de pensar en nosotros en este lugar. Tenerte aquí es…, un sueño… Oh, Jules… —Pegó la frente a la suya, deshecho de tanta felicidad que le aterraba a la vez—… Dime que te quedas… Te amo…, te amo demasiado.

—Siento haberte hecho esperar… ¡Dios! Te extrañé muchísimo, cómo lo siento. —Fue él quien lo besó en esa ocasión, más despacio…, más tierno. No había motivo para correr cuando tenían una vida entera por delante—. Hoy es un domingo cualquiera, Adis —dijo con los labios húmedos por el beso—, y dejaré que me lleves a donde tú quieras, hoy y cada día después de este.

El griego sonrió, con esa mueca única que solo obsequiaba a la persona que había cautivado su corazón, después lo tomó de la mano para llevarlo con él hacia ninguna parte en especial… Porque estando juntos el paraíso podía encontrarse en cada esquina del camino.



—¿Alec? Alguien pregunta por ti —le informó Josh desde la puerta entreabierta de su pequeña oficina en la trastienda.

—Ah, ¿sí? —Encogió el ceño sin poder imaginar de momento quién podría ser. Hizo a un lado los papeles sobre su escritorio para revisarlos después. Alzó una ceja extrañada cuando pasó por su lado—. ¿Un cliente?

—No lo creo.

Alec salió al establecimiento, pasó por la sección de ropa interior acariciando con la punta de los dedos los rasos, las sedas y los encajes. Estaba orgulloso de haber adquirido aquella exclusiva línea de piezas no menos que fabulosas. Hasta ahora habían tenido muy buena aceptación entre su clientela. Casi se va de espaldas al identificar al hombre que estudiaba con expresión indescifrable una caja de vibrador multiorgásmico, que había sacado del montón alineado en el anaquel contra la pared.

Carraspeó al acercarse.

—Esos están en descuento si llevas dos o más. También hay en color negro con texturas intercambiables…, por si te interesa —informó a Crown, arrastrado por el hábito del vendedor.

El sujeto emitió un ruidito de entendimiento. Después lo puso de vuelta con los otros.

—Tal vez en otra ocasión. —Pasó la mano por su barba en un claro gesto de incomodidad, no por estar allí. No. La sensación tenía un origen muy distinto. Se notaba cansado, apagada la luz de esos ojos que Alec seguía pensando eran dignos de ser inmortalizados en un lienzo—. Necesito verlo…, sé que eres su mejor amigo y que es muy probable que quieras romperme la cara para después escupir en ella, pero aun así…

—Te equivocas, amigo. —Los rasgos de Alexander se desencajaron por el tono de su respuesta. O´Brien no parecía repudiar su presencia allí, en lugar de eso detectó cierta empatía en su actitud—. Fuiste el cretino por excelencia, pero ¿quién no ha sido un imbécil por amor?… Aunque claro que tú lo llevaste a otro nivel; supongo que ustedes los millonarios siempre quieren destacar en eso como en todo lo demás.

—¿Ya acabaste? —Una seriedad mortal.

El otro hombre levantó las manos en ademán de defensa.

—¿Sabes cuándo va a regresar? —Mientras estuvo en Dubai había intentado conectarse con Jules, se aferró a la posibilidad de que al menos tomaría una de sus llamadas para gritarle que lo detestaba. Sin embargo, había decidido ignorarlo, evadirlo, y eso resultaba mil veces peor. Al volver de su viaje la pesadilla terminó de clavarle sus fauces, dispuesta a hacer pedazos la poca esperanza que le quedaba. El asistente había renunciado a Crown Media y rescindido el contrato de alquiler de su apartamento.

—No va a volver, al menos no en un tiempo. Tienes que entenderlo, viejo…, quedarse lo estaba matando. —Alec inspiró con pesadez—. Dejó algo para ti. Tal vez…, tal vez tú deberías hacer lo mismo; irte lejos. —Que O´Brien se hubiera desquitado a golpes habría sido menos doloroso que escucharle decir eso. Lo observó ir a la trastienda para regresar medio minuto después con un sobre que identificó de inmediato—. Sé que la única cosa en la que no mentiste fue en decirle que lo amabas. —Se lo entregó, luego estrechó su mano con auténtica solidaridad. Él había estado en su lugar una vez. Sentir que no funcionaba bien porque una parte vital de su existencia fue cercenada desde la raíz era una amargura que no le deseaba a nadie; esperaba que algún día hallara consuelo—. Buena suerte.

Alexander correspondió en silencio, no por sostener una absurda imagen solemne, sino porque el simple esfuerzo de formar las palabras lo había abandonado.

Cruzó la acera, y una vez en la intimidad de su auto se derrumbó sobre el volante con la horrorosa impresión de puñaladas…, millones de ellas infligidas desde el interior, propinadas por el cruel filo

de un borde oxidado. Dolor insoportable, insondable. Su cuerpo se sacudió por los espasmos del desconsuelo más absoluto que había experimentado en su vida. La agonía pasó a través de él en espantosas oleadas hasta que algún tiempo después no quedó más que un sordo cansancio.

Recordó el sobre que arrojó sin cuidado en el asiento del pasajero. El maldito trozo de papel era una burla en su simple existencia, pero aun cuando deseaba prenderle fuego allí mismo lo cogió para darle un vistazo. Apartó con brusquedad el rastro de humedad de sus ojos antes de abrirlo. Le pareció de lo más ordinario hasta que un trozo de papel se desprendió del resto. Era la caligrafía de Jules, cuidada y elegante:

«Mi querido Alexander,

Haberte tenido en mi vida fue un obsequio inesperado; tal vez nuestra historia no tuvo el mejor de los finales, ni de los comienzos ahora que lo pienso, pero no es tu culpa o la mía. Desafortunadamente los errores de otros dejaron una corrosiva mancha que no tuvimos la suficiente inteligencia para borrar, por orgullo de tu lado…, por miedo y rencor de mi parte.

»Me di cuenta de que la vida era más a tu lado, que podía sentir más…, amar más. Te vi cambiar mientras íbamos tomados de las manos por el corto camino que una vez nos unió, y supe que ese cambio lo hiciste por mí, que fue sincero como tus besos, como las caricias que compartimos el tiempo que duró nuestra locura. Sostuvimos nuestras lágrimas, nuestros pesares y nuestras alegrías con una gracia que no creí posible. Siempre lamentaré no haber podido despedirme de ti con un beso que no estuviera empañado de lágrimas.

»Sé que jamás voy a olvidarte, y esa única verdad que nos une pienso atesorarla profundamente en mi corazón.

Jules».

Una fuerte opresión subió desde su pecho y le cerró la garganta, retorciéndola con crueldad. Aunque en un inmerecido giro de los hechos se regocijó con sus palabras, no creyó que Jules fuera una herida que iba a dejar de sangrar alguna vez. Pero en medio de la imperfección resaltaba todo lo que pudo haber sido. Jules lo había amado…, lo atesoraría como el único refugio que le quedaba, su luz en medio del océano de sombras que se abría a su alrededor, envolviendo todo cuanto podía ver.

38: Un año después

Alarmado, se hizo visera con la mano para proteger sus ojos de la punzante luz del sol sobre ellos.

De pronto no escuchó más que la serenidad de aquel coloso acuático y pensó que debió haberse dormido en algún momento e iba a la deriva mar adentro, entonces vio que el deslumbrante rostro de su esposo se apoyaba sobre una mano mientras lo contemplaba en silencio.

La tabla de *surf* se mecía con suavidad bajo su cuerpo, muy bien sujeta por el griego desde las quillas hundidas en el agua.

A lo lejos el murmullo de los bañistas.

Chapoteos y risas a la orilla de la playa.

—¿Te he dicho hoy lo mucho que te amo, Αγάπη μου?

Jules sonrió, mordiendo sus labios de esa manera que a él tanto le gustaba.

—Unas catorce veces, sí.

—¿Solo catorce? Entonces tendré que esforzarme más.

—Ya lo haces, intentas enseñarme a pararme sobre esta cosa.

—Sí…, el problema es que siempre terminas acostado —repuso él con humor.

—Lo siento…, me da mucho sueño y no puedo evitarlo. —Buscó la mano de Andros para ubicarla con suavidad sobre la delicada curva de su vientre de embarazo—. Tal vez a tu hijo no le guste tanto este deporte como a ti.

El griego acarició aquella parte del cuerpo del omega con una ternura que hizo que el corazón de Jules alzara el vuelo. Se había acostumbrado tanto a sentirse amado que ya no recordaba el tiempo en que había languidecido a falta de ese tipo de atenciones. Cada día al lado de Adis se sentía como una aventura, ya fuera lavando la vajilla juntos tras la cena, o bien descubriendo nuevos destinos en coche cada fin de semana.

—No importa, disfruto verte dormir. —Tanto como disfrutaba ver los cambios que sufría su cuerpo y que admiraba ahora en bañador. Le encantaba que Jules amara su estado y no buscara ocultar la nueva etapa de su belleza con otro tipo de prendas.

Su piel había adquirido un rico tono dorado, realzando el matiz de sus ojos con una coloración hechizante. En Parga nadie podía evitar admirarlo, pero más allá de eso Andros seguía cautivado por su corazón, que pese al maltrato sufrido y las cicatrices brillaba con luz propia. Su hermana Ekaterini no paraba de decirle lo dichosa que se sentía porque había encontrado al hombre ideal para él.

De pronto Jules se encogió con expresión de alarma. Colocó una mano sobre la de Adis y con la otra cubrió el lado opuesto de su vientre.

—¿Sentiste eso?

—Dios mío, no lo había sentido moverse. —Ya estaban en el quinto mes de embarazo, etapa en la cual el médico les comentó que pronto los movimientos de su bebé comenzarían a volverse más notorios. Andros esbozó la sonrisa más espléndida que Jules le había visto jamás, luego observó que su labio se agitaba preso de una emoción que le estrujó el alma—. Oh… Jules, dime que no estoy soñando. —Inclinó la cabeza a la caricia que su esposo dispensaba en su mejilla, con los ojos cerrados en actitud serena.

—Entonces yo estoy soñando contigo —susurró sin dejar de mirarlo—. ¿Adis?

—Te escucho, mi amor.

—Nunca te he dado las gracias, lo siento.

Los párpados de Andros se abrieron para observarlo con ambas cejas unidas en confusión.

—¿Por qué?

—Por la vida que estás construyendo para nosotros, porque tú me has enseñado a ser más fuerte, aunque sé que siempre serás mi más grande debilidad.

La vista del griego se empañó por la felicidad en la forma de un hombre con heridas que lo habían transformado en un ser extraordinario. Un hombre que pensaba que tenía que dar las gracias por algo a lo que siempre había tenido derecho, a ser amado con locura.

—Oh, Jules… ¿me hablas a mí de debilidades? —Se inclinó para besarlo, sobrecogido por lo que el omega le estaba dando…, más valiosa que cualquier otra cosa en el mundo: su propia familia.

•••

Nuevo final exclusivo

Promesa: Un nuevo comienzo

—Una boda…, y otro nieto. —Inspiró Theodora. Un suspiro profundo de dicha le hinchaba el cuerpo. Visualizó cascadas de rosas blancas derramándose de las lámparas de madera rústica del techo; imaginó los centros de mesa que combinaban con la cristalería, velas flotantes con más rosas sobre una cama de eucalipto y limonium.

Las ideas de la experta en bodas que contrataron para la ocasión la embargaban de muchísima ilusión.

—Puede que sea una nieta. —Junto a ella, Konstantinos sentía que la burbuja de felicidad que cargaba en sus adentros triplicaba su tamaño.

El Parga's acogería un evento único: ni más ni menos que la boda de su muchacho. Andros al fin estaba viviendo su anhelada felicidad; los traspiés habían sido numerosos, el camino le exigió momentos bastante amargos, hasta que alcanzó su plenitud. Pero nada que se preciara de ser valioso resultaba fácil de conseguir.

Una ley de vida. Una ley dura. Un recordatorio.

Esa sería la segunda boda, la que la pareja compartiría con el resto de la familia luego del matrimonio civil en el que Ekaterini y su esposo figuraron como sus testigos. Los Zagorakis celebrarían que Jules había llegado para quedarse; ahora era uno de los suyos. Su embarazo transcurría con normalidad, y en algún momento del camino Adis comprendió que tenía todo lo que una vez deseó. Unirse a su familia a efectos de gestionar el negocio le pareció entonces el siguiente paso natural.

En la cocina, Nikos y Dimitrios respiraban con alivio desde que su madre por fin aceptó la sugerencia de delegarle el trabajo a una profesional; no fue sencillo convencerla. La matriarca había asegurado a la pareja nupcial que se encargaría de cada detalle y ellos aceptaron sin rechistar. Pero cuando Nikos empezó a ver pruebas de telas brillantes y coloridas sobre las mesas, y luego Dimitrios escuchó por casualidad una conversación referente a cortinas de lentejuelas, los hermanos tuvieron que entrar en acción para evitar que la creatividad de Theodora convirtiera la boda en un carnaval.

Ekaterini, la melliza de Adis, volaría desde Grecia para el evento con su pequeña Zoi, su esposo y otros familiares que papá y mamá Zagorakis no habían visto en años. Sería una reunión hermosa y el buen ánimo bullía con todos ansiosos por el gran día.

—¿Qué hay de ti, te ves casado y persiguiendo pequeñas versiones con tu cara todas las noches en pijamas, intentando que se vayan a dormir? —preguntó Nikos a Dimitrios mientras colocaba un pequeño plato hondo con salsa tzatziki a fin de rematar aquella orden de keftedes para la mesa cinco. Tocó la diminuta campana que anunciaba el platillo listo y al punto se puso a trabajar en el siguiente.

—Me gustaría que esas pequeñas versiones tuvieran la cara de su mamá. —Los labios del mayor de los Zagorakis se estiraron en una sonrisa de anticipación. Meneó la cabeza y parpadeó de pronto al comprender, con una profunda sensación de increíble ternura, que era la primera vez en muchísimo tiempo que se permitía tener ese tipo de reflexiones hogareñas—. Con tres o cuatro estaría bien. —A Florence ya no le incomodaba hablar del tema de vivir juntos y formar una familia. Sabía que Jules había obrado algún tipo de cambio en la mujer que amaba con locura. Fuera cual fuera su magia lo agradecía—. ¿Qué me dices tú?... Personalmente, creo que la vida familiar no te pega nada.

La herencia genética de alfas y omegas resultaba incompatible con la beta. El único recurso del que disponían en dado caso sería la adopción.

—Eso facilita mi vida con Alec, ya que estamos en la misma frecuencia: nacimos para ser los tíos geniales. Con los hijos de Adis, Ekaterini y la guardería que planeas engendrar, tendremos niños de sobra a quienes consentir.

Los hermanos echaron a reír. El sonido solapado por los ruidos habituales de cacharros metálicos, vidrio y el murmullo quedo de las conversaciones que se alzaba desde las mesas. Si alguien de verdad hubiera puesto suficiente atención, habría escuchado la cadencia de los suspiros, el sordo caer de los corazones rotos que iba dejando a su paso el Zagorakis de en medio. Avanzaba indiferente hacia la cocina con una bandana de cocinero en color negro sobre la cabeza. Calmo. Elegante.

La noticia de los preparativos nupciales se había extendido como una señal de humo durante semanas gracias a mamá Zagorakis. El club de fans de los hermanos sufrió un duro golpe en el transcurso de los meses más recientes con la revelación de que ninguno se encontraba disponible. Andros Zagorakis desplegaba sin proponérselo su aura de macho dominante, un rasgo innato en él si bien nació siendo un alfa de segundo grado. Contemplarlo ya era en sí todo un placer visual, el único placer que la clientela del Parga's podía darse el lujo de concederse.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Por qué no estás con Jules? —Nikos apenas alzó la mirada. Troceaba carne y trituraba algunas hierbas, todo ello a la vez. Dimitrios y Georgios no le iban a la zaga, moviéndose de manera rápida y eficiente por la cocina.

Adis pensó que hizo bien en dirigirse hacia el restaurante después de la última prueba de su traje de boda. Con tanto por hacer, un par de manos extra era justo lo que necesitaban. Sin perder un segundo cruzó al otro lado, se puso su delantal, se lavó las manos y se dispuso a tomar la siguiente orden.

—Con Alec —dijo fijándose en que el platillo llevaba queso feta, así que comenzaría por sacar rodajas de pepino y tomate—. Para lo que se espera de las etapas finales del embarazo su vientre no es tan grande, pero el traje no le ajusta como quiere y se siente incómodo. —Una involuntaria mueca risueña llenó de cariño los labios del alfa. Le agradaba la idea de que su compañero de vida se preocupara por aquellos sencillos detalles. Detalles de cosas que los involucraban a ambos. Esos pequeños retazos de color y felicidad con los que iban construyéndose juntos—. Por supuesto, no puedo saberlo. Se supone que no debo verlo con el traje antes de la boda.

—Porque es de mala suerte. —Dimitrios pasó a la carrera a sus espaldas, encargándose de imprimir mucho énfasis a la «erre» de la última palabra—. Todo el mundo sabe eso.

—¿De verdad crees en esas cosas? —El cuchillo de Adis era un borrón en sus habilidosas manos. La hoja plateada se movió a mayor velocidad sobre un lozano pepino, que en cuestión de segundos cobró forma de perfectos medallones del mismo grosor.

—Dicen que no hay humo sin fuego, hermano. —El atractivo rostro de Nikos giró en dirección de Andros, en exceso solemne, esto antes de romper en una sonrisa breve al advertir el rastro de dudosa aceptación que su razonamiento había puesto en la expresión del otro hombre. Adis volvió a lo suyo sacudiendo la cabeza y arqueó acusadamente las cejas—. Dejando las supersticiones de lado, ¿estás listo para esta noche?

—¿Qué hay esta noche? —Supo al instante que se arrepentiría por haberlo preguntado. Nikos tenía esa expresión en la cara, la de estar urdiendo algo maquiavélico. No intentó disimular cuánto le deleitaba el desconcierto que mostrarse tan repentino suscitaba.

—¿Qué más? Tu despedida de soltero. ¡Eres el hombre del momento! —soltaron sus hermanos con Georgios en un sonriente coro.

Un mohín en el que parecía no estar del todo convencido con la idea brotó de la comisura de sus labios.

—No pienso ir a un bar de desnudistas a emborracharme —declaró terminante.

—Nadie dijo nada de desnudistas. —El brazo de Nikos le abarcó la espalda con una energía imponente—. Lo de emborracharse es debatible. —A continuación las manos del joven se

apresuraron a los hombros de su interlocutor, incapaces de mantenerse quietas; se dedicó a masajearlos al tiempo que proseguía con aire elocuente. Acordes persuasivos le envolvían la voz—. Encontré este bar relativamente nuevo en la ciudad, el Velvet Lounge. Tienen una banda que toca en vivo todas las noches, y créeme que la carta de bebidas no está nada mal.

—No lo sé…, no quiero dejar a Jules más de lo necesario.

—Ay, por favor…, Jules también va a estar ocupado en su propia despedida de soltero.

—¿Qué? —El cuchillo en poder de Adis se detuvo.

—¿Tú qué crees?... Después de todo es el otro hombre del momento. —Nikos se apartó para seguir trabajando en su orden.

Adis parpadeó su gran sorpresa. Soltó un pequeño ruido de comprensión, un carraspeo de lo más griego seguido de un asentimiento. Retomó la tarea, aunque los demás hombres advirtieron el evidente recelo que se apoderó de su cuerpo.

—No puede beber alcohol.

—Ya lo sabemos —repuso Dimitrios, con una calma prodigiosa.

—Tampoco es bueno que se sobreesfuerce.

—Tranquilo, Alec se está encargando del asunto, así que lo tiene cubierto —dijo Nikos, ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora que no sirvió para nada porque se notaba a las claras que su hermano no quería tranquilizarse.

Los hermanos trabajaron un rato en silencio. Regulaban la intensidad del fuego para esto o aquello. Removían el contenido de ollas, aderezaban carnes, disponían los vegetales cocidos de maneras hermosas en platos coloridos. Olores y texturas suculentas fueron cobrando vida hasta que Andros no pudo seguirse conteniendo y tuvo que preguntar:

—¿A dónde piensan llevarlo?

—Creo que a un bar de desnudistas. —La respuesta llegó de parte de Nikos. El Zagorakis de en medio levantó la cabeza con un gesto brusco, y el ademán bravucón de su mandíbula fue recibido por un segundo coro de risas—. Ay, hermano, eres de lo más entretenido.

—En serio, Adis, relájate. Estás viviendo un momento único con la persona más importante para ti, disfrútalo un poco más, ¿quieres? —La voz de la razón, Dimitrios, intercedió con suavidad—. Esto lo hacemos con la intención de atenuar los ánimos. Sabemos que a ambos les emociona lo que está pasando en sus vidas, pero tú en especial…, te ves tan tenso. Por supuesto, quieres que todo salga perfecto. —Se acercó a la barra para dejar el plato y tocar la campanilla. Theodora ya se apresuraba hacia él—. Por si no te has dado cuenta —continuó—, frunces el ceño en exceso últimamente. No creo que quieras que eso sea lo primero que vea tu bebé cuando abra sus ojos al mundo.

—He leído que los recién nacidos tienen poca habilidad para enfocar las cosas a menos de que estén muy cerca de su rostro. —Tres pares de ojos azul Zagorakis convergieron al unísono hacia un mismo punto: la cara pecosa de Georgios.

—Gracias, amigo. —Nikos se tomó su tiempo para recorrer a su primo de arriba abajo con actitud deliberada—. Eso ha sido oportunamente aclarativo. Buen chico.

—¿Estás siendo sarcástico?

—Para nada, solo se me ocurrió que encontrarías gratificante que te lo dijera. —El chiquillo pareció estar a punto de decir algo más, pero se lo pensó mejor y se limitó a encogerse de hombros.

Adis no pudo objetar nada, porque lo cierto era que Dimitrios nunca se quedaba atrás. Tenía razón. Georgios no era el único que había estado leyendo acerca de bebés. Sus propios pensamientos ocupados en los posibles riesgos durante el embarazo y el parto en omegas masculinos. Si bien las

complicaciones serias eran poco frecuentes, el seguimiento médico regular se hacía crucial para llevar un embarazo saludable a término. Él se había asegurado de que Jules y su bebé estuvieran en las mejores manos, eran su responsabilidad más hermosa.

Y con esto le sobrevenía la apabullante realidad: jamás había sido tan feliz. Una felicidad tan radiante que *sí,* muy a su pesar, lo tenía un poco tenso. Supuso que era algo que los papás sin experiencia debían enfrentar, e imaginó que tendría que lidiar con aquel sentimiento un poco más si no hacía algo al respecto. Dimitrios lo había dicho, era un momento único, y que estuviera compartiéndolo con su amado omega ya lo volvía perfecto. Quería disfrutar cada segundo.



Alexander Crown levantó la vista de los papeles que tenía enfrente, arrojó la elegante pluma sobre el vidrio templado de su escritorio y echó la cabeza hacia atrás, reclinándose en su silla. Le iba a estallar de un momento a otro. Sentía cómo la sangre le golpeaba las sienes con una intensidad que ya no podía seguir postergando.

Se llevó los dedos de ambas manos a la zona de su dolencia y masajeó a sabiendas de que no sería tan sencillo deshacerse del malestar. Su hermana hizo un trabajo excepcional en su codicioso esfuerzo por desmantelar el imperio que su padre construyó medio siglo atrás. Había pasado poco más de un año desde que el equipo contratado por Crown recabó pruebas suficientes para identificarla como la autora intelectual de una estafa de millones de dólares. Aun a esas alturas seguían encontrando registros contables falsificados. Manejar la discreción con un problema de semejante magnitud entre manos seguía ocupando el primer lugar en su lista de prioridades.

Pero el daño estaba hecho.

Si bien las acciones que Alexander Crown tomó para salvaguardar los intereses de los inversores resultaron ser inteligentes maniobras financieras, no consiguió restablecer la confianza de muchos de ellos que optaron por retirarse.

Crown Media aún se tambaleaba, no obstante, confiaba en la solidez que respaldaba aquellos cincuenta años en el negocio de la publicidad como un referente poderoso.

Un pesado suspiro abandonó el pecho del alfa.

Volvió el rostro hacia la fotografía que ocupaba un lugar especial sobre su escritorio; justo al lado del monitor podía echarle un vistazo de vez en cuando mientras tecleaba. Tenía una idéntica en el despacho de su apartamento. Tanto Jules como él habían ignorado el *flash* de la cámara y al fotógrafo que capturó la imagen de ellos dos juntos. Lo único que le quedaba de un pasado que había sido mucho mejor, un pasado que se convirtió en un instante.

Habían estado muy ocupados sonriéndose como para reparar en nadie más.

Perdió unos minutos contemplándola con cara de idiota. Con Jules llegó a experimentar, entre otras cosas, algo muy extraño: alcanzaba a recordarlo todo con una nitidez asombrosa. Podía tratarse de un obsequio, o más bien un castigo. Alexander y Jules bailaban *I put a spell on you* durante la celebración del cincuentenario de la empresa. En ese momento en verdad se sintió en la cima del mundo, no se le ocurría desear nada más porque lo tenía todo.

La yema de su dedo acarició con suavidad a Jules por encima del cristal.

Dedicarse a devolver el prestigio al negocio familiar terminó por convertirse en una distracción. Y funcionaba, hasta que el asunto de haber perdido a la única persona que había amado del modo más puro regresaba para señalar en su dirección como un gran ojo acusador.

Necesitaba meterle cafeína al cuerpo. Aún se resistía a buscar alivio en los analgésicos; no tenía claro si lo hacía para autoinfligirse de ese modo una parte de su castigo por ser un bastardo egoísta.

Si hubiera actuado como un hombre mejor habría mantenido las distancias con Jules, pero a él se le ocurrió irse de cabeza y sin frenos sin tomar en cuenta lo que arriesgaba en su deseo de poseerlo por completo.

Iba a extender la mano para llamar a su asistente y pedirle el maldito café cuando recordó que la había despedido. No sabía cuántas desfilaron por el puesto sin dar la talla.

Bien, iría por una taza él mismo. A lo mejor despegarse un rato de aquel lío de papeles le despejaba la mente. Decidió ir al *office* algunos pisos más abajo, caminar un poco; en un inconsciente acto de voluntad se encontró abandonando la cabina del elevador en el número cuarenta y ocho. Ese piso. El piso de Jules. Se rascó la nuca a la vez que se le retorcía el corazón. Y deseó con una desesperación descarnada poder retroceder en el tiempo y cambiar la forma despreciable con que había manejado las cosas. Sus pies lo llevaron al otro extremo, donde el ventanal que ocupaba toda la pared del fondo consentía una espectacular vista del perfil de la ciudad.

Alguien a quien no conocía de nada ocupaba el cubículo que una vez fue del omega. Se dio cuenta de que en el transcurso de aquel tiempo de porquería estuvo evitando los lugares que se lo recordaban, de manera que cuando necesitaba reunirse con Joan St. James o quien fuera los convocaba en su oficina.

Alexander Crown, inmerso en su desdicha, seguía proyectando en el exterior su aire desenvuelto y elegante, por lo cual no le faltaba atención masculina ni femenina en su andar por los pasillos. Sin embargo, él se sentía ausente la mayor parte del tiempo; convertido en un espectro, ya ni siquiera esperaba que la luz del día llenara los espacios vacíos de su interior.

—¿Te refieres a ese bar karaoke en la avenida Edgewood? —Las corrientes subterráneas de confidencialidad y emoción que percibió en la voz femenina que se oía desde el *office* le hicieron detenerse. En verdad necesitaba ese café, pero no se encontraba con el ánimo de fingir normalidad o mostrarse sociable. Lo que oyó a continuación lo retuvo en el lugar justo cuando estaba a punto de marcharse—. ¿Así que Jules no tiene la menor idea?

«Jules».

La turbación de escuchar su nombre en la boca de una desconocida casi le hizo soltar un gruñido. Contaba con los medios necesarios para haberlo rastreado en cualquier punto del globo donde hubiera decidido ir a esconderse, pero eso habría supuesto otra bajeza de su parte. De lo único que llegó a enterarse más tarde y por mera casualidad era que se había marchado a Grecia, que era muy posible que no regresara.

—Es una sorpresa. No se trata de nada elaborado, solo pasar un rato divertido entre amigos antes del «Gran Día», algo espontáneo. —La cara le cambió al escuchar aquello. «El Gran Día», repitió con amargura en su mente. Reconoció la segunda voz como perteneciente a Florence, encantada en lo que ponía a la otra mujer al corriente sin entrar en elaborados detalles—. ¿Qué dices? Puedo pasar por ti y tu chico a las ocho…

La conversación de las mujeres se vio ahogada por el retumbar de la sangre en sus oídos. Fue como una tormenta de granizo, como si todo el sufrimiento del mundo antiguo y el actual entrara de golpe en su cuerpo. La mente se le nubló con una andanada de preguntas.

¿Jules había vuelto? ¿Cuándo? ¿Iba…, iba a casarse? ¿Con quién? ¿Con quién más, idiota?

Tomó nota de los síntomas físicos de su impresión con una parte de su ser que aún permanecía lógica, la misma que lo guio de vuelta a su oficina lo mejor que pudo y evitó que se rompiera en mil pedazos frente a sus empleados. Pero una vez en la intimidad de sus paredes solo alcanzó a pensar

en ir hacia el ventanal donde apoyó la frente en el vidrio frío, tratando de calmar el caos emocional que le recorría el cuerpo.

¿Pasaría algún día ese dolor?

Seguro que no. Nadie escapaba del infierno con tanta facilidad, mucho menos alguien que había sabido entrar en él por la puerta grande.



—Ponte esta chaqueta, primor —sugirió Alec, utilizando aquel apelativo que él mismo acuñó años atrás—, no quiero que Adis me asesine si te resfrías por no ser lo suficientemente precavido.

—Soy un hombre, Alec. ¿Sabes qué se siente que todos te traten como si fueras a romperte por cualquier cosa?

Tras volver de Parga, Jules y Andros se instalaron en el antiguo apartamento del alfa. Era un buen lugar en un buen edificio, perfecto para acomodar la pequeña familia cuya ilusión más grande era darle la bienvenida a su cuarto miembro. Sí, hasta *Arsen* parecía intuir que algo importante se avecinaba y ya no se le abalanzaba a su amo con la misma efusividad de antes, sino que ahora se acercaba a él de manera más comedida, más tranquila.

En el amplio baño revestido por baldosas de imitación mármol, Jules Zagorakis se miraba en el espejo ovalado mientras recogía su extensa cabellera, muy lisa, muy negra, en un descuidado moño. Con aquellos vaqueros holgados y desgastados en las rodillas, una sencilla camiseta gris oscuro con cuello de pico y las cómodas Converse, parecía más joven de lo que era.

Arsen se le acercó para que le acariciara la cabeza, luego volvió al cuarto y recuperó el gato de peluche que Andros, su otro amo, le regaló días antes.

—Por su supuesto que lo eres, Jules. Pero en estado de embarazo, casi a término. No se puede bajar la guardia cuando el bizcochito está a punto de dejar el horno.

—Este bizcochito permanecerá en el horno por algún tiempo más, descuida —adujo al salir del baño, y aunque renuente cogió la chaqueta para echarle un vistazo—. ¿Lo escuchas, bebé?... Este es tu tío Alec del que te estuve hablando; a veces se comporta como una abuelita —añadió, colocando una de sus manos sobre el delicado bulto de su vientre de forma cariñosa.

—Hola, bebé —repuso su mejor amigo, que se acercó para acunar su pancita—; el tío Alec lo hace porque se preocupa por ustedes dos, pero tu mami desagradecida no valora mis esfuerzos. Además, todavía no conoces a tu papá…, puede ser un sujeto muy intimidante así que el tío Alec también tiene que ocuparse de su integridad física —concluyó, abriendo sus expresivos ojos con suficiencia.

Jules contempló a Alec, a sus manos cálidas y afectuosas sobre él. Su mirada entrecerrada en un gesto risueño.

—¿Alguna vez nos imaginaste así? Recuerdo cuando me dijiste que serías el mejor tío del mundo si decidía tener hijos, pero ni siquiera entonces conseguía visualizarlo.

—¿A mí cuidándote como una abuelita? —Aquellas manos esbeltas saltaron a sus brazos y lo recorrieron camino arriba para rodearle el rostro. Una vez allí Alec empezó a juguetear con sus mejillas, apretándolas hacia el centro con lo que sus labios se juntaron formando un puchero. Lo observó con suavidad por algunos instantes y su expresión conmovida se desarmó en una sonrisa. Se inclinó a depositar un pequeño beso en ese puchero, luego se apartó lo mínimo para seguir hablando —. Ni en mis sueños más locos. Y eso que soy de mente abierta y he probado con cosas

innombrables como la cerveza sin alcohol. —El momento resplandeció de risas, de gozo—. Sigue siendo inesperado y perfecto. Este bebé será una prolongación de ti, Jules…, siento que ya lo amo con todo mi corazón.

Jules carraspeó, e hizo ademán de empezar a meterse la chaqueta con la intención de evitar que su amigo viera el escozor que le había puesto los ojos acuosos.

—Mejor…, mejor ya vámonos. Nos estamos poniendo muy sentimentales. —Alec se le adelantó a fin de ayudarle—. ¿Ya me vas a decir a dónde vamos?

—¿Qué parte de que es una sorpresa no has entendido? Ya sabes que es tu despedida de soltero, con eso debería bastarte.

—Técnicamente ya no soy soltero.

—Lo que pasó en Grecia, se quedó en Grecia. Esta será tu despedida a la soltería oficial; no creas que vas a dejar a tus amigos con las ganas de festejarte. Tenemos que brindar por eso. —Alec vio que su amigo le daba vueltas a lo que dijo y adivinó sus pensamientos al punto—. Sin alcohol para ti. Despreocúpate.

De verdad que Alec pensó en todo. La reservación que había hecho a las ocho y media en un exclusivo bar karaoke los ubicaría en la zona libre de fumadores. Jules rio con especial cariño para sus adentros. No obstante, el sentimiento festivo se desintegró al momento de escuchar lo que el guardia de seguridad respondió tras corroborar la reserva en su lista.

—Lo siento, señor O´Brien, tal parece que hubo un problema y confundieron su reservación con la de otro cliente.

El brote airado que reptó por la columna de Alec fue casi un ente vivo, listo para desmembrar a quien osara a ponérsele enfrente. En solidaridad con él, Florence, Natalie con su novio Wes y Jules miraron al sujeto con franca molestia. Una palpable tensión hacía saltar chispas en el aire por encima de sus cabezas. La multitud que esperaba en una eufórica línea a las afueras confiaba en poder llamar la atención del guardia, esperanzada en sus increíbles atuendos, belleza y carisma. Los más cercanos al grupo de Alec casi saboreaban ser los próximos en poder entrar. El tipo movió los dedos sobre la pantalla de la tableta que sostenía con la otra mano, y cuando por fin alzó la mirada de nuevo les sonrió con cara de disculpa al tiempo que levantaba el cordón para abrirles el paso.

—Espero disculpen los inconvenientes, acaban de indicarme que les asignaron un espacio en la zona VIP sin ningún cargo extra. Bienvenidos, pasen una noche agradable.

Con significativa cautela, Alec encabezó la marcha. Miraba desconfiado al portero y su dispositivo, queriendo comprobar que había escuchado bien. Tan pronto él y sus acompañantes estuvieron del otro lado, un pasillo de paredes de ladrillo iluminado por letreros de neón retro, echaron a reír de pura incredulidad.

—«Espero disculpen los inconvenientes». ¿Pueden creerlo? —De pronto Alec notaba una especie de aceleración en sus sentidos; le ocurría cuando se sentía muy bien. El breve susto de la entrada quedó sepultado por la exhibición de opulencia de aquella área del bar reservada para sus clientes más exclusivos.

La simpática camarera los guio hasta su mesa, donde los esperaba otro cordón de terciopelo que ella desenganchó para que se acomodaran. Sillones de caro tapizado de piel en color rojo. Un tenue brillo violeta se acumulaba en la base de la mesilla en forma ovalada que daba la impresión de ser un pesado bloque de cristal negro. La chica les entregó una tableta con el menú. Con una atención impecable les explicó que podían ordenar desde el dispositivo cualquier cosa que necesitaran. Inclusive tenían acceso a la lista de canciones disponibles en caso de que quisieran participar en el karaoke.

—Ya puedes ir echando un vistazo, primor —dijo Alec a Jules, batiendo las pestañas de forma insinuante—, porque esta noche queremos escucharte cantar, ¿no es así? —Con un gesto abarcó al pequeño grupo de amigos, quienes ya comenzaban a sonreír entre asentimientos cómplices.

—Créanme que les estaría haciendo un favor si no lo hago.

—Solo está siendo modesto. —Restándole importancia a la admisión de su amigo, Alec agitó la mano por encima de su cabeza—. Yo lo escuchó cantar en la ducha todo el tiempo y tiene una voz sexy. Apuesto a que también baila mientras se enjabona.

—Eso no es ciert…

—Ay, por favor, Jules. Hoy todos vamos a cantar. —Florence se arrimó a él y se le colgó del brazo en actitud mimosa. Los brazaletes étnicos que le adornaban los brazos tintineaban alegres con cada movimiento—. Di que sí, di que sí, di que sí.

—No es justo…, al menos ustedes pueden meterse alcohol en la sangre para armarse de valor.

—Yo nunca lo he hecho —intervino Wes, pasando su brazo alrededor de los hombros de Natalie. Esta se encogió y se arrellanó más en el costado masculino; parecía cómoda y feliz hasta lo imposible con aquel hombre que se deshacía en atenciones con ella. Jules se alegró muchísimo por ambos—. Pero me animo si ustedes lo hacen.

Jules estaba en medio de inventarse unas cuantas excusas más para salir del apuro cuando Alec volvió a abrir la bocota, emocionado con alguna ocurrencia de último minuto.

—¿Qué tal esto?... La primera canción de todos va sin alcohol. Vamos a ordenar las bebidas, pero serán el premio al final.

—Me parece justo. —Estuvo de acuerdo Natalie. Movía la cabeza al ritmo de la música que la banda ejecutaba en ese momento, una balada noventera al estilo instrumental para amenizar el ambiente en vista de que nadie se había atrevido aún a subir al escenario.

Los demás expresaron su acuerdo con vigorosas muestras de asentimiento. Y Jules sintió que se le retorcía algo en las entrañas, algo que no tenía nada que ver con su bebé.

Una cosa era tararear en la ducha y otra muy diferente enfrentarse a la mirada de un mar de extraños desde ese escenario. Para empeorarlo, dos reflectores comenzaron a parpadear en dirección del soporte del micrófono.

—Míralo así, Jules —empezó a decir Alec en un alarde de su dominio psicológico sobre él—, no conoces ni a un cuarto de un cuarto de la mitad de estas personas y ellos tampoco te conocen a ti. Además dentro de un rato todos vamos a estar ebrios, así que…

Se encogió de hombros.

—Pagarás por esto cambiando muchos pañales sucios, O´Brien.

—Uy, mira cómo tiemblo. —Fingió un escalofrío de lo más melodramático y todos se echaron a reír.

Conversar de cualquier cosa con sus amigos mientras esperaban las bebidas le procuró una buena dosis de serenidad. Natalie le enumeró las trescientas razones por las que Wes era maravilloso. Iban en serio pero no deseaban apresurarse. Pese a su pequeña historia con Dimitrios no parecía incomodarle el hecho de que el griego y Florence también tenían una relación, algo que la hija de Joan St. James llegó a comentarle en su momento.

Esto no hizo mella en su amistad, que al fin y al cabo era lo más importante.

Un margarita para Alec. Un mojito para Florence. Natalie pidió un «sexo en la playa» y Wes un *screwdriver*. Jules se contentó con su piña colada sin alcohol.

Para hacer honor a su palabra, Alec dio una palmada al aire y se puso de pie. Sabía de sobra cual canción quería cantar. Cogió la tableta y buscó el título en la lista. Hasta ese momento muy pocos

osados se atrevieron a subir al escenario.

Seleccionó el tema e ingresó su nombre junto a él. Algunos minutos más tarde el escenario se sumió en la penumbra, y al regresar la luz los reflectores habían adquirido un hipnótico color rojo.

Alec se hallaba presto frente al micrófono cuando el *riff* de *Careless Whisper* dio comienzo; un aullido general se alzó inmediato desde todas partes. Jules se echó en el respaldar entre risas y aplausos.

—Eres un bastardo —dijo por debajo del estruendo en parte gritos en parte música.

La canción favorita de Alec. Por coincidencias de la vida su voz se adaptaba perfecta a la tonada con un nivel que nada tenía que envidiar a un profesional. Florence y Natalie respondieron con entusiasmo, precipitándose desde sus asientos en medio de gritos de emoción. Jules silbó su admiración lo que dio pie a que otros se le unieran. No faltó una buena parte del público que se le unió a voz en grito cuando Alec sacó el micrófono del soporte para acercarse al chico del saxofón, contoneándose al ritmo pegadizo de la canción.

Todo él color y locura.

—Genial, ahora los demás vamos a quedar como unos completos estúpidos. —Se inclinó Wes para que las chicas lo escucharan. Su queja les arrancó una carcajada.

Jules no recordaba haberse divertido tanto en toda su vida. Permitió que el rencor le robara años valiosísimos; una época en la que arriesgó sin ningún miramiento su única amistad. Pero Alec demostró su apoyo incondicional y resuelto aun en sus decisiones más estúpidas, secó sus lágrimas, sostuvo su cuerpo cuando la vida se le vino encima con toda su brutalidad en múltiples ocasiones. Solo se tuvieron el uno al otro por mucho tiempo, ahora les rodeaban personas increíbles: sus respectivas parejas, sus amigos.

En ese momento un repentino estremecimiento de comprensión ascendió desde sus pies al saborear el término que asomó a su cabeza: un milagro. Aquella palabra fue durante la mayor parte de su vida un concepto lejano, incluso místico. Pero si lo que ellos estaban viviendo ahora no era un milagro… entonces, ¿qué otra cosa podría ser más extraordinaria que eso?

Sobrecogido por la oportunidad que la vida les había concedido para encarrilarse, se unió a la celebración unánime que inundó el Velvet Lounge al culminar la interpretación de Alec. En su trayecto de regreso a la mesa miradas descaradas y curiosas lo seguían de cerca sin distinción. Sonreía. Una sonrisa arrebatadora que se ensanchó en todo su esplendor tan pronto estuvo de vuelta con su tribu, a la que dedicó una juguetona reverencia. Se le veía tan feliz que Jules lo sintió en su propia carne.

Alec fue hacia él y lo abrazó con una fuerza perfectamente calibrada para evitar aplastarle la barriga.

—Te quiero demasiado, primor. —Suspiró, enterrando la cara en un costado de su cuello. Jules apretó los labios en un gesto con el que intentaba gestionar sus emociones.

Era como si Alec hubiera escuchado sus pensamientos desde el escenario y se uniera a él en ese lapso de profunda gratitud.

—Yo también te quiero. —Con gran esfuerzo reprimió las lágrimas, aunque no pudo hacer mucho con su voz trémula—. Gracias por estar siempre. No tenías por qué soportarme y aun así lo hiciste.

—Lo dices como si yo no te hubiera complicado la vida en más de una ocasión. —Una exhalación risueña. En los ojos de ambos se apreciaba el más sincero de los cariños al momento de apartarse para entrelazar las miradas—. Eres lo mejor que me ha pasado. Y… ¡voy a brindar por eso! —dijo con un guiño—. Ustedes resígnense a babear mientras me ven. —Florence le sacó la lengua,

divertida. Alec se inclinó a coger su margarita—. ¡Por Jules! —exclamó, acercándose el borde escarchado de sal a los labios para beber con disfrute—. Y bien, ¿quién sigue?

—Esa voy a ser yo. —Florence ya había elegido su canción. Se decantó por una cadencia más suave; la aspereza de su voz le dio su propio toque a *Killing me softly with his song* y consiguió que el público le obsequiara una calurosa ronda de aplausos al finalizar.

Se regaló un generoso trago de mojito para calmar los nervios, evidentes en el temblor de sus manos.

—No me digas que es tu primera vez en el karaoke. —Jules la observó pasarse una servilleta por la frente perlada de sudor.

—Sobria, sí. —Se miraron y se rieron con sincera diversión mientras el escenario regresaba a la penumbra.

La iluminación sobre los reservados tenue, diseñada para brindar una acogedora sensación de refugio, de intimidad. La silueta más oscura de un hombre caminaba hacia los chicos de la banda, pero ni Jules ni Florence prestaban atención dando pequeños sorbos a sus bebidas.

—Pues lo hiciste muy bien.

—¿Ya sabes cuál quieres cantar?

—¿Por qué pareces tan emocionada?... La verdad es que no sé; los nervios me dejaron la mente en blanco.

—Vamos, Jules… Solo una canción. Te dejaremos en paz después de eso.

Las cuerdas de una guitarra irrumpieron repentinas el aire. Un solo enigmático mantuvo a todos en suspenso hasta que medio minuto después la batería entró, llenando el vacío y transformando el caos en música.

—Eso es un clásico de clásicos —mencionó Wes y luego soltó un silbido impresionado.

La silueta masculina sobre el escenario se convirtió al punto en el centro de todas las miradas.

—*Wild thing*…

¡Tun tun tun tun tun!

La voz grave y seductora gatilló una profusión de reacciones, que adquirieron niveles incendiarios según los reflectores bañaban de luz dorada al sujeto que agarraba el micrófono con ambas manos. Botas gastadas. Pantalones oscuros de cuero. Camiseta negra con el cuello deshilachado que hacía que se viera delicioso a rabiar.

Jules se apresuró a tragar la piña colada en su boca para mirar a su alrededor con la expresión desencajada que todos habían estado esperando.

—Ese es Nikos. ¿Por qué no me dijer…?

—Sorpresa, tonto. —Florence le cogió la cara para darle un sonoro beso en la mejilla. Apenas se apartó se unió a sus otros amigos que comenzaban a aplaudir su complicidad.

La chica se puso de pie a tiempo de recibir a Dimitrios envolviéndole el cuello con los brazos. Georgios parecía tímido, pero se detuvo a saludar a uno por uno. Con el corazón acelerado y rebosante de alegría, Jules se dispuso a darse la vuelta para buscar a su alfa cuando sintió las manos que le recorrían. Subieron lentas por su cuerpo previo a estrecharlo con indecible ternura, una ternura que era en sí misma una marca de posesión.

Dedos grandes y varoniles se cerraron a un costado de su rostro al tiempo que los labios de Andros le recorrían el cuello en una caricia lánguida. El envite de la fragancia pura y limpia del mar, intercalada por delicados acordes almizclados. Salvaje y erótica. La deliciosa esencia de su macho lo envolvió como un millar de cordones de terciopelo. A modo de respuesta, una potente ráfaga de calor ardió bajo la piel de Jules, liberando una brillante neblina de feromonas perfumadas.

Con el embarazo aquel olor había variado, adquiriendo nuevos y ricos matices. Tan profunda la intimidad entre ambos que solo Andros era capaz de advertirlo, puesto que Jules le pertenecía tanto como él se sentía parte de Jules. Orgulloso de tal exclusividad paladeó la dulzura del chocolate más exquisito que casi sepultó la vainilla y los pétalos de rosa. En ocasiones se descubría preguntándose si se trataba de una especie de cambio permanente, aunque lo cierto era que lo traía sin cuidado porque igual lo fascinaba.

—Αγάπη μου, moría de ganas de estar contigo. —Su acento sedoso y agradable al oído.

De los labios estremecidos de Jules casi escapó un gemido. La sola presencia de Andros bastaba para embargarlo de un deseo brutal. A pura fuerza de voluntad consiguió controlar lo que sentía y dejó que su espalda hallara consuelo en el torso musculoso que le daba la bienvenida.

—¿Lo sabías?

Aspiró con fuerza. Algo en él, en extremo vinculado a su alfa pareció aplacarse. Apenas reparaba en ello la mayor parte del tiempo, a decir verdad, pero se volvía evidente como un faro en medio de la noche más oscura luego de cierto periodo de tiempo separados. Un efecto derivado de la Marca que su alfa dejó en su cuello, su reclamo sobre los privilegios de su piel. La Marca: un compromiso irrompible.

Los dedos de ambos se entrelazaron por encima de su barriga.

—Se lo tenían muy bien guardado. Me he enterado poco después de entrar; Florence seguía cantando y me puse loco tratando de hallarte entre la gente.

Jules percibió la sonrisa y el alivio de su marido como un cosquilleo sobre la piel.

—Yo también te he extrañado. Muchísimo —admitió y frotó con el pulgar el de Andros en ese punto donde se enlazaban sus manos.

—*Wild Thing*…

Nikos se había tomado en serio su interpretación. Un sostén pasó volando por los aires y aterrizó en las gradas que conducían al escenario.

Volviendo a centrar la atención en él tras escuchar al público poseído por un paroxismo de frenesí total, se percataron de que Nikos había levantado a medias su camiseta a propósito de dejar expuesto un suculento vistazo de abdomen, duro y definido. En algún momento sacó el micro del soporte, y mientras se acariciaba el pecho con la mano debajo de la prenda trasladó la mirada hacia el reservado donde su familia y amigos también se entregaban a la locura.

Jules dudaba de que pudiera verlos con aquellos cañones de luz apuntándole de forma tan directa, pero el griego entrecerró los ojos en esa parte de la canción en la que decía «ven y abrázame fuerte», extendiendo hacia el frente la mano con la que se estuvo acariciando.

Alec se mordió el labio, embelesado.

—Ese es mi hombre —dijo a la par que tomaba aquel gesto como una orden y abrió la marcha rumbo al escenario.

Pronto la mirada de Nikos lo divisó en medio de la mareante pared de ruido y movimiento. Con una sonrisa lenta y sensual se lanzó en su dirección. Alec saltó a sus brazos abiertos, enganchando las piernas a su cintura según se fundían en un beso que provocó una nueva ronda de gritos apasionados.

Los ojos de Jules brillaban de tanto reír.

Pensó en el tiempo en que él y Andros estuvieron viviendo en Grecia, una temporada hermosa de descubrimiento en muchos aspectos. Conocer un país distinto, otra cultura de la mano del hombre con el cual empezaba a conectar de nuevo, amándose a miles de kilómetros de la ciudad donde tuvieron que sortear una serie de obstáculos con el fin de hallar su propio paraíso terrenal. Ese

paraíso que solo encontraban en la piel del otro sin importar donde estuvieran. Comprenderlo fue lo que motivó replantearse la decisión original de quedarse en Parga durante un tiempo indefinido.

Lo sintió por Ekaterini que había empezado a hacerse la ilusión de sus hijos creciendo juntos.

Hallarse allí con su gente, envuelto por el amor de su griego, le dijo que habían acertado con su decisión.

—¡Opa! —Tan pronto como Nikos se unió a ellos con Alec de la mano, alzó el puño para entrechocarlo con cada uno a manera de saludo—. ¿Cómo lo están pasando? ¿Les gustó la sorpresa?

—Eres el mejor…, todos ustedes son los mejores —repuso Andros con una sonrisa. Dulce cariño presente en su mirada, ese tan poco común entre hermanos y por ello tan enternecedor.

—Admítelo, solo te hizo gracia en el instante en que supiste que verías a Jules, y eso fue hace como… —Dimitrios, que rodeaba la cintura de Florence abrazándola desde atrás, levantó la muñeca como quien se fija en la hora; si bien en su muñeca no había un reloj—… Cinco minutos.

—Un hombre tiene derecho a cambiar de opinión. —Con un encogimiento de hombros, Adis dio a entender que estaban en lo cierto y que le traía sin cuidado que lo pusieran en evidencia. Estampó un beso entusiasmado en la coronilla del objeto de sus deseos, atrayéndolo más hacia sí.

Los minutos del día no le alcanzaban para todo el amor que le prodigaba a su omega. De fondo escuchó a Nikos preguntarle a Alec como había conseguido un reservado VIP en el mismo instante en que arrastraba a Jules con él en el asiento. Subió una de las piernas de su compañero a su regazo y se estiró, besándolo larga y suavemente.

—¿Cómo te has sentido? —Le preguntó a milímetros de sus labios durante un respiro.

—Bien, tu bebé y yo estamos muy bien —adujo Jules. Atrapó su mano para que descansara sobre su vientre—. Hace rato estuvo un poco inquieto, pero creo que ya se volvió a dormir. —Descansó la cabeza en el hombro del alfa, dejándose acariciar. Una prolongada mirada más tarde levantó sus dedos y repasó con suavidad el entrecejo de su hombre—. Has estado preocupado; es porque no dejas de pensar en Ekaterini cuando me ves, ¿cierto?

El embarazo de la melliza de Andros distaba mucho del viaje ideal que había soñado. La mujer experimentó un par de pérdidas desgarradoras antes de que la maternidad se hiciera realidad para ella. A lo largo de los meses se enfrentó a desafíos que amenazaron tanto su bienestar como el de la bebé, llevándolas al límite más de una vez.

Los párpados de Andros cayeron con languidez bajo su toque.

Su corazón dolía hinchado de amor por su pareja. Jules. Su Jules. Lo más precioso de su vida. Si algo le pasaba…, o al bebé…

—La gente tiene bebés todo el tiempo —continuó el omega en un generoso tono tranquilizador. Sus yemas seguían sobre el entrecejo, frotando. Andros pestañeó, mirándolo con un gesto cercano a la veneración—. Estaremos bien, todo va a salir bien. —Adis asintió e hizo amago de tomar aliento, como si fuera a decir algo. Al parecer cambió de opinión en ese mismo instante y en su lugar se hizo con los dedos de Jules para besarle las puntas—. ¿Qué sucede? —preguntó este, con la cabeza inclinada igual que un pajarillo curioso.

El vocerío a su alrededor se combinaba con la música. Alguien cantaba *I need a hero* y los camareros iban y venían con bandejas rebosantes de copas destellantes y carritos elegantes de comida.

Adis bajó la mirada y se frotó la nuca de ese modo que Jules le conocía, algo suspendido entre duda e incertidumbre.

—Yo estuve pensando en… bueno, sigo considerando la opción de realizarme una vasectomía.

—Oh. —Fue la simple respuesta de Jules, que se frotó la barbilla afeitada con aire pensativo.

Podía adivinar el trasfondo de su razonamiento sin ahondar mucho en la conversación, lo que le provocó una dulce punzada al corazón.

Entendía su deseo de protegerlo, una necesidad que provenía de una inagotable fuente de amor y adoración. Un sentimiento que iba en ambos sentidos.

—¿Qué opinas, Αγάπη μου?... ¿Quieres que hablemos de esto después?

—Me parece que es una decisión que amerita una buena conversación; sin distracciones. Después estará bien. —Besó la mejilla de su esposo con suavidad—. Por ahora solo necesito que me ayudes con este pequeño problema que no sé cómo quitarme de encima.

—¿Problema? —Unas cuantas líneas cobraron profundidad entre las cejas del alfa en lo que Jules se le acercaba al oído y bajaba la voz con aire de secreto.

—Quieren que me suba ahí, enfrente de toooodos estos extraños… ¡a cantar!

Un estallido de carcajadas brotó desde las profundidades del pecho de Adis sin poder contenerlo. Jules sintió la fuerte tentación de indignarse, pero se trató de un sonido tan rico y la expresión de su rostro de un regocijo tan irresistible que convenció a sus propios labios de curvarse.

—No te rías. —Propinó un codazo suave al costado de su marido.

Si bien su familia y amigos se encontraban en sus propias conversaciones, y el reservado que ocupaban era amplio, no era suficiente para evitar escuchar lo que decían los demás de proponérselo.

—Pero mi amor —repuso el griego, enjugándose las lágrimas que el rapto de risa dejó en sus ojos —. Tu voz es sexy en la ducha… —Luego, en un cambio de humor radical, el tono profundo del hombre lo envolvió en una perturbadora caricia de lo más íntima. Deslizó sus labios ardorosos y sensuales contra el filo de su mandíbula—… También en nuestra cama.

Era la segunda vez en una noche que alguien mencionaba lo de cantar en la ducha.

«¡Qué vergüenza!».

—Como sea. —Se aclaró la garganta para hacer hincapié—. ¿Tú subirías voluntariamente?

—Si tú lo haces, entonces yo también. —No hubo rastro de broma ni vacilación en su actitud, que por otro lado se había tornado en una grata serenidad. Jules se quedó a todas luces perplejo por unos instantes, y se fijó en que el ceño del otro hombre ya no mostraba la tensión de poco antes.

Exhaló, relajando los hombros.

Se sintió tan agradecido que algo en su interior se desanudó y experimentó un gran e inesperado alivio. Dichosas carcajadas. Que Andros fuera feliz constituía un bálsamo para su alma.

La tableta había pasado de mano en mano entre los recién llegados Zagorakis, ordenando comida y bebida. Jules vio que Dimitrios tiraba del cuello de la chaqueta de Nikos porque estaba metiéndose con Georgios, empujándolo a escoger también una canción. Junto a ellos Florence reía mientras daba pequeños bocados a su plato de patatas fritas. Wes y Natalie se besuqueaban en el extremo más alejado del sillón. Alec apareció a espaldas de todos con una copa fría de *champagne*, se acercó a su novio y se la puso en los labios pidiéndole que dejara a su primo en paz.

Al fondo las luces de los reflectores jugueteaban en el aire, pintándolo de colores al tiempo que recortaba a la pequeña multitud en una sola silueta movediza. Jules sonrió para sí. Aquella era una de esas imágenes que se producían sin advertencia, súbita y perfecta. Hermosa. La contempló con detenimiento a fin de fijarla en su mente.

Suspiró, encantado. Al volverse hacia Adis sintió cómo lo había estado observando, de esa manera que tanto le gustaba. El principio de curvas suaves y risueñas tirando de sus labios en esa sonrisa exclusiva de su historia juntos. Así que de eso se trataba, pensó, antes de conocerlo no solía cantar en la ducha.

—Ohhhh, Juuuuules… —Alec sacudió la tableta enfrente de él, recordándole que no tendría escapatoria.

Jules puso los ojos en blanco. Tras fruncir los labios durante un instante pareció aceptar su derrota.

—Dame la maldita cosa —espetó alargando la mano.

La pantalla mostraba una larga lista de canciones; mientras Jules deslizaba los dedos por ella un título en particular se materializó ante él, sorprendiéndolo. Parecía el indicado, en especial por encontrarse envuelto en los brazos de quien había llegado a convertirse en su mejor amigo, su amante…, su todo. Se cuidó de que Adis no mirara su elección. El griego también hizo lo propio y juntos devolvieron el dispositivo a Alec.

—Cuando subas ahí solo cierra los ojos e imagina que te estás lavando el cabello, primor.

—Ay, por Dios, ya cállate.

Alec respondió lanzándole un beso al aire.

El duro cuerpo masculino que lo rodeaba lo estrechó un poco más.

—Sé que lo harás genial, mi amor. —Andros le obsequió en sonoro beso en la frente para animarlo.

—¿Tú por qué estás tan tranquilo? —Jules escudriñó a los Zagorakis sentados del otro lado en busca de iluminación, si bien la pregunta iba dirigida a su esposo—. Sabe cantar, ¿no es así?

—La verdad…, nunca lo he escuchado. —Georgios entrecerró los párpados y ladeó a medias el rostro con expresión reflexiva.

Dimitrios y Nikos se miraron entre ellos con los hombros encogidos.

—Maldita sea, creo que no —soltó el menor de los hermanos, mirando a Adis con seria intención —. Espero que lo hagas horrible para burlarme de ti.

Adis se limitó a sonreír como quien tenía el asunto resuelto.

—Eres de lo peor, Nikos. Tú no lo hiciste tan genial como crees. —Florence hablaba ligeramente, poniendo en evidencia que se burlaba de su cuñado.

—Volaron sostenes por los aires, envidiosa. Que yo sepa nadie te lanzó su ropa interior.

—Un sostén, Nikos. Fue un único y patético sostén.

En pleno desarrollo de su ridícula discusión llegó el turno de Jules, que maldijo para sus adentros tratando de manifestar un apagón. Uno pequeño en esa parte de la ciudad. Aunque tuvo que admitir su interés por escuchar a su esposo cantar cuando siquiera le había oído nunca un tarareo.

Por obra y gracia de un milagro sus rodillas lo sostuvieron al subir los breves escalones hacia el escenario, pero al detenerse ante el micro estuvieron a punto de traicionarlo. Desde su mesa le llegó un coro de voces gritando su nombre con furor; tal y como había supuesto se distinguía muy poco de lo que pasaba del otro lado debido al juego de luces y sombras que desdibujaba al público.

Estaba muy consciente del horror con que miraba el micrófono, hecho que quedó patente tan pronto como una voz demasiado familiar destacó por encima del ruido expectante.

—¡Es un micrófono, no una bomba!

Jules rio muy a su pesar, pero aquella fue la palmada en la espalda que lo animó a cogerlo y acercar los labios a él.

—Pienso vengarme, Alec. Lo juro —pronunció entre risas, mirando en la dirección en donde calculaba más o menos se encontraba su tribu. Escuchó su propia voz amplificada extenderse por el lugar, más firme de lo que esperaba.

Al público pareció hacerle gracia a juzgar por el murmullo de risas que se escuchó a continuación, seguido por uno de esos silbidos admirativos. Un claro reflejo de que su belleza no había pasado

desapercibida.

Una mirada suya fue la señal que necesitó la banda para empezar a tocar.

La canción era una de sus favoritas de la adolescencia, de esa época en que le gustaba la letra sin ninguna motivación en especial. No obstante, ahora tenía razones de sobra para sentir que *I knew I loved you* de Savage Garden encajaba muy bien con lo que quería que Andros supiera.

Cerró los ojos y comenzó entonando aquella letra que hablaba de haber encontrado a su mejor amigo, que por loco que pareciera supo que lo amaba incluso antes de conocerlo y que en él descubrió su camino a casa, su refugio. Jules no sabía si estaba haciéndolo bien o no, pero dejó de parecerle importante sobrecogido por sus propias emociones. Necesitaba confesarle a su hombre mediante la canción que solo ahora que estaban juntos se sentía completo.

En el reservado, Andros volvió a tragar, conmovido en lo más hondo por lo que escuchaba sin prestar atención a los empujones y palmadas emocionadas de sus acompañantes. Sabía que le brillaba la mirada según contemplaba al dueño de su corazón y de su alma, arropado por el poderoso sentimiento con que impregnaba cada palabra. Su voz suave arrastraba un dejo rasposo, muy sexy. Era la pura verdad. Daba fe de ello el griterío a su alrededor, los halagos provocativos que la música no enmascaraba en su totalidad.

¡Qué suerte la suya! Jules ejercía un encanto al que resultaba difícil resistirse. Verlo era desearlo. Pero solo a él pertenecía ese derecho sobre su piel. El obsequio más valioso que recibió jamás.

Orgulloso de estar a punto de casarse con él de nuevo, de esperar juntos la llegada de su bebé, aplaudió su interpretación con toda la fuerza de su amor por él. Salió a su encuentro acercándose al cordón de terciopelo, y lo desenganchó como quien fuera el caballero que recibe a su monarca reinante, solo que ese caballero alzó al vuelo a su monarca para comérselo a besos.

—¿Ves? Te dije que lo harías bien.

—Oh, Jules…, eso fue alucinante. —Corrió a abrazarlo Natalie una vez Adis lo devolvió al piso.

Se escondió la cara entre las manos hecho un manojo de nervios, pero sonriendo ante los elogios del resto del grupo.

—No me hagan hacerlo de nuevo, casi me muero.

—Te los echaste al bolsillo, primor. Te lo dije, tu voz es sexy.

—Sigues con eso. Basta… ¿Y si me pasas mi bebida? —Se abanicó la cara de mejillas arreboladas. Su risa más de vergüenza que de otra cosa.

—A la orden, chico sexy —continuó Alec, divirtiéndose a costa suya.

De la nada Nikos sacó un billete de veinte dólares. Lo agitó en el aire antes de estamparlo en la mesa, e hizo que todos giraran para ver qué se traía entre manos.

—Empiezan las apuestas, señores y señoras. Veinte a que Adis no sabe ni cómo coger el micrófono.

—¿Sabes qué creo? Que tienes miedo de que vaya a hacerlo mejor que tú. —Se rio Dimitrios. Para seguir la broma sacó uno de cincuenta de su billetera y lo colocó con deliberada parsimonia sobre el de veinte.

—Sin duda ustedes son los peores hermanos de la historia —intervino Jules. Chasqueó la lengua contra el paladar y suspiró con fingido enojo—. Mi marido vale mucho más que eso. —Un billete de cien y otro de cincuenta aparecieron entre sus dedos.

—Gracias, Αγάπη μου. Tú sí reconoces mi valor. —Andros se agachó con risueño cariño y posó un beso en sus labios.

La voz de la encargada de anunciar al siguiente participante se dejó oír.

Era el turno de Adis.

Un estallido de sudor llenó las palmas de Jules. ¿Por qué lo ponía tan ansioso cuando su alfa parecía dominar la situación bastante bien? El griego cruzó la breve distancia de ese modo felino y elegante que desataba un tórrido calor por toda su piel. Su expresión indescifrable. Se produjo una especie de expectación en el aire. La atención generalizada se vio atrapada por el magnetismo de su sola presencia. Andros Zagorakis desencadenaba en las personas ese efecto con su porte impenetrable y reservado.

Con el correr de su tiempo juntos Jules se había hecho sensible a las pequeñas distinciones, aprendió a identificarlas. Por ejemplo, aquel era el lado pensativo de Andros, ese lado con el que se tomaba muy en serio las cosas. Solo sus más allegados, y en especial Jules, conocían al hombre detrás del rostro que mostraba al resto del mundo. Sin embargo, en ese instante Adis era un misterio incluso para él. El omega recordó que una vez hablaron un poco de sus gustos musicales, algo vago hacía toda una vida.

Se preguntaba qué tendría pensado cantar. Quizá alguna locura, al estilo de Nikos, o tal vez había optado por un tema menos explosivo, acorde a sus personalidades tan dispares.

La intensidad de las luces disminuyó y se escuchó en el fondo la música, un pequeño preludio en sintetizador al tiempo que el alfa sujetaba el pie para acercarse el micro a los labios con calma.

—Ay, Dios mío —susurró Jules, llevándose las manos a la boca. En esos pocos segundos ya había identificado la canción.

—Esa es una difícil —escuchó que dijo Georgios en voz baja a nadie en particular.

Tenía razón.

Andros se pasó la lengua por los labios antes de pronunciar con una voz perfectamente modulada la primera estrofa de la canción. Se trataba de *I want to know what love is* de Foreigner, y por alguna razón incomprensible, seguro ese factor sexy que todos los Zagorakis llevaban impregnado en el ADN, había conseguido que su timbre de voz rasposo le diera un toque único a la interpretación.

Su chico sabía cantar. Y vaya que estaba dando tremenda demostración. Con los ojos fijos en él, Jules se mordió el labio inferior; parecía que Andros tenía toda su atención enfocada en su rostro pese a la distracción de las luces. El omega sacudió la cabeza, contemplándole con la fascinación de una primera vez conforme intentaba asimilar tantas emociones y tanta energía colisionando en su interior. Su alfa se encontraba allí a varios metros, pero jamás lo había sentido tan cerca, dejándole ver aquella nueva faceta…, como si de rodillas estuviera arrancándose el corazón enfrente de todos para que vieran cómo lo ponía a sus pies.

Los gritos de la multitud se perdían a miles de kilómetros mientras la preciosa voz masculina dibujaba en los contornos de su piel y su corazón la más íntima de las caricias. Jules descubrió de pronto cuán egoísta se sentía porque en medio de un ramalazo posesivo deseó que nadie, nunca, lo hubiera escuchado aparte de él.

Entrelazados en un ardiente contacto visual, Adis tomó aquella canción y la moldeó con su voz como le dio la gana. Al llegar al estribillo Jules alzó su propia voz y lo cantó con él. La sala entera se unió comandada por Andros frente al micro con la naturalidad de quien había nacido para ello. Dimitrios, Nikos y Georgios parecían tan emocionados como incrédulos, y cuando empezaron a volar prendas por los aires Florence se burló de Nikos a sus anchas.

Al terminar el tema el lugar estalló con un rugido enloquecido. Lágrimas destellaban en los ojos de Jules. Adis no demoró en volver a su lado, abriéndose camino entre el público que lo ovacionaba, ansioso por cogerlo en brazos y envolverlo con todo su cuerpo.

—Eres increíble…, oh, por Dios, eso fue hermoso. —Suspiró el omega mientras veía a su alfa cerrar los ojos antes de besarlo como solo se besaba cuando la dicha era completa, cuando no había

mayor felicidad más allá de aquella que podía sostener con sus propios brazos.

—Mi canción para ti, Αγάπη μου. Te amo…, te amo tanto —dijo Adis, y Jules lo notó a su alrededor con toda la desenfrenada devoción de su alma.



Se dijo que no iría al Velvet Lounge por nada del mundo, pero el impulso de ver a Jules gritó más fuerte que la sensatez. Desde la distancia, sentado a la barra con un vaso de whiskey doble en la mano, Alexander Crown había contemplado la vista del omega con el que una vez alcanzó los laureles de la gloria.

Con solo la impronta de ese amor perdido como consuelo, sonrió para sus adentros al verlo animarse a subir al escenario.

No le sorprendió que lo hiciera tan bien pese al nerviosismo que le quebró un poco la voz al comienzo; luego de un par de segundos su ejecución pareció rodar simplemente. Como le sucedía siempre en lo tocante a Jules lo encontró hermoso, cayendo por él un poco más. Tuvo que encajar con la mandíbula apretada al punto del dolor ver a Andros rodeándolo a la menor oportunidad. Era lógico. Lo entendía. Quién no querría presumir su derecho de estar a su lado, de poder ser el dueño de su amor.

Verlos juntos y felices era una verdadera paliza. Se la merecía, por imbécil. Quería perderse en el alcohol, tal vez solo un poco. Divagar en la idea de que entre más tiempo pasara admirando lo que ya no tenía llegaría a un estado de desapego. Pero eso no iba a suceder; no iba a caer en la ingenuidad de pensar que su agonía desaparecería con el tiempo solo porque él quería que así fuera.

La herida era grave. Jules fue su alineación planetaria. Su lluvia de estrellas fugaces. Y, le susurró una voz interior con una franqueza brutal, un instante robado. Tan pronto como apareció en su vida se vio hechizado con la intensidad propia de un hombre que contemplaba lo maravilloso en su primera experiencia. Su visión lo deslumbró, cegándolo del hecho de que nada podría salir bien de querer llegar a alguien valiéndose de medios despreciables para conseguirlo.

Sus propios actos lo sentenciaron, reconocía aquella verdad sin adornos.

Apretó los dedos alrededor del vaso de whiskey que apenas había probado y apuró medio contenido de un trago.

«Gira hacia aquí, quiero verte un poco más», pensó y aguardó. Pero Jules no tenía ninguna razón para mirar en su dirección. Alexander se bajó la visera de la gorra otro tanto en lo que cambiaba de posición, apoyando el codo en la barra. El licor que quedaba en el vaso tuvo un gusto tibio y horrible en su boca. Pidió otro al barman y jugueteó con aquel anillo que no se atrevió a poner en el dedo de Jules a la espera de que llegara el momento adecuado.

—… *no es mi intención lastimar tu corazón. Gracias, es muy hermoso* —le había dicho el asistente. Horas después era Crown quien lo lastimaba a él.

El segundo vaso con whiskey apareció en su campo visual, a la par del tacto de una mano sobre su hombro. Giró al punto para toparse con un rostro familiar; no el que le habría gustado, sin embargo.

—Sabía que era tu espalda en cuanto la vi. —Alec O´Brien le hablaba con una cordialidad tan natural que cualquiera pensaría que eran los mejores amigos. Crown pestañeó su sorpresa. Pese a todo, Alec nunca lo miró con reproche y eso…, eso se lo agradecía.

El muchacho lo saludó con la mano que no cargaba un botellín de cerveza.

—Eres el dueño del bar, ¿no? —Bebió un sorbo. Con la misma actitud amigable con que lo miraba estrechó el sólido apretón de manos, sonriéndole de lo más relajado mientras apoyaba su peso en la barra.

—¿Cómo…?

—Un reservado en la zona VIP, sin ningún cargo extra. No sé tú, pero en el mundo real no pasan esas cosas solo porque sí, amigo. —Se encogió de hombros—. También eres el dueño del edificio donde vivíamos. Supongo que media ciudad es tuya.

Aquella suposición no andaba nada lejos de la verdad.

—¿Piensas… piensas decírselo?

—¿Quieres que se lo diga? —Alexander negó con la cabeza.

—Solo quería verlo un poco, no pienso acercarme.

Los azulados ojos de Alec se tornaron penetrantes. Observó: hombros caídos, una notable pérdida de peso; el aspecto general de un hombre exhausto en la abrumadora lucha por mantenerse de pie. Ningún detalle escapó a su agudo escrutinio. Si alguien le hubiera dicho alguna vez que iba a experimentar un brote de compasión por un hombre adulto multimillonario seguro se habría echado a reír, pero aquel hombre adulto multimillonario en verdad estaba sufriendo.

Con el pecho lleno de nudos le palmeó el brazo, porque reconocía cuán genuino era su dolor.

—¿Crees que ya me olvidó? —preguntó Crown de repente.

El botellín de cerveza a medio camino de la boca de Alec se detuvo.

Alexander se dijo que no debería abrigar falsas esperanzas, ni buscar maneras de maquillar su desconsuelo.

—Sabes por experiencia que nadie olvida tan pronto, ¿no? —Alec dejó escapar un suspiro. Ladeó la cabeza, mirando más allá de la masa de gente que abarrotaba el bar y les separaba del reservado donde estaba su gente. Crown tuvo que mirar también—. Aún lo amas. —No era una pregunta.

—Con toda mi alma. —La voz del alfa surgió áspera.

Esas palabras se quedaban cortas para expresar la manera en que el omega había hecho mella en sus sentimientos.

—Entonces, siéntete feliz por él; es lo que haces cuando quieres a alguien, te alegras por lo bueno que le pase.

Alexander asintió, despacio.

—Pero aun así…

—Lo sé…, lo sé.

Las luces en el escenario barrieron sobre el público e iluminaron aquel gesto característico donde las manos de Andros acunaban el vientre de Jules, rodeándolo por la espalda. Crown echó una mirada involuntaria a Alec, quien supo leer con exactitud la pregunta tácita que quedó suspendida entre ambos.

—¿Está bien?... No ha estado pidiendo licor esta noche, ¿verdad? —soltó de pronto. Su frente llena de tenues arrugas.

Alec rompió en una risa que desembocó en una mueca ligeramente ofendida.

—¡Cómo se te ocurre! —Hubo una pausa. El reflejo de sentimientos mucho más profundos que el cariño suavizaron el semblante de ambos hombres—. ¿Lo ves? Te preocupas por él. Eres un buen sujeto, Crown.

—¿Por qué no habría de preocuparme? —Por supuesto que lo hacía. Siempre lo haría. Ahora más que nunca—. Lastimé a tu mejor amigo, todavía no puedo creer que vengas a saludarme como si nada.

Alexander pareció recordar el vaso de whiskey. Dio un pequeño sorbo; luego se acarició la barba con aire distraído.

—Te lo dije antes, sé que amarlo es tu verdad más grande. —Bastaba asomarse a su mirada para ver su anhelo, su miedo. La tristeza y la añoranza. Como una pintura llena de detalles. Era en ese instante único en el que Crown pensaba en Jules que podía tener acceso. El resto del tiempo sus escudos eran inexpugnables—. Creo que será mejor que me vaya. Gracias por lo del reservado. —Alexander y él se estrecharon las manos de manera calurosa—. Tienes un buen lugar aquí. —El muchacho exhaló un suspiro tras unos instantes de vacilación. Sabía que nada de lo que dijera iba a servir de consuelo, sus palabras serían torpes e ineficaces frente al dolor que el hombre estaba atravesando. De todas maneras les dio voz—: No siempre podemos arreglar lo que rompimos, pero no tenemos que rompernos nosotros también. Sé que Jules espera que puedas seguir adelante, como yo. Te deseamos lo mejor.

Alexander le habría agradecido de no ser por el nudo que notó en la garganta. Había estado reprimiendo sus emociones como si se le fuera la vida en ello. Meneó la cabeza en señal de asentimiento. Y Alec volvió a sorprenderlo abrazándolo con fuerza, cosa que agradeció más de lo que pudo haber anticipado.

Esa noche, Alexander llegó a la conclusión de que Alec había tenido razón al sugerirle que quizá lo mejor sería alejarse.

Se conocía lo suficiente para saber que encontraría la manera de torturarse ahora que sabía que Jules regresó a la ciudad. Le aterraba no poder controlar su deseo de verlo, aunque solo fuera desde la distancia. No podía permitirlo; Jules estaba rehaciendo su vida y merecía vivir su embarazo en paz, sin él acechando como un alma en pena.

No acabó su licor.

Agradeció al barman y se levantó del taburete como si el cuerpo le pesara una barbaridad.

«Ten una hermosa vida, mi amor», dijo en sus adentros mientras lanzaba una última mirada descorazonada al hombre que seguiría amando con todo su ser.



Cuando las puertas del elevador se cerraron Jules tiró de Adis para besarlo.

El griego sonrió sobre los labios del omega según trataba de no sucumbir aún a las sensuales ráfagas de chocolate, que lo habían avasallado sin piedad todo el recorrido en taxi hasta el apartamento.

La boca de Jules se trasladó a su cuello, imprimiendo un reguero de marcas húmedas sobre la piel estremecida.

En el aire flotaban los suspiros del alfa con cada contacto de la lengua de su omega, al que acariciaba con las manos de arriba abajo disfrutando del ardor de su tacto. Este había empezado a respirar con demasiada fuerza, como si el esfuerzo de no arrancarle la ropa ahí mismo lo estuviera enloqueciendo.

No obstante, sí se recreó en meter las manos por debajo de su camisa en busca de su piel desnuda.

—Αγάπη μου… —Una exhalación trémula—… Solo para futuras referencias, me gustaría saber qué dije que hizo que te pusieras así. Ya sabes, para hacerlo más a menudo.

Era de madrugada y no se habían topado con nadie en el camino de ascenso.

Deseó llegar pronto antes de que ambos olvidaran por completo que seguían en un espacio público.

—Siempre me siento hambriento de ti. —Una caricia a lo largo de sus mejillas. Las yemas de los dedos de Jules lo provocaron un poco más al deslizarse por su pecho—. Pero esta noche…, escucharte cantar… —Bajó la voz, y en su tono se concentró pura necesidad sexual—… Fue prodigioso y me hizo preguntarme si llegará el día en que la tierra bajo mis pies deje de tambalearse cuando te miro.

—¿Tanto te gustó? —Andros se inclinaba para dejar mordiscos juguetones en su barbilla. Su omega gimió y el sonido volvió a parecerle al alfa lo más erótico que había escuchado jamás.

—Supuso mucho más que gustar, Adis. Hizo que muriera de ganas de pertenecerte allí mismo. Te vi y sentí tu amor, mucho amor por mí, por lo que tenemos. Y deseé de la manera más posesiva que nadie más que yo pudiera escucharte. —Se mordisqueó aquella boca seductora al tiempo que sonreía con travesura. Sus iris chispearon a juego, verde y dorado—. Debería sentirme avergonzado, pero no puedo. A veces pienso que si el universo se redujera solo a nosotros dos y nuestro bebé con eso me bastaría.

A la parte más territorial e instintiva del alfa le agradó escucharlo.

Le hizo saber cuánto abriendo las manos en su espalda, donde aplicó la justa medida de fuerza y delicadeza a fin de rozar la erección que había despertado dentro de su ropa con la del omega que se apretaba contra su muslo.

—Mi amor, eres mi compañero…, ya sabes que te pertenezco; eso es indiscutible, tanto como tú me perteneces a mí. Puedes ser todo lo egoísta y posesivo que quieras, porque eso me encanta.

Más besos dulces y sexys en el elevador; en el pasillo. Las llaves en poder del griego no encestaron el hueco de la cerradura a la primera. Andros cerró la puerta tras ellos de una patada, sus manos muy ocupadas en ese momento en que adentraba los dedos en el cabello de Jules para desmoronar el moño que lo atrapaba. La lánguida cortina azabache cayó en una suave caricia sobre sus dedos.

En la penumbra que los rodeaba, los labios de Andros Zagorakis encontraron una vez más el camino a la boca de su esposo. La lengua de Jules salió al encuentro de la suya y la abrazó con el mismo ardor con que le hacía saber que solo tenía una cosa en mente.

Al pie del sofá, echado en su cama, Arsen los miró con curiosidad un segundo antes de acurrucarse más sobre sí mismo para seguir durmiendo.

A tientas, Jules buscaba la hilera de botones de su camisa…, liberándolos con una suavidad casi hipnótica. Cautivado por el hechizo de su deseo, Andros lo acompañó a cada paso, sujetándolo para que no fuera a tropezar con dirección de la cama. Cuando llegaron, Jules ya se había sacado las Converse de una sacudida y Adis terminaba de quitarle la chaqueta y la camiseta.

—Estás precioso. —Besos apasionados a lo largo del cuello, besos cuya calidez provocó un agudo tirón en la zona más privada de su omega. Este respondió clavando los dedos en los músculos de sus hombros. Ese dolor constituyó un aliciente para tomarse su tiempo, porque estaba teñido de la promesa de un placer maravilloso—. Cuando pienso en lo afortunado que soy de tenerte —dijo y recorrió el rostro de Jules con intensidad. Un suspiro—. Bastó una mirada tuya y supe que ese sería el primer día del resto de mi vida. —Cogió su mano y besó la punta de cada dedo mientras frotaba con especial atención el anillo dorado que era igual al suyo—. Llegaste de pronto y encajaste a la perfección en los vacíos que no sabía que tenía.

—No me digas que también te seduje con mi canción. —El tono era bromista, un esfuerzo dirigido a evitar que el ardor que punzaba al fondo de sus ojos se desbordara. El cáriz del momento cargado de afecto, de gratitud. De deseo mezclado con ternura. Le echó los brazos al cuello, y se

pegó al otro cuerpo tanto como su vientre redondeado se lo permitió—. Te amo. Antes no conseguía ver un futuro para soñar, y ahora que lo tengo todo… ¿Cómo puede caber tanta felicidad en mí?

Jules cogió la mano de Andros y la llevó a sus labios, donde posó un beso que resonó en la palma. Se fijó en el rubor que le teñía las mejillas, solo posible por la tenue claridad que se abría paso a través de las cortinas, en el brillo profundo de sus ojos como fulgor cobalto.

No hubo más palabras, solo placer.

Sublime. Imperioso.

Esa noche Jules se entregó al amor de aquel hombre que solo tenía ojos para ver más allá de sus imperfecciones.



—Y bien… ¿qué te parec…? Ay, no, Alec…, ¿otra vez estás llorando? —Jules no consiguió sofocar la risa tras ver el rostro lloroso de su amigo a través del espejo. Alec se llevó un puño a la boca y lo apretaba en un intento por contener su emoción.

—Es que… —Sollozo. Sollozo—… Solo mírate. —Agitó los brazos mientras apuntaba hacia él con su preciosa cara congestionada a modo de ilustración—. Eres el novio más guapo que he visto jamás. —Ambra Leone, la planificadora de bodas contratada por los Zagorakis y Lauréne Delattre, dueña de la *boutique* en la que se encontraban, estuvieron de acuerdo. Solo habían tenido que trabajar en algunos ajustes para conseguir que el esmoquin en color gris grafito de Jules por fin se amoldara a la perfección a su cuerpo.

Ambra se acercó al novio en cuestión a fin de acomodar el velo de tul que complementaba el atuendo con la satisfacción manifiesta de un buen trabajo cumplido.

—Creo que ya podemos tachar esto de la lista —expresó la mujer con una mirada bastante apreciativa al espécimen masculino.

Sin duda Jules se robaría todas las atenciones, pensó fugazmente. Pero luego recordó cómo lucía el otro novio y tuvo que sacudir la cabeza. Suspiró para sí. Eterna observadora, jamás bajo los reflectores. Al menos no tenía quejas en cuanto a lo profesional.

Alec vio que Jules asentía, también que una fina capa de sudor brillaba sobre su labio.

—¿Estás cansado, primor? —dijo después de que se le aproximó con uno de esos paquetes de pañuelos desechables de bolsillo que siempre cargaba.

—Un poco, sí. Pero creo que es normal a estas alturas. —La verdad es que había amanecido con algo de dolor en la espalda baja, aunque se lo guardó para no preocupar a Adis o a su amigo más de la cuenta.

—Podemos ir al bar de batidos naturales de la otra vez a que te refresques y luego a casa, a descansar.

—Como ya terminamos aquí puedes ir a cambiarte, Jules. —Lauréne ya había echado mano a una caja con el logo de la tienda preparada—. Empacaremos tu traje rápido. Me alegra que nos confiaras la tarea, luces sensacional. Solo déjame quitarte esto para que no te estorbe.

Muy sonriente, Jules les agradeció todas sus atenciones. Enseguida se dirigió con Alec al vestidor mientras conversaban acerca de lo bien que lo pasaron algunas noches atrás en la despedida de soltero doble. Hasta Georgios se había animado a cantar, y para sorpresa de todos conoció a una chica que lo visitó en el Parga's días más tarde.

Se escuchó un golpe sordo a los pocos minutos de que Jules cerrara la puerta, acompañado de una pequeña queja ahogada.

—¿Primor?... —Alec tocó a la puerta, alarmado al instante. A falta de respuesta del omega, un latigazo de horror le atizó la espalda; su corazón martillando a mil por hora—… ¡Jules! ¡Jules! —Tras un ligero chasquido la puerta se abrió. El rostro pálido y tenso de Jules destacó espectral contra el tono coñac de las paredes; su pelo oscuro empapado de sudor en las sienes. Apenas se había quitado la chaqueta y medio abierto los botones del chaleco. Con las manos se acunaba el vientre en un evidente estado de desconcierto—. ¿Es él? ¿Es el bebé? —Alec parecía no saber en dónde poner las manos, tratando de que no se le notara mucho el miedo pero proyectándolo en todas direcciones como si fuera un rayo láser—. ¿Qué no dijiste que todavía faltaba para eso?

—¿Y yo qué sé de estas cosas? —Su respiración pesada y afligida se convirtió en un gemido agudo. Apretaba los dientes, y cuando el dolor pareció darle una breve tregua se pasó la lengua por los labios—. Creo…, creo que el bizcochito quiere conocernos antes de tiempo.

—¡Has algo para que pare!

—¡Alec, no seas idiota!

—¡Lo siento, lo siento!

—¿Qué sucede? —Eran Ambra y Lauréne que se abalanzaban desde el pasillo en simultáneo atraídas por el repentino alboroto.

—¡Es el bizcochito! —exclamó Alec, que poco le faltaba para empezar a tirarse de los cabellos—. ¡El bizcochito ya viene!

—Alec, por favor tranquilízate y respira —le pidió Jules, quien se encogía sobre sí mismo en anticipación de una nueva embestida de dolor.

«¡Cálmate, idiota! ¿Cómo vas a ayudarlo si entras en pánico?», se dijo Alec en el par de segundos en los que tuvo que procurarse una charla interna de emergencia.

Para rematar se propinó unos buenos bofetones. El escozor pareció ayudarle a recobrar de inmediato el control que necesitaba a fin de manejar la situación, constituyendo un relativo alivio.

—Llamaré una ambulancia —anunció Lauréne, que ya se había hecho con su teléfono.

—Gracias, pero no hay tiempo que perder. El bebé no debería estar viniendo aún —repuso la versión centrada de Alec, esa que él forzó a base de guantazos y pura fuerza de voluntad; se inclinó para cargar a Jules en brazos y lo sacó de la zona de vestidores hacia el pasillo impulsado por un estallido de adrenalina.

Subidas en sus tacones las mujeres apenas podían seguirle el ritmo. Ambra se detuvo lo propio con el objeto de alcanzar las mochilas de ambos hombres tiradas sobre el *chaise longue* de camino a la salida.

El coche en el que llegaron los esperaba afuera. Adis lo adquirió con la comodidad de Jules en mente y que pudiera trasladarse a su gusto, previendo que lo necesitarían a la llegada del bebé en su momento. El alfa había esperado hacerse cargo de la situación él mismo.

La de cosas que no salían como uno quería, pensó Jules en medio de una llamarada creciente de dolor recorriéndole el cuerpo entero, obligándolo a mascullar una maldición.

Ambra se apresuró a abrirles la puerta y tiró sus pertenencias en el asiento del copiloto.

—¿Estás seguro… de que no vas… a estamparnos contra algo antes de haber llegado? —Alcanzó a decir cuando la contracción cedió. Los brazos protectores de Alec lo dejaron en el asiento trasero con un movimiento tan ágil como precavido.

—Descuida, yo me ocupo de todo. Mira. —Alzó las manos con los dedos estirados hacia el frente para que Jules viera cuán firmes estaban—. A quien sea que se le ocurra interponerse en mi camino

más le vale apartarse. Tú solo ocúpate de respirar despacio, los dos van a estar bien —añadió con decisión.

Su amigo le dedicó una agotada sonrisilla antes de que lo golpeara la siguiente contracción.

Aunque había tratado de mantenerse tan compuesto como se lo permitía su estado, Jules reconocía los inconvenientes y los peligros reales de que su bebé hubiera decidido adelantarse.

Pese al malestar que le partía el cuerpo en pedazos tuvo tiempo de pensar en cómo iba a tomárselo su alfa al enterarse. Esperó que no se volviera muy loco y que pudieran encontrarse pronto. Ya quería ver su reacción de felicidad cuando por fin conocieran el rostro del bebé que con tanto amor habían esperado.



Andros tenía su atención muy bien puesta en los souvlakis de queso y champiñones que asaba a la parrilla, cuando fue consciente de la repentina conmoción que se produjo en el pequeño despacho en la trastienda. Medio latido después Theodora se materializaba en el umbral con aquellos rasgos regordetes delatando una expresión de temor apenas reprimido y un móvil en la mano.

Lo reconoció al punto como el suyo y soltó los souvlakis para alcanzarla.

—Es Jules —anunció la mujer con labios temblorosos, poniéndole a toda prisa el aparato en la mano.

Andros notó que la tensión rompía violenta en su interior, similar a un cable suelto de alto voltaje. Sus dedos apretaron con más fuerza de la necesaria el teléfono que se llevó al oído. Por suerte Alec le dijo todo cuanto necesitaba saber porque la impresión había hecho que se le anudara la garganta. Los demás Zagorakis también se arrimaron para enterarse de lo que pasaba; le pidieron que condujera con cuidado en lo que entraba al despacho a efectos de hacerse con su casco y salía a la carrera, incapaz de pensar en nada que no fueran Jules y el bebé.

—Iremos en cuanto terminemos con esto —le aseguró Dimitrios.

Su hermano asintió con un gesto grave. Eso no debería de estar sucediendo. Todavía faltaba poco más de un mes para la cesárea programada, la única manera en que un omega masculino podía dar a luz. Se suponía que todo iba bien durante los chequeos mensuales. ¿Por qué se estaba adelantando la labor de parto?

Realizó una rápida llamada al consultorio y poner al tanto al médico de su esposo. Para su maldita suerte la secretaria le informó que había salido de la ciudad a propósito de asistir a uno de esos simposios de especialistas y que regresaría por la noche.

«Estaremos bien, todo va a salir bien», había asegurado su omega, quien en ese instante exacto, con toda probabilidad, debía estarse cuestionando lo mismo que él. Se pasó la mano por los cabellos y maldijo no estar allí acompañándolo; si bien agradecía con el alma que Alec sí.

La misma ciudad parecía haber quedado en suspenso en lo que el griego montaba su Triumph y la arrancaba con un gruñido impotente.

Pronto se internó en el denso tráfico y comenzó aquella carrera contra el tiempo mientras desafiaba todo lo que se le metía por delante, esto a sabiendas de que no haría gran diferencia en cambiar la gravedad de lo que estaba ocurriendo. En alguna parte distante dentro de sí mismo comprendía que su reacción sobreprotectora solía írsele de las manos en lo referente a Jules, pero en ese momento un miedo visceral usurpaba todo razonamiento.

Lo único que obsesionaba al alfa era asegurarse de que su familia iba a estar bien.



—¡Adis! —llamó Alec al enorme sujeto con chaqueta de cocinero y casco que se acercaba a la estación de enfermeras.

Andros fue hacia él a toda prisa.

—¿Qué fue lo que sucedió? —preguntó sin preámbulos según se sacaba el casco casi con violencia. Se pasó una mano por los rasgos estragados. Más ceñudo imposible, con un rictus lúgubre en la boca.

Alec no lucía mejor.

—Todavía no me han dicho nada. No lo sé…, fue todo muy repentino. —Gesticulaba de manera imprecisa, perdido en las pocas explicaciones que podía dar. Seguía dándole vueltas en la cabeza sin saber qué pudo salir mal. Jamás había visto a Jules tan pálido… Y el dolor. Verlo sufrir le rompió el corazón—. Se lo estaba llevando el demonio con las contracciones y aun así me pidió que me tranquilizara. —La voz del muchacho descendió de puro pesar.

Los ojos de Andros clavados en Alec. Parpadeó y aspiró al tiempo que se frotaba la nariz con un nudillo.

—Pero estabas ahí para él, eso es lo que más cuenta. No teníamos manera de saber que esto pasaría. —El griego entendía cuán importante era la necesidad del consuelo humano en una situación como esa, de ahí que extendiera la mano y le palmeara el hombro. Y de alguna forma la aflicción de Alec y su impotencia le hicieron sentirse un poco más caritativo hacia sus propios sentimientos.

—¿Familiares del señor Jules Zagorakis? —Los dos hombres se apuraron en dirección de la pequeña mujer que salió a través de las puertas abatibles al otro extremo de la sala de espera—. ¿Usted es el esposo? —Andros asintió con severidad—. Soy la doctora Satomi. El señor Zagorakis entró en labor de parto espontáneo de una manera bastante agresiva. En otras circunstancias podríamos intentar inhibir las contracciones uterinas administrando tocolíticos, pero esta situación nos obliga a intervenir de inmediato. —Una breve pausa que no fue del agrado de ninguno de los hombres—. Empezamos a detectar signos de sufrimiento fetal, lo que indica que el bebé podría no estar recibiendo suficiente oxígeno.

Lo que Alec masculló fue ininteligible, pero cargado de ansiedad. Andros duró un segundo petrificado con la respiración serrándole los pulmones; al siguiente volvía en sí.

—Tengo que ver a Jules. Tengo que estar con él.

La mujer asintió, algo vacilante mientras lo calibraba. Pese a la buena intención de acompañar a la pareja en ese momento decisivo de sus vidas, muchos padres se veían sobrepasados por los nervios y debían abandonar la sala. La doctora Satomi confió en que Andros lo conseguiría.

El lapso entre recibir la indicación de firmar el consentimiento para la cirugía y verse enfundado en la ropa quirúrgica transcurrió en un borroso parpadeo. Lo agradeció en silencio y esperó a que alguien del personal médico lo condujera a la sala donde preparaban a Jules.

Requirió de su máxima determinación no correr hacia la figura que lucía diminuta en medio de las batas azules que le rodeaban.

—Hey… tú —lo saludó Jules. Su voz queda, su sonrisa sosegada. La anestesia ya había hecho lo suyo. El griego se vio forzado a sonreír de vuelta conforme se ubicaba en la silla que le permitía estar junto a él. Esperaba que la mascarilla fuera suficiente para esconder su preocupación. No obstante,

las siguientes palabras de Jules echaron por tierra ese pensamiento—: Otra vez estás inquieto. Lo siento.

Andros levantó una mano para acariciarle la cabeza.

Esperaba que la palidez de su esposo se debiera a la influencia estéril de la sala y sus luces tan blancas.

—No; tú te estás llevando toda la paliza y yo solo puedo quedarme a mirar. Soy yo quien lo siente. —Respiró una bocanada de aire frío del lugar. Sus dedos delinearon los otros labios, los pómulos; recorrieron el arco de las oscuras cejas. Despacio, muy despacio—. Eres muy valiente.

—Adis, no puedes hacer una tortilla sin romper los huevos —dicho esto, Jules le guiñó un ojo. La sonrisa que acompañaba el gesto, encantadora. Otra vez estaba haciéndolo, pensó Andros, Jules buscaba sostenerlo para que no cayera. Deseó con locura envolverlo con los brazos—. No sé tú, pero yo me siento como en la mañana de Navidad.

Desconocer el sexo del bizcochito le había puesto un toque extra de emoción a la espera. Y estaban a escasos minutos de descubrirlo.

Desde el otro lado de la barrera estéril les llegaban las voces de los médicos, las órdenes concisas, el continuado repiqueteo del instrumental quirúrgico. Cada tanto la doctora Satomi preguntaba a Jules cómo se sentía, o hacía algún comentario casual para aligerar el ambiente al tiempo que los mantenía informados sobre el progreso de la intervención.

—Muy bien, papás. Están a punto de conocer a su bebé —anunció la mujer de pronto—. Vas a notar una presión fuerte, Jules, como si alguien se sentara sobre tu pecho. Es normal, no te asustes. Lo estás haciendo muy bien.

—De acuerdo. —Alfa y omega tragaron a la vez. Adis besó a Jules en la frente a través de la mascarilla y aguardaron. Los sonidos se intensificaron detrás de la barrera. Un ajetreo del que se adivinaba la eficacia con que trabajaba el pequeño ejército de especialistas.

—¡Mira nada más, tenemos un trasero por aquí! —En la voz de la doctora Satomi una nota de diversión—. Hola, princesa… ¡bienvenida!

—¡Princesa! —Una emoción como ninguna otra desgarró el corazón de Jules. Esa vez no pensaba guardarse las lágrimas.

—Ay, por Dios. —Suspiró su esposo, que se agachó para besar cada una de ellas.

—Mira qué princesa tan hermosa, quieres conocer a mamá y papá, ¿cierto? —Por encima de la barrera estéril la mujer levantó a la pequeña para que la vieran—. Digan *hola* a esta lindura. —Hubo muchas risas cálidas de parte de los médicos.

—Hola, mi amor. Papá está muy feliz de conocerte —consiguió decir Andros, contemplando aquel cuerpo diminuto, deshecho de amor.

Jules lloraba incapaz de pronunciar nada. Su bebé. Era perfecta. Más hermosa de lo que pudo haber imaginado. Y ruidosa. Había empezado a llorar a todo pulmón, cosa que era muy buena señal según le dijo una de las enfermeras, quien se acercó un poco a felicitarlos.

Volvieron a llevarse a la bebé para cortar el cordón y terminar de limpiarla.

—Soy tan feliz… —susurró Jules. Adis lo miraba invadido por cálidas oleadas de su devoción por él. La mirada de un hombre virtuosamente satisfecho. Su compañero y su bebé eran el eje de su universo. Apenas podía esperar para abrazarlos. Iba a dedicarse la vida entera a amarlos con locura —. Soy… tan…, fe… liz…

—Doctora Satomi —dijo alguien, y el tono de su voz fue como el de un escalpelo.

Andros vio que Jules ponía los ojos en blanco y que comenzaba a tiritar. Sus labios desaparecieron en toda esa palidez al tiempo que un frío mortal se adueñaba de la sala.

—Jules, ¿qué…? —El aire le falló. Adis sentía que un agujero negro se abría bajo sus pies.

Otra voz indicó que se estaban haciendo cargo de la bebé.

Una urgencia general lo había circundado según se levantaba de la silla, pero uno de esos médicos se acercó con excesiva amabilidad a pedirle que abandonara la sala.

—Pero… —Observó más allá cómo ponían a su hija en una incubadora, el resto del equipo se concentraba en Jules a toda prisa ahora que convulsionaba sobre la mesa.

Había sangre. Demasiada.

El pitido insistente de algún aparato le atravesó el cerebro.

—Señor Zagorakis, por favor.

La fuerza de aquel agujero tiró de él hacia sus entrañas, gélidas y profundas. «No… Jules…». Se le heló la sangre en las venas al ver que su peor pesadilla tomaba forma frente a sus ojos con una velocidad brutal.

—Jules…



Uno de esos vasos de cartón con café humeante apareció frente a él.

Lo cierto era que la sensación de tener el corazón atascado en la garganta hacía imposible siquiera la idea de pensar en beber. Pero lo aceptó por cortesía, después de todo era Joan St. James quien se lo ofrecía.

La exjefa de Jules no intentó decirle nada consolador, en cambio le pasó una mano que buscaba ser reconfortante a lo largo de la espalda. Ahora entendía mejor que Jules detestara los hospitales; resultaba desesperante no poder hacer otra cosa que esperar y fingir que miles de cuchillas no lo estaban mutilando por dentro.

Un rato antes el médico en neonatología le informó que su bebé se encontraba bien pese a ser prematura, incluso con un peso superior al esperado considerando su edad y no necesitaba la asistencia respiratoria. Sin embargo, iban a mantenerla en la Unidad de Cuidados Neonatales durante un tiempo, con el fin de monitorear otros aspectos de su desarrollo que requerían mayor atención y seguimiento.

Tan feliz como triste se notó agotado, atrapado entre aquellas dos fuerzas contrarias. De su esposo apenas le habían dicho que sufrió una hemorragia y que el equipo médico trabajaba para controlarla y estabilizarlo. Cada minuto desde entonces se sentía eterno. Adis no se encontraba solo, su familia le acompañaba. El Parga's cerró sus puertas poco después de que él se fuera, porque era lo que los Zagorakis hacían cuando uno de los suyos lo pasaba mal. Compartían su pesar, lo sostenían para evitar que se derrumbara.

Si Nikos no estaba consolando a Alec ayudaba a Konstantinos a consolar a su madre. Después Dimitrios hacía lo mismo con él y con Adis. Natalie, Florence y la señora St. James también aparecieron a media tarde para asegurarse de que nos les faltara café, agua o palabras de aliento.

¡Qué día tan largo! No parecía el mismo de esa mañana. Jules quiso encargarse del desayuno así que preparó emparedados gratinados. La tibieza reconfortante de la cocina, el aire sazonado con los aromas del café recién hecho, del pan tostado, el jamón y el queso fundido. El brillo del sol de la mañana sobre la cabellera de Jules. Este lo reprendió al descubrir que había pasado bocados furtivos a *Arsen* por debajo de la mesa. Y cómo resistirse cuando ponía esos ojos que le desbarataban el

corazón. Al final su omega soltó una carcajada, porque la pura verdad era que su adorable mascota sabía cómo conquistar la voluntad de cualquiera.

Otro momento normal de sus vidas, en su hogar, pasándolo bien juntos. Su felicidad perfecta.

Arsen. Debía estarse preguntando por qué su amo no llegaba. La presión en el pecho de Andros se intensificó y se vio en la urgencia de esconder el rostro entre las manos.

En ese momento pudo escuchar el mar de Parga y a Jules riendo porque había vuelto a caerse de la tabla de *surf*. Lo escuchó cantarle una canción romántica frente a desconocidos y decirle cosas traviesas al oído cuando nadie prestaba atención. Escuchó todas y cada una de sus risas: la de aquella vez que compraron el primer pijama de su bebé, la de ese día en que extraviaron los tornillos y no conseguían armar la cuna, y la más hermosa de todas, horas atrás al contemplar por primera vez la cara de la preciosa bebé que habían hecho juntos.

Ella tenía derecho a construir recuerdos con su mamá también. Jules no iba a permitirlo, seguro que estaba pensando en lo mismo, era la persona más valiente que conocía.

—Ay, Dios…, cómo me destroza verlo así. —Florence sorbió por la nariz y enterró la cara en el pecho de Dimitrios—. ¿Qué vamos a hacer si Jules…?

—Ni siquiera lo pienses. —Fue la tajante respuesta de su novio, firme aunque no carente de sentimiento—. Eso no va a pasar.

Las puertas abatibles se habían abierto y cerrado un centenar de veces, lo que se tradujo en un centenar de respingos para todos los que aguardaban.

En esa ocasión se produjo un nuevo movimiento desde esa dirección que llevó a Andros a levantar la cabeza de golpe. Reconoció al punto la estatura de la doctora Satomi, quien se quitaba el gorro y el cubrebocas para revelar una expresión solemne.

Cada Zagorakis y las amigas de Jules convergieron en dirección de la mujer como si fueran la aguja de una brújula y ella el norte magnético.

Durante un instante Andros respiró con cautela. Tragó saliva e inclinó el cuerpo para escuchar lo que tenía que decir. Notó que la ropa le ajustaba demasiado. Que el cuello de la camiseta que llevaba debajo de la chaqueta se le cerraba como un cordón de clavos en torno a la garganta. Pero entonces la doctora Satomi explicó muchas cosas y una expresión sucedió a otra en el rostro del alfa, que a la única que prestó verdadera atención fue a la parte en que les dijo que Jules se encontraba delicado pero fuera de peligro.

Se tambaleó. De alguna forma logró mantenerse de pie y pudo respirar de nuevo. En lo que pareció apenas un latido se produjo una muda explosión de felicidad, al siguiente la emoción crecía en toda su magnitud para convertirse en muestras de alivio en diferentes tonos de intensidad. Hubo risas, muchos abrazos, pero también llanto; esa especial sensación como una corriente fusionada de alivio y júbilo que sucede a una angustia que parecía interminable.

—¿Puedo verlo? —En el fondo era más un «necesito verlo». La doctora Satomi miró a Andros con ojos amables.

—Señor Zagorakis, esta noche vamos a centrarnos en los cuidados postoperatorios de su esposo. ¿Por qué no va a casa a descansar?... Su familia va a necesitar mucho de usted; las próximas semanas van a ser demandantes, se lo aseguro.

—Hazle caso, hombre. —Se acercó Dimitrios a sus espaldas. Le dio una afectuosa palmada en el hombro y agradeció a la mujer sus atenciones antes de que ella desapareciera de nuevo por donde había venido. No le quedó más remedio que aceptar ese razonamiento. El mayor de los Zagorakis fijó la mirada en su hermano, en sus ojos enrojecidos por el cansancio, la huella honda de las impresiones del día enmarcando los apuestos rasgos de su cara—. Ven aquí —dijo y lo envolvió en

un abrazo firme colmado de fervor. Adis había estado reprimiéndose tanto que al sentir la fuerza de su hermano rodearle por fin pudo liberarse.

El peso del día se vertió fuera de su sistema y suspiró muy hondo; sin previo aviso ese suspiro se transformó en un sollozo ahogado, y en otro, y otro. El torrente de lágrimas que había contenido durante aquellas horas eternas brotó incontenible mientras se aferraba a la espalda de Dimitrios.

—Tenía tanto miedo —confesó, algo que de niños habría sido impensable.

—Lo sé, pero ya pasó. Tu preciosa familia está bien. Lo peor ya pasó.



—Oh…, mírala. ¿Acaso no es lo más hermoso que has visto nunca? —Jules abrió las manos y las puso sobre la incubadora para mirar mejor a su princesa.

Andros había empujado su silla de ruedas hasta la Unidad de Cuidados Neonatales tan pronto como la doctora Satomi dio el visto bueno para que Jules se aventurara más allá de la cama. La tormenta quedaba atrás y daban la bienvenida a la calma. El alfa se situó junto a su amado a fin de contemplar a aquella niña que les iluminaba el corazón con la intensidad de mil soles.

—Creo que somos muy buenos en esto de los bebés. Nos quedó preciosa. —Andros desbordaba amor y orgullo por cada poro del cuerpo. Jules empezó a reír pero se detuvo con una mueca de dolor debajo de la mascarilla. Fue algo rápido y se aseguró de cambiar de expresión de inmediato, no obstante, su alfa no lo pasaría por alto con tanta facilidad.

No volvería a exponerlo de esa manera; quizás Jules tuviera mucho que opinar al respecto con la decisión que había tomado, pero el horror de casi perderlo resonó en su interior con intensidad hasta que no pudo escuchar otra cosa. Con las cabezas juntas se dedicaron a recorrer la pequeña silueta, complacidos con la paz que desprendía contemplar sus rasgos adormilados.

La bebé empezó a removerse e hizo una mueca repentina, arrugando su naricita como si algo hubiera estropeado su pequeño mundo de tranquilidad.

De un pronto a otro abrió la boca de delicados labios y soltó un lozano chillido.

—Justo a tiempo, papás. Alguien tiene hambre y no se anda con rodeos —anunció la enfermera que apareció en ese instante con un pequeño biberón en las manos. Andros ya la había visto revolotear aquí y allá pendiente de los otros bebés de la unidad junto a sus compañeras—. Es nuestra huésped más exigente. —El comentario pronunciado con humor divirtió a los nuevos papás Zagorakis antes de que entraran en pánico por no saber interpretar aún el llanto de su hija. La mujer le tendió el biberón a Adis con ojos sonrientes por encima del cubrebocas y se acercó a la cámara transparente para abrirla—. ¿Quieres hacer los honores, mamá?

Jules se pasó la lengua por los labios. Con una expresión en la que se conjugaba la emoción y el terror a partes iguales asintió. Su sentido maternal se imponía. Un anhelo primitivo que superaba por mucho a cualquier otro. La enfermera le pidió que se abriera el frente de la bata, explicándole la importancia del contacto piel con piel. Le enseñó a sujetar el biberón mientras posaba con delicadeza a la criatura en su pecho. No era tan complicado, pensó al cabo de unos minutos en los que se complacía con el delicado peso de su hija sobre el corazón.

La mujer se alejó para darles ese momento de privacidad.

—Mis amores…, tan hermosos. —Suspiró Andros. Había serena dulzura en su mirada, jugueteando con el cabello de su omega con un admirado dedo índice. Disfrutaba de la escena con el corazón henchido.

—Creo que este es el momento perfecto, ¿no? —Habló Jules en voz baja. Su esposo comprendió al punto hacia donde se dirigía la conversación.

Como decidieron mantener en el misterio el sexo de su bebé llegaron a un acuerdo sobre el nombre: Jules elegiría de ser un varón. No le resultó sencillo. De hecho no se decidió por uno en especial. Por otro lado, Andros no tuvo ninguna duda con el nombre de niña que había escogido, lo supo de inmediato. Solo faltaba que Jules estuviera de acuerdo.

En el fondo le inquietaba un poco cómo reaccionaría él a su elección.

—Creo que sí. —La mano de Jules envolvía casi por entero el frágil cuerpo de su hija. Los dedos del alfa se movieron sobre los nudillos de su compañero, acariciadores, luego se desplazaron hacia el diminuto puño rosado que descansaba en su pecho—. Solo espero que no te moleste el nombre que pensé para nuestra pequeña.

Jules lo miró sin comprender.

Había intentado por meses sonsacarle una pista por lo menos, pero el griego se lo estuvo guardando con el mayor de los recelos. Aun en ese momento parecía inseguro.

—Anda, ya me has hecho esperar demasiado. —Adis adivinó la mueca enfurruñada de Jules oculta por la mascarilla.

—De acuerdo. —Así que se agachó un poco más y lo susurró en su oído.

—Mi amor, es perfecto. En realidad…, creo que lo adoro. Sí, ¡lo adoro! —repuso con sus dispares ojos, amplios y brillantes.

Que Andros hubiera pensado ese nombre fue tan inesperado como conmovedor. De ahora en adelante lo pronunciaría con el doble de amor, por el pasado y las huellas que marcaron su corazón para bien o para mal, por el futuro que se abría infinito con todas las vivencias que les aguardaban como familia. Solo pensarlo lo llenó de una cálida emoción.

La mirada de Jules Zagorakis se encendió con un entusiasmo radiante. Y en el pecho de su adorado alfa floreció la alegría, serena, pura y renovada, como una suave brisa de primavera.



Apoyado en el extremo de la cama, parado sobre sus patas traseras, *Arsen* volvió a suspirar en silencio.

Tessa había comido hasta saciarse y luego se quedó dormida en el pecho desnudo de Jules, quien también se durmió.

El canino sintió a Andros acercándose; aun así no se movió un ápice.

—Lo sé —le dijo el griego, acariciando su cabeza con cariño—, yo tampoco puedo dejar de mirarlos.

El sol de media tarde se colaba por las ventanas, ribeteaba de oro las cortinas y acariciaba los contornos del mobiliario y de las figuras perezosas sobre la cama. Andros entrecerró los ojos, deslumbrado por la visión.

Tessa parpadeó. Fue un aleteo diminuto acompañado de torpes sacudidas que sugerían que el sueño la había satisfecho y ahora esperaba que la consintieran un poco más. Su padre alargó los brazos, tomando su precioso tesoro para acunarlo contra el pecho, susurrándole con natural ternura.

—Shhhh, mi amor; dejemos que mami descanse un poquito más. —A continuación se volvió hacia *Arsen*—. Voy a prepararme un emparedado de carne, tu favorito. ¿Me acompañas, muchacho?

Esa vez *Arsen* giró la cabeza de golpe, como si lo hubiera entendido. Bajó las patas de la cama y siguió a su otro humano favorito hacia la cocina.

•••

¿Te gustó el nuevo final exclusivo?

Personalmente me encantó reencontrarme con Jules, Andros y compañía en esta etapa tan especial de sus vidas. Quería que el amor impregnara cada rincón de la historia, y coronar el triunfo de su romance con la llegada de su dulce Tessa fue la guinda perfecta.

Si te ha gustado el recorrido hasta ahora quizás prefieras no leer el final alternativo aquí incluido, pero si deseas seguir adelante, sería un honor para mí acompañarte en este último giro.

Final Alternativo

Esa zona de la ciudad le habría parecido agradable de no tener la mente hundida en otra clase de pensamientos.

La colección de edificaciones se rebelaba contra el negro de la noche en resplandecientes columnas de acero y vidrio, compensando de algún modo la falta de estrellas en el cielo. Un coche se acercaba en sentido contrario.

El resplandor de los faros bañó de golpe las atractivas facciones del hombre que había pasado cerca de veinticinco minutos dentro del R8 aparcado junto a la acera, facciones en las que también se distinguía otro tipo de cosas que nada tenían que ver con atributos físicos exquisitos. Había inquietud mezclada con frustración, también una enorme tristeza. Pero un suspiro de confianza soplaba casi invisible sobre esas otras emociones invitándolo a no rendirse.

Sabía muy bien que no debería estar allí.

En cuanto se atreviera a entrar en el edificio y tocara la puerta del apartamento donde Jules se había quedado, se daría cuenta de que una vez más recurrió a sus influencias para su beneficio. Pero no sabía que otra cosa debería hacer. Su intento de renunciar al hombre que amaba así como así lo estaba matando lenta y dolorosamente.

La sola idea de no volver a verlo y de no escuchar su voz. De imaginar que su piel no experimentaría su calor de nuevo, porque siquiera tenía derecho a uno de sus roces, lo estrangulaba con tal intensidad desde el interior y con tanta violencia, que de pronto se hallaba buscando el aire que no sabía que se le había escapado del cuerpo.

Le asustaba advertir la fuerza con la que aquel omega de ojos de belleza imposible se le había metido en el corazón, pero más le asustaba perderlo para siempre. Guardaba la esperanza de que, en algún lugar en su interior, Jules pudiera reconocer también que no había dejado de sentir lo mismo pese a sus horrendas fallas. Se lo había dicho durante el baile de gala de Crown Media, suspiros de palabras que significaban la vida para él: «te amo».

Minutos después todo se fue al demonio.

¡Qué imbécil!

Lo único puro y bueno que tuvo alguna vez le fue arrebatado de las manos. Primero sus hijos. Qué cruel forma tenía la vida de hacerle ver que él era una insignificancia más en el gran orden de las cosas. Luego estaba Jules. Su Jules. A lo mejor no estaba dispuesto a aceptar la verdad: había sido juzgado, ahora debía enfrentar las consecuencias de su condena.

Su falta de escrúpulos en la gestión del escándalo de malversación de fondos en la empresa le había acarreado numerosos problemas posteriores. Uno de ellos su intención de contener la información delicada.

Era imperativo evitar el escándalo que se desataría si la prensa, ¡los accionistas!, descubrieran que su propia hermana fue la responsable de las significativas pérdidas económicas que la compañía había estado sufriendo durante los últimos dos años.

Por otra parte, el ambiente familiar se había vuelto de cabeza debido al impacto inicial de la noticia. El temor con respecto a la salud de sus padres, en especial la de Samuel, había ido mermando con el correr de los días al notar que ellos lo enfrentaban con una notable fortaleza.

En cierto modo, pensó, casi habían esperado que Jessalyn los defraudara de alguna manera. La mayor de los Crown siempre demostró una especie de distanciamiento emocional hacia los suyos, un comportamiento que Alexander jamás llegó a comprender y que su madre apenas si conseguía sobrellevar. Solo fue cuestión de tiempo para ver de qué manera iba a materializar ella dicha desconfianza.

Observó con ansiedad, una vez más, la entrada del maldito edificio.

Tenía la desgastante impresión de que un hoyo negro lo succionaba desde dentro. El sentimiento amenazaba la determinación que lo había embargado mucho antes, cuando en su *penthouse* iba de aquí para allá como un animal atrapado, incapaz de sostener un solo pensamiento coherente que no girara en torno a Jules. Y entonces un pitido cortó el aire. Ahora tenía en su poder el número del piso y del apartamento al que deseaba ir gracias a su gente. Entre otras cosas se encargaron de averiguar que la firma que figuraba en el contrato de arrendamiento pertenecía a Nikos Zagorakis, hermano de su exempleado Andros Zagorakis.

Ver que el apellido de los griegos volvía a aparecer en su camino le provocó una estremecedora sensación de disgusto. Quería pensar que si Adis no se hubiera atrevido a irrumpir en la fiesta de aniversario, de algún modo, la situación se habría revertido a su favor, pero sabía mejor que nadie que solo era la forma en que su cerebro trataba de disfrazar una realidad que él mismo desató. Su propia mano había abierto La Caja de Pandora, ahora su responsabilidad consistía en lidiar con los horrores que desencadenó su estupidez. No obstante, perder a Jules era el mayor de esos horrores…, y se veía incapacitado para aceptarlo. Tenía que haber algún modo.

Abrió la puerta del coche y se lanzó fuera tras apurar un decidido aliento antes de que un mínimo asomo de vacilación tuviera oportunidad de cobrar forma.

Era como un maldito *déjà vu* de porquería. Otra vez se hallaba en la odiosa situación de estar del otro lado, de tratar de acercarse a él cuando sabía que era la última persona en quien podía confiar, pero si una vez las probabilidades estuvieron en su contra, en esa ocasión alcanzaba un nuevo nivel de improbabilidad. Había perdido la cuenta de las veces en que fue a buscarlo a su apartamento, de las llamadas y mensajes que jamás recibían una contestación. Quiso con tantas ganas que Jules viera su mejor versión que acabó haciendo justo todo lo contrario.

Aplastó aquellos pensamientos con otro que acababa de ocurrírsele: de tan insistente que había sido, Jules, cansado de no poder quitárselo de encima, no tendría más que escuchar lo que él tenía que decir. Ni siquiera en Crown Media había conseguido acercarse; el hermoso moreno que era su cielo y su infierno neutralizaba cada intento, rodeándose de sus amigos como recurso. Nada funcionaba mejor que un muro impenetrable de feromonas rabiosas para frustrar cualquier tentativa de su parte, pensó con risueña amargura.

Pasar de la recepción no le generó mayores complicaciones; quizá el dinero no otorgara la felicidad, pero ante él rara vez encontraba una puerta que no pudiera abrirse.

Un breve timbre atrapó su atención. El elevador frente a sí revelaba instantes después a los ocupantes tras sus puertas. Se apuró en esa dirección para abordarlo respondiendo de manera automática al «buenas noches» del pequeño grupo que salía. Esquivó a las mujeres de camino sin mostrar un mínimo interés por las insinuantes miradas y los susurros que dejaron una estela de chispas a sus espaldas; pulsó el botón en cuanto estuvo dentro, con los latidos del corazón en la garganta, más acuciantes a medida que la distancia entre él y el piso número ocho se acortaba.

Tenía un viaje programado a Dubai en dos semanas. Por motivos de negocios. Habría dado un brazo y una pierna para poder quitarse dicho compromiso de encima. La idea de marcharse sin haber conseguido hablar con Jules era impensable, no era tan ingenuo como para esperar que él lo perdonara sin más. Solo necesitaba algo, una mirada…, una palabra. Ese *algo* podía tener cualquier forma.

Lo único que llevaba en mente era una pregunta, nada más. Y quería escuchar la respuesta de sus propios labios.



Hundió la cuchara de madera y removió la espesa pasta de tomate que hervía en una olla en la estufa.

Podía decirse que era la comida más decente que probaría en días. Sin ánimo suficiente para ponerse a cocinar, incluso de ir a la tienda por comestibles, su dieta había consistido en cualquier cosa rápida en compañía de industriales cantidades de café. Pero esa inapropiada rutina alimenticia no se ajustaba a sus nuevas circunstancias. Esa tarde, luego del trabajo, a Jules se le ocurrió que podía prepararse algo sencillo aunque más sustancial, de modo que la idea de un *spaguetti* resplandeció perfecta en su mente.

Su parte más ingenua había creído que tal vez esa simple tarea doméstica podría distraerlo de la reciente tristeza que lo asolaba, una que tenía nombre y rostro propios. Las implacables acciones de Alexander con el fin de proteger el patrimonio de su familia se salieron de toda proporción cuando recurrió a semejantes métodos, tanto así que de solo recordarlo la piel se le erizaba de pura decepción.

Eso debería bastar, se dijo, debería ser razón suficiente para odiarlo con cada fibra de su ser, en especial por haber interferido entre él y Adis sin el menor asomo de culpa.

Pero no era así, y darse cuenta de que lo extrañaba con locura no hacía más que incrementar una culposa rabia que iba dirigida contra sí mismo más que contra él. Una gruesa burbuja de hervor se hinchó sobre la roja superficie de la pasta un segundo antes de explotar en una inmediata lluvia de gotas calientes, salpicándolo, e hizo que su actual estado de introspección estallara también para devolverlo al presente.

Por suerte su delantal se llevó la peor parte; cogió un paño de cocina para limpiar las pequeñas gotas en su mano luego de apagar la llama de la estufa. A continuación, escurrió la pasta y la colocó en una bonita fuente de cerámica que había comprado especialmente para las ocasiones en que Alec lo visitaba y le cocinaba. Tras bañarla con la salsa espolvoreó queso parmesano y algunas hojas de albahaca fresca.

Su nariz reconoció los apetitosos aromas pese a que en realidad no tenía tanta hambre.

Caminaba en dirección de la mesa cuando *Arsen*, a mitad de la persecución de una pelota de tenis, pasó a la velocidad de una estrella fugaz por su lado. Fue todo un milagro que la pasta no saliera volando de sus manos y cayera por todas partes mientras sus piernas se tambaleaban en un esfuerzo por mantener el equilibrio.

Nikos era un chico estupendo, pero por más simpático que fuera no pensó que le hiciera gracia encontrar manchas de comida italiana decorando los muebles cuando regresara a su apartamento. Había sido muy gentil en prestarle el lugar mientras lidiaba con su convalecencia. Justo como Alexander se lo había prometido tras deslizar bajo su puerta el sobre con los boletos de avión a Italia (en anticipación del viaje a Venecia que habían soñado juntos), no dejó de volver. Cada día…, cada noche… Cuando menos lo esperaba escuchaba desde el pasillo pedirle entre ruegos desgarrados una oportunidad para hablar.

Por su propia supervivencia le negó dicha oportunidad en cada ocasión, con la garganta retorcida y el alma hecha pedazos. Porque aunque deseaba tener las fuerzas para negarlo, el empresario había reclamado una parte de él que ya nunca más podría recuperar.

Entonces el término de «supervivencia» se volvía engañoso y estúpido.

No conseguía imaginar que su vida volviera a ser como antes, cuando moría un poco cada vez al no poder estar a su lado.

Bebió un generoso trago de Ginger Ale de la jarra que tenía sobre la encimera para fingir que eso ayudaría a ahogar su pena. Si bien las margaritas cumplían mejor con la tarea no eran una opción. No en ese momento. No por algún tiempo. ¡Diablos! Pensar en margaritas le hizo pensar también en Alexander.

La situación estaba pasando de frecuente a absurda: cuando veía tomates recordaba el jugo para la resaca que le envió al día siguiente de su catastrófico tropiezo con la bebida de tequila y limón. Chocolate caliente. Nubes de azúcar. ¡Dios mío! ¿Cómo algo de aspecto tan inofensivo podía convocar memorias tan excitantes? Cuando veía a un sujeto de barba por la calle no conseguía evitar estudiarlo apenas con disimulo, compadeciéndose. Comparaba sin ser consciente de ello. El vello facial no favorecía a cualquiera, menos aún a quien no había sido bendecido con el asombroso semblante del millonario.

Parpadeó de pronto para sacudirse las ensoñadoras imágenes de encima y ante él saltaron vibrantes los colores de su cena. Soltó un suspiro casi agotado. Su tristeza una carga abrumadora en el pecho. Se volvió para sacar un plato del gabinete. Estaba por abrir el cajón de los cubiertos cuando alguien llamó a la puerta.

Un par de toques no muy fuertes.

Exaltados latidos agitaron el órgano en su pecho. No esperaba visitas. Alec, Nikos… inclusive Florence y Dimitrios solían anunciarse antes de llegar; quizá solo era una reacción exagerada de su cuerpo, nada extraño. Sus emociones se habían hallado en un estado de constante vulnerabilidad la mayor parte del tiempo en las semanas recientes. Le desagradaba sentir que no era del todo dueño de sí mismo. Observó a *Arsen*, quien impulsado por su curiosa naturaleza canina, se movía con juguetona pesadez en ese sentido, olvidando por completo la pelota con la que había estado jugando. Agachó la nariz y comenzó a olfatear mientras él también se acercaba.

Echó un vistazo por la mirilla. Al principio solo vio la oblicua forma del cabello de alguien, medio segundo después ese *alguien* alzaba la cabeza. El aire que lo circundaba se convirtió en una cosa densa, cuya repentina presencia parecía cerrarse a su alrededor y evitaba que pudiera moverse, que pudiera pensar. Por un espantoso instante sintió que se ahogaba.

No debería extrañarle tanto que lo hubiera encontrado. Esconderse de Crown era más difícil que hacerlo del FBI. Ya se estaba tardando.

—Jules, yo… sé que estás ahí. Siento mucho llegar de este modo…, quisiera… —Una pausa. Apreció el dolido sonido de su voz, que a su vez provocó que su propio corazón se estrujara en solidaridad con esa emoción—… Quisiera poder hablar contigo. Dime que me escuchas…, por favor…

—Te escucho, Alexander. —Fue el Jules que se veía halagado por su extraordinaria insistencia quien contestó. Las palabras se deslizaron fuera de su boca sin su intervención. Cerró los ojos con fuerza, como quien exhausto para seguir sosteniendo un gran peso sobre los hombros se rendía de forma irremediable a una aplastante verdad—. No deberías estar aquí.

Con la frente pegada a la puerta se arropó con los brazos, pensó que de ese modo podía mantener unidos los afilados pedazos de lo que una vez fue un hombre.

—Lo sé…, es que…, simplemente no puedo, Jules. Me estás matando… Y sé que lo merezco… —Se odiaba a sí mismo. Se sentía tan asqueado por haberlo lastimado. Había hecho tantas cosas reprochables que de buena gana aceptaría que el omega descargara su furia contra él. Contrario a eso Jules, cuando era afortunado y lo miraba, lo hacía con desapasionada desilusión. Fría. Serena.

Un castigo elegante.

Como si ni siquiera valiera la pena invertir en él más que eso.

—Así es, lo mereces. —Esa era la única certeza. No se trataba solo de él; que Andros se hubiera visto envuelto en la sucia estratagema lo removía a un nivel muy visceral.

Su amor por el griego no palideció pese a lo que sucedió después; sabía que era tan fácil como tomar el teléfono en cualquier momento y hacer una llamada. Adis estaba allí, esperando una decisión suya… Y saberlo solo lo volvía más doloroso, porque no se escuchaba correcto ni siquiera con el pensamiento. Él había sido demasiado bueno y honesto desde el principio, la paz que jamás creyó que fuera posible tener en su vida la experimentó a su lado. Adis había sido brisa, y él una oscura tormenta. Su existencia marcada por momentos que lo habían dejado roto en más de un sentido.

Podía ser muchas cosas, pero no se perdonaría actuar con tal egoísmo. Por su causa Andros había salido herido una vez: eso no pasaría de nuevo. Al menos en ese sentido intentaría ser más íntegro de lo que fue su padre.

Escuchar el aplomo con el que fueron pronunciadas aquellas palabras produjo que lo inundara una vergüenza pura, absoluta. Desalentado, Alexander notó desde algún sitio lejano y miserable que se derrumbaba; sin estar al tanto le había dado la espalda a la puerta. Ahora se deslizaba contra ella, con la cabeza hundida entre las manos y el espíritu aplastado bajo una negra sombra.

Del otro lado Jules casi pudo verlo. Ignoró el lento sonido que se arrastró por la madera para regresar a su cena, tratando de no pensar en los medios que el CEO utilizaba a su antojo para conseguir información.

Se preguntó qué tan rápido lo encontraría si se mudara a Australia, o Alaska, aunque tal vez después de lo que acababa de decirle se diera por vencido y ya no invirtiera más tiempo en seguir buscando su perdón. La fuerza de ese último pensamiento lo golpeó con una bochornosa urgencia.

¿Qué clase de voluntad era la suya?

Le dolería, claro estaba. Era ver que su propia existencia se evaporaba para dejarlo en la nada. Porque *nada* era lo único que le quedaba. La culpa afloró en sus ojos, inmediata, real. Eso no era cierto y lo sabía.

Dudas, malditas dudas.

Sumido en una extraña sensación de aletargamiento depositó una porción de *spaguetti* en el plato, que comió sin una gota de ánimo en el cuerpo y por consiguiente tuvo un gusto muy similar al del engrudo bañado en mayonesa barata sin limón. Nunca se había llevado semejante cosa a la boca, pero sin duda tendría ese sabor si se atreviera a hacerlo. Entonces sin asombro alguno pensó que era muy curiosa la cantidad de estupideces que se podían considerar aun cuando todo a su alrededor se desmoronaba sin remedio.

—Ya puedes quitarte de ahí, ¿por favor? —pidió a su perro con impaciente suavidad mientras terminaba de secar los utensilios para devolverlos a los gabinetes.

Crown se había marchado mucho rato antes, pero *Arsen* decidió quedarse tumbado a lo largo de la entrada, enterrando su oscura nariz en el hueco entre su peludo cuerpo y la puerta, atraído por algún aroma ajeno que debía seguir flotando del otro lado. Desentendido de todo lo demás, su fiel compañero siguió inmerso en su curiosidad.

—Allá tú, yo me voy a la cama. Y no pienso suplicarte.

Poco después apagó las luces, una a una menos la del breve pasillo que conectaba la estancia con el cuarto de baño para las visitas. No quiso dejar a *Arsen* en total oscuridad. Le dedicó una última mirada cariñosa y siguió a la habitación. Lo mejor sería darse una ducha; cuando se fijó en su reflejo

en el vidrio de la ventana antes de cerrar las cortinas encontró que algunas gotas de salsa de tomate habían alcanzado su rostro, lo más probable es que también su cabello.

Un poco de agua caliente le vendría excelente además. Dedicó cerca de quince minutos a quitarse no solo el sudor y el rastro de la cena, también la impresión que reactivó un millar de emociones al escuchar la voz de Crown desde el corredor. Lo había dejado muy ansioso. Espuma de aroma fragante se deslizó por el húmedo cuerpo masculino en tanto su mente daba mil vueltas a lo que Alexander le dijo la otra vez: «sé que hay mucho que nos separa, Jules, y que ahora no puedes dejar de verlo. Pero es más fuerte lo que nos une».

Quería creer que había verdad en ello y no en la más estricta interpretación de las palabras. Sin embargo, ¿qué pasaba con los engaños, con las mentiras?

Él no era mejor a ese respecto. Solo porque no resultó bueno en aquel juego de intrigas era menos culpable.

Secó su cabello, y tras meterse en una sencilla camiseta y unos pantaloncillos de chándal se sumergió en la cama. En algún punto durante su larga charla consigo mismo debió quedarse dormido, solo tuvo plena consciencia de que eso era con exactitud lo que había pasado cuando despertó de pronto al escuchar un distante ruido de arañazos. A decir verdad no estaba muy seguro de lo que oía. Según la hora en la pantalla del móvil pasaban de las dos de la madrugada.

La intensidad del sonido, lejos de amedrentarlo, le causó curiosidad. Esperaba que *Arsen* no estuviera haciendo travesuras. El cambio de domicilio temporal no le había favorecido precisamente. Lo peor de todo es que de nada sirvió su patético intento ya que Crown dio con su paradero de igual manera.

«¡Felicidades, Jules! ¡Sigues siendo el mismo ingenuo!».

Hizo su camino hacia la estancia, de donde provenía el despliegue de una energía de lo más impaciente. Apenas iluminado por la indirecta luz del pasillo, el canino era poco más que una sombra de bronce que rascaba con aire acalorado el borde de la alfombra que daba a la puerta.

—¿Qué rayos sucede contigo?

Cuando comenzaba a molestarse lo pensó mejor. Quizá *Arsen* sabía algo que él no.

Los perros podían ser muy astutos e intuitivos.

Tragó saliva en espera de que no fuera nada, y cauteloso abrió la puerta.

—Esto debe ser una broma. —Sentado en el corredor, con una chaqueta sobre la mitad superior de su cuerpo encogido, Alexander Crown yacía dormido. La imagen resultaba de lo más graciosa…, más de lo que en verdad quería reconocer. Sin embargo, a un tiempo le concedía una sugerente clase de ternura, con suaves y apacibles contornos en un rostro que no había dejado de parecerle una auténtica obra de arte, según su opinión y la de toda la ciudadanía de Atlanta si les preguntaran. ¿Cuántas horas llevaba allí?

Pensó que se había marchado cuando dejó de insistirle, si bien fue una mera suposición. *Arsen* lo había sabido todo el tiempo, de ahí su obstinación de no moverse de donde estaba. Miró a un lado y otro del corredor, intrigado de que ninguno de los vecinos hubiera llamado al manager del edificio por la inusual escena.

Quizá debería hacerlo él, así Alexander lo pensaría mejor antes de presentarse donde no lo habían llamado. Pero su expresión se desajustó de repente al darse cuenta del frío de la madrugada cuando una violenta raya de estremecimiento le cruzó el cuerpo desde el cabello hasta la punta de sus pies descalzos. Seguro esa chaqueta no era gran cosa para protegerse. Chasqueó la lengua cuando su indulgente interno mandó sobre sus resentimientos, frenando una mínima intención de irse dejándolo como lo había encontrado.

Se arrodilló junto a él.

—Crown —susurró. Alargaba una reticente mano para empujarlo con suavidad. Nada pasó—. ¿Crown?… —Volvió a insistir. El Golden Retriever había salido poco después detrás de él, quien ejecutó su propio plan B sin previo aviso. Sacó la lengua y describió una alocada serie de húmedos lengüetazos sobre parte del semblante que poco a poco resurgía de la inconsciencia.

El impulso de reírse se impuso sobre lo molesto del asunto, de modo que Jules se llevó el dorso de la mano a la boca para tratar de ocultar lo cómico que se veía el hombre. Medio adormilado y sorprendido abría muchísimo los ojos con expresión desenfocada, alternando la mirada entre el peludo rostro de *Arsen* y el de él.

Tardó unos breves segundos para reconocerlo. Y cuando lo hizo, ese azul que opacaba la belleza de cualquier cielo primaveral pareció deshacerse sobre los estilizados rasgos de un semblante que se apreciaba distinto, sin ese frío rencor que lo había acompañado las últimas semanas. Quizá estuviera soñando; de ser así no quería despertar. Pero era más complicado que eso. Todavía aturdido correspondió a su sonrisa mientras trataba con torpeza de quitarse al perro de encima para limpiarse el rastro de saliva de la mejilla.

—¿Intentas que me compadezca de ti? —Lo cierto era que el muy bastardo había logrado debilitar sus defensas, por lo que mantener una actitud menos cordial se estaba convirtiendo en toda una prueba de autocontrol. Prueba que ya había dado un primer traspié al percibir que su voz sonaba más suave de lo esperado.

—¿Está funcionando?

Resultaba evidente lo que implicaba para el alfa abstenerse de extender una mano y tocarlo. Cualquier contacto, por sutil que fuera, cobraría un peso inmenso en su mundo.

La contestación de Jules consistió en poner los ojos en blanco al tiempo que se erguía sobre las piernas para alejarse; cualquier indicio de humor en el aire acababa de evaporarse gracias a su desacertada elección de palabras.

—No, Jules, espera…, espera. —Con la frente llena de repentinas líneas de abatimiento dejó el suelo, líneas que apenas se aligeraron cuando el omega interrumpió el ademán—. Esa no era mi intención…, es… es solo que es muy difícil, ¿sabes? —Un intenso calor subió por la garganta del joven al notar que Alexander Crown seguía siendo el mismo hombre, pero a diferencia de cuando lo conoció parecía un poco más apagado, sin esa orgullosa vitalidad que irradiaba con tan fácil descuido y que era tan suya. Así que aquel calor se volvió también doloroso de una forma muy física. Reconoció que herirlo era herirse a sí mismo, porque lo amaba a pesar de todo—. Nada funciona, yo…

Lo habían mutilado. Esa esencia…, ese elemento vital que lo convertía en alguien había sido arrancado de su ser de la más brutal de las formas. Lo peor es que nadie tenía mayor culpa que él mismo.

Sostuvo la mirada del hombre que lo acompañaba a mitad de la madrugada en un frío corredor un instante, lo que le hizo a su vez tomar conciencia de ello como no habría podido ser de otra manera. Así pues, Jules contempló ante sus propios ojos que la persona frente a él sufría una transformación. No sabría cómo explicarlo, pero ese *algo* indefinido se deslizó entre ambos, alterando incluso la atmósfera que los rodeaba.

Sin romper el contacto visual, Crown recogió la chaqueta del suelo, la sacudió contra el muslo antes de arrojarla sobre su hombro, y tras remover de modo juguetón el pelaje de *Arsen* que seguía a sus pies se aclaró la garganta.

—Lamento haber trastornado tu noche, Jules. Ha sido una desconsideración de mi parte… Creo

que será mejor que me vaya de una vez —repuso con esa cadencia entre suave y áspera que tantas veces había pronunciado susurros cariñosos en su oído. Dio media vuelta para comenzar a alejarse bajo el atento escrutinio del que se quedaba atrás.

—Qué demonios es esto, ¿eh? —soltó hacia la espalda que se marchaba—. ¿Acaso otra de tus tácticas para conseguir lo que quieres, señor Crown? —Tuvo la precaución de no alzar la voz a fin de evitar atenciones indeseadas, pese a la súbita rabia que no quería dejar en evidencia.

Perplejo, el aludido giró a medias para mirarlo. Abrió la boca como si quisiera responderle, cosa que no hizo de inmediato porque en esa ocasión pensaba elegir muy bien sus palabras; cuando estas cayeron en su sitio deshizo sus pasos y se detuvo justo frente a él, casi en espera de que Jules se apartara. Para su tranquilidad no lo hizo.

—Nada de eso, señor Wallace. —Fuego cobalto estalló en aquellos ojos capaces de hacerle perder la cabeza, de hacer que olvidara por qué rayos habían discutido en primer lugar para hundir los dedos entre su barba y atraerlo hacia sí con unas intenciones que desmentían por completo su enojo —. Me desprecias… te lo concedo, porque estás en todo tu derecho de hacerlo…, si pudiera regresar en el tiempo para decirle a mi «yo» de ese momento que no sea tan imbécil yo…, te juro por lo más sagrado que lo haría.

»Pero no puedo; a tus ojos me estoy convirtiendo en un despojo, y aunque así es como merezco sentirme no deseo que sea eso lo que veas. Ya te he decepcionado bastante en una vida. —Con el temor de ser rechazado alzó una mano; dedos trémulos describieron caricias más trémulas aun sobre una mejilla que empezaba a humedecerse. Interceptó una gruesa lágrima con el pulgar, maldiciéndose por millonésima vez por hacerlo llorar—. Te amo… y siempre voy a lamentar haber enturbiado lo nuestro de una manera tan vil —añadió, poniendo especial énfasis en el hecho de que le era más «soportable» ser mirado con enojo que con desilusión.

Un gesto de impotencia.

En el cerebro de Jules se produjo una conmoción.

Todo allí dentro se había descarrilado, igual que en ese sitio alojado en el corazón donde mandaban más los sentimientos que la razón. Cerró los ojos, con tanta fuerza que cuando los abrió de nuevo los bordes de su visión se tornaron borrosos, los detalles casi se perdieron salpicados de diminutos resplandores.

—Te odiaba, Alexander…, incluso antes de haberte conocido. —Tragó saliva con dificultad, casi sorprendido de sentir cierto alivio al sacar de su sistema lo que iba a decir a continuación sin haberlo tenido en cuenta hasta ese momento—. Te culpaba por lo de mi padre…, mi madre terminó incapacitada porque no pudo soportarlo; me quedé solo, ¿entiendes? Tuve que recoger lo poco que restaba de una vida para meterlo en un depósito de alquiler. Y tú… en tu maldita Torre de Cristal… —La mano de Crown, que estuvo acunando su mejilla, había descendido para entrelazarse con la suya. Sus rostros separados a la distancia de un suspiro sin haberlo advertido. Lo miraba vehemente, no con enfado, más bien con un tipo de culpa que se parecía mucho a la que él llevaba cargando desde que Jules dejó de ser una promesa en su vida—… Quería que pagaras, quería que sufrieras por arrebatármelo todo… —Entonces su garganta se retorció. El impedimento hizo que cualquier otro sonido, salvo un sollozo malherido, pudiera atravesarla.

Un abrazo enorme lo cubrió.

Cálido. Masculino.

Se deshizo dentro de él como si su vida dependiera de ello; respiró su mismo aire, y horrorizado se dio cuenta de que lo había extrañado mil veces más de lo que debería considerarse aceptable.

No hubo más palabras por un buen rato, solo el reconfortante contacto de dos almas que se

reconocían de un modo que quizá otros no llegarían a experimentar jamás. Íntimo, voraz. Eso solo volvía más desgarrador tener que aceptar que Jules había alcanzado su propósito. Si había querido que él pagara…, que él sufriera, lo consiguió con creces.

A regañadientes, Alexander se apartó apenas lo suficiente para estudiarlo con el ceño encogido en una profunda línea.

¡Cómo adoraba ese rostro!

Verde y dorado empañados por el reciente rapto de llanto. Igual hermoso, aunque Jules era mucho más que eso. Se sintió como un completo miserable. Estaba al tanto de la tragedia que había sacudido a la familia Palmer gracias a los reportes que Callard Izumi, su jefa de seguridad, había puesto en sus manos cuando lo situaron como un posible sospechoso debido a los antecedentes de su padre, sin saber que era una víctima inocente en la sucia intriga.

La magnitud del daño era inmensa.

No se acostumbraba a no saber qué hacer. La complejidad que entrañaba la situación lo sobrepasaba. Quizás la respuesta fuera más sencilla de lo que deseaba admitir. Quizás alejarse era esa única respuesta.

Su corazón sufrió con la manifestación de esa certeza.

Movido por un impulso de inevitable pérdida agachó la cabeza, que enterró en aquel cálido espacio entre el hombro y el cuello de Jules para llevarse con él una última memoria de esa sensación, de su aroma, del modo en que el cabello cosquilleaba en su nariz. A decir verdad estaba recibiendo más de lo que tenía derecho a aceptar, porque el omega se enlazó a él con los brazos en un arrebato de urgencia que hizo que sus pulmones se expandieran hasta un punto vertiginoso.

—Jules… —susurró.

—Vas a irte, ¿verdad? Vas a dejar de insistir —repuso ahogado contra su hombro. Percibió el ligero temblor que recorría el esbelto cuerpo adherido al suyo sin tener muy claro si se debía a la baja temperatura o a algo más. Con aquel arraigado sentido de la caballerosidad extendió la chaqueta sobre Jules sin cambiar de posición.

—Debí haberlo hecho hace tiempo. —«Antes de haberte lastimado, antes de que siquiera hubiera tenido oportunidad de empezar». Una significativa exhalación se derramó sobre su pecho cuando Jules se refugió de pronto allí.

El joven estaba exhausto de batallar consigo mismo por la excesiva cantidad de emociones que se conjugaba en lo más íntimo de su ser, tanto que mantenerse de pie le estaba suponiendo un esfuerzo casi monumental.

—No ahora…, no puedo… —Tener el conocimiento de que iba a perderlo para siempre fue más fuerte que cualquier otra cosa. Por ese motivo lo había evitado, esa era la causa por la que evadía cada posible encuentro y llamada…, porque sabía que sucumbir a lo que lo ataba a aquel hombre destrozaba todo sentido de la lógica y la razón. Lo había entendido desde el comienzo, Alexander Crown era fuego; seductor, indomable. Impetuoso. Otra especie de caos que hallaba su similar en él y las tempestades que guardaba en su interior.

—Pero… Jules…, yo creí que…

—Lo siento…, sucede que acabo de descubrir que soy terriblemente egoísta. —Un sollozo casi inaudible. Con suavidad levantó el rostro para mirarlo, y lo que Alexander vio no solo lo dejaba asombrado, sino embelesado al punto de la locura por lo que creyó ver en la profundidad de sus ojos, por lo que pensó que había escuchado en esa inesperada revelación—. Quisiera invitarte a pasar para que tengamos esa «charla», pero es el apartamento de Nikos y te odia demasiado. No estaría bien.

—No…, es verdad —convino bajo el extraño efecto de haberse vuelto inmaterial en algún momento sin advertirlo. Por una fracción de segundo lo consideró, casi esperando que el hechizo se rompiera de pronto y estuviera a punto de ser arrojado a la cruel realidad con una simple mirada de desdén—. Es tarde y lo mejor sería que vuelvas a la cama, a menos que… Tal vez quieras tomar algo caliente por ahí. Debe haber alguna cafetería abierta —sugirió esperanzado.

—Me agradaría, sí. ¿Puedes esperar aquí para ir por zapatos y una sudadera?

Jules se apartó envuelto en una repentina timidez. Trataba de no pensar demasiado de nada en concreto porque de hacerlo terminaría cambiando de opinión. Quizá tener esa conversación sí era importante después de todo. Un avance. El primer paso en el camino para hallar una catarsis emocional. Se lo debían el uno al otro. Estaba a instantes de entrar cuando giró a medias para devolverle a Alexander la chaqueta, ya había soportado suficiente frío. Procuraba aparentar algo de compostura, aunque la pura verdad era que sus rodillas habían emprendido un demente temblor y apenas resistían.

Cogió a *Arsen* del collar y lo arrastró con él al interior.

Una vez a solas las manos de Crown volaron a su rostro, donde frotó con elocuencia e inspiró del mismo modo para darse valor. Que Jules estuviera haciendo aquello solo demostraba, una vez más, que era una persona excepcional. Eso ya lo convertía a él en el bastardo más afortunado de la ciudad sin caer en el error de hacerse algún tipo de ilusión. No quería tentar a la suerte equivocándose de nuevo ni pensaba aprovecharse de esa oportunidad, que en sí misma era de lo más valiosa.

Por otro lado, Jules inspiró y espiró.

Le temblaban tanto las manos que la sencilla acción de ponerse una sudadera y recogerse el cabello en una cola de caballo demandó un poco más de tiempo que el habitual. Amarrar los cordones de sus zapatos deportivos fue toda una hazaña; sentado en el borde del sillón junto a la cama se inclinó al frente con los antebrazos apoyados en las rodillas, pensativo.

—¿Crees que es una buena idea? —A escasos pasos, *Arsen* lo miraba con franqueza desde una posición vigilante cuando le formuló la pregunta en tono convencional—. Cómo quisiera llamar a Alec para escuchar su opinión, pero es tarde. Además, casi puedo adivinar lo que diría después de lanzar unas cuantas maldiciones por atreverme a despertarlo a esta hora, le agrada Crown, ¿sabes? —Inclinó la cabeza imitando al can que lo escuchaba atento. Chispeantes e inocentes sus ojos, observándolo con fijeza—. Veamos qué tiene que decir. Deséame suerte, chico. —Sacudió sus peludas orejas en gesto de despedida para seguir el sordo instinto que lo movía en sentido del hombre que lo esperaba en el corredor.



Un Audi R8 junto a la acera esperaba cuando alcanzaron el exterior del edificio. La blanca superficie de espejo reflejó sus movimientos según Crown se adelantaba para abrirle la puerta con exquisita cortesía.

Una tensión manifiesta les rodeaba. Una especie de silenciosa sobrecarga de energía expuesta al menor estímulo. Esta le hacía notar su propio nerviosismo en correspondencia con el de él.

Era a un tiempo enervante y sobrecogedor percibir la ansiedad que lo corroía, una faceta que no pensó que aquel CEO, cuya presencia arrolladora lo había deslumbrado en un elevador una eternidad atrás, fuera capaz de experimentar. Y conmovió ese lado suyo que admiraba el significativo

cambio. Con el pecho inundado de alocadas palpitaciones ingresó en el lujoso interior sin estar seguro de a dónde los conduciría aquello.

Sus miradas se encontraron en la penumbra cuando Alexander le hizo compañía segundos después.

Esos ojos que no conseguían apartarse de los suyos hablaban de emociones profundas, de recuerdos compartidos.

—¿Estás nervioso, Jules?... En realidad, no tenemos que hacerlo ahora si no quieres. Si lo prefieres puedes reconsiderarlo. —Para sorpresa de ambos, el simple hecho de sugerir esa alternativa hizo que los últimos vestigios de duda se desvanecieran.

—No voy a huir más de ti, señor Crown. Es algo que me debo a mí mismo…, y tú también. —Pese a todo al alfa le agradó verlo recuperar su temple habitual. Giró la llave en el contacto para ponerse en marcha.

Las calles del downtown se encontraban casi desiertas. Era una locura. Escasas horas los separaban de una nueva jornada de trabajo mientras buscaban una cafetería abierta.

Por fortuna no era un imposible. Hallaron un sitio en las inmediaciones del Virginia Highland, pequeño y acogedor con lo necesario para estar a gusto aun cuando lo que los había llevado allí superaba con creces cualquier tipo de incomodidad.

El mesero que había estado limpiando una de las mesas cerca de la ventana miró con la boca abierta el fastuoso coche frente al establecimiento, luego a ellos con el mismo gesto impresionado antes de volar en su dirección, desbordándose en atenciones. Jules pidió su café oscuro y sin azúcar, como siempre. Alexander lo quería con crema además de un panecillo que en verdad no tenía intenciones de probar; los rizos de expectación en su estómago no le permitirían disfrutarlo.

Silenciosos minutos transcurrieron en tanto Jules daba pequeños sorbos que intercalaba con soplidos sobre la caliente superficie de la bebida, demasiado consciente de la atención masculina sobre cada uno de sus movimientos.

—¿Qué? —dijo al momento de levantar la mirada con lentitud y perforarlo a través de las pestañas entornadas. Devolvió la taza al pequeño plato sobre la mesa, pero sus dedos se quedaron para juguetear en el borde decorado con motivos minimalistas en color blanco y negro.

—Lo siento. —Alexander redirigió el interés, ahora con una vaga consternación, hacia su propio café. Lo removió con la cucharilla tras haberle puesto una mínima cantidad de azúcar y apuró un rápido trago—. Me parece…, irreal estar aquí contigo.

—¿Estás consciente de la cantidad de veces que has dicho «lo siento» últimamente? —La pregunta tomó a Crown por sorpresa, si bien no le daba la impresión de que hubiera sarcasmo en ella—. Debería haber alguna clase de código que regulara su uso. Después de un tiempo deja de tener sentido —siguió sin mucho entusiasmo.

—¿En verdad… crees que no estoy siendo sincero? —La magnitud de su asombro se vio reflejada en el desencajado gesto de su boca.

—¿Podrías culparme? —Una pregunta sencilla que pareció desconcertarlo aún más.

—Sabes que no es así, Jules. Si lo que deseas es que no me disculpe entonces… no volveré a hacerlo otra vez. Te doy mi palabra. —Crown lo observó con una extraña serenidad en el rostro, súbita, como si calculara la información para tratar de darle forma. Jules habría preferido no escuchar aquello que le produjo un sordo desconsuelo en el cuerpo, pero ya no se trataba solo de él —. ¿Qué quieres que te diga? —Había una entonación incisiva en su voz. Apenas se reconocía en su suavidad. Una especie de súplica que hizo que el enojo ardiera en el interior del joven que lo miraba como si ya no lo conociera.

—No es lo que quiero escuchar…, así no es como funciona, Alexander. Quiero… —El alfa lo observó tragar con dificultad, debatiéndose en un insospechado estado de ánimo que él quería comprender—… Quiero estar seguro…, quiero creer que las cosas pueden en realidad ser como antes. Pero es algo que no me puedes entregar a menos que yo decida dar ese salto de fe y darte una nueva oportunidad. —Se detuvo; miraba la soledad de la calle a través del ventanal en lugar de él. Estaba pálido, no mucho. Se distinguían leves sombras bajo los ojos, y por extraño que resultara… algo, que no había notado antes, parecía rodearlo. Un aire más decidido quizá. Fuera lo que fuera estaba radiante, y él no quería dejar de contemplarlo—. ¿Lo ves? Es mucho más que palabras, son hechos. Cualquier decisión que tome con respecto a nosotros me exige un precio muy alto. No he podido dejar de pensar en ti un instante. —Esta vez movió la cabeza para observarlo como si quisiera ver dentro de él—. Me quedé sin alternativas supongo.

Entonces había una esperanza, demasiado remota, pero una esperanza al fin y al cabo. Y a juzgar por la manera en que acababa de plantearlo le cedía a él la posibilidad de defenderla.

Alargó la mano por delante de ambos para encontrarse con los dedos que no habían dejado de formar remolinos alrededor del pequeño plato de porcelana.

El nerviosismo era evidente en ambos. Jules cerró los ojos cuando consintió su toque. Animado por la respuesta el alfa entrelazó sus dedos con los de él y estrechó el agarre, pensando que era lo más agradable que había sentido en muchísimo tiempo.

Una delicada interjección, como un lamento nacido del pecho de Jules, resumió lo insoportable que había sido esa distancia. Sin embargo, ya le había quedado claro desde un principio que permitirse amar a aquel hombre no sería su decisión más sensata. Sus alarmas le advirtieron, y como un estúpido eligió ignorarlas; porque una vez seducido por el encanto de ese fuego, que despertaba con precisión sus instintos más primarios, era imposible no acabar marcado por su pasión. Felicity Tremblay encarnaba esa advertencia como el más desgarrador de los escenarios.

—Jules. —Parpadeó. Solemne en toda su postura al tiempo que apremiaba el contacto en una invitación a mirarlo. Verde, dorado y azul se encontraron a mitad de camino. Un tenue chorro de luz ambarina, procedente de la lámpara colgante suspendida sobre la mesa, bañaba las decididas facciones del CEO frente a él. Adoraba cada parte de ese rostro. Cada momento dulce o erótico que había compartido con él lo desenvolvía como si de una gema preciosa se tratara cuando se encontraba a solas con su recuerdo; porque no podía negar que Alexander le había hecho sentirse amado con genuina intensidad. Entonces, pensó que quería perdonarlo por lo bueno que sabía que había en él pese a las decisiones erróneas que tomó, influenciado por ideas equivocadas—. Voy a pelear por ti si me lo permites, con todo lo que tengo…, con lo que haga falta y por el tiempo que sea necesario —manifestó con tal clamor que se ensancharon las venas de su cuello, e hizo que casi viera las llamas de su fuego interno ondularse furioso tras los ojos.

—Ten cuidado con lo que deseas, sigo muy…, muy enojado contigo —escuchar el delgado matiz de algo que podía asemejarse al humor en ese comentario, calmó en gran medida la opresión que se había instalado en su pecho impidiéndole respirar con normalidad—. Creo… que lo mejor es ir despacio con esto. Si lo vemos tal cual es ni siquiera nos conocemos como debería ser, Alexander; yo también tengo una buena porción de culpa al no haber sido honesto contigo desde el principio.

—Lo que sea por ti, cariño. —Imbuido de una nueva energía, dejó su asiento para acomodarse en la butaca de enfrente con él. Lo rodeó con un brazo mientras Jules se hacía un puño de piernas y brazos contra su costado. Agachó la cabeza para depositar el beso más agradecido de la historia sobre su cabello, absorbiendo con vigor el suave aroma perfumado que desprendía. Y más complacido aún, sintió cómo el dueño de cada uno de sus latidos hundía la punta de los dedos entre

su barba para desplegar caricias en un sosegado ir y venir—. Se me ocurre que tal vez… podemos empezar de nuevo. Es solo una idea general, pero me encantaría cortejarte de la manera correcta.

—Suena perfecto. —Se oía adormilado, y no era de extrañar. Faltaban un par de horas para el amanecer; sombras azuladas se apoderaban de las estructuras que alcanzaba a ver por la ventana. Silenciosas, como casi todo a esa hora. Pequeños tintineos resonaban detrás de la barra, el sonido de vasos y platos colocados en su lugar, mientras el mesero que los había atendido observaba distraído un documental de Animal Planet en la tele colgada en una pared. Junto a ella, antiguas fotografías en blanco y negro mostraban cómo había sido la zona más de medio siglo atrás—. Fuiste el rey de los trogloditas esa vez en tu oficina. —Rieron juntos como no lo hacían en mucho tiempo—. De acuerdo… —Se incorporó un poco para mirarlo, con la mano extendida a modo de saludo en espera de que él la estrechara—… Mi nombre es Jules Palmer, es un gusto conocerte.

—Crown, Alexander…, el placer es todo mío —dijo en respuesta al gesto. Una mueca retorcida confirió a sus labios un aspecto tan sexy, que el cuerpo de Jules sufrió un repentino espasmo de salvaje deseo—. Así que Palmer… Me agrada.

Intercambiaron una sonrisa aliviada, y ese alivio permitió que el joven pudiera casi creer que las piezas comenzaban a encajar en su respectivo lugar. El recorrido sería largo, si bien había muchos temas importantes por tratar no era su intención precipitarse al respecto. Quería confiar en él, de verdad, pero para que eso sucediera tenía que darle tiempo a ganarse ese derecho, y estaba dispuesto a dárselo. Porque lo amaba.



Alec agitó la mano en el aire para que él pudiera localizarlo.

Le había pedido que almorzaran juntos esa mañana, tratando de disfrazar con tono despreocupado la agitación que no quería sentir martillear en su pecho.

—Hola, hermano. —Lo recibió de pie, con el brazo extendido para saludarlo—. ¿No dormiste bien? Luces un poco pálido.

—Eres el único que lo notó. ¿Qué acaso ese es tu superpoder? —Colocó su mochila en la silla libre en medio de ambos. Puso un codo sobre la mesa y apoyó el peso de su mejilla contra la palma ahuecada mientras contenía un bostezo.

—En efecto…, tengo un superpoder. Pero mejor no te lo digo…, no quiero sonar engreído o que pienses que quiero embellecer mis habilidades. —Guiñó un ojo con lascivia en su dirección sin dejar de sonreír—. ¿Vas a decirme por qué vienes con esa cara o vamos a jugar a las adivinanzas?

Cuando abrió la boca para soltarlo llegó una camarera con expresión simpática a entregarles el menú; preguntó qué bebida iban a ordenar antes de la comida. Jules pidió una Ginger Ale sin hielo (notaba que sentía una constante sed y que solo esa bebida lograba calmarla). Alec, un ponche de frutas. Después volvió el rostro de manera significativa hacia su amigo antes de pronunciar:

—Alexander Crown.

—¿Alexander Crown?

—Sí, ya sabes. Adonis de ojos azules espectaculares, metro ochenta de estatura, cabello marrón oscuro igual que su barba y un rostro para morirse.

—Vaya… ¿Así que ustedes…? —La lascivia volvió a hacerse presente en su rostro, solo que ahora con un tinte un poco más oscuro repleto de infinitas posibilidades—. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo?

—No es lo que piensas. —En realidad, después de dejar la cafetería se habían limitado a besos necesitados y caricias contenidas en el auto cuando lo regresó a su apartamento (o más bien el apartamento de Nikos). Era más que evidente que Crown moría por recuperar el tiempo perdido, y él también, ¿para qué negarlo? Pero se trataba de una nueva oportunidad, e irse con el sujeto a la cama estaba fuera de todo contexto; al menos por ahora—. Fue a buscarme a casa, encontró la manera de localizarme y… —se lo contó a grandes rasgos. Eso de pequeñas pinceladas que lo obligaban a uno a imaginar el cuadro completo enfermaba a su amigo. Además, no había nada demasiado íntimo que relatar que él ya no supiera—. ¿Crees que hice lo correcto? Esta madrugada me sentía casi seguro de que es lo que quiero, pero ahora ese «casi» es como un nervio expuesto al más leve roce.

Soltó un suspiro.

Miraba el tráfico detrás del ventanal con aire ausente, aunque bajo la superficie se encontraba acorralado por toda esa extraña energía que se expresaba como desconfianza más en sí mismo que en el alfa. Lo había lastimado, era cierto, pero quería ser valiente para atreverse a descubrir que Alexander cumpliría su palabra de luchar por él.

Pero esa osadía se había ido deteriorando con el pasar de la mañana dejándolo de nuevo en medio de ninguna parte.

—Está bien que te lo cuestiones. Como yo lo veo tú eres quien tiene las riendas de la situación en este momento, es lógico que te detengas a reflexionar en ello porque se trata de tu vida…, solo asegúrate de hacerte las preguntas correctas. —El beta pasó una mano por su cabello echándose en el respaldo de la silla; una mirada de comprensión cruzaba su rostro. Comprensión y algo más que él no vio porque ahora seguía con la vista el ir y venir de los transeúntes con vidas que de entrada daban la sensación de ser plenas y seguras—. Resulta que Adis…, bueno…, Adis tomó un vuelo a casa hoy temprano. —Una reacción de absoluta sorpresa se disparó hacia Alec desde el otro lado de la mesa. Más emociones se derivaban de aquel gesto que era en sí lo más hermoso y triste que había visto en su vida—. Nikos y yo lo acompañamos al aeropuerto…

—¿Esta mañana? ¿Tan pronto? Yo creí… yo creí que… —Lo sabía por supuesto, el mismo Andros ya se lo había dicho. La despedida se dio en el Fiore Cafeteria al mediodía de un día del que ahora solo recordaba que sintió muchas cosas, como en ese preciso momento. El contacto del anillo que el propio Andros puso allí en su dedo, la banda de plata con intrincados detalles de mandala, casi le quemó la piel. Palabras distantes, que parecían haber sido dichas por alguien más; pero entonces esas palabras cobraron forma real, la de un rostro que él *sí* conocía y que *sí* le importaba. Su egoísta interno supo que tendría que asimilarlo—. ¿Te dijo algo? ¿Cómo lo viste?

—Tranquilo, supongo. —Los hombros masculinos se encogieron en un ademán indeciso—. Ya sabes que él es una persona muy económica en gestos y expresiones. —Cuando no estaba con Jules claro estaba. El tono pasional de un inconveniente tropel de imágenes que aludía a ese hecho invadió la cabeza del omega. Mentalmente lo sacudió para salir del momentáneo aturdimiento. Tragó un breve sorbo de la bebida que segundos atrás la camarera puso enfrente suyo para deshacer la repentina obstrucción en su garganta. Ambos habían tomado una decisión después de todo, ¿no?— Mi intención al decírtelo no es para entristecerte, pero la vida sigue y es algo que Adis sabía que tenía que hacer. Es… una pregunta menos que debes hacerte para encauzar tus propias dudas, ¿no te parece?

—Eso supongo —se escuchó decir sin mucho entusiasmo, considerando la idea de que era muy probable que estuviera en medio de una crisis personal (no sería la primera vez).

—¿Jules?

—¿Uh?

—¿Qué sentiste al ver a Alexander en tu puerta? —Una pregunta paciente.

—Enojo… creo.

—¿Crees o estás seguro?

Los contornos faciales del hombre de cabello largo adoptaron el aspecto propio de quien está pensando en una respuesta, aunque su cara se aclaró de pronto con otro tipo de duda en ella.

—¿Qué es esto, alguna clase de método psicológico de aficionado que viste en un blog por ahí? —Alec no encontró gracioso su sarcasmo. Jules lo miró con aire culpable—. Lo siento…, sé que solo estás tratando de ayudarme.

—Al menos te queda algo de ingenio en el cuerpo, voy a tomarlo como una buena señal. —Sin resentimiento aparente, el otro hombre retomó su actitud de antes para añadir—: Cuando estaba con Danny… tú siempre viste todo eso que yo no podía, ¿lo recuerdas? Veías su egoísmo, su total desinterés en nuestra vida como pareja…, y estoy dolorosamente consciente de que también tuviste un muy detallado primer plano de lo imbécil que fui por querer creerle aunque tú ya habías presagiado que esa parodia de «relación» terminaría en desastre.

—Sí, fuiste un bruto integral. Pero no tienes que tratarte de ese modo. —Le cerró un ojo cómplice antes de que su humor se percatara de otra cosa—. Espero que no estés comparando a Alexander con ese cretino porque… —espetó con punzante ferocidad antes de verse interrumpido.

—Nunca en la vida, primor. Sería la última persona en cometer semejante disparate. Lo que quiero que entiendas es…, que cuando estamos en medio de la tormenta se nos pasan cosas, carecemos totalmente de neutralidad por cuestiones obvias. —Jules notó que su amigo procuraba dar con las palabras correctas para transmitir con claridad el punto al cual quería llegar—. Entonces… ¿estás seguro de que sentiste enojo al encontrarlo del otro lado de tu puerta? —repitió, porque quería enfatizar en el asunto.

—Ahora que lo pienso… no en realidad. Sentí…, sentí que lo extrañaba incluso más, sentí ternura con algo de fastidio, sí, pero… mayormente alivio. —En lo íntimo de su ser se había librado una batalla de lo más insólita: lo esperaba, quería que lo hiciera, y cuando el empresario reafirmó sus intenciones de pelear por él cualquier fuera el costo, lo derritió un poco más.

—¡Lo ves! ¡Ahí está! —Triunfo absoluto flotó sobre la apuesta fisonomía de Alec, propinando una ligera palmada en su antebrazo, arrebatándoselo al lapso de ensoñación repentino—. Es «la mirada especial de cachorro abandonado» que pones al pensar en él. —Voz suave. Mirada igual de suave al posar sus ojos, de un súbito añil, sobre él; un raro efecto que solía aparecer en los momentos en que algo le fascinaba demasiado—. Crown puede ser el cretino por excelencia, quizá incluso compite sin querer con sus amigos millonarios por ver quién se lleva el título de «Asno del año» llevándolo al siguiente nivel, pero creo que todos nos volvemos imbéciles cuando se trata de amor.

—Deberías ser el presidente de su club de fans. —Las palabras salieron en una risa, y descubrir que aquella oscura sensación retrocedía fue un soplo de aire fresco que daba la bienvenida a un mejor estado de ánimo.

—Sí, será uno de los más populares cuando comience con la venta de artículos alusivos con su rostro. Camisetas, tazas…, botones. Mechones de cabello en pequeños frascos de vidrio… Pero no se lo comentes a Nikos. Ya sabes cómo es. —Un mohín gracioso. Que mencionara a su novio puso un ceño fruncido a mitad de las estilizadas cejas del omega—. No vayas por ahí, Jules. Ya sé lo que estás pensando.

La camarera regresó a tomar la orden. Una hamburguesa para Jules y un emparedado de carne y

provolone con patatas fritas destinado a su coach personal. Alec sabía, tan bien como él, que le importaba mucho más de lo que se consideraba saludable la opinión del mayor y el menor de los hermanos Zagorakis con respecto al rumbo que había tomado su vida sentimental, lejos de Adis y de una posible reconciliación. Aunque estaba al tanto de que se debía al profundo cariño que nació entre ellos, donde veían a su mejor amigo casi como un hermano. Podían ser bastante posesivos.

—Todo va a salir bien, enfócate en lo que tú quieres por una vez en la vida. Tu felicidad está dentro de ti, Jules, no depende de otras personas. Busca alegrarte a ti mismo y verás que el resto cae en su lugar con el tiempo. —Si supiera que su elección de palabras tenía más sentido del que imaginaba. Le causó gracia. Cogió la hamburguesa con queso extra para llevársela a la boca con más apetito del que había sentido en semanas—. Y por cierto, ¿en dónde se encuentra nuestro amigo ahora? Me sorprende que no esté como un completo desquiciado llamándote por teléfono y que sea yo quien te está acompañando a comer y no él.

—Su mejor amigo estará en la ciudad unos pocos días así que programaron un almuerzo juntos. —Dueño de la prestigiosa agencia de modelos Walsh Management Tower con sede principal en la ciudad de Londres, Marius Walsh, a quien Jules conoció durante el torneo de golf de caridad de la familia Crown, se hallaba en Atlanta para cerrar algunos negocios antes de su inminente boda con un joven fotógrafo—. Esta noche quedamos en salir por ahí.

—¿En una cita? —Un resoplido en el que se concentraba un sincero cariño y algo de humor brotó de él—. Debe sentirse como un millón de dólares, si sabes a lo que me refiero.

—Así es, una cita común y corriente como cualquier mortal. Se me antojan palomitas de maíz y una película.

—Pusiste su mundo al revés, Jules. —Alec inclinó la cabeza hacia un lado, tomó una patata para darle un mordisco y luego le apuntó con ella—. ¿Te diste cuenta de que hace un rato te pusiste hecho una furia cuando creíste que estaba estableciendo algún tipo de comparación entre Danny y Crown?

Una risueña mueca de sonrisa se alzó hasta aquellos labios y pareció brillar.

—Mi mundo también se volvió de locos cuando Alexander entró en él. —De pronto cobró mayor consciencia de lo impaciente que estaba por verlo de nuevo. Y como algo que se le ocurrió de último momento dejó caer lo que quedaba de hamburguesa sobre el plato para mirarlo—. Hay algo más que debo contarte, pero antes necesito que me acompañes a un lugar.

Alec le devolvió la mirada.



Aspiró un prolongado impulso de aliento en cuanto bajó del coche.

Debajo de la impecable imagen de seguridad y confianza que Alexander se esforzaba por proyectar, latía algo muy diferente.

Se encontraba en la cuerda floja. Jules podría perdonarlo alguna vez pero jamás olvidaría lo que él hizo, y eso en sí era una especie de piedra que tendría que acostumbrarse a lastrar en su empresa por ganárselo de nuevo. No era una sensación cómoda, pero por aquel omega que personificaba para él la belleza por dentro y por fuera ningún esfuerzo sería suficiente. Su amigo Marius se había hallado en una situación similar algún tiempo atrás. Encontró al amor de su vida y lo perdió por actuar como un completo cretino; ahora iban a casarse después de sus incontables tropiezos. Sin saberlo, el otro hombre le estaba dando la esperanza que no creyó que fuera posible permitirse sentir.

—Es extraño, hombre —le había dicho Marius negando con la cabeza. Ahora podía pensar en retrospectiva y sonreír aliviado ante el recuerdo, un lujo que Alexander estaba lejos de consentirse—, Louis es… No sé muy bien qué clase de…, misterioso poder ejerce, ¿sabes? Pero me volvió imbécil mientras gastaba toda mi energía en tratar de no pensar en él y en lo mucho que me atraía, tanto que acabé metiendo la pata hasta el fondo de cada forma en que te puedas imaginar. —Volvió a hacer aquel gesto de negación a medida que alargaba la mano para coger su copa y apurar un pequeño sorbo—. Él lo tiene todo. ¿Sabes qué me dijo su madre? Que el amor verdadero, el real… es conocer el peor lado de alguien y aun así continuar amándolo. Si es así entonces… ¿qué más puedo pedirle a la vida?

Aguardó afuera, junto al vehículo.

Jules se lo pidió así pese a que traicionaba toda caballeresca noción de Crown de disentir al respecto. Le había llamado poco antes para avisarle que ya estaba allí. Escasos minutos después lo vislumbró en la distancia, mientras atravesaba las puertas de cristal con la vista puesta en él que cruzaba la calle para recibirlo.

—¿Puedo decirte que luces espléndido esta noche, Jules?

El atractivo moreno se fijó en que el magnate deslizaba la vista sobre su atuendo de vaqueros rasgados a nivel del muslo (que dejaba entrever una pequeña porción de piel), la chaqueta de cuero de motociclista y sus botas con esa expresión que era parte de su toque personal. Toque que adquiría formas más orgánicas al desatar una especie de fenómeno sensorial en el objeto amado.

Jules se preguntó si alguna vez dejaría de sentirse afiebrado bajo su escrutinio.

—Qué obsequioso estás esta noche, señor Crown. —Un tanto risueño aceptó la mano que el hombre le ofrecía para bajar los últimos cuatro escalones de la entrada.

Se sentía como recordaba haberse sentido cuando lo conoció, desnudo y vulnerable. Aunque el Alexander de esa ocasión distaba unas mil vidas completas del que tenía frente a sí, el alfa que era como nadie que hubiera conocido antes. Casi dos tipos de persona distinta juntos en un mismo ser.

—Y tú muy elocuente de palabras; no recuerdo haber escuchado «obsequioso» en una conversación alguna vez…, o que yo la haya utilizado. Claro que puedo ser un inculto que ni siquiera sabe lo que quisiste decir.

El suyo era el efecto combinado de la gracia, inteligencia, la belleza y el dinero, lo cual lo convertía en un espécimen irresistible. Lo último que Alexander Crown sería en la vida era alguien inculto, pero a Jules le causó gracia que lo dijera de ese modo. Besó los nudillos del joven con esa sonrisa especial que solo un hombre, que sabía con exactitud cuáles eran las únicas manos por las que deseaba ser tocado por el resto de su vida, era capaz de esbozar.

—Puede ser; era el súmmum del flirteo en el siglo XVIII.

—¿De verdad?

—No tengo la menor idea, vi la palabra por ahí esta tarde y me gustó. Supongo que es la clase de cosas que solo se mencionan porque sí cuando estás demasiado nervioso para pensar en que se puede decir algo mejor. —Arrugó la nariz con aire apesadumbrado. Crown depositó un beso tierno en la punta de dicha nariz. Uno más largo y profundo cuando se inclinó hasta sus labios.

—Si te sirve de consuelo…, yo me siento igual, me atrevo a pensar que incluso peor. ¿Vamos? —Describió una invitación para seguir adelante. Cruzaron la calle y segundos después ingresaban al cálido interior del auto—. ¿Y bien, qué tienes en mente? ¿A dónde te gustaría ir? —Preguntas extrañas para alguien cuyas actividades, ya fueran de trabajo o extracurriculares, solían programarse con debida anticipación. Alexander Crown, pese a ser un hombre de mundo, rara vez cenaba en un restaurante donde no hubiera hecho antes una reservación. Trámite que su asistente se encargaba de llevar a cabo por supuesto. Eso solo por mencionar algo.

—Hace mucho que no voy al cine. Medio año, quizá. ¿Y tú? —Crown soltó una especie de

resoplido seguido de ojos que rompían en enormes destellos azulados en una expresión con la que esperaba darse a entender—. ¿Tanto?

—Creo que fue cuando empezaba apenas la universidad. No lo recuerdo con exactitud a decir verdad. —Llevó una mano hasta su barba, donde frotó con aire ausente al tiempo que sus hombros se encogían una fracción de segundo. Un gesto muy simple pero que no era tan habitual ver en él; por alguna extraña razón a Jules le pareció más joven, menos severo de esa primera impresión que se llevó con él a casa en su primer día de trabajo en Crown Media—. Cuestión de tiempo, supongo. —Su jugada más audaz en ese terreno fue adquirir los boletos de avión con la intención de huir a Venecia, llevándose al asistente que se sentaba a su lado. Y fracasó en el intento de forma rotunda.

—Será el cine entonces, señor Crown. No sé qué habrá en cartelera en este momento pero algo encontraremos. —Ajustó el cinturón de seguridad dando por finalizado el tema. El mero acto de poder conversar de cualquier cosa le alegraba. Asimismo, aprovecharía para abrirse un poco más hacia él en espera de que Alexander siguiera su ejemplo.

Era increíble la cantidad de cosas que ignoraban del otro.

Se habían ocultado tanto cuando salieron la primera vez que ahora es que podía apreciar con total claridad la dimensión de su realidad: dos perfectos desconocidos, y sin embargo no lo eran.

A su lado Jules podía ser él mismo, nunca fue de otro modo si lo pensaba bien.

—Estás muy pensativo —escuchó decir al alfa a su lado. Sin que lo advirtiera, habían pasado cinco minutos en los que se hundió en cierto lapso de introspección hasta que aquella voz profunda y masculina atravesó sus sentidos—. ¿Quieres contármelo?

—Yo…, no es nada. Eh…, solo estaba pensando en esa curiosa forma que tiene la vida de juntar a las personas. Justo recordaba nuestra primera conversación en el elevador, cuando de la nada sugeriste una cena en el mejor restaurante de la ciudad. Eras la viva imagen de la arrogancia. —Inclinó la cabeza hacia atrás en una vibrante carcajada—. ¿Recuerdas lo que dijiste?

—No me vas a hacer repetirlo, ¿o sí?

Apenas desvió su atención de la carretera y lo miró. Un instante que aprovechó para que sus ojos acariciaran la graciosa mueca que se proyectaba en su dirección.

—Ah, de modo que sí lo recuerdas. —Crown sonrió entretenido, observándolo a intervalos. Jules adoptó la postura con la que buscaba imitarlo. Incluso colocó la mano sobre el rostro con la intención de acariciar su barba imaginaria en representación de su mejor papel del millonario—. Porque mi trabajo consiste en saber todo lo que ocurre en mi edificio, señor Wallace. Porque soy increíblemente guapo y nadie puede resistirse a mis fabulosos encantos como puede ver y etcétera, etcétera, etcétera. Esa última parte fue de lo más graciosa —añadió juguetón.

—Esa última parte no la recuerdo —observó con humor el alfa—…, pero está bien. Lo acepto. Fui un prepotente hijo de perra.

—¡Qué curioso! Fue exactamente lo que pensé esa vez.

—¡Ay!

—Sí. Ay.

Jules encontró que se hallaba más a gusto para entonces, tanto como su acompañante. Era agradable darse la oportunidad de continuar sin mirar atrás.

—Me volviste loco desde el principio. Habría hecho cualquier cosa por un beso tuyo —repuso Crown con cautelosa suavidad. El tinte de la conversación acababa de mutar de ligero a romántico en cuestión de un parpadeo. Se detuvo frente a la luz roja en tanto las luces de los demás automóviles se disparaban desde distintas direcciones, jugueteando sobre las facciones de ambos.

Sombras suaves, pestañas oscuras y espesas. Rasgos elegantes y perfiles alargados. Se encontraron a mitad de una mirada que podía derribar con absoluta facilidad a la intensidad misma.

Un momento increíble, extraordinario e irrepetible donde lo único que importaba era que estaban juntos. Y llegó así, de repente.

El joven carraspeó a la vez que bajaba los ojos con lentitud.

El semáforo pasaba a verde cuando impulsado por la charla que tuvo con Alec más temprano decidió enfrentarlo de una buena vez.

—Alexander, yo… —Entonces, lo que sucedió a continuación impactó sobre ellos en una inaudita amalgama de ingravidez, seguida de una violenta precipitación por lo que le tomó un tiempo darse cuenta de lo que estaba pasando.



El cegador brillo de las luces se abalanzó en su dirección.

Gobernado por el más primario impulso de protegerlo, consiguió apenas moverse de lado para hacerse un ovillo con Jules entre sus brazos. Una descarga de dolor más allá de lo imaginable se extendió hasta llenar cada recóndito espacio de su ser, como algo retorcido y agudo que lo absorbía a su paso pese a que intentaba con las fuerzas que le quedaban rechazar su avance. Con todo, la oscuridad fue más fuerte al final, pero antes de que lo arrastrara con ella a las inciertas profundidades escuchó su nombre en la forma de un grito terrible en su desesperación. Y entonces aquel dolor se convirtió en una espantosa tristeza.



Su mente estaba entumecida.

Luces borrosas.

Gritos desesperados y el chirrido del metal que hería sus oídos.

Pero no eran gritos los que escuchaba, era solo uno y brotaba de él lacerando su garganta. Eso no estaba pasando…, ese no podía ser Alexander. No. «¡Dios mío, no!».

Conmoción. Dolor.

Pero era un dolor que le hacía añicos el corazón y no tanto el cuerpo.

El brazo que no estaba atrapado entre el asiento y el cuerpo de Crown se movió fuera de control en un intento de tocarlo, cayó como una pesada bofetada y se arrastró inútil en su regazo hasta que sintió la adormecida punta de los dedos tocar aquel rostro que no podía ver desde su incómoda posición.

Pánico interminable.

El reflejo del vómito le llenó la garganta impidiéndole respirar.

—Alexander —llamó, sorprendido por cómo desentonaba lo frágil de su voz con la monstruosa inquietud que bullía en su pecho—. Alexander —insistió. De forma vaga registraba los apagados sonidos que parecían venir desde el exterior.

Ojos asustados. Otros más bien curiosos. Manos solidarias intentaban desde varios puntos extraerlos de las entrañas de la retorcida carrocería.

—¡Oiga…, oiga! ¿Se encuentra bien? —preguntó alguien. Un hombre.

—Yo… —Su torpe extremidad no había abandonado el contacto con Crown. Lo observó en un instante de aturdida expectación, luego lo golpeó una segunda oleada de pavor más consciente. Adrenalina inundó su sangre mezclada con el terror más puro que había experimentado jamás—… ¡Mi amor! ¡Alexander! ¡Ayúdenlo, por favor! ¡¡Alexander, mírame!!

Solo alcanzaba a vislumbrar la mitad del cuerpo del alfa. La parte inferior oculta por los arrugados restos de lo que una vez fue un coche. Percibió que la puerta de su lado se abría tras un forcejeo, después que manos lo sujetaban con urgente suavidad.

Pasaron muchas cosas a la vez, como si las viera a través de un cristal roto y empañado. Quería quedarse allí… a su lado, porque sin desearlo su cerebro comenzó a elaborar toda clase de pensamientos catastróficos. En su mente se replegó hasta ese sitio secreto donde se tiró de rodillas suplicando por él; no podía perderlo…, no podía terminar así. La violenta sensación de garras que hurgaban en su pecho para arrancarle el corazón sin ninguna misericordia ganó intensidad con cada segundo que pasaba. El aire se volvió insuficiente, los contornos de su visión se tornaron borrosos chispazos mientras advertía que se desprendía de su cuerpo y flotaba a la deriva en alguna parte.



No existía, y de pronto allí estaba. Retornaba al mundo de los vivos impelido por una fuerza que provenía de su interior, una fuerza diminuta y aun así con el suficiente poder de imponerse a su obstinado deseo de no abrir los ojos, pero resistió.

Ese aroma… ¡Agghhhh! Lo detestaba.

Odiaba el olor a hospital, los funestos recuerdos que convocaba. Memorias antiguas corrieron junto a otras más recientes por su mente en una cruel enumeración de hechos. Cada vez mayor el terror y el vacío de lo que lo esperaba al otro lado de sus párpados cerrados. No quería enfrentarlo…, no podría soportarlo. Su realidad se volvió un lugar demasiado triste para querer estar en él, y por primera vez pudo comprender mejor a su madre.

Notó que el llanto llenaba sus ojos para derramarse sin control por entre los resquicios, fluido y abundante.

—Oh, primor… —susurró aquella voz conocida con extrema delicadeza. Su mano había estado atrapada dentro de otra. No se dio cuenta hasta que sintió que le estrechaban los dedos con un afecto que le estrujó el corazón—… Va a estar bien…, todo va a salir bien.

Más lágrimas.

Más calientes. Más dolidas.

Tragó saliva. Ese minúsculo movimiento supuso un esfuerzo extraordinario.

—¿Cómo lo sabes? Yo lo vi…, no se movía. Él…

Para ese momento Alec ya se había percatado de que Jules debió recobrar el conocimiento poco antes de empezar a llorar. De igual forma lo conmovió percibir el atormentado pesar que hacía que su amigo, que se resistía a mirarlo, se sacudiera un segundo antes de hacerse un apretado ovillo abrazándose a su brazo. Cambió de posición a fin de seguir el movimiento y desplegar continuadas caricias sobre su cabello con el propósito de tranquilizarlo.

—Jules, mírame, ¿sí? —le pidió—. Abre los ojos.

—No quiero…, no puedo.

Se percató de la vía intravenosa en su brazo cuando una punzada de ardor se propagó desde esa zona al resto de la extremidad, por lo demás nada dolía.

Solo su corazón, destrozado e incompleto.

—Crown está bien. Se encuentra en quirófano en este momento. Lo último que pude averiguar es que sus signos eran estables, además tú y tu bebé se encuentran fuera de peligro. Es un milagro después de lo aparatoso del accidente.

El conductor del camión que transitaba en sentido noreste en Ellis Street ignoró por completo la luz roja del semáforo, colisionando el coche en que viajaban Alexander y Jules cuando viraba hacia la derecha. Ciertas circunstancias atenuantes evitaron que el evento se convirtiera en una tragedia mortal, como el hecho de que el vehículo más pequeño casi había girado por completo al momento del impacto, por lo que el golpe fue lateral con énfasis en la parte trasera. Aunque eso no evitó que dicho costado sufriera las mayores consecuencias, con Alexander atrapado entre los retorcidos restos de carrocería.

Fue necesario emplear equipo hidráulico para liberarlo.

Su pierna izquierda se llevó la peor parte: dos fracturas expuestas y golpes varios que según los médicos no comprometían su vida.

La suerte de Jules fue prodigiosa, sin embargo. La conmoción lo hizo desmayarse, pero una vez estabilizado los paramédicos confirmaron que estaba ileso. Su embarazo no peligraba y Alec daba gracias infinitas a todos los dioses, si es que había más de uno.

—¿Es verdad? —En aquellos ojos húmedos y asombrados que lo medían con atención de pronto apareció un relámpago de súplica—. No me estás engañando, ¿cierto? ¿Mi bebé estará bien igual que Alexander?

—Te lo juro por lo más sagrado, pero debes tratar de tranquilizarte y portarte bien con los doctores que te están atendiendo. —Una exhortación cariñosa; Alec sabía cuánto detestaba Jules los hospitales después de conocer la historia de su hermana.

—¿Cuándo puedo ir a verlo? —Las manos del omega volaron a su vientre en ademán protector. Tenía que saberlo. Alexander debía saber que esperaba un hijo suyo. Ahora veía lo estúpida que había sido su decisión de no decírselo en cuanto lo supo. Casi lo pierde…, ¡casi los pierde a ambos! De solo imaginar que ese pudo ser el desenlace se sumergió en un nuevo estado de agitación. Un renovado rapto de llanto le sobrevino sin poder contenerlo, poco ortodoxo, con sollozos casi histéricos mientras aferraba la sábana con las manos convertidas en puños de nudillos blancos y piel tirante.

—Jules, ¿qué te pasa…, por qué sigues llorando? —El hombre se inclinó sobre él para abrazarlo sin saber muy bien qué hacer.

—De felicidad…, ¿qué más?… Son lágrimas… de felicidad —respondió ahogado entre gimoteos.



Los padres de Alexander se preocuparon por ir a verlo también en algún momento de esa noche eterna. El tono de las presentaciones fue de lo más cordial pese a la inusual situación. No había sido su intención que los señores Crown supieran lo de su estado de esa manera, pero pudo observar con sorprendido agradecimiento que la noticia pareció complacerles.

—¡Al fin… una noticia hermosa después de todo lo que ha pasado! —Envuelta en los brazos de Samuel, la madre de Alexander agachó la cabeza mientras su reciente felicidad se transformaba en el llanto repentino que escondió en el hombro de su esposo. Jules reflexionó sobre cómo los últimos

meses no les habían favorecido desde lo de Jessalyn. En parte perdieron una hija; que ese accidente hubiera tomado un giro más funesto habría sido devastador.

Luego de las lágrimas Diandra Crown lo había abrazado, muy fuerte, con mucho sentimiento.

Inesperado.

Agradecido.

Las horas pasaron con lentitud, hasta que la noche al fin se convirtió en madrugada.

Alec le había pedido que guardara la calma, que tratara de dormir un poco. Si bien le concedía algo de razón la ansiedad podía más con él; necesitaba saber cualquier cosa. Necesitaba ver a Alexander con sus propios ojos para cerciorarse de que se encontraba bien en realidad, aunque sabía que su amigo jamás le mentiría en un tema tan delicado como ese.

Lo miró dormido en la silla situada al lado de la cama, con un poco de envidia por la facilidad con que Alec conciliaba el sueño en casi cualquier parte; esa silla parecía el lugar más incómodo.

Para entonces Jules se hallaba en el área de observación por recomendación médica, si bien no encontraron lesiones en su cuerpo querían mantenerlo unas horas más bajo estricto monitoreo a causa del embarazo.

—Al menos alguien sí puede dormir.

Casi soltó un taco por el sobresalto de escuchar la voz de la enfermera de pronto en la habitación, aunque se trató de un susurro. Al parecer se había ensimismado tanto por unos instantes que no la sintió llegar.

—Sí, el sueño de Alec es a prueba de ataques aéreos, huracanes y descarrilamientos. No tiene que preocuparse por mantener la voz baja.

A la mujer de edad madura y expresión tan perspicaz como agradable le hizo gracia el comentario, pronunciado con una ligera connotación de contrariedad. Catherine Price era su nombre.

Se había portado con una consideración inmejorable desde que lo trasladaron a esa habitación; a Jules le agradaba darse cuenta de que le agradaba. Y esa era una gran sorpresa.

—Llegó muy angustiado a la estación de enfermeras. De casualidad fui yo quien lo atendió. —Le sonrió con una amabilidad casi maternal—. ¿Siente alguna molestia? —agregó cuando se acercó para examinarle el rostro.

—No física al menos —dijo sin ser consciente de que había estado mordiendo la cara interna de su mejilla al punto de la sangre.

—Es por el señor Crown, lo comprendo. —La mano de la mujer voló sobre la tabla que llevaba para hacer algunas anotaciones antes de dejarla en la mesa auxiliar al pie de la cama—. Le diré algo…, prometo traerle noticias si usted a cambio me promete tratar de tranquilizarse. No queremos que ese bebé venga al mundo con su carita triste, ¿cierto? Todo lo que usted sienta, bueno o malo, va a repercutir en la criatura. De modo que voy a echarle un vistazo a sus signos antes de averiguar lo que pueda sobre su novio. —Mientras Catherine le tomaba la presión arterial, revisaba su temperatura, y Alec no paraba de roncar, le explicó los cuidados del primer trimestre de embarazo.

A Jules seguía pareciéndole irreal que una vida estuviera creciendo dentro de él en ese preciso momento. No le había costado nada aceptarlo, de hecho le produjo una inesperada ilusión, pero continuaba tratando de asimilar las nuevas condiciones de su realidad.

Era asombroso y sobrecogedor a la vez.

—Yo estaba a punto de decírselo cuando ocurrió todo, ¿puede creerlo? —soltó sin pensar en lo que la señora Price terminaba sus anotaciones—. Debí decirle lo del bebé antes, pero yo… —Negó con la cabeza—… Ha sido una temporada difícil.

—Ya veo. —El bolígrafo se detuvo al tiempo que la mujer de unos cincuenta y tantos lo

contemplaba a través de párpados entrecerrados—. Estoy segura de que debe haber tenido sus motivos para esperar. —Una mueca de entendimiento hizo aparecer diminutas arrugas alrededor de aquellos ojos que parecían intuir más de lo que él estaba dispuesto a dar a conocer—. Trate de descansar, Jules, iré a ver qué puedo averiguar para usted.

—Se lo voy a agradecer toda la vida —respondió aliviado.

Catherine inclinó la cabeza antes de esfumarse por la puerta. Jules, que no tenía nada mejor que hacer mientras esperaba, contó varias veces las lamas de las persianas, luego los ronquidos de Alec que por alguna inconcebible razón terminaron por apaciguar en cierta medida su ansiedad. No tuvo que esperar demasiado. Una silla de ruedas empujada por la enfermera Price cruzó el umbral con ella en una actitud que no comprendió al principio.

—Vamos, Jules. Es poco el personal que hay a esta hora. Además, alguien me debe un favor —pronunció en tono discreto.

—¿Está segura? No quisiera que por mi culpa vaya a meterse en un aprieto.

—Eso no va a pasar. Un poco de emoción de vez en cuando es bueno para el corazón de una vieja que no suele saltarse las normas. —Le tendió la mano y le ayudó a bajar de la cama. Sintió un leve mareo, muy probable a consecuencia de la exultante emoción que embargaba hasta la última célula de su cuerpo más que otra cosa—. El señor Crown salió muy bien de la cirugía, va a estar en el salón de recuperación unas horas más bajo observación. Pero puede verlo unos minutos y hablarle para que sepa que está ahí, eso les hará bien a los tres. —Cierta tibieza se agolpó en los ojos de Jules al reparar en su intención al decírselo.

Los tres.

Le gustó cómo se escuchaba eso.



—Vendré en cinco minutos —repuso Catherine en su oído cuando deslizó la silla hasta el borde de la cama donde Alexander yacía. No estaba solo. Otras camas con más pacientes se distribuían alrededor. Le rodeaba un agradable silencio, y la iluminación del salón se concentraba más allá…, en el área del módulo de enfermería, por lo que la penumbra que los cubría era ideal para un descanso apropiado.

Jules susurró su agradecimiento en respuesta, seguido de una palmadita en la mano de la enfermera antes de que los dejara.

«¡Dios mío!».

Tenía el pulso desbocado. Estaba ahí frente a él, era real. Pensó que lo había perdido para siempre, casi se ahogó en esa abrumadora sensación de pérdida. Pero al alcanzar su mano lo recibió una calidez que hizo que la calma finalmente se consolidara. Describió cuidadosas pasadas sobre los nudillos de la silueta durmiente. No alcanzaba a ver la magnitud de los daños porque su pierna quedaba oculta de manera estratégica bajo una sábana. La gratitud que sentía por la inmediatez de aquel contacto hizo que la humedad reapareciera en sus ojos, lágrimas de felicidad como le había hecho saber a Alec.

—Alexander, cómo lo siento. —Un susurro quedo. Ahora esa felicidad y el agradecimiento se habían empañado con otra emoción que le arañaba la garganta: la culpa—. He hablado de ser transparentes desde que apareciste en mi puerta la otra noche…, pero no sé… Creo…, creo que quería estar seguro de que iba a ser diferente. Vas a ser papá, ¿sabes? —Pausa incómoda. Cuando sus

sospechas se volvieron más acuciantes corrió en busca del blíster de pastillas anticonceptivas para hacer un conteo de emergencia.

En algún momento de su tiempo anterior junto a Alexander perdió de vista por completo su tratamiento. No podía explicarse cómo pasó por alto algo tan importante; era verdad que su rutina se vio alterada a causa de muchos factores, pero se suponía que al menos eso debía haberlo tenido bajo control.

Pánico lo cubrió de arriba abajo al instante, luego una especie de serena aceptación aunque se rehusó a comprar una de esas pruebas de embarazo para omegas que vendían en las farmacias. Pasar de una hipótesis a la realidad al ver el resultado en una de esas cosas podía más con él. Sin embargo, la conversación con Alec le hizo ver que no debía seguir evadiendo la situación. Tenía que estar seguro si bien su instinto le gritaba la verdad, y Alexander estaba en todo su derecho de saberlo pese a haber sido el cretino perfecto. De modo que su amigo lo acompañó a una farmacia, donde compró tres marcas distintas bajo la imperiosa necesidad de comprobar el nivel de precisión del noventa y nueve por ciento más de una vez solo por si acaso. Tres resultados positivos.

Alec lo había alzado en vilo sin dejar de aullar de felicidad; sería el mejor tío del mundo y lo soltó por todo lo alto. Era una promesa.

—Lo sé, también fue una sorpresa para mí. Sé que no debí haber esperado a darte esta noticia; no es el mejor momento ni el lugar adecuado. Además, no tengo mucho tiempo, pero no quería esperar más. Tus papás ya se enteraron y, bueno, solo espero que podamos hablar pronto y que estés consciente para entonces…

—Jules… —Su nombre fue apenas un suspiro. Levantó la vista al punto, los ojos del alfa continuaban cerrados. Distinguió movimientos mínimos en la penumbra, se puso de pie para mirarlo más de cerca, se atrevió a tocar su rostro…, a deslizar los dedos por la barba, por los contornos que su tacto reconocía tan bien sin necesidad de mayor claridad en el ambiente—… Jules, ¿eres tú? Pesan mucho…, los párpados.

—No tienes que abrir los ojos —contestó en un sollozo de pura dicha—. ¿Estás dolorido, quieres que llame a la enfermera?

Depositó un beso cálido, largo e intenso en su frente.

Sus manos repartieron cariñosos roces como si temiera lastimarlo.

—Estoy bien…, pero eso que dijiste…, ¿es verdad o la anestesia está jugando con mi mente? —Intentó levantar una mano, que osciló torpe unos segundos antes de caer pesada de vuelta en su costado.

—Entonces sí lo escuchaste. —El joven apoyaba la cara en la almohada para besarlo en la mejilla, rodeó su cabeza con un brazo mientras la mano libre delineaba la forma de las cejas de aquel hombre que adoraba—. No sabía cómo decírtelo… ¿Crees que podrás perdonarme?

Alexander lo comprendía mejor de lo que imaginaba pese a los restos de anestesia que embotaban su cerebro.

Jules necesitaba estar seguro de él como nunca, no solo por él mismo sino por el hijo de ambos.

No quería fallarle a su familia.

«Familia».

Alegría viva, pura y renovada se abrió camino a través de su ser para convertirse en lo único que de verdad importaba en su vida.

—Jules…, me estás dando más de lo que podría desear cuando lo único que hice fue fallarte. ¿Cómo puedes pensar que tengo que perdonarte si es todo lo contrario? —A Crown le habría gustado ser más dueño de sí para tomar a su omega entre los brazos y rodearlo hasta que el mundo

entero desapareciera. Entretanto se conformó con poder abrir los ojos para contemplarlo—. No volveré a defraudarte. Te amo tanto, Jules. Me alegra ser quien está aquí y no tú, no podría perdonármelo…

—Shhhh… No te sobresfuerces. —Aquellos ojos, hermosas rarezas heterocromáticas, se encontraron con los suyos. Jules jamás olvidaría el temple protector con que Alexander se arrojó sobre él en el coche, decidido a mantenerlo a salvo. Si eso no era suficiente para volver loco a un chico entonces desconocía qué—. Te amo, señor Crown. Tu hijo y yo estaremos esperándote cuando despiertes…, ahora descansa.

Seis meses más tarde

Un suspiro lujurioso.

Bajo su cuerpo las embestidas suavizaron el ritmo mientras Alexander se incorporaba a medias, engarzándose a él en un beso que lo dejó mareado. El embarazo trajo consigo una felicidad enorme para ambos, y aunque no se estaba quejando, también había potenciado su libido con esa misma magnitud.

La médico obstetra les había informado que un alza en el deseo sexual durante el periodo de gestación de los omegas era más normal de lo que la gente imaginaba porque los niveles de feromonas también se incrementaban. De modo que les explicó cómo adaptar su intimidad con cada etapa mediante unas sencillas recomendaciones.

Jules colocó las palmas en la nuca de Crown sin dejar de acariciarlo con los dedos. El beso no fue plácido ni caballeroso esa vez; demasiado sensual, Alexander deslizó los labios contra su boca con fiereza e introdujo la lengua. Un contraste descabellado con la suavidad de unas manos seguras que lo recorrían como si no hubieran descubierto ya los placeres que siempre hallaba en esa otra piel.

Un gemido desvergonzado del omega.

Un gruñido ronco saltó de la garganta del alfa.

La colisión entre sus caderas adquirió una renovada cadencia. Cuidadoso, Jules apoyó las manos sobre la cama para arquearse hacia atrás en busca de una mayor fricción. Sus pezones pequeños y erguidos, tan suaves y duros a la vez quedaron expuestos a la altura de la vista de Crown como una tentación irresistible. Entrelazó un brazo en torno a la cintura de su hombre para llevarse uno a la boca. Lamidas ansiosas. Besos con dientes, húmedos de pura entrega con un toque casi doloroso cuando su carne se sacudió bajo la presión de un leve mordisco. Su cuerpo entero se había convertido en una zona erógena. Cada roce, cada atención sobre él lo absorbía intensificado a un nivel de locura.

—Dime…, si te estoy lastimando, mi amor —pronunció Alexander con dificultad cuanto más empujaba hacia el interior de una piel que palpitaba de manera considerable, abrazándose a la suya con una exquisitez que lo desarmaba.

—No…, no te detengas. Más. Más. —Jules quería abrir los ojos pero era incapaz de hacerlo, atravesado por las sensaciones que nacían como un potente calor desde el fondo de su sexo en una

pulsión que se disparaba enloquecida en todas direcciones. Era muy probable que para ese momento se encontrara en la luna, o las estrellas.

—Siénteme, mi cielo…, siente como te tomo. Cómo te adoro. —Aquella boca se había acercado a su oído para susurrarle. Palabras que se derritieron sobre él. Palabras que hablaban de todo tipo de placeres, mezcladas con otras más bien de rendición total. Delicadas y románticas.

La felicidad de Alexander tan grande que no le cabía en el pecho.

Suaves vestigios dorados se deslizaban por entre los resquicios de las cortinas cuando las siluetas sobre la cama, sudadas y enardecidas, estallaban en un impulso final casi al mismo tiempo. Jadeos extasiados. Respiraciones revueltas y calor…, mucho calor.

—¡Vaya! —Jules soltó una respiración profunda mientras los brazos del otro hombre lo colocaban con extrema ternura sobre el colchón. Con esa misma atención Crown lo llenó de besos. Los esparció desordenados, a un tiempo cariñosos y juguetones hasta que se detuvo sobre su vientre…, donde apoyó apenas la cabeza y cerró los ojos como si intentara escuchar algún sonido proveniente del precioso tesoro que se escondía dentro. Jules sonrió, conmovido con la escena—. ¿Qué dice tu hijo, papá?

—Que somos muy ruidosos.

—Debí suponerlo; todavía es muy temprano —comentó jovial, luego atrapó su labio inferior entre los dientes cuando le observó acercarse. Un beso más, diminuto y rápido, aunque no por eso menos cargado de sentimientos. Se hallaba en la novena nube. No podía desear nada más en la vida. Cada día era un obsequio invaluable junto al hombre que amaba con locura—. Buenos días, señor Crown.

—*Buongiorno, amore mio*. —Frotó la nariz con la del joven en un gesto que se había vuelto muy propio de él, luego un pequeño beso en su frente—. ¿Quieres que te traiga un poco de jugo?

—Me encantaría. —Alexander se sentó en el borde de la cama para meterse en unos pantalones de chándal, después cogió el bastón que se encontraba a un lado de la mesa de noche para ayudarse. Secuelas del accidente seguían en él, pero se había esforzado tanto en las terapias que eran restos mínimos. Los especialistas le aseguraron que con el tiempo las superaría por completo.

De hecho, aquel bastón le confería un aire más sexy que Jules no se cansaba de admirar. Oh, sí. El señor Crown seguía viéndose muy bien tanto de frente como de espaldas. Lo contempló un instante antes de levantarse…, tomó la camisa del alfa y se envolvió en ella, acto seguido se acercó a las cortinas para correrlas a un lado y admirar la vista.

Venecia lucía espléndida con las primeras luces del amanecer.

Inspiró con fuerza, rodeado de la paz que pensó no llegaría a disfrutar nunca. Todavía no habían tenido su desayuno a bordo de una góndola, pero estaba en el itinerario; mientras estuvieran juntos cada minuto sería precioso. Una luz diminuta parpadeó en su campo de visión: su teléfono. Era un mensaje de Alec, quería saber qué tal iba todo en sus vacaciones. Debió enviarlo la noche anterior, ¿quién sabe? Tenía los horarios en su cabeza entrecruzados. Sonrió con ilusión y tuvo una idea. Alargó la mano izquierda frente a sí con los dedos extendidos, el paisaje de los edificios y los canales el lienzo perfecto para la fotografía. Enfocó el deslumbrante resplandor que incidía sobre la joya en su dedo y presionó la toma.

¡Quedó increíble!

Apenas podía evitar la sensación de tener burbujas con alas en el estómago.

Adjuntó un pequeño texto a la imagen: «dije que sí».

Pulsó enviar y se abrazó después, agradecido.

—¿Qué haces, precioso? —Viró hacia la voz de Alexander con la expresión iluminada. Ponía el

vaso de jugo de naranja en la pequeña mesa que había en el balcón del hotel donde se hospedaban y dejó a un lado su bastón, mirándolo como se mira el sol que entibiaba no solo su rostro sino también su corazón…, con las manos invitándolo a acercarse.

Todo su ser pertenecía a él. Se dejaría arrastrar por esas manos porque se daba cuenta de que quería ir a donde fuera que quisieran llevarlo.

…

Agradecimientos

Como siempre mi más sincero agradecimiento a mi equipo de apoyo: mi extraordinaria familia, por soportar mis locuras y entender que me lo paso de lo mejor escribiendo.

Para cerrar, toda mi gratitud a cualquiera que haya leído mis historias. Es un honor tremendo que inviertan su precioso tiempo en mis chicos y lo que tienen para contar. Mil gracias por ello.

Otros títulos de Mirage Project

ENTHRALLED

“

Yo sé muy bien lo que quiero, y lo estoy viendo en este instante.

Khäng Lo



DARK WHISPERS

“

—Y la promesa que matizaba esas palabras era tan rica y tan intensa que lo dejó atónito. Era la promesa implacable del hombre, pero también la de una bestia a la que apenas conseguía dominar…, porque deseaba envolverlo entre sus brazos y mantenerlo a salvo a como diera lugar.



DARK SECRETS

“

¿Gustar? Gustar es muy poco. Me encantas. —Un susurro decadente. Un lametón a lo largo de su cuello—. Me estás volviendo loco.

Gabriel Jones



White Moon Café

“

Amaba sus manos de dedos largos y elegantes. También su nariz. Perfecta de frente o de perfil, y se arrugaba de forma adorable cuando sonreía. ¡Ahhh, mi corazón! ¡Mi salud mental!

Aiden



Mantente al día

Mirage Project's Milkshake